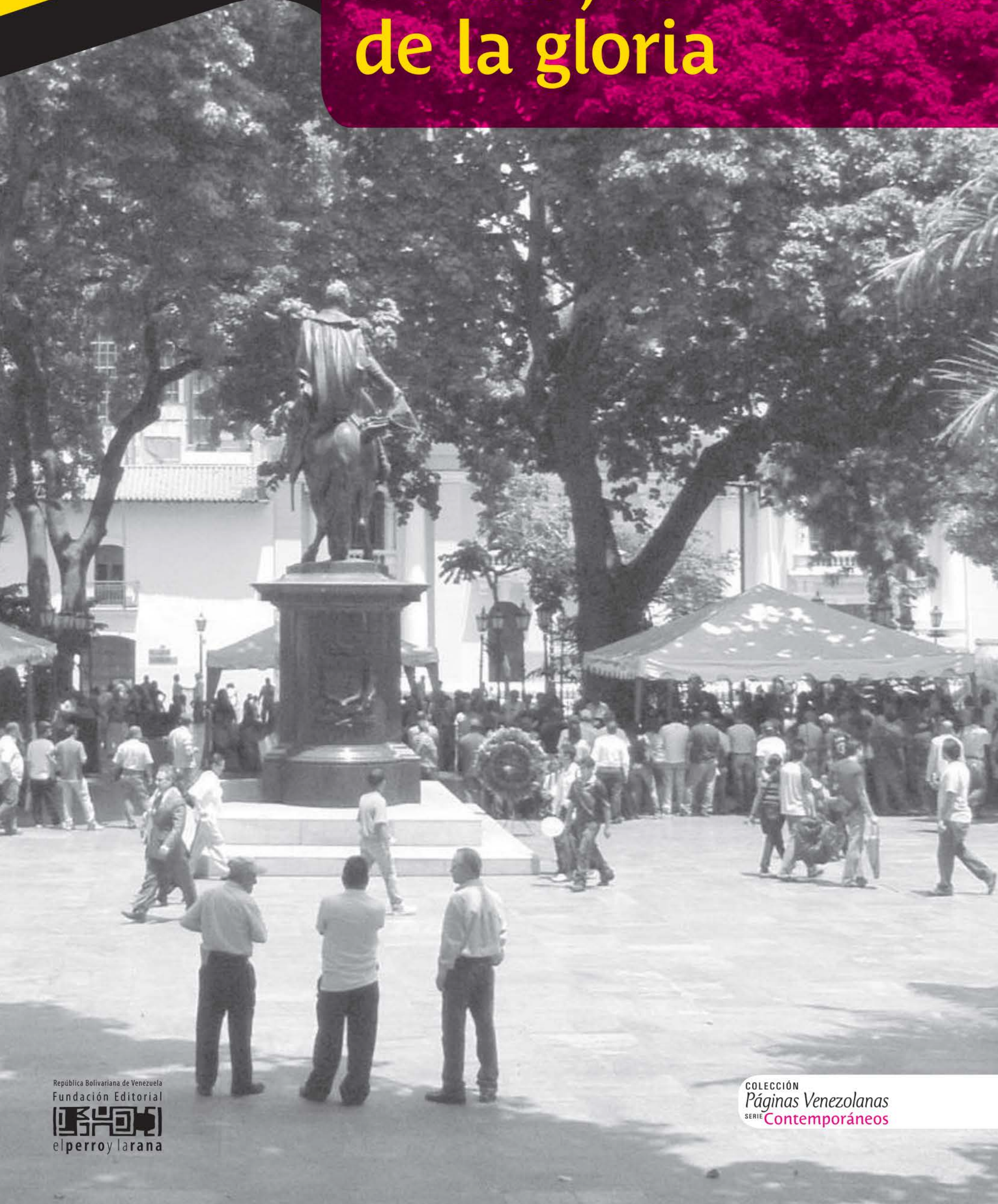
Edmundo Aray

Bolívar, el martirio de la gloria



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

Edmundo Aray

Bolívar, el martirio de la gloria

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos:
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincutura.gob.ve

Redes sociales:
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:
Mónica Piscitelli
Carlos Zerpa

Edición al cuidado de:
Luis Lacave

Diagramación:
Adriana Astorga M.

Corrección:
Damarys Tovar

Fotografía de portada:
María Victoria Sosa Martínez

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2017002422
ISBN: 978-980-14-3171-8

colección ***Páginas Venezolanas***

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Prólogo

Dos grandes sucesos históricos, ocurridos en apenas 16 meses de la vida de Colombia y de Bolívar, recoge este libro. Uno, la Convención de Ocaña (9 de abril a 11 de junio de 1828); el otro, el atentado contra el Libertador (Bogotá, 25 de septiembre de 1828). Los dos hechos desarrollados dentro de un ambiente expectante, angustioso, donde el destino de una nación y el de un gran hombre dependen de la conducta de un puñado de personas, no precisamente orientadas hacia el bienestar político y social de sus compatriotas.

En la Convención Constituyente de Ocaña, representantes bolivarianos unos, santanderistas otros, deberían resolver si en la convulsionada Colombia se aprobaría una nueva Constitución, de carácter centralista y de proyección continental, según los propósitos de Bolívar, o, por el contrario, una Carta Magna eminentemente federalista, como lo quería Santander, la cual dejaría en libertad a cada una de las naciones bolivarianas para que decidiera su propio destino político. Los planes de Bolívar eran los de consolidar, con la incorporación de Perú y Ecuador, una nación engrandecida y poderosa, la gran República de Colombia, destinada a unificar los pueblos liberados de España, a fortalecer sus clases populares de manera que no cayera nuevamente en un régimen feudal dirigido por los grupos elitescos de cada región.

Este nuevo Estado, según los planes idealistas de Bolívar, estaría dirigido a crear un bloque muy amplio y suficientemente firme que permitiría el equilibrio del continente americano. Sublime ambición política y jurídica; grandiosa concepción de una mente superior, imaginada para un más allá de su propio tiempo; proyecto macro de una América libre, notoriamente distanciada de los parvos criterios regionalistas de algunos de sus colaboradores, tales Santander y Páez.

El general Santander, vicepresidente de Colombia, encontró en la Convención el ambiente adecuado para vulnerar los designios bolivarianos. Habilidosamente, tal como correspondía a su temperamento, logró plegar a su favor la mayoría de los representantes, de manera que los bolivarianos, sintiéndose derrotados, decidieron romper el quórum y abandonar la Convención. Bolívar, muy cerca de Ocaña, en Bucaramanga –donde Perú de Lacroix concibió su *Diario de Bucaramanga*, quizás el más hermoso testimonio acerca de la personalidad del Padre de la Patria– seguía con justificado interés el devenir de los acontecimientos. En cuanto se enteró del lamentable resultado de la Convención se trasladó a Bogotá. Días antes, una Junta Popular le había concedido poderes especiales, de cierta manera aciagos, poderes de dictador. Si para Bolívar, el más convencido de la urgencia de la democracia hispanoamericana, el defensor mayor de las ideas republicanas, esta investidura le producía desasosiego y viva preocupación, en cambio, para sus enemigos, tal mandato no era otra cosa que vestirlo con el atuendo de condenado a muerte. "Matar al tirano" era la consigna fatalista de los conspiradores.

Para entender el conflicto padecido por Bolívar durante esos meses es necesario ubicarlo en sus coordenadas históricas de entonces, todas totalmente adversas a sus proyectos y a sus sueños. Perú había decidido enfrentarse a Colombia en una lucha fratricida de resultados impredecibles e inquietantes; se anunciaba la invasión de nuevos ejércitos españoles encauzada a recuperar sus antiguas colonias americanas; y, dentro de Colombia, los patriotas se encendían en dos bandos con propósitos contrapuestos, lo cual resultaba, lógicamente, lesivo a la estabilidad democrática de Colombia. Esta fractura patriota es el más pesaroso de los sucesos que Bolívar debe enfrentar, pues se trataba del irremediable distanciamiento entre sus compañeros de lucha republicana.

Aquí se manifiestan, sin máscara alguna, las mezquindades y las inconsecuencias de un hombre, el general Santander, el personaje fatídico de todo este drama; y artífice del otro que de allí se desprenderá como uno de los episodios más vergonzosos de la historia de América: el atentado contra la vida del Libertador, fraguado por un grupo de patriotas, cuya ofuscación le impidió predecir la dimensión del crimen que estuvieron dispuestos a perpetrar.

La actitud de Santander, guerrero de evidentes méritos militares, apasionado patriota, a la hora de decidir la suerte de su patria deja de ser el «hombre de las leyes», como Bolívar lo había bautizado, y pasa a ser el hombre de las vías de hecho. Su inteligencia sucumbe sin mayor esfuerzo ante su avasallante ambición y se transforma en el capo sibilino de los conspiradores. Ya el Libertador lo había medido acertadamente, múltiples veces, en cartas a sus oficiales. En marzo de 1827, escribía a Soublette: «Yo no puedo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo». Y en octubre le decía al general Sucre: «Estoy desbaratando el abortado plan de conspiración; todos los cómplices serán castigados más o menos; Santander es el principal, pero es el más dichoso porque mi generosidad lo defiende».

La posición falsa y egoísta de Santander tiene su contrapartida en la fidelidad y franqueza de Manuela Sáenz. Virtudes de mujer que no se quedaron en la pura emoción del corazón, ni en los instintos femeninos, sino expresadas también en reiterados alardes de valentía. En ese escenario histórico, Manuela Sáenz, cifra clave del insólito episodio, no solo es el opuesto de Santander en el plano político, sino también en los enfrentamientos personales.

La historia ha puesto los personajes, las circunstancias, el lugar de los hechos y el inmenso conflicto humano que allí se desarrolla. La imaginación de Edmundo Aray, autor de esta novela cinematográfica, desglosa la doctrina bolivariana para que el lector se ambiente ideológicamente, devela las pasiones, intrigas y flaquezas allí manifestadas, crea los diálogos, narra la tremenda acción que puso en vilo la historia de un continente y, en noble prosa poética, tipifica psicológicamente a quienes en el acontecer de los hechos despliegan el drama y el suspenso.

El atentado a Bolívar es, no hay duda, el más estremecedor de todos los momentos dramáticos por él vividos. Este acontecimiento llegó, obviamente, con su caudal de consecuencias. Y por lo mismo que está cargado de tanto dramatismo, el autor de la novela utiliza ese *crescendo* final de alta intensidad, imaginando la presencia de dos de los tres grandes personajes que integran la obra: Santander y Manuela. Los sitúa en la Plaza de la Catedral, donde los patriotas bolivarianos celebran regocijadamente al Libertador: Santander, a caballo, ostentoso y prepotente, trajeado de general; y Manuela, posesa del enojo que no termina de cubrirle su belleza. Bate ella, enardecida, el chal sobre sus hombros mientras exclama intuitiva y presagiosa: «Una vez más el crimen quedará impune».

Con la presencia de estas dos personalidades contrapuestas, grandes fuerzas humanas que se rechazan entre sí; uno, tocado de la ambición y la perfidia; la otra, imbuida de la lealtad y el amor, ambos tremendamente significativos en los últimos años de Bolívar, culmina la obra. Pero no así la sensación del lector o del espectador, para quien este choque de sentimientos permanece vigente en su espíritu. Habilidades del autor, maestrías del poeta, destrezas del escritor que logra trasladarnos su cosmovisión imaginativa a un plano casi vivencial, como si él hubiese sido el cronista inteligente que presenció conmovido y estupefacto aquellos patéticos momentos de la vida del Libertador y de la patria americana.

José Rivas Rivas
Caracas, mayo 1993

1827

Lima. Cuartel. Noche del 25 de enero

Habiendo denegado el segundo comandante del batallón Araure, Pedro Dorronsoro, la tarde del 25 de enero, entrar en una conspiración dirigida por el jefe del estado mayor, coronel José Bustamante, natural de la provincia de El Socorro en la Nueva Granada, con el pretexto de un pronunciamiento a favor de la Constitución de Colombia y suponer a sus jefes superiores enemigos de la misma, para prenderlos y deponerlos violentamente de sus destinos, una vez que una división peruana bajara de la Sierra, el coronel Bustamante comunicó el resultado al general Otero, uno de los promovedores peruanos del motín, junto con el general Santa Cruz y don Manuel de Vidaurre, presidente de la suprema corte de justicia, a lo que Otero le conminó:

—Haga usted la revolución esta misma noche, porque de lo contrario usted y sus compañeros serán descubiertos y sometidos al rigor de su jefe, el general Jacinto Lara. Cuente usted con nuestro sigiloso apoyo. No vacile, coronel.

—No vacilaré, general. Palabra de un neogranadino, harto de la jefatura de los venezolanos.

A la una de la mañana del 26 de enero, Bustamante ordenó sacar de sus cuarteles a los batallones: Vencedor, Rifles, Caracas y Araure, así como al cuarto escuadrón de húsares de Ayacucho, y formar en la plaza mayor de Lima.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Noche del 4 de febrero

Buscó entre los papeles, extrajo de ellos la carta dirigida al Presidente de la honorable Cámara del Senado. Sintió el peso de la cortina roja que ocultaba la oscuridad. «Excelentísimo Señor. Yo ruego al Congreso que recorra la situación de Colombia, de la América y del mundo entero: todo nos lisonjea. No hay un español en el continente americano. La paz doméstica reina en Colombia desde el primer día de este año. Muchas naciones poderosas reconocen nuestra existencia política, y aún algunas son nuestras amigas. Una gran porción de los estados americanos están confederados con Colombia, y la Gran Bretaña amenaza a la España. ¡Qué más esperanzas! Solo el arcano del tiempo puede contener la inmensidad de los bienes que la Providencia nos ha preparado: ella sola es nuestra custodia. En cuanto a mí, las sospechas de una usurpación tiránica rodean mi cabeza y turban los corazones colombianos. Los republicanos celosos no saben considerarme sin un secreto espanto, porque la historia les dice que todos mis semejantes han sido ambiciosos. En vano el ejemplo de Washington quiere defenderme, y, en verdad, una o muchas excepciones no pueden nada contra la vida del mundo oprimido siempre por los poderosos.

Yo gimo entre las agonías de mis conciudadanos y los fallos que me esperan en la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición: y, por lo mismo, me quiero arrancar de entre las garras de esta furia para liberar a mis conciudadanos de inquietudes, y para asegurar después de mi muerte una memoria que merezca bien de la libertad. Con tales sentimientos, renuncio una, mil y millones de veces la presidencia de la República. El Congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada será capaz de obligarme a continuar en el servicio público después de haber empleado en él una vida entera. Y ya que el triunfo de la libertad ha puesto a todos en el uso de tan sublime derecho, ¿solo yo estaré privado de esta prerrogativa? No; el Congreso y el

pueblo colombianos son justos; no querrán inmolarme a la ignorancia de la deserción. Pocos días me restan ya; más de dos tercios de mi vida han pasado: que se me permita, pues, esperar una muerte oscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazón, siempre serán de Colombia; y mis últimos suspiros pedirán al cielo su felicidad… Yo imploro del Congreso y del pueblo colombiano la gracia de simple ciudadano.

Había disfrutado el lugar exacto de las palabras. Sonrió tenuemente. Encontró su mano derecha en la barbilla. Con el nudo del índice secó el ojo húmedo. Cerca croaban unos sapos. Cerró las ventanas encortinadas para cortarle los ruidos a la negrura. Durmió tranquilo hasta el amanecer.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Tarde del 5 de febrero

Posó las manos sobre la página para no ver la hoja amarillenta. Cerró los ojos. Sintió trepar en él los balidos de la noche. Había terminado de escribir dos párrafos de una carta dirigida al general Sucre. Temor de enredo por la sublevación de la provincia de Tarija contra Buenos Aires, y la negativa del gobierno de Buenos Aires a reconocer la soberanía de Bolivia. En el Perú, el general Santa Cruz manifestaba su disposición a dar auxilio a Bolivia. Ante las noticias de una guerra entre Inglaterra y España, acariciaba el envío de una expedición a Puerto Rico mandada por el general Páez, con el general Padilla al frente de la marina. «Yo creo que poco nos costaría apoderarnos de Puerto Rico. Después veremos qué es lo que se puede hacer sobre La Habana». En su reminiscencia la disposición de Sucre al día siguiente del triunfo de Ayacucho: emprender campaña para liberar a Cuba, tierra muy amada en su familia, y de manera particular por los originarios suyos de Santiago. Campaña culminante para él, según sus propias palabras, luego de la victoria de Junín. Un aguijón la memoria.

La aletada de una lechuza lo regresó al papel que tenía delante de sí. Mojó la pluma en el tintero. Escribió: «No puede Vd. imaginarse el estado en que se halla Venezuela; por una parte la moderación y la prudencia del pueblo nos dan esperanzas fundadas de orden y estabilidad; por otra, la miseria pública es tan grande que entristece a cualquiera

que la contemple. Últimamente el servicio público es abominable; con respecto a esto, en Colombia todo es lo mismo. Cuando considero a Bolivia y al Perú hallo una notable diferencia que no lisonjea a este país. Necesitaría muchos años para reparar los errores y los fraudes cometidos en el tiempo de mi ausencia; pero solamente la paz puede remediar una parte de los males. Lo peor es que yo estoy sumamente cansado del trabajo y que hay obstáculos bastante insuperables para entablar una reforma general. Mucho temo que el mal sea durable, sobre todo en la parte oriental, donde los elementos de que se compone el país son los más nocivos».

Dijo con pena:

—Lástima tengo a la patria de Sucre. Sin embargo, haré todo por ella.

Tocaron a la puerta. Agradeció el sonido pronto. Visita de un viajero. Correo. Leyó con estupor. Todo el alboroto de los ingleses se reducía a simples amenazas contra la España. No más preparativos —pensó. Aspiró del aire un desfallecido perfume de orquídeas. Mis palabras, dijo, tienen el olor del desencanto.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Noche del 5 de febrero

Había considerado inevitable la guerra entre Inglaterra y España. Venturosa guerra, pues su primer fruto iba a ser el reconocimiento de la independencia de parte de España. Y mil otros sucesos que no alcanzamos a prever –había dicho. Horas después determinó llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico. «Aún cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente. Sacaremos amigos y enemigos mutuos, y allá se hacen amigos tiernos en el seno de la guerra y de los peligros». Las noticias del amigo recién llegado de Liverpool y los papeles públicos le alejaron hasta el infinito la esperanza de un rompimiento entre Inglaterra y España. Cambio de orden. A recoger las amarras. Avisar de la suspensión de los preparativos a los generales: Pedro Briceño Méndez, Rafael Urdaneta, Francisco de Paula Santander, José Antonio Páez, Mariano Montilla, José Padilla, don Andrés de Santa Cruz. Para más tarde otra carta a Antoñito Sucre, cuando le crecieran sueños.

—Para más tarde —le dijo al espejo.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Mañana del 6 de febrero

Le esperaba el coronel Santana, edecán. Dictaría cartas toda la mañana. Luego subiría hasta la Quinta Anauco. Necesitaba descansar, leer, despertar con el cerro asomado a la ventana. Olor de café y de melaza en los corredores. El Quijote debajo de la almohada.

—A trabajar, coronel —pausa para dejar pasar una bullanga. Dictó: —A su excelencia el general Francisco de Paula Santander — No le gustó la sonrisa de Santana, pero hizo caso omiso. Continuó: —«Mi querido general: Respondo a la apreciada carta del 23 del pasado. He visto las noticias que Vd. me da de Europa y las que comunica de Madrid. Ayer ha llegado a esta ciudad el doctor Foley, con treinta días de navegación de Liverpool a La Guaira. Por los informes que él me ha dado, relativo al estado político de la Europa, y por los papeles que he visto, estoy casi persuadido que la guerra entre Inglaterra y España no tendrá lugar. Parece que todo se ha reducido a amenazas de parte de la más fuerte contra la más débil. Así creo que no debe tener lugar la expedición que premeditaba contra Puerto Rico, y hoy mismo mando a cesar los preparativos que había ordenado, hasta segunda orden.

Sin la cooperación de Inglaterra nada haríamos y todo lo perderíamos. Por lo tanto no debe usted apresurarse en hacer gastos que podrían ser inútiles y que además nos arruinarían más y más.

Santana lo vio palidecer. Las manos y los pies buscando acomodo a lo largo de la sala. Carraspeó una y otra vez. De pronto, como si dictara a la pared, continuó la carta para el vicepresidente:

»Estoy desesperado por saber si se ha reunido el congreso y lo que ha determinado. ¡Ojalá que aprobase mis operaciones y mandase cumplir mis decretos! Pero si no lo hiciere así no tendré un sentimiento muy grande, porque no estoy seguro de las consecuencias de mis providencias. Yo veo como incierto y peligroso todo. Cuanto más considero la materia que manejamos, es decir la distribución del poder público en Colombia, tanto más me desaliento y encuentro dificultades. Sin embargo de todo esto, si el congreso no se reúne y no dispone nada en contra de lo que yo he decretado, mi resolución es llevar a efecto la consulta a los colegios electorales sobre la anticipación de la convención

nacional. Esta gente está en un estado que yo no puedo definir, porque no hay un espíritu público bien decidido sobre ningún punto capital. Todos dudan, como yo, cuál será el camino de la salud, pero al fin debemos obrar de un modo u otro, sobre todo cuando los amigos del general Páez y él mismo no quieren obedecer más a la autoridad que resida en Bogotá. No debo hacer un misterio de esta declaración, puesto que el general Páez me ha dicho resueltamente antes de ayer que quería saber definitivamente mis opiniones políticas sobre el estado de las cosas, para saber lo que debía decir en Apure adonde va ahora; que él estaba resuelto a irse del país si se le quería someter de nuevo a la Constitución de Cúcuta y al Gobierno de Bogotá; que si yo lo determinaba así, él me pediría su pasaporte. Mi respuesta fue que yo no haría más que sostener los decretos que había dado; que la gran convención determinaría lo que tuviera por conveniente y que mientras tanto él no obedecía a Bogotá sino mi autoridad solamente, en fin, le dije: 'yo le he dicho a Vd. que él único pensamiento que tengo es la gran Federación de Perú, Bolivia y Colombia; pero mi único deseo es abandonar este país y dejar el servicio público, porque ya me es insoportable».

Al rato —en medio de la comezón de Santana —agregó:

«Los amigos de Páez están casi desesperados y dicen que Páez los ha vendido. Los amigos del gobierno dicen que yo desatiendo a los fieles y favorezco a los traidores. El general Bermúdez y el Batallón de Apure, que son los que todo han perdido, son los que más agitan este partido».

Soltó un coño por el postigo de la ventana. Santana creyó verle un temblor en la barbilla. Del ceño, más arrugado que de costumbre, le oyó decir:

«Vd. me dice que va entregarle el mando al Señor Baralt, en oposición a lo que yo he determinado a instancia de Vd. Si así fuere, yo también entregaré el mando al pueblo y me iré con Dios, porque yo no sé si a Baralt le obedecerán; y sé muy bien que si abandono a Venezuela, por ir a Cundinamarca, se pierde otra vez la República, y yo no puedo ni quiero verme en mayores dificultades sin mi culpa. Por lo demás, Vd. tendrá mil razones para abandonar el mando, yo también las tengo, y aguanto. Yo creo que nuestra dignidad y el bien de la República nos exige nuestra permanencia en el gobierno hasta la gran convención, o hasta que entreguemos el mando a un congreso ordinario... Por mi

parte, no admitiré jamás la presidencia y voy a declararlo así por una proclama luego que dé el decreto que mande consultar a los colegios electorales para la gran convención. Soy de Vd. de corazón».

Tragó saliva. Hojeó unos papeles amontonados en una esquina del escritorio. Santana lo vio leer y releer dos pliegos, luego separarlos del montón y colocarlo entre las páginas de un libro que supuso de Voltaire. Percibió un tono más agudo en su voz cuando dictó una post data:

—Escriba Santana: «Acabo de recibir las cartas de Vd. del 16 y 29 de diciembre. Me alegraré mucho de que el congreso se reúna aunque sea en todo el año, no porque yo espere bien de él, sino porque espero salir bien yo entregándole el mando de la república, para lo cual mando a Vd. un pliego que presentará de mi parte al presidente del senado. Yo estoy desesperado de todo. Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esa capital. Prueba infalible de que, por lo menos, se trabaja contra mí, y puedo decir con franqueza que me alegro para que nada me cueste desprenderme de Colombia».

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Noche del 6 de febrero

—¿Por qué ese empeño de que mantenga a Páez en cintura?, preguntó a la cesta de nísperos.

Ninguna respuesta.

—Necesito creer en él —dijo a la cesta.

Pasó un aire frío de la brisa.

—¿Por venezolano y llanero? —volvió a preguntar a la cesta.

Tomó un níspero y lo partió en dos. Lo comió con todo y hollejo. Ni siquiera en mi infancia —dijo. Soltó las semillas una a una, por el embudo de su boca.

Intentó, infructuosamente, recordar alguno de los pocos cuentos de la infancia que le escuchara a Francisco de Paula alguna noche en mitad del llano. Dijo a un retrato colgado en la pared:

—No habrá entendimiento entre el catire y Santander, ambos quieren lo suyo, acaso lo que nunca tuvieron. Ambos voltearán la casaca. Más temprano que tarde nos quedaremos sin República. Adiós, Colombia.

Caracas. Universidad de Caracas. Mañana del 18 de febrero

Asistió al acto literario que le consagró la pontificia Universidad de Caracas. Homenaje que lo llenó de recordaciones. Escuchaba al doctor Tomás José Hernández Sanavria con la atención que le permitían sus preocupaciones sobre las noticias y los silencios del interior de Venezuela; de la República de Colombia, toda ella sostenida por el delgado hilo de su vida. Si pudiera volar al Perú —pensó—, si ahora mismo estuviera compartiendo tristezas con Antoñito en Bolivia.

Puso atención a Sanavria, contaba la historia de las armas republicanas y de su conductor, «el gran Bolívar», «el Libertador magnánimo», «este hombre singular, que solo aspira a la libertad de sus semejantes, y que reúne a la fortuna y actividad de Alejandro, la probidad de Arístides y la sublime política de Washington.» Gustaba de elogios y de lisonjas, pero comenzaban a ruborizarlo hasta la irritación. Permanecía imperturbable, con el rostro del sereno color de las paredes. «Señor, en vuestra tierna infancia pisasteis estos venerables lugares, en ellos resonó vuestra trémula voz, ellos han servido de cuna a vuestros primeros ejercicios literarios, y una parte de la vida queda siempre ligada a la almohada en que dormitó nuestra dicha». En su memoria no encontraba ningún ejercicio literario. Ejercicios, muchos; literarios, ninguno.

—Si ahora mismo pudiera salir, como en la infancia, a zanganear por los corredores o dar brincos en el patio persiguiendo conejos. ¡Cuántas veces los pechos de Hipólita fueron mi almohada y paño de lágrimas!

«¡Ministros de la verdad!», dijo el orador. Ninguno, respondió para sí. «Sacerdotes de la justicia», dijo el orador. Pocos, dijo él. Contuvo el aliento. «…el hombre inmortal que ennoblece nuestro suelo os insta con su ejemplo a que correspondáis a su entusiasmo del mismo modo que él ha consagrado su vida a la patria». Le sonó coja la frase. Acaso no escuchó bien. Aplaudió. Aplaudieron. Apretó la mano derecha del doctor Sanavria. Lo abrazó con fuerza. Gracias, alcanzó a decirle al oído. Ovación. Gritos. Ovación. Una banda prendió la fiesta. Las estatuas callaban. Las cigarras cantaron. Para él había caído el telón.

Caracas. Cuartel general, despacho de Bolívar. Mañana del 20 de febrero

Cada vez eran menos las cartas que le llegaban de Lima. Cada vez era mayor su nostalgia de la que fuera ciudad de los virreyes. Sintió pena por el canto de las cigarras en el patio. Encontró desolados los resuellos de las bestias en la caballeriza. Repasó las imágenes de las asiduas amigas y los persistentes burócratas de la Villa de La Magdalena. Vidaurre en cuatro pies rogándole que permaneciera en Lima: «Señor, ante el héroe superior de los hombres, no creo deber ni poder presentarme sino en esta posición. Hónreme su excelencia dejando sentir su planta bienhechora sobre mis espaldas». Sintió asco de los adulantes, traidores por lo ordinario, pero le sonó adentro *La Guaneña,* bambuco de su agrado, y dio algunos pasos de baile que detuvo el desaliento. Prefirió ordenar las ideas que luego escribiría al general Santa Cruz: …«Caracas llena de gloria perece por su gloria misma y representa muy a lo vivo lo que se representa de la Libertad, que se ve sentada sobre ruinas. Venezuela toda ofrece este triste espectáculo. Yo no sé, a la verdad, cómo remediar males que solo el tiempo y el poder de Dios pueden desaparecer, y, entre tanto, todos ocurren a mí. En fin, yo haré lo que pueda, ya que más no puedo». …Luego añadiría: «Me alegro infinito que el señor Vidaurre se manifieste cuerdo conmigo: déle Vd. memorias de mi parte con la adjunta carta»…

Caracas. Quinta Anauco. Mañana del 28 de febrero

Lo acometió un ataque de hipo. Tomó un sorbo de agua para cerrarle el paso. Mandó a poner una hamaca bajo el níspero, muy cerca de la mata de semeruco. Salió por el corredor que daba al jardín. Encontró encendidas las rosas rojas del rosal. Pensó en Antoñito, una vez más: «Diríase que yo he libertado el Nuevo Mundo, pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que la componen. Vd., mi querido amigo, es más feliz que yo».

Pasó toda la mañana dictando cartas, tumbando y comiendo nísperos hasta el hartazgo. Su memoria oyó protestar a Hipólita de muy lejos: Te vas a llenar de lombrices, Simoncito. No le hagas caso, Simón, replicó aún más lejos don Samuel.

Cartagena. Casa del general Mariano Montilla. Habitación. Tarde del 28 de febrero

Montilla, harto de perfidias, decidió contarle al Libertador sobre los manejos de Santander, sin mencionarle. En Bogotá «se han quitado las máscaras y a cada momento se van precipitando en un abismo de pasiones. Sería largo referir a U. las particularidades que se nos comunican por los que vienen de Bogotá, sobre asuntos del día; es decir, sobre conspiraciones contra U. y en apoyo de la actual administración; los promovedores son los mismos interesados en sostener su autoridad; y si se exceptúa al general Soublette, no sé a cuál podría exculparse, porque todo, todo emana de una misma fuente, con inclusión del nuevo e incendiario papel que con el nombre de *Conductor* trata de conducirnos al abismo».

Sentía que desde septiembre del año anterior el poder ejecutivo le había declarado guerra a muerte. Cuanto proponía era rechazado: «cuanto consulto incomoda, y cuanto hago se reprueba». Trataban de aburrirlo y desesperarlo. En su escritorio una carta de Santander: «Por Dios, mi querido Presidente, nombre U. otro General que venga a hacerse cargo de estos destinos, y déjeme U. de segundo, que yo ofrezco trabajar incesantemente como si fuera el responsable; mire U. que esto no puede marchar, porque las pasiones confunden los actos de administración y buen orden con la opiniones y pretensiones particulares, y el resultado no puede ser otro que un espantoso desorden.

Al general Padilla le han remitido anónimos seduciéndolo e incitándole a que me destituya y se entienda con el Vicepresidente como *tete de partie*; la letra del sobre es bien conocida, y como Padilla me ha asegurado que se lo remite a U. fácil es juzgar y conocer todo el veneno que en sí encierran. De Bogotá han venido, porque la marquilla del correo lo testifica.

«En fin, mi respetado amigo, abra U. los ojos y no permita U. que los malvados hagan malograr el fruto de su trabajo, ni marchiten la gloria de U., cubiertos del cieno de la avaricia y de la maledicencia».

Cali. Habitación del general Lara. Noche del 3 de marzo

«Al Sr. Secretario de Estado en el departamento de la Guerra, desde Cali, con fecha 3 de marzo de 1827. Sr. Secretario: Hasta esta fecha no he podido participar a V.S. para el conocimiento del Poder Ejecutivo, la insurrección o motín hecha por la tercera división del ejército de Colombia acantonada en Lima, por haber estado privado de comunicación desde mi prisión hasta las veinticuatro horas de haber llegado al puerto de San Buenaventura; y en tránsito hasta esta ciudad no lo he verificado por falta de proporciones. El 26 de enero próximo pasado a las tres de la mañana fui sorprendido en mi casa por el capitán Policarpo Aranza y el teniente con grado de capitán José Ramón Bravo, y una partida de tropa; calando esta las bayonetas hacia mi cuerpo para que no me pudiese mover, y preguntándoles yo, si aquello era contra la patria y contra el gobierno, me contestaron que si hablaba palabra me matarían. En ese estado permanecí hasta las ocho de la mañana en que volvió a entrar dicho teniente Bravo, y cuando me sacaron me hicieron entrar en un coche, encontré en este al Sr. general Arturo Sandes, al Sr. coronel Cruz Paredes y al primer comandante con grado de coronel Trinidad Portocarrero, y nos hicieron marchar para el castillo, bajo una gran custodia de infantería y caballería, y sus oficiales, todos a las órdenes del primer comandante retirado Camilo Peña. En el tránsito me dijeron estos jefes que era conspiración, porque a las cuatro de dicha mañana habían puesto presos a todos los jefes y porción de oficiales, y que estaba a la cabeza de la facción el primer comandante José Bustamante, jefe del Estado Mayor de la división, engañando a la tropa con varias suposiciones contra el Gobierno y el LIBERTADOR, desuniendo a los colombianos, y por esto provocando a una guerra civil en Colombia; como se deja ver por la acta que luego firmaron. En seguida del primer acontecimiento, los facciosos, de acuerdo con el Sr. Dr. Manuel Vidaurre y otros pocos limeños, procedieron a la deposición del Gobierno del Perú, y por estas razones verá V.S. y el mundo entero que el motín ha sido hecho tal vez para no pertenecer a Colombia. Luego que llegamos al castillo del Callao nos pusieron en distintos calabozos con el peor trato que no se le da a los mayores facinerosos, pues yo estuve dos días sin comer, y sin cama en que recostarme, gritando cada paso

para que llegase a nuestros oídos que nos iban a fusilar. El 30 del mismo enero nos condujeron a bordo de un Bergantín que estaba lleno de tropa para nuestra custodia, y allí vine a saber el número de los presos»…

«Una parte de nuestros equipajes y algunas monturas nos enviaron a bordo, quedándose con el resto, las bestias de silla y las armas, habiendo extraído de mi equipaje alguna ropa y prendas de valor; agregándose a esto Bustamante, de acuerdo con el Sr. Cristóbal Armero, Cónsul de Colombia en el Perú, tomaron 16.000 pesos, que tenía de mi propiedad, en poder del Sr. Comisario ordenador, José María Romero. A ninguno de los presos se nos permitió un solo asistente. El 3 se hizo el buque a la vela con destino al puerto de San Buenaventura, con la misma custodia, con el mismo trato y con los mismos insultos y las mismas amenazas anteriores, y el 9 del citado mes fondeó en dicho puerto, saltando a tierra los oficiales Bravos y Lersundi, y dejándonos a las órdenes del sargento de Húsares Pedro Bicochea, a quien han hecho oficial los caudillos de la conspiración, los mismos que según estoy informando han dado algunos ascensos y puesto en libertad en el acto del motín a varios individuos que por sus crímenes estaban sentenciados a muerte y a presidio, y otros juzgándose. El veinte saltamos en tierra ya en libertad, sin entregársenos las armas, y del modo que padecimos vendiendo algunas cosas de nuestro uso para comer y pagar el viaje hasta llegar a esta ciudad, sin haber pensionado al Estado en un solo medio, porque las autoridades del tránsito no han podido disponerlo sin una autoridad superior» …«Soy de V.S. su más atento servidor. Jacinto Lara».

Salió a descargar su frustración por las calles de la ciudad. Decidió no detener su marcha hasta llegar a Caracas, a contarle las miserias de los peruanos y las zoqueteras del Luis López Méndez, metido a loco desde hacía bastante rato. La insurrección de Bustamante, lo daba por descontado, no tendría destino alguno, a no ser el destape de unos cuantos perversos en Lima y Bogotá.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Tarde del 6 de marzo

Yo también congratulo a Colombia, al gobierno y a Vd. por este triunfo, del cual debemos esperar infinitos bienes, escribió a José

Manuel Restrepo, secretario del interior, con motivo de su felicitación por los últimos sucesos de Venezuela y por haber desaparecido la guerra civil que la amenazaba. Felicitación que mejoró su humor, pero no lo sacó de sus cavilaciones ni le alivió los sopores del cansancio de su espíritu. Ya no puedo soportar el peso del servicio público, escribió de su puño y letra al doctor Restrepo. «Que el pueblo pida y sancione para sí lo que más le convenga». Le alegró la noticia de que los diputados que componían el congreso fueran de opinión de convocar la gran convención para decidir sobre los destinos de la república. Francisco de Paula mantenía obstinada oposición a la convocatoria, al igual que sus amigotes leguleyos. Francisco de Paula, por cierto, le había informado de la buena impresión causada en la generalidad sobre el feliz desenlace de los asuntos ocasionados por Páez, «pero que algunos se habían mostrado no muy contentos». Conocía bien a esos algunos: los mismos opositores a la convocatoria de la Convención: Florentino González, Uribe Restrepo, Francisco Soto, Vicente Azuero y el propio Santander. En Bogotá las opiniones cambiaban todos lo días, menos las feas intenciones del jefe del poder ejecutivo. Restrepo le hablaba de dividir a Colombia en siete estados conservando la unidad de Colombia. Le sonaba a propuesta de Soto o de González. Que el pueblo disponga, tal su opinión, solo el pueblo.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Tarde del 6 de marzo

Comenzaba a pensar sobre un nuevo destino para el general Urdaneta. Lo iba a necesitar a su lado. Por ahora le recomendaba quitar a los pícaros, ahorrar gastos y aumentar la renta para pagar las deudas del país, ahogado en la miseria. Santander es un pérfido, le escribió. «Yo no puedo seguir más con él; no tengo confianza ni en su moral ni en su condición». Pensó en Manuela, implacable con los traidores, y su particular desprecio a Páez y a Francisco de Paula. Avecinaba tiempos de crisis, pues era moralmente imposible que la República ni nadie pudiera marchar en las tales circunstancias.

El pueblo teme todo de la anarquía, así como todo lo espera del orden y de la paz, le escribió a Mariano Montilla, empeñado este en su remoción del cargo en Cartagena, desesperado por las persecuciones

de sus enemigos. En caso extremo él mismo iría a Cartagena. Sacrificios era la orden del día para sus mejores hombres. Ya no contaba a Soublette entre los principales, quebrantada su moral por Santander, al punto de imaginar que el guaireño temía exponer sus opiniones. Acaso las guardaba para mejor ocasión. Sus cartas, le declaró, me han confundido en un caos de dudas y conjeturas. Más vale sufrir que estar en la incertidumbre. El 16 de marzo le metería el dedo en el ojo a Soublette con una posdata: «Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa Vd. esto para que lo diga a quien corresponda. Los impresos de Bogotá tiran contra mí, mientras yo mando a callar los que tiran contra Santander. ¡Ingrato mil veces!!!». Aún no conocía de las viles andanzas de Francisco de Paula ni de las cabronerías de Soublette con motivo del levantamiento de un oscuro coronel contra sus superiores en Lima.

Bogotá. Casa de Santander. Tarde del 10 de marzo

Francisco de Paula bailó una danza con su espectro: feliz hasta los tuétanos como el día de la entrada del ejército Libertador a Bogotá después del triunfo en Boyacá. Le cayó a besos, que más bien parecían cachetadas, a los mofletes de su mujer de turno; la alzó una y otra vez con las consiguientes vueltas en redondo hasta que la mujer, inmune a las pasiones, le rogó que pusiera término a sus disparates.

—Pareces otro, Francisco de Paula, tranquiliza esa euforia que te puede hacer daño.

—No me entiendes, mujer, ¿cuándo aprenderás a compartir mis cosas?

—Las comparto cuando me lo permites, Francisco, pero no tienes por qué perder la cordura.

—Abre una botella de vino, ahora mismo, pero solo trae una copa.

—Gracias, Francisco. Prefiero el chocolate.

—Tienes buen humor. Aplausos —con la misma soltó una andanada de aplausos para cobrarle la ironía.

—Estás insoportable, Francisco de Paula. El Libertador te tiene la cabeza perdida.

—Manda a repartir vino entre los guardias de turno, y que me ensillen el caballo rucio ¿Has entendido?

—Ahora mismo, su merced —le respondió por ironía. Sacudió las enaguas y exhaló un íntimo suspiro de resignación.

Crujieron las maderas. Vociferaron los loros en el patio. Soto y Azuero de visita con caras de año nuevo.

—¡En hora buena, doctor Soto! ¡Felicidades, doctor Azuero! ¿Qué hay de Florentino?

—¿Saldremos a celebrar, mi general? —preguntó Azuero.

—Por supuesto —volteó para ordenar a un edecán: —¡Convoquen a todos los empleados públicos a festejar en la calle del comercio, frente a la iglesia! Música, mucha música, fuegos artificiales a granel—. Lo traspasó la imagen de la mujer, titubeó, abrió los brazos al encuentro de Soto y Azuero. Dijo: —Celebraremos sin perder la compostura—. Levantó la voz: —Son tres copas, mujer.

Bogotá. Calle del comercio. Tarde. Noche del 10 de marzo

Fanfarria y petardos, banderas y cohetes. Bandas de música por las calles, repiques de campana, un vocerío de vivas y aplausos a la tercera división. La calle principal de Bogotá toda una fiesta. Por el medio el vicepresidente rodeado de numerosa multitud: militares, estudiantes, legisladores y escribas de todos los calibres. Andaba de gozo, entre plácemes y abrazos, dando saltos de alegría hasta agotar los resuellos. «En su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba, aunque alguna que otra vez no dejara de notársele una inquietud que esforzaba en disimular».

—Así me gusta verlo, mi general, con la fortuna en la cara —le dijo Azuero.

El estallido de un petardo ocultó los carraspeos.

—¡Viva la constitución! —gritó Soto.

—Viva el general Santander! —gritó Florentino.

—¡Abajo los usurpadores! —gritó Azuero.

—Acompáñenos, Monsieur Horment. Conozca al vicepresidente de Colombia —dijo Florentino a un desgarbado francés de sombrero negro y bastón de blanca empuñadura de nácar.

—Un ¡Bravo! a nuestro sabio partero, el doctor Arganil —dijo Santander.

—Y un ¡Viva!, a los muchachos del Colegio de San Bartolomé —chilló Soto. En el frente del Colegio silbaron los trabucos.

—¡Santo Dios! Fin de mundo —comentó una mujer detrás de su mantilla.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Amanecer del 14 de marzo

«Mi querido general Urdaneta: Necesitamos trabajar mucho para regenerar el país y darle consistencia: por lo mismo, paciencia y más paciencia, constancia y más constancia, trabajo y más trabajo, para tener patria, para los pobres hijos que Vd. tiene y para los pobres parientes y amigos que me quedan… Cuándo sepa qué resuelve el congreso sobre la renuncia de Santander y la mía tomaré mi resolución y obraré en consecuencia».

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho de Santander. Amanecer del 14 de marzo

«Mi apreciado amigo Bustamante. El 9 del corriente me entregaron Bravo y Lersundi sus importantes comunicaciones del 28 de enero, los documentos que los acompañaban, y su carta particular. Ellos dirán a U. los sentimientos de júbilo que han manifestado los pueblos al ver la fidelidad y lealtad que han expresado los militares de esta división en unos días en que no han sido pocos los que, olvidando sus deberes, y lo que Colombia había ganado bajo su Constitución, nos han dado tantos pesares. El gobierno expresa a U. sus ideas en la comunicación oficial, que conducen los mismos oficiales, y U. la hará trascendental al ejército.

El régimen constitucional sigue, y el gobierno firme como el primer día en sostenerlo contra innovaciones prematuras e ilegales no cederá una línea, mientras que la nación por medios legítimos y competentes no lo reforme o varíe. Entonces todos debemos ceder a la voluntad nacional, y portarnos con honor y carácter en lo que prometiésemos.

Entre tanto, el apoyo y la fuerza que U. han dado a la nación y al gobierno con su acto de 26 de enero, es muy eficaz y poderosa.

Siento que urja el tiempo, y que no conozca bien la antigüedad y servicios de todos esos oficiales y sargentos para haberles enviado hoy algunas recompensas; pero el jefe que vaya, llevará instrucciones sobre todo esto, y U. le dará informes exactos para que pueda proceder bien y justamente. Espero la razón que U. me ofrece sobre el estado de los cuerpos, ascensos de algunos sargentos y conducta de la tropa que está en Arequipa y en Bolivia. Oficialmente sé la ida de Matute con algunos granaderos para Buenos Aires. El querer U. cortar un suceso semejante es un buen documento justificativo del acto del 26 de enero.

No me acuerdo si conozco a U.; pero conozco a su padre, y fui condiscípulo y amigo de colegio de un joven hermano suyo. Honra a U. mucho su lealtad al gobierno y su patriotismo, y cuando se complete el triunfo de la causa de la Constitución Colombiana, ningún hombre liberal y amigo de la libertad olvidará el nombre de U. y de cuantos han contribuido a dar una prueba tan solemne de su amor a las instituciones patrias y obediencia al gobierno nacional. Esto independientemente de la trascendencia que tenga el suceso del 26 de enero en la suerte próspera del Perú y en la seguridad de otros Estados.

Escríbame siempre aunque llegue el general que ha de ir, pues U. conservará un puesto correspondiente en el ejército. Yo me alegro de que la primera vez que le escribo, sea para reconocerle como oficial liberal, y obediente al gobierno… Con sentimiento de amistad particular soy su apreciador compatriota, amigo y servidor. F de P. Santander».

«Al comandante general interino de la división de Colombia en el Perú J. Bustamante».

Bogotá. Casa. Habitación de Santander. Mañana del 15 de marzo

Su cuerpo no le cabía en el uniforme, tal la euforia que le removía todas las células. Había dormido muy poco, entre enormes sobresaltos, en medio de inefables sueños y monumentales pesadillas. Sentado estuvo en la silla presidencial disponiendo órdenes. Aplausos, muchos aplausos. Una lluvia de venias. Lisonjas y más lisonjas. En una sola carrera Soto, Azuero y Vargas Tejada. Uribe Restrepo maldiciendo al

Libertador en el anteportón de un manicomio. Con un dorado cofre Arrubla y Montoya, doblados por el aquilatado peso de los empréstitos. De pronto, alguien le arrancó la silla y la atestó en su cabeza de general presidente. En el aire de su caída dos manos le salvaron de dar de nariz contra el suelo. Las besó una y otra y otra y otra vez. Eran las del Libertador. Despertó puesto de rodillas, bañado de sudor, con las manos aferrando su gorro de dormir. Dejó caer su cuerpo sobre la alfombra, abiertos los ojos, fijos en la claraboya medio entuerta. El aullido de un gato lo encaramó de un salto en la cama, boca abajo, gimiendo, gimiendo, gimiendo hasta prorrumpir en un escalofriante chillido que despertó al vecindario.

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho del general Santander. Mediodía del 15 de marzo

Estuvo caminado un largo rato interminable por el corredor, a la espera del general Soublette. Un edecán lo observaba furtivamente, cuidando su curiosidad de algún improperio del vicepresidente. Lo vio leer y releer, celebrar su lectura al punto de uno que otro topetazo y una que otra venia de disculpa. Por el corredor asomó el general Soublette. Brincó raudo a saludarle con un pliego en la mano.

—Buenos días, general.

—Buenos días, su excelencia.

Lo dominaba la impaciencia. Sentía que el pliego de papel le calcinaba la mano. Dijo:

—De mi puño y letra le hago entrega de esta minuta para el general Bolívar sobre el movimiento de la división auxiliar en Lima el 26 de enero, comandada por el coronel Bustamante. Usted, como secretario de Guerra deberá preparar la comunicación, firmarla y enviarla al secretario general del Libertador.

Durante el tiempo de lectura Soublette cambió de colores, sintió espanto en las rodillas, aguijones en la boca del estómago, una seca aglomeración en la garganta.

—Su excelencia, esta correspondencia va en desdoro de la República. Ese movimiento parece ser, si no lo es, un atentado a la Constitución.

—Atentado fue el de su paisano al perdonar la insurrección de Páez.

—Su excelencia, el acto del señor coronel Bustamante es un alzamiento proditorio que ultraja las leyes y que pone la rebelión militar como virtud de servidores. Es un acto que afecta la subordinación, el respeto y la obediencia en las tropas de Colombia. Es un pésimo ejemplo. ¿Consultó usted al resto de los secretarios de gobierno?

—General, esta es una decisión del poder ejecutivo de Colombia. Proceda conforme a mi mandato. Eso sí, cuide de que la comunicación salga de la secretaría de Guerra.

—Pero, entienda, su excelencia, que…

—Ningún pero, general. Es una orden. Buenos días.

Anonadado, vuelto mierda, buscando apoyo en el espaldar de una silla. Así quedó el general Soublette. Encontró alivio en la idea de que el Libertador comprendería su circunstancia como subalterno del jefe ejecutivo de Colombia, con poderes extraordinarios mientras el Presidente permaneciera en Venezuela. No más, dijo para sí, esta vaina no tiene remedio, de que me salgo de este embrollo me salgo. Ya buscaré la manera de que el Libertador me ordene regresar a Caracas.

Bogotá. Palacio de gobierno. Corredor. Despacho del general Soublette. Mediodía del 15 de marzo

Toda la mañana la pasó leyendo la correspondencia de Santander y buscándole acomodo para que el Libertador entendiera que tal adefesio no era suyo sino del otro. Escribió. «Con fecha de hoy digo al primer comandante José Bustamante, actual jefe de la división auxiliar en Lima, lo siguiente: 'El Vicepresidente de la República encargado ha recibido por medio del teniente Lersundi la comunicación de U. del 28 de enero, el acta que la oficialidad de esa división celebró en 26 del mismo, y las proclama que U. dirigió a los soldados y al pueblo de Lima. El Poder Ejecutivo ha considerado detenidamente estos documentos y ha pesado su importancia, trascendencia, y consecuencias, con la debida rectitud, y me ha ordenado manifestarle sus sentimientos». No son mis sentimientos, sino los de Santander –comentó para sí–. Está claro que son los del jefe del poder ejecutivo, no los del secretario de Guerra. El Libertador entenderá mi difícil posición como subalterno, y claro que perdonará mi debilidad, mi falta de carácter, no de personalidad, claro.

Aspiró y exhaló, apaciguado el pecho. Pero no estaba tranquila su conciencia. Leyó el siguiente párrafo de la comunicación al insurgente: «Y desde luego, lejos de que el Poder Ejecutivo desapruebe la conducta de U. y la oficialidad de la división, la aplaudirá altamente y la estimará como merece en cuanto se asegure de que los jefes separados de la división coadyuvaban a desquiciar las bases de nuestra Constitución y a oprimir las libertades nacionales según lo anuncia U. en su carta del 28 de enero, porque entonces el acto de la oficialidad independiente de las circunstancias en que se ha visto la República, está conforme a la ley orgánica del Ejército que declara ser delito de alta traición emplear la fuerza armada a destruir o trastornar las bases del gobierno establecido por la Ley fundamental y Constitución de la República. Entonces U., la oficialidad y esas tropas han añadido a las coronas de laureles que tan heroicamente han ganado en los campos de batalla la corona cívica que corresponde a los ciudadanos que salvan las libertades nacionales».

—La corona cívica —dijo—, la corona cívica, la estimará como merece, como merece, la corona cívica. ¡Ay! Si ahora mismo pudiera enviar este cargo bien largo al carajo.

Volvió sobre la carta. Lleno de asco volvió sobre la carta: «Entre tanto y separando el Poder Ejecutivo de su consideración el modo con que se ha efectuado el acta de 26 de enero, y fijando sus ojos en el objeto que U. y la división se han propuesto, ensalza como debe el patriotismo de la oficialidad y tropas de la división, la lealtad de su corazón y la firmeza de carácter con que nuevamente se consagran a la causa de las leyes. El gobierno nacional que ha tenido el dolor de ver desertar de las banderas constitucionales a varios ciudadanos de todas profesiones faltando así a sus juramentos y promesas, y desesperando de la salud de la patria acaba de recibir esta prueba irrefragable de las virtudes e incorruptibilidad de las tropas auxiliares del Perú, existentes en Lima; ellos no han olvidado que pertenecían a Colombia, y que tienen el título glorioso de Ejército Libertador; el resplandor de sus armas victoriosas con que han humillado a los enemigos de la América en tantos combates inmortales, relucen más al presentar esas mismas armas prontas a sostener las instituciones nacionales y a proteger a la nación, obedeciendo ciegamente al gobierno supremo. Conducta esta que el pueblo colombiano sabe apreciar por más que puedan desestimarla los pocos que se han equivocado en el uso de sus derechos, y que exageraron en

su imaginación los males de la República. Desde que ese ejército ha unido su suerte a la del gobierno constitucional, él correrá la que corra el mismo gobierno».

—¿Qué hago yo en esta vaina? ¿Qué hago yo en esta vaina? Yo soy la persona indicada, eso pensó Simón cuando me nombró para este cargo, que así me lo dijo: un hombre de confianza, sereno, sigiloso, capaz de soportar los aguaceros leguleyos y de meter las narices en las comidillas bogotanas. Yo, el imperturbable a pesar de mis muecas con auras de sonrisa.

Volvió sobre la lectura de aquella papa caliente rellena de ignominia: «El Poder Ejecutivo celebra que la división haya guardado el respeto y consideración debida al gobierno y pueblo del Perú y que puesto U. a su frente, trabaje activa y eficazmente en que se observe una rígida disciplina, se atienda a la subsistencia de las tropas y se les haga conducir por auxiliares de un pueblo amigo, aliado y hermano. El gobierno en la primera oportunidad y cuando sobre datos seguros pueda distribuir recompensas justas que no ofendan el derechos de otras, probará a U. y a esa oficialidad y tropa que sabe estimar sus servicios, su constancia y fidelidad, y corresponde a U., a los oficiales y tropa hacerse dignos, no solo de ulteriores recompensas, sino de la estimación del gobierno supremo y de sus compatriotas, portándose como militares de honor, y con la más ciega obediencia».

Ocultó su cara en los antebrazos. De pronto sintió el sabor de un alumbramiento. Alzó la pluma, la introdujo en el tintero. Escribió: «Esto es lo que he recibido orden del Poder Ejecutivo nacional de responder a U. a su precitada nota, y de la misma añado, que la haga publicar en la orden del día para conocimiento de todo el ejército.» Respiró con alivio, cuidó de la mano sobre el papel, delicado, a su manera: «Dios guarde a V.S. muchos años. Carlos Soublette. Una rúbrica de general, Secretario de Guerra.»

—Algo más —dijo en voz alta—, algo más: «Y lo transcribo a V.S. por mandato del gobierno para conocimiento del LIBERTADOR Presidente. Dios guarde a V.S. C. Soublette.» Sintió el olor de la neblina bogada por una rendija de la ventana.

—Para conocimiento del Libertador presidente —dijo—. ¡Qué vergüenza más grande!

Un puñetazo sobre el escritorio hizo saltar por el aire papeles, plumas, sellos, un retrato suyo y otro de su mujer. Con el ruido un edecán abrió la puerta:

—¿A sus órdenes, general?

—¡No estoy para nadie!

Bogotá. Biblioteca de Rafael Arboleda. Noche del 16 de marzo

Decidió escribirle al Libertador con el corazón en la mano —Así dijo—. Su admiración no tenía término. Confiaba enteramente en el espíritu del héroe: su humana condición sin límites, su inusitada capacidad de sacrificio. Su vida misteriosamente protegida. Necesitaba contarle su pena y la de muchos. La abrumadora atmósfera de Bogotá. «Así es que la vigorosa renuncia de la presidencia de Colombia que V.E. envía y cuya noticia se ha difundido al instante, ha excitado en muchos un verdadero pesar, y en casi todos el vehemente deseo de que no sea admitida por la Legislatura».

Anduvo de suspiros un buen rato. Buscando el modo de contarle al Libertador la versión de algunos pocos, pero de bajos designios para la patria: que no hay hombre necesario. ¿Por qué Bolívar? Otros, con evidente hipocresía, solicitaban de Bolívar una grandeza como la de Washington, recogido en su casa como cualquier ciudadano. «Hay muchos también, señor, que apetecen aquí la confederación de Colombia con los Estados del Perú. Muchos mirarían con gusto esta confederación, y como consiguiente la división de Colombia en tres secciones, «para ocupar en una de ellas un lugar muy distinguido».

Tenía su modo de decir. El Libertador amaba su condición de poeta. Siempre buscaba ocasión para celebrar sus poemas. En la prisión de su intimidad agradecía los sentimientos del héroe para con él. Mi palabra —dijo para sí—, nunca alcanzará a expresar mi devoción por su excelencia. Su timidez la puso en la escritura: «Temo, señor, haberme engañado en mis pequeñas observaciones; y si la exactitud de ellas ha estado a mi alcance, serán tal vez tan obvias que no puedan ocultarse a V.E. a ninguna distancia. En tal caso —escribió, palpitante— mi carta será solamente una inútil molestia; pero de cualquier modo me lisonjeo de que V.E. verá en ella mi gratitud eterna, y los sentimientos

inalterables de respeto y admiración con que tengo la honra de suscribirme, el más obediente y servidor y fiel amigo de V.E.

Cerró la carta. Suspiró sin desmedro. Salió por aire fresco, pero necesitó volver a su mesa de trabajo. Escribió: «*Adición*. —Abro esta carta para tener la satisfacción de agregar, que la opinión se ha uniformado absolutamente, en cuanto a la no admisión de la renuncia de V.E.». ¿Estaré mintiendo, señor? —preguntó al Cristo de la pared.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Tarde del 20 de marzo

Insurrecciones en Barcelona y en Cumaná. Tres o cuatro cantones de aquellas provincias en armas contra sus jefes. Por Carúpano andaba Santiago Mariño reprimiendo los desórdenes. ¿Qué hacer? La pregunta de siempre, ¿qué hacer para atender a todas partes sin dinero y con tan pocas tropas? ¿En quién confiar? Pues en Mariño y en Páez, ¿qué más? A Páez solicitó obrar con mucha resolución «pues de otro modo no podemos salvarnos». Insistió en excitar al llanero, quien no aguantaba dos pedidas para alzar el sable: «Yo me acuerdo que Boves hizo godos a los patriotas y también me acuerdo que el terror ha hecho a los godos patriotas; porque los malvados no tienen honor ni gratitud, y no saben agradecer, sino temer. Los que se han creado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes y bajo la autoridad de los principios liberales». Terrible conclusión, desoladora. «Yo estoy resuelto a todo: por libertar a mi patria declaré la guerra a muerte, sometiéndome, por consiguiente, a todo su rigor; por salvar este mismo país estoy dispuesto a hacer la guerra a los rebeldes aunque caiga en medio de sus puñales. Yo no puedo abandonar a Venezuela al cuchillo de la anarquía. Debo sacrificarme por impedir su ruina. No hay otro partido. Yo pienso que Vd. también debe hacer lo mismo, porque los compromisos de Vd., con la patria son infinitos. Perdone Vd., querido general, que le hable lo que siento y lo que todos piensan y ven con sus propios ojos. Vd. se ha comprometido mucho más con esta patria que hemos servido desde el principio; porque las reformas suscitadas por Vd. y sus amigos han sido la causa inocente de que se precipiten estos sucesos que ahora lamentamos».

Sabía bien que le estaba pasando factura a Páez, pero más pudo la urgencia de la necesidad. Que el llanero suelte unos cuantos carajos y maldiciones y mentadas de madre, incluida la mía, María de la Concepción, que Dios tenga en su gloria. Además, era opinión de los colombianos, sin excepción. «Todos dicen: Colombia estaba tranquila y andaba regularmente; de resulta de la revolución todo se ha trastornado y todo se está perdiendo; porque desgraciadamente vivimos en un país en que no se puede hacer el menor movimiento sin convulsiones ni respirar sin ahogarse. Estamos rodeados de la muerte.»

«Suplico a Vd., querido general, que perdone estas expresiones de mi ingenuo corazón, pues yo lo hago para que Vd. se convenza más y más de hacer los últimos sacrificios para salvar el país y su propia reputación. Imagínese Vd. que en Bogotá piensan algunos individuos que yo tengo la culpa de los desórdenes de la república, luego debemos inferir lo que pensarán de Vd. con respecto a Venezuela. Lo peor de todo es que en todo el mundo se ha desaprobado el movimiento de Valencia. Luego si nos perdemos no le quedará a Vd. un amigo solo que lo defienda. En fin, haga Vd. por allá todo lo que pueda que yo haré lo mismo por acá».

No había terminado de dictar cuando le llegó carta de Páez, con buenas nuevas de sus desvelos por la felicidad de los pueblos del llano. Estaba en armas, apaciguando rebeldes.

—Ya lo ve usted, coronel —dijo a Santana—, tenemos Páez para rato al servicio de la patria. Descanse mientras yo contemplo el valle desde la terraza de El trapiche. Algo me dice que vamos a marchar muy pronto para el Sur.

Bogotá. Palacio de Gobierno. Despacho del general Soublette. Mediodía del 20 de marzo

«Oficio reservado del Secretario de Guerra para el nuevo general en jefe del Ejecutivo de Colombia, Antonio Obando. República de Colombia. Secretaría de Guerra. Sección central. Palacio de Gobierno de Bogotá, a 20 de marzo de 1827. Al Sr. general, comandante general del ejército de Colombia auxiliar al Perú, Antonio Obando. Reservado. Incluyo a V. S. un despacho en que el Gobierno asciende a coronel efectivo de infantería al Sr. comandante José Bustamante. Dará V.S.

curso a este despacho en uno de dos casos: a saber, si tomados por V. S. todos los informes que presupone el artículo 16 de sus instrucciones resultare que los oficiales de la 3ª división tuvieron motivo fundado para el pronunciamiento del 26 de enero, o sí (aun antes de tomar tales noticias) observare V.S., que la demora de una manifestación favorable del gobierno respecto a Bustamante pueda influir en perjuicio de la disciplina y conservación de aquella división de nuestro ejército. Sea que V.S., retenga o que dé curso al despacho, me lo avisará exponiendo las razones de su procedimiento. Así mismo se autoriza, a V.S. para conceder un grado más a nombre del gobierno a cada uno de los oficiales que más se hayan distinguido en promover y ejecutar el pronunciamiento del 16 de enero. Es decir, que el que sea graduado pasará a efectivo en su clase y el efectivo obtendrá el grado de la clase superior inmediata. De esta autorización hará V.S., curso en los mismos términos que se le previene para cumplir el despacho de coronel para el primer coronel comandante Bustamante, esto es, resultando favorables a la causa de la oficialidad de la 3ª División los informes que V.S. recoja, o antes de tomarlos, si se presenta a V.S. motivo para temer que la falta de estos ascensos pueda influir contra la disciplina y conservación de aquel cuerpo de tropa. V.S. no librará despacho sino hará reconocer los ascensos en los mismos términos que se le previene en el artículo 3º de sus instrucciones y debe dar cuenta detallada de lo que obrare en virtud de esta autorización. Todo lo que digo a V.S. de orden del Poder Ejecutivo. Dios guarde a V.S., Carlos Soublette».

Maracaibo. Despacho del general Rafael Urdaneta. Amanecer del 8 de abril

Lamentó la suspensión de la expedición a Puerto Rico. En último caso le interesaba para darle trabajo del bueno a la tropa. No era hombre de ocultamientos con el Libertador. Luego fue al grano sobre el tema que le inquietaba hasta morderle el sosiego: «Por extraordinario del día 2, comuniqué a U. lo que supe del Perú. A la verdad que este suceso debe traer inmensos resultados, todos ellos de naturaleza dificultosa. Yo no puedo atribuir tal cosa sino a las sugestiones de Bogotá mismo. Todas mis reflexiones sobre el particular son melancólicas; y cuando considero la posición de U. no descubro ningún modo fácil de

componer las cosas. Porque dígame U., ¿cuál será su resolución? Fastidiado U., de tanto absurdo y de tanta maldad, ¿abrazará el partido de dejar el país como alguna vez lo he oído? Esto no puede ser, sin que por el mismo hecho sancione U. la destrucción de la obra de sus manos, y la de todos sus amigos, y la de todos los que esperan en U. ¿Tomará U. las armas para reducir al orden los diferentes partidos? Esto es violento, pero yo lo prefiero a su ausencia.

«Repito a U. que nada veo fácil, y solo alguna palabra de U. podría sacarme de la perplejidad en que me encuentro. Sea lo que fuera, tengo por ocioso repetir a U. que seguiré constantemente sus pasos: que veo la suerte del país ligada a la de U. y que hasta por inclinación estoy decidido a seguirla siempre como lo he hecho hasta aquí. Tenga U. la bondad de decirme alguna cosa sobre el particular para marchar de acuerdo».

Caracas. El trapiche. Noche del 12 de abril

Correo de Bogotá. Hasta la madrugada del trece estuvo caminando de un lado para otro. Hablaba en voz alta, susurraba, tosía, carraspeaba, metía la cabeza en los matorrales para ocultarle la náusea a los fisgones. Santana como una estatua cuando pasaba, sonámbulo, a su lado; como una sombra guardiana cuando la penumbra lo permitía. A las cinco de la mañana salió a cabalgar para que el frío le apaciguara las tormentas. Regresó con el semblante relajado, la camisa y la cabeza húmedas, luego de unos chapuzones en el río. Una secreta satisfacción iluminaba su cara. En la cocina la mucama dijo que, antes del desayuno, lo vio deshojando margaritas de los ramos que esa mañana le había enviado su hermana María Antonia.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Mañana del 14 de abril

Escribió a los generales: Salom, Páez y Urdaneta. Santana le leyó el primer párrafo de la carta a Salom:

«Mucho debe Vd. sorprenderse al saber los últimos acontecimientos de Lima y la insurrección de granadinos contra venezolanos. Lara y Sandes, junto con todos los jefes venezolanos y oficiales, han sido remitidos presos a disposición del poder ejecutivo. Bustamante quedaba

encargado del mando del ejército colombiano. Por supuesto, que esta ocurrencia ha trastornado todo el orden establecido en el Perú: el gobierno se ha cambiado; Pando y Heres han salido, Vidaurre y Salazar han ocupado sus puestos. Santa Cruz se mantenía en su destino. Como yo no he recibido otra noticia que la que me ha dado Santander refiriéndose a los partes de Bustamante, no sé sino lo que ellos dicen; pero por todo veo que el principal móvil ha sido el odio de granadinos contra venezolanos, pretextando sostener la constitución y el poder ejecutivo. Por todo esto conocerá Vd. que estamos en el caso de no fiarnos de los granadinos y tener sí la mayor vigilancia sobre ellos, no sea cosa que en este ejército quieran hacer la misma que en Lima. Así conviene que esas compañías de 'Junín', que, según entiendo, tienen oficiales granadinos, no permanezcan en la guarnición de Puerto Cabello, sino que vengan a los Valles de Aragua o Valencia. Vd. verá como se hace esto, sin que produzca la menor sospecha del motivo que causa esta orden. Cada vez se hace más necesaria la presencia de Vd. en esta capital».

Reflexionó a horcajadas sobre la hamaca. A poco estaba de pie con una mano sobre el hombro de Santana para contener su reacción. Dijo:

—Copie, coronel: «En suma diré a Vd. que todo lo anterior no está conforme a mis ideas, porque lo ha escrito Santana sin haberme entendido. Yo lo que quiero es que salgan del castillo las compañías de 'Junín' y hagan el servicio solo en la plaza de Puerto Cabello, porque los oficiales de dichas compañías son granadinos y es preciso observar a dichos oficiales porque podrían embarcarse o sublevarse con los castillos. Tampoco quiero que Vd. venga en estas circunstancias, siendo más útil que Vd. permanezca por allá observando los castillos, Valencia y haciendo todo lo que se le ha encargado en ese país.» Punto y aparte. «Todo el negocio de cosiateros ha terminado ya, con estos menos, y, por lo mismo, será muy conveniente que Vd. se ponga de acuerdo con ellos para repeler toda injuria que venga del lado de Bogotá».

—Salom me entenderá —dijo al oído de Santana. Escriba: —«Acérquese Vd. al lado del general Páez, que es mi mejor amigo (oyó carraspear a Santana, al tiempo que removía el fondillo en la silla), y por lo cual deberá Vd. consultar con él lo más conveniente. Procure Vd. ganarle su confianza y darle sus consejos en toda ocasión. Ya no hay sino venezolanos, y desgraciados de nosotros sino tenemos más que una opinión. Soy de Vd. el mejor amigo».

Santana volvió a carraspear. Pidió permiso a su excelencia para acomodar la silla. Frotó las manos, pasó una de ellas por la barbilla, con aspaviento de incrédulo. Bolívar estuvo a punto de sonreír, pero contrajo las arrugas de la frente y dijo:

—Abandone las payasadas, coronel, que aún no he terminado. Post data: «Suponen que Vd. escribió a Lara desde Bogotá diciéndole que dejábamos a Santander de biombo, puesto que no lo podíamos quitar y en esto fundan una parte de los motivos que ha ocasionado la revolución. Soy de Vd. afectísimo».

Pasó los pulgares por el cuello y dijo: —Descanse, coronel. Vaya a tomar agua en la cocina y descargar su risa en el corral con los pavos reales que le mandó su abuela. Luego regrese, que aún nos faltan Urdaneta y Páez.

Santana salió a toda prisa con la palma de la mano en la boca para contener la risa. En su correteo no oyó las sonoras carcajadas del Libertador.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Mediodía del 14 de abril

Leyó los primeros párrafos de la carta a Urdaneta y relajó el entrecejo.

—Ninguna observación, coronel —dijo a Santana—. Escriba, que tengo prisa: «Vuelvo a decirle, mi querido general, tenga Vd. mucho vigilancia: Vd. está a la vanguardia de Venezuela y pudiera suceder que a Vd. le hicieran la misma que a Lara de cuenta de venezolano.» Punto y aparte. Escriba: «Conviene que Vd. se ponga en comunicación directa con los señores Padilla, Montilla y Muñoz, de Cartagena y Panamá para que le comuniquen a Vd. las noticias que sepan. Exhórtelos Vd. a que se mantengan firmes en su puesto y no se dejen sorprender. Yo no les escribo porque temo que en estas circunstancias mis cartas sean sorprendidas. Por mi parte, aguardo con impaciencia saber cuáles son las medidas del congreso; entre tanto veo lo que debo hacer en circunstancias tan difíciles. Vd. sabe que yo he tomado el mote de hombre de las dificultades. La guerra es mi elemento; los peligros mi gloria. Se ha pretendido destruirlo todo por una traición y yo no permitiré tal perfidia y una ignominia eterna. La persecución me irrita y alienta a

los mayores esfuerzos. Vd. puede asegurar esto a todo el mundo. Yo espero los sucesos y la conducta de Bogotá. Entonces veremos lo que debemos hacer. En estos días se puede temer todo, pero dentro de algunos meses es de esperarse que el cálculo y los sucesos produzcan una reacción muy favorable. La Providencia misma no puede permitir que el robo, la traición y la intriga triunfen del patriotismo y de la rectitud más pura. En vano se esforzará Santander en perseguirme: el universo entero debe vengarme, porque no hay un punto donde hayan llegado las noticias de nuestros servicios y sacrificios, que no tenga partidarios de nuestra reputación y de nuestra causa. Yo juzgo así, porque mi conciencia me lo dice y yo no sé que la conciencia de estos señores esté tan tranquila como la mía. Cuando quede reducido a nada estaré satisfecho de mi propia ruina y la veré como una gloria y un martirio poco merecido. Además la destrucción misma del país viene de continuo a vengarme de mis ingratos persecutores y esto mismo justifica mi conducta. Si los traidores triunfan, la América meridional no será más que un caos, pero, a la verdad, yo no concibo tal triunfo. Unos viles ladrones no pueden formar masa capaz de combatirnos. Además, Venezuela es un erizo y mi nombre un talismán. Conozco las vías de la victoria y los pueblos viven satisfechos de mi justicia. Todo esto me consuela».

Necesitó el aire fresco y sereno de las acacias. Dejó a Santana la tarea de escribir la carta al general Páez en los mismos términos de las de Urdaneta, con la franqueza por delante. Decir cuanto era necesario decir en estas circunstancias de martirio. Había que alertar, poner freno al robo; acudir a la Providencia misma, ¡ay! La Providencia, atado como estaba para impedir la traición y la intriga.

—Pronto regresará —dijo Santana a sus adentros— con un bisturí en la mano. Modifique el tono que no las palabras, me dirá con los ojos puestos en el techo. Como usted ordene, general —responderé al instante—. Pero si las acacias hacen lo suyo, le habrá puesto coto a sus tormentos.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Secretaría. Mañana del 18 de abril

Había montado en cólera, luego vino el desconcierto, finalmente la decepción. Trepó a la montaña. Miró a su alrededor. Sintió bramar

las aguas de la costa. Gritó hasta quedar sin aliento. Encajó el mentón en las rodillas. El silencio resbalaba con su escalofrío. Lo volvió en sí el trino atormentado de un cristofué. Piedras rodaron y golpearon a otras piedras.

Ya cerca del mediodía estuvo conversando con el doctor Revenga sobre un único asunto: la correspondencia de Santander firmada por el general Soublette, y la contestación a que daba lugar y que firmaría el secretario de Estado. Soportó las lecturas y relecturas del texto a pesar de su ánimo marchito. Revenga tenía el pecho como una plegaria, aunque encendido el pulso, firme el trazo de su letra. Ambos pensaban en una respuesta contundente, que no diera lugar a los siniestros manejos de Santander. Leyó Revenga:

—«Vuestra Señoría al responder a Bustamante a nombre del Ejecutivo, asienta como dudoso, si él y sus asociados hayan obrado o no incorrectamente. Se declara en la acta del 26 que se procedía solo a virtud de sospechas, y el Ejecutivo de Colombia no solo parece haber cedido a las disculpaciones desnudas de toda prueba con que se escuda aquel oficial, en su carta particular, sino que asienta que está lejos de desaprobar la conducta de los sediciosos, y que separaba de su consideración el modo cómo se celebró el acta. Hubo una verdadera rebelión de los subalternos contra los jefes: solo se escuda con sospechas la infracción de las más santas leyes, y el Ejecutivo la santifica por el objeto que gratuitamente se alega, y la ensalza como demostración de patriotismo y de lealtad».

Detuvo la lectura porque vio a su excelencia como una sombra abriendo la puerta delicadamente, sin ruido, haciendo una señal hacia fuera, y luego a él otra con una alzadura del mentón.

—Prosiga, doctor.

—«Es depuesto el jefe de una división de tropas esclarecido entre sus conmilitones, más que por su valor, por el amor y la estricta observancia de la disciplina a que debió que el gobierno del Perú expresamente lo pidiese para el mando de estas tropas: con él son depuestos los demás jefes de la división o de los cuerpos que la componían, y depuestos por los mismos que él había denunciado ya ante el gobierno como incapaces de freno; todos deportados sin que los acompañase ninguna otra prueba del nefando delito, ni otro cargo que sospechas;

y el Ejecutivo ha supuesto que los sediciosos hayan podido merecer el mejor premio que nunca se concedió al buen ciudadano, la *corona cívica*».

Interrumpió a Revenga para decir:

—La corona cívica, la corona cívica, la corona cívica a un desalmado. Continúe, continúe, continúe, pero salte el párrafo siguiente, porque –hizo el gesto de leer– no habrá, pues, en adelante crimen ninguno que no pueda lavarse, y aún merecer un premio pretextando un objeto que no sea punible.

Echó espumas por la boca. Revenga sonrió melancólicamente. Leyó:

—«EL LIBERTADOR ha quedado asombrado con tan inesperada prueba de la decadencia moral del gobierno. Crece su espanto al ver en la comunicación de V.S. cuán presente tenía entonces el Ejecutivo los deberes de la fuerza armada; y que si esta no debe nunca emplearse contra las leyes ni contra el libre sufragio de las asambleas electorales o de los legisladores, nunca es tampoco deliberante, ni puede escudarse con sospechas. ¡Oh! Y cuánto se alejaron de esta senda los que extraviaron a la división auxiliar del Perú, y no solo la hicieron hollar las leyes patrias, la autoridad de sus propios jefes y gobierno, sino también al gobierno e instituciones de un país aliado, en donde se hallaban de auxiliares, y en donde, como tales, habían encontrado una hospitalidad y gratitud sin ejemplo. El ejército del Perú era un modelo de disciplina, sus triunfos habían excedido a toda esperanza, y era sin embargo el mejor timbre la perfecta neutralidad que había conservado en los negocios interiores del país, al presente debe estar detestado; y Bustamante y sus asociados son deudores a Colombia de la gloria que había adquirido este ejército, y que con este suceso ha quedado cubierta de indeleble infamia. Si hay algo que pueda agravar la falta, cree S.E. que solo puede ser el espanto con que la América, la Europa, y el mundo entero oirán el juicio del Ejecutivo ¿Qué gobierno podrá desde ahora reposar en las bayonetas de que se crea sostenido? ¿Qué nación se fiará ya en la fe, ni en la justicia de su aliado? ¿Cuál no será la consecuente degradación de Colombia? De modo que anonadado de vergüenza el LIBERTADOR no sabe si haya de parar su consideración más bien en el crimen de Bustamante que en la meditada aprobación que se le ha dado en premio.»

Tenía la mano derecha en el pecho, por debajo de la camisa. Dos tizones en los ojos. Dijo:

—Terminé usted, doctor Revenga, haciendo hincapié que en toda la historia de mi vida pública no he hecho otra cosa que obedecer a la voluntad del pueblo, y para quien no hay desgracia comparable a la mengua del honor nacional.

—Como usted ordene, su excelencia.

—Perdone usted, Revenga, pero me comen las ganas de ir a soltar carajos por el corral.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Noche del 18 de abril

Estuvo hablando toda la noche con el espectro de Urdaneta. La claridad de la luna parecía un dilatado relámpago. Había leído dos pliegos de Santander, almibarados con excusas. Lo domina la perfidia —dijo— para contener una maldición. Perfidia —volvió a decir—, palabra que compendia las falsedades y astucias y engaños y disimulos de Francisco de Paula. ¡Qué buena vaina!, mientras más seguridades me da de su amistad, menos le creo.

Sintió sed, calorones en la nuca, sudores en las piernas. Bebió de la jarra del aguamanil. Dijo de pura rabia:

—Me expondré a mayores perfidias. La de Lima pasa todas las exageraciones: es un horror que no acabo de concebir. Colombia por colombianos desertada. Si yo fuera un héroe y no un ciudadano, me presentaría en Lima como caído del cielo a dar la muerte a aquellos miserables con mi súbita presencia.

La indignación invadía su cara. Encendió un farol que un golpe de viento había apagado. Puso el pie derecho sobre una silla, y de inmediato la retiró para pisotear una araña con ensañamiento. Oyó ladrar perros y pensó que había luna llena, noche para cometer disparates, acostumbrado a contemplarla desde cualquier peladero de Colombia, encaramado en la montaña, vuelto noche, fragor de escaramuza, casa en ruinas, nube negra, fugitivo de la muerte, desmedido amante por pura soledad.

Maracaibo. Despacho de Rafael Urdaneta. Amanecer del 23 de abril

«La perfidia está refinada, y es necesario que U. lo crea así. Tengo cartas de Bogotá de personas adictas a U. y no dudo que se trama fuertemente: todos claman porque usted vuele a Bogotá a ponerse a la cabeza del Gobierno como el único medio de salvar la Patria, poniéndose en estado de hacer abortar los planes que hay contra U., y por consecuencia contra la Patria. Todos se interesan en que U. no se afecte de las cosas del Perú, porque los demagogos dicen allá en Bogotá que U. va a darse un pistoletazo cuando sepa la noticia; otros dicen: ya cayó el coloso, y otras simplezas de esta especie. Yo desearía también que U. no le diese gusto en esto, porque todo lo puede U. componer. Déjese U. por ahora llamar tirano; salve U. la Patria que después se desengañarán. U. ha tenido muchas de estas épocas y después sus mayores enemigos han sido los que le han tributado más encomios».

Estuvo meditando cómo decirle que una mano en Bogotá tramaba llamarle, suspender las facultades extraordinarias, declarar al Ejecutivo en Santander. ¡Carajo! Si esto llegara a suceder, adiós Patria, adiós Colombia. ¿Qué será de Valencia, de Zulia, de Maturín y de Cartagena en donde el fuego está consumiendo los últimos restos del sufrimiento?

«Yo no me atrevo a aconsejar a U. porque no me creo capaz, pero si conozco que es preciso abrir los ojos y andar muy de mano: las medidas que U. tome en estas circunstancias deben ser muy prontas y enérgicas. Santander ha corrido el velo, y U. debe desconfiar de todo cuanto él diga y haga; él sostiene el partido contra U. en Bogotá, y cuenta con el influjo que le da su destino y con el dinero de todos los amigos del empréstito; es preciso ahogar en tiempo esta facción.

«Yo estoy también por la marcha de U. a Bogotá, pero no solo; creo que U. debe presentarse allí con todo el carácter de Presidente de la República y con la fuerza necesaria para hacerse obedecer de las facciones».

Detuvo la escritura para reflexionar en voz alta: Cualquier crimen puede suceder si no llega debidamente protegido por la fuerza de su autoridad: ¡El ejército, coño! Regresó al papel. Escribió:

«Allá mismo hay muchos amigos de U., pero el partido que está pronunciado se juzga comprometido, y es capaz de cualquier cosa;

opino por tanto que U. no debe ir solo. Yo estoy ya bueno en estado de hacer todo servicio y los cuerpos que tengo aquí harán lo que U. quiera».

«Ayer he recibido dos cartas de U. de 14 y 28 de marzo; quedo impuesto de todo, y celebro que los bochinchitos de por allá hayan calmado».

Conocía a los alborotadores de Caracas y de Valencia: Peña, Carabaño, Páez. El catire siempre de oídos con los valencianos. Hasta que, hasta que el día menos pensado voltearan nuevamente la casaca. Pero insistió sobre el tema de Santander: la necesidad de que el Libertador lo pusiera en cintura antes de que dividiera la República.

«Ansío mucho por una carta de U. después de estos acontecimientos, y más que todo porque U. se decida a sofocar la facción de Santander. En Bogotá se tiene por enemigo de la Patria al que es amigo de U. Estas cosas acaso no le harán a U. impresión, pero los demás no somos tan grandes como U. y sentimos vivamente la maldad que ellas envuelven».

Bogotá. Despacho de Santander. Noche del 23 de abril

«Mi general: no ocurre novedad. Las gentes parecen más tranquilas al paso que van sabiendo el interés de usted en restablecer las leyes; por lo menos veo que ha calmado infinito la agitación... Solo en Cartagena se dice que hay mucha alarma entre los dos partidos; el pueblo y los amigos del gobierno temen una revolución tramada por parte de Montilla… Yo he indicado a algunos amigos del congreso que después de votada la inadmisión de la renuncia, se le envíe una comisión a exigirle su traslación aquí; no sé lo que harán. Débiles son mis fuerzas morales y mi ayuda; pero si usted viene al gobierno y me quiere emplear de oficial de una secretaría, siquiera por la práctica de nueve años de gobierno, cuente usted con que en esto y en cualquier cosa que no sea vicepresidente ni secretaría estoy pronto a servir a la patria y a complacer a usted».

Caracas. Quinta Anauco. Amanecer del 24 de abril

Pensó en Manuela. Cada vez que recibía noticias de Francisco de Paula, pensaba en Manuela. Ahora mismo estaría despotricando

contra el hipócrita por los corredores si supiera de sus andanzas.

—Definitivamente, Manuelita, Santander es un fingidor de fina ralea —le dijo porque creyó verla.

—Un tramoyista, Simón –oyó por boca de mujer.

—Te ensuciaron el alma, Francisco de Paula —dijo él.

Buscó una almohada y la puso en la hamaca. ¡Cómo quisiera, Manuela, que me tocaras los párpados y soplaras tu ardor en mis oídos! Hurgarte toda al mediodía, con todo y sopor. Cremarte. Mi llama tuya. Degustarte palmo a palmo. Cuando me haces falta, Manuela, como ahora, mi alma es una ruina. Pena inconsolable, como la del cristofué.

Caracas. Cuartel general. Despacho del Libertador. Mañana del 24 de abril

—Escriba, coronel, sin cambiar ni una letra, que el general Salom conoce hasta la respiración de mis palabras.

Por respuesta un gesto de anuencia del coronel.

—¿Me entendió?

—Claro, su excelencia.

—Pues escriba: «Vd. habrá leído los papeles de Bogotá: allí se han quitado la máscara; me atacan de frente y de espalda; mis enemigos me calumnian, mis amigos me defienden; unos y otros me llaman a que vaya a ejercer el gobierno; mi renuncia está en manos del presidente del senado, y entre tanto, yo no sé qué hacer. Todo el día pienso el partido que debo tomar, y cada vez me encuentro más embarazado. Y Vd. quiere saber cuál es este embarazo: mis amigos y Venezuela; yo no los puedo abandonar dejándolos en manos de la anarquía y de la ingratitud».

Una ráfaga la exhalación de Santana, como para no pasar inadvertida.

—No le haga caso a sus ilusiones, coronel.

—¿Cuáles? —musitó Santana.

—Las de permanecer aquí, coronel.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 27 de abril. Amanecer

Por una y otra vía le llegaban noticias del disgusto del Libertador para con él. Los silencios de sus compañeros de armas, durante diez y más años, respecto a las opiniones del Jefe sobre sus intimidades con Santander, comenzaron a alarmarle. Hasta su propia mujer recién parida soltaba una que otra preocupación sobre la extraña conducta de Simón para con él. Ahora la tenía allí, frente a él, bella, altiva, recogida, con un recién nacido entre sus brazos. Le escuchó decir, como un susurro le escuchó decir:

—Carlos, el pasado no sabe de nosotros.

—No te entiendo, mujer.

—Tampoco yo, Carlos (hizo una pausa para tomar aire luego de un suspiro nostalgioso que le alivió el bajo vientre por demás). Voy a mandar a preparar una jarra de limonada y panela para que acompañes tus copas de brandy. Cuéntale de todo, agradable o no. Ofrécele nuestro nuevo hijo.

—Recibí carta suya. Le hace reclamos a mi comedimiento. Gracias, mujer, por la limonada, mientras menos dulce, mejor. Duerme tranquila.

—Si me prometes decirle toda la verdad y nada más que la verdad.

Ambos sonrieron. Un beso, otro beso. Ánimo para escribir:

«Mi General, he recibido la interesante carta de U. del 16 de marzo, y voy a contestarle con el más vehemente deseo de corresponder a su bondad.

U., me dice que mis dos anteriores eran a cual más concisa, que esto lo ha llenado de dudas y conjeturas, y que ha llegado a imaginarse que yo temo 'exponer mis opiniones, mis ideas y mis observaciones.' Siempre desconfiado de que mis opiniones sean adaptables y de que mis observaciones sean exactas, solo me he atrevido a escribir a U. en materias políticas cuando U. me lo ha mandado, porque entonces debía confiar en que, aún cuando delirase, U. me disimularía; pero no así cuando lo hiciese de *motu propio*. Cuando U. partió de esta ciudad no me dijo qué quería que le escribiese, y esta es la razón única porque no lo he hecho.

Voy, pues, a presentar a U. mis observaciones y mis opiniones, y U. hará de ellas el caso que merece siempre la expresión de su amigo leal e incapaz de serle a U. infiel.

Yo no sé si antes de que apareciese el proyecto de Constitución para Bolivia, se sospechaba por algunos que U. aspirase a la soberanía de Colombia; pero desde que llegó aquel proyecto, y mucho más desde que el Sur, el Istmo y Magdalena hicieron su pronunciamiento, ya les pareció que se les iba a forzar a admitir un monarca, y de aquí nacieron todas aquellas desconfianzas, aquellos periódicos, aquellas agitaciones y todo lo que U. supo que había ocurrido hasta su llegada a esta capital.

Con la presencia de U. aquí todo calmó; sus decretos del 23 y 24 de noviembre y su proclama, tranquilizaron a los espantadizos y les inspiraron confianza; pero esta confianza se iba disminuyendo a medida que U. se alejaba: algunas conversaciones de U. en su marcha, que llegan exageradas y acaso desfiguradas, empezaron a revivir la alarma, que se completó cuando se supo que U. reunía un ejército, que pedía las pocas tropas que tenía el Gobierno en estos departamentos, y que, por último, se había atraído al general Páez. Entonces los mismos decretos de U. se les convirtieron en acechanzas. U. había dispuesto la reducción de la fuerza que se hallaba en el territorio, dependiente del Poder Ejecutivo, y formaba un ejército tanto más formidable, cuanto que todo el país estaba casi desarmado, y por las consecuencias que estos sacaban, U. iba a dar la ley, y estos departamentos iban a ser la víctima de los mismos medios con que concurriesen a la formación de aquel ejército, y aquí tiene U. el origen de todo lo que aquí se ha publicado en febrero y marzo y de los conatos que se observaron de una insurrección que el General Santander sofocó.»

Agradeció la limonada que le llevó la mujer de servicio, y la mandó a poner en la cómoda.

—Descanse. Es hora de dormir —le dijo.

—Mande usted, mi señor.

Esperó a que cerrara la puerta. Releyó la carta. Meditó. Dispuso de la pluma:

«En tales circunstancias llegaron las noticias del motín que nuestras tropas hicieron en el Perú contra sus jefes; y el temor de que aquí se encontraban sobrecogidos los hizo saltar de gozo, con un suceso que en otras circunstancias los habría llenado de consternación. Vieron la

cuestión solo por el lado que disminuía la influencia de U. y que aumentaba la del Gobierno y apoyaba la opinión de los que se habían declarado a favor de la Constitución; y puedo asegurar que en todo esto no he notado un odio o enemistad ciega hacia U., y que por el contrario, he notado en muchos el deseo, sincero a mi parecer, de que U. prescindiese de sus opiniones particulares, y que poniéndose a la cabeza de la República, le diera nueva vida, siguiendo lo que propiamente pudiera llamarse opinión nacional».

Salió a dar una vuelta por el corredor, a respirar el aura de la noche y recoger un poco de frío porque sentía el cuerpo caliente. Su mujer había apagado el candil. Algunos de los guardias, al escuchar sus pasos, le buscaron nuevo acomodo al sueño. Graznó una lechuza. Sirvió agua del tinajero. Bebió hasta la última gota. La limonada le había endulzado la garganta. Claro que no segregaba solo por la panela. Asomó la cabeza por la puerta del cuarto. Su mujer dormía, aunque cambió de posición al sentir el gozne de la puerta. Duerme tranquila —le dijo, a sabiendas de que no le escucharía—.

Buscó asiento cómodo en la silla, tomó la pluma, la humedeció en el tintero y escribió:

«En medio de todo esto el general Santander, que en mi concepto nunca ha dejado de ser amigo de U., se encontraba en una posición muy difícil. Si entraba en todas las miras de U., y con providencias severas hacía cumplir lo que U. disponía, se hacía también sospechoso y se exponía a un trastorno en el interior. Si por el contrario, se oponía abiertamente a U., perdía su amistad y corría el riesgo de aparecer como el jefe de un partido en oposición a U.; estas consideraciones me parece, según mis observaciones, que lo decidieron a seguir una línea de conducta en que al paso se mostrase consecuente con sus deberes y con sus principios, conciliase también su consecuencia con la amistad, con la gratitud y con el respeto que debe a U. Es posible que no haya acertado absolutamente, lo que no era muy fácil; y así ha resultado que U. se ha disgustado con él y quizás irritado, y que muchas veces los constitucionales han sospechado que los abandonaba. Varias veces he oído decir que su conducta no había merecido de U. ningún acto público de aprobación, y que por el contrario, U. había dado golpes terribles al Gobierno, al paso que había colmado de honra a los que lo habían desobedecido; que él no había dicho ni publicado una sola de las quejas

que tenía el Gobierno, ni se habría defendido si no se hubiera visto tan cruelmente atacado en Cartagena y Caracas; en fin, que estaba resuelto a no continuar en la Vicepresidencia, porque preveía que de continuar podría ser inevitable su rompimiento con U., y que él no tenía ninguna necesidad de este rompimiento. Así es que considerado que el Congreso abrirá hoy o mañana sus sesiones en Tunja, y que es posible que allá mismo tomen en consideración la renuncia de U., ha despachado ayer un oficial con la suya, que dice que está dispuesto a reiterar mil veces, y cuando más recurso no le quede, retirarse por enfermo a Tocaima».

Había escrito el párrafo más difícil. Tenía la sensación de que había sido sincero, y hasta consecuente con la conducta de Santander. Observaba las angustias de Francisco de Paula, las presiones a que lo sometían los amigos, por ellos mismos acreditados de constitucionales o verdaderos liberales, también las componendas del vicepresidente, que entendía como debilidades de poca monta, sus juramentos de lealtad al Libertador, para quien decía serle fiel hasta la infidelidad a sus propios principios.

Tomó la carta que en la mañana había recibido del Libertador. La leyó por enésima vez. El tema de la renuncia le sacudía el espinazo. Bebió un sorbo de limonada. Cambió la vela. Limpió la plumilla. Volvió a mojarla en el tintero. Escribió:

«Como he dicho, el Congreso abrirá hoy o mañana sus sesiones, y bien sea que determine sobre la renuncia de U. en Tunja o aquí, parece, fuera de toda duda, que no solo no la admitirá, sino que expresará sus deseo de que U. se encargue de la dirección de la República. En la confusión en que nos hallamos por la divergencia de opiniones, en el estado de efervescencia en que aún se encuentran los ánimos, en el peligro a que nos expone la penuria general del erario y la falta de unidad en el Gobierno, no hay otro camino de salud que este. Tal es mi opinión y la opinión casi unánime en el Congreso, en el Ministerio, en esta ciudad, en estos Departamentos y en toda la República. Yo bien veo que la empresa es ardua y llena de desabrimientos: pero persuádase U., mi General, que es inevitable, que además ella asegura la gloria de U., y por consiguiente, la estabilidad de la Nación; porque esa gloria es necesaria, es indispensable para la existencia de Colombia.

Veamos la cosa por el otro lado; o el Congreso admite la renuncia de U., o U., en el caso de no admitirla se ausenta o se deserta como

U. ha dicho: ¿puede U. figurarse que Colombia viva un día más allá, después de cualquiera de estas dos hipótesis? No lo creo, mi General, porque U. conoce más que yo nuestra crítica situación, y está seguro de que nos disolveremos envueltos en todos los males consiguientes a una disociación repentina, y acompañada de odios y venganzas.

»En el día está esto en calma, se aguarda lo que el Congreso haga, y se cree que todo podría conciliarse, y darnos tiempo para consolidarnos, si U. toma a su cargo el Gobierno, si el Congreso decreta que los colegios electorales se reúnan en un día señalado, y declaren si es la voluntad de la Nación, o no, que se revea la Constitución antes del período constitucional; si entretanto se restablece el sistema constitucional en todas sus partes; si se ratifican los decretos dados por U.; si se conceden al Poder Ejecutivo facultades para reintegrar el imperio de la Constitución y de las leyes, y para organizar y vigorizar todos los ramos de la Administración, y si por un decreto también legislativo se prohíbe revivir las animosidades que han nacido o se han descubierto después del suceso de Valencia.

»Estos son los puntos que se creen cardinales; a los que añado yo que se remueva el Ministerio en su totalidad, y que se mejore la administración de los Departamentos, porque pienso que todo esto unido a un sistema general y sostenido de economía, y a una vigilancia severa por parte del Gobierno y de sus agentes sobre los recaudadores y administradores de las rentas, es necesario para sacar a la República del fango en que parece encallada».

Escuchó el llanto de su hijo. Escuchó la voz de su mujer, los apresurados pasos de gente de la servidumbre por el corredor. Puso orden en el escritorio, apagó la vela y salió a procurar sus servicios.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Mañana del 28 de abril

«Día 28».

«Aquí había llegado ayer, cuando se me presentó un oficial conduciendo los pliegos de Pérez de que informo a U. de oficio por extraordinario que se despacha mañana. Nueva escena nos presentan los cuerpos que se insurreccionaron en Lima, y si logran su desembarco, es muy de temerse que ocupen todo el Sur, en donde solo pueden oponérseles

dos cuadros de batallones, dos escuadrones y una brigada de artillería, distribuidos en Guayaquil y Quito. ¡Qué conducta tan infame es la que hasta ahora vemos observar a esos peruanos, indignos de que U. los hubiera libertado! Sus papeles están llenos de injurias atroces contra U., y en el país hostilizan a todo ciudadano de cualquier carácter o profesión que sea. La división de Arequipa parece que no se ha insurreccionado, y Figueredo se hallaba con ella en Puno, quizás habrá pasado el Desaguadero, y reunídose a la segunda división que debía estar reunida en La Paz.

»Dicen que López Méndez viene para Jefe Supremo del Sur. No conozco a este personaje, pero había oído siempre que era loco, y ahora me parece que se puede definir su locura, como del género de la del héroe de Cervantes. Nada hemos sabido de Bolivia.

»He visto la posdata que U. tuvo la bondad de escribirme de su letra, y solo al señor Restrepo he impuesto de su contenido, porque no me ha parecido conveniente hacer público el disgusto de U. con el general Santander. Este no me ha mostrado la carta de U. que recibió en la misma ocasión, pero por lo que me ha referido de ella, por sus expresiones, y hasta por su cara he conocido que le ha hecho una impresión muy honda. Yo creo que él puede todavía servir útilmente bajo la dirección de U., y que U. todavía puede dispensarlo; por todas partes veo males, y solo diviso claridad aunque no muy cerca, si U. se resuelve a gobernarnos. Mucho celebré el recibimiento que le hicieron a U. en Caracas, mucho el restablecimiento de la tranquilidad, y aunque algún cuidado me ha causado lo que Revenga dice de Barcelona y de Valencia, confío más en que U. lo habrá corregido todo.

»Tengo un hijo más que ofrecer a U., mi General, y le reitero las más sinceras seguridades de la amistad, respeto y consideración con que soy su más adicto servidor, C. Soublette».

Bogotá. Casa de Santander. Noche del 29 de abril

Letra atildada, de cuidada caligrafía y correcto uso del idioma. Ni una palabra de más ni una de menos. Sentía una enorme satisfacción por su escritura. Acompañó su cuidadosa tarea con una jarra de chocolate, que rápidamente enfriaba la temperatura. Tosió en dos ocasiones para espantar a su mujer de turno asomada a la puerta. En el curso de

la escritura no encontró respuesta a una pregunta que le martillaba la conciencia: su repugnancia creciente hacia el Libertador. Le molestaba ese título. También él era Libertador ocupado en asuntos de administración de estado por instintivo rechazo a la vida en el ejército. La tropa le daba escozor. El otro, en cambio, convertía en deliquio su compartimiento con esos desarrapados, valientes por necesidad.

Dijo en voz alta, no sin antes mirar hacia la puerta entreabierta que de inmediato fue a cerrar:

—Yo soy un hombre de letras y de leyes, es lo mismo, claro que lo mismo, cultivado para gobernar.

Restregó las manos. Escribió con esmero. Terminó la carta y la leyó: particularmente hondo el ahogo, parsimonioso el acento, subterránea la congoja: «Mi muy respetado general: No puedo menos que agradecer a usted mucho su carta del 19 de marzo en que se sirve expresarme que le ahorre la molestia de recibir mis cartas, y que ya no me llamará su amigo. Vale más un desengaño, por cruel que sea, que una perniciosa incertidumbre, y es cabalmente por esto, que estimo su declaración.

»No me ha sorprendido su carta, porque hace más de un año que mis encarnizados enemigos están trabajando por separarme del corazón de usted; ya lo han logrado; ya podrán cantar su triunfo. Mi conciencia, sin embargo, está perfectamente tranquila; nada me remuerde que haya faltado en un ápice a la bondadosa amistad de usted; por lo contrario, estoy persuadido de que en las delicadísimas circunstancias de que he estado rodeado, he sido fiel a mis deberes y fiel a la amistad de usted y siempre celoso defensor de su reputación.

»No escribiré más a usted, y en este silencio a que me condena la suerte, resignado a todo, espero que en la calma de las pasiones, que son las que han contribuido a desfigurar las cosas, usted ha de desengañarse completamente que ni he sido pérfido, ni inconsecuente. Gané la amistad de usted sin bajezas, y solo por una conducta franca, íntegra y desinteresada la he perdido por chismes y calumnias fulminadas entre el ruido de los partidos y las rivalidades; quizá la recobraré por un desengaño a que la justicia de usted no podrá resistirse. Entre tanto, sufriré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia.

»Debo sentir el más vivo pesar al verme defraudado del título de amigo que he sabido cultivar con una larga serie de pruebas y hechos irrefragables de que ninguno otro ha tenido ocasión de darle. Nueve años de estar contribuyendo de cuantos modos me ha sido dable al incremento de su gloria, y al brillante éxito de sus empresas patrióticas, como que merecían otro desenlace. Cuando eran muy señalados sus amigos, y cuando los sucesos no habían borrado en sus enemigos la ojeriza con que le miraban, yo era fiel amigo de usted y el más sumiso y obediente de los que estaban bajo sus órdenes. Yo, obedeciendo a usted cerca de su persona o lejos de su presencia, con tropas a mis órdenes lo mismo que sin ellas, en el primer asiento de Colombia como en el último, constantemente sometí mi voluntad a la de usted y me porté con lealtad y honradez. Yo... pero, ¿para qué me empeño en recordar unos hechos harto notorios, si la sentencia está pronunciada y he de sufrirla?

»Al terminar nuestra correspondencia, tengo que pedir a usted el favor de que sea indulgente por la libertad que yo he empleado en todas mis cartas; tomé el lenguaje en que creía que debía hablarse a un amigo que tan bondadoso se mostraba conmigo, hasta el caso de haberme excitado desde el Perú a que no prolongase la interrupción de mis cartas, que ya había empezado a omitir. No dudo que usted me impartirá esta gracia, con la misma bondad con que se la ha impartido a sus enemigos y de su patria. Yo la merezco más que ellos, porque siquiera he sido antiguo y constante patriota, su compañero y un instrumento eficaz de sus gloriosas empresas. Nada más pido a usted, porque es en lo único en que temo haberme hecho culpable.

»Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad; mi corazón siempre amará a usted con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque usted no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración. Besa las manos de vuestra excelencia su muy atento, humilde servidor, Francisco de Paula Santander».

Finalmente exhaló su aire congestionado para alivio de los pulmones. Pasó la mano sobre la gata de Angora que, decía él, cuidaba sus insomnios de luna menguante. Estaba complacido de su tacto. Con el ritornelo de constante patriota constante patriota constante salió a

respirar el aire frío de la noche. No pudo evitar las lágrimas: pocas, gruesas, verdaderas.

Bogotá. Casa de Santander. Mañana del 30 de abril

Había amanecido con las narices dilatadas. La cabeza zumbándole en extremo. Frías las manos, fríos los pies, con una punzada en la boca del estómago. Vio en los labios de su mujer de turno un ligero temblor, los ojos tristes, la mirada incierta, sus párpados aleteando como alas de mariposa maltratada. Mañana me voy a casa de Nicolasa —pensó. Sorbió el chocolate: quemaba. Sopló en la taza, con el rabillo del ojo puesto en la mujer: jarra en mano temblorosa cambiando el agua al florero. Secos, de tormenta, los trinos de los pájaros. Un silencio hosco. Volvió a su habitación para mirar el espejo y buscar el semblante de su cara: vacilante, desconfiado, triste, eso es: triste. Acomodó la charretera en sus hombros. Taconearon sus botas. Salió con la cara erguida, dispuesto a enfrentar las cosas a su manera, la congoja como una piedra en el ojo. Él era el vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Tarde del 30 de abril

Comentó con el doctor Revenga los términos de la carta que escribiría a Sir Robert Wilson, en atención a su apreciable carta de 20 de marzo. Estimaba el juicio de su Secretario de Estado. Su ponderación. Modales de curtido diplomático, aunque no hubiera ejercido el oficio. Revenga tenía muchas virtudes, pero una que le atraía particularmente: prudencia. Trataría de ser prudente con el Sir Wilson, como siempre, pero sin acentuados distingos.

—Tengo la impresión —dijo Revenga— de que Sir Robert Wilson disfruta su sinceridad, poco usual en los políticos ingleses.

—¿Solo inusual en los ingleses, mi doctor?

—Pareciera una propiedad del ejercicio político, general.

—Particularmente de los trepadores.

Por el corredor una voz:

—Lo deja el coche, doctor.

—Buenas tardes, su excelencia.

Apenas el doctor Revenga puso el pie en el estribo del coche, dio media vuelta para escribirle a Sir Wilson. Necesitaba contarle sus últimas reflexiones, aunque algunas fueran añejas, desde que adquirió el uso de la razón con su atrabiliario maestro don Samuel, extremo opuesto de la prudencia. ¿En qué lugar de nuestra América —pensó— andará haciendo de las suyas mi querido don Samuel?

Decidió que la correspondencia a Sir Wilson fuera de su puño y letra:

«Nuestros negocios americanos no pueden ir bien siempre porque pertenecen a la mitad de un planeta: cuando en una parte va bien otra se descompone, y Vd. sabe que la libertad se halla de ordinario enferma de anarquía. Mi constancia, no obstante, no desmaya y aun se fortifica con la adversidad, pero hay dificultades invencibles para un ciudadano. Un monarca goza de prerrogativas y derechos capaces de proporcionarle una autoridad suficiente para reprimir el mal o promover la ventura de sus súbditos. Un magistrado republicano, constituido para esclavo del pueblo, no es otra cosa que una víctima. Las leyes de un lado lo encadenan, y las circunstancias por otra parte lo arrastran. Así es que, aunque se me quiera suponer superior a lo que realmente soy, me encuentro bastante embarazado para deshacerme de los grandes inconvenientes que me rodean. Yo podría arrollarlo todo, pero no quiero pasar a la posteridad como tirano. Las malas leyes y una administración deshonestas han quebrado la República; ella estaba arruinada por la guerra; la *corrupción* ha venido después a envenenarle hasta la sangre, y a quitarnos hasta la esperanza de mejora».

—¿Qué le parece, don Samuel? —preguntó al Cristo guindado en la pared.

Bogotá. Palacio de gobierno. Mañana del 30 de abril

Ordenó al secretario de guerra nota para el Libertador. Ordenó al secretario del interior carta para el Libertador. Ordenó al secretario del exterior carta para el Libertador. Ordenó a su secretario carta para el Libertador, con membrete y sellos de rigor. *F. de P. Santander, de los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con la cruz de*

Boyacá, General de división de los ejércitos de Colombia, Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo, &c., &c., &c.

Bogotá. Despacho del secretario de guerra. Mañana del 30 de abril

—General Soublette, envíele una nota al secretario de estado del Libertador sobre la conducta poco leal, y podría decirse hostil contra la República de los actuales funcionarios del gobierno del Perú. Casi no queda duda de la parte que estos funcionarios tuvieron en el movimiento del 26 de enero.

—Cuando recibimos las comunicaciones de Bustamante, pensé que Vidaurre y algunos otros estaban involucrados.

—Ahora no importa, general. Añada en la nota que el jefe superior del Sur ha tomado providencias prudentes y necesarias. Por nuestra parte, despacharemos a un enviado extraordinario al Perú.

—¿Y respecto a las intenciones de la tercera división?

—Informe que si invaden a Guayaquil y Azuay, el gobierno defenderá con cuantos medios estén a su alcance la integridad de la República, y hará castigar a los oficiales que resultaren criminales.

—Pues esta última disposición será del agrado del Libertador.

—Esa es mi intención, general.

Tunja. Casa. Mañana del 2 de mayo

Había corrido cerca de cuatro meses del año de 1827 sin que el congreso abriera sus sesiones. La falta de un senador para completar el número constitucional impedía su instalación. Luego de varias consultas y conferencias de los miembros del gobierno y de las cámaras legislativas triunfó la propuesta de trasladar a los congresarios a la ciudad de Tunja para abrir las sesiones del congreso en la casa del senador Alonso Uzcátegui, enfermo y en riesgo de morir. Luego tornarían a la capital, pues no haría falta el senador Uzcátegui, porque solo necesitaban los dos tercios de los miembros presentes. Para que el acto tuviera efecto el vicepresidente de la república expidió un decreto el 10 de abril en virtud de las facultades extraordinarias de que estaba

revestido, suspendiendo los efectos de la ley del 1º de octubre de 1821, que fijaba en Bogotá la residencia del supremo gobierno de Colombia.

Desde el día anterior, primero de mayo, Tunja tenía vestimenta de feria. Sonaron cohetes, repicaron campanas, el cura de la iglesia remendó la sotana. Bailaron pasillo hasta el desmayo. Algunos borrachitos terminaron en un cuarto maltrecho que había por cárcel. Luis Vargas Tejada estuvo recitando poemas patrióticos y arengando hasta que sintió comezones en las cuerdas vocales. Por la mañana algunos voluntarios, comandados por Vicente Azuero, salieron a barrer el suciero para no dar mala impresión a los representantes del pueblo.

Reunido en Tunja el número constitucional, 25 senadores y 46 representantes, abrieron las sesiones el 2 de mayo, y el mismo día salieron hacia Bogotá para continuarlas, por decisión unánime, diez días después, no sin antes dar por recibida la renuncia del vicepresidente.

Caracas. Habitación de Bolívar. Tarde del 2 de mayo

Dispuso escribirle al general Padilla, manifestarle sus más puros sentimientos. Conocía la arrogancia del almirante y sus desentendimientos con el general Montilla. Dos valientes, insolentes los dos, altaneros.

Alguna vez dijo que Cartagena era una caja de Pandora. Cuidarla como a la más bella y delicada mujer era su tema. En medio de horrores y de cuidados su vida con la espada empuñada. La libertad se halla de ordinario enferma de anarquía, había escrito una y otra vez. Sentía los ataques de frente y por la espalda, las calumnias, las imputaciones y quejas. Veía a Santander de atuendo en atuendo, según las circunstancias, de casa en casa, de pulpería en pulpería, hablando de su respeto sagrado a la constitución y a las leyes, de las amenazas contra la libertad y del peligro de una dictadura imperial ejercida por el mismísimo Libertador, hasta ayer campeón de las libertades públicas. Bolívar amenazaba la institución democrática de la República. Bolívar, de quien él era su más devoto admirador, devenía en un tirano envanecido por la gloria. Pero, fortuna de la patria, allí estaba él, garantía de la felicidad ciudadana.

—¡Ay!, te envenenaron, Francisco.

Caracas. Habitación de Bolívar. Noche del 2 de mayo

Retornó la incertidumbre, su copa de vinagre. «Todo el día pienso el partido que debo tomar, y cada día me encuentro más embarazado». Yo no serviré a Colombia como presidente –le había escrito una vez más al presidente del Senado– aunque por ello pereciera entre las ruinas de la República y aunque me condene la posteridad. Renuncia irrevocable que le obligarían a revocar el día menos pensado, más cerca que lejos ese día inevitable.

Ahora mismo, 2 de mayo, tenía consigo una carta de Padilla, alarmante como todas cuantas recibía, incluidas las de Francisco de Paula, excusando sus insidias y dándole seguridades de amistad. Padilla le renovaba, amarga amarga amarga, su angustia mayor: la discordia entre venezolanos y granadinos en el ejército colombiano del Perú. Daba por cierto de toda certidumbre que Santander había sembrado todas las semillas del crimen y del mal. ¡Ay del inmenso volcán de pasiones! Y Padilla era un volcán. ¡Ay! Ahora mismo decidía resolver el embarazo. No podía abandonar a sus amigos ni a Venezuela ni a Colombia toda en manos de la anarquía y de la ingratitud. Tomó la pluma y escribió a Padilla:

«Mi querido general: Hoy he tenido el gusto de recibir la última carta de Vd. que me ha entregado el señor Calcaño, y cuya lectura me ha sido ciertamente agradable, pues que Vd. se muestra siempre patriota desinteresado y amigo leal. Vd. además ha resistido con una nobleza digna de su carácter elevado, las insinuaciones que se le han hecho para que se declare contra mí, ¡contra mí que no tengo otro interés que la felicidad pública! Yo lo sé, general, y debo agradecerlo.

»Los agentes extranjeros, mis amigos y aun mis enemigos, me llaman a la administración de la República así como Vd.; pero, general, mi renuncia está ante el senado y yo no debo moverme de aquí hasta recibir la correspondiente contestación. Si no me es admitida, mi amor a esta patria me obligará a lanzarme otra vez en la carrera pública y mi primer objeto será visitar ese departamento y darle, así como a Vd., las gracias por su buena amistad.

»Calcaño dirá a Vd. mil cosas de mi parte, y Vd., mi querido general, cuente siempre con mi amistad y mi corazón».

Soltó la pluma, respiró y exhaló una y más veces. Cambió de ropa, calzó unas botas de montar, y salió como alma que lleva el diablo camino a la caballeriza.

Cuenca. Intendencia del departamento de Azuay. Madrugada del 5 de mayo

A la una y media de la mañana el capitán José Ramón Bravo, el mismo que había tenido la mejor parte en el cambiamiento ocurrido el 26 de enero en Lima, incluido el aprisionamiento del general Lara; el mismo que, junto con un tal Lersundi, el 9 de marzo, hizo entrega personal a Santander de las comunicaciones, los documentos que las acompañaban, y una carta particular de Bustamante; ese mismo, de regreso de Bogotá había acordado con el general Juan José Flores, cerca de Azuay, hacer la revolución a favor del régimen legal y de la obediencia al Gobierno.

Bravo logró salir del calabozo a donde había ido a parar por orden del propio Bustamante como castigo por manifestarle que traicionaba a la patria, pues la tercera división de Colombia auxiliar al Perú había violado la línea de deberes trazada por la constitución y leyes de la República. Redujo a todos los cuerpos a decidirse por la Constitución y el buen orden, hasta que, convencidos de la verdad, proclamaran observarlas, protestando una entera obediencia al Gobierno de la República, y a S.E. el Libertador.

El comandante Bustamante, su mentor, Luis López Méndez, y cuarenta oficiales sometidos a prisión por el arrojo del capitán Bravo, salieron con la misma fecha a consignación del señor general Juan José Flores, comandante general del Ecuador.

—¡Qué fugaz destino el mío! —comentó Bustamante a su mentor.

—El poder es volátil —dijo López Méndez.

—El vicepresidente tomará en cuenta mis servicios a la Patria —dijo Bustamante.

—No sin motivo lo llamó benemérito —dijo López Méndez.

—También a usted, doctor, ya inscrito en la historia por sus actuaciones en Venezuela el 19 de abril de 1810, compañero de Bolívar en la comisión ante la corona británica y el general Miranda.

—Comisión que presidía yo, benemérito.

—Tenía entendido que era Bolívar, mi doctor.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 7 de mayo

«Mi General: He recibido su muy apreciable carta de 28 de marzo último, y celebrado mucho que para entonces todas las cosas presentasen más bien favorable que contrario; y yo no dudo que la perseverancia de U. venza todos los inconvenientes y dificultades y logre restablecer esa importante parte de la República; pero es tal el espíritu de vértigo que se ha apoderado de todos los colombianos, que todos o casi todos se ufanan en aumentar los males de la Patria, para demostrar que son capaces de hacer mal y para estorbarle a U.; tan insensatos que creen que le hacen a U. un mal mayor que el que vamos a recibir todos con la ruina de la tierra»…

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Mañana del 8 de mayo

«Los papeles de esta ciudad presentan síntomas de moderación, y ha aparecido un Reconciliador Bogotano que no puedo asegurar que llene su objeto; no conozco quiénes sean los tres que dicen trabajan en él, pero el primer número me parece escrito por Santander.

»Aseguran aquí que una de las quejas que han tenido contra U. los oficiales de la 3ª división, ha sido la preferencia ciega que dicen ha hecho U. de todo venezolano con perjuicio y postergación de todo granadino, esta queja llega hasta aquí; una porción de jefes y oficiales que o no son conocidos en el ejército o se han separado hace muchos años no ascienden solo porque son granadinos, al paso que los de Venezuela ascienden a generales por docenas. Esto ha causado una mala disposición en los interesados, porque, como U. sabe, nadie se cree sin mérito, y el amor propio nos hace siempre ver el propio como preferente al del prójimo. Es verdad que U. en el Norte no puede hacer promociones en el

Centro; pero como sí pudo cuando estuvo aquí, no es fácil satisfacerlos con reflexiones.

»A mí me parece que sería conveniente hacer algunas gracias cuando U. venga aquí, para lo que le tendré los informes necesarios. Santander acaba de hacer general a Obando, pero yo no quisiera que él diera más ascensos, porque sería dar pábulo a la opinión de que U. solo asciende venezolanos, y Santander solo granadinos».

Le estoy poniendo al Libertador una piedrita en el ojo —pensó—, pero está de anteojitos que Santander es débil con los granadinos y Bolívar con los venezolanos. Les vendría bien recoger en vez de arrear banderas regionales.

«La miseria —agregó— sigue aquí en su punto, todos estamos abatidos porque desde enero nada recibimos; mucho se necesitaba de un poco de inexorabilidad para restablecer también por estos lados la acción del Gobierno que está abatidísima. En Cartagena también se experimenta una miseria que tiene desesperado a Montilla, porque es no encontrar con qué dar la ración ni al hospital, así están Panamá, Guayaquil y Quito, y me parece que nada se podrá hacer en este ramo, mientras no se logre restituir al Gobierno todo el tono necesario para gobernar».

¡Ay, Señor, cómo agradecería un milagro! Si esta carta acarreara el viaje pronto del Libertador a Santa Fe, porque pronto será tarde.

Bogotá. Sala de sesiones del congreso. Mañana del 12 de mayo

Abiertas las sesiones, Luis Vargas Tejada, secretario de la cámara del Senado, leyó un mensaje del vicepresidente al Congreso de la República de Colombia:

—«Las turbulencias de Venezuela han acumulado sobre el Poder Ejecutivo una multitud de acusaciones que es preciso examinar: la negociación y administración del empréstito de 1824, han servido de pretexto a la ignorancia y a la perversidad para arrojar dudas deshonrosas sobre la conducta del Gobierno. He aquí, Sr., los dos puntos a que deseo que el Congreso contraiga sus investigaciones y su juicio, sin que se crea por esto que temo que se extiendan a cualquier otro objeto de las atribuciones del Poder Ejecutivo. El tribunal de la sana imparcial

opinión pública ya me ha absuelto de un modo muy satisfactorio; quiero ahora que el tribunal legal, único legítimo que existe para mí sobre esta tierra de libertad, pronuncie también su juicio».

Azuero dio con el codo al brazo de Soto, quien permaneció inmutable. El mensaje siguió su curso en la aguda voz emocionada de Vargas Tejada:

—«No tomaré ninguna resolución antes de que el Congreso imparta la suya en los puntos que acabo de exponerle, porque si soy realmente delincuente, quiero ser el primer magistrado de Colombia destituido de sus funciones por solo el ministerio de la ley, y si no lo soy, quiero oírlo de boca de los representantes del pueblo y saber que he renunciado la vicepresidencia de Colombia, no porque una mala conducta me haya desmerecerla, sino por causas honrosas, benéficas a la patria y que acreditarán siempre mi desinteresado y puro patriotismo. Señor. *Francisco de Paula Santander*».

Vargas Tejada recibió los aplausos de los congresarios en un solo temblor, aunque no fueran para él.

Bogotá. Sala de sesiones del congreso. Mediodía del 12 de mayo

«A las doce del día una diputación del Congreso compuesta del Senador Márquez y de los Representantes Cordero y Calderón hizo saber al general Santander que las Cámaras habían resuelto reunirse a las 5 de la tarde de este día para recibirle el juramento constitucional como vicepresidente del Estado».

—Honorables señores, presenten al Congreso los votos de mi corazón por haber abierto la sesión de este año.

—Gracias, su excelencia.

—Reunido el Congreso, me siento separado de mis funciones. Remití a Tunja mi segunda renuncia en la firme resolución de no servir más el destino de vicepresidente. Señores, la reunión de las 5 de la tarde debería admitir mi renuncia… por conveniente y oportuna al bien de Colombia. Mi decisión es irrevocable.

«Devuelta la diputación a las Cámaras, estas insistieron en que fuese el general Santander a prestar el juramento, y al efecto una nueva diputación salió a hacérselo saber; pero no habiendo encontrado al

General ni en el Palacio, ni en su casa, se le dirigió un oficio con el mismo objeto».

A las 3 de la tarde Santander escribió su contestación: …«Señores: no puedo ir a las 5 de la tarde a cumplir lo que las honorables cámaras han resuelto. Estoy indispuesto de mis habituales enfermedades y yo espero que hoy se me admita mi renuncia irrevocablemente».

Vargas Tejada parecía lleno de pavor. Leyó, trémulo:

—«Siento tener que estar en contradicción con el Congreso por la primera vez de mi vida; pero así lo exigen mi delicadeza, mi honor, el bien del público, la paz doméstica y la futura suerte de la patria».

«El Congreso se reunió a las 5 de la tarde y entró a discutir si se debería obligar al general Santander a prestar el juramento o procederse a otra cosa: la cuestión fue seriamente debatida hasta después de las 7 de la noche que se resolvió llamarle por tercera vez a prestar el juramento».

Finalmente, el vicepresidente dijo a la nueva diputación:

—Para evitar un escándalo y dar una nueva prueba de sumisión a las resoluciones del Congreso de la República, estoy presto a ir una vez que permanece reunido el Congreso solamente esperándome.

«En efecto, a los tres cuartos para las 8 de la noche se presentó dicho general acompañado de los Secretarios de Guerra y del Interior, y fue conducido por una diputación del seno del Congreso a la silla que le estaba destinada a la derecha del Presidente del Senado».

Al tomar asiento el vicepresidente, uno de los honorables comentó:

—Al fin descansó la silla de tanta espera.

Sonrisas y carraspeos en la sala.

«El Sr. Baralt, presidente del Senado, se puso de pie y habiendo ordenado que todos hiciesen lo mismo preguntó al futuro Vicepresidente: ¿Juráis por Dios nuestro Señor y el Santo Evangelio que tocáis sostener y defender la Constitución de la República y cumplir fielmente con vuestros deberes? Sí, lo juro, respondió el Vicepresidente. Pues si así lo hiciereis, Dios os ayude, y si no os lo demande. Así sea».

«Entonces el Vicepresidente de la República pronunció con energía y con la expresión sincera de un corazón franco y leal el discurso que había preparado durante varias noches de desvelo con la asesoría de Francisco Soto, Vicente Azuero y Luis Vargas Tejada. Terminó con las siguientes palabras:

—»Renuevo aquí en presencia de la augusta representación nacional la profesión de mi fe política: sostendré la constitución, mientras que ella sea el código de Colombia; mi corazón será siempre puro y desinteresado y mi alma siempre libre: mi voluntad será la del pueblo colombiano legítimamente expresada: mi obediencia y sumisión serán de la ley y de las autoridades debidamente constituidas: mis sacrificios y desvelos serán inalterablemente por la independencia y la libertad de Colombia».

Bogotá. Biblioteca de José Rafael Arboleda. Noche del 19 de mayo

«Aseguré a V.E. en mi última carta que la renuncia de V.E. no sería admitida por el Congreso: El señor Baralt trabajó entonces hasta uniformar la opinión, y el general Santander me manifestó haber disuadido a los dos únicos hombres que opinaban por la admisión últimamente. Sin embargo de esto, la resolución ha venido a hacerse problemática en el día; y yo he creído deber avisarlo a V.E. con un expreso, porque de esta decisión están pendientes multitud de males que van a caer sobre la República, y V.E., encargado de sus destinos, es quien debe, y el único que tiene la facultad de evitarlos.

»Desde el momento que nos reunimos en Tunja quisimos que se tomase en consideración esta renuncia; pero desde allí se dejó ver un partido opuesto que halló medios de evitarlo; aquí él ha sido animado con las noticias del Sur, de que V.E. estará impuesto cuando llegue esta carta; se ha procurado engañar a los incautos, y arredrar con diversos impresos, con falsas noticias y por otros medios. Después de muchos debates y una grande oposición, se había logrado fijar el día de hoy para decidir este negocio importante; pero contra los esfuerzos de los presidentes de ambas cámaras, de la diputación del Cauca, y de los representantes del Sur, ha logrado el partido opuesto que se difiera hasta el día 6 del mes inmediato. Las razones que se han alegado han sido las más fútiles; pero la intriga logró una mayoría de cuatro votos, y triunfó sobre la razón y el interés de esta patria, que con buenas intenciones quizá, se procura sumir en la anarquía.

»Sus objetos, son: 1º. Que se decida tan tarde este negocio, que V.E. no tenga tiempo de venir a tomar posesión de la Presidencia,

impedir que delegue el Congreso la facultad de tomar juramento, hacer pasar un decreto, declarando que no es Poder Ejecutivo sino el que ejerce estas funciones constitucionalmente; y por consecuencia, negar que V.E. lo sea. 2º. Tomarse tiempo para conocer mejor los sucesos del Sur, saber si la rebelde división conducida de Lima por Bustamante ocupa aquellos Departamentos y hasta qué punto pueden contar con el apoyo de esos hombres que han venido a hacer la guerra a su patria.

»En estas circunstancias, en fuerza del estado de este país, y del modo como se conducen los que se hallan en aptitud de darle dirección, es absolutamente necesario que V.E. se traslade a esta capital. El anuncio solamente de la venida de V.E. hará mudar de faz a los negocios; pero de lo contrario esta porción de hombres que han recibido la representación de los pueblos, van a causarles males infinitos, a impedir por largo tiempo nuestra organización política y a anegar quizá en sangre nuestro vasto territorio. La mayor parte de ellos, sin embargo, V.E. debe creerlo, proceden con el más grande candor: quizá no llegan a media docena los agentes malévolos de estas maquinaciones.

»De ellas se proponen por último resultado, ya que no puedan figurar al frente de toda la República, dividir el Centro, de los distritos del Sur y del Norte, para quedarse en posesión de la demagogia de este pequeño Estado. He aquí todas sus miserables aspiraciones. V.E. las hará desaparecer, como el sol a las tinieblas: y los que amamos la felicidad de nuestra patria no podemos menos que esperar confiadamente en que V.E. anunciará y realizará cuanto antes su traslación a esta ciudad.

»Bien conozco, señor, que los arreglos de aquellos departamentos casi no pueden confiarse a otras manos por V.E., pero creo también que las medidas capitales que V.E. haya tomado, serán más que suficientes para mantener el orden en ellos por mucho tiempo. Si V.E. dejase aumentar y afianzarse aquí el partido que se ha suscitado no es fácil prever toda la oposición que podrían sufrir las miras y la persona de V.E.

»La representación nacional ha aumentado últimamente su fuerza moral hasta un punto que yo no esperaba, tanto en este como en los departamentos inmediatos. La Constitución no se odia, aunque se desean reformas; y los hombres que verdaderamente constituyen la opinión en los diversos pueblos, apetecen tales reformas sin que se rompa de un

modo escandaloso la carta que han jurado. V.E. puede estar seguro de que este es el voto general de la antigua Nueva Granada.

...»Es igualmente cierto que todos reconocen en V.E. el único vínculo que puede unirnos con el Sur y el Norte, el único que puede salvarnos de la anarquía con la simple expresión de una voluntad benéfica, el que puede mantener la respetabilidad de Colombia, y hacer en fin la felicidad de nuestros hijos. Nosotros, señor, es preciso que perdamos ya las esperanzas de lograrla: moriremos en medio de esta rápida sucesión de turbulencias que solo por V.E. dejarán de llegar a un término desastroso.

»El Congreso se ocupa actualmente en acordar los medios legales de convocar la Gran Convención: ella será sin duda generalmente bien recibida de los pueblos. Antes de tres días se decretará un olvido general de cuanto ha ocurrido en el último año. Hay también en discusión otros varios decretos que se llaman *relativos al restablecimiento del orden*, que están sufriendo oposiciones, y no puedo prever siquiera cuáles de ellas ni en qué términos se acordarán por las Cámaras. La renuncia del Vicepresidente no se tomará en consideración hasta después de haber decidido sobre la de V.E. Creo lo más probable que no se admita ninguna de las dos: se desea con bastante generalidad que el General Santander, cordialmente unido con V.E., coadyuve a las miras sabias que harán recuperar a Colombia el eminente puesto de donde la hemos visto descender».

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 19 de mayo

«Se reunió el Congreso y desapareció la calma, y todos los que creímos que este cuerpo aparecería como un signo de paz, nos hemos chasqueado, y ya tememos que sea un volcán que acabe de incendiarnos. Pasiones y partidos, odios y venganzas. Es lo que hasta ahora hemos visto en el Congreso, y aunque se observan ideas muy liberales, se presentan con tanta exaltación que quizás perjudicaría a la libertad en lugar de servirla».

Como este embrollo crezca –pensó– terminará en tragedia. El Libertador es necesario, y ya. Si el Libertador está determinado a

venir, si es verdad que lo ha resuelto, le diré que no hay otro remedio sino que vuele, y venga a salvar al país.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 23 de mayo

Los acontecimientos en el seno del Congreso, el diferimiento de la consideración de la renuncia del Libertador, las celebraciones en El Conductor, cantando victoria, el frenesí del grupo del doctor Soto, aumentaron sus mortificaciones sobre la disolución de Colombia como único medio, según la gente de Soto, de liberarse del Libertador, quien les causaba un miedo espantoso. Pero no lo abandonaba la esperanza. Una vez más su mujer puso lo suyo.

—Escríbele, Carlos, cuéntale cuanto tengas que contar.

—Le escribí hace poco.

—Pues escríbele nuevamente. Confía en él, en lo más puro de su corazón. Si fue débil con el catire, por qué no ahora con Francisco de Paula.

—Tienes razón, mujer. Lo intentaré. Solo él puede sacar a Colombia del caos en que se encuentra.

—Al final, Carlos, triunfarán los que desean que Colombia subsista.

—No lo creas, mujer.

—Inténtalo. Vendrá, Carlos.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Madrugada del 24 de mayo

Con los primeros gallos terminó de escribir. El último párrafo lo estuvo repitiendo, en medio de las tribulaciones del sueño, hasta el amanecer: «Otra cosa es absolutamente necesaria en mi opinión, y sobre la cual voy a hablar a U., contando con su bondad para oírme. Es, pues, indispensable que U. se reconcilie con Santander, y que U. con sus amigos, y él con los suyos, trabajen por extinguir los odios y cimentar la unión de los ánimos. Según el estado a que han llegado las cosas, necesitamos de los hombres para salvar los principios, y como a nadie le es más fácil que a U. prescindir de sus enemistades y resentimientos

a favor de la cosa pública, estoy seguro de que lo haría en esta ocasión, tanto más cuanto que Santander me repite a cada instante que no puede dejar de ser su amigo, que lo ama y que solo U. nos puede sacar del laberinto en que estamos».

Bogotá. Cámara de representantes. Tarde del 25 de mayo

El 25 de mayo los honorables diputados de la cámara de representantes escucharon el mensaje del vicepresidente de Colombia sobre los sucesos de origen en el motín de la tercera división en Lima: «Al Excmo. Sr. Presidente de la Honorable Cámara de representantes. Excmo. Sr.: Ya tiene el Congreso el suficiente conocimiento del suceso del 26 de enero en Lima, ejecutado por parte de las tropas colombianas que allí existían como auxiliares. El Poder Ejecutivo en la respuesta que en 14 de marzo dio al comandante Bustamante el Secretario de la Guerra, habló en un lenguaje digno del Gobierno y propio de las circunstancias, porque sin desaprobar absolutamente el hecho, ni aprobarlo en todas sus partes, dejó de un lado abierta la puerta a ulteriores medidas, y la cerró por otro a cualquiera acto, que pudiera ser sensible a la República…».

«Sobre el fin nada debo añadir a lo que expuso el secretario de Guerra. El Congreso no puede ser insensible al entusiasmo que inspira el acto del 26 de enero en que una división respetable por su número, heroica por sus proezas militares, y digna de nuestra gratitud por su amor a la patria, proclamó solamente que sus brazos y sus pechos estaban prontos a sostener la Constitución de Colombia ultrajada por muchos actos ilegales. Figúrese el Congreso que la reunión y acta del 26 de enero hubiese tenido un fin absolutamente contrario, es decir, que los oficiales hubieran pretendido emplear sus brazos y sus armas contra las instituciones de Colombia hasta dar en tierra con el Gobierno Constitucional. ¿Cuál habría sido entonces nuestro pensar? ¿Cuál la alegría y gozo de los perturbadores interiores? ¿Y cuál el dolor de los pueblos que tan fielmente se han conducido?...».

—Ahora viene el tema de los *cosiateros.* Factura merecida al general Bolívar. Lo que es igual no es trampa —comentó a codazos Uribe Restrepo.

—Mantenga la compostura, señor. Escuche a su jefe, y guarde sus codos para otra ocasión.

—Silencio, por favor.

«El Libertador había corrido un velo sobre todos los acontecimientos que habían trastornado la República sin entrar a examinar si hubo razón para desobedecer al Senado y al Ejecutivo, para deponer las autoridades designadas por el Gobierno, y para celebrar actas que las leyes no autorizan; su objeto ha sido reconciliar los ánimos, volver las cosas a su estado natural, no hacer cargos a ningún delincuente, olvidar, en fin, todos los hechos inconstitucionales y contrarios a las leyes civiles y a las militares. Esto mismo es lo que ha ejecutado el Gobierno con los actos del 26 de enero; no desesperar a sus autores, excusarles de algún modo sus faltas, abrirles campos al arrepentimiento, y correr un velo sobre cualquiera exceso que cometieran en el dicho acontecimiento. El Ejecutivo no se ha separado un punto de esa línea adoptada por el Libertador, y verdaderamente laudable, y especialmente útil a la reconciliación general. Habría sido un acto de la más detestable injusticia castigar a los oficiales de nuestra división por un hecho que semejante a otros ocurridos en Colombia habían merecido de parte del Libertador disculpas, perdón y olvido. Nos habríamos hecho acreedores a la más justa censura y aun a la execración general, si hubiéramos sido severos y rígidos con los que, quebrantando las leyes militares, habían renovado sus protestas de sostener las instituciones y el honor de la patria en los días de su aflicción, cuando ya habíamos sido indulgentes y compasivos con los que habían hollado sus mismas leyes, y manchado el lustre de la República saltando por las barreras que ellas les habían fijado.

»En consecuencia, señor Presidente, el Poder Ejecutivo, tranquilo en su conciencia por la conducta que ha observado en tan delicado negocio, y en tan peculiares circunstancias, exige de la honorable Cámara que pesando en la balanza de su justicia las razones expuestas, juzgue de la rectitud y circunspección del Gobierno lo que ellas permiten, y que haga extensiva a los oficiales de la primera división de Colombia auxiliar del Perú por el suceso del 26 de enero, la amnistía que el Congreso está dispuesto a dar a todos los que han faltado a sus deberes. Así es de justicia y así conviene a la tranquilidad de la República, y porque unas mismas faltas no pueden ser juzgadas de un modo diferente por el cuerpo justo y reconciliador de la nación, y porque si la división se ve

excluida de la ley de olvido, ni el Congreso ni yo podemos calcular los resultados».

Aplausos, aplausos, aplausos, guiños, guiños, guiñadas, prolongados aplausos. Era grande su contentamiento, pero mayor la opresión en el pecho y las náuseas atravesadas en la boca del estómago.

Cartagena. Casa. Habitación de Montilla. Mañana del 27 de mayo

La situación empeora en Bogotá. Santander metido en conciliábulos, de una comidilla en otra, con sus habituales males y sus habituales amigos de mierda. Yo aquí, doblado por la colitis que me regalan las preocupaciones. Y el Libertador en Caracas. Si entendiera que la conspiración crece a sus anchas en el propio Palacio de Gobierno. Escribió: «Cada momento que Ud. tarde en ponerse a la cabeza del Gobierno, será marcado con actos de ignominia para el Ejército y de infamia para Colombia; y cada semana que pase sin que Ud. llegue a esta ciudad costará la pérdida de un Departamento, entre los cuales puede muy bien suceder que este sea uno de ellos, porque cuando la intriga se ve sostenida por el poder no es difícil la seducción».

Maracaibo. Despacho del general Rafael Urdaneta. Atardecer del 1º de junio

«Señor general Mariano Montilla. Querido general y amigo: En días pasados escribí a U. muy largo sobre los asuntos del día y le hablaba con la confianza que me merece su amistad, poniéndolo al cabo de muchas cosas en que debemos estar de acuerdo todos los amigos del orden y enemigos de la intriga. Mi correspondencia iba por un expreso que, según noticias, ha sido muerto por los goajiros, aunque otros aseguran que ha quedado entre los indios; de cualquier modo U. no la habrá recibido y tengo que repetirle lo mismo y aún que añadirle otras cosas todavía más interesantes.

»Usted conoce bien la posición del Libertador en Caracas; él piensa que es necesario salvar el país a cualquier costa y que todo sacrificio será pequeño siempre que se logre su intento; su renuncia le tiene detenido mientras no sepa el resultado de ella en el Congreso; estoy seguro de

que no será admitida, según los informes más positivos; a pesar de que yo deseaba todo lo contrario. Una grande intriga, manejada muy de antemano y bajo la capa de la buena fe, ha venido tarde a descubrirse; hay un gran incendio que apagar y una fuerza opresiva que repeler, tan grande como que ha sido fundada sobre el engaño y la perfidia. Es, pues, necesario una reacción vigorosa que haga desaparecer toda ese enjambre de alevosía y de mala fe. Apenas se hallaría uno de los cercanos al Libertador que desistiese de la empresa, porque tanta debilidad, mejor diré, tanta cobardía no cabe en pechos que arrostraron mil veces la muerte y todo género de infortunios. La gloria de Colombia, la serie de nuestras victorias, el eco de nuestro valor y la senda marcada por tantos sucesos gloriosos no puede ser abandonada por un pequeño tropiezo; salvémoslo y salvemos la patria, para esto el lado del Libertador será nuestro puesto».

Indignaba a Urdaneta la insurrección del 26 de enero. No cabía tan grosera ignominia en su imaginación. Repartió carajos hasta en los orificios de los corrales. Abordó una lancha para soltar sus improperios en las aguas del lago. Regresó a su despacho para continuar su descarga sin coto alguno a la vehemencia, irritado como estaba por la conducta del vicepresidente respecto a la insubordinación de Bustamante:

»Este suceso que humilla todo nuestro orgullo militar, este triste y trágico acontecimiento que ha debido llenar de luto a todo colombiano se ha visto en Bogotá como un triunfo, y el Gobierno lo aprueba como un acto que pudiera ser justificable; horror causa pensar en la traición, pero justificarla es el colmo de la infamia. Un partido tan bajo como el que dirige Vidaurre se aprovechó de estos momentos, y el nombre del Libertador entre los laureles se hizo la piedra de escándalo entre los mismos que agobiados por el peso de sus generosidades le había mil veces deificado. El almirante Guise que estaba mandado procesar por el Libertador y se hallaba arrestado, fue inmediatamente puesto en libertad y se hizo cargo del mando de la escuadra del Perú; al instante se propusieron miras de hostilidad contra Colombia, y ha llegado el delirio a tanto, que cuentan con nuestras propias tropas para hacernos la guerra. Los malvados nunca se apartan de la senda que les guía al castigo, y la Providencia jamás permite la impunidad de los grandes crímenes. Debemos sentir todos estos sucesos, pero ellos van a ser de

una trascendencia vital, siempre que el Libertador se acuerde de que sus grandes hechos han nacido de grandes apuros.

»Usted recordará, mi amigo, las circunstancias en que el Libertador volvió a Colombia, su planta pisó un suelo sembrado de discordias, y su primer anhelo fue sofocarlas. Todos deseábamos su vuelta, porque nadie quería sacrificarse por vanas teorías, al paso que los sucesos habían ya comprometidos a muchos, y a algunos que son incapaces de transiciones. En Bogotá se temía mucho de Venezuela. Páez era el campeón del primer partido, y este general imponía con sus llaneros a los granaderos; en este momento de aflicción calló el amor propio de Santander, y su temor le hizo apelar al Libertador, sin embargo de que su encono y su venganza no podrían sacrificarse de este modo. La llegada del Libertador fue bajo otros auspicios; él alejaba toda idea de castigo, y su primer anuncio fue un tósigo mortal que envenenó aquellas almas capaces de todo género de maldades. El Libertador siguió sus planes y Venezuela se tranquilizó de un modo inesperado, porque solo él pudo verificar los medios para el efecto. Lo que deseaban otros, fue para el partido de Bogotá un nuevo motivo de odio y desesperación. Su venganza se frustró, y su encono creció a medida que se desvanecían las esperanzas de volver a dominar. En estos momentos ya Páez no era el personaje principal sino el Libertador, que estaba al frente de los negocios; por lo tanto contra este se dirigieron entonces los tiros, que asestados contra Páez no habían podido dispararse antes; en fin, U. conoce como yo el sistema de intriga, de espionaje y de seducción empleado en Bogotá para hacer abortar los planes del Libertador, y hasta sus amigos han sido envueltos en esta política infernal. U. mismo conoció un plan comunicado de Bogotá para seducirle la guarnición, que felizmente U. deshizo burlando el golpe, que de haberse acertado, tuviéramos hoy mucho más que hacer. La confianza de Lara y su trágico suceso les iban infundiendo muchas esperanzas; pero como fue U. la segunda víctima que ellos hubieran querido sacrificar, esta elección vino a ser una casualidad dichosa, porque nadie hubiera hecho tan fácilmente abortar sus planes, como U. lo hizo.

»La intriga no se ha limitado a solo la Administración, ella ha cundido en el cuerpo Legislativo; yo temo mucho del Congreso por una parte, y por la otra deseo que nos provoque o que provoque al Libertador. En fin, mi buen amigo, estamos hartos de la incertidumbre en que

vagamos sin tranquilidad ni reposo; los que tienen hijos desean un porvenir seguro, y los de la revolución desean también descanso. Si es necesario un nuevo orden de cosas, que se cumplan de una vez los destinos de la Patria, y si no, concluyamos nuestro papel de un modo que no contradiga nuestros principios y nuestra anterior conducta. Yo temía que los sucesos del Perú, unidos a la conducta de Santander, exasperasen al Libertador y le hiciesen abandonar la causa de Colombia, pero parece que los grandes desastres lo hacen cada vez más firme y más resuelto; él está dispuesto a salvar el país y solo aguarda la resolución del Congreso para obrar en consecuencia; por lo tanto él no saldrá de Caracas sin que llegue el aviso oficial de no habérsele admitido la renuncia. El Magdalena está sin duda llamado a ser el teatro de las grandes escenas, así por su posición topográfica, como por los elementos que encierra en sí. U. será, pues, el primero en cooperar a las grandes medidas; yo las deseo, y no ahorraré de mi parte sacrificios ni medios para ayudar al Libertador en sus planes; no sé si los tiene ya coordinados porque no me lo ha dicho, solo sé que su inacción nace de la falta de resolución del Congreso. Yo siento todo el tiempo que se pierde en este período porque sé que en Bogotá no pierden momento. U. que está a la vanguardia prevéngase contra toda intriga y contra toda seducción; toda vigilancia es poca en este momento, y la impunidad de cualquier pequeño atentado contra la disciplina y la subordinación sería una desgracia para U. y para ese Departamento. Mientras no entremos en juego con nuestras armas, los de Bogotá nos son superiores porque poseen mejor la intriga, y de un golpe de mano nadie se escapa. Tengo muy presente lo de Lara, sin embargo de que en Bogotá saliesen por todas partes con la suya, sus planes abortarían en Cartagena, tal es el concepto que me merece U. Aguardemos un mes más, y aunque ansiosos, preparémonos a llenar las miras del Libertador, de ese común amigo, de quien todo tenemos que esperar, nada que temer. En fin, sobre esto nada tengo que encargarle; mi objeto es orientarle de todo y ponerlo en estado de juzgar».

Terminó su carta con algunas noticias tranquilizadoras sobre Venezuela: El Libertador estaba muy satisfecho y se prometía el mejor éxito de sus medidas. Confiaba en la completa pacificación de todos los pueblos del Departamento de Venezuela.

«En fin —escribió—, por aquí ya nada hay que temer, solo Bogotá nos da que hacer hasta el día en que el Libertador calcule que se debe

cerrar el torrente de males que se despeña de la capital sobre el resto de la República, ese día será el último de nuestras quejas y el primero de nuestra regeneración».

La sangre corría regularmente por sus venas. Había cesado la descarga, surgida de una insaciable necesidad de amor, de la lealtad sin mella. La existencia aún reserva sus encantos —creyó decir—. Pensó en Dolores, su amada mujer, bravía, elegante, bella. El agua era roja, pero tenía el pecho erguido por encima de la muerte. Quería ver llameando nuevamente los ojos del héroe, iluminado su entendimiento, enardecido su coraje, aunque la vida comenzara a pesarle en el cuerpo y en el alma.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 29 de mayo

«Remito a U. un impreso en raso que ha corrido en estos días; su autor lo imprimió en papel, pero algunos amigos lo han hecho reimprimir en seda —ha agradado mucho este modo de combatir a los de contraria opinión; generalmente se cree que O'Leary es el autor».

VEINTICUATRO RAZONES
PORQUE
SE DEBE ADMITIR LA RENUNCIA
QUE HACE EL
GENERAL BOLÍVAR
DE LA
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

1º. Cuando estalló la revolución de Venezuela, BOLÍVAR abandonó las comodidades que proporciona la riqueza para servir a su patria.

2º. Encargado por su Gobierno de una comisión importante cerca del de Inglaterra, la desempeñó a satisfacción de sus comitentes y a su propia costa.

3º. Subyugada Venezuela en 1812, se trasladó a Cartagena, y con su pluma y su espada coadyuvó a la causa de la independencia.

4º. Habiendo obtenido escasos auxilios del Gobierno de Cartagena, destruyó al enemigo en el bajo y alto Magdalena, y en seguida libertó a Venezuela.

5º. En el año 14 mereció el título de Pacificador de la Nueva Granada.

6º. Conquistada la Nueva Granada y Venezuela por el ejército de Morillo, BOLÍVAR en 1817, desembarcó en las costas de Ocumare a la cabeza de 300 oficiales, y penetrando hasta la provincia de Guayana logró establecer un Gobierno y formar un ejército.

7º. En el año de 1818 hizo frente a Morillo y destruyó en parte su ejército.

8º. Siendo dictador convocó un Congreso, y devolvió al pueblo, junto con su independencia, el poder que se le confió.

9º. En el año de 1819 libertó la mayor parte de la Nueva Granada, y propendió a su reunión con Venezuela en la República de Colombia.

10º. Siempre infatigable, forzó al ejército español en el año 20 a replegarse sobre la provincia de Caracas, dejando libres a las de Mérida, Trujillo y Barinas; obtuvo un armisticio provechoso para la causa común, y regularizó la guerra en los célebres tratados de Trujillo.

11º. En el año 21 renunció ante el Congreso de Cúcuta todos sus sueldos atrasados, su haber[1] y la Presidencia de la República, dando así una prueba común de desinterés y desprendimiento.

12º. En el mismo año destruyó el ejército español en Carabobo.

13º. En el mismo año fue nombrado unánimemente por el Congreso Constituyente, Presidente de la República, autorizado para mandar el ejército en persona, y revestido de Facultades extraordinarias en el territorio que fuese teatro de la guerra.

14º. En el año 22 fueron libertadas las provincias del Sur bajo su dirección, y agregado a la República el Departamento de Guayaquil.

15º. En el año 23 sofocó la rebelión de los pastusos.

16º. Implorado por el Perú para que tomase el mando de su ejército, solicitó el permiso del Congreso, y habiéndolo obtenido, se trasladó a aquel Estado, abandonando los hechizos de un mundo pacífico en

1 En la resolución del Congreso sobre la renuncia de su haber y sueldos, se lee lo siguiente: “Pero jamás puede renunciar la gratitud nacional, que es su mejor patrimonio.” Esta resolución está firmada por el honorable señor Soto.

un país constituido, para exponer su renombre y su vida en una lucha desigual.

17º. Rodeado el Congreso de Lima de enemigos internos y externos, prometió libertar el Perú en un año, y cumplió su palabra.

18º. Dio la existencia a la República de Bolivia en el año de 1825.

19º. Llamado por el Gobierno de Colombia para apaciguar los disturbios que agitaban la República, llegó a Guayaquil y rehusó el poder dictatorial que aquel pueblo ilegalmente le había conferido.

20º. Habiendo venido a la capital en noviembre último, algunos perturbadores del orden (de los cuales el Dr. Chasqui no era caudillo), despreciando sus deberes patrios, se reunieron tumultuariamente en la Sala Capitular para proclamar la dictadura. Se dice los mandó dispersar.

21º. Su conducta desde su regreso a la capital mereció los aplausos de los patriotas esclarecidos: uno de ellos brindó en un convite, «porque el siglo XIX se llamara el siglo de BOLÍVAR».

22º. En enero de este año restituyó a Venezuela la tranquilidad de que un hijo ingrato la había privado.

23º. El general BOLÍVAR es llamado a la presidencia por el pueblo de Colombia, que le ha dado el honroso y bien merecido título de Libertador.

24º. Pero como *El Conductor*, número 30, ha propuesto por candidatos varios generales y ciudadanos que ciertamente tienen más opinión, y han hecho más servicios a Colombia y al género humano que BOLÍVAR, y por otra parte, como Bustamante insiste (constitucionalmente) en que dé cuenta en el Perú ante el Congreso, y como simple ciudadano, soy de opinión que los representantes de la nación deben darle gusto y admitir la renuncia del general BOLÍVAR.

Bogotá. Despacho del general Santander. Noche del 5 de junio

Llegaron al despacho, sombrero en mano, con sus corazones dando tumbos. Vargas Tejada, secretario de la cámara del senado, hizo entrega de un pliego al vicepresidente de la República:

—En sus manos, su excelencia, la ley de olvido del Congreso de Colombia.

—Ley que enaltece al Poder Legislativo, máxima autoridad de la nación. Me complace sobre manera estampar mi firma.

—Complacencia que su excelencia hace extensiva al secretario de estado del despacho del interior, señor doctor José Manuel Restrepo, quien también deberá de estampar su firma —dijo Soto de mala leche, pero circunspecto.

—Incluye, como es de su conocimiento, el alzamiento de Valencia en abril de 1826 —dijo Azuero con aire de inocencia.

—Olvido absoluto —dijo, hinchado, Vargas Tejada, y agregó: —Permítanme leer los artículos cuarto y quinto: «Habrá el mismo olvido de las ocurrencias que han tenido lugar desde el 26 de enero del presente año en la 3ª división militar de Colombia auxiliar del Perú, y por las cuales fueron separados de sus destinos algunos generales, jefes y oficiales, y se ha alterado el orden que regía en algunos departamentos de la República; bien sea que los indicados sucesos se hayan verificado dentro o fuera de los límites del Territorio de Colombia».

Aplausos los de Soto, más acentuados los de Azuero, palmadas las de Vargas Tejada, guantazos y morisquetas los de Uribe Restrepo. Vargas leyó con la barbilla apuntando al techo:

—«Artículo 5°. En consecuencia, los individuos de la 3ª división militar de Colombia auxiliar del Perú, y cualesquiera otros colombianos que hayan intervenido en los indicados sucesos, no podrán ser perseguidos en juicio ni fuera de él por la parte que en ellos han tenido…».

Ruidosos aplausos. Alborozo incontenible. Un sombrero negro zumbó por los aires. Cayó una leontina al piso. Un guante de Uribe Restrepo fue a parar a la ventana; la cabeza del perchero, por un tropezón, en la cabeza del eufórico senador.

—Artículos de mi propia inspiración —dijo, orgulloso, Vargas Tejada.

Palmadas, palmadas, palmadas en el hombro del emocionado secretario.

—También de la mía —dijo Soto.

—¡Qué egoístas son los poetas! —dijo Azuero.

—Una estocada más al corazón del general Bolívar —dijo Uribe Restrepo con el paraguas en ristre.

—Que el Congreso proceda a su publicación —dijo Santander para cortar la euforia.

—Yo mismo me encargaré de los trámites —dijo Vargas Tejada.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Mediodía del 7 de junio

Con un fuerte abrazo recibió al general Lara. Había leído su relación de los acontecimientos del 26 de enero y días posteriores hasta su desembarco en Guayaquil. Estaba ansioso por saber del comportamiento del mariscal Santa Cruz, por lo que dejó para luego inquirir noticias de Bogotá.

—La ciega confianza del general Santa Cruz, y no otra cosa, ha hecho el mal, confianza que terminó siendo cómplice involuntaria del alzamiento de Bustamante. Vidaurre y su gente fueron los auténticos promotores. Gente maléfica y artera. Si me permite, hijos de perra, general.

—No juzgo mal del espíritu de mi amigo Santa Cruz, que nunca puede ser contrario a Colombia.

—Yo juzgo que ha sido leal y consecuente con usted. Así lo creo, diga usted que lo intuyo. Claro, solo por chismes y rumores supe en la cárcel de los movimientos en Lima. Por cierto, la señora Sáenz tuvo enfrentamientos con Bustamante y Vidaurre. Entró pistola en mano en el cuartel de los sediciosos. Tiene guáramo la dicha señora.

—No muy de su gusto, la señora Manuela.

—Usted lo ha dicho, mi general, pero reconozco que hizo honor a sus pantalones.

—¿Algo más, general?

—Atacaron con saña la Constitución de su autoría, que dicen impuesta por usted.

—En lo que atañe a la Constitución boliviana, en la cual puse tanto de mis desvelos por la felicidad del Perú y de la nueva República de Bolivia, si no la quieren, que la quemen, como dicen que ya lo han hecho. Yo no tengo amor propio de autor en materias de gravedad que pesan sobre la humanidad.

—Su Constitución tuvo enemigos desde los primeros días de su presentación.

—Así fue. El general Sucre me hizo muchas observaciones, que tomé en consideración. Y otros, otros, otros más —pausa para aspirar los aires de la nostalgia—.

Santander la quemó hace rato —dijo con desaliento.

—Pronto sabremos del destino de Bustamante. No llegará muy lejos.

—Eso espero, general. Bolivia y los países del sur de Colombia me interesan más que mi propia suerte.

—Yo preferiría no volver a esa tierra de ingratos.

Bogotá. Biblioteca del general Carlos Soublette. Noche del 7 de junio

«Mi General: Por fin se resolvió la cuestión de renuncias, y ayer se nos ha quitado un peso enorme de encima de los hombros; no se ha admitido la renuncia de U. por 50 votos, contra 24 que la admitieron, y queda U. siempre Presidente de la República. Crea U. que ayer ha habido una verdadera alegría aquí, en todos generalmente: los amigos conocidos y los sospechados enemigos, todos se han abrazado, y nueva época principia para Colombia. Solo U. nos falta, y yo me atrevo a suplicarle que venga volando, y por el camino más corto, pues temo que U. dé la vuelta por Cartagena que es larguísima por las demoras del Magdalena».

Bogotá. Biblioteca de Rafael Arboleda. Noche del 7 de junio

Estaba satisfecho de sí mismo, de su actividad en el Congreso en medio de un caos de intereses y pretensiones encontradas. Contento como todos, o casi todos, con la decisión de no admitir la renuncia del Jefe de la República. Le había dicho al Libertador que los hombres sensatos que hay en las cámaras podían hacer muy poco sin él. Esperaba que su amigo muy querido aceptara sus disculpas por la publicación de un artículo en *El Conductor*, número 36, bajo el título de *Carta del Libertador*. «Como V.E. me ordenó trasmitir sus ideas a mis parientes y amigos, me creí autorizado para dar copia de un período de la carta que

V.E. tuvo la bondad de escribirme el 20 de abril último; tomándome además la libertad de variar ligeramente dos o tres palabras, a fin de que su lectura hiciese la impresión más ventajosa, según el estado de la opinión, y los rumores que se habían esparcido con relación a las miras de V.E.».

Había algo más que no podía ocultarle. Su conciencia y la amistad no lo permitían: «…se evitó dar publicidad al oficio de V.E. dirigido al Presidente del Senado, reiterando la renuncia de la Presidencia. Esta nota llegó el día 4, y como habría hecho un malísimo efecto, según las circunstancias, convinimos con el señor Baralt, en que no la viese ninguna otra persona. Espero que V.E. querrá disculpar también este paso a que ha estimulado al señor Baralt el amor de su país y la adhesión más sincera a la persona de V.E.; es uno de los mejores amigos que V.E. Tiene».

Caracas. Quinta Anauco. Noche del 8 de junio

Estuvo de conversa con el gran mariscal de Ayacucho antes de escribirle. Lo sentía a su lado, impertérrito, luminoso. No le cabía en el corazón. Lejos del estrépito, y del traqueteo de armas y de los ladridos de perros y los relinchos en los corrales y los golpes de cascos y las órdenes de cuartel. Creyó oír remoto el sonido de una antara. Vio brillar los vestidos de las mujeres de Chuquisaca.

—Mujeres lánguidas que nos recuerdan —musitó.

En las cortinas de muselina una muda aprobación.

—¿Cuántas veces las solitarias noches del mariscal le han hablado a las mías?

Sonó una quena. La wankara. El rondador. En lo alto de la montaña.

—Un libro de reflexiones no sería bastante para decir a usted todo lo que he pensado desde que supe la insurrección de las tropas colombianas en Lima. Guardo silencio, general, para no comprometer a mis amigos.

Por respuesta un rumor de grillos, el sigilo del agua en la bañera.

—Cuanto hacemos pesa en la vida del otro…

Una golondrina entra y sale por la ventana.

—«No voy a darle consejos, pero como la amistad no pierde nada en mostrar sus deseos, diré algo de lo que me parece. Si fuese a Vd. posible mantener su puesto con la gloria que esperábamos de nuestros esfuerzos, salve Vd. a Bolivia, y si esto no es posible véngase Vd. a Venezuela a contribuir a la salud del país que nos ha dado la vida. Yo, en el caso de Vd. no me detendría en el Sur, porque a la larga tendríamos el defecto de ser venezolanos, así como hemos sido colombianos en el Perú…».

Suspiró. Una excusa en medio de la dura amargura.

—También merece alguna atención lo que el deber nos impone —dijo a las telarañas de la claraboya—. Siempre el deber —agregó. Pensó en Mariana, la bella mujer del mariscal, guarecida en la soledad de su hacienda o entre los fantasmas de la casa solariega de Quito, al igual que Penélope, a la espera de su amado, pero con millares de rosas en el lecho, abrazada a las plegarias, o con las manos en las blancas y negras teclas del piano para ahuyentar la incertidumbre.

—Si aquí no podemos hacer nada por el bien común, el mundo es grande y nosotros tan pequeños que cabremos en cualquier parte. Venga Vd. a correr mi suerte, querido general, todo nos ha unido, no nos separará, pues, la fortuna: la amistad es preferible a la gloria.

Creyó escuchar la voz del mariscal:

—El amor a Mariana me es más sensible que la gloria.

Optó por cambiar de tema. Sintió un peso de bulto en la cerviz. El alma de traiciones vive —dijo. Temió, una vez más, por los desordenes que ocurrían en el sur. Escribió en voz alta:

—La traición de esos oficiales es más cruel que la guerra que hemos concluido; el Perú va a correr un círculo de convulsiones continuas, y las agitaciones del Perú van a conmover a sus vecinos. Este mal es lamentable; lo peor es que no sé que remedio tenga.

Seca la boca. Secas las venas. Amarga retama. Extendida la nada. Extinguida la quimera. Extinguidas las lámparas. Solo un chorrito de luz en un candil. Escribió mascullando las palabras:

—Soportemos juntos las oleadas de la miseria humana. La negritud inaccesible de la vida. Cundinamarca sufrirá mucho con las divisiones que siembran las simulaciones libertarias. Los devora la ambición. Poder, poder, poder es cuanto quieren, para embriagar su iniquidad y someter aún más a los humildes.

Silencio. Lóbrego silencio. Escribió mordiendo un borde del labio inferior:

—«La gran convención de Colombia será un certamen, una arena de atletas: las pasiones serán las guías y los males de Colombia el resultado. En una palabra, este Nuevo Mundo no es más que un mar borrascoso que en muchos años no estará en calma. Algunos me atribuirán parte del mal: otros la totalidad, y yo, para que no me atribuyan más culpa, no quiero entrar más adentro. Me conformaré con la parte que me adjudiquen en esta diabólica partición».

Del hondón de la memoria: El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor. Repitió en voz alta: El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor. Como si lo dijera al oído de Manuela: El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor. Pasó el índice de su mano derecha por el labio: sangre. La saboreó, abatido.

Maracaibo. Despacho del general Rafael Urdaneta. Amanecer del 13 de junio

¿Lo dije por intuición? ¿Conozco realmente al Presidente del Senado? Aún así, le escribí al Libertador: «gracias a Baralt el que no hayan sancionado un disparate antes de tratar de la renuncia». El manipulador no pudo con Baralt, quien, por ahora les aguó la fiesta. Solo el Libertador, Mariano, puede salvarnos de la disolución que nos amenaza. Tal tu advertencia a Santander el año pasado. ¿Le harías la misma en estos días? Los cuervos de sombrero, mariposa y bastón son de los suyos, al igual que entonces. Enredadores de oficio. Cómo quisiera partirle un garrote en el pescuezo al más emperifollado de ellos. Cómo quisiera bajarle los humos al más postizo.

Apure. Rancho. Noche del 16 de junio

No quisieron averiguar la autoría de aquel texto que tenían en sus manos. Lo sentían como propio, insolente como el sol de la llanura, verdadero como la tierra misma. Salido de las entrañas de la sabana, torrencial como las aguas del invierno. Era una lanza clavada en el artero pecho de Santander. Firmaron de cualquier manera los militares de Apure de los regimientos de La Guardia, Guías y Húsares de

la República de Colombia. Exposición de los apureños, representación que elevaban al Jefe Superior civil y militar de Venezuela para el debido conocimiento de Bolívar:

«Los que llevaron la lanza en la guerra de siete años por la independencia y libertad de Colombia no pueden oír a sangre fría los insultos que se dirigen a los caudillos, que en aquellos días grandes vieron a su frente en los campos de la gloria.

»Bolívar y Páez son los jefes que tuvieron por delante en más de cien combates, capaces de ilustrar a los pueblos más belicosos del mundo.

»Los hombres de fortuna y otros jefes de especulación los oímos hablar después que los valientes han ahuyentado del país a las huestes enemigas. Si Santander se vio presente alguna vez en nuestros campos fue para merecer nuestro menosprecio, porque los militares de Apure hemos querido marchar siempre a las órdenes de los soldados denodados y no de generales pendolistas.

»Cuando vimos al general Santander en el Rincón de los Toros conducir hasta la tienda de campaña del LIBERTADOR una partida enemiga que le lanzó tiros de muerte que Belona con su égida le preservó, atribuimos esta acción en particular a su impericia militar; pero su conducta actual nos justifica al expresar nuestro concepto de que su excesiva ambición maquinaba desde entonces contra la preciosa vida del genio de la victoria, del consuelo de nuestra patria.

»La historia militar del general Santander no pasa del llano de Carrillo y Guachirí ¡Jornadas de triste recordación! Él estaría confundido con las almas comunes, si este mismo LIBERTADOR contra quien conspira, no se hubiera empeñado en asociarle a sus glorias para vencer nuestra repugnancia de confiar en sus manos el poder.

«Los militares del Apure habían sufrido en silencio los insultos hechos a sus predilectos, por aquellos que ninguna parte habían tenido en sus glorias y hasta por los enemigos de la independencia, a quienes harto hicieron de permitir en su país; pero la medida de este sufrimiento se colmó, cuando han visto el motín de algunos subalternos de una parte del ejército auxiliar del Perú; y mucho más cuando un hecho tan escandaloso ha merecido los altos aplausos del mismo gobierno de Bogotá.

«Esta moderación quizás tolerable hasta entonces, sería ya criminal si visto el empeño de sus jefes, no hicieran una demostración de su fidelidad; a pesar de que nunca han debido dudar de su obediencia en esta virtud, creen de su deber ofrecer al LIBERTADOR, por el órgano de V.E., su cooperación voluntaria para marchar con él, o el jefe que designe si fuere preciso, hasta los términos de la América Meridional a castigar la ingratitud de unos seres que han podido prestarse en su ausencia a unas maquinación que no ha tenido ejemplo en los fastos militares de nuestra patria.

«Estos son los votos sinceros de los militares de Apure que a continuación suscriben».

Tremendo zaperoco. Las lanzas enclavadas apuntando a la noche. Dicen que el catire Páez hizo presencia montado en rubio jamelgo, con blusa de lino y alpargatas nuevas. El arpa sonó hasta después del amanecer. Las bandadas de loros dieron vueltas en el cielo para escuchar aquella algarabía que espantó al mismo diablo en persona.

Caracas. Cuartel general. Despacho de Bolívar. Mañana del 19 de junio

Llamó a su secretario general para que comunicara al vicepresidente su decisión de marchar inmediatamente hacia la capital de la República, y dictarle una proclama a los colombianos anunciándoles el peligro en que «está la República por las facciones, así como su deber de salvarla».

Ya había enviado al general Lara con destino a Maracaibo llevando consigo sus resoluciones para mantener la unidad de la República y suprimir la anarquía. En su plan, largamente meditado, muchas veces intuido, contaba con el general Urdaneta de un modo principal. «Vd. es el eje sobre que rueda esta máquina de Colombia, y de Vd. depende, en gran parte, el suceso de toda empresa para restablecer el orden», le había escrito en las primeras horas de la mañana. «Es preciso que Vd. vaya preparado para todo».

—Diga usted, doctor Revenga, al señor vicepresidente, que he decidido impedir el desmembramiento de la República y el escarnio de las leyes. Dígale que estoy resuelto a marchar contra los traidores que

después de haber mancillado el esplendor de la República, trabajan por despedazarla.

—¿Algo más, su excelencia?

—Oficie al señor general Salom que el señor general Lara conduce a Puerto Cabello una compañía del batallón Callao. «Con ella, el batallón Granaderos que está ahí, y los demás milicianos u otras tropas que se hallen a esas inmediaciones, reunirá hasta el número de ochocientos hombres, y se embarcará con ellos en los buques de guerra que habrá en este Puerto, y en algunos mercantes si aquéllos no fuesen bastantes, y procederá al Departamento del Magdalena. Al llegar procurará instruirse antes de desembarcar las tropas, de si se han variado o no los Jefes de aquel Departamento; para lo cual hará fondear los buques al frente de las baterías de Santo Domingo. Si no hubiesen variado las pondrá a las órdenes del Sr. General Montilla; mas, si hubiesen variado, procurará ocupar a Cartagena, tomando todas las medidas que sean convenientes para la conservación y seguridad de las tropas».

Hablaba con energía. Estaba en campaña. Dispuesto a tomar el toro por los cachos. Cartagena sería la base de operaciones. Había encargado del estado mayor al general Pedro Briceño Méndez. Su confianza estaba puesta en los mejores hombres del ejército. Así lo exigía el estado calamitoso de la República. Acaso la invasión del sur estaría trastornando las componendas de los oficiantes del derecho, luego de las primeras alcahueterías y celebraciones. El mismo general Santander le llamaba para que tomara las riendas del gobierno. Creía no pecar de ingenuo al suponer que Francisco de Paula lo estaba invitando para ponerle en las manos aquellos carbones encendidos. Fuere lo que fuere, dentro de seis u ocho días estaría navegando. Le escribió a Montilla: «Muy pronto, pues, tendré el placer de abrazar a Vd. y de renovarle los testimonios de verdadera amistad con que soy de Vd. afectísimo de corazón».

Caracas. Quinta Anauco. Amanecer del 21 de junio

Lo despertó el trino de un cristofué y el crujido de la carta del poeta Arboleda, cosa rara, olvidada en la cama. Creí dejar —pensó— la carta encima del escritorio antes de meterme debajo de la cobija con la intención de escribirle al poeta con las primeras dianas de los gallos.

Intentó recordar: la había leído tres veces. A cada lectura mayor turbación. Tenía amigos en Bogotá. No era tan escuálido su número como hacían creer algunos pájaros de mal agüero. Las razones de Arboleda y mis amigos para que me vuelva a encargar del mando supremo de la República –dijo muy adentro a sabiendas de que ya había determinado poner la mira en la capital–, me han hecho la impresión que debían, y por eso me he resuelto a marchar cuanto antes a Bogotá.

En la cómoda estaba el borrador de la proclama a los colombianos que incluiría en la correspondencia destinada al poeta amigo. Antes de ausentarse de Venezuela quería tomar todas las medidas preparatorias a fin de ver cumplidas las ofertas que en la proclama hacía. Que no quedara nada en el tintero. Escribió como si saliera de un exilio.

«Amigo, es preciso vengar la patria cuantas veces intentan los pérfidos sepultarla en la anarquía y arruinarla; y no debemos desmayar jamás aún en medio de las mayores dificultades».

«Todos los planes que Vds. han adoptado para frustrar los malos designios de los insurgentes, me han parecido oportunos. Espero que, con mi llegada a Bogotá, y con la cooperación de mis buenos amigos, calmaran tantas inquietudes.

»Estamos, pues, en campaña. Dios quiera que el amor a la patria no sea burlado por la fortuna.

»Al señor Baralt mis expresiones de respeto de mi parte, lo mismo al amigo Mosquera.

»Soy de Vd. de todo corazón».

Su corazón, ciertamente, estaba en campaña, botaba lánguido como una promesa.

Caracas. Quinta Anauco. Mañana del 26 de junio

La noche anterior recibió carta del general Páez y las mejores noticias del descalabro de los insurgentes en el Sur. No esperó a los gallos para brincar de la cama y salir a caminar por el cerro hasta muy arriba. Cuando regresó le tenían dispuesta la mesa para el desayuno. Conversó a placer con el marqués del Toro, hasta que le anunciaron la presencia del señor Revenga.

—¿Si me permite, mi querido marqués?

—¡No faltaba más, su excelencia!

Fresco como la fuente tenía el semblante. Como el agua brillaban sus ojos. Su espíritu murmuraba como el arroyo. *Allegro sostenuto* —pensó Revenga.

—Grandes noticias, las del sur, amigo Revenga. Lea usted la correspondencia. Este feliz acontecimiento acaba con el perverso partido de Santander, que estaba resuelto a todo con tal de perderme. Ahora mismo le escribiré al general Páez, quien, por cierto, aún está molesto con su enfermedad, que no es de gravedad. Ese catire va morir de viejo, délo usted por cierto, aunque a usted no le haga mucha gracia.

—Si usted lo dice, su excelencia.

—Un encargo, doctor. Escríbales a los señores Devisme y hermano, y hágales saber de la manera más cortés que el estado no tiene ninguna cantidad a favor de esa empresa de propagar los documentos de mi vida pública, y menos yo. Dígales que si tuviera fondos particulares, entonces los emplearía en un objeto que me sea honroso.

Salió a buscar al marqués del Toro para contarle las nuevas y darle a leer su proclama. Lo encontró en la capilla, de rodillas ante el altar. Prefirió no interrumpir sus oraciones. Hablaría con él luego de atender a los quejosos del día.

Bogotá. Cuartel general. Despacho del Libertador. Tarde del 28 de junio

Agradeció al general Páez sus demostraciones de alegría por el feliz acontecimiento del Sur. «Mi regocijo al recibir noticias tan lisonjeras ha sido tanto como el sentimiento luego que supe que continuaban sus males molestándole».

«Dentro de seis días me iré y no llevaré otro cuidado que el de su enfermedad».

De post data un encargo: «Sírvase Vd. poner en Valencia mi mula castaña a las órdenes del coronel Bolívar, quien debe irme a buscar a la Nueva Granada». Era una manera de asegurar el viaje de José Bolívar, bueno en las chiquitas, superior en las difíciles.

Estaba impaciente. No veía el día de su partida y de la publicación de su proclama. Santana, por su parte, estaba de pláceme. Pocas cartas, y cortas.

Caracas. Cuartel general del Libertador. 29 de junio

SIMÓN BOLÍVAR
LIBERTADOR PRESIDENTE DE COLOMBIA, &, &.

¡Colombianos! Vuestros enemigos amenazan la destrucción de Colombia. Mi deber es salvarla. Catorce años ha que estoy a vuestra cabeza por la voluntad casi unánime del pueblo. En todos los períodos de gloria y prosperidad para la República, he renunciado al mando supremo con la más pura sinceridad: nada he deseado tanto como desprenderme de la fuerza pública, instrumento de la tiranía, que aborrezco más que a la ignominia misma.

Pero, ¿deberé yo abandonaros en la hora del peligro? ¿Será esta la conducta de un soldado y de un ciudadano? ¡No, colombianos! Estoy resuelto a arrastrarlo todo porque la anarquía no reemplace a la libertad, y la rebeldía a la constitución.

Como ciudadano, libertador y presidente, mi deber me impone la gloriosa necesidad de sacrificarme por vosotros. Marcho, pues, hasta los confines meridionales de la República, a exponer mi vida y mi gloria por libraros de los pérfidos, que después de haber hollado sus deberes más sagrados, han enarbolado el estandarte de la traición, para invadir los departamentos más leales y más dignos de nuestra protección.

¡Colombianos!, la voluntad nacional está oprimida por los nuevos pretorianos que se han encargado de dictar la ley al soberano que debieran obedecer. Ellos se han arrogado el derecho supremo de la nación: ellos han violado todos los principios: en fin, las tropas que fueron colombianas, auxiliares al Perú, han vuelto a su patria a establecer un gobierno nuevo y extraño sobre los despojos de la República, que ultrajan con mayor baldón que nuestros antiguos opresores.

¡Colombianos!, yo apelo a vuestra gloria y a vuestro patriotismo: reuníos en torno del pabellón nacional, que ha marchado en triunfo desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí: queredlo, y la nación salvará su libertad, y pondrá en plena independencia a la voluntad nacional, para que decida sobre sus destinos. La gran convención, es el grito de Colombia, es su más urgente necesidad. El congreso la convocará sin duda y en sus manos depondré el bastón y la espada que la República me ha dado, ya como presidente constitucional, ya como

la autoridad suprema extraordinaria, que el pueblo me ha confiado. Yo no burlaré las esperanzas de la patria. Libertad, gloria y leyes habéis obtenido contra nuestros antiguos enemigos: libertad, gloria y leyes conservaremos a despecho de la monstruosa anarquía. Cuartel general en Caracas, a 29 de junio de 1827. Bolívar.

Alta mar. Fragata. Pasarela. Noche del 5 de julio

Una fragata navega en medio de la noche, que es muy noche en medio de la mar. Acodado a una pasarela, atribulado, solo, muy solo, oye su voz: «Estoy destinado a vivir en medio de las tempestades. Mientras parto de aquí se pierde Venezuela otra vez y me hallo en Nueva Granada arreglando un país sembrado de enemigos, y abandonado al infortunio mi desgraciado suelo. Me hallo luchando contra los esfuerzos combinados de un mundo; de mi parte estoy yo solo, y la lucha, por lo mismo, es muy desigual: así, debo ser vencido. ¿Logrará un hombre solo constituir a la mitad de un mundo? ¡Y un hombre como yo! Quien lo crea renuncie a tal esperanza. Ya mis miembros me abandonan... me hallo reducido al más triste desaliento».

Fragata. Proa. Pasarela. Camarote. Noches del 6 y del 7 y del 8 y del 9 de julio

No soy el mismo del año 12. El desaliento hace estragos. Las amarguras del tiempo perdido con los hombres. Aún así, bajen recuerdos. Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas. Bajen recuerdos. A cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud. Las facciones internas fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro. Río Magdalena, caudaloso y triste. ¿Bogadores indolentes? Ese alcohol es de mala muerte. Enciendan las fogatas. Fumen y espanten mosquitos hasta el amanecer. ¡Ave María! Sin pecado original concebida. ¡Soldados! Mañana el enemigo conocerá del ardor de nuestras vidas. Ciudadanos de Cartagena, se os abre una vasta carrera de gloria y de fortuna, al declararos miembros de una sociedad que tiene por bases

constitutivas una absoluta igualdad de derechos y una regla de justicia que no se inclina jamás hacia el nacimiento o fortuna, sino siempre a favor de la virtud y el mérito. ¡Bajen, coño, los recuerdos! Compatriotas granadinos, corramos a romper las cadenas. ¡Al carajo los lamentos! Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido, y libertad a todos. Diciembre 15 de 1812. ¡Qué fecha! Ocho días después solo por audacia, luego convertida en oficio, la villa de Tenerife liberada. Quince años. Todo cuanto pensaba entonces permanece vivo, menos yo. De comandante de un pueblo del río Barrancas a Libertador. Y una vez más el infortunio. Una vez más en Cartagena. Con un rosario, una sarta, una cadena, una ristra de desgracias. ¡Ay!, una vez más juntando brazos, una vez más desbaratando intrigas. Vuestra patria no ha perecido mientras exista vuestra espada —escuchó por boca de Camilo Torres. Camilo me salvó de la ignominia. Por Camilo me dieron un título glorioso. Mérida serrana. Umbral de la gloria. Trujillo, la muerte es la guerra. Luego, abrazo de guerreros. Campaña admirable. Admirable es nuestro ejército de indios y llaneros y serranos. Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y la libertad. ¡Ay! El cielo me ha destinado para ser el Libertador de los pueblos oprimidos, y así jamás seré el conquistador de una sola aldea. Vida fulgurante. ¡Ay!, del mortal veneno.

Cartagena. Mediodía del 10 de julio

Contempló los grandes muros blanquigrises de la fortaleza. Un sin número de barcos anclados en el puerto. Como un sol la fortaleza San Lázaro alzada por encima de las pequeñas casas de campo y los poblados indígenas, distribuidos al pie de «La Popa», erguida, majestuosa. Al frente las casas de piedra blanca, sucias, de dos y tres pisos, los balcones al aire, las rejas de madera, pocas, muy pocas rejas de hierro. Paredes blanqueadas con cal. Calles de arena, angostas y oscuras. El emblema tricolor luciendo sobre grandes sombreros triangulares en altivos penachos. La vida como racimos de cambures y enjambre de papagayos; la vida transpirando en los negros torsos desnudos y en las blusas de cuadros rojos y azules; la vida transpirando en las blusas

de manga corta y en las blancas enaguas y en los delgados pies color tabaco.

Cartagena redentora, multitudinaria y bella.

Cartagena. Despacho de Bolívar. Madrugada del 11 de julio

Nací para contemplar el sol de las victorias. Nací para encumbrar montañas. Nací para desandar llanuras. Para navegar nací, entre los hombres, en la mar borrascosa. Yo soy la tempestad, el hombro de la vida, enrojecida llama. Yo siento por lo presente y por los siglos futuros. La luz de la verdad y del tiempo nada esconde, al mérito brilla y a la maldad descubre. Otro modo de decir, Camilo, amigo mío.

Cartagena redentora, multitudinaria y bella. Por ahora, recíbeme, amorosa, entre tus brazos. Ábrete, pronto, como una flor, como una orquídea blanca, iluminada, que pronto me devorarán los cuervos de la noche.

Cartagena. Despacho de Bolívar. Mañana del 11 de julio

«Ayer he llegado, después de un viaje feliz a esta plaza, donde he encontrado un pueblo muy entusiasta, dos amigos excelentes en los generales Montilla y Padilla y a Salom, Carreño, Heres, Valdés y otros jefes con un ejército de la moral más perfecta. Espero dentro de ocho días el resultado que hayan tenido en Bogotá mi proclama y las noticias que la acompañan, y luego, luego, despacharé a la goleta Padilla con las disposiciones que sea necesario ejecutar en Venezuela: entre tanto todo sigue del mismo modo… Ocupado en recibir mil demostraciones que me repite este pueblo y sin cosa particular que añadir a Vd. me remito a la próxima que debe ser de gran interés. Soy, mi querido general Páez, afectísimo amigo de Vd. Memorias a mis amigos Peña, Carabaño, Peñalver y otros que amo».

—Claro que los amo —dijo—, pero sin fervor alguno. Ni a Peña ni a Carabaño. Ya encontrarán la manera de voltear la casaca y encaramársela al catire Páez. ¡Qué vaina con la política! Todo aquí como un

sueño. Por aquí pasaré, como un muerto en vida. Cartagena. Cartagena redentora.

Cartagena. Casa. Habitación de Bolívar. Noche del 11 de julio

Abrió puertas y ventanas. La brisa le dio en la espalda cuando echó su cuerpo en la hamaca de algodón. Dio vuelta a la almohada. Buscó acomodo poniendo la cabeza de lado. Sintió ganas de rezar como en los días de la infancia. Pensó en Hipólita. Repite conmigo, hijo, repite conmigo, en el nombre del padre, vamos Simoncito, que ya es tarde, en el nombre del padre.

Solo supo de él en la madrugada, por un gallo quiquiriqueando sin parar y un viento fresco batiendo las cortinas de la ventana. Tuvo deseos de salir a trotar. Prefirió escribirle a Cristóbal Mendoza, amigo muy querido, a quien dejó esperando con el abrazo de despedida. «Anteayer llegué a esta ciudad donde he sido recibido del modo más lisonjero para mí. He tenido la buena suerte de encontrar todos los partidos casi acallados, y no deseando sino que yo me ponga a la cabeza del gobierno; ellos creen que este único paso los salvará de los desastres que los amenazan. Después de todo lo acaecido en Bogotá, después de todo lo que allí se ha escrito, siento, en verdad, una gran repugnancia para ir a Bogotá, pero al fin cederé a los intereses comunes y marcharé dentro de pocos días a la capital. Los asuntos del Sur van de mal en peor: allí nadie se entiende; divididos los partidos sin un objeto fijo a qué dirigirse, sus operaciones y sus ideas vagan igualmente. Entre tanto el país se destruye y la opinión se pierde. En el Perú sucede lo mismo, pero más en grande: los colombianos son perseguidos allí como enemigos, y la administración es la más inepta que se ha conocido. En Bolivia nada ha cambiado, el país se mantiene tranquilo y Sucre había pedido explicaciones al gobierno del Perú por su conducta con respecto a Colombia. Los de Buenos Aires han obtenido un suceso brillante contra los brasileros. Este es el cuadro de las noticias que he obtenido al llegar a esta ciudad. Yo espero que en Venezuela nada haya sucedido que pueda trastornar el orden público, ni que pueda dar temores a los timoratos ni alborotar a los fogosos. Confío mucho en la buena administración de Vd. También creo que

puesto yo en la capital, será este uno de los medios más eficaces para calmar las agitaciones que despedazan a casi toda la República, restablecer la paz en el Sur y mirar por los intereses de Venezuela. Escríbame Vd. y créame su affmo. Amigo».

Cartagena. Camino. Amanecer del 12 de julio

Cabalgó un rato largo por la playa inundada de gaviotas, castigando la memoria: Urdaneta vigilante y ceñudo. Una vez más acudía la palabra alerta del siempre leal y resuelto Rafael. Ángel de la guarda –dijo. «La perfidia está refinada y es necesario que U. lo crea así. Tengo cartas de Bogotá de personas adictas a U. y no dudo que se trama fuertemente: todos claman porque U. vuele a Bogotá a ponerse a la cabeza del gobierno como el único medio de salvar la Patria». Cierto, Rafael. «Todos se interesan fuertemente en que usted no se afecte de las cosas del Perú, porque los demagogos dicen allá en Bogotá que usted va a darse un pistoletazo cuando sepa la noticia; otros dicen: ya cayó el coloso y otras simplezas de esta especie». No tan cierto, Rafael. «Yo desearía también que U. no les diese gusto en esto, porque todo lo puede usted componer. Pues no me hago ilusiones, amigo mío. Déjese U. por ahora llamar tirano; salve la Patria». Que me llamen tirano, sí, pero no solo yo voy a salvar la Patria.

¡Ay!, mi querido Urdaneta, no les voy a dar el gusto. Mejore usted su escritura, que yo intentaré mejorar mi humor. Hubo cerebros, no manos, que en el Congreso propusieron llamarme a Bogotá para suspenderme las facultades extraordinarias y declarar al ejecutivo en Santander únicamente. ¡Como si fuera tan fácil! Soto es un cobarde, y Azuero también, y otros tantos más. Ejercicios de oratoria, Rafael. Cuando llegue a Bogotá no encontrarán cinturón para sostener sus pantalones. Claro que Santander corrió el velo. Entiendo que debo desconfiar de todo cuanto él haga y diga. Ya lo puse en su sitio, pero desde ese sitio va a destrozar la República por querer salir del Libertador.

Rafael, te voy a necesitar en Bogotá. Prepara tus macundales.

Cartagena. Plaza. Amanecer. Mañana del 12 de julio

La mañana lo contempla entre los árboles de la plaza como a una delgada rama flotante. «La partida de Morillo para España —piensa— me permitió asegurar la entera y pronta libertad de Venezuela, y me facilitó la ejecución de mi grande proyecto...».

Pasa una rubia ojos de tigre, descalza, los brazos al aire, con un cántaro en la cabeza. Saborea el gusto de su mirada. Un suave espasmo le baja lentamente por el espinazo. Siente la luz del sol. Un muchacho detiene el pasitrote de un burro, para saludarle con las dos manos.

—Buenos días, su merced.

Mano y brazo del héroe, mecidos lentamente, saludan junto a la palabra:

—Buenos días, compatriota.

—Sean suyos, tío Simón —responde el muchacho, agradecido.

Habla en voz alta para sí, puesta su mirada en el mozalbete:

—No dejar un solo español armado en nuestra América. Lo he logrado—. El muchacho sonríe, sobrecogido, pues ha escuchado una voz como del cielo, y continúa su marcha, acaso más desenvuelto.

Oyó el taconeo marcial del general Montilla. Plantado está frente a él. Suenan al unísono sus tacones. Saluda. Arranca una rosa con su estolón para decir, inquieto:

—En Bogotá no te esperan con el mismo afecto.

—¿Tú lo crees, Mariano?

—Los abogados de Santander, los mismos del Congreso de Cúcuta, andan encompinchados.

—Recibí comunicación oficial del Congreso. Mi renuncia no fue admitida.

—Tampoco la del vicepresidente.

—Respondí al presidente del senado que, obediente a la voluntad nacional, me he puesto en marcha para la capital, y aceleraré cuanto me sea posible mi llegada.

—¿Noticias de Santander?

—Una carta —extrae un papel del bolsillo de la chaqueta. Lee: «El vicepresidente de Colombia encargado del Gobierno, espera confiadamente que no burlaréis los votos de vuestra patria, y que de ella saldrá bajo vuestra autoridad triunfante y gloriosa de las agitaciones

que la congojan. Desde ahora anticipo a Colombia mis felicitaciones por tan importante acontecimiento.» —Dobla la carta, la guarda y agrega: —Mal augurio, general.

—Muy formal, muy formal, muy formal.

Pareciera recordar y vuelve a extraer la carta. Lee:

—Escucha esta perla: «No puedo ofreceros sino un corazón libre de resentimientos y una alma toda de Colombia.» —Suspiró—. Nada más tortuoso que el corazón de Francisco, aunque nuestro amigo Soublette lo piensa de otra manera.

—Vainas raras de Carlos.

—La Colombia de Santander no es la nuestra.

—Es la de sus marramucias, general.

—Que no solo son de él. Dime con quien andas y te diré quién eres, dice el proverbio.

Montilla mete la mano en el bolsillo de la casaca y extrae una carta que extiende al Libertador.

—Aquí tiene una carta de su secretario de guerra, el general Soublette. Toda una joya de Carlos.

—Conservo una copia —dice al recibir la carta: un ligero temblor en su barbilla—. Ciertamente, firmó el inicuo y degradante oficio dirigido por el gobierno de Colombia al infame y traidor Bustamante.

—El general Santander, no lo digo yo —advierte Montilla—, amengua la dignidad de la segunda alta magistratura de la República, y el general Soublette refrenda un acto inmoral que le degrada a sí mismo. No entiendo por qué dijo que Santander no aprobó el alzamiento de Bustamante.

—Las fluctuaciones de Soublette están movidas por el interés, pero menos por el honor que por el sueldo. Bajo la administración de Santander, cuando yo estaba en el Perú, se mostró liberal. Ya quisiera abandonar a Santander. Y, por supuesto, ahora estará estudiando las formas de arrimar su talento a mi persona.

—Carlos tiene un talento de cuidado en el ejercicio del poder.

—En los últimos meses ha logrado sincerarme sus ideas. Lo voy a necesitar.

Secretos de la intuición.

—También del afecto, Simón.

Cartagena. Despacho de Bolívar. Mañana del 18 de julio

Caminaba de una pared a otra, con pausas para mirar por la ventana, aspirar hondo y exhalar despacio. «Mi querido general: El correo de anoche nos ha traído una porción de noticias de Bogotá y del Sur que yo he considerado como muy importantes y de un carácter decisivo. Ya no queda duda acerca de lo que tanto hemos dudado con respecto a Santander. Ya está visto que Venezuela y yo somos su blanco: mis amigos son tenidos por enemigos de la Patria y de la libertad; se me presenta como un tirano y ambicioso porque procuro los intereses del pueblo; se me insulta y aborrece porque he evitado la guerra civil en Venezuela, y ahora que esta arde en el Sur, la soplan para que nos consuma. Pero no lo lograrán, querido general, cuando estamos con los deseos del pueblo. Hablando con Vd. no creo que sean necesarias muchas palabras. Vd. conoce las cosas y ha penetrado desde muy temprano las intrigas y perfidias de Bogotá. A todo esto añada Vd. que el Sur arde en guerra civil. La Mar, general peruano, en Guayaquil; Flores en el Ecuador; y el Perú armando a nuestros propios soldados contra su patria. Este es el verdadero estado de las cosas que Austria detallará a Vd. ampliamente».

Dictaba con aliento, dispuesto a tomar la sartén por el mango. Actuar atrevidamente para enfriarles los cojones a los enemigos, conspiradores de profesión, cobardes por naturaleza. El congreso no podría desautorizar sus medidas. O no tendrían tiempo los confabuladores para poner la mayoría en contra de su decisión de movilizar al ejército. Apresuró la redacción de la carta. Tenía deseos de salir a caminar por la ciudad, meter las narices en los calderos, aspirar los olores a pescado y tabaco y sudor de puerto, atiborrar los oídos con el bullicio de las calles. Ahora disfrutaba la sensación de hablar con Urdaneta en persona. «Vd. debe, pues, aumentar las fuerzas de su mando cuanto le sea posible. No olvide Vd. que mientras más dificultades y peligros se nos presenten, más energía debemos desplegar. De no, veremos por tierra el edificio de la patria derribado por la mano de la envidia. En esta misma ocasión doy orden a Páez que de las tropas que están a sus órdenes en Venezuela acerque algunos cuerpos al departamento del Zulia y los ponga a disposición de Vd. Deben constar de 2.000 hombres, que Vd. debe pedir

incesantemente a Páez. Saque Vd. o pida a Maracaibo todos los elementos de guerra y demás objetos que necesite para mantener y equipar esas tropas, a fin de que todas marchen a mi cuartel general o donde yo ordenase.» De espaldas a Santana le dictó el último párrafo de la carta al general Urdaneta. «Por Ocaña debemos entendernos, y sea en Cúcuta o en Pamplona, debemos vernos o reunirnos, según las circunstancias. Austria dirá todo lo demás que sería largo añadir aquí. Memorias a los amigos y créame suyo de corazón».

Santana le entregó el pliego. Lo leyó de espaldas a la ventana. Lo firmó. Dijo:

—Descanse, coronel, hasta la noche, que nos aguardan algunas otras cartas por escribir.

Bogotá. Despacho de Santander. Mañana del 21 de julio

El general Soublette entró al despacho del vicepresidente, quien le esperaba delante de su escritorio. Santander, inusualmente cordial, le abrió sus brazos para recibirle. Soublette lo vio avanzar hacia él, trémulo, topando una mesa y arrastrando consigo cuanto en ella había.

—¡Mi querido general Soublette, amigo mío!

—Diga usted, general.

—Le he llamado para comunicarle mi definitiva determinación.

—¡Que no sea la de renunciar a la vicepresidencia!

—¿Y cómo lo sabe usted?

Con el abrazo y al oído de Soublette, Santander le murmura:

—No importa quién lo haya dicho, mi querido amigo, pero es una decisión irrevocable.

Soublette mira a la pared de enfrente y encuentra la figura del Libertador. En el espejo la espalda de Santander como un negro muro. Cierra los ojos y al abrirlos encuentra al vicepresidente recogiendo y colocando algunos libros sobre la mesa atropellada.

—Usted dirá, general.

Santander con un libro en su mano derecha, que hojea su dedo pulgar.

—He decidido renunciar y ponerme a la cabeza de la Revolución para independizar a los departamentos del centro, de los del sur y norte

de Colombia. Más de veinte jefes militares me siguen. La Revolución es inevitable.

—Tiene usted malos consejeros. Medite, general, antes de dar un paso que le degrade ante sus conciudadanos —responde Soublette, severo.

—¿Y entonces, qué debo hacer? —pregunta Santander, conturbado.

—Apaciguar a sus amigos. Solicitarles recato y respeto al Libertador presidente.

Santander busca apoyo en su énfasis:

—Todos anhelan la revolución contra el general Bolívar.

—No lo crea así. Ni los pueblos de las provincias, ni los jefes militares ni el pueblo de Bogotá hacen caso a los pasquines. Créalo usted —responde Soublette.

—¿Entonces, qué debo hacer?

—Respetar las leyes. No comprometa su prestigio, general.

—No me venga con vainas, amigo mío.

—No comprometa su prestigio. Como usted lo oye, general.

Santander dio media vuelta. Volvió a topar con la mesa. Soublette no lo creía. Sintió orgullo de su arresto. Montilla hubiera gozado una y parte de la otra.

Bogotá. Quinta de Santa Catalina. Noche de julio

Alrededor de una mesa, atiborrada de tazas de chocolate, en la esquina de un pasillo, Azuero, Soto y Santander arrellanados en poltronas de rojo terciopelo salvadas de la vieja casona de los Ibáñez en Ocaña. Barajas españolas parecieran observarles con la misma inquina de un viejo, arropado hasta el cuello, desde una mecedora. ¿El rey de bastos? Nicolasa entra con una bandeja cubierta de tazas, mira al viejo en medio del corredor, lo esquiva, temerosa, y dice:

—Esta noche solo tomarán café.

Mientras Nicolasa pone las tazas sobre la mesa, salta, delicada, meliflua, la voz de Soto:

—Como usted disponga, doña Nicolasa.

Lejos el rumor del río Fucha. Una que otra golondrina en los árboles del patio. El ruido de los movimientos de Nicolasa al poner las

tazas sobre la mesa y el silencio opresivo de la noche acompañado por los ronquidos ficticios del viejo dan lugar a las voces de la conspiración.

—Felicitémonos. El congreso de la República camina con buen pie en sus deliberaciones —dice Soto.

—La renuncia a la presidencia presentada por Bolívar fue negada: cincuenta votos contra veinticuatro pronunciadas en forma afirmativa, mientras que la suya recibió setenta votos contra cuatro a favor de su aceptación. La relación no es la misma —dice Azuero, hinchado.

—Crece la oposición a Bolívar, al tiempo que crece el prestigio de usted, general —dice, eufórico, Vargas Tejada.

—Como debe crecer nuestra oposición contra la convocatoria de la convención nacional —agrega Santander.

—La gran mayoría del congreso está por la convocatoria —advierte Soto.

—Pues entonces aceptemos la convocatoria y ganemos el mayor número de congresarios a la convención —corrige Santander.

—Pero aún es posible proclamar una revolución contra Bolívar —espeta Azuero.

—Claro que es posible. Contamos con apoyo en el ejército y en los departamentos del sur —asiente Vargas Tejada.

—Meditemos, señores, meditemos. Actuemos con frialdad. La revolución por un lado, el congreso por otro. Actuemos con la mayoría –aconseja Soto.

—Corresponde entonces modificar el régimen constitucional vigente.

—Una correcta aplicación del artículo 191 permitirá anticipar la reunión de la gran convención constituyente sin quebranto manifiesto de los principios constitucionales. Yo mismo me encargaré de defender la conveniencia y legalidad de esta medida, general —perfecciona Soto.

—De acuerdo, pero sin descuidar nuestra influencia en el ejército y nuestro prestigio ascendente en la opinión pública —dice Vargas Tejada.

—No cejaremos en nuestro empeño —dice Azuero.

—Aún es insuficiente nuestra fuerza para generar una Revolución —dice Santander.

—¿Y qué más fuerza que la de nuestros libelos y nuestros amigos en los cuarteles? —pregunta Vargas Tejada.

—No es suficiente —responde Santander, y agrega: —Soublette opina igual.

—Usted no pensaba así cuando nos lanzamos en el trabajo de los impresos —dice Azuero, lívido por el desconsuelo.

—Pues sí, doctor Azuero. En mi profesión se evita dar una batalla campal a un enemigo poderoso y bien situado cuando hay esperanza de destruirlo con partidas, sorpresas, emboscadas y todo género de hostilidades —Santander toma aire, orgulloso de sus palabras.

—¿Y? —pregunta Azuero.

—Y para que no piensen que la comparación no cuadra, he de traer a su memoria el modo que hasta aquí hemos hecho frente a los absolutistas: la entereza del gobierno constitucional, apoyado en razón y justicia, la cooperación de algunas ciudades y la imprenta son los cuerpos con que hemos sacado hasta ahora triunfante la causa de la libertad.

El viejo intenta levantar sus brazos. Callan las voces. El viejo apenas si logra mover su cuerpo y abrigarlo para continuar con sus ronquidos.

—Dentro de poco Bolívar estará como su suegro —suelta Azuero, maligno.

—¡Deje la vaina, o me retiro! —responde Santander, ofendido.

—Nada de encrespamientos, amigos —interviene Soto.

—Entendido. Esperaremos una mejor ocasión, pero de que lo bajamos del pedestal, lo bajamos —dice un nuevo aire de Azuero.

El viejo despoja su cuerpo de la manta que le cubre las piernas, pone el cuerpo en pie y dice, amenazante:

—¡Por ahí viene el general Bolívar!

Turbaco. Cuartel general. Mañana del 28 de julio

«Cartageneros: La recepción que me habéis hecho ha colmado mi corazón de gozo. Vuestras benevolencias se han excedido en demostraciones del más puro amor para conmigo: yo no esperaba tanto porque no me debéis nada, cuando por el contrario os debo todo. Si Caracas me dio vida, vosotros me disteis gloria: con vosotros empecé la libertad de Colombia: el valor de Cartagena y Mompox me abrió las puertas de

Venezuela el año de 12. Estos motivos de gratitud eran suficientes para que yo os profesara la predilección más justa. Pero ahora mismo habéis querido añadir nuevos lazos a mi grata amistad: en esta época de maldición y de crímenes vuestra lealtad ha servido de baluarte contra los traidores que amenazaban cubrir a Colombia de ignominia.

»Vuestra fuerte ciudad ha salvado la patria: vosotros sois sus libertadores; algún día Colombia os dirá: salve Cartagena redentora.

»Cuartel General en Turbaco, 28 de julio de 1827».

Cartagena. Cuartel general. Tarde del 29 de julio

«Estaba a punto de salir para Santa Fe de Bogotá. Aproveché la feliz oportunidad de no pasar sin ver al héroe y fui en calesa con nuestro vicecónsul, *mister* Watts, que se ofreció a presentarme. Como a las dos de la tarde llegamos al cuartel general del Libertador y a media hora alcanzamos la casa donde había habitado por algún tiempo. En el corredor del frente estaban varios ayudantes y oficiales, vestidos de morado, así como dos o tres dragones de servicio. Los uniformes eran muy aparecidos a los británicos: chaqueta morada con yelmo. El coronel Wilson, primogénito de Sir Roberto, era ayudante de Bolívar; los capitanes Ferguson, Moore, etc., tenían igual rango. Cuando entré, vi la mesa servida para veinte cubiertos a la usanza inglesa, con mantel de alemanesco y vino en garrafas. El Libertador dormía la siesta en una pieza interior y el coronel Wilson fue a avisarle que yo acababa de llegar del Perú. Pocos momentos después apareció El Libertador. Conocíle inmediatamente por el parecido con el retrato, pintado por un indio, que había visto en el Perú. Vestía traje matinal estampado, con zapatillas coloradas. Me recibió muy cordialmente haciéndome sentar en un sofá. Procedí a abrir mi talego de información sobre muchos asuntos completamente nuevos para él, en particular lo ocurrido hacía poco en Arequipa. Antes de retirarme me invitó a comer, pero yo estaba comprometido con *mister* Watts… Bolívar tiene cinco pies y ocho pulgadas de estatura; es muy delgado pero musculoso, de mejillas chupadas y consumidas, color cetrino, nariz bellamente aguileña, ojos negros y grandes con expresión muy viva, frente más alta de lo común, pero surcada de arrugas; el cabello negro se ha vuelto gris, más por el afán que por la edad; realmente, su aspecto de conjunto sugiere la idea de no

ser un hombre vulgar. El general Bolívar esa misma tarde partió para Bogotá».

Cartagena. Cuartel general. Tarde del 29 de julio

A pesar de los quebrantos de salud decidió marchar tal como lo había previsto. Dio vueltas por el corral de los coches. En la caballeriza encontró a los caballos lamiendo el salitre de las paredes. Pasó por la cocina en busca de una taza de café. Humeante. Exagerado. En el patio una disputa de palomas por una cuantas migajas. Entendió su sobresalto. Las correderas de los Azuero y el enjambre de corruptos de la administración de Santa Fe.

Desde temprano el general Montilla compartió con Briceño Méndez, Ferguson y Wilson los preparativos del viaje. Luego vinieron los abrazos de despedida.

—Debo, mi querido general, debo dar a usted las gracias por el modo que he sido tratado por usted.

—Ha sido un honor, su excelencia.

—Cuide de su salud.

—Y usted de la suya.

—Le recomiendo a Montes y Padilla en todos los días de la vida.

—Pierda cuidado, general.

—Mucho espero, Mariano, de tus aciertos como intendente del Magdalena.

—Haré cuanto esté a mi alcance por mantener la armonía y seguridad del departamento.

Tomó por un brazo a Montilla y le dijo, como un susurro:

—Te espero en Turbaco.

—Descuida, Simón, ya lo tenía dispuesto.

Caluroso fue el abrazo. Para ambos, una vez más, la suerte estaba echada.

Bogotá. Despacho de Santander. Amanecer de julio

Dirigió sus palabras al retrato del Libertador, y agitó su brazo derecho como si empuñara una espada.

—Yo, Francisco de Paula Santander, soy el mayor ejemplo de un auténtico republicano.

Volteó, amarillento, a mirar la puerta de entrada de su despacho. Permanecía cerrada. Dijo en voz alta, como si arengara:

—Señores, prefiero la guerra civil a la continuación de Bolívar en la presidencia de Colombia. Soublette y los que opinan como él que vayan, con sus melindres, muy largo al carajo.

Posó frente al espejo del tamaño de su cuerpo. Observó su impecable uniforme de general de división. Disfrutó su altivo porte —el de un vicepresidente de la República, pensó. Animado, acarició sus largos mostachos que en la madrugada alisara con esmero. Desde el espejo sus ojos grises contemplaron la arrogancia. Sonrió. Arrugó el entrecejo. No le gustó su hosca mandíbula, ni su cara anaranjada. Nicolasa comenzaba a encontrarle un poco buchón. Con sus dos manos volvió sobre sus mostachos. Mostró sus dientes blancos, perfectamente alineados. El índice de su mano derecha apuntó al Libertador por el espejo.

—Prefiero que Morillo vuelva a entrar en Bogotá antes que usted, general, pues usted derramará igualmente la sangre de los mejores patriotas, incluido yo, Francisco de Paula Santander, vicepresidente constitucional. Hubiera preferido, general, permanecer unido a la España, antes que ver holladas las libertades públicas.

Con las mismas palabras había alarmado a sus secretarios de gobierno —Una bolsería mía —dijo—, pero no puedo contener mi irritación, creciente, sí, a medida que escucho más cerca la presencia del Libertador en Bogotá.

Encontró su figura acalorada en el espejo. Gustó de ella. Dijo al espejo:

—El Congreso actúa débilmente con usted, general, pues no le acusa de sus procedimientos ilegales y le destituye. Usted no me conoce, general.

Oyó muy adentro la voz del Libertador:

—Claro que te conozco, Francisco.

Dio un paso atrás, en guardia, cuando la puerta del despacho la abrió el doctor Soto, lívido, metido en su sombrero. Con una tos nerviosa atragantada en la garganta. Por detrás el rostro imperturbable de Soublette.

—No hay nada qué hacer —dijo Soto, ansioso—. He decidido abandonar a Colombia. Bolívar ya está en Cartagena, y con las fieras hordas de Páez.

—Evitemos la guerra civil —dijo Soublette, a manera de consejo. Agregó, con aire apenado: —los doctores Soto, Azuero y Uribe Restrepo solicitan salir de la República.

—Disponga usted, general Soublette, Bolívar es el Libertador presidente —también tose—. Hombre de armas tomar —agregó, irónico, Santander.

Llegó muy secretario el secretario Restrepo, cordial de manos. Ansioso, Santander le preguntó:

—¿Qué malas me trae, amigo Restrepo?

—Ninguna. Confirmo a usted las noticias recibidas. El Libertador ya está en Cartagena.

Santander sacudió la cabeza, taconeó, apoyó la palma de la mano en la frente, preguntó, iracundo:

—¿Quiere decir que he sido traicionado? ¿Quiere decir que los ministros extranjeros no escucharon mi voz? ¿Quiere decir que nadie cree que puedo vencerle? ¿Quiere decir que no dividiremos a Colombia? ¿Acaso Bolívar es un genio? ¡Le aborrezco, le aborrezco!

Uno y otro y otro cerraron y abrieron los ojos, inclinaron las cabezas, sudaron el bochorno.

—El Libertador presidente anunció, ¿me oye usted?, que prestará el juramento prevenido en los artículos 185 y 186 de la Constitución ante el Congreso al momento de llegar a Bogotá —dijo Restrepo, imperturbable.

—¡Bendito sea Dios!, ¿y ahora qué hago?

Turbaco. Casa. Habitación. Amanecer del 30 de julio

«Mi querido general. Mando a Vd. al coronel Ferguson para que le informe de todo lo que quiera saber de por acá. Mientras tanto diré a Vd. que acabamos de recibir un oficial con pliegos de Bogotá del 19 del corriente, por los cuales hemos sabido que se tramaba allí una conjuración contra mí y mis amigos el día mismo que llegó mi proclama. Mis enemigos querían quitarse la máscara, por lo mismo es indispensable marchar a impedir la destrucción de la República. Mis amigos

me escriben que marche volando a salvar la patria y Vd. debe adelantarse todo lo que pueda, con tal que no comprometa sus fuerzas. Yo marcho con 2.000 hombres, más que menos, de excelente tropa, y para cuando Vd. reciba esta carta yo estaré en Ocaña. Pida Vd. diariamente auxilio a Páez y a todo el mundo y emplee cuantos arbitrios dependan de Vd. para mantener esa división, pues yo no tengo plata, sino muchas necesidades.

»Vd. obre con tanta más energía y actividad cuanto más se aumenten los motivos de peligro. Santander me ha felicitado por mi marcha, y no me manifiesta ninguna oposición; pero ya verá Vd. como si se opone».

«Soy de Vd. de todo corazón. Bolívar».

«El secretario saluda a Vd. mientras tiene el gusto de abrazarlo. *Briceño Méndez*».

—Necesito a Rafael. Ahora mismo.

—Urdaneta es un hombre de guáramo —respondió Briceño Méndez, complacido.

—No te alejes mucho. Voy a estar llamándote, Pedro.

—Descuida, Simón.

Turbaco. Casa. Corredor. Noche del 1º de agosto

Buscó en la memoria alguna tarde de amor a la sombra de los laureles para ahuyentar las desgraciadas imágenes del año 12. Solo un zumbido siniestro. El puerto de La Guaira y la borrasca. La voz de Miguel Peña agriando las furias del desamparo. Apresurados pasos por un corredor de negro salitre. Una celda oscura y maloliente. Una estampa hierática, solemne. Los ojos del desaliento. Bochinche. Bochinche. Dos golpes en la puerta le espantaron los recuerdos.

—El general Pedro Briceño Méndez, su excelencia —oyó decir.

—Espero por él —respondió.

Permaneció en la silla, con un pliego entre sus manos.

—Me ha complacido, general Briceño, la carta reservada del señor Leandro de Miranda, hijo del general Miranda. Es un amigo sincero, y leal a la patria.

—Y a usted, mi general.

—Ciertamente, agradezco sus manifestaciones de adhesión en estos días de traiciones y ataques a mi reputación.

—Es un joven impetuoso, fiel a sus convicciones.

—Lo quisiera entre nosotros.

Briceño encontró la mirada extraviada del amigo, el índice y el pulgar manoseando el labio inferior, alguna arruga más en la frente fatigada.

Turbaco. Casa. Corredor. Noche del 1º de agosto

—¿Qué haces, Perucho?

—Ordeno su correspondencia, general.

—¿Algo más?

—Me complace, su excelencia, la carta al honorable señor Gerónimo Torres, digno hermano de don Camilo.

Rodó la silla cuidadosamente. Respondió:

—Su palabra justa y sus apropiados pensamientos han enfurecido a los Soto y los Azuero.

—Sigue con paso certero la senda de su hermano. Ha preferido los intereses del pueblo a las facciones ajenas.

—¡Honor a su entereza de carácter! Además, al igual que nuestro poeta Arboleda, ha tenido la cortesía de informarme que el Congreso decretará la gran convención.

—Tengo para su firma las cartas al señor Arboleda y al señor coronel Tomás Cipriano Mosquera.

—Por sostener mi reputación Arboleda y el coronel Mosquera han sido insultados y amenazados con la muerte. Nunca esperé menos de la nobleza de sus sentimientos.

—Ni de la ignominia de los enemigos.

—Acompáñame, Perucho, a darle una vuelta a los naranjos.

Camino a Bogotá. Día. Noche. Día de agosto

El 7 salió de Turbaco. El 10, desde Mahates, escribió a su amigo José Ignacio París, su querido don Pepe, para que le solicitara a Santander la Quinta que sería su aposento en Bogotá. No quiero —le dijo— que el gobierno, ni ningún particular, hagan el menor gasto.

«Para darme de comer el primer día pida Vd. prestado, que yo abonaré. Mucho ansío por ver a Vd. y entretener mis malos ratos con su buen humor.»

El 12, desde Barrancas, escribió a Montilla antes de embarcar en un buque de vapor, agradeciéndole sus atenciones y las de la gente del departamento de Cartagena. La noche del 15 desembarcó en Mompox y anunció a Sucre su marcha a Bogotá por la vía de Ocaña «rápidamente, para alcanzar el congreso antes de ponerse en receso y tomar el mando de la República.» Desde esa misma villa escribió a los jefes en el Sur: los generales José Gabriel Pérez y Juan José Flores. Dictó algunas instrucciones para Montilla.

Disfrutó el recibimiento de la gente de Mompox. «Como tiene costumbre» —dijo a Santana. «Franca, valiente, decidida» —agregó.

Desató el amor hasta el amanecer.

Mompox. Patio. Tardecita de agosto

Santa Cruz de Mompox, tierra de Dios. Maltratada y tenaz. Constante como él. Anunció continuar su marcha navegando en el bote de vapor, que consideraba cómodo y seguro. El 24 escribió desde La Carrera a José Rafael Arboleda: «¿Creerá Vd., mi querido amigo, que mandan disolver el ejército que traigo, al mismo tiempo que me comunican las nuevas defecciones del Sur? Pues así es. La traición está en los consejos del gobierno del Vicepresidente. Cuando debiéramos prepararnos para matar la anarquía, imponer al Perú y rechazar a los crueles españoles, el Vicepresidente propone disminución del ejército, y el congreso la ordena. Los partidos destruirán a Colombia por destruirme: ya lo han intentado y hasta no lograrlo no desistirán de su bárbaro empeño»…«Yo no quiero ser usurpador de una autoridad que el congreso acaba de quitarme para castigarme de haber salvado el país de una guerra civil, y ha mandado establecer el orden constitucional para darme en cara por haber usado las facultades extraordinarias ¡Y en qué tiempo! El diablo está en el congreso.

»Algo serio tramas, Francisco de Paula, con tu empeño de reducir el ejército. Algo muy grave, Francisco de Paula. Seguramente has logrado influenciar a oficiales en Bogotá, tal como lo hiciste en el Sur, si

no con Bustamante con cualquier otro de la misma calaña. Tengo que oponerte a los pueblos, Francisco de Paula, exigir una inmensa autoridad. Créelo, no me voy a apartar de la fuerza armada ni media hora. A los amigos de Arboleda, a mis amigos, corresponde dar la batalla civil. Cuentan conmigo. Cuentan con el fervor de los pueblos. ¡Qué importan las pamplinas de los impresos manejados por Azuero y tus compinches: *El Conductor. El Ciudadano. El Constitucional...*».

Mompox. Patio. Tardecita de agosto

Comenzaron a caer unos goterones que espantaron a los pájaros y puso a correr a la gente en los corrales. Sus lucubraciones andaban al garete. Como un bálsamo el runrún de la lluvia. Buscó la media noche en la caballeriza mientras esperaba una bandada de pájaros que le aliviara los pesares, que no la decisión de entrar con sus veteranos por la sabana de Bogotá. Atrás venía Urdaneta. A la zaga Salom. Todos con los pantalones bien puestos y sus quilates entre las piernas. «No está bien a quien ha envejecido antes de tiempo porque Colombia tuviese existencia y leyes, el presidir sus funerales, ni entregar sus miembros ensangrentados a los enemigos que ha vencido o que ha libertado».

Bogotá. Biblioteca. Noche del 26 de agosto

«Mi venerado Presidente y amigo:

«He tenido particular gusto de recibir su apreciada carta del 1º del corriente. Es para mí sumamente satisfactorio que U. se acerque a esta capital, y se ponga a la cabeza de la Administración. Este es el deseo de los buenos, el deseo de Colombia, y el de los extranjeros, nuestros amigos.

«Supongo a U. bien impuesto de lo ocurrido en esta capital. Si así no fuere, el general Soublette, hombre veraz e imparcial, le impondrá con bastante exactitud. Lo mismo podrá hacer con respecto a las últimas noticias del Sur. Aquellos señores parece que van amainando, y quieren circunscribirse a pedir la federación, y que U. sea el que mande. Los Departamentos ecuatoriales presentan la imagen de un verdadero desorden, y en mi concepto ellos mismos no se entienden.

«Que U. traiga un feliz viaje, para tener el gusto de verle y tributarle los debidos respetos de admiración y gratitud, su atento servidor y amigo, Q.B.S.M.»

«Luis A. Baralt».

Bogotá. Biblioteca de Rafael Arboleda. Amanecer del 28 de agosto

«Señor: Mi hermano político que lleva esta carta, tendrá la satisfacción de ver a V.E. antes que yo: la continuación de las sesiones del Congreso, a que debo asistir, me privan de este placer honroso; pero el señor general Soublette, que ha partido ayer cerca de V.E., y mi cuñado, informarán fielmente a V.E. de cuanto yo pudiera decir.

«Hoy se anuncia que el Vicepresidente hará nueva renuncia de su destino y algunos nos pronunciaremos fuertemente por su admisión. Es sin duda el paso más acertado que podía dar el general Santander. También se asegura que convocará extraordinariamente el Congreso para que de a V.E. posesión de la Presidencia. Si no lo hiciese antes de mañana, se resolverá ponernos en receso, para continuar las sesiones después que llegue V.E., o se tomará cualquiera otra medida que pueda llenar el objeto.

«Al defender, señor, con todas mis pequeñas fuerzas los intereses de mi Patria, apenas he procurado llenar mis primeros deberes; y por esta conducta no creo merecer el honor extraordinario que V.E. me hace dándome gracias por ella. V.E. quiere siempre excederse en bondades; y este conocimiento me inspira la libertad de rogar a V.E. que las emplee también a favor de los miserables que se han empeñado en mostrarse ingratos. Tan pequeños enemigos no conseguirán el triunfo de que V.E. se abata hasta mirarlos. Yo lo espero, señor, y los hombres sensatos se complacen de una ocasión tan oportuna para que V.E. muestre su magnanimidad al universo».

«Hombres pérfidos preparan a V.E. nuevos trofeos en el Perú, quizás más lejos. No se cómo podrá soportar V.E. tanta gloria, que apenas cabe en el admirador más entusiasta, y que es de V.E. el más obediente servidor».

Bogotá. Tarde del 28 de agosto

El coronel Wilson por la calle El Comercio como una anunciación. Cuchicheos en el mercado. Las miradas de otro color. El rumor buscando oídos. Claro que viene, claro que viene, claro que viene. Dios lo bendiga, y la Virgen María, que nosotros también.

Bogotá. Tarde del 29 de agosto

Primero fue el golpe certero de la *ley de olvido,* olvido general de cuanto había ocurrido en el país en menos de un año: el alzamiento de Páez en el Norte, la insurrección de Bustamante en el Sur. Motivo de celebraciones en pulperías. Permitía medir fuerzas, tener en jaque a los amigos del Libertador, hacer sentir el peso de la ley manejada con virtuosismo. A mi manera —decía Soto, orgulloso de sí. También de la mía —reclamaba Azuero. Virtuosismo de todos —conciliaba Vargas Tejada.

El vicepresidente prefería guardar silencio. Observaba. De pura angustia, mecía sus cabellos, acusaba al espejo de los éxitos de los serviles, encaramaba en el lujoso cuerpo de Nicolasa tristezas, alegrías, desencantos, euforias. Y Nicolasa consecuente, siempre, desde los días gloriosos, días de Ocaña, cómplices del amor compartido por Francisco de Paula y Simón José Antonio y el enjambre de las Ibáñez.

A la orden del día, sí, las hablillas. A la orden las consejas de Azuero. A la orden de Soto, los decretos. A disposición de las órdenes, Vargas Tejada. Florentino González merodeando.

Bogotá. Biblioteca de Rafael Arboleda. Noche del 1º de septiembre

Estaban en discusión los decretos *relativos al restablecimiento del orden*, que, en el maremagno, los quítame la pajita en el ojo, las interminables jarras de tinto, las intrigas y comidillas, las tácticas parlamentarias, era difícil prever cuáles de ellos ni en qué términos acordarían las Cámaras. Tales eran, junto a las incomprensiones del Libertador, las preocupaciones de Arboleda y de sus amigos.

«Este es el verdadero demonio que hay en el Congreso, que nos ha vencido en los decretos sobre *reducción del ejército y restablecimiento del orden*. En este segundo, sin embargo, no alcanzaron la milésima parte de lo que intentaban al principio, y las infames intrigas y pretensiones que se han repetido casi diariamente han quedado todas sin suceso.

»Parece que V.E. reprueba nuestra conducta moderada, que tal vez pudiera atribuirse a falta de firmeza; pero V.E. debe creer que a ella debemos la superioridad que adquirimos sobre los demagogos, cuando V.E. estaba lejos de aquí.

»A la verdad, si ellos hubiesen sostenido su causa con moderación, no es fácil calcular hasta qué punto habrían extendido sus ideas; pero irritaron, faltaron a la decencia pública, y nosotros debimos aprovecharnos de sus faltas para atraer por una conducta opuesta. Quizá a V.E. no se ha informado con exactitud del estado de la opinión acerca de las materias difíciles que se consideran en el día. Los principios liberales, V.E. sabe, que tienen grande aliciente, aún cuando se lleven a los más perniciosos extremos. Son muchas las personas que se ocupan de las cuestiones políticas, y que escudriñan no solo los hechos, sino hasta las palabras de V.E. Todo lo que se imaginan que puede ofender a las garantías sociales los pone en alarma; y en tales circunstancias, hemos creído necesario convenir en cosas de poca importancia, para prepararnos un triunfo seguro en la cuestión principal.

»El comandante Wilson, que se ha comportado con mucha prudencia, ha inspirado confianza en unos, estimulado la esperanza de otros; y esto producirá muy buenos efectos. Quizá lograré que me mande el Senado cerca de V.E., a quien, en este caso, tendré el honor de dar informes más prolijos acerca de las personas y las cosas.

»El mismo comandante Wilson nos ha consultado sobre la conveniencia de que vengan a Honda, con destino al Sur, 600 hombres que han quedado en el Magdalena; y desde luego lo hemos juzgado muy útil; porque V.E. sabrá bien al presente cuál es el estado de Guayaquil y el Ecuador. Con los jefes de Pasto y Popayán, a excepción del coronel García, no se puede contar mucho. Espero, sin embargo, que sabiendo en aquellos departamentos que V.E. se halla en la capital todos se aceleren a tomar una línea de conducta más conforme a los verdaderos intereses de la patria.

»Por este, y por todos motivos, es del mayor interés que V.E. nos de cuanto antes la satisfacción de venir a esta ciudad. No hay, señor, los riesgos de que tal vez hayan hablado a V.E. con exageración. Este pueblo se ha denegado a todas las instigaciones de los revoltosos; y el respeto, la gratitud y el amor a la persona de V.E., se han manifestado en la generalidad de los habitantes. En los pocos en que no obran estos sentimientos nobles, el temor produce los mismos efectos. Repito, pues, señor, a nombre de todos los amigos de V.E. que se sirva no demorar un instante su marcha. La nueva existencia de este país, hasta aquí tan desgraciado, va a principiar en el momento en que V.E. tome las riendas del Gobierno».

Bogotá. Despacho de Santander. Amanecer del 10 de septiembre

Amaneció en su despacho para preparar el envío de una correspondencia a la que había dedicado, con el asesoramiento de Soto, muchas horas en su redacción, desde el momento en que comprendió la inminencia de la entrada del Libertador. Escribió a Restrepo, secretario de Estado y del despacho del interior: «Espero que sirva vuestra señoría presentar en el primer día de despacho el adjunto memorial que dirijo a vuestra excelencia el Libertador, presidente encargado del gobierno de la República, y comunicarme cualquier resolución».

«Excelentísimo señor Libertador Presidente de la República

»Señor:

»El infrascrito Vicepresidente constitucional de la República tiene el honor de exponer a vuestra excelencia que habiendo por fin llegado el apetecido día en que devolviese a manos de vuestra excelencia la autoridad suprema que he ejercido según nuestras leyes constitucionales, estoy ya colocado en la más ventajosa posición para vindicar mi conducta pública, injustamente vulnerada por mis enemigos; diré mejor, para justificar la aprobación que ella ha merecido, tanto del cuerpo representativo de Colombia como de la opinión nacional.

»Vuestra excelencia sabe que mis enemigos me han imputado fraudes en la dirección de los caudales públicos, y aunque jamás han presentado aquellas pruebas que en casos semejantes se necesitan para comprobar estos hechos, no han cesado de repetir en sus libelos tan

infame imputación. Hasta ahora es verdad que el suceso no ha correspondido a sus depravadas miras; lo vociferaron cuando se negoció el empréstito extranjero de 1824, y el congreso en las sesiones de 1825 y 1826 no halló dato ninguno ni aun para proceder a investigaciones; lo repitieron en la época de las elecciones constitucionales, y 28 asambleas electorales y el congreso por más de dos tercios de sus votos, me llamaron por segunda vez a la vicepresidencia de Colombia, despreciando los desahogos del encono y de la calumnia; volvieron a repetirlo en las turbulencias políticas que han lacerado la República, y ni la cámara de representantes en esta última sesión de 1827 ha encontrado sobre qué proceder conforme al artículo 89 de la constitución, ni el congreso entero ha querido exonerarme de la vicepresidencia que dimití por segunda vez. Todas estas repetidas demostraciones de confianza y de honor han debido tranquilizarme y ponerme a cubierto de persecuciones y calumnias.

»Pero yo quiero acreditar todavía más a mi patria que el juicio de sus representantes no ha sido equivocado, y que si confió la autoridad suprema por dos veces sucesiva a un ciudadano de escasas luces, de poca experiencia y ninguna capacidad, no la depositó en manos fraudulentas, ni en hombre que procurase enriquecerse a costa del público.

»Al efecto, me es grato recordar que en la negociación del empréstito de 1824 no he recibido más parte que la elección de los agentes, en que procedí con acuerdo del consejo de gobierno, y en la expedición de las competentes instrucciones a que ellos debían arreglarse. Si la elección pudo ser desacertada, la ley no me imponía responsabilidad por falta de tino en elegir los agentes de la comisión, y bastante ha purgado el gobierno su error en las amargas censuras que ha hecho la imprenta; y en cuanto a las instrucciones, el congreso ha expresado en un decreto que el ejecutivo había desempeñado a su satisfacción el encargo que le había hecho sobre la negociación del préstamo. Nada más tengo que satisfacer en el particular, porque ni yo he recibido los fondos, ni los he manejado.

»Los libros del archivo de la secretaría de hacienda comprobarán siempre que las órdenes que he mandado expedir para distribuirlos están perfectamente arregladas a las leyes dictadas para el caso. La imprenta además ha publicado estas cuentas, la República las ha visto circular, la cámara de representante las ha examinado, y el silencio que

han guardado el público y el congreso, me parece que es comprobante de que no tengo sobre mi responsabilidad cargo alguno.

»Digo otro tanto sobre cualquier fraude que pueda haberse cometido en alguna oficina de recaudación y distribución; mi destino no ha sido recaudar, ni distribuir los fondos nacionales. Como jefe de la administración me ha correspondido dirigirla, según las leyes y decretos del congreso, y supervigilar en el cumplimiento de los deberes de los empleados; para desempeñar esta supervigilancia la constitución me dio agentes, y la ley les determinó sus funciones. Los libros en que se asientan los decretos del ejecutivo y las órdenes circulares dirigidas a los intendentes son, junto con las demás providencias del gobierno en el ramo de hacienda, los comprobantes de que por mi parte he procurado llenar el deber de jefe de la administración general, aunque rodeado de las innumerables dificultades que han opuesto la guerra, la infancia de la República, los hábitos y las agitaciones políticas.

»He bosquejado este cuadro, no porque pretenda justificarme ante el poder ejecutivo, sino solo para atraer de paso la atención de vuestra excelencia a tantas justificaciones que tengo hechas a la nación, ya por la imprenta y ya en las cinco sesiones legislativas que han corrido desde 1823 hasta 1827. Lo que yo tengo que solicitar de vuestra excelencia es que, usando de la autoridad suprema que ejerce, haga indagar por todos los medios legales que están en su poder, lo siguiente: 1º Si en algún banco extranjero o en alguna casa existen fondos de mi pertenencia; 2º Si por algún puerto de la República se sabe que haya entrado alguna vez cualquier cantidad de dinero que me perteneciese, o si en vez de moneda, se sabe que haya recibido libranzas, por quién han sido giradas, y quiénes las pueden haber cubierto; 3º Si durante mi administración se sabe que haya tenido negociaciones mercantiles, o por mí solo, o en compañía, y cuál ha sido esta; 4º Si se sabe que he negociado por mí o por apoderado con fondos o vales de la República, dentro o fuera de ella; 5º Si se sabe que haya pertenecido a alguna compañía o asociación de agricultura, minas o tierras baldías; si he tomado parte en algún privilegio de los que ha concedido el congreso, y si he recibido alguna adjudicación de bienes nacionales, fuera de los que vuestra excelencia mismo me adjudicó en 1819; 6º Si en las tesorerías y oficinas de rentas de la República he tomado otra cosa que el sueldo que la nación me ha señalado.

Sobre todos estos puntos exijo que interponga vuestra excelencia su autoridad suprema para que se haga la más escrupulosa indagación y se admitan, no rumores infundados y calumnias, sino datos capaces de proveer aquellas pruebas que en toda legislación justa se exigen en casos de esta naturaleza.

»Si, como estoy bien seguro, el resultado corresponde a la verdad, a la integridad y delicadeza con que he procurado manejarme desde mis tiernos años, Colombia acabará de persuadirse de que los ultrajes que me han irrogado mis enemigos no han tenido otro origen que el odio a mi persona, envidia a mi autoridad y el infame deseo de venganza. Colombia verá entonces más de bulto que mi fortuna no consiste en otra cosa que en los bienes nacionales que vuestra excelencia me adjudicó en cumplimiento de la ley, y que he procurado mejorar con los ahorros de mi sueldo, no obstante los cuantiosos gastos públicos que de él he hecho en estos siete años, y en la deuda nacional reconocida por mis sueldos de vicepresidente de Cundinamarca. Esta es la fortuna que poseo, y que confesaré sin rubor que no la he adquirido de mis mayores, sino de mis personales servicios a la patria por el espacio de diez y siete años, con fidelidad y celo. Mis sueldos y mi haber militar, he aquí todo el patrimonio con que Colombia me ha enriquecido, y con el cual me creo verdaderamente dichoso. Ha sido la patria la que me ha hecho rico; no el fraude, la perfidia ni el abuso de autoridad. Me basta, pues, ocurrir a vuestra excelencia respetuosamente como ocurro en efecto, confiado en que la justicia e imparcialidad de vuestra excelencia dictará las providencias competentes en el negocio, y ordenará la publicación en La Gaceta de esta exposición, para que sirva de anuncio a cualquier ciudadano que quiera mostrar su patriotismo presentando documento contra lo que llevo expuesto.

»En este estado se me ha informado que en el banco de Inglaterra no pueden tener acciones los extranjeros, y que no es posible que ningún banco revele el secreto de una acción o un depósito sin comprometer su crédito, al menos si el interesado lo permite. En esta virtud, yo doy el correspondiente permiso para cualquier banco haga la declaración de si soy accionista, o tengo algunos fondos en él de cualquier naturaleza que sean, y a mayor abundamiento acompañando tres letras de libranza con la fecha en blanco para que pueda llenarse cuando vuestra excelencia lo determine, y hacerse uso de ellas a efecto de indagar

la verdad. Si el autor del libelo titulado *La voz del pueblo* es realmente amigo de la República y de un carácter firme, he de prometerme que ocurra a vuestra excelencia con los comprobantes correspondientes de sus aserciones, y que a su tiempo se pasen a la honorable cámara de representantes, adonde también presenté una copia de esta exposición para los efectos legales.

»Excelentísimo señor».

Bogotá. Iglesia. Tarde del 10 de septiembre

«El 10 de septiembre a las 3 de la tarde entró en Bogotá el Libertador, Presidente de la República, después de un viaje desde Cartagena el que hizo por tierra desde el Puerto de Ocaña, por el camino de Jirón, Socorro y Chiquinquirá. Las calles por donde entró a la capital estaban colgadas con varios arcos triunfales, algunos de invención ingeniosa. Un pueblo numeroso llenaba las calles de tránsito, manifestando su amor y respeto hacía el Libertador».

Las campanas de la iglesia de predicadores, como él, iglesia de Santo Domingo, anunciaron las tres de la tarde, también su presencia, acompañado de una numerosa comitiva. En la calle el pueblo le gritaba ¡Vivas!, hasta poner en peligro el gañote. Sintió aire puro en los pulmones. Liviano el cuerpo. Deseos de saltar del caballo y caminar confundido con el pueblo, metido en el llanto de muchos, florecido en los ojos de todos, con la chamarra dando vueltas por el aire, montado en el campanario, disputando con el campanero por rebatos más sonoros. Y unas ganas enormes de corretear como un muchacho detrás del caballo dando vivas a sí mismo, como si fuera un alboroto de circo. En sus ojos la imagen de su entrada a Santa Fe luego de la batalla de Boyacá. Su temeraria impaciencia de entonces. La chaqueta pegada a sus carnes. De pronto la blanca fachada frente a él. Sintió severo el semblante, percibió el brillo de sus ojos, crecerle la bravura en el pecho.

Bogotá. Iglesia de Santo Domingo. Tarde del 10 de septiembre

En el templo un silencio recogido. La gente, muy adentro, clama su nombre. Un granel de cuerpos elegantes y severos rostros ven recorrer

el pasillo central de la iglesia y ascender al podium a un hombre agotado por la existencia, no exento de altiva figura y preso de majestad aunque extrañado por los aires de la juventud. Apenas lleva consigo 44 años, la limpidez del héroe y el doloroso peso de la vejez prematura. Desde el coro alguien gritó:

—¡Viva el Libertador presidente!

Silencio, adusto silencio en el templo que en la calle arrolla un coro de voces:

—¡Viva el general Bolívar!

«Allí se detuvo S. E. el Libertador acompañado de su numerosa comitiva y juró ante el Congreso en manos del presidente del Senado sostener y defender la constitución de la República y cumplir fielmente con los deberes, quedando así encargado del Poder Ejecutivo como Presidente Constitucional de Colombia».

Pareció sonar el órgano de la iglesia junto a voces que gritaban, susurraban, murmuraban. Pareció que el viejo de la mecedora surgía frente al estrado, miraba a senadores y representantes y elevaba sus ojos hacia el cielo de la Iglesia, hacia la calle, hacia el pueblo, hacia el enardecido rostro de una mujer, acaso Bernardina Ibáñez, confundida ella en la cuajada y vehemente multitud.

Anheloso es el silencio. Liviano el polvo del camino sobre la casaca de oscuro azul. Ardoroso es, pues irrumpió un cálido aplauso cuando dispuso el aliento para hablar, los ojos puestos en la calle y su pueblo:

—«¡Conciudadanos! Desde la primera vez que me encargué de la Presidencia, prometí sostener la Constitución en cuanto estaba en mi poder, esto es, como militar. Empeñado en la guerra de la Independencia marché al sur y logré libertar todo aquel territorio que yacía aún bajo el dominio español. La República fue integrada».

De la calle entró una voz:

—No están ni Soto ni Azuero ni el chiflado de Uribe Restrepo.

Levantó la barbilla, levantó la voz, la sintió cálida, firme, liviana.

—«El Perú reclamó la protección del ejército colombiano y confió sus destinos a mis manos: me nombró dictador: triunfé completamente de sus enemigos y bajo la sombra del pabellón libertador colombiano, nacieron dos repúblicas hermanas, Perú y Bolivia».

Acaso no hubo aplausos de algunos congresarios, pero los hubo de otros, los hubo del pueblo, cerrados como un puño, que permitieron una pausa del presidente.

—«La discordia dividió a los colombianos: El norte hizo esfuerzos para romper la ley fundamental...».

Alguien gritó desde los portones:

—¡Venezuela! ¡Páez!

—«... Estalló el cañón fratricida: volé a apagarlo, y por un decreto (del primero de enero) restablecí la paz y la unión…».

Detuvo su voz para mirar al congresario Merino, quien le miró con los ojos de la moderación; a Rebollo, luminoso el rostro desencajado, y al amigo Arboleda, amoroso el gesto. Una columna en movimiento el diputado Aranda, venezolano, con la mano alzada como si blandiera una lanza apureña.

—«... Oyó el Congreso el grito general de la nación por el cual pedía imperiosamente las reformas: la gran Convención se ha convocado, y de este modo ha salvado la República».

Las campanas de la iglesia acallaron su voz. Sus sones vibraron en el recinto. Exhalaciones. Silencio. Voz aguda:

—«... y aún prometo al Congreso devolver a manos de la gran Convención la República de Colombia libre y unida».

Repicaron las campanas y tronaron los aplausos. Cerró sus párpados para dejar escapar lenta, una amarga lágrima. Estallaron petardos. Palpitaron los murmullos. La orquesta municipal y muchas voces abordaron, como una fanfarria, la contradanza *La Vencedora,* la misma que sonara vibrante en el glorioso campo de Boyacá, el 7 de agosto de 1819.

El silencio palpita.

Bogotá. Iglesia de Santo Domingo. Tarde del 10 de septiembre

El presidente del Congreso alzó su austera voz: "Señor: En este momento acaban de cumplirse los votos de todos los pueblos de Colombia, que os han llamado para regir sus destinos, poniendo en vuestras manos su prosperidad, su gloria y su conservación. Este pronunciamiento debe, señor, colmaros de la más pura complacencia

pues no han podido daros los colombianos un testimonio más claro ni más auténtico de su amor y su confianza. Pero, ¡en qué tiempo, señor, os vais a encargar de conducir la nave del Estado! Ya lo habéis dicho: cuando los elementos de la discordia se han conspirado para sumirla en el abismo: cuando agitado el mar de las opiniones, amenaza la tempestad por todas partes: cuando, en fin, parece que va a comenzar una nueva era para la República, de que sois llamado el Creador y Padre. Sí, señor; tristes acontecimientos han venido a eclipsar el esplendor de nuestra patria; pero si la historia de todos los siglos nos presenta estas aberraciones en los gobiernos nacientes, a los corazones republicanos nada les arredra en el camino que han emprendido. Siempre firmes, siempre magnánimos haciendo frente a la adversidad, nosotros superaremos todos los obstáculos que se opongan a la perfección y al complemento del grande edificio de Colombia. Pero vos, señor, sois el que vais a tener una parte muy interesante en la ardua empresa de reorganizar la República y de consolidar su libertad, uniendo las partes dislocadas, aplacando el furor de los partidos, concentrando en un punto la divergencia de opiniones, y por resultado de todo, haciendo libres y felices a vuestros conciudadanos, que arrojándose en vuestros brazos, esperan salvarse del naufragio.

«Aún no hemos olvidado que a vuestra constancia, a vuestro valor y a vuestros sacrificios debemos las ventajas de la independencia y el goce de nuestras garantías. Este recuerdo excitará siempre en el corazón de todos los colombianos un sentimiento sublime de gratitud, que constituyéndos el árbitro de nuestras diferencias os da al mismo tiempo todo el poder y todo el influjo necesario para obrar los grandes bienes que esperamos.

»Mostraos, señor, ahora más que nunca digno del título de LIBERTADOR, que tanto os honra: digno, repito, de este nombre que no habéis querido cambiar por ningún otro, y que es el que os distingue de aquellos mentidos héroes que siendo el azote de la humanidad, hacían estribar toda su pompa y su grandeza en la opresión y el exterminio de sus semejantes. El espíritu del siglo ha señalado ya la senda que deben seguir los que presiden la suerte del humano linaje: Colombia espera que no os apartaréis de ella, y que abierta como está nuevamente una inmensa carrera a vuestra reputación y a vuestros deseos, disiparéis las sombras con que se ha pretendido oscurecer el cuadro de vuestras glorias,

justificaréis la admiración que os tributa el mundo, os haréis acreedor a las bendiciones de la generación presente y al más grato recuerdo de la posteridad».

Bogotá. Palacio del gobierno. Tarde del 10 de septiembre

«De la iglesia de Santo Domingo el LIBERTADOR presidente se trasladó, en medio de una numerosa concurrencia que estaba llena del mayor entusiasmo por el acto augusto que acababa de presenciar, al palacio del Gobierno donde lo aguardaba el Vicepresidente de la República, acompañado de los secretarios de Estado, el Estado Mayor, cuyo jefe era el general Valero, los magistrados de los tribunales de justicia, la Municipalidad y los demás empleados principales de la capital. El general Valero estaba decorado con el busto del Libertador y Santander se lo pidió para ponérselo al cuello, como que también lo había recibido del gobierno del Perú, para dar esta prueba de deferencia al Libertador. Al ver el Libertador a Santander decorado con su busto puso un semblante complaciente y oyó con atención el discurso del vicepresidente»:

—«Excmo. Sr. Libertador presidente: Después de todas las demostraciones de amor, respeto y confianza que os han dado los pueblos, yo que aún pertenezco a la suprema administración del Estado, debo limitarme hoy a manifestarle nuestra complacencia al veros restituido a la capital de la República y en posesión de la suprema autoridad que os ha conferido la nación ¿Cuáles pueden ser nuestros votos sino los que caben en pechos amantes de su patria, fieles a sus instituciones, celosos de su estabilidad e interesados en vuestra gloria? No son otros ciertamente, que los de ver reunida de nuevo la República bajo vuestra autoridad, destruidos los partidos que la han despedazado, restablecido el sosiego público, asegurados los derechos del pueblo, triunfantes las leyes, la libertad, la igualdad y vuestra esclarecida reputación. Si este es el resultado de vuestros esfuerzos en el ejercicio de la suprema autoridad nacional, como todo lo esperamos con una confianza ilimitada, las oscilaciones de la República y los sinsabores que han afligido vuestra alma y las nuestras, habrán servido de crisol para purificar nuestro amor a la libertad y su merecimiento, el poder y la estabilidad

de Colombia, y vos mismo. No perdonaremos esfuerzos ningunos para contribuir a la tranquilidad y dicha de Colombia y a la gloria de nuestro Gobierno. He dicho».

«El Libertador contestó en términos análogos, y uno y otro discurso excitaron el mayor entusiasmo en los concurrentes, que prorrumpieron en vivas al Libertador presidente de la República. En seguida le felicitaron las diferentes corporaciones, terminándose el acto con el mayor júbilo y complacencia de cuantos le presenciaron».

Bogotá. Palacio del gobierno. Tarde del 10 de septiembre

Pareciera que el nublado cielo participara de los saludos de cortesía entre el Libertador y Santander. A la cordialidad y el encanto del primero, la espadaña de los nervios del vicepresidente a duras penas reprimida. En el curso del diálogo caminaron hasta el despacho del vicepresidente.

—Los doctores Soto, Azuero y Uribe Restrepo salieron de Bogotá temerosos de su excelencia —comentó Santander.

—Mi corazón no guarda odio ni venganza contra nadie, y usted lo sabe general —aspiró melancólico. Que regresen cuando quieran. Solo he perseguido ejércitos enemigos y traidores a la patria... Y no a todos, general, no a todos.

—¿Le gustó mi discurso de bienvenida, su excelencia?

—De mi mayor agrado, general.

—Le he recibido con beneplácito —insistió, meloso, Santander.

—Y me has esperado como a un enemigo —dijo el Libertador al tomar por el brazo a Santander. ¿Acaso eres el mismo que me acompañó en la creación de Colombia?

—El mismo, mi general.

Santander volteó para mirar el mapa de la batalla de Boyacá. Palidecieron sus ojos. Luego descorrió las cortinas. El Libertador creyó escuchar los compases de *La Vencedora*. Sonido de clarinetes y violines.

—He mandado a preparar una mesa para una cena con usted, su excelencia, y quienes tenga a bien convidar, además de los secretarios de Estado que me he permitido invitar.

—Gracias, general, es un honor.

—Juntos una vez más —alcanzó a decir Santander, sonrojado por la vergüenza.

Bogotá. Calle. Noche del 10 de septiembre

Acompañados de una cerrada neblina y de la pálida luz de los faroles dos ciudadanos dialogan doblados por los acentos de sus propias voces.

—Hemos sido vencidos.

—También el general Bolívar.

—La convención es un invento que viola la constitución de Cúcuta.

—Vivimos tiempos de impaciencia.

—La misma nos perderá.

—La convención y los partidos.

Suenan las campanas. Paredes, ventanas y noctámbulos oyen tocar a muerto.

Bogotá. Palacio del gobierno. Amanecer del 11 de septiembre

Sobre el escritorio su proclama a los compatriotas de Guayaquil, aturdidos por los desórdenes y la desobediencia al gobierno. La leyó en voz alta.

«¡Guayaquileños!

»El torrente de las disensiones civiles os ha arrastrado hasta poneros en la situación en que os halláis. Vosotros sois víctimas de la suerte que habéis procurado evitar a todo trance. No sois culpables, y ningún pueblo lo es nunca, porque el pueblo no desea más que justicia, reposo y libertad. Los sentimientos dañosos o erróneos pertenecen de ordinario a los conductores: ellos son las causas de las calamidades públicas.

»Yo os conozco, vosotros me conocéis, y no podemos dejar de entendernos. Que desistan, pues, los que os quieren extraviar, para que volvamos a abrazarnos como los más tiernos hermanos, a la sombra de los laureles, de las leyes y del nombre de Colombia.

»Palacio del Gobierno en Bogotá, a 11 de septiembre de 1827.-17º».

—Bien —dijo, y agregó para sí: —Hoy mismo deberá salir.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mañana del 11 de septiembre

A las ocho de la mañana llegó Santander a la quinta de Bolívar, a caballo y vestido de general de división. Salió a recibirlo el coronel Tomás Cipriano de Mosquera.

—El Libertador aún está recogido, su excelencia.

—Pregúntele si está dispuesto, coronel, pues tengo deseos de verlo.

Mosquera pasó al dormitorio del Libertador. En la puerta oyó su voz:

—¿Quién llegó a caballo?

—El general Santander, su excelencia. Desea verlo.

—¡¿Santander?!

—Sí, señor.

—Dígale usted que entre a este desorden de cuarto, que lo recibiré como antiguo amigo. Aquí podremos hablar solos.

—Sí, señor.

—En el camino dígale a Petrona que invitaré a almorzar al general.

—Sí, señor.

Al conocer de la invitación, el vicepresidente sonrió complacido y mandó a su ordenanza, que le había acompañado desde la ciudad, a traerle un vestido de paisano. Mosquera escoltó al visitante hasta el dormitorio del Libertador.

—Bienvenido, general.

—Es un honor, su excelencia —respondió Santander, todo cortés.

Algarabía de perros y gatos en el patio. Desentendido, muy en su parsimonia, José Palacios ponía orden en el dormitorio. Uno y otro resollaron para llamar la atención de Palacios.

—Pronto habré terminado —dijo Palacios.

—Tome su tiempo, José.

La aparente somnolencia del Libertador, los gestos de Santander, impaciente, por demás, la débil luz que dejaba colar una ventana, parecían vigilar los movimientos de Palacios, quien, finalmente, abrió las cortinas y acomodó las poltronas.

—Todo en su lugar —comentó Palacios.

—Para honrar a Francisco de Paula.

—La Quinta ha sido dispuesta como usted la quería —dijo, melindroso, Santander.

—Ciertamente, mi amigo París no ha escatimado gasto alguno.

—¡Por favor, general presidente!

—En algún tiempo me llamaste así.

—¡Excúseme, vuestra excelencia!

—No es cuestión de títulos.

—Lamento sus prevenciones contra mí, general. Todos han dispuesto malenquistarnos.

—Los maromeros, como usted los denomina.

—Han hecho bando de uno y de otro lado.

—¿Cuál de los bandos agita contra la República?

—Los facciosos, excelencia, solo ellos.

—¿Y quién los alienta?

—Por favor, no me ponga en entredicho, su excelencia.

—Mi carta desde Caracas define mi entendimiento contigo.

—Un duro golpe a mi corazón, y a mi aprecio por usted.

—Ciertamente, Francisco, no te volveré a escribir.

—Si esa es su disposición, malhadada mi ventura, su excelencia.

Santander simuló desconsuelo. Lamentó, sin embargo, no poder contener su agitada respiración. El Libertador dejó caer una mano sobre el hombro del vicepresidente.

—No anhelo otra ventura, otra paz y otro corazón lleno de amor que el de Colombia y los colombianos.

—Tales son mis deseos.

—Bienvenidos, Francisco.

—Todos nos enquistan, su excelencia, nos enquistan.

—¿Quiénes son todos, Francisco de Paula?

—Los autores de infamias contra su excelencia y contra mí.

—Contra mi excelencia pareciera que es su excelencia.

—Me ofende, general.

—¡Cuánto mal me has hecho y cuánto mal me harás!... ¡y cuánto bien!, Francisco.

—Siempre he sido su amigo fiel, su vicepresidente y servidor leal.

—Desde Boyacá hasta ahora has cursado del amor al odio, o a quién sabe qué.

—El asunto del alzamiento de Bustamante en Lima fue un desgraciado mal entendido que aún perturba mis noches.

—También las mías. Todavía es difícil prever las desgraciadas consecuencias.

—Corregí mi error.

—No lo suficiente, Francisco.

—El congreso decretó una amnistía para los comprometidos en la insurrección de Valencia y los insurrectos de la tercera división auxiliar de Lima.

—Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

—Perdón y olvido.

—Es fácil perdonar. Difícil es olvidar.

—Usted siempre ha dicho que no guarda rencores.

—En los asuntos que atañen al corazón… y a la política, ciertamente.

—Antes de marchar para acá le hice entrega al doctor Restrepo de un memorial para usted sobre los fraudes que me han imputado en la dirección de los caudales públicos.

—Yo confió en su buena administración, general.

—Gracias, su excelencia.

Tocaron a la puerta.

La mesa está servida –dijo Palacios, desde el umbral.

—¿Y Ocaña, su excelencia?

—Tal como usted lo ha dispuesto, general —dijo Palacios.

A manera de quite a la ironía de Palacios, el Libertador tomó por un brazo a Santander.

—Acompáñame, Francisco —pausa para acentuar la cortesía—. Disfruté, por cierto, la cena ofrecida en Palacio.

—También yo, su excelencia. Como en otro tiempo.

—Justamente, como en otro tiempo.

—El ordenanza llegó con su encargo, excelencia —dijo Palacios.

—¿Me permite, general?

—Haz lo que tienes que hacer.

Santander cambió de traje. Parecía otra persona. Permaneció con el Libertador hasta las dos de la tarde.

Bogotá. Quinta Bolívar.
Atardecer del 11 de septiembre

«Señor general Diego Ibarra. Mi amado Diego: Solo una carta tuya he recibido desde que salí de Caracas y deseaba que me hubieras escrito con más frecuencia. Yo no lo he hecho porque mis ocupaciones se han multiplicado mucho, el gobierno me quita el tiempo y el gusto para todo.

»A principios del año próximo me marcho para Caracas, luego que se reúna la gran convención; ya digo a mi amigo el Marqués que compre para los dos la casa de Anauco, y tú, aunque todo un comandante de la plaza de Puerto Cabello, debes estar preparado para que me acompañes muchos días.

Da mil cosas a Mercedes, cariños a la chica, y tú recibe el corazón de *Bolívar.*»

Bogotá. Quinta de Bolívar.
Noche del 11 de septiembre

Por carta solicitó al general Tomás de Heres, a quien ya suponía en Honda, que hiciera marchar su equipaje y el de sus edecanes, y cuanto antes, pues «todos estamos desnudos.» Le escribió, parco, muy parco: «Las cosas del Sur han mejorado algo; la del Perú continúan lo mismo. La Mar, presidente.»

No podía descuidar el movimiento de sus veteranos comandados por Salom. Le dio instrucciones muy precisas. Finalmente le escribió: «Mi querido general: he sido muy bien recibido, y ya tengo aquí tropas de Urdaneta. Soy de Vd. de corazón».

Tenía un enorme vacío. Creyó navegar en la nada. Agostado como una bromelia a la intemperie. No hay razones para temer a la muerte. Sintió deseos de dormir. Acaso de no despertar. Acurrucado bajo un montón de cobijas dispuso escribir muy de mañana a los compañeros del Sur: Flores, Illingworth. Luego a Montilla: «Las cosas del Sur han mejorado algo y espero que para la convención podré presentar la República íntegra y en mejor estado de lo que la he recibido».

Bogotá. Palacio del gobierno. Mañana del 12 de septiembre

Alrededor de una mesa los secretarios de Gobierno encontraron en las palabras del presidente de la República, quien presidía la reunión, azoguillo para sus preocupaciones. Apenas si percibieron caer la tarde.

Un edecán encendió las lámparas, que así lo observaron, de paso, las miradas de soslayo.

—En consecuencia, no son mayores los cambios. Se exime al secretario del interior de la secretaría del despacho de relaciones exteriores, de la que continuará encargado el señor José Rafael Revenga, quedando suprimida la secretaría general. El señor José Manuel Restrepo continuará en la secretaría del interior, el señor José María del Castillo en la de hacienda, y el señor general de división Carlos Soublette en guerra y marina, que por ahora permanecerán unidas.

En la atmósfera la satisfacción de todos, particularmente de Soublette, sometido a críticas severas por el Libertador y por Revenga, su secretario general desde el viaje de apaga fuegos a Venezuela.

—Si mi presencia en Venezuela trajo consigo la paz, igual deberá suceder aquí. Preservemos la unidad de Colombia. Pongamos nuestro mayor interés en la celebración de la convención de Ocaña para que decida sobre el destino de la República.

—Yo confió en la convención, pero no en sus resultados —dijo Soublette.

—Yo confío en ella y en la salud de la patria —dijo, enfático, el Libertador.

—La facción ha tendido su red a lo largo del país —comentó Restrepo.

—Peores situaciones ha sobrellevado Colombia y nuestra América.

—Esta vez es distinto, presidente —dijo Restrepo.

—Que el pueblo decida al elegir a sus congresarios. Ruego que en ningún momento coarten la voluntad popular, como pareciera ser costumbre luego que marché para la campaña del sur. Dígase que es una orden del presidente. ¿Conformes?

—Soto, Azuero y Santander no tendrán recato para hacer de las suyas, señor presidente —dijo Castillo.

—Acaso mi presencia apacigüe los ánimos de esos señores.
—Que Dios lo oiga, presidente —dijo Castillo.
—Acompáñeme, José María.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 13 de septiembre

Castillo le informó sobre el estado de las rentas nacionales, de la escasez de fondos, del arreglo de la parte administrativa de la misma.

—El congreso no ha puesto mano en este delicado asunto de la buena administración en el ramo de hacienda, que permita una acción eficaz y el celo y la responsabilidad de los agentes.

—Seguramente otros negocios han absorbido todo el tiempo de las sesiones del congreso.

—Tal es mi apreciación, su excelencia.

—Veo como un deber mío proponer al congreso que si me es posible que ocupe un pedazo de su tiempo a esta materia tan importante, me autorice para hacer los arreglos que sean indispensables y ponerlos en ejecución con calidad de dar cuenta a la próxima legislatura.

—De por cierto que el señor Soto y sus compañeros de partido rechazarán su propuesta.

—Confío en la sensatez de la mayoría. Mi deseo es remediar un tanto el atraso de nuestras rentas, aunque desearía reducirme al círculo de las facultades naturales que me señala la Constitución.

—Ahora mismo redactaré su nota al congreso.

—Gracias, doctor Castillo.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 15 de septiembre

Estaba harto de reuniones. Extraña hartura pues disfrutaba residir en el Palacio mucho más que en la Quinta; querido muy de veras; temido también por lo adusto de la cara, parte de la representación que le tocaba hacer, aunque no podía impedir las expansiones del corazón cada vez más débil, abrazando a unos y a otros y, vaya a creer, más lejano y extraño, como en la nada. ¡Qué buena vaina, como en la nada!

Escribió a Fernando Peñalver: «¡Qué de dificultades tendré, qué de tropiezos que vencer! Compadézcame Vd.: en fin, yo haré lo que pueda en bien de la nación, como lo he dicho al mismo congreso. La época de hacer milagros ha pasado ya.»

Había mandado a cambiar los paños rojos del despacho. Relucían los muebles de caoba. Entre la memoria y las esperanzas, las negras lastimaduras del porvenir. Clamaba por Manuela, que suponía en algún lugar de la cordillera, sueltos los cabellos como espigas, destellantes los pechos, con el látigo dispuesto para espantar ángeles y maulas.

Ya estaba en manos de la gente el reglamento de elecciones de la gran convención. «De este modo Venezuela queda satisfecha y mi palabra cumplida. Vd., Peñalver, que tiene tan buen juicio como patriotismo, interese su influjo para que vengan hombres moderados, de buenos principios y que traigan un corazón puro, una alma desinteresada, que no vean sino el bien de la patria.» Es mucho pedir —pensó— pero nada pierdo con desearlo. «Diga Vd. a todo el mundo que en esta convención se juegan los destinos futuros de Colombia.»

—Presentar íntegra a Colombia en la convención sería mi triunfo. No quiero otro—, dijo su espíritu al entendimiento.

—Presentar íntegra a Colombia en la convención sería mi triunfo. No quiero otro—, repitió su entendimiento al espíritu.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Tarde del 21 de septiembre

¡Hasta cuándo levantamientos, carajo! Nunca falta un guapetón soliviantado por los españoles. Preguntaba a Páez como una imprecación: ¿cuáles habrán sido los lamentos del ciudadano, del pariente, del amigo? Recomendaba perseguir a Cisneros, el envalentonado jefe insurrecto, hasta exterminarlo, y que aplicaran el plan que había dejado trazado para situaciones como la presente. «¿Qué dirán nuestros amigos y nuestros enemigos, al saber que Venezuela no goza de los bienes de la paz doméstica?».

Ordenaba guarnecer a Caracas con tropas de línea, bien mandadas, disciplinadas y pagadas mensualmente. Tenía noticias ciertas de las infamias y las atroces calumnias que en Caracas escribían contra él «por algunos malvados, capaces de disgustar al varón más santo. Yo a

nada contestaré porque no quiero descender a estas necedades. Si mis amigos quieren tomar mi defensa, ellos sabrán, y yo obraré siempre guiado por el genio que me ha conducido hasta ahora.»

«Del Sur solo sabemos que Guayaquil se mantenía fuera de la obediencia del gobierno y en el desorden más espantoso. ¡Y en este estado recibo yo la República!».

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho de Bolívar tarde del 24 de septiembre

Sufría de un vago malestar. Ya pasará, cuando la convención decida el futuro de Colombia —pensó. Cuántas veces había repetido lo mismo. Tenía nostalgia y miedo de Venezuela. Sentía las venas henchidas de tormentos, exasperado por los enemigos. Exasperado por los clamores de los amigos. Padecía este nuevo sacrificio, para él el más costoso de cuantos había dado a la República y a sus propios amigos. Veía en la gran convención la única luz que lo alumbraba en medio de la oscuridad del laberinto, la única que dirigía sus pasos. Cifraba toda esperanza en que Colombia, reunida en ese augusto santuario del pueblo, pronunciara sus votos libremente y fijara sus destinos. Obsesión de soñador —dijo. A quienes creía los mejores solicitaba hombres de bien, como ellos, que correspondieran a la confianza del pueblo.

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho de Bolívar tarde del 24 de septiembre

Le escribió a Joaquín Mosquera con desgarrado acento. Había examinado el carácter de su hermano Tomás: entendido de los sucesos pasados y presentes. Hombre de juicio, hombre valiente. Terminó con una plegaria: «Me dice que Vd. se ha retraído de todo asunto político, pero si la gran convención lo llama a Vd., y si yo reclamo su talento y probidad, ¿se negará Vd.? No, señor, y si tal fuese, lo iré a buscar allá en su retiro, pero no sucederá tal cosa, porque Vd. no se resistirá a la voz de su patria y de su amigo que le ama de todo corazón».

Bogotá. Quinta de Bolívar.
Noche del 27 de septiembre

Estuvo encerrado dos días. Calentura. Vómitos. Diarrea. Su estómago era un desorden. Por una puerta salía el doctor Moore y por la otra entraba José Palacios. Infusiones de manzanilla, infusiones de toronjil, infusiones de agua de rosas. Atrancadas las ventanas. Hasta un sahumerio por recomendación de Petrona, encargada de la limpieza. La mesa de noche era una botica. El tercer día abrigó su cuerpo con esmero y salió a caminar el amanecer por los jardines. Respiró el aroma de las fucsias, las rosas, las madreselvas, las belloritas en macizos. Deleitó a su oído el murmullo de la fuente tallada de piedra gris. A hurtadillas, como si jugara al escondite —vainas del recuerdo— alcanzó a llegar a la caballeriza, luego de hacerle señas muy severas a los ojos espantados de la india María Luisa. Ensilló una mula. Intentó montar, pero sintió un leve desvanecimiento. No estaba para andanzas. Regresó atento a los trinos de los pájaros y los colores de la mañana. La quinta una blanca flor, un amarillo turpial, un azulejo. Su cuerpo comenzaba a sudar la fiebre. Buscó la cocina para tomar alguna vaina caliente. Delante de él un montón de arrugas: José Palacios, Petrona, la india María Luisa y Antúnez, el pastelero.

Estuvo calentando los pies muy cerca del fogón. Parecía un muchacho regañado. Apareció José Palacios con un sombrero de moriche para sustituirle el gorro de dormir.

—Al doctor Moore no le va a gustar nada, nada, nada —dijo Palacios.

—Ni a mí verlo a él. Buenos días, José.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo Antúnez.

—Buenos días —dijo Petrona.

Palacios lo acompañó hasta su habitación. Ningún refunfuño. Al llegar tomó la pluma, aspiró el olor de nardos del amanecer, y escribió a Montilla: «Mi salud se repone. Recomiendo a Montes y Padilla en todos los momentos de la vida.»

Bogotá. Casa de Soublette. Habitación. Noche del 28 de septiembre

—¿Qué haces, Carlos, a estas horas de la noche?

—Le escribo a Mariano Montilla, mujer. Duerme tranquila.

Quería comunicarle a Mariano, por vía personal, la orden del Libertador relevándole de la comandancia general, y encargándola a Montes. También remitirle una carta reservada autorizándole para reasumir el mando en el instante mismo en que lo juzgara conveniente.

El 21 le había escrito que el Libertador temía que si continuaba por este momento en la comandancia general, el Magdalena no podía elegirlo conforme al reglamento para elecciones de convencionistas. Ahora quería ser más preciso, conociendo como conocía a Mariano, sensible y quisquilloso.

«Como el objeto único del Libertador es dejarte hábil para que en ese departamento te disputen a la Gran Convención, ha creído que de este modo se consigue, porque de hecho no tienes mando de arma que te impida ser elegido según el decreto de elecciones; y autorizándote para reasumir el mando si fuere necesario, te conserva allí como el custodio de ese Departamento; además juzga S.E. que Montes no hará sino lo que tú quieras. Si por estar tú en la Comandancia general ostensiblemente, no fueras diputado en la Convención, estima el presidente que la buena causa habría perdido la mitad de sus esperanzas, por lo menos, y por lo mismo no quiere omitir por su parte nada de lo que pueda contribuir a dejarte liso y llano.

»No obstante, me ha encargado que todas las órdenes te las envíe a ti particularmente, tanto las tuyas como las de Montes, y que te diga que les des curso cuando quieras y lo estimes conveniente; o las suspendas, y me digas reservadamente lo que te parezca mejor, teniendo presente que las elecciones deben hacerse en el mes de diciembre.

»Todavía tenemos Congreso. Ya ha presentado al Ejecutivo un decreto en que aprueba las medidas del Presidente en Venezuela; otro en que lo autoriza para arreglar la administración de las rentas y aumentar los derechos; y dentro de pocos días se concluirán los trabajos que el Ejecutivo ha designado.

»Subsiste una notable discordia entre el presidente y el vicepresidente, que transpira por todas partes, de manera que nadie la ignora

en esta ciudad, y aún se saben algunas particularidades terribles; por ejemplo lo ocurrido el domingo 23 del corriente, con motivo de un impreso titulado *Defensa de las leyes,* que todo mundo dice lo redacta Santander, y que irritó tanto al Presidente, que lo forzó a decir que si Santander seguía irritándolo, lo pasaría con su espada. Desde entonces está Santander enfermo de un fuerte constipado».

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mediodía del 29 de septiembre

Páez le había escrito tranquilizándole. Inciertos los planes de invasión de España con el general Morales al frente, que anunciaban sobre Coro o sobre Cartagena Al menos, por ahora.

Desconocía las penalidades de María Dolores, la mujer del general Urdaneta y sus tres hijos: A tiempo que marchaba con las tropas hacia Cúcuta, embarcaba su señora con los niños en una pequeña goleta al mando del coronel Padilla —hermano del general— con dirección a Santa Marta. Al salir al *Saco de Maracaibo* encontró inesperadamente un bergantín español en son de guerra. «Se traba al punto un combate tan desigual como glorioso: al cabo de tres horas el buque español se lanza sobre la goleta para abordarla; y en el mismo momento en que casi la hundía con su peso e intimidaba a la voz de *ríndete, insurgente,* Padilla bajaba al camarote, donde la señora Urdaneta curaba a los heridos, para avisarla que no había otro remedio que volar la goleta. En ese mismo momento un tiro de cañón hábilmente dirigido mató al comandante español y estropeó su buque de tal suerte que, en la confusión producida, Padilla «logró desasirse, ganar la costa guajira hasta donde pudo arrimarse el bergantín, por su mayor calación, y, en consecuencia, salvaron sus vidas. Pero el español los siguió acechando, y la goleta quedó tan desmantelada, que la señora prefirió desembarcar y atravesar la Guajira con sus niños, en medio de mil contrariedades, hasta llegar a Santa Marta.» Cuando Soublette le contó el cuento, lo dio por cierto pues Carlos no daba pábulo a la imaginación, y comentó, animoso:

—Pareciera extraído de un libro de aventuras. Somos un libro de aventuras. ¡Qué de mentadas de madre habrá soltado Rafael!

En la hamaca le asaltaron las ocurrencias de la mujer de Urdaneta, su coraje. Respiró el olor de la pólvora y las polvaredas de la guajira.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar tarde del 29 de septiembre

Para componer el semblante a Páez, además de aplacar sus malos pensamientos, le comunicó la noticia de un decreto del congreso que aprobaba su conducta en Venezuela como presidente con poderes extraordinarios, y facultándolo para que hiciera aquellas modificaciones que creyera necesarias, sobre todo en materia de rentas. «A Vd., pues, toca indicarme las que le parezcan más urgentes y necesarias para aliviar la situación de Venezuela». Decreto que, a su criterio, aseguraba la suerte del Departamento de Venezuela, al menos durante el tiempo que había de correr para la reunión de la gran convención, que abriría nueva época a los destinos de Colombia. Además, disponía el congreso que las cosas de Venezuela permanecieran en el mismo estado en que él las había dejado «Tranquilo, general —dijo—, y apacigüe a los cosiateros».

No estaba de más informarle a su amigo de corazón sobre el estado de su salud: «bastante estropeada en esta marcha, se mejora cada día». Marcha de más de tres meses desde su salida de Caracas hasta su entrada en Bogotá. Definitivamente, no solo habían cambiado los tiempos: de la campaña admirable o de la campaña de la sierra blanca a los tiempos de las sofocaciones. Ayer, por la libertad, remontaban la gloria; hoy, en nombre de la libertad, sacrificaban la patria. Cosas veredes.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Días y noches de octubre

El viernes 5 de octubre el congreso entró en receso. Estaba satisfecho con sus sesiones, al punto de asegurar que había hecho más bien que mal, y había conducido su gestión como no esperaba con respecto a él.

El 9 recibió carta del vicepresidente: «Por una comunicación que me ha dirigido el señor secretario de la cámara de representantes, me he impuesto de que ha dejado nombrada una comisión de su seno para recibir y examinar la cuenta del ingreso y egreso de los fondos del empréstito de 1824. Demasiado se deja conocer por el carácter de las funciones que la constitución atribuye al poder ejecutivo, que yo no tengo obligación de formar semejante cuenta; el deber que he tenido es el de mandar a recoger los datos correspondientes del cargo y los que

comprueban la data, hacer formar la cuenta a la secretaría de hacienda y presentarla a la nación. Según consta de las cuentas publicadas hasta ahora por la imprenta y presentadas en parte a la cámara de representantes en 1826, y de las órdenes expedidas por la secretaría de hacienda, he cumplido por el deber que me competía hasta donde lo permitieron las turbaciones políticas de la República. Toca ya a vuestra excelencia expedir sus providencias a fin de que sea formada la cuenta general de ingreso y egreso de los fondos de dicho préstamo de 1824».

El tema le aburría, y en este tema Santander también. Leyó sin prestar mayor interés a las que consideró instrucciones del vicepresidente. Pero fijó los ojos en el último párrafo, que leyó tres veces sin pestañear: «Vuestra excelencia tomará las providencias que estime oportuno y sean aparentes en justicia para aliviar la suerte financiera de la República, satisfacerla en la parte correspondiente a la inversión de los fondos del empréstito, y dejar bien puesto el honor de un magistrado que tiene la incuestionable satisfacción de haber gobernado a Colombia por seis años con rectitud y conforme a las leyes».

Decidió enviar la correspondencia al secretario de hacienda.

El 10 encontró en su escritorio otra carta de Santander, fechada ese mismo día:

«El infrascrito tiene la honra de exponer respetuosamente a vuestra excelencia que interesado en satisfacer completamente a la nación sobre mi conducta administrativa y dejar perfectamente cubierto mi honor y reputación, me he esforzado ante el congreso que ha concluido el día cinco, para que se me hiciesen cuantos cargos se estimasen convenientes y justos, y en particular sobre la administración de los caudales del empréstito de 1824. Hace más de un mes que aquí se publicó contra mí un libelo titulado *La voz del pueblo*, y como he de suponer que su autor o autores hayan tenido la entereza y patriotismo correspondiente para acudir al poder ejecutivo que vuestra excelencia ejerce, prometiendo comprobar las imputaciones que me han hecho al abrigo de la libertad de imprenta, suplico a vuestra excelencia se sirva mandar que los secretarios del despacho certifiquen si en los treinta días que vuestra excelencia se halla al frente del gobierno de la República se ha recibido algún denuncio legal, relativo a algún fraude que yo haya cometido en la administración de los fondos del empréstito o alguna distribución que haya mandado hacer, conforme a la ley de la materia.

»El tiempo que ha transcurrido parece suficiente para que los autores de *La voz del pueblo* u otro cualquier ciudadano haya cumplido su deber demandándome como defraudador de los fondos de la nación.

»A vuestra excelencia suplico provea como llevo pedido, que así es de rigurosa justicia».

Inclinó la cabeza y cerró los ojos. Durante un tiempo permaneció en duermevela, mientras abanicaba el pliego pausadamente. Tenía la mente en blanco. Luego meditaré sobre las angustias del vicepresidente —pensó. Al igual que el día anterior, envió la correspondencia al secretario de hacienda.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Atardecer del 12 de octubre

Estuvo reunido con Aranda en la Quinta, antes de que este partiera para Venezuela. Disfrutó las expresivas emociones y los comentarios que la Quinta motivó al diputado, además del diálogo al mejor estilo caraqueño.

—Pronto los pinos competirán con los cedros.

—Son de Venezuela. Los mandé a plantar hace unos años, luego que me fuera donada la Quinta como una modesta manifestación de gratitud y reconocimiento, según reza en el acta. Iniciativa del vicepresidente.

—Dicen que Santander ha consagrado sus horas al cuidado de la Quinta, aunque no tantas como las que exigen sus propiedades. Que de él fue la idea de decorar los techos con panes de oro. Tiene buen gusto el vicepresidente.

—En muchas ocasiones celebré el buen gusto de Santander, privado a veces por sus *pichirrerías*. Respecto a sus cuidados en la Quinta, durante los primeros años de mi campaña en el sur tuvo a bien hacerme llegar noticias de su esmerada atención por la salud de la villa.

—¡La salud de la villa! Me gustó, su excelencia.

—Este lugar es espejo del deterioro del afecto de Francisco de Paula para conmigo. Sin embargo, en los primeros días de septiembre ordenó que hicieran arreglos para que yo la encontrara en las mejores condiciones.

—Pero su amigo Pepe París le había tomado la delantera.

—Así fue. No quería sentirme agradecido para con Santander. Vainas mías.

—Vainas las de él, general. Para los apureños la adhesión de los primeros años no era tal. Por ahí me llegó un memorial terrible de los llaneros contra Santander.

—Prefiero creer que esa fidelidad sí existió. Pero… el ejercicio de la administración pública durante los años de mi ausencia, los acercamientos interesados de sus compinches y consejeros, el liberalismo trasnochado, la retórica de los leguleyos y los cuchicheos de los intrigantes dieron al traste con los sentimientos y la lealtad de Francisco de Paula.

—Unas veces es Santander, otras Francisco de Paula y las menos el vicepresidente.

—Lo nombro al calor de mis emociones, amigo Aranda.

—Mi emoción respecto al vicepresidente es una sola: el desprecio. Debe ser enjuiciado con todas las de la ley. Cuidado con ese señor, que está intentando dorar la píldora de los fondos del empréstito. Arrubla, Montoya y él, de trasmano, tienen metidos los codos.

—El frío comenzó a apretar, diputado —sintió pena en el alma—. Nos esperan los calores del brandy y de la chimenea, además de unas cestas repletas de mazapanes y, acaso, una buena mazamorra con clavitos de olor. Atenciones de José Palacios.

—¿¡Qué esperamos!?

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche del 12 de octubre

Feliz con el fogoso diputado, aunque a veces le producía sudores en las rodillas, le escribió a Páez: «No me cansaré de hablar a Vd., de la conducta de Aranda en el congreso; la bizarría con que ha defendido las reformas y los reformistas; el tesón con que ha acusado los vicios de la última administración, insistiendo con denuedo en que Santander sea juzgado. Esta cualidad lo hace ciertamente acreedor a la consideración de Vd. y animarlo a que influya en que sea nombrado para la convención. Crea Vd. que Venezuela y Vd. tendrán un campeón».

No dejó de mencionarle a Miguel Peña, por su talento y elocuencia: «los amigos y el interés» lo hacían indispensable en la convención».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche del 12 de octubre

Desde su arribo a Cartagena le había estado escribiendo a José Fernández Madriz sobre «el manejo de sus cosas».- Indicio de sus planes de vivir en Venezuela o en cualquier lugar de Europa, luego que lograra la unión y pacificara a la República. «No me cansaré de recomendar a la bondad y eficacia de Vd., el asunto de mis minas de Aroa, que en el mundo no tengo otra cosa de qué vivir ni con qué pagar mis empeños».

Una vez más le comisionaba en el manejo de sus cosas. Comenzaba a ser asaltado por la proximidad de un futuro, su futuro, que las pesadillas le presagiaban lejos de Colombia, sin reales para cubrir su modo de existir, que ni de imaginar semejante a sus despilfarros en París, que, por tales, una y otra vez le reprendiera don Samuel.

—¡Qué mierda la vida! –dijo como una maldición.

Antes de la media noche despertó en medio de sudores, con un largo, pesado, acerbo ritornelo: ¡Tan mierda como yo, don Samuel!, verdadero Robinson, que no le escribí nunca más después de sus desavenencias con Antoñito Sucre.

—¡Ay, Antoñito! ¡Ay, don Samuel! Ni contigo, hijo, ni contigo, padre, en mitad de este martirio de la gloria bien amada.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Días del 13, del 14, del 15 de octubre

De no creer los cambios de humor. De no creer el soplo de una misteriosa nostalgia. Comenzaba a gustar de la contemplación de la lluvia. Y de las soledades en la hamaca. Preocupaba a muchos su adusto silencio, la mirada perdida. A él la pura insistencia del alma en la memoria, y el desconsuelo. El doctor Moore le insistía con los eméticos. Petrona recogiendo hierbas y flores para sus infusiones. Ferguson con los *bourgogne* a la hora de la comida. Palacios con los baños de agua caliente hasta la quemadura. En él, sin embargo, la pura insistencia del alma en la memoria. El desconsuelo. Abordaban prontos, secretos, los aires de la melancolía.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Tarde del 16 de octubre

Noticias de La Habana, Puerto Rico y España: todas ellas convenían en los preparativos de Morales para actuar sobre la Costa Firme con 12.000 hombres. Urgió de Páez los preparativos necesarios para «recibir a este buen amigo que nos visita.» Desde luego que la primera y más urgente atención de Páez era la destrucción de «Cisneros y sus bandidos», para impedir su apoyo a Morales.

Estaba de buen humor. En la comida tomó dos copas de vino y chanceó con sus invitados de la oficialidad. Comentó que su proclama había amansado a los del sur.

—Mi proclama —dijo— ha marchado como una expedición invisible.

De regreso a su despacho dictó los últimos párrafos de una carta para Páez: «Aquí estamos muy tranquilos. General, nada temo por Venezuela, estando Vd. allí».

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Amanecer del 22 de octubre

Leyó la correspondencia. Separó una escueta carta del general La Mar anunciándole su nombramiento como presidente del Perú. Leyó con simpatía la dirigida al coronel O'Leary: «una suerte enemiga se complace en sacarme al teatro, cuando se representan tragedias. ¡Qué dolor!, que los americanos no queramos gobernarnos bien. La España se bañará en agua rosada, como suele decirse, al vernos con tan poco juicio.» Tomó la pluma y le respondió con delicada ironía, que entendió dirigida a sí mismo: «Mi estimado y digno amigo: El modo con que Vd. me participa su entrada en la presidencia del Perú me ha llenado de satisfacción. Yo no sé si debo felicitar a Vd., pues el mando pesa más que la muerte al que no tiene ambición».

Disfruto más —dijo para sí— el tenor de las cartas del ahora presidente del Perú a los compañeros de armas y a mí mismo, que las de Francisco de Paula, de radiante cara, cierto, pero poco amigo del agradable semblante del buen humor. También yo perdí el mío, si alguna vez lo tuve y, en particular, con las damas. ¡Ay de las andanzas

de la bella Nicolasa! ¡Ay de la aún más bella Bernardina, melindrosa y púdica! Tampoco a nosotros, Francisco de Paula, nos sacarán del teatro, esta vez para representar tragedias.

Contuvo el aire de su aliento para expulsarlo a la manera de un contemplativo fumador, y salió a buscar una ventana que le permitiera observar el jolgorio de la plaza. No tardó en pedir la capa azul y un sombrero de paisano.

—¿Me acompaña, coronel Santana? —preguntó a su edecán que resultaba cómico con bastón, capa y sombrero de copa entre las manos. Agregó, en medio de la sonrisa: —Le faltaron los guantes, coronel.

—Hasta el fin del mundo, su excelencia —Santana le había pulsado el temperamento.

Y de verdad que el buen humor cosquilleaba sus desusadas intenciones: curiosear por la Calle del Comercio. Hacer un par de compras en el mercado o en alguna tienda de ropa europea, sin la intervención de nadie. Conversar con la gente de la plaza. Acaso entrar en una fonda y pedir algún guarapo, para sorpresa de los aficionados a las mesas de billar y los jugadores de naipes, empedernidos apostadores. Pasear luego por la ciudad en el landó. Leer las papeluchas injuriosas que los amigos del vicepresidente adosaban a las paredes, y darle un vistazo a la frondosa alameda de vetustos álamos que seguramente Manuela —ya la imaginaba a su lado— frecuentaría los domingos en algún negro caballo adiestrado en el paso de ambladura.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Tarde del 23 de octubre

Debemos recibir a Morales y sus 12.000 hombres, dijo, aún risueño el humor, «mas que nos pese». Insistía en escribir sobre la gran convención y elección de diputados. «Venezuela tiene hombres que valdrán infinito para este caso»: Fernando Peñalver, Francisco Javier Yánez, Miguel Peña, Francisco Aranda.

«Mis amigos y los más interesados en la causa común —refirió a Cristóbal Mendoza— me escriben de todas partes que no debo abandonar la convención, sin considerar que cualquiera injerencia mía sería considerada por nuestros enemigos y aún imparciales, como un

atentado contra la libertad: dirían que yo me había empeñado en la división de este cuerpo, no por servir al pueblo y sus intereses, sino a mí y mis intereses. No, mi querido amigo, demasiado me he expuesto ya por servir a todos, con perjuicio de mi reputación. Vd. sabe que se me acusa de ambicioso. Vd. conoce de las cosas y juzgará mi posición».

Daba respuesta a Páez, en el mismo sentido, quien le aconsejaba que estuviera al pie de la convención. «Qué dirían nuestros enemigos, que están con las armas levantadas, si me viesen ingerirme ni indirectamente en las operaciones de la convención: dirían que yo lo había procurado para servir a mis miras. Teniendo en consideración todas estas ideas, y el estado en que se halla Venezuela amenazada por una fuerte expedición, yo me iré a Caracas cuando se reúna la convención y allí aguardaré tranquilo sus decretos. Puede Vd. decirlo así a todos nuestros amigos y conocidos».

La expedición de Morales lo llamaba al campo de batalla. Una vez más alzaría la espada contra los españoles, una vez más los desterraría del suelo patrio. Allí estaría a sus anchas, en medio del fragor, como el que más. Eso pensó.

Bogotá. Casa de Santander. Biblioteca. Mañana del 29 de octubre

El 29 de octubre de 1825 le había escrito al general Montilla: «Demasiada firmeza es escribir un renglón después de haber amanecido bailando por San Simón. En efecto, la aurora nos avisó que ya era 29, nos hemos divertido ayer y anoche como lo merece don Simón.» Entonces permanecía el letargo de la embriaguez. Ahora levitaba, necesitaba escribir las últimas y sorprendentes ocurrencias desde la noche anterior hasta las primeras horas de la madrugada: «Ayer, día de San Simón, tuvimos función de iglesia, sermón bastante liberal y constitucional predicado por Sotomayor, gran convite en casa de Leydesdorf y famoso baile, costeado por veintitrés empleados públicos. El Libertador ha estado contento, no obstante que recibimos ayer la mala nueva de la muerte del señor Canning.

«Contaré a usted una anécdota rara del convite. Yo di este brindis: 'Señores: La celebridad de este día manifiesta claramente la acción en

influencia del hombre sobre el tiempo. Sin las acciones que han ilustrado la larga carrera del general Bolívar, Libertador presidente de la República, el 28 de octubre sería un día ordinario y común. Yo me aprovecho de esta ocasión para expresar mis sentimientos, y son: que una serie de hechos no interrumpida de parte de V.E. a favor de la causa de los pueblos, aumente la celebridad de este día y haga para siempre grata memoria a todos los amigos de *la Libertad*.'

»El Libertador brindó porque el mismo día 28 de octubre de 1783, en que él había nacido, había reconocido España la independencia de los Estados Unidos del Norte, y había aparecido el primer pueblo libre de América, etc. etc., con otras alusiones a la libertad.

»Después, el presidente de la mesa, Leydesdorf, le hizo un bello discurso y le pidió permiso para que una joven le expresara mejor sus sentimientos. En efecto, la hija de Soublette le dijo un soneto y le presentó una corona cívica. Entonces el Libertador, tomando la corona, expresó bien que el pueblo colombiano era el único acreedor a ella, porque suyos habían sido los sacrificios, suya la causa, etc. etc., y, dirigiéndose a mí, que estaba a su derecha, concluyó:

—El Vicepresidente, como primero del pueblo, merece esta corona…

»Y me la puso en la cabeza. El acto fue muy aplaudido y yo recibí una sorpresa cual usted puede considerar. Yo turbado di las gracias y expresé algunas ideas sobre el interés que siempre tomaría por la causa del pueblo, por la gloria del gobierno del Libertador y por la conservación de la que ya había adquirido. ¿Qué le parece a usted esto?... Juzgue usted allá a solas esta escena».

Fue a parar de inmediato casa de Nicolasa. Estuvo divertido, imitando al Libertador y a sí mismo. Nicolasa rió a mandíbula batiente. Bebieron chocolate y unas copas de brandy antes de meter sus cuerpos en la cama.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 6 de noviembre

Alarmado por las noticias de pleitos en Cartagena, escribió a Montilla: «Mucho he sentido los disgustos entre Vd. y Padilla, que espero habrán terminado con el nombramiento del nuevo intendente. Deseo,

no obstante, que Vds. procuren mantener la mejor armonía entre sí, aun cuando fuese por la conveniencia pública y las circunstancias del momento en que nos hallamos amenazados por una fuerte expedición del general Morales y cuando las cosas de Venezuela no presentan el mejor aspecto.»

Tenía el pálpito de que los pleitos entre los dos generales irían de mal a peor. Santander buscaría la manera de ganar para sí a Padilla. Y, colmo de males, los acontecimientos en Venezuela y en el sur no le permitían cambiar a Montilla.

Bogotá. Despacho de Soublette. Noche del 7 de noviembre

Acaso Montilla caería de platanazo con las informaciones o acaso no las creería, pero creyó oportuno contarlas. De alguna manera lo estaba poniendo sobre aviso respecto al tiempo por venir, no muy lejano. «Yo he tenido ya algunas conversaciones con S.E. sobre el particular, y después de hablarme algo, ha concluido siempre diciéndome que no estaba seguro de sí lo que me decía era lo que verdaderamente opinaba o lo que opinaría al día siguiente, lo que prueba que el General vaga en diversos pensamientos o que no quiere adoptar ninguno; hasta ahora me ha parecido que prefiere la división de Colombia en Estados perfectamente independientes, o cualquier linaje de federación, y aún que cree más practicable la organización de Venezuela y Nueva Granada en estados independientes, que la de todo el territorio si permanece unido bajo cualquier sistema puro, popular, representativo; y como el gobierno monárquico no está en boga, ni los que participan de algunas de sus cualidades, y por el contrario en pugna con los liberales y los anarquistas, y él no sería nunca el monarca, aún cuando se empeñase el mundo entero, deduce que no hay más elección que entre la anarquía o la división. Conoce que el pensamiento no tiene nada de grande ni de heroico, pero que es el único medio realizable y que nos ofrece algunas probabilidades de vivir, sin por esto estar al abrigo de guerras intestinas, más o menos tarde, según la conducta de ambos gobiernos, y la naturaleza de los reclamos mutuos que resulten de varios puntos controvertibles y de difícil transacción; como por ejemplo: la deuda extranjera».

Leyó el largo párrafo. No muy afortunado como escritura, pero cumplía su objetivo. Las ideas expresadas no estaban muy lejos de *El conductor*, en nombres cristianos: Francisco de Paula Santander, Soto, Azuero, Uribe Restrepo; como tampoco de Miguel Peña, Carabaño, el mismo Páez. Ni por el carajo el Libertador piensa como ellos, iba a exclamar Montilla. Luego meditaría y meditaría y meditaría. Siguió en su escritura:

«Me ha parecido también que en la hipótesis de que Venezuela se organizara en una República, el Libertador se iría allí, reuniría a todos los venezolanos que están dispersos, y permanecería por el resto de su vida, si no lo atormentábamos; en cuyo caso, es decir, si le dábamos disgustos, iría a morir sobre un suelo extranjero. El Libertador está poseído de un disgusto profundo y vehemente, de que nada lo distrae, y algunas veces me parece desesperado y hasta despechado. Esta mañana estuve a verle, porque había recibido anoche oficios de Flores de haber ocupado a Guayaquil, y lo encontré furioso. Te diré el motivo. El Coronel Bolívar encontró antes de ayer en la Calle Real al Dr. Azuero, lo reconvino porque a él y a los demás que rodean al Libertador los había denominado *perros de presa*, y sin aguardar razón le dio de golpes y lo derribó por tierra. Azuero, en consecuencia, escribió el mismo día una representación al Libertador, que yo no he visto, pero que está tan terrible, tan injuriosa al Presidente, que no ha podido oírla sin exaltarse; parece que la admitió, y que mandó al Comandante general que arrestase a Bolívar. Veremos el giro que lleva este asunto».

Yo también, diría Mariano, le hubiera propinado su buena tanda de carajazos. Y en tal supuesto, también el Libertador lo habría mandado a prisión. Rió de su ocurrencia. Luego puso énfasis en los acontecimientos del sur: restablecida la tranquilidad y asegurado Guayaquil. Pero tenía algo más que contar:

«El tiempo ha estado de desgracias. El Cónsul General de los Países Bajos, el Caballero de Stuart, ha muerto en un duelo el día 30 del pasado octubre. El Caballero tuvo la culpa, porque en la noche de San Simón, estando en un baile que se dio en Palacio, ultrajó gravemente de palabra a un joven teniente de Vargas, hijo del general Miranda, y se negó el Caballero a toda otra especie de reparación que el de recurrir a las armas. El duelo fue con toda la solemnidad acostumbrada, y el

Caballero recibió un balazo en la cabeza que lo mató instantáneamente. Las autoridades civiles han hecho los mayores esfuerzos por descubrir los cómplices. Por todo lo dicho conocerás que no me conviene que me des por autor de esta noticia, aunque hagas uso de ella».

Saboreó sus historias. Chismes de palacio —diría Mariano. Le costaba sonreír, pero lo hizo ante el espejo que le regalara su mujer. Arrugó el entrecejo: Tenía algo más que agregar: «En estos días he estado malo, y aún no estoy muy bueno: mi salud en este país es muy precaria, y si la suerte no me proporciona pronto irme a Caracas, temo que mis huesos queden aquí por una temprana muerte, que si la viere venir, me atormentará mucho la consideración de la mala posición en que dejo mi familia.

«No me es posible ser más largo; son las 7 de la noche, y hoy he tenido un trabajo largo y pesado.

»Saludo a tu China, gózate en tu hijo, y dispón de tu amigo. Carlos».

Bogotá. Mañana y tarde del 16 de noviembre

Día inicial de las elecciones. Reinaba la tranquilidad y el frío. No así en la *Quinta Santa Catalina*. Santander había pasado la noche anterior con sus amigos y Nicolasa, atenta anfitriona, haciendo cuentas, celebrando el triunfo que daban por seguro.

En el Palacio de gobierno Bolívar estuvo dictando cartas, una tras otra, hasta pasado el mediodía, cuando decidió marchar hacia Monserrate para descargar las tribulaciones.

A las seis y cuarto de la tarde ocurrió un terremoto. En treinta segundos, la mayor parte de la ciudad de Bogotá quedó arruinada. *La Gaceta de Colombia*, en su número 919, registró el hecho: «El Palacio del Gobierno y casi todas las oficinas públicas y cuarteles, quedaron inservibles o muy maltratados. De los templos apenas se conservan íntegros la Capuchina, el Carmen y la capilla del convento de la enseñanza; nuestra majestuosa Catedral que no contaba todavía nueve años de servicio, la capilla del Sagrario, cuya solidez parecía invencible, la iglesia de Santo Domingo, tan regular, tan bien apoyada y que había sido construida con tanto esmero, todo cedió a la violencia de la conmoción.

Es muy rara la casa de alto que está habitable, y aún muchas de las bajas han quedado por tierra… Muchos de los edificios que aparentemente resistieron al primer impulso, han cedido luego a los frecuentes que han seguido, aunque incomparablemente más suaves. Felizmente la pérdida de vidas no ha sido la que tan espantoso fenómeno hizo temer al principio, pues según las indagaciones del jefe municipal solo quedaron entonces sepultados un religioso hospitalario, un párvulo y cuatro mujeres, y además otra mujer sobre la cual cayó una pared en uno de los temblores más recientes… En la quinta que habita el LIBERTADOR no se experimentó daño alguno».

Bogotá. Quinta de Bolívar.
Día y noche del 17 de noviembre

Cabalgó de un lugar a otro. Visitó a cuantos pudo. La tribulación mordía su cuello. Atragantadas las palabras de consuelo. El pan tenía sabor a vida infortunada. Encontró afecto y desolación, mucho amor aguijoneándole el espíritu. Las casas derruidas y el desamparo traspasaban sus más puros sentimientos, amargados por la impotencia. Sintió la muerte en carne propia. Pudo comprobar que muchas de las treinta y dos construcciones religiosas sufrieron el rigor sísmico. El sábado aumentaría la inundación de mendigos recorriendo calles y casas derruidas. Regresó a la Quinta con los ojos en blanco, desguarnecido. Le dijeron que Ferguson, Santana, José Palacios y Andrés Ibarra andaban curando heridos y amortajando muertos. Pensó en Manuela. Respiración profunda.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche del 19 de noviembre

«La ciudad ha quedado sola y triste».

Bogotá. Despacho de Bolívar.
Mañana del 23 de noviembre

Le amaneció Venezuela martillándole el cerebro. Café con brandy para sacudir el frío. Hábleme de los asuntos de Cumaná, que me tienen atormentado —escribió a Briceño Méndez, desde hacía

rato en Venezuela—. Salió a caminar por los corredores. Regresó para interesar a Páez en destruir a Cisneros y su banda, «esa canalla que nos molesta y arruina el país».

«Lo único agradable que puedo participar a Vd., en medio de las ruinas y miserias que nos envuelven, es la ocupación de Guayaquil por el general Flores, quien ha desterrado de allí a todos los facciosos y puesto aquel departamento bajo la obediencia del gobierno. Sus habitantes han mostrado alegría al verse libres de esos perversos, y de haberme yo puesto a la cabeza del gobierno. En medio de tantos desastres ese es un consuelo: al menos, bajo mi autoridad, Colombia se presentará en convención íntegra, aunque pobre; unida, aunque temblorosa».

Desamparado, como la ciudad, y bastante triste. Tal la escalofriante sensación de Santana, clavado en la silla.

—Escríbale a don Perucho que lo necesito a mi lado y le encarezco que venga cuanto antes. Que no lo emboben las lágrimas de la familia.

Santana sintió húmedos sus ojos, al igual que el general Libertador.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 26 de noviembre

Recibió carta del general Mariano Montilla. Apuró el entusiasmo. Respondió de inmediato: «Gustoso he leído la muy apreciable carta de Vd. del 3 del corriente, en su hacienda de Aguaviva: ella me ha dado noticias favorables, indicándome haber cesado ya los temores que se tenían en ese departamento con respecto a la expedición. Esta nueva ha sido para mí muy consoladora, pues que ha venido en días bastante tristes y aciagos para esta capital, que está envuelta en ruinas y miserias de resultas del terremoto que se ha extendido a lo lejos, como lo verá Vd. por la gaceta.

«Mucho temo por el Sur y por Cartagena. Más no es este el temor que más me aflige: el de la guerra civil, que Vd. también participa, me contrista y me aterra, bien que espero que no seremos tan desgraciados que esta tenga lugar. Por mi parte, haré todos los esfuerzos que están a mi alcance a fin de evitarla; y para esto cuento con el celo y la eficacia de los amigos que, como Vd., se interesan en impedirla por medio de

su influencia y de sus consejos y aun sus servicios si fuere necesario. Esto me conduce naturalmente a hablarle sobre los últimos disturbios de Cumaná que, a la verdad, han sido bastante alarmantes por su naturaleza y por el jefe de la empresa: Coronado, quien Vd. conocerá por fama. Páez ha tomado sumo interés en destruir esa facción por las buenas o por las malas, y las cartas que recibí por el correo de ayer me participan que algo se había adelantado. Considere Vd., cual será mi situación en medio de tantas circunstancias desagradables y en medio de tanta pobreza. Al ponerme a la cabeza de la administración, en vez de encontrar una República que gobernar, he hallado un esqueleto que reformar: ¿Y lo podré conseguir, atado como me hallo?».

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Tarde del 2 de diciembre

Los tormentos devoraban su alma. Insurgencias en una y otra parte de Venezuela. Santander y sus amigos saldrían electos —pensó. Movieron sus piezas como consumados ajedrecistas. Ofrecieron prebendas regionales, deslizaron amenazas, amedrentaron a los menos con el espantajo de la monarquía. La pensaron bien cuando decidieron recoger sus artilugios legales contra la convocatoria a la convención para darle, con artilugios diferentes, irrestricto apoyo. Claro que funcionó el plan de los engañadores. No cabía duda. Mientras tanto yo, Simón José Antonio de la Trinidad, hacedor de repúblicas, para nada intervine en el proceso eleccionario, a no ser las cartas que escribí a los amigos solicitando sus mayores esfuerzos por elegir a los mejores. Ahora, efectuadas las elecciones, solo me queda machacar para que los representantes defensores de la unidad de la República y de un gobierno vigoroso lleguen a Ocaña volando volando volando.

Conforme al decreto del congreso, «los diez primeros diputados que lleguen al sitio de la convención califican a los demás.» Como quiera que Santander y sus amigos saldrán electos en Bogotá, de inmediato marcharán para Ocaña, tocarán allí de «primeritos», y calificarán a su antojo para, a su antojo, manejar la convención: «esta es cosa que la veo suceder».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Mañana del 6 de diciembre

Un cúmulo de cartas le trajo el comandante Espinosa en llegando de Guayaquil. Todas informaban de una perfecta tranquilidad. Entre ellas, algunas de la familia Garaycoa, escuadrillita de ángeles marinos. Tomó pluma y papel para escribirle a Manuela Garaycoa, conmovido por sus elogios, que ellos solos bastarían —pensó y escribió— «para saciar la codicia del más ambicioso de gloria». «¿Y qué otra cosa podía esperar de las Garaycoas, de esas amigas fieles, de esas colombianas constantes, de esta Gloriosa sin rival? Yo les doy las gracias a todos, y séame también permitido congratularme a mí mismo, ya que de algún modo he podido restituir la paz y la tranquilidad al corazón de los guayaquileños. Un sacrificio me ha costado: el de mi reposo, ¿pero qué importa que padezca yo para que Vds. gocen? ¿Que yo perezca para que viva un pueblo?»

Durmió y soñó a placer. Bailó con la Manuela Garaycoa, tibia, íntima flor iluminada: deseos tuvo de besarla, como de paso. Cubrir de lisonjas a la madre —que hasta parecida la encontraba a María Antonia, mas no, qué va, en el carácter. Disparataba. Instó a bailar a San Martín para que sacudiera los tormentos. Es muy tieso el general. Caminó por el malecón, navegando en los vítores de mujeres y hombres. Vio pasar pájaros contra el cielo enrojecido, cabelleras revolando alrededor de su cuerpo. Despertó de puras ganas: los ojos nutridos de un amanecer más claro que la claridad. Deliraba.

Bogotá. Días y noches de diciembre

El ocho escribió al general Salom, acongojado por su solicitud de retiro. «Mi querido general, dígame Vd. lo que puedo aún hacer por Vd., y siempre que quiera tengo un lado preparado para Vd. cerca de mí».

Ese mismo día agradeció a sus generales en Guayaquil la felicitación que le hicieran a nombre de su ilustre pueblo, deseando que le transmitieran sus sentimientos de gratitud. Claro que pensó una vez más en la generosa rama Garaycoa, escuadrillita de ángeles marinos. En la Gloriosa, tibia, íntima flor iluminada.

El nueve comunicó a Páez el consuelo de verle lleno de celo e interés por la salvación de su tierra natal. También la desagradable noticia de que las diputaciones de la capital, «y tal vez la de muchas otras provincias», no eran nada favorables. «El general Santander será el primer diputado de Bogotá y sus amigos los otros».

Algunas cartas, menos que más, dictó los días siguientes, fantaseando los recuerdos de Guayaquil. Poco le importaron las celebraciones de Santander, Nicolasa y los amigos, unas en la casa de Santa Clara, otras en la de San Juan de Dios. La más rumbosa en la Quinta Santa Catalina. Casas todas propiedades de Nicolasa, artífice ella, que así lo creía, de las diputaciones triunfantes.

Una de aquellas mañanas visitó el barrio del Rosario arriba, convertido en escombros. Entró al Palacio como un cascajo, agonía de la pena ajena, que era suya, por la miseria avergonzado.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Mañana del 15 de diciembre

Amaneció con el corazón a la intemperie. No escampaban las preocupaciones del bolsillo. Un futuro incierto lo abordaba sin permiso alguno. A su hermana María Antonia le escribió informándole de sus mejoras de salud últimamente, pero había algo más: sus penurias económicas: «Haz de creer que aun no he pagado a todos mis acreedores, pues todavía debo tres o cuatro mil pesos, por lo cual deseo que no dispongas de los cuatro mil pesos que dejé a tu disposición para cortar el pleito de Aroa con los señores Lecumberri, sino que los reserves para cubrir los libramientos que giraré contra ti en estos días. Para cortar el pleito, tiempo tenemos».

Ni idea tenía que el pleito de las minas de Aroa era con los Lazos y la señora Sagarzazu, a quienes llamaba los vizcaínos, y no con los Lecumberri.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Tarde del 15 de diciembre

No andaba bien de la cabeza. Las elecciones y el terremoto que había convertido a la ciudad en un escombro seguían acosando a su

espíritu. De nada servían las atenciones del doctor Moore, preocupado en esos días por su salud y los asaltos de la melancolía, ni las infusiones de María Luisa ni las cestas de manzanas, guindas y fresas silvestres, frutas que Petrona le ponía en los corredores y en el alféizar de la ventana, con un muñequito haciendo de espanta pájaros. De nada los malos ojos y carraspeos de Palacios, ni los silencios de convento de uno a otro extremo de la Quinta cuando echaba a andar sin concierto por los jardines emparamados.

Bogotá. Quinta Bolívar. Corredor. Mañana del 19 de diciembre. Atardecer del 20

Montado en la hamaca dictó a Santana: «Muchas gracias, mi querido Álamo, por la bondad con que Vd. ha atendido la recomendación que le hice a favor de la viejita Hipólita: no esperaba menos de la buena amistad de Vd.».

Meses atrás había acudido a José Ángel Álamo para que diera a la vieja Hipólita treinta pesos mensualmente, cifra que Álamo podía librar contra él «por la pensión de un año, más o menos.» Mi deseo, le decía entonces, es «que esta infeliz que me alimentó no perezca de miseria.» Solicitud que había hecho a María Antonia, pero que esta no había cumplido. Acaso su hermana le estaba pasando factura a Hipólita por sus exclusivos mimos para Simoncito –pensó con asomo de picardía.

Exhaló su aire a lo largo del patio. Escuchó el turpial de su infancia. Creyó aspirar el olor de jazmines, más agresivo mientras más florece. Sintió un dulce alivio como cuando niño, después de berrear —decir de Hipólita— y patalear hasta el cansancio.

Al día siguiente, veinte de mes, le escribió a María Antonia: «Contesto tu carta de San Mateo que recibí ayer, diciéndote que quedo satisfecho de los motivos que tuviste para no cumplir con las órdenes que dejé a favor de Álamo e Hipólita: siendo este un asunto que ya pasó, olvidémoslo».

Insistió con el asunto de sus compromisos: «Te he dicho antes que no des dinero para la transacción del pleito de Aroa, por que yo lo necesito para cubrir algunas deudas que tengo pendientes, y además mira si puedes negociarme dos mil pesos de arrendamiento y mándamelos».

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Noche del 20 de diciembre

Molesto le escribió a Cristóbal Mendoza con el presagio sobre la dificultad que habría en llenar los gastos que indispensablemente ocasionarían los viáticos de los diputados de Caracas a la gran convención. Exigía los mayores sacrificios para cubrir las dietas de los representantes, ya de parte del gobierno, «ya de parte aún de ellos mismos, si posible fuese.» En esta capital la pobreza no nos quiere abandonar un solo momento, y esto me atormenta —agregó.

Un mal presentimiento lo aguijoneó antes de concluir la carta a Mendoza. Entonces dictó: «Sírvase Vd. saludar a los amigos de Caracas: dígales que espero del buen carácter de ellos, seguirán comportándose con el mayor juicio hasta ver cual será nuestra futura suerte en la gran convención».

Bogotá. Palacio del gobierno. Habitación. Madrugada del 21 de diciembre

Toda la madrugada con una tembladera, empapado de sudor, como si tuviera enniñado. Toda la noche el candil desparramando sombras del pasado. Sonaron sin cesar los cohetes y las campanas de año nuevo en Puerto Cabello, la noche del 31 de diciembre del año anterior. Lo palmearon los abrazos en la plaza.

Una vez más la lluvia pertinaz de los reclamos de la conciencia por sus concesiones a los agitadores de Caracas y los cosiateros de Valencia. Te venció la patria chica, Simón, te acurrucaron los temores de inflamar una guerra impura con el catire Páez y sus llaneros —escuchó confesarle al mapa de Carabobo cuando salió a sonambulear con el contrapunteo de gallos.

—Regrese a la cama, Simón José Antonio —le ordenó Palacios, todo fantasma bajo la luz del candelabro, todo padre, devoción toda.

—Prepárame, José, una taza de chocolate, y dispón de los biscochos.

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 21 de diciembre

Escribió a José Fernández Madrid con la mayor franqueza: «Mi estimado amigo: Tengo el gusto de contestar sus dos apreciables cartas de 21 de septiembre y 3 de agosto que recibí ayer. Por su contenido veo que Vd. aún se lisonjea con mejoras en nuestras rentas, pero, amigo, sucede todo lo contrario, y cada día se aumentan más y más las dificultades y la miseria. En esta capital apenas se pagan los empleados, y en el resto de la República sucede casi lo mismo. Yo no puedo mejorar las cosas porque no está en mis facultades; yo no puedo salirme fuera de los límites de una constitución a que debo ceñirme; yo no puedo alterar las leyes que complican nuestro sistema y últimamente no puedo ser un dios, para cambiar los espíritus y las cosas. Muy sensible me es ciertamente hacer a Vd. esta triste relación, mas yo no puedo engañarle: mi deber y mi posición me obligan a hablar la verdad, aunque cuesta a mi corazón».

Bogotá. Palacio del gobierno. Despacho de Bolívar. Mañana del 21 de diciembre

Cada día era mayor su interés por la venta de las minas de Aroa en Londres. Le insistió a Fernández Madriz. Consideró que no era oportuno hablarle de sus planes con el futuro: obtener un ingreso que le permitiera cubrir sus gastos como ciudadano común en Caracas o en Europa. Por ahora, intentaría desengañar el optimismo de su representante en el viejo continente:

«La gran convención está al reunirse: ya se hacen las elecciones. Yo no sé que saldrá de esta reunión. Vd. se promete grandes cosas, y yo no sé que decir. En Caracas se habla de federación, y quién sabe si en el Sur harán lo mismo. Lo cierto del caso es que veo como imposible fijar la estabilidad de este país. Si lo dividen, se pierde, y si establecen leyes generales, débiles, como son todas las que emanan de un gobierno muy libre, entonces esta dilatada región tendrá que sufrir los mismos inconvenientes de un país sin gobierno, porque es constante que la fuerza del gobierno debe ser relativa a la extensión: en una palabra, Colombia y la América entera son países perdidos para esta generación. No se alucine

Vd. con otras ideas, y si es preciso confiéselo Vd. a los ministros británicos, porque el engañado siempre es el engañador».

Recordó a la bella distinguida esposa de Fernández Madrid: «Hice una visita el otro día a la señora de Vd. y vi sus hermosos chicos».

Bogotá. Pulpería. Noche de diciembre

En una pulpería de La Candelaria, que cualquier emperifollado de Bogotá calificaría de mala muerte, alrededor de una mesa bien servida, Santander, Vicente Azuero y Francisco Soto. No es de extrañar sus atuendos de ciudadanos comunes, pues intentaban pasar de incógnitos con las chamarras encima y sombreros campesinos.

—Todo ha salido a pedir de boca. Dominaremos la convención. Hemos trajinado los votos con afán.

—Cuidado con el triunfalismo, mi apasionado Azuero. Si el general Bolívar va a Ocaña, las cosas pueden cambiar —advirtió Soto.

—Las costas de Venezuela están amenazadas por España —arguyó Azuero.

—O por los amigos del catire Páez —dijo Santander con insidia.

A las risas y los palmoteos de Azuero, Santander agregó:

—Acaso ya esté pensando en regresar a Venezuela. Su medio es la guerra.

—Ustedes hablan del departamento de Venezuela como si no fuera parte de Colombia —dijo Soto, satisfecho de su chuscada.

—Ni Páez lo quiere ni nosotros tampoco, así de simple —completó Santander.

—Nuestro medio es la paz —dijo la sorna de Soto.

Chocaron los pocillos en medio de un grito destemplado de Azuero.

—¡Muera el tirano!

El último parroquiano, ahíto de aguardiente malo, medio dormido, acertó a decir:

—¿Qué vaina es esa?

—¡A callar, carajo!

—Baje la voz, doctor Azuero, que las paredes oyen —mitigó Santander.

—Y los borrachitos también —dijo Soto.

—No exagere, doctor Azuero, no exagere —insistió Santander.

—Su muerte bien pudiera ser un mal necesario —replicó Azuero.

Santander bebió un trago para mojar sus apuros y comentar, embarazado:

—Confiemos en nuestros representantes a la convención, y en los escrúpulos del presidente.

—Sabias palabras, general —dijo Soto.

—También en el sur tiene lo suyo —murmuró Azuero como si hablara para sí.

Soto levantó un pocillo y lo acercó al oído de Santander, midiendo sus palabras:

—Y usted lo propio en casa de Nicolasa.

—No estoy para bromas de mal gusto, doctor Soto —respondió Santander, desencajado.

—Preparemos el equipaje. Ocaña nos espera —intervino Azuero, conciliador.

—Usted lo ha dicho, don Vicente —confirmó Soto.

—¡Salud, señores!

—¡Salud!

Zipaquirá. Calle. Mediodía de diciembre

Cabalgaba por la calle empedrada de Zipaquirá, junto a un grupo de oficiales. Los trajes militares fulguraban con el sol. Desde una esquina, al pasar los jinetes, un grupo de jóvenes profirió en gritos:

—¡Abajo la tiranía!

—¡Mueran los viejos decadentes!

—¡Mueran!

Estremecido, palmoteó suavemente a su caballo y le miró las altivas orejas como preguntándoles si también habían oído el vocerío. El sobresalto es interior, así lo dijeron su entrecejo, los ojos nublados, la mirada pérdida. Acaso llegó a escuchar los aplausos y los ¡vivas! de dos zagaletones persiguiéndole las botas con anhelo. La premura de los jinetes dejó a los niños en medio de la calle diciendo:

—¡Ahí va mi tío, mi tío! ¡Ahí va mi tío!

—¡Viva el tío Bolívar!

Zipaquirá. Casa de campo. Patio. Tarde de diciembre

El alcalde alzó una copa y dijo:

—Brindemos por la salud del Libertador. Brindemos por la paz que solo él, como Libertador presidente, puede garantizar a la República.

Aplausos y copas fueron acalladas por la voz del Libertador, quien dio un puñetazo sobre la mesa y estrelló una copa contra el suelo.

—¡Basta! Habiendo combatido por la libertad y por la gloria, me llaman tirano y me recompensan con vituperio. ¡No! ¡De ninguna manera!

¡Qué de gente perpleja! ¡Qué de murmullos! ¡Qué de gente boca abierta! Silencio. Largo, largo, largo silencio largo. De pronto un aguacero sacudió los tejados en medio de la consternación general.

Zipaquirá. Calle. Atardecer de diciembre

Por la misma calle y por la misma esquina de la tarde horas atrás pasó el Libertador y su séquito. Las sombras estiradas de los jinetes oyeron silbidos y gritos de una jauría de jóvenes de San Bartolomé:

—¡Longaniza!

—¡Viejo déspota!

—¡Acábate de morir!

En una ventana una pareja de ancianos, con la señal de la cruz por delante, levantaron los brazos espantados:

—¡Ay, Santo Dios! Si no respetan al padre de la patria...

El zumbido de la tos entrando en la oscuridad ahogó gritos y silbidos. Los ojos extraviados del general acaso vieron a los niños del mediodía arrinconados bajo un portal.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Cocina. Noche de diciembre

—Al día siguiente de Zipaquirá metió el bochorno en el saco del olvido —comentó Santana en el calor de la cocina.

—Quien sí pasó unos días enfurruñado fue el coronel Ferguson —comentó Ibarra.

—¿Y qué me dicen del ceño de Palacios? —preguntó Ferguson como sacándole el cuerpo a la pesadumbre.

—Vamos, señores, vamos —interrumpió Petrona, plantada en la puerta.

—Santana, su excelencia lo manda a llamar —dijo Palacios, por detrás de Petrona, con cara de yo no tengo vela en ese entierro, contrito el corazón.

Bogotá. Casa del general Soublette. Biblioteca. Tarde del 28 de diciembre

—Escríbele a Mariano —le dijo su mujer, muy de mañana—, que hace rato no tenemos noticias de él ni de la familia.

—Pues me olvidé de comentarte que me escribió con mucho afecto.

—Como corresponde —dijo su mujer.

No esperó la noche para escribir, aunque no estaba del mejor de los ánimos: «Mi amado Mariano: Anoche recibí tu apreciable del 10 en Fusca, a donde había ido a pasar los tres días de Pascua con el Libertador, y hoy me he vuelto; S.E. no vendrá hasta pasado el día del año nuevo».

Dio las gracias a Montilla por el interés que le había inspirado la suerte mala que hubiera podido caberle a su familia en el terremoto, «y sepa U. que nunca he esperado menos de su amistad».

No podía dejar por fuera, aunque de paso, algunas preocupaciones: «En Venezuela no había ocurrido nada hasta el 21 del pasado, pero se nota mucho disgusto con el sistema de contribuciones, y mucha paralización del comercio. Allí se trabaja activamente en el sentido de federación, y mucho es menester que sea en estos seis primeros meses del 28 nuestra fortuna para que no nos lleve el diablo».

Para luego una carta que le saliera del corazón. Sabía de los reconcomios de Montilla. Prefirió darle tiempo al olvido. Por ahora, la salutación de rigor en días como estos de fin de año: «Principiando ya el año nuevo llegará esta a tus manos, y te lleva mis más sinceros deseos por un feliz año»…

Fusca. Casa. Patio. Noche del 28 de diciembre

Buscó la soledad del campo, fastidiado de la capital, de las oscuras tiendas saturadas de humo de cigarro, de sus liberales de tomo y lomo: Soto, Azuero, Uribe Restrepo, Vargas Tejada. Por todas partes vilipendios sin tregua. Fastidiado por el mando en estas circunstancias y en esta edad ingrata. Así dijo una y otra vez a los árboles y a las piedras. Fastidiado de los conservadores que encabezaba el clero, de las capas azules y los sombreros negros, de los oficiales metidos en trajes ideados por sus mentes desocupadas, recargados de costuras, colores y adornos policromos, medallas y botones de oro y plata; fastidiado de los gorros y sombreros de tres puntas con penachos y plumas coloridos como una guacamaya. A ninguno de sus compañeros de armas le hubiera permitido tamañas extravagancias.

Escribió a Tomás Cipriano Mosquera: «Ni ahora mismo ciñéndome estrictamente a las leyes y a la Constitución me dejan en paz». «¡Qué no sería si metiera mis manos en las elecciones y en la Gran Convención!», como le aconsejaban algunos amigos desde los primeros días de la aprobación del congreso.

En la comida estuvo de buen humor. Rejuvenecido el semblante. Por la tarde le confesó a su amado Diego Ibarra: «Yo he venido aquí a pasar las pascuas con algunos amigos, me he divertido mucho y mañana pienso ir a Cipaquirá».

Andrés Ibarra aprovechó la ocasión para escribirle cuatro letras a su hermano. «Por aquí estamos ahora con un maldito paseo que tiene el general entre manos, pues hemos pasado las pascuas muy mal por ser esta una casa que está en medio de una sabana y, por consiguiente, no ha habido más gente que los pocos hombres que el general ha convidado».

Fusca. Casa. Habitación. Noche del 31 de diciembre

Te espero, Manuela, aunque me quemes el tejido del corazón. Prepara tus baúles.

1828

Bogotá. 1º de enero

«Representación al LIBERTADOR»

«Exmo. Sr. LIBERTADOR, Presidente:

»Los jefes y oficiales que suscriben, pertenecientes al Ejército Libertador, tenemos el honor de exponer a V.E. en uso del derecho de petición, los testimonios y los deseos que nos animan.

»Ha llegado un día negro de fatalidad y de oprobio en que a su vista desaparece la dicha de Colombia con el orden y la libertad, y en que mueren esas glorias arrancadas al destino con la sangre nuestra y los huesos de nuestros hermanos. Permita V.E. a estos veteranos de la libertad que corran sus ojos hacia el estado de Colombia y presenten a V.E. el cuadro bosquejado de nuestras desdichas. El sentimiento sagrado de amor a la patria, la compasión que les merece la suerte desgraciada de estos preciosos restos arrancados a la inquisición y a la tiranía, lealtad de corazones fieles al orden, a la virtud y a la gloria. He aquí, Exmo. Sr., los sentimientos que animan a estos militares en el momento de presentar a V. E. el retrato de nuestro mal. Que ese corazón,

que tantas veces inspiró el cielo, que dotó con sus dones, ese corazón grande, magnánimo, fuerte, que vio la esclavitud de la patria para redimirla, y sus agonías y su muerte para resucitarla: ese corazón modelo de tantas virtudes, de tantos desprendimientos, de todos nuestros héroes, se penetre del fuego sagrado con que cien veces en el campo y en el Gabinete, decretó la fortuna de los hombres y luego la confirmó. Ese genio que la bondad eterna depositó en V.E., fíjese por la última vez en la consideración de nuestros sufrimientos, y libértenos para siempre del deshonor y de la desgracia. Los patriotas esclarecidos, los varones próvidos y esforzados, los valerosos que, en el curso de nuestra sana revolución, siguieron a su caudillo y salvaron a Colombia, esos existen: viven para su patria, obedientes al genio tutelar de su creación. Hoy, en la negrura de nuestro estado, cruzan sus brazos en la inacción, y meditando en el hado cruel de esta tierra, derraman lágrimas de dolor, porque muere Colombia, existiendo ellos; y mueren ellos con sus fuerzas y valor: Dígnese V.E. examinar en el bosquejo siguiente la razón de tales sentimientos. Tres épocas distintas se observan desde aquellos brillantes días de Boyacá, Carabobo, y Pichincha: desde el tiempo en que, fijando una vez el estandarte de la libertad en nuestro suelo, lo dejó V.E. al cargo de sus criaturas. Entonces todas las fórmulas de la filosofía política vinieron a arreglar nuestra sociedad: la metafísica fue sentada por V.E. en el trono de Colombia. La generalidad de los hombres fue llamada al ejercicio de la soberanía: todos los estados, todas las clases vinieron a gobernar: los hombres de todas las opiniones, los de la misma opresión española, se pusieron acá y allá a dirigir esta frágil nave; débil por tres centurias de tiranía, y débil por una guerra de doce años: la ignorancia como el saber, el espíritu de libertad, como el del cruel despotismo, los vicios como las virtudes, vinieron a presidir la marcha de nuestra infancia; y por algún tiempo mientras duraba al resplandor de las virtudes del caudillo, mientras el calor vivificante de amor a la patria y a la gloria pudo dirigirnos, Colombia siguió el camino del honor y de los bienes. Pero la índole de nuestros elementos debía al fin domeñar la suma de algunas virtudes, y llegó por fin el tiempo en que empezó a retrogradar. Entonces, la ambición subió al corazón de los magistrados, la injusticia y la venalidad vinieron a nuestros tribunales, el desorden y la miseria desmoralizaron el ejército, el desaliento se apoderó de la mayoría, el espíritu de facción enfureció a los demás,

y la avaricia carcomiendo todos los corazones, nos precipitó sobre las ruinas de nuestra patria. El valor, el talento y la virtud disgustados, sin moral, en fin, entre nosotros, Colombia no podía seguir: rompió la revolución. En esta época no vemos sino la ausencia de BOLÍVAR.

»El 30 de abril de 1826, se abrió la nueva era: para un remedio tan cierto, como lo podía ser nuestra pérdida final, pero para peligros evidentes que solo podía evitar la presencia de BOLÍVAR. Hubo, pues, el buen sentido de parte de los revolucionarios, de llamar en auxilio de todos al Libertador de todos; los reformadores de aquel orden, porque estaban entre ellos más que entre los primeros, los venales, los avarientos, los ambiciosos: los que habían formado leyes amañadas, los que abusaban del Poder vestido de la legalidad: los acusados, en fin, que V.E. y la nación debían juzgar (deben juzgar). Nosotros, que no fuimos ni los primeros ni los segundos, y que respetamos demasiado el rango de jueces en tal contienda, nos contentaremos con decir, como lo más constante, que unos y otros faltaron a su patria. Iban a combatirse, iban a despedazarla, cuando V.E. abandonándolo todo vino a salvarnos. He aquí un momento que debía dar fin a la fatalidad y nuevo principio al bien. Desde aquí nos toca el examen de esta segunda época, y procuraremos hallar el origen de los progresos de nuestros males: dos objetos se nos presentan desde luego, uno directo y otro indirecto, que los han aumentado hasta hoy. El directo fue la acusación calumniante, atrevida y mentirosa, con que algunos envidiosos y perversos se propusieron combatir a V.E. atribuyéndole ambición a una soñada monarquía. Pensamiento ridículo, pensamiento bajo y deshonrado, digno solo de los enemigos de Colombia, de aquellos que la deshonraron con su opresión y la descarnaron con sus crímenes; pensamiento, que ellos mismos nunca atribuyeron al LIBERTADOR, que llena de vergüenza al que lo concibe, y nos pinta sus infames inventores, o como criminales insignes, nutridos de la perversidad, o como idiotas incapaces de percibir la luz que despide la gloria de BOLÍVAR. Esta idea mezquina y grosera en su origen, tenía sin embargo el veneno de la víbora que se ha circulado para hacer ingratos y malvados a los incautos y a los ignorantes. El otro objeto que percibimos y que obra indirectamente contra el bien de Colombia, es permítanos V.E. que lo digamos, la conducta de V.E. Al pisar V.E. el suelo de la patria, los males habían ya subido de punto, los peligros se multiplicaban, y la vara de la desgracia se tendía

sobre Colombia desde Tumbes hasta las bocas del Orinoco: el patriotismo, la generosidad, las virtudes, todas huían ya de una tierra en que iban los hermanos a despedazarse y que veíamos manchada con sangre fraticida. Gritóse entonces BOLÍVAR; y cuando V.E. puso el pie sobre sus playas, este grito repetido mil veces resonaba por todos nuestros ángulos, y era el clamor de la sociedad. V.E. fue nombrado mediador y árbitro de nuestras diferencias, pero V.E. desoyó el grito de la patria para atender a un solo alarido que la avaricia y la ambición lanzaban de un solo punto. Colombia tendía sus brazos, y V.E. los rechazaba para seguir el falaz consejo de la misma envidia, el de la mentira envidiosa y maldiciente. Si ella se había inundado, V.E. al llegar a ella siguió siempre el camino que le habían señalado sus pérfidos enemigos, abrazándolos, volvió a poner en sus manos traidoras el Poder de la nación. Llegó V.E a Venezuela, y si ella se incorporó, si Colombia volvió a existir fue siempre con la condición tácita y expresa de que se juzgarían los criminales, que se reformarían las instituciones, las leyes, la justicia, la moral pública; pero, ¿qué vimos?: mientras V.E. en Venezuela confirmaba la unión y daba existencia al país, los enemigos de Colombia, dueños del Poder público que V.E. les entregó, separan de su ejercicio a todos los hombres de bien, empleados en servicio público, completan su máquina de maldad, y entregando la Hacienda, la justicia y las armas a los cómplices de sus crímenes; y haciendo uso del arma fatal de la calumnia, difamaron a V.E., y esparcieron en todas partes las sospechas, el descontento y todos los elementos de una disociación.

»Ellos insurreccionaron departamentos, trastornaron Repúblicas aliadas, sublevaron algunas tropas, emprendieron la desmembración de Colombia; quisieron en fin borrar de la tabla de la existencia ese nombre mágico y sagrado que en ella se escribió con tanta sangre: el Sur, el centro debía ser, según sus impresos y documentos incontestables, separados entre sí, y separados del resto de la República: el producto de nuestras campañas, tantos sacrificios y victorias para dar una patria, y para formar una nación, debían anularse, debían ser nada, para dar lugar a viciosos intereses, al desahogo de las pasiones, y a una ambición loca de mandar. Mil crímenes se aglomeraron para producir la proclama de V.E. del 19 de junio; y el movimiento que V.E. emprendió para salvar de nuevo la República. ¡Cuántas esperanzas concibió

entonces la patria! Cesó esa época segunda en que solo vimos confianza y generosidad fatales; un sistema equivocado.

»Nuevo clamor se levantó entonces de aprobación y de consuelo: se agotó, dijeron, toda esta generosidad que nos lleva al precipicio: BOLÍVAR viene a gobernarnos: saldremos al fin de este caos inmundo para pasar al orden de la libertad: ya habrá imparcialidad y justicia en los tribunales: dignidad y circunspección en los magistrados: escrupuloso desinterés en la Hacienda: el honor y el valor del ejército van a confirmarse: el saber y el patriotismo se encargarán de la dirección pública; abajo los delincuentes, orden, en fin, orden social. Pero V. E. llegó a Bogotá, abriendo de este modo la era de las reformas; y sentado bajo el dosel del Gobierno, solo cambia la persona de su encargado. La misma República existe hoy que existió entonces: sus leyes, sus magistrados y empleados de toda clase; en fin, Sr. Excmo., aquella Colombia que corría a su precipicio, aquella Colombia cuya suerte creíamos todos mejorar. V.E. conoce nuestros males: en el amor puro de un padre para con sus hijos, desea sacrificarse para remediarlos, ¿por qué, pues, existen todos ellos? ¿Cómo se continúa sembrando el descrédito, difamando el Gobierno, sublevando las provincias, diseminando falsedades, cometiendo injusticias y destrozando el honor del Ejército, ese honor que ha comprado con su sangre? Ha llegado un día, señor, en que de todas partes claman estos hombres beneméritos, este Ejército entero lleno de cicatrices, contra los ultrajes, los atroces insultos que llueven sobre él: este Ejército, señor, que ha dado libertad a tantos ingratos, que ha redimido a tantos esclavos, que ha traído a la dignidad de hombres tantos seres envilecidos por la tiranía: el que sembró en la América el Sur el árbol de la libertad: este Ejército se llama servil y amigo de la opresión: se le dice deshonrado, y sus glorias y las glorias de V.E. se llaman ya marchitas. ¿Permaneceremos, podremos permanecer, cruzados nuestros brazos delante de la insolencia, y mirar sacrificar en la inacción esa gloria inmortal de nuestra patria, y esa felicidad tan cara? Nosotros vemos a todos nuestros compañeros, a todos nuestros compatriotas, a la nación entera que gime con nosotros: sentimos despedazar el corazón de la patria, por una mano traidora, por una facción miserable, que en ninguna parte existiera ya, y aunque quisiéramos respetar la moderación de V.E. ¿podremos existir en tal estado? ¿Adónde va Colombia? Día llegaría en que nuestros males fuesen irremediables; y las elecciones que acaban de celebrarse

nos prueban bien cuánto puede la actividad desenfrenada de una facción contra la calma racional de la mayoría. Ha llegado un día de crisis, un día decisivo, que ni V.E. ni la nación pueden dejar de conocer: en que el LIBERTADOR Presidente debe terminar de una vez los sufrimientos de nuestra patria: sin tal remedio, mañana serán todos ineficaces: nos precipitaremos unos sobre otros, y no veremos el porvenir.

»Concluimos, pues, E.S. pidiendo a V.E., ya como el primer magistrado de la República en un caso extraordinario, ya como el LIBERTADOR y creador de ella, y como investido de todos los títulos que pueden hacerlo árbitro legítimo para nosotros, que fijando su atención en estos sentimientos, que son los de la mayoría nacional, ponga un término a la desdicha pública, y a los ultrajes del Ejército».

«Bogotá, Enero 1º de 1828».

Bogotá. Día y noche del 2 de enero

La pegaron en las paredes. La regaron en las iglesias. Amaneció en las mesas de las pulperías. Algunos pensaron que era la respuesta del general Santander a la «Representación al Libertador», representación que el día anterior fue repartida por toda la ciudad, entregada a mano por soldados y espontáneos ciudadanos, también quemada en el patio del Colegio San Bartolomé. Para muchos el pliego con el título AL EJÉRCITO COLOMBIANO tenía el talante de Luis Vargas Tejada. En todo caso, procedía del grupo triunfante en los comicios para nombrar representantes a la gran convención.

«AL EJÉRCITO COLOMBIANO»

«*Compañeros: El gran día de Colombia se acerca: sus destinos van a decidirse en Ocaña –allí la sabiduría, imponiendo silencio a las pasiones, fundará la nación sobre bases sólidas– o allí, exaltándose los partidos, pronunciarán el triste fallo* –¡Fue Colombia! *¡Qué corazón patriota no se estremece al sospechar siquiera que tan enorme calamidad puede venirnos!; ¿y cómo no hervir en nuestras venas el resto de esa sangre que vertimos en provecho de la libertad? ¿Cómo será dable nos mantengamos fríos espectadores de su ruina? Vénse aglomerar ya sobre nosotros mil nubes ominosas preñadas del rayo destructor –y entre tanto, por no ser cuerpo deliberante habremos*

pasado a ser autómatas–. ¿No nos habrá quedado ni el miserable recurso de quejarnos ni el hablar de nuestros vilipendiados servicios, ni el mencionar lo que hemos podido, y aun valemos? Compañeros: en estos días de crisis, yo me creo autorizado a nombre de nuestros más caros intereses que veo peligrar, a dirigiros la palabra. Mas, desconfío de mis luces, y entiendo que harán mejor efecto sobre vosotros las enérgicas razones de un General muy distinguido, y que hablaba en medio del pueblo más virtuoso y libre que jamás vieron los siglos. Su contenido es tan análogo a nuestra actual posición, que parece escrito entre nosotros. Escuchadle».

«A los Oficiales del Ejército: —Caballeros y amigos: un compañero de armas, unido a vosotros en intereses y afecto, que tanto como vosotros ha sufrido en lo pasado, y cuya suerte puede ser tan desesperada como la vuestra en lo futuro; os ruega le escuchéis. La edad, tiene el derecho, y el rango autoridad para dar consejo. Y aunque de ambos carezco, me lisonjeo sin embargo, no negaréis vuestra atención al lenguaje sencillo de la razón y la experiencia. Amante como muchos de vosotros de la vida privada, la dejé a mi pesar, y la dejé decidido a retirarme del campo cuando cesase el motivo que me llamó a las armas y solamente entonces. Solo cuando los enemigos de mi país, los esclavos del poder, y los satélites mercenarios de la injusticia, se vieran precisados a renunciar a sus proyectos y a reconocer a la América, tan terrible en las armas como moderada en sus aspiraciones. Con tal designio, ha mucho tiempo que he tomado una gran parte en vuestras fatigas y peligros: he padecido las angustias de la pobreza, y la vista de la insolente opulencia, sin dar un suspiro. Mas, cediendo demasiado a mis deseos, y demasiado débil a la vez para tomar sus inspiraciones por dictamen del buen juicio, *he creído hasta los últimos momentos* en la rectitud y la justicia de mi patria. Esperaba que, según las nubes de la adversidad se disipasen, y los resplandores de la prosperidad alumbrasen una perspectiva más brillante, disminuirían la frialdad y rigor del Gobierno. Esperaba que entonces resaltaría *su gratitud* más bien que su justicia a favor de los que habían sido su apoyo y su escudo en los críticos momentos de su tránsito desde la humilde servidumbre hasta su gloriosa Independencia. Empero, la confianza y la moderación tienen sus límites. Traspasarlos, es convertir vergonzosamente la una en credulidad y la otra en cobardía. Tal es, amigos míos, nuestra situación en mi concepto. Estamos tocando en los extremos. Un paso más nos hundiría en abismo. Ser mansos y sosegados cuando nos apuran

los agravios, más que debilidad sería. ¡Pero, aguardar un tratamiento mejor, sin hacer varonil esfuerzo, fijaría nuestra deshonra y manifestaría al mundo entero lo mucho que aun merecemos las cadenas que acabamos de romper!: Para precaver este infortunio examinemos el terreno que pisamos; y desde él fijemos nuestra atención por un momento, en la no explorada región del porvenir.

»Después de tantos años de penosísimas tareas, hemos logrado el objeto que nos propusimos conseguir. Amigos míos, vuestro valor mortificado tenía actividad en otro tiempo: él condujo la América a través de una guerra dudosa y sanguinaria, aseguró su independencia e hizo retornar a ella la venturosa paz; a hacer felices… ¿A quién? ¿A una patria, quizá dispuesta a reparar nuestros agravios, a indemnizar nuestras pérdidas, a estimar nuestro mérito, a recompensar nuestros servicios?; ¿A una patria que está celebrando nuestro regreso a la vida privada, con lágrimas de gratitud, de júbilo y de admiración? ¿Que ansía para repartirnos esa costosa Independencia que la conquistaron nuestros brazos, y esas riquezas que le han sabido conservar nuestras heridas?

»¡Amigos! ¿Es esta nuestra patria? ¿O es más bien una cruel madrastra que desprecia nuestros derechos, que desdeña nuestros clamores e insulta nuestras miserias? Más de una vez manifestasteis vuestras necesidades al Congreso; y le hicisteis conocer vuestros deseos. Deseos y necesidades eludidos, cuando la gratitud y la *política* habrían debido prevenirlos. Y últimamente, ¿no habéis pedido a su justicia con el lenguaje humilde de la súplica, lo que ya no podíais esperar de su favor? ¿Y que despacho os dieron? Vedlo en la carta que estáis convocados a examinar mañana.

»Si este tratamiento recibís cuando vuestras espadas se necesitan todavía para la defensa de la América, ¿qué debéis esperar en la paz definitiva, cuando vuestra energía quede embargada, y con la separación desvanecida vuestra fuerza?

»Cuando estas mismas espadas, instrumentos y compañeras de vuestras glorias, se os arrebaten de las manos, cuando no os quede otra insignia de distinción militar que las heridas, las enfermedades, las miserias, ¿podréis entonces consentir en ser las únicas víctimas de nuestra revolución y retiraros de campaña a envejecer en la mendicidad y el menosprecio? ¿Podréis consentir en sujetaros a la mengua de

la dependencia, y a deber de la caridad los restos de una vida prodigada hasta hoy en el campo del honor? Si tenéis alma para cubriros de tamaña ignominia, sed el juguete de los que se llaman liberales, y la burla de nuestros antiguos opresores; sed la irrisión; y lo que es peor todavía, sed la LÁSTIMA del mundo entero. Pereced de hambre, de desnudez y vergüenza, y no se hable más de vosotros. Mas, si estos desastres excitan vuestros varoniles sentimientos, si tenéis bastante previsión para descubrir en lo futuro, y bastante valor para hacer frente a la tiranía, sea cual fuera el traje que se vista, ya el sencillo republicano, ya el espléndido manto real; si sabéis distinguir entre el pueblo y su causa, entre los hombres y los principios –despertad, contemplad vuestra situación, y resolved si por otras manos que las vuestras se podrá aplicar remedio a tantos males. ¡Si malográis esta ocasión vanos serán después vuestros esfuerzos, y vuestras tentativas serán entonces tan inútiles, como lo han sido hasta ahora vuestras súplicas. Os aconsejo pues, que no perdáis más tiempo sin formar una resolución decisiva sobre lo que podéis y queréis sufrir. Si vuestra determinación es proporcional a los agravios, apelad de la justicia al miedo del Gobierno. Dejad el estilo blando y enervado de los memoriales: tomad un tono más osado, decente pero enérgico, resuelto y firme –*Sospechad de todo aquel que recomiende moderación y más paciencia*. Elegid dos o tres hombres capaces de sentir y de redactar vuestra exposición última, porque no la quiero llamar con el desdichado e insignificante nombre de representación. Exponed en un lenguaje que no deshonre, por su aspereza, ni os sea pernicioso, por su timidez, lo que ha prometido el Congreso, y lo que ha cumplido: Cuánto tiempo y con qué paciencia habéis sufrido: cuán poco habéis pedido, y lo mucho de este poco, y se os ha negado: decid que aunque fuisteis los primeros y quisierais manteneros hasta el último en buscar los peligros, y aunque la desesperación misma no os pueda forzar a deshonraros, puede estrechar a que salga del campo, que la herida exasperada con frecuencia y jamás curada se hace al fin insanable, que la menor señal de desprecio que os manifieste ahora la Representación nacional, puede tener el mismo efecto que la muerte, y *separaros para siempre* –que en todo acontecimiento político tiene su alternativa el ejército–, que en caso de paz solo la muerte os hará dejar las armas, y en el de guerra, poniéndos bajo las órdenes y los auspicios de *vuestro ilustre Jefe*, os retiraréis a un desierto y a vuestro turno os

reiréis, os burlaréis de sus terrores. Pero, haced también presente, que cumpliendo la Nación con lo que os debe seréis vosotros más felices, y ella más respetable, que mientras dure la guerra seguiréis sus banderas en campaña, que cuando ella termine, os retiraréis a la sombra de la higuera doméstica; y en la oscuridad de la vida privada daréis al mundo nuevos motivos de admiración y de aplauso –un ejército vencedor de sus enemigos– vencedor de sí mismo».

«*Así hablaba a sus compañeros de armas un ilustre defensor de las libertades de la América del Norte, y así siente, así exhorta al glorioso y abatido ejército de Colombia*».

Un compañero de armas

Bogotá. Quinta de Bolívar. Biblioteca. Noche del 2 de enero

Permaneció en Fusca desde el sábado 28 de diciembre hasta el primero de enero. Había pasado las pascuas con unos pocos amigos. De alguna manera habían sido felices y divertidas. Recogido en el campo, así decía. Cabalgando por la sabana, aspirando los aires del amanecer. Requería despejar la mente, abrumada por las malandanzas de los enemigos, las papeluchas, la atmósfera de intrigas. Regresó a Bogotá comenzando el año. El dos de enero escribió a Páez y al doctor Mendoza. De nuevo los tormentos: motín en Angostura, destitución de su Intendente por una horda de agiotistas, contrabandistas y deudores del estado, descarada manifestación de la desmoralización reinante, de los que solo quieren vivir del desorden y la rapiña. En Bogotá el concilio de desafueros de Santander y sus aliados. En Perú toda clase de injurias y desvergüenzas. «Exijo severidad a Páez y al Dr. Cristóbal Mendoza, todo el rigor de la ley, mientras yo permanezco en Palacio con las manos atadas. Luego, al marchar nuevamente, al marchar por ambiente fresco, dirían los murmuradores de oficio que salí volando de Bogotá para buscar en la hacienda de Fusca el aliento que me faltaba».

Fusca. Sala. Mañana del 7 de enero

A Fusca regresó el seis. En la mañana del día siguiente escribió a Mariano Montilla, para descargar toda su angustia.

«Mi querido general:

»Estando en el campo probablemente llegará el correo y no veré las cartas de Vd. que nos deben traer noticias interesantes sobre las elecciones de esa ciudad que deseo conocer para saber quiénes serán los diputados. Supongo que Vd. ya conocerá los de esta capital. Como lo creí desde el principio el señor Santander está a la cabeza, siguen Azuero, Soto, Gómez, etc. Esta elección se ha hecho del modo más infame e inicuo que se puede imaginar, ellos y su partido se apoderaron de las elecciones y llevaron sus listas. Entre todos uno bueno ha salido: el señor Caicedo. En cuanto a Santander, este hombre perverso ya nada le queda qué hacer, toca todos los resortes de la intriga, de la maldad y la maldad para dañarme y formarse su partido: entra en una chichería como entraba antes a palacio, y, en fin, se ha quitado la máscara enteramente; no tiene consideración por mí, ni vergüenza de sus acciones. En las pascuas tuvo su fiesta en Cipaquirá; allí mezclado con los pillos de la calle real y la canalla, promovía sentimientos contra mí; todo esto me importara poco en otras circunstancias, pero ahora todo nos daña. Yo no veo modo humano de mantener a Colombia, la convención nada hará que valga, y los partidos, la guerra civil será el resultado. Para evitar este conflicto claman por mí; ¿pero qué haré yo, cuando por todas partes me faltan; cuando me llaman tirano porque hago cumplir una ley, y últimamente, cuando se ha hecho ya casi un deber prodigarme insultos, y tenerme por ambicioso? ¿En esta terrible posición qué haré yo? Yo sé el mejor partido, y es abandonar el país.

»Mucho siento tener que pensar de este modo; pero es preciso hablar claro con los amigos y tomar al fin algún partido.

»Afortunadamente por el Sur no hay nada nuevo; aquello parece que va bien. Déle Vd. memorias a su familia y mande a su afmo. amigo».

Fusca. Sala. Mañana del 9 de enero

Hoy serán unos, mañana otros. Hoy serán unos, mañana otros. Mañana, mañana. A Montilla no le había comentado el alboroto de Guayana. Acaso, pensó, porque estaba concentrado en las perversidades de Santander, acaso porque nada podía hacer Montilla desde Cartagena, que bastante tenía con las conspiraciones de los activos amigos del señor vicepresidente. Ahora le escribía a Perucho Briceño Méndez, recién llegado a Caracas, después de un largo viaje. Una carta que era súplica, encarecido ruego a quien sentía suyo de todo corazón: «Le he escrito a Vd. antes instándole por su regreso para febrero cuando más tarde, y ahora lo hago con tanto más motivo cuando que es un alivio que Vd. dará a mi salud, que se destruye con este temperamento. Yo debo ir por algunos días o meses a Leiva a fin de reponerme para continuar en esta penosa carrera llena de disgustos y dificultades; ahora mismo me fuera, tal es mi estado de quebranto; pero me sería muy difícil hacerlo, llevando allí al gobierno cuando no tenemos ni aun para vivir, además de que aquel lugar es demasiado pequeño, para que puedan ir a él los agentes extranjeros. Así, he determinado aguardar a que Vd. venga, que será en los momentos de reunirse la gran convención; se habrá ido Santander y Vd. se encargará del ejecutivo durante mi corta ausencia. ¡Briceño! Si Vd. me ama y desea mi salud haga Vd. este corto sacrificio; de no, seré yo el sacrificado en este clima, que no puedo soportar»… «Lo aguardo, lo aguardo».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Sala. Mañana del 11 de enero

—Buenos días, su excelencia. Esperaba con ansiedad su regreso de Fusca.

—Bienvenido, Rafael. ¿Qué te trae con esa cara de acontecido?

—Mi mujer está de parto, general. Ni siquiera sé por dónde anda en estos momentos, y con toda la familia.

—Hagamos lo que haya que hacer, y ahora mismo.

—Creo que sería oportuno mi regreso a Venezuela. Allí podría serle útil a usted, a la patria y a la familia.

—Por ser tú, Rafael, uno de mis compañeros más leales, puedes tomar el partido que más te convenga. Te has sacrificado siempre a la política, y no quiero sacrificarte esta última vez. Todos mis amigos no deben esperar sino un puñal o una espantosa persecución, más ahora cuando he resuelto dejar a Colombia.

—¿Abandonar a Colombia en esta situación? No lo entiendo, general. Usted y solo usted puede salvar a la patria, si realmente lo quisiera, y nos permitiera obrar como corresponde en esta hora aciaga.

—Mi pesadumbre es total. No me queda otro camino ni otra venganza que la de marcharme del país.

—Pues, con más razón mi resolución de separarme del servicio público y zamparme en cualquier parte a cuidar a mi familia, que anda errante por mis comprometimientos con usted, mi general. Jamás podré transigir con sus enemigos, que tomarán el poder apenas usted ponga un pie fuera de Colombia.

—También yo he tomado mi resolución. Nada ni nadie podrá impedir que yo me vaya de este país de mierda. Y perdone usted mis lágrimas que no he podido evitar delante de usted por primera vez.

—¡Qué buena vaina, Simón!

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Mañana del 13 de enero

Ni José Palacios, ni Petrona, ni el doctor Moore encontraban qué bebedizo ni remedio proporcionarle. Llevaba dos días encerrado en su habitación: unas veces en la hamaca, dormido despierto, o en la cama, arropado con tres cobijas y una colcha, acurrucado, tiritando de fiebre, rumiando disparates. Solo Palacios estaba autorizado para entrar, y solo para cambiar la palmatoria y el bracero; oportunidad que Palacios aprovechaba para dejarle en el escritorio infusiones de flores de manzanilla y jarras de té. En la mesa de noche, intactos, los eméticos del doctor Moore. Intacta la botella de brandy contra los sudores fríos. Muchos pañuelos por el suelo. Algunos frascos de colonia desparramados en la alfombra. Las zapatillas boca abajo en un rincón. Al pie de la cama unas alpargatas. Santana como un duende de uno a otro extremo del pequeño corredor, preguntado a uno y otro de la casa si habían escuchado algo de la conversación con el general Urdaneta. ¡Coño!, si hasta las paredes

oyen. Ni yo sé de dónde sacó esas alpargatas, negras, por demás —dijo Palacios. Luego llegó la noticia de que el general Urdaneta había salido de la ciudad a la madrugada. Allá su conciencia –escuchó Santana cuando Palacios abrió la puerta con la bandeja atiborrada de tazas y un montón de pañuelos para lavar.

—Coronel Santana, dentro de una hora lo espera su excelencia en la biblioteca.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Biblioteca. Mañana del 13 de enero

—Diga usted, mi general.

—Tendrás poco trabajo. Le escribiré al doctor José Fernández Madriz con la misma cantinela de las minas y también al doctor Cristóbal Mendoza. Nada de política ni de cosas desagradables.

Santana, por puro instinto, llevó su mano al pecho para sentir el papel que le había entregado el coronel Ferguson poco antes de entrar a la biblioteca. Las paredes de la ciudad habían amanecido empapelada con una *Hoja volante de Bogot´á,* con fecha de ese día, dirigida A MIS COMPATRIOTAS, y firmada por Francisco de Paula Santander.

—¿Le pasa algo, coronel?

—Nada, mi general, nada.

—Entonces comencemos.

Bogotá. 13 de enero

Hoja volante de Bogotá

«A MIS COMPATRIOTAS»

«Veritas filia temporis»…

«Tengo suficientes motivos para creer que el público sensato e imparcial ha aprobado el silencio que le he opuesto a las groseras difamaciones con que continúan persiguiéndome el odio y la venganza. Mi educación, mi propio decoro y mi puesto público resisten el que entre en contienda con los que se afanan tanto en denigrarme. Si la mano que me ataca es elevada, la infamia es para ella y no para mí: si no lo

es, ella no puede nunca ofenderme, porque no tiene firmeza bastante para dejarse conocer, ni la necesaria rectitud para perseguirme de una manera legal. Hasta ahora nadie se ha atrevido a poner su firma en los libelos, con que sin nombrarme me insultan, y menos a presentar una acusación contra mí ante ningún Magistrado. Esto me tranquiliza y me vindica delante del mundo imparcial; porque si en toda mi conducta se hubiera encontrado alguna falta contra las leyes, ¿no me habría ya llevado hasta el patíbulo el deseo de venganza?

»Estas consideraciones, y mi asentada reputación, me han decidido a no contestar ninguna clase de libelo, ni papel alguno que no esté firmado por persona conocida. Califiquen enhorabuena mis enemigos de vicios y crímenes las acciones más indiferentes de mi vida, aplaudan en los personajes de su devoción lo que en mí vituperan, sacien su sed de dicterios hasta agotar el vocabulario de los insultos: mi conciencia política me dice que no soy delincuente para con la patria, ni ingrato a las honras con que me han distinguido; y mis conciudadanos se apresuran a darme nuevas pruebas de su confianza y estimación[2]. Cuando me decidí a cumplir con mis deberes como ciudadano y como magistrado hice la resolución de arrostrar sereno todo género de persecuciones y exponerme a la cólera de los que viesen frustradas en mí cualesquiera esperanzas; así es que he estado, y estoy persuadido de que puedo perder en esta contienda política de los principios, mi fortuna y aun mi vida, aunque nunca mi honor. Sea lo que fuere, del desenlace de este penoso drama, tengo la confianza de que ha de llegar por fin un día en que abriendo la razón y la justicia las puertas de su tribunal, y consultando los infalibles archivos del tiempo, tomen a su cargo la causa que he defendido y sostenido al través de tantos riesgos. A mis ojos vale más esta esperanza que todos los homenajes que tributa la adulación a los poderosos.

»Después de esta sincera expresión de mis sentimientos, es preciso rogar a todos mis compatriotas, que unamos nuestros esfuerzos

2 Después de haber tenido la primera mayoría para elector del cantón de Bogotá, y la presidencia de la Asamblea Electoral, he sido nombrado diputado a la Gran Convención por las provincias de Bogotá, Tunja, Pamplona, Casanare y Neiva.

para trabajar por la tranquilidad y paz interior[3]; que asiéndonos fuertemente de las banderas de la libertad, demos siempre el ejemplo de respetar las leyes, y a las autoridades que son sus órganos; que renunciemos a todo espíritu de partido y que acertemos a conciliar la gratitud, y los respetos que debemos al más Ilustre Caudillo de los colombianos, con lo que de nosotros exigen la patria y la libertad. Yo ni soy jefe, ni pertenezco a partido alguno. Mi causa es la de Colombia: ella se reduce a que sea para siempre independiente, que haya leyes dictadas libremente por los legítimos representantes de la nación, y que sean igualmente invulnerables a los gobernados y a los gobernantes; que el pueblo goce de las garantías de un Gobierno positivamente republicano; que los ciudadanos teman solo a las leyes, y no a los que están encargados de alguna función pública[4]; que todos disfrutemos de nuestros derechos con rigurosa igualdad, y que ni un enemigo exterior pueda arrebatarnos la independencia, ni una conmoción interior la Constitución, y con ella la gloria, el honor y la tranquilidad del país. Esta ha sido mi profesión de fe política, y mientras que el Ser Supremo, a quien adoro, no me prive de la razón, espero no trocarla por ninguna otra que pueda sacrificar los derechos del pueblo. Por sostener estos principios me he acarreado enemistades, ojerizas, persecuciones, calumnias y denuestos. Pero no espere nadie que yo retrograde una línea del puesto en que me he colocado, aunque fuera caso posible, que me quedase solo en Colombia adherido a estos principios. Mis enemigos podrán disponer alevosamente de mi existencia; pero jamás dispondrán de mis opiniones republicanas.

»Para que no se me crea empeñado en agriar los ánimos ya irritados, ni en atizar el fuego de las pasiones, hace muchos meses que he renunciado al deseo de publicar por la imprenta lo que pienso sobre la marcha del Gobierno: insisto en este propósito, y por tanto, ninguna persona debe atribuirme las publicaciones que no lleven mi nombre. ¡Quisiera y ojalá que esta manifestación surtiera buen efecto! Quisiera,

3 La paz es el primero de todos los bienes; pero para el hombre civilizado, ¿qué cosa es paz? «Es (dice Bignon) el reposo de la libertad. Sin libertad, el reposo no es vida; es la muerte social, la calma del sepulcro». De esta paz hablo yo también, porque es la que conviene a mi patria.

4 El Magistrado que aspira a ser temido, renuncia al derecho de ser amado, dice un historiador filósofo de la revolución francesa.

digo, que los amigos de la libertad, que se dedican a escribir solo por ella, empleasen el lenguaje de la razón, del respeto y de la moderación, que tanto honor hacen a nuestra buena causa. No apruebo los escritos irrisorios y exaltados: la exaltación me parece buena para defender los principios y la Constitución, sin ajar los magistrados. Debemos combatir con armas permitidas y decentes, de manera que no se atribuya a partido el uso de nuestros derechos y que el mundo culto reconozca hasta en esto la ventaja de nuestra posición y la justicia de la causa que de veinte meses acá estamos sosteniendo a todo trance.

»Próximo a partir a la gran Convención debo concluir protestando, que en la parte política y religiosa, procuraré llenar los conocidos deseos de los comitentes, ahogando mis resentimientos y buscando en la imparcialidad y sabiduría de aquella Asamblea el verdadero bien y felicidad de la patria. La fortuna me reserva en Ocaña un vasto campo donde acabe de demostrar que no tengo más ambición que la de ver a mis compatriotas gozando de una Constitución liberal, ni otros enemigos que las opiniones contrarias al establecimiento de un Gobierno vigoroso, popular representativo, responsable y temporal. Si el haberme alejado de los negocios públicos[5] no ha bastado para derramar la cólera de mis enemigos, Ocaña les dirá, que me excederán muchos en talentos, saber y experiencia, pero no en amor a la libertad, en desprendimiento, generosidad y patriotismo».

»Bogotá, enero 13 de 1828. –18º».

«Francisco de Paula Santander»

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Noche del 13 de enero

—Dígame, coronel Santana, si el autor del texto de la hoja volante dirigida «A mis compañeros de armas» es el mismo autor del dirigido «A mis compatriotas», firmado por el general Santander.

5 «En cuatro meses solo una vez he asistido al Consejo de Gobierno, y antes que estar fomentando partidos, me he acercado con confianza a los señores secretarios de Interior, de Hacienda, y de Guerra, y les he manifestado cuáles medidas del Gobierno juzgaba ilegales, impolíticas, y expuestas al descontento de los pueblos.»

—Pues no sé decirle, mi general.

—Quiere decir que usted piensa al igual que yo.

—No le entiendo, mi general.

—Claro que me entiende, coronel.

—Entiendo, su excelencia, que el general Santander tiene muchas caras.

—En otras palabras, coronel, que la pluma es la misma y el tintero es diferente.

—Como usted lo dice.

—¿Y qué pensaría la señora Manuela?

—Pues ella pensaría que es el mismo autor.

—Amjá. Pues yo pienso diferente a usted y a la señora Manuela.

—Perdone, su excelencia, pero es así.

—¡Coronel!

—Diga usted, mi general.

—También yo pienso como ustedes dos y otros muchos más. Francisco de Paula tiene muchas caras (pausa para un silencio interminable, que hasta sudor y cosquilleo sintió el coronel). Le voy a confesar, coronel, que me gusta más el corazón de Francisco que alguna vez imaginé.

—Si usted lo dice, su excelencia.

—No se haga el bolsa, coronel, ni le escriba este chisme a la señora Manuela.

—Como usted ordene, su excelencia.

—¡Al carajo con todos ustedes!

Bogotá. Casa de Nicolasa. Sala. Noche del 13 de enero

—Termina de leer mi proclama —le ordenó Santander.

Nicolasa sirvió chocolate, tomó el pliego y dijo, reposada:

—El chocolate es de Cúcuta.

—Muy del gusto del Libertador —dijo Santander, interrumpiéndola.

—En este mismo lugar lo compartimos los tres.

—Eran otros tiempos —respondió Santander, con desaliento—. Éramos cuatro. Olvidaste a Bernardina —una sonrisa asomó en su cara, y añadió: apura, termina la lectura.

—Te dije que era una hermosa proclama, propia de un gran patriota —dijo Nicolasa, ruborizada por los recuerdos.

—Y liberal fiel a sus principios —dijo Santander, orgulloso, jorungando su mostacho.

Nicolasa recogió su fustán, terció la cabeza y le besó el mentón.

—Nadie podrá arrebatarme el triunfo de esta causa. ¡Nadie!

—Como corresponde a un ciudadano y funcionario cabal —apuntó Nicolasa, al poner el pliego sobre una mesa e intentar besar una vez más a Santander, quien la detuvo con un gesto desabrido.

—Ya habrá tiempo, Nicolasa.

Nicolasa, mohína y ofendida, retomó el pliego y leyó:

«Si el haberme alejado de los negocios públicos —ve de reojo a Santander— no ha bastado para derramar la cólera de mis enemigos, Ocaña les dirá que me excederán muchos en talentos, saber y experiencia… pero no en amor a la libertad, en desprendimiento, generosidad y patriotismo».

Nicolasa, orgullosa de su hombre, le entregó el pliego y aplaudió. En la puerta la bella y melindrosa Bernardina.

—El doctor Florentino González.

—Atiéndelo tú, Bernardina —respondió Nicolasa.

—¿Por qué yo?

Bogotá. Palacio del gobierno. Mañana del 16 de enero

El día anterior había confiado su desaliento a Páez: «Vea, pues, si con razón deseaba yo que viniesen Peña, Peñalver, Aranda y otros individuos de este carácter y firmeza para que se opusiesen a los Sotos, Azueros, etc.; más tal vez tendremos que pasar por el dolor de ver que los de allá como los de acá formarán un solo cuerpo. Sea lo que sea, general, mi partido está tomado: me iré a Venezuela. En último recurso la Europa me servirá de abrigo contra la ingratitud y la guerra civil».

Amaneciendo diez y seis confesó su suerte al joven Antonio Leocadio Guzmán: …«al fin tendré que morir de pena viéndome solo, porque los ingratos y los pérfidos así lo han querido. Yo no debo vivir más en Colombia, y tampoco tengo con qué vivir fuera de ella.» Pausa para escribir, confundido: «Sin embargo, me iré luego que me sea permitido, no porque tema las calamidades futuras, sino porque

no quiero que las atribuyan y tenga yo que presidir al entierro de Colombia».

«¡Sea Vd. siempre feliz!!!» escribió al final su desamparo».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche del 22 de enero

Como si fuera parte de un coloquio sus palabras para José Rafael Arboleda, «el mejor ciudadano del mundo», tal como si le escuchara no solo sus lamentaciones por el deseo frustrado de asistir a la gran convención a arrostrarlo todo por la patria. Usted sería, Arboleda, una hermosa víctima que saborearían con delicia los enemigos. «Sí, querido amigo, la convención puede ser el sepulcro de la buena causa y de los buenos ciudadanos. Esta es, por lo menos, la misión confiada a los escogidos: la mala fe los manda, y milagro será que no cumplan con la voluntad de los comitentes». Creyó escuchar un delicado reproche del poeta: «¿No exagera, general?» Respondió: «De Pamplona a Popayán, de Bogotá a Cartagena, toda la Nueva Granada se ha confederado contra mí y ha buscado mis enemigos para que triunfen sobre mi opinión y sobre mi nombre». «¿No exagera, general?» creyó escuchar una vez más. Respondió: «Santander es el ídolo de este pueblo o bien de los que representan, y, por lo menos de los que se han arrogado el derecho del pueblo soberano». En sus oídos la terrible sentencia de Arboleda, días atrás: «No quisiera, señor, pensar en el porvenir; pero si el partido de los anarquistas llegase a conseguir una mayoría de votos, que no es de esperarse, será quizás la primera ocasión que opino con los que aconsejan las vías de hecho. ¿Nos dejaremos destruir por respetar fantasmas? Salvar mi existencia y la de mi patria, es el primero de los principios y el deber más urgente». Agregó algo más, salido de sus vísceras: «Yo espero y creo que V.E. nos sacará de este caos. La resurrección de Colombia será el último esfuerzo del poder y el sello de las glorias de V.E.» El ferviente denuedo de Arboleda no impidió que agregara unas otras reflexiones del pesar, algunos dirían que del despecho.

Creyó tener en sus manos las manos de Arboleda: «He sentido tanto, tanto, tanto, que Vd. no venga, que no podré decirlo en muchas palabras; pero esta pena no es sola, está acompañada de otras muchas muy parecidas. Mis amigos han estado heridos del contagio que yo causo: son delincuentes a los ojos de los intrigantes, no merecen la

confianza nacional. Paciencia y esperanza que son los mayores antídotos del mal; aunque ni Vd. ni yo estamos buenos, y, por lo mismo, necesitamos de mejor específico para curar: así, mi máxima no vale nada. Soy de Vd. mil veces de corazón».

Pero el punzante coloquio continuaba. A esa misma hora Arboleda, desde Popayán, le afirmaba que jamás dejaría de trabajar por la causa pública «hasta donde alcance mi pequeñez en el rincón en que vivo. Este es mi deber y el de emplear todo lo que soy en pagar la deuda inmensa de gratitud por V.E.».

Palacios lo encontró en la hamaca de algodón, con el calor del bracero, los ojos en el techo y una letanía en sus labios: el más fiel amigo, el más fiel amigo, el más fiel amigo.

Bogotá. Palacio del gobierno. Mediodía del 24 de enero

Estaba harto de las triquiñuelas de Santander, de sus cartas, sinuosas y retorcidas. Sagaz y astuto como Vicente Azuero y Francisco Soto —comentó a Soublette. No solo como ellos —le respondió el general, con el pudor en el ceño.

En alguna oportunidad O'Leary le había hecho mención de Azuero, «abogado turbulento que no hacía mucho había sido fogoso adversario de Santander y opuesto a su reelección». Eran los días en que el vicepresidente atacaba, en su correspondencia particular y en los papeles públicos, a los díscolos y facciosos, entre los cuales contaba a Vicente Azuero. Pero el alzamiento de Páez, por ingenio del propio Santander, dio lugar a una facción con el pretendido objeto de defender las instituciones, conformada por Azuero, el joven José Nazario Florentino González, Francisco Soto, Diego Fernando Gómez, Ezequiel Rojas, abogados todos, hábiles en el oficio. La facción era escuela de sedición, doctorado del Colegio de San Bartolomé.

Ahora mismo tenía frente a su escritorio una correspondencia del vicepresidente, con fecha de ese día 24. Reclamaba la circulación de un impreso sin firma ninguna «en que se hacen a mi administración varios cargos que si fueran ciertos, comprometerían mi asentada reputación. Como yo estoy bien decidido por una parte a satisfacer al público colombiano mientras que las leyes protejan mis derechos, y por otra, a

no responder insultos con insultos, menoscabando así la representación que obtengo de la República, he resuelto recurrir a la justificada autoridad de vuestra excelencia para obtener de los señores secretarios del despacho los documentos que voy a expresar».

Con la misma, una retahíla de documentos que tuvo a bien leer en medio del sopor. Venían de Francisco de Paula. Finalmente, encontró cuanto realmente le interesaba: el modo sibilino que le hartaba el entendimiento: «Señor, estos documentos interesan a mi vindicación. Un ciudadano de la República, y un ciudadano que obtiene la segunda magistratura de su país, debe hallar pronta justicia en el encargado del gobierno nacional. Espero de la justificada autoridad de vuestra excelencia que la hallaré en vuestro gobierno, mandando se expidan lo más pronto posible dichos certificados con la claridad correspondiente».

—Eres del carajo, Francisco de Paula —dijo a la correspondencia.

—Pues tiene usted razón, su excelencia —dijo Soublette, plantado en la puerta.

—Lea usted esta correspondencia de su amigo Santander, y luego hágala llegar a los secretarios competentes.

—Las paredes de la ciudad aparecieron empapeladas con papeluchas contra su excelencia —acertó a decir Soublette.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación noche del 29 de enero

Páez lo presionaba insistentemente para que asistiera a la convención e hiciera sentir su influencia con la mira de darle a Venezuela un gobierno propio. Acto violatorio, improcedente —creyó espetarle a Páez. Correspondía a la convención decidir sobre el destino de Colombia por voluntad propia. La suerte estaba echada. Aún, a pesar de tanto y tanto, no suponía los colmos de Santander y sus amigos.

Los perros ladraron. Abrió la puerta de un tirón. Sintió bañado su rostro por la luz de la noche. Solo sombras por los corredores. De pronto asomó José Palacios por el pasillo.

—¿Desea algo?

—Nada.

—Abríguese, por amor de Dios.

Ahora mismo, José —dijo, y cerró la puerta para escuchar su voz: «Es una evidencia para mí la destrucción de Colombia si no se le da al gobierno una fuerza inmensa capaz de reluchar contra la anarquía, que levantará mil cabezas sediciosas. Después de diecisiete años de combates inauditos y de revoluciones ha venido a parir nuestra madre patria una hermana más cruel que Megera, más parricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: ¡es la anarquía, querido general! ¡Me estremezco al contemplar el cuadro horrible de nuestra perspectiva!: nos vamos a sepultar entre las ruinas de la patria, porque todo es malo, todo es peor».

Necesitó aire y le abrió la ventana al viento, a riesgo de una pechuguera, pero el intenso olor de los jazmines le borró el mal pensamiento, mas no las tribulaciones de su corazón: «La violencia de la fuerza arrastra consigo los principios de su propia destrucción: la división es la ruina misma, y la federación el sepulcro de Colombia: por lo mismo el primer mal es preferible a los demás: pero más como un plazo que como un bien».

Caminó hacia la cama, dejó caer su cuerpo boca abajo, aferró la almohada y hundió su cabeza en ella. Dio una vuelta y quedó boca arriba, las manos cruzadas, húmedos los ojos perforados por la amargura.

—Aquí le traigo una taza de chocolate bien caliente —dijo Palacios desde el umbral.

—Pasa, José.

José empujó la puerta y entró. Frente a él la palabra sonámbula del Libertador:

—En fin, estas son mis tristes ideas, general Páez.

A Palacios le arrugó el sentimiento. Permaneció como una sombra.

—Uno y otro en el mismo pedernal. Encenderán la chispa.

—Hace rato la encendieron, su excelencia —dijo Palacios de muy adentro.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Noche del 30 de enero

«Mi querido Briceño: Me he propuesto no dejar de escribir a Vd. sobre un mismo objeto hasta tanto que lo realice, es decir, que Vd. se ponga en marcha a esta capital donde le aguardo de una impaciencia de

que Vd. no tiene idea. No solo es mi objeto salir de la ciudad en busca de mejor clima, sino buscar alguna más tranquilidad por algún tiempo a ver si restablezco mi salud bastante quebrantada. Creo, mi querido Briceño, que Vd. no se negará a hacerme este servicio que exijo de Vd. por los derechos de la amistad. Espero, pues, que Vd. estará aquí en todo febrero como me lo ha ofrecido».

Bogotá. Quinta Bolívar. Habitación. Noche del 4 de febrero

«No hay novedad ni cosa muy mala; todo marcha como decía Madame de Staël: es el principio del fin».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Habitación. Noche del 7 de febrero

Comenzando la noche escribió a José Fernández Madriz, para continuar urgiéndole en la venta de las minas de Aroa, pues «no tengo nada más en este mundo que ese dinero, cuando se obtenga», no sin antes confesarle el espíritu de división que hacía pasto a lo largo de la República. «El Sur, por ejemplo, está dividido en independientes y realistas; el centro, en santanderistas y bolivistas; y Venezuela, entre godos, federalistas y adictos a mí. En todas partes el mayor partido es el último, pues yo no sé intrigar ni mis amigos tampoco. En tanto que Santander ha mostrado últimamente que este es su fuerte. Los federalistas son pocos, mis enemigos menos; pero la inacción de los muchos iguala a la actividad de los pocos. Las tropas me aman bastante, lo mismo el pueblo bajo y la Iglesia; los propietarios todavía más, pero los abogados y los colegiales están montados por las ideas flamantes».

Al final dejó estampado su desconsuelo: «Un hombre solo contra todos no puede lograr nada; y este mundo es muy vasto».

Cartagena. Despacho de Montilla. Mañana del 9 de febrero

Veía llegar la tormenta. Necesitaba ser franco con el Libertador. De nada servía ocultar la verdad verdadera —como solía decir. «Aquí

se ha establecido una imprenta, con solo el objeto de ser útil al general Santander y a las miras de sus partidarios, y los redactores de los diversos papeles que hasta ahora han salido son los mismos de antaño; hay más vigor contra los venezolanos y se juegan con suceso las armas del provincialismo y las invectivas contra el ejército; en una palabra, estamos envueltos otra vez en la guerra fastidiosa de papeluchos».

Salió a dar vueltas por el corredor y, de paso, beber un trago de aguardiente. Muy caliente la sangre, escribió:

«Doy a U. las gracias por haberme tenido presente, pero no me parece bien este nombramiento. El general Padilla volverá a chocar; los papeles volverán a tratarme de advenedizo, y excitarán contra mí los papeles de los malvados, porque saben que los conozco; el Ejecutivo que siga después de la partida de U., que se nos anuncia por todas las cartas, me hará relevar y tal vez con vilipendio; o lo que sería más sensible, me remitiría a la Buenaventura o a Río Negro, exigiéndome la más precipitada obediencia».

¿Tendría conocimiento el Libertador de las cartas que anunciaban su salida como jefe del estado? —preguntó a las guacamayas que chillaban en el patio.

«Además, mi general, ¿qué satisfacción puede caberme en mandar unos cuerpos que están expirando y cuya deserción ya es diaria por decenas, cuando están muertos de hambre, llenos de desnudez y de miseria? ¡Los oficiales no tienen materialmente zapatos que ponerse y muchos de ellos salen de noche a pescar para poder alimentarse, mientras que Muñoz y Baena han recibido sus buenas dietas para ir a Ocaña, siendo nulos sus nombramientos! Yo nada podría remediar y no preveo remedio alguno en este departamento. Anuncié a U. mis temores de una revolución en estos cuerpos si no se les atendía de otro modo, y yo veo aproximarse este momento. ¡Ojalá me engañe!».

Para buen entendedor, sus palabras. A medida que escribía la sangre subía a su cabeza, al punto de tenerlo atafagado. Prefirió bajar el tono, por su salud y la del mismo Libertador. Bastante tenía con la facción de camanduleros.

«Deseo, pues, mis letras de cuartel más bien que el despacho de Comandante general, cuyo empleo no me procurará sino disgusto y sinsabores; más si U. me ordena lo contrario, yo obedeceré».

Salió penando, fustigando el foete en cualquier butaque. Si por él fuera zambulliría a unos cuantos en la cárcel. ¡Qué mierda de país! —dijo. Nos van a desbaratar los abogados charlatanes. ¿Qué hacer en una sociedad donde el chisme vale más que los principios y las intrigas más que las ideas? Pues dar la cara —respondió. Acaso esperarlos en la bajadita.

Bogotá. Palacio del gobierno. Mañana del 10 de febrero

—Tú aquí, de nuevo. ¡Qué vaina tan buena, Rafael!

—Pues aquí me tiene, mi general.

—Mi cuerpo y mi espíritu andan tan mal como la República.

—Vamos a salvar la República y lo vamos a recuperar a usted, mi general.

—Lo mismo que debiera salvarnos nos hará sucumbir. Las doctrinas más puras y más perfectas son las que envenenan nuestra existencia. La gran convención de Colombia dará testimonios nuevos de esta desgraciada y demasiado cierta opinión: allí el espíritu de partido dictará *intereses* y no leyes; allí triunfará, en fin, la demagogia de la canalla. Estos son mis más íntimos temores que en estos días le confesé al general Robert Wilson, amigo y protector de nuestra pobre causa.

—Preparémonos para lo peor, mi general.

—No he querido hacer un misterio de lo mismo que aquí ya es un escándalo.

—Muchos de nosotros aún no hemos perdido el optimismo.

—He llamado a Perucho Briceño con insistencia, para que asuma el gobierno en mi ausencia.

—¿Y realmente usted se va a pintar de colores, mi general?

—Pienso ausentarme durante el tiempo que ocupe la asamblea de Ocaña, para que no digan que yo quiero oponer mi autoridad a la voluntad de la gran convención.

—El mal será peor, mi general.

—Yo me acercaré hasta Cúcuta, y aún a Venezuela, que bien necesita de mi presencia, pues allí reina el espíritu de división con mucha fuerza.

—Pues a prepararnos contra los agentes de Santander en la capital.
—Confío en tu autoridad, Rafael, y en la de Perucho.
—Dios nos agarre confesados, Simón.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche de febrero

Manuela, vestida de húsar, acompañada de un escuadrón, Jonatás, Nathán y el coronel Demarquet entran a Bogotá. Blanca niebla sobre la recogida ciudad. Cerradas las casas de comercio. Desiertas y silenciosas las calles. Uno que otro farol alumbra a la bruma que apenas permite mirar sombras.

Quinta de Bolívar. Un oficial levanta una lámpara de mano que ilumina al coronel Demarquet y a Manuela, al tiempo que ambos bajan de sus cabalgaduras.

—Capitán, la señora Sáenz —anuncia Demarquet.

—Bienvenida la señora —dice el oficial.

—Me va a gustar este lugar —responde Manuela—. Buenas noches, oficial.

Todos observan su paso firme sobre el empedrado. Ella aspira el olor de las magnolias. Ladran los perros. Entra en el vestíbulo, contempla unos tiestos de claveles, un ramo de hortensias —corolas blanqueadas, rosadas y azuladas— en un florero de porcelana. Abre una puerta de cristal. Desde la cocina José Palacios intenta tranquilizar a los perros, alborotados por la presencia de Manuela. Ella sonríe, revolea los ojos, observa el color brillante de la terracota, dorados muebles tapizados con damasco rojo, cortinas de terciopelo grana, un retrato del Libertador atiborrado de condecoraciones. Cuadros: Boyacá, Carabobo, Pichincha. Aromas: colonias, incienso, mejorana, azahar. Lejos el regocijo de un violín.

José Palacios, de levita, corbata negra de seda, guantes, chaleco de brocado, y dos relucientes leontinas, como corresponde, según él, a un mayordomo del general, asoma su reluciente cabeza por una puerta y exclama:

—¡Mi señora!

—¡Cuánta elegancia, José!

José y Manuela en un abrazo: acalorada emoción. Caminan y entran en la neblina.

—Me la esperaba, señora. También sus perros, atolondrados desde esta tarde.

—Tienen buen olfato los mastines. Y usted, José, ¿acaso en sueños? ¿O de pura intuición?

De una habitación llega un rumor de voces.

—Voy y vuelvo, mi señora Manuela —dice Palacios con todo y venia.

Manuela pasea por la biblioteca: una amplia sala empapelada, iluminada por una gran araña de cristal tallado. Priva el rojo, acaso del Tintoretto. Sobre los estantes ve llegar la sombra del Libertador. Voltea y encuentra un rostro macilento y arrugado, los cabellos cenicientos. Él la abraza con delicada ternura, y le dice, conmovido:

—¡Mi Manuela, mi bella Manuela!

Manuela le observa, toma su cara y le pregunta, al borde de las lágrimas:

—¿Qué pasó contigo?

—Son las canas que me dieron tu ausencia.

—Galán y mentiroso.

—Bella y altanera, como siempre. Ven, acompáñame, viejos amigos te esperan.

Como un guiñapo el corazón. El foete, fuerte, cayó sobre su bota. Levantó la barbilla de mujer y coronela.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche de febrero

Irrumpen en una sala púrpura, amplia, iluminada. Fulguran las charreteras.

—¡Señores! Manuela en Bogotá —la voz del Libertador tiene el color de la lisonja.

Inclinan las cabezas varoniles y compuestas. Manuela la suya, sin perder su aire. Camina hacia el grupo, pasa a un lado de Córdova, sin mirarle, saluda efusivamente a Ferguson, abraza a Santana, estrecha los brazos de O'Leary y de Wilson, extiende una mano y un gesto fraterno al coronel Ibarra, y detiene sus pasos frente a Pepe París.

—Mi distinguido amigo, Pepe París —dice el Libertador.

—A sus pies, señora —dice París al tomar una mano de Manuela y besarla.

—¿De Santa Fe? —delicada la voz de Manuela.

—Ciertamente.

Manuela encuentra un rostro severo de mirada cómplice, y dice, intuitiva:

—Cuánto quería conocer al noble y valiente general Urdaneta.

—A sus pies, mi señora —responde el general, sorprendido, mientras apresta sus dos manos.

Algunos concilian sus miradas. Ferguson entra con una botella en un recipiente de plata. Detrás José Palacios con una bandeja abarrotada de copas.

—Brindemos por los grandes afectos del corazón —dice Ferguson.

—Vaya por delante la palabra de mi edecán —agrega el Libertador.

Urdaneta es el primero en alzar la copa.

—Bienvenida la señora Sáenz.

—Salud a los gloriosos militares de Colombia —dice la turbación de Manuela.

Palacios hace un guiño al Libertador, quien lo agradece ladeando su cabeza.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mañana de febrero

Los encontró el viento frío de Monserrate sentados en la fuente de la Quinta, bajo una fronda de astromelias. El rostro del Libertador más animado, que lo expresan sus ojos brillantes, que así lo encuentra Manuela, que el sol enciende, aún tibio por un cielo de nubes.

—Estás muy delgado, macilento y feo.

—Y tú, bella y esplendorosa.

—Me gustaría cortarte el cabello, demasiado crespo, escaso, sí, ceniciento, parece un quejido

—Cuando quieras.

La mañana asomaba. Ella miró hacia Monserrate. Los párpados de par en par.

—Me enerva la melancolía del sol de Santa Fe.

—De tanto esperarte tengo mustio el corazón.

—Adoro las mentiras.

—Y yo, tu cuerpo y alma dominantes y lozanos.

Desde una entrada del jardín, José Palacios interrumpió:

—El desayuno espera.

—Que sea muy venezolano, pero no llanero. Mucho menos de Casanare.

—A la manera quiteña, mi señora.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mañana de febrero

Flores y florcillas del campo en la mesa. Mantel blanco. Claveles rojos. El Libertador y Manuela desayunan atendidos por José Palacios.

—¿Cómo está el apetito de su excelencia? —pregunta Manuela.

—Mejorará a partir de hoy —responde Palacios, complacido, y agrega en medio de los ladridos: —Los perros andan agitados con su presencia, mi señora.

—¿Y los otros? —cáustica, pregunta Manuela.

Silencio. Uno de los mastines de Palacios busca, cariñoso, a Manuela, quien insiste:

—¿Qué de los facciosos?

—Hay dificultades económicas y estamos dando la batalla para sanear la administración y mejorar las rentas.

—Mientras los responsables del desastre alargan sus invectivas, predicando con palabras huecas.

—España no deja de amargarnos.

—Amenazas externas y temblores internos. Ya vendrá el terremoto.

—La naturaleza de las cosas.

—Lucharemos contra ella.

Él sonríe tocado por los recuerdos. En una mejilla un beso de Manuela.

—Gracias, Manuela.

Cascos de caballos sobre los adoquines. Por el camino a la caballeriza una carreta atestada de víveres. Jonatás y Nathán tienden al sol ropas de Manuela: pantalones rojos de montar y una pelliza militar.

Bogotá. Calle. Mediodía de febrero

Alarma en la calle del comercio: pasa una mujer vestida de húsar, montada en brioso caballo. Inusitada sorpresa. Numerosas bocas abiertas: como de espanto. Es Manuela, quien llega a la plaza principal,

mira hacia el Palacio de gobierno y agita su alazán. Esplenden su hermosura y desenfado.

—¿Y ese diablo quién es? —pregunta una señora.

—No es un diablo, es una diabla —dice otra.

—Es doña Manuela Sáenz —responde la negra Jonatás desde su uniforme de soldado.

Artificiosa y atrevida, Jonatás caracolea su caballo. Una de las señoras voltea con la señal de la cruz por delante y apresura sus pasos, espantada. Jonatás, desentendida, dice a un indio en cuclillas:

—Creo que le he visto en otra parte.

—Pues, no sé, diga usted —responde el indio.

Jonatás salta del caballo, ofrece sus manos al indio y dice, como una exclamación:

—¡Claro! ¡En Quito! ¡Cuando entró el Libertador!

—Es posible —responde el indio, conturbado—. Llegué hasta Pichincha. Allí me des… gra… cia… ron. —Por brazo derecho alza un muñón.

—¡Santo Dios! –exclama Jonatás.

Un cura español, atento al diálogo de Jonatás y el indio, comenta:

—¡Maldita guerra! Antes de la independencia estábamos mejor.

El indio tira un escupitajo que cae a los pies de un ciudadano de guantes de cabritilla, sombrero carmelita y bastón. Jonatás divertida, pasa las manos por sus ensortijados cabellos y suelta una carcajada que es interrumpida por la voz de Manuela:

—¡Jonatás!

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mañana de febrero

Un reloj de pared anuncia las ocho de la mañana. El coronel Santana atiende a Santander, regiamente vestido de paisano. Manuela toca a las puertas de la alcoba del Libertador.

—El faccioso mayor ha venido a visitarle.

El Libertador termina de ajustar la bota de su pie izquierdo. Francisco no ha dejado de ser solícito de doble cara —piensa—. Ahora vendrá a explicar la hoja volante de su natural autoría. Voltea a mirar su cama y consiente el desorden con la cabeza: colcha de lino, gorra de dormir, zapatillas, medias, bufanda, pañuelos y una

almohada regadas por el suelo. Las austeras sillas, junto a un escritorio, parecieran conminarle:

—¡Qué no le hagan esperar! Le aguardo aquí mismo. Gracias, Manuela

—Gracias las suyas —dice Manuela por el corredor.

Los perros ladran cuando José Palacios abre la puerta para dar paso al vicepresidente. A la cortesía severa del Libertador, la de Santander artificiosa. El coronel Santana no sale de su asombro. Tampoco Manuela, como una furia por el patio. Ladran los perros. Un alboroto de gatos en la cocina. Manuela quisiera decirle algo a Nathán, pero opta por correr tan rabiosa como los perros, acaso menos que Jonatás cuando deja caer una arepa en el budare.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mediodía de febrero

José Palacios, Jonatás y Nathán observan desde el portón de campo. El Libertador y Manuela cabalgan a galope tendido. Vienen de las faldas de la montaña.

—¡Qué manera de descansar tiene el tío! —dice Nathán, divertida.

—No tiene ninguna gracia la de andar a diestra y siniestra con el mundo al hombro y encima de una bestia —dice Jonatás.

José Palacios, a manera de comentario para descargar su inquietud, dice:

—Los llaneros de Páez le llamaban culo de hierro. Con el sonido apresurado de los cascos que anuncia el arribo de los jinetes, agrega:
—También es un hombre de escritorio. Y mejor que nadie.

—Pues yo como que le he leído alguna cartita para la doña Manuela —dice Nathán, sin recato. Alza el fustán y suelta el paso para recibirlos.

El sol pareciera arder en los jinetes que giran sus cabalgaduras, sosteniendo su enfado, pues lo dice el diálogo:

—Afirmo que Soto y Azuero montaron un sainete con su salida en volandas de Bogotá porque usted regresaba —dice Manuela.

—También yo lo creo.

—Sí, pero dijeron a los cuatro vientos que marchaban por temor a las represalias suyas.

—¿Mías, por qué?

—Eso mismo me pregunté —dice Manuela, mordaz, y agrega: —Pronto serán parte del santoral. Ya regresaron a calentarle las orejas al otro y a celebrar las hojas volantes en alguna pulpería de mala muerte.

—Aquí viven. Es su derecho.

—¿Y el señor ese, a qué vino?

—No volverá más, y mucho menos ahora.

—No me soporta. Tampoco yo.

—Sus razones tendrá.

—Y yo las mías.

El Libertador endereza su caballo hacia el portón de campo, saluda con la cabeza al pequeño, perplejo y desamparado grupo que le ve pasar, seguido por Manuela, quien guiña un ojo sin ocultar su enojo.

Entrando a la cuadra, Manuela desde su caballo, dice con desespero:

—Te va a romper una conspiración irremediable. ¡Que lleven a la convención de Ocaña cuantos quieran, pues no harás nada para impedirlo! Pero no regreses a Venezuela.

Él da una palmada a la bestia y sigue hacia la cuadra. Escucha a Manuela al borde del llanto:

—De todas maneras, Páez hará de las suyas en Venezuela mientras que aquí puedes impedir el desastre conteniendo a Santander y sus facciosos leguleyos, los mismos que estropearon la constitución de Cúcuta.

Ante el silencio y el rostro desencajado de él, Manuela añade: Allá como aquí te persigue el crimen.

—¡Basta, Manuela! —grita él, iracundo.

Palacios y las dos negras caminan pegados a la pared, entendidos de la escena.

—¡Ay de las escaramuzas del amor! —comenta Nathán.

—No. ¡Ay de las escaramuzas de la política! —corrige Jonatás.

Turbaco. Casa de Mariano Montilla. Mediodía de febrero

En el amplio corredor que da a un frondoso patio conversan Mariano Montilla y los señores Rebollo y De Francisco. En una mesa un

juego de cerámica para el té y una hoja de papel. Sobre los árboles cae la tarde con un escándalo de pájaros y loros.

—Recibí carta del Libertador con fecha siete de enero. Pregunta por los diputados electos en Cartagena. Dice que la elección en Bogotá no pudo ser más infame e inicua. «Santander, Azuero y Soto se apoderaron de las elecciones y llevaron sus listas» —comenta Montilla.

—Igual deben de haber hecho en otras partes —dice De Francisco.

—En este Departamento no les fue nada bien —dice Rebollo.

—El almirante Padilla, recomendado del Libertador, anda muy raro últimamente —dice De Francisco.

—Ese mismo, y otros más —dice Montilla al extraer un papel plegado de la casaca, y agrega: —Permítanme leer algunos párrafos de esta carta: «En cuanto a Santander, este hombre perverso ya nada le queda qué hacer, toca todos los resortes de la intriga, de la maldad para dañarme y formarse su Partido; entra en una pulpería como entraba antes a Palacio, y, en fin, se ha quitado la máscara enteramente: no tiene consideración por mí, ni vergüenza de sus acciones».

—Es un malversador —interrumpe De Francisco y pregunta: —¿No lo cree usted, doctor Rebollo?

—Intentó negociar un canal en Panamá para mejorar sus rentas —responde Rebollo.

—El negocio del empréstito de Arrubla y Montoya pasó el intento, amigo Rebollo.

—¡Oigan esto! —interrumpe Montilla. Lee: «En las pascuas tuvo fiesta en Zipaquirá; allí mezclado con los pillos de la calle real y la canalla, promovía sentimientos contra mí».

—Nada ni nadie detendrá al general Santander en su locura —dice De Francisco.

—Ni a Padilla, óiganlo bien —agrega Montilla.

—Lamentablemente es así. ¡Qué pena! —dice Rebollo.

—De Padilla me encargo yo cuando levante la daga, pero, ¿quién detiene al Libertador para que no abandone el país? —dice Montilla.

Al unísono suenan las voces de Rebollo y De Francisco:

—¡¿Cómo?!

—Como lo oyen. En vez de ir a Ocaña, marcha para Venezuela.

La compostura descompuesta y unos puñetazos sobre la mesa producen una estampida de pájaros.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Cocina. Tarde de febrero

—Para pagar a los acreedores esas piches cuatro piastras, tiempo hay —comentó Manuela. Por respuesta la severa mirada de él, camino al corralón. Manuela prefirió guardar la lengua hasta perderlo de vista.

—Para preocupaciones de dinero la deuda externa adquirida por Santander —dijo luego a José Palacios. Por respuesta, el silencio.

—Dime, Rosa, ¿de adónde sacó dinero el señor Arrubla para mantener esa gallera de lujo y la crías de gallos?

—¡Ay!, mi señora, ese señor es un rico comerciante, posee una gallería con más de doscientos gallos, peleadores todos. ¡Ay!, cómo le apasiona los gallos.

—¿Y a Santander?

—Pues dicen haberlo visto acompañando al señor Arrubla, uno que otro domingo en la tarde. Las apuestas las hace el señor Arrubla.

—Y el empréstito, también —largó Manuela.

Cartagena. Calle. Café Matosi. Noche del 29 de febrero

En la calle, frente al Café Matosi, un parroquiano, como cualquier parroquiano, dispuso entrar por vainas de trago, pero lo detuvieron los gritos de una violenta discusión en el interior del café.

—¡Ningún imbécil tiene derecho alguno a dar instrucciones a los diputados!

—No son instrucciones.

—¡Mucho menos los oficiales!

—Es un derecho ciudadano.

—¡Expulsemos al intendente! ¡Enviémosle al carajo!

—De ese asunto me encargo yo —dijo Padilla, arrogante.

—No es la forma adecuada.

—El general Padilla debe asumir la comandancia general y limpiar a Cartagena de usurpadores y serviles.

—¿Quiénes son los usurpadores?

—¡¿Hasta cuándo Montilla?! —preguntó Padilla.

—¡Montilla no es gobierno!

—¡También a ese mantuano hay que ajustarlo!

—Ayer dije en la corte de justicia, con mi autoridad de Presidente de la misma, que Santander debe asumir el mando cuando el «Gran Bolívar» salga de Bogotá, que será muy pronto —voz atildada que sonaba a falsete.

—¡Señor, usted es un magistrado!

—¡Magistrado, pero no bolsa!

—¡Vivan los liberales, mueran los serviles! —gritó Padilla.

En el curso de los gritos y las voces destempladas el parroquiano caminó de una a otra acera de la calle, atemorizado y, al mismo tiempo, deseoso de entrar. Cuando decidió partir con el estallido de los ¡vivas! oyó un improperio que le alejó a zancadas:

—¡Abajo los cabrones!

Ocaña. Casa de Santander. Patio. Noche del 2 de marzo

Son breves sus pasos, irrefrenables sus gestos, los taconeos sobre el piso de terracota. En un sofá Francisco Soto: de reposo las manos entrecruzadas sobre el pecho. Por el aire los brazos agitados de Vargas Tejada. En el tragaluz los ojos de Diego Fernando Gómez. Ezequiel Rojas con los puños en los bolsillos.

—El hombre marchará para Venezuela —dice Vargas Tejada.

—No lo crea así. Dice una cosa y hace otra. No olvidemos que es un zorro militar —comenta Soto.

—¿Y usted qué quiere decir? —pregunta la inquietud de Vargas Tejada.

—Cuanto le digo. Que no irá a Venezuela. Ni tan pendejo es. Allá no tiene qué hacer por ahora —responde Soto.

—¿Y nuestro almirante Padilla? —pregunta, inofensivo, Santander.

—¡Ojalá resulte tal negocio! —responde la incertidumbre de Soto. Agrega: —Ese arrebatado es peligroso.

—El asunto de Padilla no es solo mío, es de todos —dice Santander.

—En consecuencia, quebremos copas —celebra Vargas Tejada.

—Sin precipitaciones, Vargas, sin precipitaciones —advierte Soto.

Santander taconea sus botas, y enfrenta a los contertulios con la manzana de su cuello y la barbilla hecha pedazos para decir:

—En esta casa mando yo, y aquí, en Ocaña, también. ¿Qué piensa usted, poeta?

—Usted lo ha dicho, general —responde Vargas Tejada.

Soto remueve las posaderas en su asiento, tose, recoge sus manos en actitud de oración. Dice, incomodo:

—Preocupémonos por calificar a los diputados, para que algunos serviles de Bolívar terminen de quedar fuera de la convención.

—Usted lo ha dicho, doctor Soto —dice Santander.

El chirrido de una mecedora los sobresalta. Por el aire las piernas de Diego Fernando Gómez. Si acaso pestañeó Ezequiel Rojas.

Ocaña. Sala de la municipalidad. Mañana del 2 de marzo

Los diputados Francisco Soto, Francisco de Paula Santander, Luis Vargas Tejada, José Félix Merizalde, Valentín Espinal, Rafael Hermoso, Juan Bautista Quintana, José Concha, Santiago Pérez Mazanet, José María Salazar, Manuel Baños, Ezequiel Rojas, Joaquín José Gori, Romualdo Liébana, Francisco Upez Aldana, Diego Fernando Gómez y Ángel María Flores, nombraron director de la Junta de Calificación al doctor Soto, y Secretario interino a Vargas Tejada, resolviendo empezar el trabajo de calificación de los ciudadanos electos con los cuales iniciar las sesiones de la convención. Pomposo, pues así lo exige la ocasión, habló el diputado Soto:

—Procedamos, señores diputados, a revisar los registros de todas las asambleas electorales. Para tal fin, aceptado por los diputados presentes el reglamento del Congreso Constituyente de Cúcuta, iniciemos la calificación de cada uno de los ciudadanos electos, el cual consiste en abrir públicamente los respectivos registros enviados por las asambleas electorales, verificar las comprobaciones correspondientes y el cotejo de las operaciones numéricas para averiguar si todo está hecho conforme a la ley.

—Y finalmente poner en consideración de la asamblea las calidades personales del electo que la misma ley exige para la elegibilidad —adicionó Vargas Tejada.

—¿Está de acuerdo la asamblea? —preguntó Soto.

Todos levantan la mano. Aplausos. Sonrisas. Alguien lanza al aire su sombrero de copa.

Ocaña. Sala de la municipalidad. Mañana del 3 de marzo

La primera cuestión que se suscitó con motivo de las calificaciones, y que dio principio a una larga serie de controversias, «fue la tacha que se puso a las elecciones de la Provincia de Barinas, por haberse hecho fuera del período legal y con pretermisión de algunas formalidades reglamentarias, lo que dio lugar a un largo debate: eran los diputados allí elegidos los Sres. Pedro Briceño Méndez, Miguel Guerrero, Antonio Febres Cordero, Miguel M. Pumar, Francisco Conde y Juan de Dios Méndez, casi todos entusiastas bolivianos; de modo que la lucha de los partidos vino a prolongarse con motivo de aquellas tachas, hasta que al fin de largos debates fueron declaradas válidas tales elecciones».

«Abiertos los pliegos de Carabobo, resultó que uno de los elegidos allí era el Dr. Miguel Peña».

—El mismo asesor de Páez en sus rebeliones —comentó Soto…

—El doctor Peña tiene dos causas pendientes ante el senado, la una por el asunto de la sentencia contra el coronel Infante, y la otra por ilícito manejo de algunos fondos nacionales confiados a su custodia. En esa entonces, señores diputados, yo, Luis Vargas Tejada, era el secretario del Senado. En consecuencia, solicito formalmente la anulación de esa elección.

—Tiene apoyo —dijo Santander.

—Y el mío —dijo Ezequiel Rojas.

—Y el mío —dijo Soto.

—Y el mío —gritó Diego Fernando Gómez.

—Anulada la elección del doctor Miguel Peña —declaró Francisco Soto.

Ocaña. Sala de la municipalidad. Noche del 3 de marzo

—Esta acta pareciera forjada —dijo Diego Fernando Gómez.

—Es la elección del godo De Francisco Martín, diputado —dijo Soto.

—En Cartagena, ningún miembro de los colegios electorales tendría la ocurrencia de votar por un godo —protestó Santander.

—¿Entonces quién lo nombró representante del pueblo? —preguntó la complicidad de Diego Fernando Gómez.

—Los electores… Es un disparate rechazar el nombramiento del señor De Francisco —intervino Gori para disparar en el frente de batalla.

—Ningún disparate, diputado. La ley exige, para la elegibilidad, un patriotismo notorio, que no es el caso del señor Juan De Francisco Martín —argumentó Santander sin pestañear.

—¿Y quién puede dar fe de la ausencia de patriotismo del diputado Juan De Francisco Martín? —interrogó Gori.

Carraspeos en la sala. Entonces Gori acudió a unas gruesas palmadas para decir, provocador:

—Por cierto, ese diputado que ustedes llaman godo conoce muy bien a los contratistas del empréstito y al malversador del mismo. Justamente los que blanden lanzas contra él —miró a Vargas Tejada, la iracundia en sus ojos, luego al diputado Soto—. ¿No les parece de excesiva cautela?

—La conciencia de Montoya está limpia —respondió Santander por puro amor propio.

—Y la de Arrubla también —agregó Vargas Tejada, por no dejar.

—¿Y yo los nombré acaso? ¿Al señor Arrubla, al señor Montoya? —preguntó Gori.

—¡Fuera de lugar! —alertó Vargas Tejada, enardecido.

Por una ventana alguien gritó:

—¿Y los bolsillos de Arrubla, Montoya y el otro también están fuera de lugar?

—Callen a ese impertinente —gritó Vargas Tejada.

—Tranquilos, diputados, no echemos leña al fuego —concilió Soto, callado hasta entonces por puro deleite interior.

—¡Qué entre el godo de Cartagena! —dijo Santander. Orden mía, general y jefe.

—Aprobado —sentenció Soto de inmediato.

—¿Cuál es el próximo? —preguntó Santander, satisfecho.

—El señor Joaquín Mosquera, electo por la asamblea electoral de Buenaventura —dijo Gori.

—¡Ese sí que no! —dijo Santander, airado.

—¡Ese sí que también! Fue electo por unanimidad, y en dos circunscripciones —respondió Gori.

—Pero el acta dice que fue nombrado canónicamente —subrayó Gómez con sorna.

—En otras palabras, que lo eligieron los curas —dijo Soto, insidioso.

Gori dejó caer una carcajada postiza que arremetía por su insolencia, paseada alrededor de los miembros de la comisión. Tomó asiento, dio palmadas a sus piernas y dijo:

—¿Qué pretende esta comisión? ¿Rechazar a cuanto representante tenga amistad con Bolívar o enemistad con el vicepresidente? —indicó a Santander como si acusara a un reo.

—Basta de apasionamientos, señores. Mosquera debe ser aceptado por sus credenciales canónicas y militares —dijo Soto, transigente e irónico.

Santander cerró sus párpados, anuente, pues no quería más leña en la candela.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 3 de marzo

Por la habitación sus pasos marciales y su delgada voz: «Colombianos: La gran convención ha debido reunirse ayer: ¡día de esperanza para la Patria! Los legisladores han empezado a remediar vuestros quebrantos, cumpliendo con las voluntades públicas, que claman por reposo y garantías sociales: vuestros delegados llenarán la confianza nacional: ellos sufren vuestros dolores: ellos anhelan por vuestro alivio: ellos son de vosotros, y no tienen más causa que la dicha popular. No temáis que representen sus pasiones ni sus ideas particulares, porque no son sus propios representantes sino los vuestros. Yo me atrevo a aseguraros que la convención rematará la obra de vuestra libertad...».

Bogotá. Camino a Soacha. Amanecer del 4 de marzo

Desde un nogal de copa abierta y generosa un niño oye venir a un grupo de militares. A la cabeza de ellos el general Soublette, el general Julián Santa María, el diputado Pablo Merino y el coronel Daniel

Florencio O'Leary. Suenan campanas en una iglesia. Seis campanadas. El niño y un perro arrancan a correr hacia una casa campesina. El niño grita:

—¡El general Bolívar, el general Bolívar!

Una mujer y tres niños salen de la casa para ver pasar la comitiva. La pálida luz de la mañana confunde las miradas ansiosas, los cascos de los caballos, los silencios de la sabana.

—¡Es él, abuela, es él! —dice una niña, con un dedo que los mira.

—¡Que el Señor, mi Dios, le proteja de tanto bicho malo! —comenta la mujer.

Pablo Merino, señalado por la niña, comenta:

—El Libertador presidente quedó en casa.

Los jinetes, ya junto a la puerta del corral, saludan. Soublette dice a la niña:

—Nosotros somos sus amigos.

La mujer, desengañada, voltea hacía la choza y sacude sus cabellos. Comenta para sí:

—A lo mejor son los mismos de Zipaquirá. Dios guarde al tío de tanta alimaña.

El niño pregunta a la abuela:

—¿Entonces es verdad lo que dice mi padre, que al tío presidente solo le queremos nosotros?

—Nosotros somos muchos, Camilo, muchos, de uno a otro confín de la patria.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche de marzo

—Nada le extrañe, doñita, que comience a dolerle el corazón.

—El corazón no duele, Jonatás.

—De la tristeza, duele.

—Él no es un hombre triste, Jonatás.

—Pues a cada rato pareciera que lo muerde el desencanto.

—Estás perdida de curiosa y entrometida, Jonatás.

—Me preocupa la salud del general, mi doñita.

Jonatás mojó un pedazo de pan en el tazón de café. Manuela suspiró sin disimulo.

Bogotá. Camino a Soacha. Atardecer del 4 de marzo

Sobre los cuatro jinetes cayó la mirada de los soldados. O'Leary volteó aguijoneado y encontró un ojo único, melancólico y perdido; la choza solitaria y sombría.

—Todos hemos sembrado la discordia —comentó Merino, reflexivo.

—En Guayaquil aún no ha ocurrido un Zipaquirá —dijo Soublette.

—¿Qué piensa usted, diputado Merino? —preguntó O'Leary.

—Hablemos de Ocaña, coronel —respondió Merino, elusivo.

O'Leary acarició el pescuezo de su caballo, golpeó su alforja, levantó un pie para mirar el polvo de la polaina, y dijo, afable:

—Conmigo llevo el mensaje del Libertador al presidente de la gran convención.

—¿Y? —preguntó Merino.

—Una vez cumplida mi misión —dijo O'Leary—, marcharé a Venezuela a reunirme con el Libertador, quien saldrá muy pronto de Santa Fe —respiró hondo—. No soy optimista: allá como aquí la anarquía y la demagogia liberal. Allá, como en Ocaña, hay muchos Azuero.

—Quito y Guayaquil tienen lo suyo —dijo Merino, a manera de confesión. ¿Adónde no?

Desde el corral de la choza, la abuela y el niño, nublados sus ojos, vieron desaparecer los jinetes en lontananza.

Cartagena. Calle. Noche del 4 de marzo

Cabalgan a lo largo de una angosta calle metida en los balcones. Los alumbra la débil luz de los faroles. Desde una ventanilla una mujer observa la figura de José Prudencio Padilla: zambo, alto y fuerte. «La huella de una herida profunda en la mejilla le interesa el ojo derecho que pareciera saltarle de la órbita». Su voz resuena:

—Esta vaina está llegando a su fin. El vicepresidente es nuestro auténtico jefe, y está dispuesto a barrerlos.

—¡Salvaremos la República! —dice uno de los acompañantes.

—¡Acabemos con Montilla y los serviles! —agrega el otro.

Acaso los jinetes no alcanzan a escuchar puertas y ventanas al batir en protesta o cerrar de miedo, ni la pesadumbre que ausculta desde las sombras, ni la consternación silenciosa. Solo escuchan las voces de su conspiración, como luego los vasos que golpearon sobre una mesa de pulpería.

Cartagena. Intendencia. Mañana del 5 de marzo

Hombres de Padilla apostados a la entrada del edificio de la intendencia y en el patio central. El coronel José Montes pasa de largo con la mirada hacia adentro y la turbulencia en su voluminosa barriga. Entra a su despacho y encuentra detrás de su gabinete, arrellanado, a Padilla, quien le espeta:

—Estoy aquí para informarle que los liberales y yo desconfiamos de usted, y no le queremos como comandante general de Cartagena. He ordenado al intendente Vicente Ucrós que nombre en sustitución suya al coronel Piñeres. ¿Está de acuerdo, coronel?

—No estoy de acuerdo, pero hoy mismo me separo del mando —respondió el coronel.

—Gracias, coronel —dijo Padilla, complacido.

Palmoteó a Montes y salió manoseando su espada. Detrás el coronel con su orgullo entre las cejas.

Turbaco. Casa de Mariano Montilla. Tarde de marzo

Un hervidero de pájaros anuncia la tarde entre los árboles del patio. Montilla, de blanco dril, conversa con dos oficiales: Aldercreutz y Pedro Rodríguez, jefe del Estado Mayor.

—La sedición del general Padilla —dijo Montilla—, seguramente alentado por Santander, pone en peligro la paz de la República. En consecuencia, he determinado reasumir el mando militar con facultades extraordinarias, conforme a una autorización del poder ejecutivo para los casos de invasión exterior o conmoción interior.

—Procedamos, general —dijo el coronel Aldercreutz.

—Esta misma noche debemos extraer —agregó Montilla— de la plaza de Cartagena los cuerpos de tiradores, artilleros y húsares y ponerlos fuera del contagio de los facciosos.

—Son muy pocos, general —informó el coronel Rodríguez.

—La tarea es suya, coronel Rodríguez… Y suya, coronel Aldercreutz.

—Pierda usted cuidado, general —respondió el coronel Rodríguez.

—La sorpresa de Padilla va a ser mayúscula —dijo Aldercreutz.

—También sus escupitajos y carajos —agregó Montilla.

Un golpe de sable sobre una bota de Montilla sobresaltó a los pájaros y los disparó por el cielo.

Cartagena. Casa de Padilla. Calle. Amanecer de marzo

Dos hombres tocaron a la puerta de la casa de Padilla. Agitados. Ladraron los perros. Una mujer abrió la puerta y entraron los dos hombres. Por el patio asomó Padilla.

—Anoche salieron de la plaza los cuerpos de tiradores, artilleros y húsares —dijo uno de los hombres—, y ya deben de estar en Turbaco bajo las órdenes de Montilla.

—Los sacó Aldercreutz —agregó el otro.

Con la casaca a medio poner, Padilla desencajó su voz:

—¡Me pudo joder el mantuano!

Entró el doctor Ignacio Muñoz, almidonado. Entró un pequeño grupo de oficiales.

—No desesperemos. Convoquemos a una reunión en la comandancia general —dijo Muñoz.

—¡Vamos, coño!, ¡Busquen a mi gente! —ordenó Padilla.

Salieron atropellando muebles, seguidos por las miradas inciertas y los sarcasmos de vecinos asomados a balcones y ventanas.

Turbaco. Casa de Montilla. Mediodía de marzo

Con el sol del mediodía llegaron a Turbaco, como en romería, coches repletos de ciudadanos, hombres a caballo, y en mula, campesinos. Un soldado abrió el portón de campo de la finca de Montilla, quien salió al patio de uniforme militar, junto con los diputados Juan De Francisco y el doctor Rebollo. Saludos, venias, comentarios.

—Padilla ha proclamado a Padilla intendente y comandante general.

—Enfurecido por la salida de las tropas fuera de la plaza.

—¿Y la gente del pueblo? —preguntó Montilla, complacido.

—Nadie sale a la calle.

—Me lo esperaba —comentó Montilla con la sonrisa de esquina a esquina.

—El doctor Ignacio Muñoz y el primer magistrado del poder judicial han participado del desafuero.

Montilla colocó el sable sobre un arcón, montó sobre una mesa y dijo:

—¡Señores! ¡Cartageneros! Cartagena tiene un único y auténtico comandante general, y ese soy yo, fiel a las instituciones y leyes de la República.

—Padilla intentará amotinar la fortaleza de Bocachica —dijo un vecino.

Rumores de desaprobación. Rodaron sillas.

—Ya sus emisarios fueron rechazados. La tranquilidad pública no será perturbada. Ahora mismo Padilla estará pensando en salir como alma que lleva el diablo —dijo Montilla.

Contentamiento general. Aplausos. Montilla buscó, satisfecho, las congratulaciones.

Cartagena. Puerto. Noche de marzo

Padilla y dos acompañantes, malencarados los tres, abordaron una goleta, bajo la noche cerrada, que emprendió rauda y negra como el color del desaliento. En el curso comentó Padilla, apagada la voz:

—En Ocaña ofreceré mi espada y mi influjo a la convención —con el ceño puesto en las aguas, agregó: —Esta la cobro yo al mantuano. Ningún caraqueño me va a joder, así no más.

Las gaviotas sobrevolaron espantadas por las turbulencias del almirante.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Tarde del 6 de marzo

Recibió noticias de Bolivia. Terribles.

—Esta América está patas arriba, coronel. ¿Qué haremos con los generales peruanos? Nunca tuvieron acomodo. Ahora la emprendieron contra Bolivia. Copie, coronel, que le voy a dictar carta a nuestro amigo José Fernández Madrid. Comienzo por el final:

—Ordene, su excelencia.

—«Yo me he visto en la necesidad de suspender mi marcha a Venezuela a causa de las últimas noticias que nos trajo el correo del Sur. En Bolivia acaba de ocurrir un hecho que Colombia no puede ver con indiferencia. Los ingratos peruanos lograron seducir dos batallones de Colombia, haciéndolos sublevarse contra sus jefes, a pretexto de que se le pagasen sus ajustes, siendo su objeto destruir el gobierno de Bolivia y unirla al Perú; mas un escuadrón que permaneció fiel a sus deberes y pabellón, cargó sobre ellos y los ha destruido completamente; un cuerpo de Bolivia que se hallaba en La Paz, donde sucedió esta escena, cooperó a la destrucción de los facciosos, lo que prueba que aquel país no ha cooperado con los malvados. La primera noticia del motín llegó a Lima antes de saberse el resultado, y estos malvados la han celebrado como un triunfo. Estas circunstancias y el resultado que deben tener sucesos de tanta importancia me han determinado a aguardar en esta capital los resultados.»

Tosió de pena. También Santana.

—Luego vuelvo, coronel, tengo descompuesto el estómago. A lo mejor me viene bien uno de esos menjurjes del doctor Moore.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Tarde del 6 de marzo

José Palacios lo vio pasar hablando en voz alta, erizado el pelo, rojo de indignación. Alcanzó a oír:

—Celebran allá y aquí. Celebran sus puñales, pero sufren porque aún no ven mi sangre correr.

—Tenía razón doña Manuela —comentó José Palacios en voz baja.

Volteó la cabeza para mirar a Palacios con ojos de recriminación. Sus manos aferraron las solapas de su chaqueta. Gacha la cabeza, el cuerpo entumecido, enfundado el espíritu. Siguió de largo por el solitario corredor. Detrás un mastín con el rabo entre las piernas y un gemido entre los dientes.

Turbaco. Casa de Montilla. Mediodía de marzo

Almuerza con Juan De Francisco y el doctor Rebollo. Un hombre de la servidumbre retira los platos. Montilla le observa con una mirada

familiar: austeros modales, ropa sencilla y pulcra. Inhala satisfecho el intenso olor del café. Gira su mirada hacia los contertulios para decir:

—Tengo la certeza de que la convención es un hueso que no lo tragará Colombia, si antes no fracasa partida en pedazos.

—Es usted muy pesimista —dice De Francisco.

—Padilla alzó armas con el pretexto de las representaciones, que no son sino las instrucciones del pueblo a sus diputados —le responde Montilla y pregunta: —¿Cuál es el representante que no ha llevado a Ocaña instrucciones de sus electores? ¿Por qué desoyen y desechan las que les envía el soberano de quien son sus apoderados? La representación no es mera teoría, es un hecho en derecho.

—Nuestro deber es actuar conforme a las instrucciones de los ciudadanos de Cartagena —acentúa Rebollo.

—Ojalá que otros representantes piensen de la misma manera que usted —dice De Francisco.

Montilla carraspea. Busca atención a sus palabras. Dice:

—Volvamos a las andadas del mulato. Espero que ustedes den una relación exacta y convincente de su conducta criminal. Me anuncia, soberbio, que ha dado cuenta de los sucesos al supremo poder ejecutivo y a la convención. ¿Qué les parece?

—Que ha perdido la cordura —responde De Francisco.

—Y ahora quiere remendarla —agrega Rebollo.

—Aún más, ha marchado a Ocaña para ofrecer a la convención «su espada y poco valimiento en su defensa». Así mismo escribe. —Extrae una carta de su casaca y agrega: Oigan esta perla: «Tiemble usted —adopta la postura de Padilla— de las consecuencias de ese suceso».

—Cual es su asunción de facultades extraordinarias para abortar la insurrección, general —dice De Francisco.

—Oigan estos mejillones —dice Montilla y lee: «Y tiemble más si desaprobándose, como debe ser por el Gobierno, usted pretendiese resistirse a sus órdenes, porque entonces si se me encarga de reducir a usted, no debe esperar le trate sino como a un rebelde».

—Este es un mundo de locos —comenta Rebollo, alarmado.

Por el corredor la figura de un oficial que anuncia:

—General, todo está dispuesto para el viaje de los señores diputados.

Montilla, de pie, alza una copa. Así mismo, De Francisco y Rebollo.

—¡Salud y fortaleza! —brinda Montilla.

—¡Salud, general! —brinda Rebollo.

—Por la salud de todos —brinda De Francisco.

Montilla pasa sus brazos por los hombros amigos.

—Si ven a Padilla, háganle llegar el mensaje de que aquí le espero.

Remolino grande. Ribera. Tarde del 10 de marzo

A horas de las seis de la tarde, mientras cae el sol sobre el río, O'Leary y Merino conversan con el piloto del champán que les lleva a Ocaña. Acaso les vieron comprar víveres en una pulpería de Honda, corregir sus pasos «bajo un sol abrasador y por un camino arenoso»; acaso les vieron caminar junto al piloto ebrio y rezongador, buscar sombra bajo un árbol, dormitar un poco, y luego despertar, aletargados, para oír al piloto contra sus atildadas figuras.

—Como le decía, yo conocí al general Santander cuando bajaba para Ocaña.

Merino atiende, curioso, a un champán que navega en sentido contrario.

—¿Y? —pregunta O'Leary.

—Y nada.

—¿Acaso no sabe usted, que a él le llaman el hombre de las leyes? —insiste O' Leary.

—Por supuesto que sí. ¿Y usted no sabe qué entendemos nosotros por hombres de las leyes? —pregunta el piloto.

—Pues no —responde O'Leary.

—Pues blancos... Para nosotros no es ni más ni menos que el que vive del sudor del pueblo y se apropia de lo ajeno —dice, enfático, el piloto.

O'Leary buscó algún lugar en su memoria. Merino en el surco abierto por el champán.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mediodía de marzo

Jonatás y Nathán, asistidas por Manuela, ajetreadas por las labores de cocina y llenas de amarguras por las miserias de la política, comentaron sus desalientos y esperanzas.

—Todos están alzados, Jonatás. Ayer en Venezuela y mañana también. Ahora en el sur. Aquí son de otra manera, la que ellos llaman leyes. Para muestra el botón de Ocaña y el espinero de Santander —dijo Manuela.

—Deje esas preocupaciones, mi doñita. Apenas aparezca el tío, les desaparecen los cojones —dijo Jonatás.

—¿Acaso tienen esa cosa? —preguntó Nathán.

Jonatás y Nathán soltaron desmesuradas carcajadas, que, si no encontraron lugar en el fuego y en el ahumado techo, lograron agitar los pies de Manuela y sus manos alzadas contra sus cabellos. Nathán asumió el desespero de Manuela, y dijo:

—El tío les partirá el cuello, júrelo.

—¿Con qué, Nathán, con qué? —preguntó Manuela y agregó: Santander hace de las suyas. Es ladino y perverso, al igual que Páez, pero más inteligente. Logró que eligieran a la convención a cuantos quería, mientras su tío Bolívar hacía la vista gorda en honor al liberalismo y la concordia. Y ahora, para colmo de males, decidió regresar a Venezuela y les dejó la mesa servida.

—No lo crea, doñita, no lo crea. Dios está de su lado —dijo Jonatás.

—Y nosotros también, desde Quito hasta Caracas —agregó la rabia de Nathán.

—¿A Caracas? ¡Zape gato!

Bogotá. Quinta de Bolívar. Noche de marzo

Caminaba de uno a otro extremo del corredor. Finalmente, entró al patio. En el cielo los párpados abiertos de la noche. Contempló los colgajos de trinitarias. Arrancó una hoja, que sintió áspera. Aleteó una mariposa bruja. Con una bandeja y una copa de vino apareció José Palacios. Un edecán recibió la bandeja y la colocó sobre una pequeña

mesa. Palacios, solícito, levantó la copa y la extendió. La palma de la mano izquierda del Libertador lo detuvo.

—Le informé a Antoñito Sucre que he decidido marchar con la mira de llegar hasta Guayana y Cumaná, mientras delibera la convención —pausa.

—¿En qué piensas José?

—Doña Manuela anda de mal humor, su excelencia.

—Dentro de cuatro meses ya estaré de regreso.

—¿Y Bolivia? –preguntó Palacios, alarmado.

—En las mejores manos de la República. El mariscal Sucre no tiene más que decir una palabra a los generales Flores y Luis Urdaneta y será auxiliado contra los invasores y corruptores.

La mirada incrédula de Palacios no le hizo gracia. Vaciló. Agarró su cuello y pellizcó su barbilla.

—Vamos, ponte en acción. Termina de arreglar mis cosas... y saluda a doña Manuela sin mayores comentarios.

Camino. Caen la tarde y la niebla. Tarde del 14 de marzo

La niebla entiende que unos jinetes quisieran despejarla. Entiende que hay uno entre ellos sobre una mula, protegido por un poncho, oculto por su congoja, doblado como ella, que habla consigo mismo, acaso con los rumores de la tarde y los murmullos de los jinetes, acaso con la misma niebla, densa y fría. «¡Bogotanos! Si alguna vez os afligen males inesperados, acordaos de mí, que yo volaré a serviros como a los más dignos colombianos».

Un acceso de tos del general pareció acallar los aleteos de la noche en puertas.

Bogotá. Habitación de Manuela. Noche del 14 de marzo

Roció las sábanas con agua de Lavanda de su amado. Pasó toda la noche con su imagen, mezclada a la lluvia, pertinaz.

Ocaña. Calle. Amanecer del 15 de marzo

O'Leary, Merino y su guardia en las afueras de Ocaña. Observan un paisaje triste y árido. Continúan su marcha y entran en el poblado. Desde su traje de paisano Santander les ve llegar plantado en una esquina de la plaza. Los viajeros desmontan, al igual que algunos de su comitiva, bajo la mirada y el desconcierto de Santander. O'Leary, en medio del ajetreo de hombres, camina a su encuentro.

—Bienvenido sea el delegado visitante y amigo —dice Santander.

—Buenos días, general —responde O'Leary.

—Buen amanecer, diré yo, pues salí a respirar el aire puro de Ocaña —dice, cordial, Santander.

—En el río encontré a su buen amigo, el doctor Azuero —agrega O'Leary.

—Ya me anunciaron su próximo arribo. ¿Y usted qué me cuenta de Bogotá? —pregunta Santander.

—Ninguna nueva, a no ser que el Libertador presidente regresa al norte —responde O'Leary.

Santander da dos pasos atrás y regresa sobre los mismos.

—¿Y qué, Páez volvió por las suyas contra la República?

—Si supiera que no, su excelencia, al igual que en el sur hay levantamientos en Cumaná y Maturín, aunque aplacados por Páez y Mariño —responde O'Leary.

—También en Guayana. La República es muy grande, demasiado. Difícil mantener el respeto a la disciplina militar y a las leyes. Hasta en Bolivia alzaron armas contra el mariscal Sucre —dice Santander.

Ahora el sobresalto es de O'Leary, pero contiene todo gesto.

—Si usted lo dice.

—Por cierto, seremos vecinos —responde Santander, desentendido—. Yo vivo en esa casa —señala hacia una casona verde, de altas ventanas—. Por lo grande y espaciosa —dice con énfasis— la he convertido en casa de comensales.

—Pausa para mirar sus bolsillos—. En estos tiempos de dificultades económicas los viáticos no satisfacen las necesidades de los representantes del pueblo.

—Ni las deudas de la República —dice O'Leary, mordaz.

—Descanse, coronel —dice Santander, desentendido, a no ser una contracción del entrecejo–, que la convención va a llevar su tiempo y el señor Merino espera por usted.

Somnoliento, el diputado Merino, quien había estado atento a las bestias del equipaje, inclina su sombrero a manera de despedida, mientras suenan, pausadas, las campanas de la iglesia.

Caracas. Casa de gobierno. Mañana del 15 de marzo

«*Honorables miembros de la Gran Convención:*

»Un deber sagrado me pone en el caso de elevar al conocimiento de la Convención un testimonio legalizado de las representaciones que me han dirigido varias corporaciones civiles y militares, con los padres de familia y propietarios respetables de estos Departamentos, manifestando los deseos que les animan en la actual crisis, en que, amenazada la independencia de la República por facciones interiores e incursiones del enemigo, se la pondría al borde de su ruina, si los trabajos de la Convención no se limitan a centralizar su poder y poner en manos del Libertador Presidente el mando supremo del Estado, a que los pueblos le llamaron por aclamación unánime, hasta que, asegurada la Independencia de la Nación y tranquilo todo el territorio, pueda plantearse la forma de Gobierno que sea de la voluntad general.

»Al transmitir a esa honorable corporación el voto de estos habitantes, yo me siento poseído del noble entusiasmo que inspira la razón a favor de sus peticiones; ellas están sostenidas del clamor general bien pronunciado de unos pueblos que después de los inmensos sacrificios que han hecho por conquistar su independencia de la dominación extranjera, prodigando su sangre en las batallas, temen, con razón, ver anulada la obra de su heroísmo y los desvelos de su fautor; lo están por hechos positivos que convencen que en ningún tiempo, después del establecimiento de la República, se ha visto como ahora expuesta a ser la presa de un poder extranjero o de una anarquía desoladora, que al favor de instituciones débiles, y para las cuales no están preparados los pueblos, sean conducidos a una disolución política, que fomentan partidos insidiosos; y ellas por último, tienen a su favor la experiencia de diez y ocho años, en que solo han visto por fruto de la Constitución de

Cúcuta en los siete últimos, la desmoralización y el imperio de todos los vicios.

»Difícilmente podría presentaros un bosquejo de la situación en que se hallan estos departamentos. Diseminado en todas partes el espíritu de sedición, que con las armas en la mano turba a cada paso la tranquilidad pública y tiene en continua agitación las Provincias, puede decirse que no hay una sola que conserve aquella calma que se necesita para recibir reformas que no sean adaptadas a la fuerte represión de los crímenes y firme sostén de su independencia. La España ha observado nuestras disensiones políticas: sus agentes atizan la discordia y circulan papeles incendiarios, deprimiendo la fuerza moral del Libertador, como el único medio cierto de reducir nuevamente el país a su dominación. En estos momentos de angustia aparece en nuestras costas una expedición, que, ínterin los pueblos se despedacen en la guerra intestina, logrará ventajas que jamás alcanzaría si un Gobierno vigoroso dirige los esfuerzos de la Nación y el hombre que la ha dado vida se coloca al frente de los negocios públicos, para hacerla respetar, para consolidar su vacilante existencia, regenerar la moral y salvarla, en una palabra, de su última ruina.

»Toca ahora a esa honorable corporación penetrarse de los verdaderos intereses de la Patria, y proveer, según estos datos, al remedio de tantos males. Las formas de Gobierno deben adaptarse a los lugares que van a recibirlas, y no estos a aquellas; verdad tan sublime y ahora más que nunca comprobada, hará ver a la Convención que brillantes teorías deslumbran momentáneamente, pero que son el escollo funesto en que se sepultan las naciones y los hombres. No dudo que los diputados que componen esa honorable corporación consultarán los medios de conservar sus más caros intereses, y yo no responderé a la Nación de las consecuencias funestas que se seguirán, si apartándose la vista de este lastimoso cuadro en que se funda la opinión unánime de los pueblos, se aventura la salvación del Estado a los desastres de la anarquía».

«Caracas, 15 de marzo de 1828-18.º»

«Honorables miembros».

«José A. Páez»

Ocaña. Habitación de O'Leary. Noche del 15 de marzo

«Vino a verme el señor Aranda, diputado por la provincia de Carabobo; es hombre de juicio y talento, que ama a su patria y desea servirla. Tendrá como 30 años de edad, es de buena figura, modales suaves, mucha instrucción y habla y escribe bien. Me presentó a su colega el señor Santiago Rodríguez, caballero muy parecido a Aranda en su trato, es sumamente moderado, juicioso y muy patriota, su figura es varonil; alto y bien formado de cuerpo, su fisonomía aunque severa, agradable».

Ocaña. Correo. Mañana de marzo

El dependiente prestó atención, paralizado, al general Santander: traje regio, de domingo, pestes por doquier.

—¿Entonces no hay cartas para mí? —preguntó Santander.

El dependiente apenas acertó a mover la cabeza.

—No puede haber para un perseguido de los serviles. Y cuando llega... cuando llega... Me quejaré formalmente de la violación de mi correspondencia. ¿Pero a quién?

Entró el diputado Gori. Saludó con una venia. Santander le preguntó por encima del saludo:

—¿Usted ha recibido cartas, diputado Gori?

—¿Y por qué no, general?

Gori sesgó la cabeza al dependiente con un hilo de sonrisa, y volvió la espalda al general, quien permaneció enhiesto, con los ojos hacia dentro, rumiando su iracundia.

Ocaña. Habitación de O'Leary. Noche de marzo

«Hasta ahora, según entiendo, Ocaña no ha sido más que una feria de pasiones, donde los hombres se han reunido con el objeto de vender sus caprichos.»... «La comisión de calificación, presidida por Soto, intenta hacer cuanto le viene en gana. Los contratistas del empréstito, señores Arrubla y Montoya, y el malversador de los fondos, aspiran poner y quitar diputados a la Convención. No siempre logran su objeto».

Ocaña. Plaza. Mediodía del 17 de marzo

Desde el alféizar de la ventana de su habitación O'Leary observa una grande efervescencia y alarma. Un jinete entrega, agitado, a las puertas de la sala de convención, comunicaciones del almirante Padilla. Grita:

—¡El general Montilla sublevó a la guarnición y tomó posesión de Cartagena!

—Seguramente prepara tropas para impedir la reunión de la convención nacional –comenta Soto, sin recato.

—Las vidas de los diputados están amenazadas, manda a decir el general Padilla.

—Es preciso convocar a una reunión extraordinaria —dice Soto.

O'Leary sonríe y cierra la ventana.

Ocaña. Casa de Santander. Habitación. Amanecer del 17 de marzo

«Excelentísimo señor presidente, Libertador de la República. Señor: Hoy ha venido a turbar la tranquilidad de mi espíritu la funesta noticia de que en Cartagena un motín militar gritaba: 'muera la convención y el vicepresidente de la República'. Necesito, señor, para hablar a vuestra excelencia de este suceso, recoger todas las fuerzas posibles y explicarme con moderación.

»¿Por qué es que en la boca de unos pocos militares de Cartagena y quizá a la fecha de cualquiera otra parte, está expuesta la seguridad personal del segundo magistrado de Colombia? ¿No hay ya leyes, ni garantías para un magistrado, ni para un ciudadano cuyos servicios patrióticos son tan antiguos como la misma República? Me asombro, señor, de que los mismos godos enemigos implacables de la causa de Colombia hayan podido vivir tranquilos bajo las garantías de la ley y de la protección del gobierno, y que solamente yo no pueda contar con seguridad desde que diferentes sucesos políticos agitan la nación. Vuestra excelencia no lo puede dudar: el pueblo colombiano bien decidido por el orden legal, está frecuentemente perturbado por la fuerza armada, o mejor dicho, por una parte de ella, que me cree un fuerte obstáculo para destruir la libertad; mi seguridad personal está

amenazada, y mi nombre no se pronuncia por los agentes del desorden sino por execración. ¿Y cuál es mi delito? ¿Ser enemigo de todo régimen arbitrario, de toda medida opuesta a las leyes constitucionales, de todo paso que nos puede conducir a la tiranía y a la anarquía? Pues más antes que yo, otros ilustres ciudadanos presididos por vuestra excelencia, eran criminales. ¿Es por ventura el ser enemigo de vuestra excelencia, caso que yo lo fuera? Las leyes no han calificado de delito semejante enemistad, e innumerables son los ejemplos que de ella han dado varios colombianos, y que, no obstante, han vivido tranquilos a la sombra de las leyes. Pero dado caso que yo pudiera ser delincuente, ¿es acaso la fuerza armada de Cartagena, ni de ninguna otra parte, la que pueda juzgarme o condenarme? ¿En esta tierra de libertad se falla a muerte contra un ciudadano sin juicio procedente y en tumultos escandalosos? ¡Desgraciada Colombia si así se verificase, y superfluos 18 años de sacrificios por la libertad!

»En estas circunstancias, a nadie sino a vuestra excelencia como jefe de la nación y protector de los derechos del ciudadano debo ocurrir reclamando justicia y la protección de la ley. Seguro con la inocencia de mi conciencia y con el contraste que representa al pueblo colombiano con la tropa armada de Cartagena, el primero honrándome con su confianza al elegirme en diferentes provincias su diputado a la gran convención, y la segunda, gritando mi muerte. Ocurro a vuestra excelencia solicitando:

»Primero: el condigno castigo para los tumultuarios de aquella plaza que no solo han infringido las leyes sino el decreto de vuestra excelencia de 24 de noviembre de 1826.

»Segundo: las garantías correspondientes para la seguridad de mi persona tanto aquí en Ocaña como en cualquier otra parte donde pueda y deba existir.

»Tercero: en caso de que el gobierno no alcance a asegurar mis derechos personales contra vías de hecho, suplico a vuestra excelencia se sirva expedirme mi pasaporte para fuera de Colombia con la garantía correspondiente para mí, tres criados y mi equipaje, pues antes de exponerme a ser víctima infructuosa del encono y la venganza, el derecho natural me manda ponerme a salvo a despecho de la ley y de mi destino como vicepresidente.

»Cuarto: en fin, que se sirva vuestra excelencia mandar imprimir esta representación con su decreto en la Gaceta del gobierno para noticia del público. Está vuestra excelencia en el caso de llenar una de sus más augustas funciones, la de proveer a la tranquilidad interior del país y a la seguridad de un ciudadano que cuenta 18 años de servicios continuos a su patria, que ha merecido ser general del ejército, que lleva en su cuerpo dos cicatrices por la independencia y libertad, que actualmente obtiene el cargo de diputado de la nación y que hace 8 años que ejerce el honroso título de vicepresidente de Colombia. Así lo espero con confianza de la rectitud de vuestra excelencia y de su consagración a la causa pública.»

«Excelentísimo señor:

«El vicepresidente de Colombia, diputado de la Gran Convención. *Francisco de Paula Santander*».

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Noche del 17 de marzo

La iglesia recoge un nervioso silencio de los congresarios. Con pliegos en ambas manos, y los brazos alzados para mostrarlos, Soto arenga:

—Este es el principio del fin: uno de nuestros mayores héroes, apoyo de la constitución, de las leyes y del orden público, sostén de nuestras futuras deliberaciones, es perseguido por un usurpador, el general Montilla, quien amenaza de muerte a los representantes de la República. El celo del almirante Padilla y su patriotismo han sido ejemplares y heroicos. A esta magna asamblea corresponde testimoniarle su gratitud y aceptar sus servicios para sostener la convención.

Frenéticos aplausos en la sala. Santander alza un brazo y dice:

—Su moción tiene mi apoyo.

—Y el mío —dice Azuero.

Otros brazos y manos aplauden hasta calentar la sangre. El diputado Aranda toma la palabra:

—¡Señores! La diputación no puede decidir sobre una materia de tanta gravedad sin oír al general Montilla. Cualquier precipitación nos puede envolver en muchos males.

Santander, excitado, interrumpe:

—Como representante, como vicepresidente, como general y como Francisco de Paula Santander no puedo menos que dar las gracias al almirante Padilla.

Santiago Rodríguez levanta la mano y dice, comedido:

—Si el almirante defendió las leyes, no hizo sino cumplir con su deber. Por lo demás, la convención no necesita de sus ofertas de sostenerla, pues tal función corresponde a la asamblea.

Interviene Aranda. La voz en ristre:

—La gratitud del individuo que habló en defensa de Padilla no es asunto nuestro.

—El almirante Padilla es el prototipo de los grandes hombres y de los auténticos liberales —dice Soto, con velado enardecimiento, y agrega: Votemos por su acción patriótica, desde ahora inscrita en los anales de la historia.

Santander y Azuero aplauden con arrebato. El diputado Aranda interviene nuevamente:

—«Esta mañana a las diez una persona a quien doy más confianza que al general Padilla me impuso de los sucesos. El tal defensor de las leyes ha sido acusado oficialmente de haberse puesto a la cabeza de un motín, de haber depuesto al Intendente y al Comandante General y de haberse arrogado las funciones de ambos, pero fue despreciado por las tropas y el pueblo. Padilla se dio a la fuga y mañana o pasado, nos caerá aquí con su mentirosa versión».

O'Leary sonríe, satisfecho, desde la barra. Los comentarios y murmullos en la sala dan lugar para que Soto diga, inquieto:

—Les ruego silencio y atención. Solicito que el voto de la asamblea ponga término a esta enojosa situación y, en consecuencia, que mi moción sea votada.

Veintitrés brazos son alzados. Aprobada la moción. Aplausos.

A la salida atropellada de los congresarios, en medio del desconcierto, Santander comenta en voz alta, puesta su mirada en O'Leary:

—Si no muero en un patíbulo, seré asesinado alguna noche al doblar una esquina. Si me hacen salir de Colombia me sentiré feliz pues habré escapado de la muerte.

Aparece Aranda por detrás de O'Leary, sombrero en mano. Responde, agresivo:

—¿Quiénes son los representantes de los crímenes y de las maldades? Si usted y los suyos no hubiesen cometido tantas iniquidades nosotros no estaríamos reunidos en este laberinto —le da la espalda. Dice a O'Leary: —Acompáñeme, coronel, a tomar un trago doble para sacudirme la maluquera.

En una esquina de la calle un escándalo de perros y gatos.

Cartagena. Casa de Mariano Montilla. Biblioteca. Tarde del 18 de marzo

«Mi respetado y querido General:

»Nada me ha sorprendido ni sorprenderá en lo sucesivo las revoluciones de nuestro ejército, cuando quien las dirige tiene rango, dinero y hasta ahora impunidad. Aquí habría sucedido lo mismo que en La Paz, si me hubiesen podido seducir las tropas o mover el populacho de las parroquias. Ganaron aquí y sedujeron un general y oficiales: en La Paz un sargento y los soldados: en Lima al Jefe del Estado Mayor y oficiales; de suerte que la próxima revolución será guiada por canónigos y monjas.

»Por Zárraga escribí a U. muy largamente, y pasó por Mompox, donde se le detuvo más de cuatro horas, para que Padilla oficiase y tratase de examinarlo; temo que cuando haya salido a Salazar de las Palmas, U. no haya salido de Bogotá, y aunque esto retardará el que U. se imponga de cuanto aquí ha sucedido, me alegro mucho, mucho del retardo porque el negocio de Bolivia es de magnitud, y porque no me cabe duda en que hay fraguado un movimiento luego que U. se separe de Bogotá, para que Santander se coloque en el Ejecutivo como Vicepresidente. Esto me ha asegurado Medrano, que se ha conducido muy bien y que está al cabo de todo; lo mismo ha dicho un Mosquera que ha llegado aquí antenoche con Arrubla. Se colige también tal proyecto, de las esperanzas que alimentaba Padilla de volver en mando a esta plaza y de dirigirse a Ocaña a consultar y organizar nuevos planes de destrucción; y últimamente, lo creo, porque a la venida del malvado adjunto Herrera, se repitió esto y aún se dijo que Santander había remitido con él, desde el Puerto nacional, una gran correspondencia para Padilla, para Noguera, y para el infame Portocarrero (un habanerito que fue Contador de marina y ahora está bochincheando por la Costa

de Sotavento con el hermano del general Padilla). U., pues, calculará lo que deba hacer y hará lo mejor; pero no se olvide U. de los planes que hay para apoderarse del mando luego que U. salga de Bogotá. Ahora mismo me acaba de avisar que el doctor Rodríguez ha dicho ayer en la Corte que era indispensable que Santander reasumiese el mando en cuanto U. se separase de Bogotá, y como este señor es el Presidente de la Corte y gran federalista, no extrañaré que también me dé qué hacer.

»Permítame U., General, hacerle una multitud de súplicas que creo convenientes al mejor servicio y son las siguientes:

»Los ascensos de Húsares que fueron postergados por haber marchado con U. a Bogotá, y de su comandante el coronel graduado Aldercreutz.

»Recomiendo a Rodríguez, Jefe de Estado Mayor, y a Tatis para su grado inmediato, y muy particularmente pido a U. el despacho de subteniente de artillería para el Sargento primero de la misma, José Mª Flores, que me ha servido considerablemente, resistiendo la seducción que le hacía el general Padilla como consta del expediente.

»Suplico que se ordene al general Padilla marche de Ocaña volando a presentarse al Gobierno, pues es muy perjudicial su mansión allí y la del doctor Muñoz. Como yo no puedo enviar tropas al cantón de Ocaña, nada haría con intimarle órdenes que despreciaría, como anuncia ya en su comunicación oficial, que remito entre los documentos, y que pido a U. lea con atención.

»La marina, con excepción de Tono, Carbonó, Chitty, y sobre todo Brun, se ha comportado infamemente; ella exclusivamente ha auxiliado los desórdenes de Padilla, y esta sería una buena ocasión para anularla o reformarla; son unos vagabundos la mayor parte de sus miembros. Como en la municipalidad hay tres miembros comprendidos en la facción y los demás son cobardes, aún están llenos de miedo, y los primeros aparentando que no ha habido facción, guiados por el presidente de la Corte, doctor Rodríguez.

»Diré a U., por qué este señor está disgustado: 1º por el decreto sobre Cortes de justicia, obligándolas a pasar la noticia de causas: 2º porque Montes los suspendió, no queriendo cumplir dicho decreto: 3º por el decreto de policía, suponiendo que desnuda a la Corte de ciertas atribuciones que les da la ley: 4º porque ha sabido que Castillo es amigo

de U., y él tenía sus pretensiones de ser secretario de Hacienda; y 5º porque ha creído con la federación hacer gran papel, etc.

»El Dr. Muñoz, a quien U. conoce, es el mentor que lleva Padilla en clase de abogado y para enredar todo esto; yo desearía que la orden de Padilla se extendiese a Muñoz puesto que del Sumario resulta comprobada la culpabilidad.

»La familia Piñeres resentida por el destino de su hijo y enorgullecida con el compadrazgo de Santander se ha portado inicuamente y Vicente arengaba a la canalla para que no abandonasen a su general Padilla contra los caraqueños, como si hubiese muchos, y no fuesen hijos del país los que más fieles se han mostrado al Gobierno y a su Presidente.

»El tal Madrid, de Santa Marta, es el único de aquella población que se ha mostrado enemigo de U. y partidario del bochinche de aquí; repito a U. que no conviene en el departamento, y que sería muy útil unir allí el mando, pero no aquí, porque Ucros está en muy buen sentido y en perfecto acuerdo conmigo y tiene opinión y buena fama, y trabaja mucho en rentas.

»El general Carmona está furioso y muy decidido; lo mismo Veroiz y su cuerpo, pero el segundo comandante es calavera y como Veroiz tiene que atender a la comandancia de Armas, el cuerpo se irá atrasando.

»En fin, mi general, ya U. conocerá que no le engañé cuando le mostré desconfianza en Padilla: este hombre estaba viendo si descubría algún plan de monarquía, sedujeron a mi edecán Acevedo y cuando vieron que no podían descubrir lo que no existía se precipitaron e hicieron conocer: Padilla siempre mostraba las cartas de U., pero jamás las de Santander, ni tampoco sus amigos. ¡Qué ingratos! ¡Qué malvados!

»Yo estoy resuelto a mantener esto en orden hasta que U. mande mi relevo, pero estoy también resuelto, después de lo que ha pasado, a vivir en Venezuela donde nadie podrá tacharme mi nacimiento. Nada me espantan las amenazas de Padilla, porque si se me presenta sin pasaportes de autoridad competente lo arrojo del departamento y de cualquier modo me haré respetar como comandante general: este está decidido y yo también lo estoy a suplicar a U., por Dios, que venga el general Córdova u otro que sea granadino a relevarme. Si, mi General, me hacen una guerra sorda y destructora por puro provincialismo.

»El escribiente de Estado Mayor, don Nicolás Paz, hijo de esta ciudad, es el conductor de esta carta y de los duplicados que llevó Zárraga, y el mismo que habiendo sido testigo presencial de mil circunstancias, satisfará cuantas preguntas guste U. hacerle. Su buen comportamiento en las crisis mencionadas, sus prontos avisos a Turbaco, donde me hallaba, y su adhesión a la persona de U., me mueven a recomendarlo y a pedir para él el grado de Teniente que animará a los demás a conservar ilesos su deber y su honra.

»Mil ideas se atropellan y mi pluma no puede correr con mi imaginación. ¡Ojalá pudiera Paz volar con esta comunicación como vuelan mis ideas a ese Cuartel general!

»Se me olvidaba decir a U. que he escrito al señor Castillo y me tomo la libertad de decirle que abra y lea la correspondencia oficial que sigue para el Secretario general, si lo juzga conveniente; he creído este paso prudente y razonable, para que conozca a fondo la conspiración y juzgue cuál sería o ha podido ser el resultado.

»En fin, mi general, U. dispensará algunas faltas que haya cometido y crea que las habrá causado mi insuficiencia, pero no crea jamás que las haya dictado mi corazón.

»Con sentimientos de respeto y amistad me suscribo de U. su más humilde, obediente servidor y súbdito, Q.B.S.M.».

Ocaña. Plaza. Tarde del 18 de marzo

Sentados en un pequeño banco de madera de la plaza, Aranda, Rodríguez y O'Leary comparten el aire de la noche:

—Comuniqué a varios diputados —dice Aranda— que lo ocurrido en Cartagena era tal como lo dije ayer noche. Han creído en mí y en sus noticias, coronel O'Leary. Están preocupados y arrepentidos por su conducta. Aspiran revocar la moción en apoyo a Padilla.

—No se haga ilusiones, diputado Aranda. Soto es hábil, cínico e inteligente, es el peor de todos. Hombre de mala fe —dice O'Leary.

—¡Bendito sea Dios! Esto va de mal en peor —dice el diputado Rodríguez.

—Ellos solo bendicen a Santander —dice O'Leary.

—Es a ese, por ladrón, a quien tengo la mira puesta —dice Aranda.

—Dirá su palabra, diputado Aranda —asienta Rodríguez, para salir de la confusión.

—La mira de mi palabra.

Delante de los ojos de Aranda su dedo acusador.

Tunja. Casa de Bolívar. Habitación. Mañana del 19 de marzo

«A S.E. El general José Antonio Páez.

»Mi querido general: No salí de Bogotá el día señalado en mi carta de aquella capital, porque las últimas noticias de Bolivia me detuvieron algunos días en aguarda del correo, que nada trajo de nuevo. Salí pues, el 14 de Bogotá y hoy acabo de llegar a esta ciudad: mañana continúo mi marcha.

»Por las comunicaciones oficiales estará Vd. informado de que yo he tomado las facultades extraordinarias que concede la constitución y las cuales ejerzo en toda la República. Estas facultades han tenido ya su efecto y, en consecuencia, he dictado ya varias reformas en aduana y hacienda que tendrán muy buen efecto; y esta misma autoridad me dará los medios ordinarios siempre débiles, siempre ineficaces. Yo me he visto en la necesidad de adoptar esta medida en consecuencia del mal estado general de toda la República.

»La capital misma era ya el teatro de mil escándalos que debía cortar. Aún más, las personas notables, el consejo de gobierno y los habitantes principales de estas provincias han convenido en la necesidad de hacer reclamos a la convención para que no se establezca el sistema federal, como han convenido algunos de los malvados que asisten a la convención. Nadie mejor que Vd., querido general, conoce cuánto nos perjudicaría el establecimiento de este sistema que se proclama ahora, no por los buenos sino por los malvados, no por su utilidad sino porque lo consideran como instrumento de la iniquidad y la venganza. Convendría pues, querido general, que Vd. procurase influir entre esos habitantes para que unan sus súplicas a las de estas provincias, sobre todo en la provincia de Carabobo, donde lo harán ciertamente. Espero, pues, que Vd. dará estos pasos antes de mi llegada para que no se crea que es obra mía.

»Nada más ocurre de nuevo, yo sigo mi marcha por la vía que le he indicado antes.

»Soy de Vd., querido general, amigo de corazón».

Ocaña. Calle. Casa de Santander. Noche del 19 de marzo

Padilla, vestido de civil, Ignacio Muñoz y Vargas Tejada por la calle solitaria. La luz de un farol permite distinguirlos, ligeros y furtivos, con cara de circunstancia. Entran a la casa con los ojos aquí y allá. Al llegar a la habitación de Santander, Vargas Tejada empuja la puerta y descubre arrellanados a Soto y Azuero.

Ocaña. Casa de Santander. Habitación. Amanecer del 20 de marzo

El reloj de pared anuncia las cinco de la mañana. Sobre una pequeña mesa, tazas, copas, botellas de vino y una jarra. Detrás de una mesa que hace de escritorio, Soto escribe notas con evidente cansancio y aburrimiento. Santander lava su cara en una jofaina y toma un paño para secarla, parsimonioso.

—Insisto —dice Padilla—, es posible hacer una revolución en Mompox y Cartagena, prender el Magdalena entero.

—¿Y no le bastó con su fracaso? —dice Soto, displicente.

—El general Padilla tiene como resarcir el descalabro —dice Vargas Tejada mientras gesticula con la mano derecha entre las piernas.

Una mirada recriminatoria de Soto cae sobre Vargas Tejada.

—Tal como usted lo dice, diputado —responde Padilla.

—Confiemos en el general Padilla, ¡campeón de los principios liberales! —dice Azuero.

—Yo prefiero confiar en la convención —dice Soto, puestos sus ojos en Santander.

—Una cosa no quita la otra —dice Santander, blandiendo el paño—. José Prudencio será el jefe de la revolución. Regresará al Magdalena y comenzará por Mompox. Nosotros haremos lo que tenemos que hacer en la convención.

—No estaría de más una conversación de nuestro almirante con el coronel O'Leary —dice Soto—, para medir las intenciones del enemigo.

—Yo quisiera estar presente —dice Muñoz.

—¡De acuerdo! —dice Azuero, y agrega: —¿Qué le parece, general Padilla, guapo y acompañado?

—A ese toro que lo lidie el general Bolívar, doctor Azuero —susurra Vargas Tejada.

—Y su palafrenero, el coronel O'Leary —le cuchichea Azuero.

—¡La pagarás Montilla! —dice Padilla a su propia sombra.

Ocaña. Habitación de O'Leary. Mañana del 20 de marzo

—Coronel, tiene visita: el almirante Padilla y el doctor Ignacio Muñoz.

O'Leary asoma su cabeza por la puerta entreabierta y observa al fondo del corredor las figuras de los dos visitantes. Busca el escaparate para tomar su casaca, mirar en el espejo su postura elegante, sonreírle a su rostro y buscar la puerta de la habitación.

—Buenos días, distinguidos señores. Por favor, tomen asiento.

Padilla y Muñoz, acicalados, pulcros, recién salidos del baño, húmedos los cabellos, frescas las manos, encuentran acomodo en las pequeñas poltronas. O'Leary observa a Padilla mientras va al encuentro de los cartageneros. Mira su sombrero, sus ojos encendidos, un grueso bigote, la corbata, su negro bastón. Parece un disfraz, piensa.

—¿Y el coronel O'Leary? —pregunta Padilla.

—Soy yo, para servirles.

Padilla, sorprendido, toma una mano del coronel y la estrecha cordialmente.

—Le suponía de más edad (Padilla respira el aire de la mañana, el trino de los pájaros, la cadencia del agua de una fuente). Me informaron de su presencia aquí, y he venido de inmediato a tener el gusto de conocerle y de imponerle de los asuntos de Cartagena.

O'Leary fija mirada en el ojo bizco del almirante.

—Agradezco su lisonja, general Padilla. Respecto a los sucesos, debo informarle que estoy al corriente por carta del general Montilla.

—Tal vez le habrá informado que hemos querido suscitar una guerra de colores —dice Muñoz, impulsivo.

—La observación de usted, señor, es muy delicada, y podía evitarla.

Los nervios de Padilla arrancan un pétalo a una de las rosas puestas en un jarro. O'Leary, desentendido, prosigue:

—Pero ya que usted lo dice, señor…

—Muñoz, doctor Ignacio Muñoz.

—Pero ya que usted, señor Muñoz, hace mención de una guerra de colores, le doy mi palabra de caballero que el señor Montilla no me ha avisado semejante cosa, y debo creer que ni él ni el Libertador suponen al general Padilla —le mira de soslayo— capaz de cometer un crimen contra su patria y contra el género humano.

—Si supiera, coronel —dice Padilla, preso de fuerte excitación— que hemos vivido días terribles, habiendo sido injuriados y perseguidos por Montilla.

—Me confieso incapaz de opinar en este asunto contra usted o el general Montilla. Para el Libertador esta cuestión debe serle sumamente desagradable, pues él le profesa una sincera amistad... Siempre me había hablado de usted en los términos más honoríficos.

—¿Y de mí? —pregunta Muñoz.

Los ojos de O'Leary en el desasosiego de Muñoz.

—De usted nunca ha hablado en mi presencia. Del almirante Padilla, héroe del lago de Maracaibo, en muchas oportunidades. General —dice a los ojos de Padilla—, le aconsejo mucho sosiego.

—Yo quiero y respeto y miro al Libertador como al más grande de los hombres —dice Padilla, abrumado—, en cambio Montilla lo deshonra y le hace perder en la opinión pública. Créame, yo soy un perseguido de Montilla por ser adicto al general Bolívar. Ese es un hombre de malas pulgas.

Muñoz, resentido con O'Leary, por la deferencia con Padilla, dice:

—Mucho se habla de monarquía en este país y el presidente ya no tiene opinión favorable en los pueblos.

—¿Quiénes lo dicen?

—Muchos, de las clases más diversas, coronel.

—Eso es falso —afirma Padilla, molesto con Muñoz, y agrega, lisonjero: —¡Cuánto desearíamos que el Libertador gobernara por el camino recto, sin necesidad de la violencia!

—El Libertador no se ha desviado de la senda de las leyes y de la constitución desde que tomó en sus manos las riendas del gobierno —responde O'Leary.

—Los diputados piensan lo contrario.

Padilla transpira incontinente. Dice, sin pudor:

—Yo concilio con usted, coronel, no así Montilla, quien, en mi presencia, ha tenido el tupé de llamar traidor al presidente, y yo le reconvine, coronel, tratándole de ligero e imprudente.

O'Leary, amable, inclina la cabeza para animar a Padilla.

—Tome interés por mí, coronel. Le suplico sinceramente que dé a su excelencia un informe imparcial sobre Cartagena.

—Así lo haré, general.

—Claro, también yo soy amigo del general Santander, porque me ha hecho favores.

—Es suficiente —dice Muñoz, visiblemente alterado. Pregunta a O'Leary: —¿No lo cree usted, coronel?

Padilla, pañuelo de colores en mano, responde por O'Leary:

—Por supuesto.

—Cuente con mi imparcialidad, general. Cuente con una exacta versión de este diálogo.

Las recias manos de Padilla buscan ansiosas las del coronel para apretarlas con emoción. En las extendidas de un asistente de O'Leary los negros sombreros de Cartagena.

Ocaña. Calle. Mediodía del 20 de marzo

Pasea por la plaza, atento a los acontecimientos en el seno de la comisión, pues los congresarios entran y salen de la iglesia de San Francisco, sede de la convención. Finalmente, los ve salir inquietos, acontecidos, rabiosos, para ir a descargar sus emociones en una pulpería o en los puestos de frutas y fritangas. A O'Leary le interesa Santander, ausente por motivos que él supone y que el propio Santander y Padilla le confirman al asomar por una esquina de la plaza metidos en intrincada conversación. Regresa sobre sus pasos sin dar la espalda,

luego da media vuelta y echa a andar mirando aquí y allá como un curioso de quincallerías.

Ocaña. Casa de O'Leary. Noche del 20 de marzo

Sentados en las mismas poltronas de su primera entrevista, Padilla y O'Leary parecieran cerrar una larga y agotadora conversación. Así lo expresan sus caras desencajadas y las velas consumidas.

—Ciertamente, usted ha sido mal aconsejado. La nota que pasó al Libertador es fuerte y desmesurada.

—El Libertador es mi amigo y disimulará mi falta. ¿No lo cree así?

—Todo depende de su conducta ulterior.

—Me conminan a irme a Mompox.

—Le recomiendo que consulte al general Santander.

—¿Usted cree?

—Si usted, como me ha dicho, ultrajó las leyes, nadie mejor para un consejo que el vicepresidente.

—No me abandone, coronel. Creo que mi destino es incierto.

—Entonces, aleje de usted a los falsos amigos antes que le domine el espíritu de vértigo.

Una vez más las manos de Padilla estrechan las del coronel.

Ocaña. Calle. Noche del 20 de marzo

La noche cuela las sombras de Santander y Vargas Tejada por la calle. Apiñadas sus voces. Pesados y lentos sus pasos.

—No hagamos velas con Padilla. Insistamos en que usted es un perseguido de la gente de Bolívar y en la existencia de una conjura organizada para atentar contra su vida.

—No todos van a creerlo, poeta.

—Unos pocos lo creen y lo dicen a otros pocos, y así...

—Nada gusta más entre nosotros que el pecado de infamia.

Vargas Tejada suelta una carcajada.

—Por favor, Varguitas, que las paredes oyen.

—Excuse usted, pero me gustó el pecado.

—¿Y bien?

—Que si no funciona la historia de una conspiración contra su vida, procedemos ciertamente contra la del viejo.

—No me inmiscuyas en ese asunto. Yo no sé nada. Procede con prudencia.

—Gracias, general. Déjeme ese encargo entre mis manos y las del español venezolano Carujo.

—Ningún encargo, Vargas, ningún encargo. Por ahora nuestro asunto es el general Padilla.

—Es una carta del tresillo.

Ladran los perros. Suenan las campanas. Alguien comenta desde una ventana cerrada:

—Con razón lo llaman Casandro. ¡Dios nos libre!

Ocaña. Casa. Habitación de O'Leary. Mañana del 21 de marzo

«No debo negar a V.E. que la mayor parte de los diputados existentes aquí están atacados de la epidemia del día, que llamaré *federalepsia*. Tengo grandes esperanzas en que la presencia del señor Castillo influya mucho sobre la mayoría. Mas hay algunos individuos que, solo guiados por espíritu de odio a la persona de V.E., toman este partido como un medio de deshacerse de V.E. Desgraciadamente V.E. les ha dado armas con sus repetidas protestas diciendo que se alejará del país el día en que se decrete la federación, y siendo cabalmente su objeto disgustar a V.E., esta resolución les hace obrar con más actividad».

Paipa. Casa. Habitación de Bolívar. Tarde del 21 de marzo

«Al señor José Manuel Restrepo: Mi estimado amigo: Vergara parece que ha convenido perfectamente en las ideas que Vd. le ha sugerido, según me ha hablado a mi paso por Tunja y ha quedado corriente en ponerse de acuerdo con Ortega y otros individuos notables, a fin de que en este departamento se siga el ejemplo de esa capital dirigiéndose a la gran convención en contra del federalismo; por otra parte, he observado en mi tránsito hasta aquí que todos los pueblos convienen en esta opinión y firmarán gustosos una petición tan conforme con sus

deseos y bienestar; por lo tanto, creo que no debe dejarse de la mano este asunto.

»Hoy me detengo en este pueblo a causa de su buen clima y hallarme algo indispuesto del estómago; pero mañana continúo mi camino. Expresiones a los amigos y créame suyo de corazón».

Ocaña. Casa. Habitación de O'Leary. Noche del 21 de marzo

«Acaba de llegar el doctor Castillo. Le veré esta tarde y me interesaré con él a fin de que aconseje al general Padilla. Todavía tengo esperanzas de que Castillo obtenga la presidencia, pero mis vecinos, según entiendo, trabajan ahora para que esta dure quince días. Hoy tenemos cincuenta y siete diputados. Los del sur se dilatan mucho. Yo no pienso presentar el mensaje hasta que lleguen, a menos que el señor Castillo quiera que lo haga antes. A propósito de diputados: desgraciadamente los pocos buenos que tenemos aquí se hallan sin dinero. A los venezolanos no les han dado más que quinientos pesos. Calculando los gastos de su largo viaje, y la escasez y carestía de este lugar, de aquí a pocos días se encontrarán sin medio de subsistir, y por supuesto, se irán».

Ocaña. Casa. Habitación de O'Leary. Tarde del 22 de marzo

«Vi ayer a la oración al señor Castillo. Al momento que llegó, Santander le convidó a comer, y en la tarde fue a acompañarle a su casa. Esta mañana estuvo a verme otra vez Padilla, pero como su conversación no fue más que una repetición de las anteriores es inútil referirla. He vuelto a aconsejarle la prudencia y una ciega obediencia al gobierno: que se separe de las personas que le aconsejen lo contrario, etc. Me promete mucho».

Sátiva. Casa de campo. Habitación. Mañana del 24 de marzo

Antes del amanecer había salido a caminar para conocer el pueblo y saludar a los madrugadores. Regresó con la decisión de escribirle a

los más allegados en las circunstancias actuales y expresarle sus más puras ideas. Santana lo vio caminar hasta los corrales y retornar con la palabra en la boca. Lo esperó frente al escritorio. Habría escritura para rato.

—Carta para el general Montilla. Copie usted, Santana, sin una palabra de más ni una de menos: «Mi edecán Wilson va destinado a Ocaña, y aprovecho la oportunidad de escribir a Vd. para saludarlo y decirle que toda Colombia se ha levantado contra la federación y detesta el partido de facciosos que la quieren envolver en la anarquía. Bogotá me ha pedido que me revista de las facultades extraordinarias. El ejército y el pueblo están unidos para salvar la patria contra los demagogos, y, por lo mismo, no debemos sucumbir».

…»Cartagena solamente contiene algunos principios del mal que se deben extinguir. ¡Cuidado con la caja de Pandora y con la llave que abra tan formidable y horroroso cofre! Vd., pues, está autorizado para salvar ese país, seguro de hallarse apoyado por mi autoridad y por la voluntad nacional, porque nadie quiere perderse. La desesperación es la salud de los perdidos, y esta debe ser nuestra salud. No eche Vd. en saco roto esta sentencia y aplique el cuento. No me extiendo más porque Vd. me entiende, y sabe cuanto ocurre y puede ocurrir».

Ocaña. Casa. Habitación de Castillo. Tarde del 24 de marzo

Las manos apoyadas sobre una mesa, Castillo Rada lee su recién terminada carta para el doctor José María Restrepo. En puras piernas, ahogado por el sopor, oye su voz:

«Mi querido amigo: Después de un viaje feliz con tres días de detención en Guaduas y Honda, llegué a esta ciudad el veintiuno a mediodía. La he encontrado muy reparada y como compuesta para recibirnos. Me he alojado regularmente; pero el país es muy escaso. Ya estamos reunidos aquí cincuenta y nueve diputados, de modo que el dos de abril se instalará precisamente la Convención; Dios quiera que sea duradera. Todavía he entrado con muy pocos en materia, y aquí no sé cómo piense la mayoría. Me aseguran que toda la diputación de Venezuela, a excepción de Aranda y Rodríguez... ».

Tocan a la puerta. Para nada le gusta el sobresalto de su corazón. Encuentra en un espejo su rostro delicado y sereno.

Sátiva. Casa de campo. Tarde del 24 de marzo

Por el patio Belford Wilson: marcial y altivo continente. El Libertador lo observó desde una hamaca. Alzó la cabeza y sacó las piernas para quedar sentado al borde de la red. Respondió, afectuoso, al saludo del coronel.

—¿Belford, qué noticias traes?

—Buenas y malas, su excelencia.

Saltó de la hamaca, tomó de un brazo a Wilson y le llevó consigo hasta su habitación. En el camino le preguntó:

—¿De dónde vienen las buenas?

—De toda Colombia, desde Maturín a Guayaquil.

—¿Y de Cartagena?

—También de Cartagena, su excelencia.

—¡La caja de Pandora! Veamos los papeles.

Ya en la habitación, acomodó los papeles en el pequeño escritorio y puso toda su atención en la lectura: cartas impresos, cartas impresos, cartas impresos, cartas impresos. Los ojos de Wilson examinaban la habitación: los muebles en su lugar, ordenados los libros, la ropa, botas y pantuflas. Un cristo de madera colgado en la pared. En la hamaca una chamarra. Una paca de velas en la mesa de noche. Papeles, muchos papeles en el escritorio. La constitución de Colombia forrada en cuero. Tosió el Libertador. Creyó Wilson que para llamar su atención.

—Soy un hombre metódico… Y usted un hombre curioso. Salgamos de este encierro, Belford.

Aferró a Wilson, caminó, terminó de abrir la puerta entreabierta con la punta de la bota, salió al corredor, soltó a Wilson y respiró con holgura. Luego exhaló una interminable bocanada de aire y buscó el patio con premura.

—Lo inundaron de papeles, mi general —dijo Wilson, risueño.

—De actas y de representaciones exigiendo la unidad de la República y votando por mi mandato para protegerla.

—¿Harán caso de ellas en Ocaña, mi general?

—A los liberales de papel no les interesa la voluntad del pueblo.

Comenzó a brisar. El viento pasó sin pedir permiso. Optó por regresar al corredor, convulso, con la tos sacudiéndole el pecho. Wilson le pasó una mano por la espalda y lo sosegó. Finalmente, el Libertador buscó asiento en una hamaca.

—¡Gracias, Belford!

—¿Me permite, su excelencia?

—¿Malas o buenas?

—Buenas. Montilla asumió la comandancia general. Padilla salió huyendo. Cuentan que fue a pedir protección a la convención.

Desde la hamaca, echado, perdida la vista, la voz del Libertador como un susurro:

—¡Padilla! ¿Quién te instigó, Padilla?

—¿Qué dice usted, general?

El Libertador cerró sus ojos, contraído el rostro. De su boca el aire como un silbido. Las manos por detrás de la cabeza. Esperó a que una bandada de pájaros buscara acomodo entre las ramas de los árboles, para decir como un lamento:

—La desesperación es la salud de los perdidos, y esta debe ser nuestra salud… La noche será larga, mi querido Belford. Descanse.

Sátiva. Casa de campo. Habitación de Bolívar. Noche del 24 de marzo

«Muy querido O'Leary: El comandante Wilson tiene la orden de marchar a Ocaña, con el objeto de saber si se ha de instalar la gran convención en los primeros días del mes que viene como esperamos todos con deseo. Él entregará a Vd. diferentes cartas por las cuales se instruirá Vd. del estado de Venezuela, y también podrá informar de Bogotá hasta estos pueblos todos para que Vd. lo comunique al señor Castillo, Mosquera, Aranda, Juan de Francisco y los más que Vd. crea conveniente para que hagan uso de estas ideas como mejor les parezca. Las cartas del general Páez y de algún otro amigo, que remito, pueden servir para dar una idea de las verdaderas intenciones de aquel general y el pueblo venezolano; la que me detalla los pasos que se están dando para informar a la gran convención de los deseos populares, la he mandado a Bogotá; pero Vd. puede haberse informado de todo esto por lo que haya referido el general Briceño, que vio al edecán del general

Páez, y le dijo las cosas que había visto y oído a su salida de Caracas, que fue el 6 del corriente.

»En Bogotá, Tunja y el Sur se están haciendo representaciones a la gran convención, para manifestar que los pueblos no quieren federación ni un gobierno débil. En la capital he dejado el mejor espíritu posible, y lo mismo sucede en los pueblos de este departamento. Y pidieron que me revistiera de las facultades extraordinarias, como ya Vd. lo sabrá.

»Como el general Páez expone que Venezuela está en buen estado, estoy algo resuelto a no alejarme de Cúcuta sino hasta Barinas cuando más, por si acaso ocurriese alguna cosa importante; mas si los diputados muestran en la mayoría buen espíritu, puede suceder que me aleje hasta donde convenga, para no perder el tiempo que es precioso en estas circunstancias; para lo cual quiero que Vd. me mande noticias detalladas de los nombres y opiniones. Wilson me traerá esta importante noticia, junto con la respuesta que diere la gran convención a mi mensaje, si diere alguna; también me traerá noticias de la llegada de Bernardo Herrera a Ocaña destinado a presentar las memorias de Venezuela a ese congreso. Vd. debe quedarse en Ocaña hasta ver el resultado de los trabajos de la gran convención, y aun cuando llegue Ferguson por allá, no debe Vd. venirse sino en el caso indicado. Al señor Castillo y P. Briceño Méndez hágales Vd. leer estas comunicaciones para que se instruyan a fondo de todo. Con respecto al señor Peña diré a Vd. que me ha escrito cartas muy lisonjeras ofreciéndome los más cordiales sentimientos. Por lo demás, el general Briceño le informará de lo que sepa.

»Lo único que me da cuidado en Colombia es Cartagena y, por lo mismo, será conveniente que Ferguson pase allá a informar al general Montilla de lo que importe y tanto Vd. como Juan de Francisco deben escribirle esto mismo y auxiliarlo con sus consejos.

»Yo creo que el señor Castillo debe predicarles mucho a esos cartageneros, su voz será oída como un oráculo y además lo aman con respeto.

»Terminaré diciendo que si la gran convención no se conduce con sabiduría, y los pueblos con prudencia, empezaremos este año mismo una guerra civil que sabe Dios cuándo terminará. Estoy convencido de que las faltas de los pueblos puedo remediarlas un tanto, pero no las de

la gran convención, y que las primeras tienen remedio, las últimas no, pues yo seré el primero en irme del país.

»El señor Mendoza no viene a la gran convención, y la mitad de los del Sur creo que tampoco vendrán. Mucho temo que habrá una relucha mental con el equilibrio de los partidos.

»Adiós, mi querido O'Leary, soy de Vd. de todo corazón».

Sátiva. Patio. Noche del 24 de marzo

La luna creciente lo contempla deambulando, doblado el cuello, alrededor de un aljibe. Ladridos de perros y gemidos de gatos detienen sus pasos de sonámbulo y le alzan sus ojos para que su palabra busque lugar en la noche encendida por los astros.

—Solo en medio del mundo, solo, solo, solo. ¡Santo Dios!

Los perros callan, los gatos, pues una voz contralto cuela por los aleros una melodía acerba y triste. Cierra sus ojos, respira desde el estómago, exhala un fulgor por su boca y suelta una mirada extática y vacía contra la impasible figura del coronel Belford Wilson, anunciado por su timbre de voz agradecido:

—Su excelencia.

Sin mediar saludo, el Libertador dice:

—Su padre, el general Robert Wilson, es mi confidente y amigo. ¿Usted lo es?

—Soy hijo de dos grandes generales, su excelencia.

—Gracias, Belford. Me hubiera gustado tener un hijo, si no como usted, al menos un hijo, y con sus virtudes —vacila. Tose. —¿Acaso no lo tengo? ¿Y si existe, dónde está?

Gime un gato en el tejado. Apaga sus ojos. Alarmado, Wilson pregunta:

—¿Se siente mal, su excelencia?

La voz de su descarnado rostro, dice, enfático, junto con la inoportuna tos:

—No haga caso, Belford. Prepare sus bagajes. Saldrá para Ocaña, vía Bucaramanga. Oiga cuánta noticia y comentario quiera darle el inefable cura Valenzuela. Después seguirá usted para Ocaña. Dirá al doctor Castillo que unidad y fuerza es el grito de reunión.

—¿Algo más, su excelencia?

—Le espero en Bucaramanga, coronel.

Wilson percibe un doblar de piernas y unos brazos exangües buscando apoyo en el aljibe. Su mano derecha busca al Libertador para sostenerle el cuerpo desvalido y su pecho atormentado por un nuevo acceso de tos.

—Desgraciada será la patria si la salud no le favorece en Ocaña para la salvación de todos.

—Ha comenzado a brisar —dice Wilson con ternura.

—Dígale que yo le deseo ese precioso tesoro con más fervor y más anhelo que si fuera para librar mi vida de la muerte.

Wilson, sosteniendo al general, alcanza a llegar a un corredor por donde asoma Soublette, quien acude, apremiado, para ayudarle en su tarea con el desgraciado cuerpo del Libertador. El ruido de las botas sobre la terracota, el chirrido de los perros y una canción de arrullo en la misma voz contralto levantan el cuerpo del Libertador y reaniman su palabra:

—Dígale al doctor Castillo Rada que él es la esperanza.

Por el corredor el general Soublette. Wilson voltea a mirarle. Cruzan miradas. Dentro de sí Soublette comenta: «No hay ninguna».

Calla la voz de la mujer. Gimen los perros. Maúllan, lastimeros, los gatos.

Sátiva. Casa. Habitación de Bolívar. Noche del 24 de marzo

La luz de una vela despliega su delgada sombra por la amplia habitación. Una y otra vez pensó cuanto tenía que decirle al doctor Castillo Rada. Decidió escribir de puño y letra: «El país está todo animado de un santo temor a la anarquía y a la federación y resuelto además a reclamar la sanción nacional si la gran convención no obra conforme a las miras generales. Por todas partes se están haciendo representaciones populares contra la federación y la debilidad del gobierno. Unidad y fuerza es el grito de reunión; y crea usted que este clamor no será vano porque veo muy enardecidos los espíritus. Por lo mismo, querido amigo, usted debe hacerlo presente a la gran Convención para que no se equivoque. Ruego a usted que escriba a Cartagena la voz de la salud, pues su voz es oída con amor y veneración».

El viento abrió la ventana y apagó la vela. De inmediato apareció Santana con una lámpara de mano, que colocó sobre el escritorio; luego cerró la ventana y acomodó la chamarra en la hamaca. En el curso ni una palabra. Ya en la puerta Santana escuchó:

—«Muy desgraciada será la patria si la salud no le favorece en Ocaña para la salvación de todos. Yo le deseo a usted, este precioso tesoro con más fervor y más anhelo que si fuera para librar mi vida de la muerte».

Sátiva. Casa. Habitación de Bolívar. Noche del 24 de marzo

«Señor general Pedro Briceño Méndez.

»Mi querido Briceño:

»He recibido las apreciables de Vd. de Caracas y Pamplona; a las que no contesto, porque supongo a Vd. en Ocaña y la que escribo a O'Leary, está también dirigida a Vd. para que se informe del objeto de la marcha de Wilson a Ocaña y de lo que sé con respecto a Venezuela y el resto de la República.

»No se le olvide a Vd. informar a Montilla de todo y encargarle del cuido de la arca de Pandora y de la llave. Cartagena me pesa en el corazón como el único peligro que nos amenaza en el día. Trabaje Vd. con resolución y despejo, pues los contrarios lo hacen maravillosamente. Con respecto al Dr. Peña, Vd. debe conocerlo mejor que yo y, por lo mismo, me refiero a su juicio para que lo trate dentro o fuera de la gran convención como a Vd. le parezca mejor. Seguiré su consejo de no alejarme del cuerpo soberano si hay peligro, si no lo hay iré a hacerle bien a su tierra de Vd.

»Escríbame sobre todo con Wilson; y no extrañe que no me extienda en opiniones, porque no tengo otra que la de un gobierno *poderoso y justo,* provisional o no provisional, pues todo es provisional en una revolución y, por lo mismo, mejor es lo provisional que lo estable para quitar recelos y cuidados. Dígale Vd. a los federales que no cuenten con patria si triunfan, pues el ejército y el pueblo están resueltos a oponerse abiertamente. La sanción nacional está en reserva para impedir lo que no gusta al pueblo. Aquí no hay exageración y creo que los

buenos deben retirarse antes que firmar semejante acta y lo que no esté de acuerdo con su conciencia.

»Soy de Vd. de corazón».

Sátiva. Casa. Medianoche del 24 de marzo

Lo asaltó una pechuguera. Saltó de la hamaca. Metió los pies en las pantuflas. Abrió la puerta de la habitación. Siguió de largo. Entró en el patio. La luna alumbró su rostro. Miró a uno y otro lado de los corredores: sombras de militares (Santana como un poste. Atento, eso sí). Regresó caminando como sonámbulo. Pasó a un lado de un guardia, quien le miró, compasivo. Entró en la habitación. Cerró la puerta. Buscó en la hamaca por escudriñar la nada. Abrió la puerta. Volvió al patio, esta vez con una chamarra en los hombros. Lo iluminó la luz de dos faroles, que los guardias levantaron para alumbrarle el paso. Oyó su voz: Seguiré su consejo de no alejarme del cuerpo soberano si hay peligro (la chamarra dando vueltas; el torso con chaleco militar). No tengo otra opinión que la de un gobierno poderoso y justo (la chamarra entre sus manos: la echa sobre su cuerpo). ¿Será posible?

Una nube ocultó a la luna montada en el cenit. Santana daba una que otra pisada arrimado a la pared.

—Ruego con lágrimas en los ojos y postrado a sus pies —cae de rodillas— que no me abandone. La maldad es execrable y la intriga mayor.

—¿Para quién el ruego? —es la pregunta de Santana al dar unas zancadas para llegar hasta el Libertador.

Consternación general. Una señal enérgica de Santana. Todos permanecen en su sitio. Santana levanta el cuerpo exánime, lo cobija, y lo lleva consigo como a un moribundo. La oscuridad penetra.

Sátiva. Casa de campo. Amanecer del 25 de marzo

Movimiento de soldados y campesinos en el patio. Ensillan las mulas y cargan equipajes. Soublette y Santana imparten órdenes, que así los mira el Libertador desde una ventana. Un aire de satisfacción comparten con la mañana, y el barullo de niños, pájaros y perros.

—El general ha dispuesto continuar el viaje ahora mismo —dice Soublette.

—Nada atrae seguir a Venezuela con tantas fieras en Ocaña —dice Santana.

—De sus mordidas querrá saber el general —dice Soublette.

Una algarabía de niños anuncia la entrada del Libertador en el patio.

—Ahí viene el tío, nuestro tío —dicen los niños.

—Déme un beso, tío Simón.

—¿Solo uno?

El Libertador pone las rodillas en tierra y los niños saltan sobre él para disputar sus besos. El tío sonríe en medio de lágrimas. Un niño canta:

—El tío está llorando, el tío está llorando...

—¡Mentira! Él no llora —dice la niña.

El Libertador alza a la niña, la besa una vez más y dice:

—Sí, llora. Claro que llora.

Los nublados ojos del Libertador alcanzan a mirar un pájaro que canta tres veces y calla.

Soatá. Casa. Corredor. Mañana del 26 de marzo

«Señor general Bartolomé Salom.

»Mi querido Salom:

»Ayer en Sátiva recibí un oficial en posta trayéndome parte del general Montilla de Cartagena, en que participa que Padilla se había apoderado del mando desde el 1º del presente hasta el 7, en que se fugó, porque las tropas y el pueblo le abandonaron no queriendo participar de sus atentados. El origen de esto ha venido de que Padilla ha sido instigado por mis enemigos a dar tan tremendo paso para quitarle el mando a hombres de bien como Ucrós, que Vd. conoce, y a Montes: el primero se acodará Vd. que no quiso darle su voto ni a Santander ni a mí; y el segundo es una excelente criatura.

»Por este resultado verá Vd. que debemos reunirnos todos para salvar la República, pues los pícaros conspiran hasta con armas prohibidas y venenosas; ya no debo tener confianza sino en hombres como Vd., al menos en esta circunstancia calamitosa y difícil de dirigir. Por

los mismo, pues, querido general, debemos todos trabajar a despecho de todos los peligros y todos los recelos hasta que la gran convención decida de nuestra suerte. Yo no quiero que la República se pierda en mis manos ni Vd. tampoco lo deseará. Así, le ruego con lágrimas en los ojos y postrado a sus pies que no me abandone, haciendo el sacrifico honroso de ir a Maturín a encargarse de la intendencia y comandancia general de Maturín a lo menos mientras duran las sesiones de la gran convención.»…

Bogotá. Habitación de Manuela. Mañana del 26 de marzo

Amaneció atada a la quimera de sus labios. Aún así, encontró sangre en las almohadas.

Ocaña. Habitación de O'Leary. Mañana del 26 de marzo

«V.E. debe suponer que mi posición aquí es muy desagradable; y lo es en efecto. He oído, desde mí llegada a Ocaña, conversaciones capaces de sorprender al mundo entero: conversaciones criminales. ¡He oído alabar al gobierno español en América! Comparándolo con el actual gobierno. Estoy irritado al presenciar las intrigas de una facción parricida que trata de precipitarnos en mayores males, para encubrir sus iniquidades y entronizar un libertino que de déspota se ha convertido en demagogo para alcanzar su objeto criminal. Esto lo escribo a todo el mundo… Padilla se marchó ayer».

Soatá. Casa de campo. Madrugada del 27 de marzo

Soublette encontró a Santana con una bufanda en el cuello, atento a los ruidos en la habitación del Libertador. Ambos alcanzaron a escuchar unos pies descalzos, menudos, que van y vienen como en un ejercicio militar.

—Constituyamos la República una vez más, con formas libres y adecuadas... si la salvamos de la división.

—Es inútil, no podemos impedir la división —dijo Soublette a Santana.

El péndulo de un reloj y su vaivén. Las cinco de la mañana. Pasa una bandada de pájaros por el cielo de amanecido azulejo.

—Si no remediamos a Colombia, yo seré el primero en irme del país —le oyen decir.

—Está dispuesto. Así le ha escrito al padre de Wilson —cuenta Santana.

—Una cosa canta el gallo en la noche y otra al amanecer.

—No le entiendo, general.

—Ni se irá... ni salvará la República.

—¡Santo Dios!

Ocaña. Casa de Santander. Mediodía del 27 de marzo

Por el vestíbulo avanza Santander, suntuoso y altivo, pulidas las botas de charol. Observa gente engalanada en el comedor. Le anima la impresión de que todas las habitaciones están ocupadas. Diputados de la República. Sus aliados, unos más que otros. Distiende su postura y sonríe mientras avanza y saluda. Diálogos de rigor: las penurias del viaje, la villa de Ocaña, los ajetreos del trayecto, el cansancio, la calidad de la comida. Un diputado y comensal levanta su pesado cuerpo con entusiasmo para saludar a Santander, quien le ha abierto los brazos, pero tumba un plato y salpica al general. La sonrisa de Santander cierra para dar paso a un rictus de enojo que, a su vez, cambia cuando observa que apenas si unos frijoles han ensuciado sus botas relucientes.

—¡Excúseme, su excelencia! —dice la pena del diputado.

—No ha sido nada.

—¡Es tal mi alegría!

—También la mía. ¿Y su familia?

—¡Imagínese! Preocupada por los acontecimientos.

—Pues escriba, y diga que todo marcha viento en popa, cobijados por los vientos de la libertad.

Dos diputados salen presurosos. Por descuido empujan levemente a Santander, sin percatar su presencia. Este, molesto, les ve de reojo y opta por dejar al diputado con la palabra en la boca. Llega hasta una de las mujeres que sirven el almuerzo y le pregunta:

—¿Y qué pasó con esos dos señores?

—Pues no sé, su merced, abandonaron la mesa muy de pronto.

—¿Pagaron?

—Por supuesto, su merced.

Soatá. Casa. Habitación de Bolívar. Tarde del 27 de marzo

Abrió la carta. Conocía la letra de Manuela, menuda y urgente: «El correo pasado nada dije a usted sobre Cartagena, por no hablar a usted cosas desagradables; ahora lo hago felicitándole, porque la cosa no fue como lo deseaban. Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante; es para que lo fusilemos.

»Dios quiera que mueran estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez. De este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen; estos y otros son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones»…

La imaginó balanceando una mecedora: los pies desnudos, saturado el cuarto por el humo de tabaco.

«Adiós, señor. Hace cinco días que estoy en cama con fiebre, que creí ser tabardillo, pero ha cedido y tengo ya poca calentura, pero mucho dolor de garganta y apenas puedo escribir. Su Manuela».

Leyó la carta a horcajadas sobre la hamaca. Lo penetraba el arma blanca de su palabra. Entendía su otra calentura. Mujer enérgica. Si por ella fuera ya habría mandado al infierno a unos cuantos villanos. Comprendía su ansiedad, pero no podía actuar. Ya vendrían tiempos de acciones firmes, decisivas. Decidió responderle: «Mi adorada Manuelita: Gracias doy a la Providencia por tenerte a ti, compañera fiel; tus consejos son consentidos por obligaciones, tuyos son todos mis afectos. Lo que estimas sobre los generales del Grupo «P» (Paula, Padilla, Páez) no debe incomodarte; deja para las preocupaciones de este viejo, todas tus dudas. Espero seguir recibiendo tus consideraciones, como el amante ansioso de tu presencia. Te ama, Bolívar».

Árboles y cielo. Amanecer del 29 marzo

Árboles, pájaros y nubes. Frondas de trinitarias. Oyen la voz del Libertador:

—Me parta Dios el camino para que no amanezca pasado mañana en Bucaramanga. Desde allí decidiré mi destino: ¿Venezuela, Cartagena, Ocaña, Bogotá?

Ocaña. Casa. Habitación de O'Leary. Mañana del 30 de marzo

«Excmo. Señor Simón Bolívar.

»Mi general: ayer, cuando me preparaba a escribir a V.E., llegó el comandante Wilson con la importante carta de V.E. y los documentos que se sirvió enviarme, los que nos servirán de mucho. Me parece muy esencial que V.E. sepa hasta las cosas más triviales de la convención, particularmente en sus primeras sesiones. Ya he avisado a V.E. todo lo ocurrido en el negocio de Padilla, que V.E. tendrá presente, y recordará el procedimiento impolítico e ilegal de la diputación, la que en estos días ha cometido otro acto que pone de manifiesto el espíritu de parcialidad que anima a los de la facción. Como informé a V.E. en mi carta anterior, en aquella fecha no habían llegado los registros de las elecciones de Caracas. Santander y Soto se empeñaron en calificar sin esperar estos requisitos, y con este objeto se reunió la diputación el día 26 del corriente. El señor Iribárren presentó una copia de los registros certificada por Sarmiento, la que bastó para la calificación de los *convertidos* por el coronel Muñoz. Llegaron los registros al día siguiente, pero ya se había cometido el acto ilegal.

»Las elecciones de Pichincha no se hicieron en el período que indica la ley. Zambrano fue elegido ilegalmente, pero la comisión lo ha admitido, porque es federalista, y ha rechazado al suplente de Manabí, Icaza, cuya elección fue hecha de la misma manera que la de Zambrano, pero tenía el defecto de recaer en un centralista. El colegio electoral de Manabí ha hecho una famosa protesta contra el juramento que la ley exige presten sus diputados.

»Antes de ayer, al salir Santander del salón en donde se reúnen los diputados, dijo (hablando sobre las cosas de Venezuela) que no podía

sufrirse este estado de cosas, que él prefiere una *guerra civil*. Esto lo ha dicho el vicepresidente constitucional de Colombia en presencia de un gran concurso. Muchos testigos hay, entre ellos Aranda.

»Muy contentos estamos con la representación de la municipalidad de Caracas. ¡Ojalá que vinieran iguales de todas partes, aunque ya el partido federal se ha disminuido mucho. Ahora dicen mis vecinos que no tratarán de federalismo, dándole este nombre, sino que con el de central adoptarán bases federales.

»Celebro mucho la determinación de V.E. de permanecer algún tiempo en Cúcuta, pero no me ha gustado tanto que Paz lo haya divulgado. Lo que sí suplico y ruego a V.E. es que se cuide mucho, muchísimo; conserve V.E. su salud, y yo le prometo que todo irá bien. No importa el clamor de estos pérfidos, la razón y el buen juicio han de triunfar. V.E. sabe que no soy muy alegre en mis cálculos, y por lo mismo me debe creer, pues estoy convencido que todo se compondrá.

«Antes de ayer llegó el señor Pumar con las mejores ideas posibles. Es de los patriotas que tenemos de aquellas comarcas. Figúrese V.E. que ha traído para mí una carta de introducción en que me dice Garviras lo que sigue: 'Por consiguiente, siendo de los de nuestra opinión, solo resta que U. le instruya de las ideas de nuestro Libertador, pues convencido de que él solo puede salvarnos, está resuelto a no separarse de sus ideas'. En efecto me ha hablado y ha hablado a todos de un modo muy resuelto.

«Juan de Francisco y el señor Rebollo llegarán hoy. El general Montilla me ha escrito y hace muchos elogios de estos señores. Briceño Méndez, los dos Peñas, Michelena y Mesa estarán aquí esta tarde.

»Siento mucho que el general Montilla no me haya escrito antes, informándome de todas los ocurrencias de Cartagena como lo ha hecho ahora. Sin embargo, nunca sentiré aquellos sucesos ni las locuras que cometieron nuestros legisladores. Hagan ellos en lo sucesivo lo que hicieren, si nos parece malo, serán nulos e inválidos los actos de una asamblea que ha señalado sus primeras resoluciones con el sello de la ilegalidad. Con respecto al general Montilla, soy de la misma opinión que me tomé la libertad de manifestar a V.E. en mi carta anterior. Es preciso mandar a Cartagena un hombre que tenga capacidad para oponérsele en todos casos. Yo estoy convencido que el general Santander es el autor de la rebelión de Padilla; ese hombre es insufrible, y yo por

mi parte no descansaré hasta verle castigado. Colombia no gozará de tranquilidad mientras él viva. Su conducta actual es la de un consumado faccioso. Sepa V.E. que si yo hubiera estado presente antier cuando habló de la guerra civil, le habría dicho horrores. Buscando estoy una buena ocasión para desahogarme. Es mucha la indignación que me causa la infamia de algunos.

»Ayer hablé con el señor Castillo, después de la venida de Wilson. Créame V.E. que este señor es digno de su aprecio. Todos los días me gusta más. Como él escribe a V.E., supongo que le dirá el estado de la opinión y de las cosas. Tiene Castillo un defecto: no es hombre de revolución; a veces confía demasiado, y otras se desanima. Medita bien antes de resolver, pero concebido su plan, la ejecución le parece muy fácil; mas cualquier oposición o desengaño, vuelve a desanimarlo. Esto lo hago presente para que V.E. no conciba esperanzas demasiado halagüeñas, ni desespere de la salud de la patria, dando entera fe a las opiniones del señor Castillo.

»Real es hombre honrado, pero parece un poco misántropo. Está muy unido al señor Castillo, como los demás cartageneros. V.E. recordará que nunca he tenido muy buena opinión de Joaquín Mosquera. Es un maniático; yo no lo entiendo. Lo único bueno que noto en él es su adhesión al sistema central.

»Con Wilson mandaré a V.E. una lista nominal de los diputados que están aquí, con una noticia de sus calidades, capacidades y opiniones. En estos dos o tres días los visitaré y los estudiaré mucho. Domínguez, el editor de «El Colibrí» está para llegar. Ya Ocaña se ha convertido en el Monte Sagrado de Colombia.

»Sírvase V.E. acordarse del coronel Muñoz. Si el secretario me manda la orden, yo se la comunicaré el día mismo en que lo rehacen, y cuente V.E. que la haré cumplir.

»V.E. me dice que permanezca aquí. Está bien, no diré que es un sacrificio. Siendo yo por desgracia mía demasiado sensible, me causa indignación presenciar las infamias de estos facciosos, y a veces hasta me enfermo de tal modo que por dos o tres días no puedo salir de casa. Ciertamente me sería más agradable estar al lado de V.E. en cualquiera parte y en cualesquiera circunstancias, pero en el día estoy resuelto a todo. Dos cosas quiero manifestar a V.E.: mi gratitud y destruir a los facciosos. Sea engaño o vanidad, me creo muy capaz de cumplir

este último deseo, y lo haré. Desde mi casamiento me siento todo colombiano.

»No quiero detener al portador. Si los documentos que envía Montilla son de alguna importancia, tenga V.E. la bondad de mandármelos. Me asegura Paz que Padilla ya debe estar arrestado. Sin embargo, me parece que conviene que Wilson siga a Mompox y hasta Cartagena, si es necesario. No hay duda que Santander ha dado alguna comisión a Padilla. Los facciosos están muertos de miedo. En sus comunicaciones a la convención debe V.E. observar un tono muy elevado. Infúndales V.E. miedo y más miedo.

»Es preciso acelerar la venida de las representaciones de las municipalidades. Ojalá que sean fuertes, pero espero que los militares, como peticionarios, observarán la moderación y decoro que conviene.

»Sírvase V.E. aceptar mis mejores deseos por su salud. Consérvela V.E., y lo repito, la República se salvará. Por lo demás, no hay que temer. Créame V.E. su más fiel y obediente servidor».

Ocaña. Habitación del diputado Aranda. Noche del 30 de marzo

«Excmo. Señor *Libertador Presidente*.

»Mi muy amado General:

»Las noticias de Venezuela que nos ha traído el señor Wilson me han llenado de complacencia y de esperanzas. Era muy triste el estado de la opinión en Caracas a mi salida. La aproximación de V.E. y sus medidas enérgicas, creo que continuarán produciendo muy buen efecto.

»En mi anterior me he aventurado a asegurar a V.E. que la federación no se sancionaría por la Convención, aunque la proclamara un partido fuerte. Cada vez me siento más inclinado a esperarlo así; pero no tengo la misma opinión con respecto a la consecución de un gobierno provisorio. Tal vez podría lograrse el dejar las cosas *in status quo*, porque este partido sería más fácil de abrazarse por los que han defendido la Constitución y presentaría a todos un medio honesto para salir de dificultades. Conozco las ventajas y aún la necesidad de una medida que ponga a V.E. en mejor aptitud de salvar el país y excluya a los malvados de toda intervención en el Gobierno: por lo mismo, yo cooperaré

por mi parte a que se adopte; y ojalá que para ello no tuviésemos que contar con sufragios dudosos; pero no somos tan afortunados todavía.

»Si se logran ejecutar las providencias libradas con respecto a Cartagena se habrá puesto una base muy sólida a la tranquilidad pública. Conocerán los malvados que la prudencia tiene límites, y que la política que ha salvado a algunos hombres útiles, no es la que ampara a todos los perturbadores del reposo público. Y si al mismo tiempo pudiera expedirse alguna resolución sobre el abuso que se hace por los militares del derecho de petición, que ha sido el pretexto de aquellas novedades, y con que se han inspirado desconfianzas, se habría dado a los pueblos un nuevo motivo de esperanza en la rectitud de V.E. en un momento muy oportuno. Esto puede hacerse sin ofender a los militares, tomando por fundamento la necesidad de dar nuevas pruebas de su moderación y patriotismo. Se desvanecerían así en mucha parte los temores que se hayan concebido, pues aunque nadie tacha de ilegales estos actos, se reputan peligrosos, especialmente después que se ha usado de injurias y de amenazas imprudentes, cuando se emplea el lenguaje del resentimiento y de la venganza. Esto ha sido muy torpe a mi parecer.

»Vivamente interesado en la tranquilidad del país, y en el restablecimiento del orden, considero que no hay otro medio que restablecer por todas vías la confianza en V.E. y es esta la causa porque me atrevo a someter a V.E. mis observaciones en el particular, persuadido de que no debe desperdiciarse ninguna ocasión favorable al intento.

»Soy de V.E. con la más respetuosa consideración, su más adicto, obediente servidor, Q. B. S. M.»

Bucaramanga. Calle. Mañana del 31 de marzo

Desmontó de la mula frente a la capilla de Los Dolores. El saco de color oscuro, un sombrero pequeño de fieltro. La arrogancia por delante:

—¿Está el señor doctor Valenzuela?

Un cura de sotana y misal salió al encuentro del general.

—Aquí lo tiene usted en cuerpo y alma, su excelencia.

Flaqueó. Cruzaron por su memoria José Celestino Mutis, la expedición botánica, los incontenibles fervores, y extendió los

suyos, estremecidos, en las espaldas dobladas del doctor Eloy, al instante erguidas como un canelo. El cura, entre aciertos y desaciertos, tropiezos y reverencias, introdujo al visitante en la modesta casa.

—A cada momento, su excelencia, elevamos plegarias por su salud, que es la salud de la República.

—Exagera usted, doctor Valenzuela.

—¡Nunca, su excelencia! Menos cuando hago elogios de usted, su excelencia.

—El trayecto ha sido largo y penoso.

—Esos caminos están en mal estado.

—Quisiera descansar, Valenzuela.

—No solo de rezos vive el pueblo de Colombia, también de mis escritos en defensa de su excelencia y homenaje a sus virtudes —dijo el cura, arrebatado.

—Luego tendré el honor de celebrar sus lisonjas, ¿no le parece?

—Sus palabras son órdenes, su excelencia.

Bucaramanga. Patio. Mediodía del 31 de marzo

«Mi querido O'Leary:

»Mando a Andrés Ibarra a Ocaña para informar a Vd. que he venido a esta villa de Bucaramanga con el ánimo de embarcarme en el puerto de Botijas y seguir a Cartagena a tomar providencias que restablezcan el orden y aseguren la tranquilidad del Departamento del Magdalena; pero me he detenido por varias consideraciones, y sobre todo, porque Padilla me ha escrito una exposición de los sucesos, desde Ocaña, y me asegura que se volvía a Mompox a esperar allí el resultado, sin pensar ir a Cartagena hasta que no salga de allí el general Montilla, su enemigo: estas son sus palabras; y por consiguiente, yo mando a Bolívar por el río, para que lo lleve preso a Cartagena, a fin de evitar una reacción peligrosa. Antes había dado la misma orden a mi edecán Wilson, que supongo no habrá hecho nada, por no haber encontrado a Padilla en Ocaña. Interésese Vd. con el general Briceño, el señor Castillo y todos mis amigos, para impedir que Padilla haga partido y sea juzgado en Cartagena como lo merece. Digo esto, porque las influencias hacen mucho en tales casos, y, sobre todo, si escriben con empeño

a este fin para lograr el efecto. Yo creo que estamos en una crisis más importante de lo que parece, por la complicación que ha introducido en la cuestión el asunto de Padilla; así todos debemos trabajar mucho para evitar los mayores males. Escríbame a esta villa todo lo que haga y todo lo que Vd. sepa.

»Ferguson está por Cartagena en comisión, y con órdenes de mandar tropas contra Padilla, si resiste; yo he puesto en acción toda la fuerza de la República sobre el Magdalena, por evitar una guerra civil y para castigar una traición. Yo mismo pienso acercarme a Ocaña, para marcharme a Cartagena, si es preciso, o donde se encuentre el peligro; y si no lo hago ahora mismo es porque no tengo en el día fuerzas de que disponer, y, además, debo hacer alto algunos días para despachar diferentes asuntos detenidos, descansar algo y resolver mejor, con calma y despacio. Tanto Wilson como Ibarra deben venir a encontrarme, con las comunicaciones que importe.

»Yo deseo saber si convendrá pasar por Ocaña, y qué impresión causará mi visita. Consulte Vd. sobre este punto a mis amigos, pues, si he de decir la verdad, esto es lo que me detiene aquí; es decir, que la duda del concepto que se forme de esta medida, me hace vacilar, y, por lo mismo, consulto y también me doy tiempo para saber qué opiniones sobresalen en esa gran convención; porque si la República ha de ser destruida por mis contrarios, mejor es que me aleje de ellos, porque no me atormente su triunfo y se crea que quiero oponerme a lo que ellos llaman sus opiniones. Esté Vd. bien cierto de que yo nada haré contra la voluntad de la gran convención, aunque esta decida la muerte de la República. Mas si los amigos del gobierno son los que preponderan, y desean verme, me acercaré de paso para Cartagena; y si no fuere así, y fuere preciso marchar a este departamento, me embarcaré por el río Cascajal, en el puerto de Botijas, sin acercarme siquiera al puerto de Ocaña, para que no interpreten mal este paso. Yo espero, pues, aquí la respuesta de esta carta, y más que todo, noticias del Magdalena, de Cartagena y de Padilla, las que Vd. debe solicitar con la mayor diligencia parta remitírmelas.

»Mándeme Vd. copia de esta carta a Montilla, encargándole una y mil veces que salve ese departamento, de la guerra civil, que lo asegure plenamente, que haga cuanto las facultades extraordinarias le permitan el bien de la patria. Él se halla completamente autorizado para

todo, y por lo mismo, no debe reservar, o más bien ahorrar, ninguna medida de importancia. Esta cierta que la tenga por suya Briceño, a quien no escribo porque no tengo más que decirle, etc. Al señor Castillo, que tenga esta por suya también.

»Soy de Vd. afectísimo».

Bucaramanga. Corredor. Atardecer del 31 de marzo

—Escriba al comandante Wilson anunciándole la llegada de Ibarra, quien le informará de todo lo que sabe. Dígale que O'Leary le dará órdenes para venir donde mí, por este camino de Bucaramanga. Uno vendrá primero que otro. No pienso moverme de aquí hasta no recibir respuesta de Ocaña, sea por él o por Ibarra. ¿Me entendió, coronel Santana?

—Entendido, su excelencia.

Caracas. Casa de Páez. Noche del 31 de marzo

Trajeado de blusa blanca pasea su vigorosa contextura, atento a los ruidos de la noche. Con un foete golpea sus polainas. Carta del general Bolívar. Oye su voz, que supone enardecida: «Veintiséis miembros de la gran Convención recibieron con aplausos un oficio de Padilla en que les daba parte de su revolución, y le decretaron gracias por este acto abominable».

Estallan petardos. Ladran perros. En el corral descargan burros y carretas con gran estrépito.

«...El partido de Santander está descarado, furibundo, y mucho será si no arruinan la República... No quieren creer los demagogos que la práctica de la libertad no se sostiene sino con virtudes y que donde estas reinan es impotente la tiranía. Mientras seamos viciosos no podemos ser libres, désele al Estado la forma que se quiera».

Por el corredor un edecán con dos sacos repletos de casabe.

—General Páez, unos señores muy emperifollados han venido a visitarle.

El edecán festeja un gesto destemplado del jefe llanero.

Bucaramanga. Casa del cura Valenzuela. Noche del 31 de marzo

Ligeras nubes, nubes crespas en el cielo de Bucaramanga. El cura Valenzuela toca tímidamente en la puerta de la habitación del Libertador. No escucha respuesta. Insiste con decisión.

—Adelante, adelante.

El cura abre la puerta y asoma su cara atolondrada.

—Pase, pase usted, doctor Valenzuela.

—Me he permitido organizar una pequeña colación en su honor —dice, con los brazos a la altura de los hombros—. Todos, particularmente las damas, arregladitas, le esperan con impaciencia.

Sentado sobre la cama, como saliendo del sueño, busca sus botas. Dice con voz extraviada:

—¿Qué será de Manuela? ¡Manuela, María Antonia, yo no soy inmortal!

El cura le oye con recogimiento. El Libertador levanta la cabeza. El cura ve un rostro salido de un laberinto. Comenta por dentro: «Ya pertenece al mundo del Señor».

—¿Será cierto que deliro en sueños y que hablo mientras duermo? Así lo decía María Antonia, y me lo dicen Manuela y José Palacios. Mis guardias lo comentan. También yo cuando me converso en sueños.

—Seguramente es así, su excelencia, porque usted es un elegido del Señor —dice el cura con devoción.

—María Antonia, mi hermana, lo corea una y otra vez entre rezos, promesas y comidillas —agrega, con buen humor: —Déjeme usted ungirme para atender a sus invitados.

—Haga usted, excelencia, sus abluciones sin apuro alguno. Tome usted su tiempo, general.

—Atienda a los invitados, doctor Valenzuela, como bien lo merecen.

El cura, arrobado, le bendice mientras retrocede buscando la puerta. Da con ella un encontronazo que provoca una carcajada del Libertador, y le vuelve a sus cabales.

Bucaramanga. Casa del cura Valenzuela. Noche del 31 de marzo

Con los últimos compases de un vals que ha tocado la banda municipal, invitada por el cura Valenzuela para amenizar la noche, el Libertador conduce a una dama hasta el patio florido con colgajos de trinitarias y buena provisión de tulipanes y belladonas. Lo persiguen miradas y la atención del cura, desvivido por complacer al distinguido huésped. Priva una atmósfera de recogimiento, voces sueltas y silencios. Rumor de grillos. Cuerdas de violines. Cuchicheos.

—Cuando entré en Bucaramanga la vi en una ventana, curiosa por la comitiva.

La dama sonríe y corteja sus largos cabellos.

—No era yo, era mi hermana.

—Entonces la presentí al través de su hermana.

—Hace unos años usted me regaló una flor, un pensamiento con muchos colores. Aún la conservo.

—La flor del amor.

—La flor de la constancia, me dijo entonces.

—La constancia es un acto de amor.

—Que es el suyo por la libertad.

—¿Usted lo cree?

—Lo creo, general. Creo, además, poseer esa virtud, que usted ensalza como la primera o la mayor: la constancia.

—Creo que la admiro, por bella e inteligente.

—¿Tan solo?

El patio todo jardín, la noche despejada, violas, violines, clarinetes y chicharras. También el ojo avizor del cura Valenzuela. Santana, desde una ventana, sonríe complacido. Una punzante alegría le abre los labios para beber un buen trago que supuso en honor del general.

Bucaramanga. Casa del cura Valenzuela. Habitación de Bolívar. Noche del 1º de abril

«A S.E. el general en jefe José Antonio Páez., etc.,

»Mi querido general:

»Llegó antes de ayer Ibarra trayéndome las comunicaciones de Vd. y los demás amigos de Venezuela, con la agradable sorpresa de ver que todo lo que vale por allá se ha apresurado a mostrar sus opiniones a la gran convención de un modo muy contrario a las que dicen que llevan algunos diputados de ese departamento. Yo no tenía ni aun idea de que se pensara dar un paso tan atrevido y tan importante hasta que vino Lindo y nos trajo la noticia, anticipándose a los mismos sentimientos que ocupan a los pueblos del Sur y centro de la República. Ya habrá recibido la gran convención muchas de las representaciones de estos últimos pueblos, y así no son los venezolanos solos los que desmienten a sus legisladores, o los instruyen con sus ideas.

»No me canso de alabar el tino con que está Vd. obrando para salvar ese país de la anarquía y para ligarse con todos mis amigos en una causa común. Este paso es el que conviene para Vd. y para Venezuela pues todos los imparciales son adictos a mí; y además tengo amigos personales que, reunidos a la opinión popular de que Vd. goza, forman un solo cuerpo impenetrable para algunos individuos perversos que se separarán sin duda de la masa, no pudiendo corromperla. Por mi parte, doy a Vd. las gracias, pues que asegura con esta conducta la existencia positiva de Venezuela, cuya suerte no me puede ser indiferente ni aún después de muerto.

»Sea cual fuere la decisión de la gran convención, debemos todos permanecer unidos para que la España o la anarquía no se apodere de Colombia, y, por lo mismo, he de advertir a Vd. que, para que no se diga que hay dos gobiernos en la República, deben cumplirse mis órdenes y reglamentos cualesquiera que sean. Vd. ha obrado muy bien hasta ahora en todo lo que ha hecho respecto a medidas y nombramientos, pero el nombramiento de segundo jefe, las alteraciones de las leyes de correo, la suspensión de mi decreto de policía, nombramiento de secretario y otros actos, no han de ser bien vistos por los que observan el orden gubernativo y la autoridad suprema, que debe ser obedecida bien sea tuerta o derecha. Yo conozco que el general Arismendi lo hará muy bien; pero Mariño debe sentirse porque es más antiguo, y además entre nosotros no se conocen tales segundos jefes y mucho menos nombrados por los primeros, pues esta atribución pertenece exclusivamente al gobierno supremo. En fin, yo no dudo que en la gran convención dirán que hay dos gobiernos, uno en Colombia, y otro en Venezuela que Vd.

ejerce, y por lo mismo, dirán que mi autoridad es despreciada y que no soy capaz de hacerme obedecer, y añadirán que es inútil hablar de gobierno central donde no hay más que nombre en realidad. Yo, por mi parte, si no he de ser respetado y obedecido más bien dejaré el gobierno, pues llamarse jefe para no serlo es el colmo de la miseria. No crea Vd. que esto lo diga porque esté incómodo ni disgustado con Vd. ni de lo que se ha hecho, porque conozco que todo se ha hecho por la seguridad del país, que en efecto se ha logrado de un modo maravilloso. Sin embargo, me ha parecido conveniente para que no me quedara nada por dentro y porque Vd. sabe que soy incapaz de disfraz con Vd. Yo había pensado ir a Venezuela muy principalmente por hablar con Vd. sobre estos puntos y tomar otras medidas en el Orinoco y Maturín, donde se necesita la presencia del jefe supremo para remediar muchos de sus males y componer mejor su administración. Y ya que no he de ver a Vd. tan pronto, pues que casi tengo renunciado el viaje a Venezuela, he tenido que pasar por la pena de dar a Vd. este mal rato, pues yo sé que no es lo mismo decir las cosas secamente por escrito que de palabra y en la dulce confianza de la amistad y efusión del corazón. Así, pues, me ahorrará los viajes a Venezuela, si se sirve prestar su atención a esta carta y seguir los amistosos consejos de quien le ama más que nadie, porque le procura y anhela su felicidad y gloria en el mando y salud de Venezuela, pues Vd. debe estar seguro, mi amigo, de dos principios capitales: primero, que no le profesa amistad verdadera y pura sino el que le habla la verdad y le aconseja el bien; segundo, que la fortuna de Vd. depende absolutamente de la de Venezuela, pues que la desgracia del país nunca puede alimentar la dicha de Vd., puesto que el navío que Vd. gobierna no puede llevarlo al puerto si naufraga en el mar.

»No me extiendo más, como lo había pensado hacer cuando lo viera, porque no todo se puede decir por escrito y no es fácil decirlo con agrado por esta comunicación muda e incapaz de interpretar bien los afectos ingenuos y benévolos que yo deseara manifestarle, si nos halláramos juntos discurriendo sobre los bienes y males de la patria.

»El general Padilla me ha escrito de Ocaña excusándose de su atentado. Yo le he mandado juzgar a Cartagena conforme al decreto de conspiradores, que es más expeditivo y severo que la policía de Arismendi; por lo mismo, al decreto me atengo, que no necesita de tantos consultores y jefes de diferentes opiniones y partidos. Lo mismo digo

de la policía que yo he mandado establecer en virtud de una ley del congreso. El señor Sanabria puede hacer y publicar los bandos que juzgue convenientes para el cumplimiento de dicho decreto, así la policía será general, hará el bien y no le faltará legitimidad. Los jefes políticos pueden ejercerla en los diferentes cantones de Venezuela si Vd. se los manda, pero sin el sueldo para no hacer más gastos.

»Soy de Vd. hasta otra ocasión, afmo. amigo que lo ama de veras».

Cartagena. Biblioteca de Mariano Montilla. Noche del 3 de abril

Repetidas veces repasó algunos de los párrafos de la carta que había escrito al Libertador luego de llenar de aguardiente el pocillo que encontró a la mano: «Llevo 20 días de no dormir sino sobre una silla, porque la vigilancia equivale a la fuerza en estas circunstancias y como tengo aquí a los señores Arrubla y Mosquera que están trabajando y tienen dinero, estoy con la barba sobre el hombro; pero U. puede estar seguro que mientras yo respire ha de haber orden en el Departamento, aunque me cueste obrar contra los sentimientos filantrópicos de mi corazón».

«La semana entrante despejaré la ciudad de malvados, y por las tropas no tenga U. cuidado, que yo respondo, ya que U. no ha querido relevarme de esta y otras responsabilidades».

En la madrugada lo despertaron sus ronquidos. Soltó un carajo y metió la cabeza debajo de la almohada.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Habitación. Noche del 3 de abril

«(Al señor José Manuel Restrepo)

»Mi estimado amigo y señor:

»Con mucho gusto recibí la apreciable carta de Vd. el 23 de marzo. Si yo no hubiera ya sabido el suceso de Cartagena, la habría visto con infinito dolor, pues Vd. sabe que esta es mi manía. Los resultados me confirman más y más en mi temor. Vds. han obrado lo mismo que ordené luego que lo supe; y esta conformidad muestra que estamos perfectamente unánimes: ¡Dios nos conserve esta ventaja!

»La representación está concebida de manera a no desagradar más que a los malos ciudadanos y, por lo mismo, es su elogio. Yo doy a Vd. las gracias más sinceras por su celo y eficacia en el asunto más importante bajo de todos respectos. Me alegraré que haya parecido bien a esos señores y que le hayan apoyado con sus firmas.

»Estamos en situación muy crítica y no debemos dormirnos. Nuestra apatía y la de los buenos es un veneno mortal. El opio es menos dañoso. Yo recomiendo a todos los sustentáculos de la patria más que celo, recomiendo entusiasmo y exaltación, porque de otro modo no hay salud.

«Soy de Vd. y de esos señores secretarios el mejor amigo.

Q.B.S.M.»

Ocaña. Sala de San Francisco. Mañana del 9 de abril

«A las nueve de la mañana, vestidos de rigurosa etiqueta, se congregaron los diputados en la sala de las sesiones; de ahí se dirigieron a la iglesia principal, donde se celebró una misa solemne al Espíritu Santo, terminando el *Te Deum*, a las once regresaron a la sala de San Francisco, donde se dio en seguida principio a la sesión solemne e instalación de la Gran Convención Nacional. Los votos de los pueblos, la promesa del Libertador, las peticiones de las municipalidades se veían cumplidas».

«Había presente 64 miembros, número excedente de la pluralidad absoluta de 108 que corresponden a toda la República. Puso el señor director a votación si se declaraba instalada la Gran Convención, y la resolución fue afirmativa casi por unanimidad».

He aquí un fragmento del discurso del señor Director, que otros más serían demasiado:

«Obstáculos graves y de una ramificación inmensa se opondrán a nuestro paso. Injustas pretensiones tendremos que combatir y desechar. Esperanzas lisonjeras vendrán a tentar nuestro ánimo para que sacrifiquemos los intereses del pueblo colombiano, y tal vez no será imposible que este sacrificio se intente revestir con el terrible, pero augusto ropaje del imperio de las circunstancias y el mayor bien de Colombia. Más yo aguardo, porque ya conozco a todos mis respetables compañeros, que la seducción y el terror no podrán penetrar en este recinto, y que todos

nosotros, sintiendo y aún manifestando esa firmeza que inspira la santidad de la causa cuya defensa se ha cometido a nuestro cuidado, seremos siempre tan impasibles como lo son la libertad y la justicia. Que abandonen, pues, sus temerarias esperanzas los que hayan podido creer que la Gran Convención, dominada de pasiones, burlaría la confianza del pueblo y llegaría a vender sus más caros intereses».

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana del 9 de abril

Marañas y arcabucos. Alboroto en la calle. Etiqueta en la sala. Habla Santander:

—Debiendo, conforme al artículo 38 del reglamento, procederse a las elecciones de presidente y vicepresidente de la convención, propongo fijar previamente el tiempo que deben durar en estos destinos los diputados que resulten nombrados para ellos.

—Procede la indicación —dice Soto.

—En consecuencia, con el apoyo de varios señores, me permito presentar la moción siguiente: Que la duración del presidente y vicepresidente de la convención sea de quince días —dice López Aldana.

—Propongo —dice Rafael Mosquera— después de las palabras presidente y vicepresidente, la adicción siguiente: «que se van a nombrar ahora».

La adición tiene apoyo. Los brazos de los congresarios la aprueban. Rafael Mosquera solicita nuevamente la palabra y le es concedida.

—Propongo: «que si en la primera votación de las que van a hacerse no resultare a favor de ninguno la mayoría absoluta, se proceda a nuevo escrutinio contraído a los dos que hayan obtenido mayor número de votos y que, en caso de igualdad en este segundo escrutinio, se decida por la suerte».

La proposición tiene apoyo. Los brazos de los congresarios la aprueban. Interviene el diputado Fernando Gómez Durán:

—Solicito una adición a la proposición del señor Rafael Mosquera en estos términos: «Observándose en todo lo demás el Reglamento que ha regido hasta ahora en la Junta Calificadora, mientras no se disponga otra cosa».

La adición tiene apoyo. Los brazos de los congresarios la aprueban. Innumerables los sombreros alzados.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mediodía del 9 de abril

Los señores Aranzazu, Iribarren, Rafael Mosquera y Michelena escrutan los votos para el nombramiento de presidente. Mosquera informa:

—Votos escrutados: 64. Distribuidos de este modo: en el señor Santander, 25 votos; en el señor Castillo, 26; en el señor Soto, 6; en el señor Narvarte, 4; en el señor Joaquín Mosquera, 2; y 1 en el señor Aranzazu.

—No habiendo elección, procedemos a la segunda votación contraída a los señores Santander y Castillo, quienes en la precedente obtuvieron mayor número de votos —dice Soto.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Tarde del 9 de abril

De pie el señor José María del Castillo Rada —al igual que todos los señores diputados— y con la mano derecha sobre los Santos Evangelios, pronuncia el juramento de señor presidente nombrado para presidir la asamblea:

«Juro a Dios, Nuestro Señor, sobre estos santos evangelios, y prometo a la República de Colombia, cumplir fiel y exactamente con los deberes de mi cargo y no promover nada que sea contrario a su integridad e independencia de otra potencia o dominación extranjera, ni que sea en ningún tiempo el patrimonio de ninguna familia ni persona; antes bien, sostendré, en cuanto esté de mi parte, la soberanía de la Nación, la libertad civil y política y la forma de su gobierno popular, representativo, electivo y alternativo; que sus magistrados y oficiales investidos de cualquiera especie de autoridad sean siempre responsables a ella de su conducta pública, y que el Poder Supremo se conserve siempre dividido para su administración en legislativo, ejecutivo y judicial».

Aplausos. Algarabía en la calle. Por el aire suenan campanas y petardos.

Ocaña. Casa de Santander. Sala. Noche del 9 abril

Santander abraza a Vargas Tejada en medio de los aplausos de Soto y Azuero.

—Felicitémonos por el triunfo del poeta como secretario de la asamblea —dice Soto.

—Y felicitémonos por los trajines que condujeron a Aranzazu y a mí como secretarios —dice Vargas Tejada.

—Pero no cumplimos el compromiso de llevar al vicepresidente de la República a presidente de la convención —dice Azuero con cara de circunstancias.

—Apenas comenzamos —dice Soto.

—Ciertamente, doctor Soto, pero si no fui electo ahora, no hay por qué después. Me basta con ser vicepresidente de Colombia y diputado de esta convención que cambiará el destino de la República.

—Tal como usted lo dice, general —apunta Vargas Tejada.

De la noche son las palmadas y las copas en la sala. Los abrazos de los diputados huéspedes, los festejos en la calle, el chirrido de una mecedora.

Ocaña. Habitación de Aranda. Noche del 9 de abril

«Excmo. Señor Libertador Presidente, Simón Bolívar.

»Mi muy amado General:

»Hoy se ha instalado la Convención. El señor Castillo ha sido nombrado su presidente por 33 votos, contra 31 que obtuvo el general Santander. El vicepresidente es el señor Narvarte, en quien sufragó el partido contrario. Se eligieron cuatro Secretarios, y no fue posible sacar uno de nuestra confianza, pues resultaron nombrados Vargas Tejada, Muñoz, Escobar y Domínguez, que está aquí con pasaporte para ir a presentarse a V.E., cuya circunstancia se puso inútilmente en conocimiento de la Convención.

»El general Santander y sus partidarios obran con una actividad infatigable, y un descaro insultante. Nosotros oponemos la moderación, pero tocamos ya en debilidad, y temo mucho que, siendo inferiores en número, lo seamos también en la combinación de nuestros planes. Anoche por primera vez he conseguido hablar con extensión

a los señores Castillo y Joaquín Mosquera en la casa del señor Juan de Francisco.

»Estamos convenidos en ideas, pero la ejecución no está arreglada. Todos son hombres de dignidad y decoro, y los contrarios que no reparan en nada, llevan en esto mismo mucha ventaja. En fin, hemos librado nuestra esperanza en los diputados del Sur, que se dice han de llegar pronto.

»Estando de acuerdo con la marcha que ha emprendido Venezuela, pues que ya no hay otro remedio, he pensado presentar a la Convención inmediatamente los papeles que ha traído Herrera, participándolo antes a los diputados de aquellos departamentos para pedirles su cooperación, a nombre del general Páez. Este paso irritará a los contrarios, pero después que den lugar a la reflexión, debe producir un buen efecto; y en caso diverso, estamos resueltos todos los amigos a protestar y retirarnos a nuestras casas. No quedará número para continuar las sesiones, y la Convención se disolverá de hecho. El señor Castillo conviene en este último recurso.

»Aunque no tengo perdida la esperanza, tengo ya muy gastada la paciencia. Sin embargo, aquí estaré firme hasta que logremos destruir los proyectos de la anarquía, o los burlemos con una solemne y oportuna retirada.

»Soy siempre de V.E., con mi más profundo respeto, muy obediente servidor, Q. B. S. M.»

Ocaña. Plaza. Mañana del 10 de abril

O'Leary, desde su ventana, contempla a los paseantes. Es sorprendido por Briceño Méndez y Castillo Rada.

—¡Salud, coronel! —dice Briceño Méndez.

—¡Salud, general! Mis respetos, doctor Castillo.

—¿Meditando, coronel? —pregunta Castillo.

—Esperando el aguacero —responde O'Leary.

—Ya pasamos el temporal de la junta calificatoria.

—Impusieron a los suyos. Digo, a cuantos quiso el doctor Soto, hábil como es.

—No a todos. Nosotros no quedamos tan mal —dice Briceño Méndez.

—Me complace su conformidad, general —dice Castillo.

—A mí también. No soy hombre de debates en convenciones —dice Briceño Méndez.

—Me parezco a usted —dice O'Leary.

—Ambos son hombres de armas, pero sabios —dice Castillo.

—Por favor, doctor Castillo, quién como usted en sabiduría —dice Briceño Méndez.

—El Libertador quedará complacido por su nombramiento como presidente de la convención —dice O'Leary.

—Pero no me reelegirán. Téngalo por cierto —responde Castillo.

—El enemigo es implacable, impudente y frenético —comenta O'Leary.

—Ni tan calvo ni con peluca —dice Castillo.

—¿Y si lo fuera? —dice O'Leary.

—Como lo es —dice Briceño Méndez.

Castillo recoge sus manos y las coloca sobre el pecho. Pareciera meditar.

—¿Entonces? —pregunta O'Leary, ansioso.

—Entonces, la convención tal vez fenezca en su locura.

Bucaramanga. Iglesia. Mañana del 10 de abril

En medio de la penumbra, atravesada por los haces de luz de la mañana, el cura Valenzuela oficia la misa. Al fondo de la iglesia, el Libertador sentado en un banco, solitario, con su frente puesta sobre las manos cruzadas.

—No haga suyo el sacrificio de Jesús. Haga suya, cada día, la revolución —dice el cura cerca de la balaustrada del altar.

El Libertador inclina sus rodillas, desolado. Tose, busca un pañuelo en la chaqueta, apaga el sonido angustioso de su tos. Suspira, melancólico.

—El pueblo lo reclama, su excelencia. Dios vela por usted.

Suena el órgano. Desaparecen los haces de luz. Ya en el pasillo central, recogido, el cura bendice al Libertador. De las golondrinas el cielo de la iglesia. De la plaza los trinos del amanecer.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana del 10 de abril

En uso de la palabra el señor Narvarte:

—Tan mala impresión produjo el discurso del señor director Soto que consideré natural proponer su eliminación del acta de la sesión inaugural, pero ha sido tal el debate que retiro mi proposición para evitar polémicas más agrias.

—Tiene apoyo.

Abucheo. Rechifla. Gritos destemplados. Aplausos.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana del 10 de abril

—Negada la proposición del señor Merino, representante de Guayaquil, de diferir la resolución de toda cuestión grave sobre reformas hasta reunir por lo menos la mitad y uno mas de los representantes del Sur.

—Señores diputados, protesto enérgicamente. En consecuencia, abandono para siempre esta sala de oprobios.

Algarabía en el templo de San Francisco. El señor Merino encasqueta su sombrero sobre la cabeza, lleno de ira, e irrumpe por el medio de la sala. Briceño Méndez y Santiago Rodríguez le detienen.

—Exijo orden en la sala —dice Soto.

—¡Orden, señores, orden!

—¡Anarquía, castigo! ¡Que regrese!

—¡Por favor, señor Merino! —dice Méndez

—¡Un carajo! No regreso —dice Merino, enardecido.

—¡Que se emplee la fuerza para hacerlo volver! —dice Vargas Tejada.

De Francisco le cierra el paso a Merino. Le dice, casi como un ruego:

—Por favor, Merino.

Desde el estrado de la presidencia la voz del doctor Castillo:

—Vuelva usted, diputado Merino, a su lugar. Por favor, señor Merino.

—No haga caso de las provocaciones —dice Briceño Méndez—. Paciencia, amigo, paciencia.

Merino regresa y toma asiento. Palmas, cuchicheos, silencio. Estalla la voz de Aranda, quien abandona su silla:

—¡No joda, señor Santander!

Expectación. Aranda sale por una puerta de la sala para entrar por otra al extremo opuesto.

—Señor presidente, me he visto obligado a abandonar mi asiento porque el señor Santander me ha insultado groseramente. Individuo con el cual no tengo relación alguna de amistad ni de confianza, me acaba de pasar un jeroglífico que, por demás no entiendo, pero me ofende pues no estoy en su tarea de escribir papelitos y enviárselos a los diputados.

—Señor presidente, en ningún instante he tenido intención de ofender al señor Aranda —replica Santander—. Ese papel solo contiene cosas que deben dispensar a un hombre que delira por la libertad.

Abucheos en las ventanas. Aplausos en la sala. Llamados al orden del señor presidente. Intervenciones por doquier. El secretario Vargas Tejada levanta una mano.

—Señor presidente: Yo he sido el autor del jeroglífico. Acaso el vicepresidente de la República no resistió la tentación de hacerla llegar al señor Aranda.

Castillo abre sus brazos con desaliento. Crecen las murmuraciones y los reproches. Por la hora, termina la sesión.

Bucaramanga. Casa. Habitación de Bolívar. Mañana del 10 de abril

Estuvo dictando toda la mañana. Dos mensajes dirigidos a la convención. Al comienzo lo dominaba la indignación. Cuando dio por terminado el mensaje sobre la exclusión del doctor Peña, apenas si farfulló la pesadumbre antes de salir a caminar por los corrales hasta que Ferguson le fue a buscar porque la mesa estaba puesta para la cena. De regreso, Santana puso en sus manos los dos mensajes.

—Léalos, coronel Santana.

«Con sorpresa he visto la queja que el comandante general del Magdalena me ha dirigido en 28 de marzo último, contra varios

diputados nombrados para la Gran Convención, reunidos en esa ciudad de Ocaña en comisión para calificar sus miembros, por haber tomado conocimiento de una representación que les dirigió el general de división José Padilla, y decretándole acciones de gracias por los atentados cometidos en la plaza Cartagena, en que dicho general aparece como primer autor.

»Si el hecho es cierto, no sé cual será el más grave cargo que resultaría contra dichos diputados: si el haber traspasado sus atribuciones y abrogándose funciones que no le correspondían, o el haber aplaudido y aprobado una rebelión contra el buen orden, contra la disciplina militar, contra la seguridad pública, convirtiéndose de esta manera los elegidos del pueblo para curar sus males, en instigadores de nuevas conspiraciones y en instrumento de su completa ruina.

»Estándome especialmente encargada la conservación del orden y de la tranquilidad interior de la República, debo emplear todos los medios que me franquean las leyes para conseguirlo; y la contradicción sería muy manifiesta entre mis deberes y la resolución de los Convencionistas, de que se queja el comandante general del Magdalena. Mas para poder estimarla en su verdadero mérito y determinar lo que corresponda, deseo que la Gran Convención, tomando un conocimiento de los sucesos a que dicha queja se refiere, autorice a su Presidente para que informe de todo lo ocurrido en la noche del 17 de marzo. A los fines convenientes incluyo copia de la comunicación del general comandante general del Magdalena».

—Lea el otro mensaje, coronel.

Santana leyó: «Mi decreto de 1º de Enero, decía, que restableció la paz y la concordia en Venezuela, y con ellas las esperanzas de toda la República, fue una amnistía para cuantos estuviesen comprometidos en la causa de las reformas; y en su artículo 2º se extendía no solo al efecto sino a las causas que habían dado origen a la Revolución de Valencia. Era necesario, conveniente y político inspirar confianza a todos, sin dejar el menor reato que pudiera inquietarlos; por consiguiente, la acusación admitida por el senado contra el general en jefe José Antonio Páez, y la admitida contra el Dr. Miguel Peña quedaron sin consecuencia, porque de otro modo se anulaba el efecto del decreto, y esto fue lo que mandé decir por mi secretaría general al dicho Dr. Peña el 2 de abril.

»El Congreso aprobó sin limitación alguna cuanto hice en Venezuela en ejercicio de las facultades extraordinarias, y desde entonces quedó sancionada la absolución del Dr. Miguel Peña: añadiré además que tuve motivos suficientes para creer que en el fondo de la cuestión estaba reducida a equivocaciones autorizadas por otros ejemplares que no inducían criminalidad en la conducta de Peña. No era lo primero que ocurría de aquel género, y aunque habría podido declararse que Peña no tenía el derecho con que se creyó para utilizarse del cambio de la moneda, de ningún modo se le podría convencer que hubiese infringido ninguna ley terminante, después que la práctica, o si se quiere el abuso, estaba en su favor: ¿y cómo no habría yo comprendido en este indulto al Dr. Peña por el cargo cuestionable de 25.000 pesos, cuando comprendí y relevé de toda culpa a los que aprovechándose del estado de Venezuela indujeron y casi obligaron al general Páez a establecer un gobierno extraño en la República? Varios de los que se encuentran en este caso están hoy admitidos en la Gran Convención, y sin embargo, hay una diferencia bien enorme entre su delito y la falta del Dr. Peña. Y mayores abusos se han cometido contra el Tesoro nacional, y no han sido acusados.

»Estoy obligado a sostener como Presidente de la República, las garantías que ofrecí en mi Decreto de 1º de enero de 1827. Mas no deben hacerse ilusorias por ningún respecto, y yo que miro esta ocurrencia como de inmensa trascendencia por el efecto que va a producir en Venezuela, he debido tomarla en muy seria consideración, y al presentarla a la de la Gran Convención quedo en la confianza de que luego que se instruya de este mensaje rectifique el juicio que formaron algunos de sus miembros reunidos en Junta calificadora».

—Ningún caso harán de mis mensajes, coronel. Así como lo oye, pero la estulticia de los diputados quedará inscrita en su historia. Por mi parte, he cumplido con mi deber. Por lo demás, Padilla pagará en la cárcel su desafuero.

—¿Y que pasará con el doctor Peña, su excelencia?

—Multiplicará su rencor contra Santander y los neogranadinos. Leña para el fuego.

Ocaña. Plaza. Tarde del 10 de abril

Santander, acompañado por Azuero, Soto y Vargas Tejada, alza la mirada hacia el campanario. Aranda les sigue de cerca. Más atrás el general Pedro Briceño Méndez.

—Estamos a las puertas de causar una revolución —dice Santander.

Aranda toma por un brazo a Briceño Méndez y comenta:

—Es el decir de un descarado, apoyado por otros descarados.

Callan las campanas. El sacristán cierra los portones de la iglesia. Chillan sus goznes. Una ráfaga de viento descompone las casacas. Desencajados, Rafael Mosquera y Joaquín Mosquera observan con pesar.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Habitación. Amanecer del 11 de abril

Amaneció atarantado por el insomnio. Despertó varias veces durante la noche, carcomido por la impaciencia. En la madrugada Santana le había llevado una infusión de flores de manzanilla y una taza de miel para calmarle la tos. Si acaso tomó una cucharada de miel y un sorbo de manzanilla, antes de hundir la cabeza en la almohada. Luego despertó con la voz alerta de Manuela: “Nada tienes que hacer en Venezuela. Ahora a quien hay que cuidar es a Santander.” Era su propia voz, su corazón alerta. Con los gallos salió a cabalgar acompañado por el coronel Ferguson, su paño de buen humor. Al regreso, dos horas después, encontró a Soublette y Santana, los dos con caras de circunstancia.

—No hay nada que temer... Las noticias de Páez alivian mis preocupaciones. Me quedaré aquí, en Bucaramanga, por ahora —dijo—, camino a la cocina.

Un silencio hosco obtuvo por respuesta. Sirvió chocolate en un tazón y siguió a buscar la hamaca. A horcajadas, agregó:

—Para cuidar del general Padilla... ¡Carajo! Cuando no es uno es otro. Esto se lo llevó kaplán. Los mismos acontecimientos me indicarán la ruta que debo tomar.

—Ocaña —dice Santana.

—¿Para que digan que influyo en la convención? ¡Jamás! ¡Jamás! Yo nada haré contra la voluntad de la gran convención, aunque esta decida la muerte de la República.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana del 11 de abril

—La presidencia resuelve postergar la proposición de los diputados Juan de Dios Aranzazu y Vicente Azuero respecto a la reforma de la Constitución por parte de esta convención.

—Nada más prudente —comentó un diputado.

Risas. Aplausos.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Noche del 11 de abril

Lee. Ordena. Lee. Camina por la habitación. Algunos pliegos los suelta sobre la cama. Busca asiento en una poltrona. «Ciertamente, señor Castillo, las inspiraciones del miedo son fatales». Regresa al escritorio. Escribe:

«Mi querido amigo y señor:

»Tengo el gusto de contestar las apreciables de Vd. de 29 de marzo y 5 de abril, aunque no detalladamente, al menos en parte. La primera me ha dado alguna pena, porque muestra Vd. alguna desaprobación a la conducta de Montilla por lo que hace a las últimas ocurrencias en Cartagena. Por mi parte, yo no veo nada reprensible, si no lo es la representación hecha en aquel departamento a la gran convención. A mi ver, este paso pervierte el espíritu militar y relaja la disciplina; pero Vd. sabe que las doctrinas civiles las han aplicado al orden militar; y, por lo mismo, este no es un ejemplo sino una consecuencia de los anteriores procedimientos del ejército, que no solo ha representado, sino que ha obrado arbitrariamente sin castigo alguno. También observará Vd. que no pueden ver con indiferencia los militares la causa pública que pueden llamar suya, por sus sacrificios, a tiempo que otros la quieren arruinar. ¿Y cómo sería posible quedarse en la inacción cuando se ha visto el espíritu que ha dictado las elecciones de Bogotá? ¿Vd. quiere que Páez, Montilla, y mi administración obren con mucha suavidad, en tanto que el contrario sale a los caminos públicos a forzar a los

ciudadanos a adoptar el suyo, y seduce a los ejércitos y levanta las plazas de armas?

»Dice Vd. que las facultades extraordinarias exasperan a esos señores; más, yo creo que Vd. mismo fue el que indicó estas ideas aún antes de los ulteriores peligros. Así, ahora es infinitamente más indispensable y, si no me engaño, la culpa no es mía del estado en que se halla la República.

»Me indica Vd. que llame a los expulsados por causa de opinión; por consiguiente vendrían por el Sur el general Barreto y un cuadro de jefes y oficiales de nuestra raza y más diabólicos demagogos. Páez se ofendería mortalmente de las medidas y el Oriente se encendería en la guerra más negra. Yo no sé si tengo razón en diferir de la bondad de Vd., puesto la puedo llamar opinión, pues Vd. se gobierna por su corazón y no por su cabeza. Todo el cuerpo de la historia enseña que las gangrenas políticas no se curan con paliativos.

»Señor Castillo, crea Vd. que el hombre es hijo del miedo, y el criminal y el esclavo mucho más.

»Esos señores mienten cuando dicen que tienen miedo: si lo tuvieran no fueran tan insolentemente facciosos; ellos saben de política, la prudencia y el bien mismo de la República. Demasiado generoso he sido siempre con mis enemigos: el mismo Montilla es una prueba que se puede citar como ejemplo.

»Las imprudencias de algunos de mis amigos no son comparables con los atentados enormes de esa facción; por lo mismo, no tienen derecho de quejarse ni aun de murmurar. Amenazan destruir su obra y sus vidas y no quieren que se resientan y se defiendan, cuando nosotros representamos la fuerza del león y ellos no representan más que la malicia de la zorra. Esto es lo que se debiera tener presente para juzgarme entre ambos partidos.

»La segunda carta de Vd. responde a la primera: me parece que mucho han influido las relaciones exactas sobre el juicio de Vd., como yo lo esperaba de su imparcialidad y desprendimiento personal, pues es muy cierto que es difícil hacer justicia al que nos ha ofendido. Vd. es superior a sí mismo siempre que se trata de hacer bien; y ya que me he entregado a un desenfreno de franquezas me he de atrever a decir a Vd. que este es su pecado. Sí, mi querido amigo, Vd. es formado para tratar con ángeles y no con hombres.

»Lo que Vd. me dice con respecto al general Soublette es muy justo: él sería el mejor magistrado para Cartagena y lograría todas las ventajas que Vd. me insinúa, mas tiene el defecto de Montilla, de ser venezolano y, además, es tan bueno como Vd., y Cartagena tiene muchos pícaros que castigar y que deponer de sus empleos por causas de fraude. Este general le tiene miedo al mando y mucho más al de Cartagena, porque dice que un hombre solo contra tantos no puede nada. El general Montilla me pide que mande a Córdoba o a cualquiera otro granadino que es lo que allí desean, y me recomienda infinito al señor Ucrós, que se porta perfectamente bien, de lo que me alegro sumamente; así, me limitaré a mandar un comandante general, y, por ahora, no tengo otra idea que la de Córdoba; porque aparte de su carácter violento, tiene muchas cualidades propias para ese mando pues a Cartagena no le puede mandar sino un hombre muy hombre y a quien le tenga mucho respeto, sentimiento que inspirará el general Córdoba con mucha ventaja.

»El general Montilla tiene menos confianza que lo que Vd. muestra en su carta: él me asegura como cosa positiva que si me alejo hasta Venezuela, se pierde todo el país, y sobre esto entra en muchos detalles, en lo que no deja de tener razón. Se queja mucho del Dr. Rodríguez, que ha trabajado y trabaja contra el gobierno.

»Quedo enterado de la opinión de Vd. sobre mi viaje a Cartagena: no me alejaré de aquí hasta que una causa no me obligue a ello, pues este es un punto intermedio bastante proporcionado para atender a todas partes, y hallándome en estado de marcha, me moveré en el acto que sea preciso.

»No he dicho a Vd. nada sobre la gran convención, porque Vd. lo sabe todo y anhela más que yo por el bien de Colombia. Mando a la convención dos comunicaciones sobre Peña y sobre una queja que me ha puesto Montilla contra veintiséis miembros de ese cuerpo. Vd. verá las copias que mando a O'Leary para que, si no conviene presentarlas, no se haga.

»Todavía no he recibido noticias de la instalación y de la presidencia del congreso constituyente, que debe traerme Wilson y espero por momentos; y aunque no pienso mandar esta carta sino después de su llegada, he anticipado el trabajo para no detener un instante al oficial

de Cartagena que la ha de llevar, con una posdata en que diga lo más que ocurra.

»Soy de Vd. atento servidor y amigo».

Cartagena. Intendencia. Tarde de abril

Paseó por el corredor del segundo piso, con un pliego en su mano derecha. Levantó el pliego y leyó. «Perezca yo mil veces antes de tener miras personales ni causa propia. Yo he combatido por la libertad y por la gloria, y no por mi engrandecimiento, y este sentimiento es común a usted, y a mis generosos amigos que me han seguido».

Entró en su despacho. Le espera la palabra del Libertador como si brotara de la ventana: «Yo estoy resuelto a salvar la patria mientras esté en mis manos su defensa, y para ello cuento con mis amigos, y cuento, en fin, con el voto de la imparcialidad».

—¡Hay Bolívar para rato, o dejo de llamarme Mariano Montilla!

Mompox. Ribera. Madrugada de abril

Esperó, impaciente. La mano derecha aferrada a la empuñadura de su espada. Un pequeño grupo de hombres apareció por el lado izquierdo de la ribera. Los vio llegar plantado sobre la arena. La atmósfera que despedía el grupo desalentó a Padilla, tal su áspero rostro cruzado por una mueca.

—Montilla ha tomado todo tipo de precauciones. Tropas del mando de un francés controlan el pueblo —dijo un oficial.

—Ese es el vanidoso de Aldercreutz —dijo Padilla.

—Corremos el riesgo de caer prisioneros. Hay espías por todas partes —dijo el oficial.

—El pueblo no reconoce otra autoridad que la de Montilla —agregó un mulato acontecido.

—En este pueblo no hay cojones —profirió Padilla—. Levantemos a los negros de Cartagena para que suenen los tambores.

Cartagena. Calle. Amanecer de abril

Calle desierta. Un hombre embozado, bajo un portal, vigila la casa de Padilla. La puerta es abierta para dar paso a dos militares que salen, apresurados. Un silbido atraviesa el silencio. Por el lado opuesto un farol ve pasar a seis hombres armados que dirigen su marcha hacia el portal.

Cartagena. Barrio de Getsemaní. Noche de abril

Padilla y el mulato observan, metidos en la oscuridad, una parranda de gente del barrio. Tocan tambores. Hombres y mujeres bailan y charlan alumbrados por hogueras dispersas en la calle, bajo la noche azulada y fulgurosa de estrellas. Alguien llega desde un muro arruinado.

—Están llenos de aguardiente, como para tirarlos al mar. Muy pocos aceptan rebelarse contra el general Montilla.

—¿Cuántos están dispuestos? —pregunta Padilla.

—Si acaso unos diez —responde el hombre.

Rumba el sortilegio. Crecen los tambores y las crepitaciones de las hogueras. Una mujer asoma por una ventana y hace señas a Padilla.

—Vuelvo pronto —dice Padilla, con las manos ajustando los pantalones.

Contra la espalda de Padilla el hombre comenta:

—¡Si lo dejan!

Padilla salta la calle y llega a la casa. Toca a la puerta. Una mujer cobriza, blusa almidonada, florida enagua, pies descalzos, la abre.

—No seas necio, José, ningún negro va a levantar armas contra nadie. Piérdete antes de que sea demasiado tarde.

Padilla la abraza con furia y le muerde el cuello, lujoso y brillante, mientras la mulata deja caer el trapo que la cubre. Almizcle en sus axilas.

—Échate en el suelo para despedirte —dice la mujer.

El retumbo de los tambores acompaña los ardores del almirante.

Cartagena. Casa de Padilla. Mañana de abril

Un grupo de soldados tomó posiciones frente a la casa. La mañana encontró abiertas las dos alas de una puerta: en el desordenado cuarto, frente a frente, las recias estampas de Montilla y Padilla.

—Hasta aquí le llegó la revolución.

—Aún no se ha dicho la última palabra.

—Oiga la mía: prepare un buen equipaje, pues tengo órdenes de enviarle preso a Bogotá, y el juicio puede llevar su tiempo.

—Déme seis horas para arreglar mis corotos.

—Las tiene, general. Y óigame un consejo: no se alborote en el camino para que no le pierdan el respeto.

Montilla le dio la espalda sin mediar saludo. En el corredor comentó para que lo escucharan los soldados:

—¡Ah, general pa' pendejo!

Bogotá. Palacio del gobierno. Tarde de abril

El secretario José Manuel Restrepo leyó: «Estamos en situación muy crítica y no debemos dormirnos. Nuestra apatía y la de los buenos es un veneno mortal. El opio es menos dañoso. Yo recomiendo a todos los sustentáculos de la patria más que celo, recomiendo entusiasmo y exaltación, porque de otro modo no hay salud».

Dobló la carta y dijo, anuente:

—Confiemos en el Libertador y en nuestros ministros.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Tarde del 16 de abril

Por primera y única vez resplandeció la unanimidad en la convención. Los diputados contrarios cruzaron sonrisas y anuencias. Había sido aprobado un decreto de reforma de la Constitución.

«La Gran Convención de la República de Colombia»

«Habiendo sido convocada y reunida con el objeto de examinar y declarar si es urgente la necesidad de reformar la Constitución de la República, acordada en la Villa del Rosario de Cúcuta a 30 de agosto de 1821, y de proceder a verificar esta reforma, siempre que así

lo declarase, después de las más prolijas deliberaciones, ha venido en decretar y declarar, como por unanimidad de votos de los Diputados declara y:

DECRETA:

»Es necesario y urgente que la Constitución sea reformada. Por lo tanto la Gran Convención Nacional procederá a ocuparse de este objeto.

»Dado en el salón de las sesiones de la Gran Convención Nacional de Colombia, en la ciudad de Ocaña, a 16 de abril de 1828-18º.

«El Presidente de la Gran Convención»

«JOSÉ MARÍA DEL CASTILLO

El diputado secretario, *Luis Vargas Tejada*.

El segundo secretario, *M. Muñoz*.

El cuarto secretario, *R. Domínguez*».

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Tarde del 17 de abril

José María del Castillo Rada paseó su mirada sobre los congresarios. En sus manos, levantadas a la altura del pecho, los pliegos del mensaje del Libertador. Inclinó la cabeza para leer. Leyó:

«Conciudadanos: Os congratulo por la honra que habéis merecido de la nación confiándoos sus altos destinos. Al representar la legitimidad de Colombia os halláis revestidos de los poderes más sublimes. También participo yo de la mayor ventura devolviéndoos la autoridad que se había depositado en mis cansadas manos; tocan a los elegidos del pueblo las atribuciones soberanas, los derechos supremos, como delegados del omnipotente Augusto, de quien soy súbdito y soldado. ¿En qué potestad más eminente depondría yo el bastón de presidente y la espada de general? Disponed libremente de estos símbolos de mando y de gloria en beneficio de la causa popular, sin atender a consideraciones personales que os impidieran una reforma perfecta».

Silencio. Recogimiento. Miradas torvas. Regocijados rostros.

«...Colombia, que supo darse vida, se halla exánime. Identificada antes con la causa pública, no estima ahora su deber como la única regla de salud. Los mismos que durante la lucha se contentaron con su pobreza y que no adeudaban al extranjero tres millones, para mantener la paz han tenido que cargarse de deudas vergonzosas por sus

consecuencias. Colombia, que al frente de las huestes opresoras respiraba solo pundonor y virtud, padece, como insensible, el descrédito nacional. Colombia, que no pensaba en sacrificios dolorosos, en servicios eminentes, se ocupa de sus derechos y no de sus deberes».

Hombres del pueblo, casi gentío, merodeaban la iglesia. La palabra del Libertador como si saliera a la calle por boca del doctor Castillo.

«Nuestro ejército era el modelo de la América y la gloria de la libertad; su obediencia a la ley, al magistrado y al general, parecían pertenecer a los tiempos heroicos de la virtud republicana. Se cubría con sus armas, porque no tenía uniforme; pereciendo de miseria se alimentaba de los despojos del enemigo, y su ambición no respiraba más que el amor a la patria».

Santander paseó su mano derecha por el cuello. Sudaba. Húmedo el pañuelo.

«...El rubor me detiene, y yo me atrevo a deciros que las rentas nacionales han quebrado, y que la República se halla perseguida por un formidable concurso de acreedores».

Las golondrinas por el cielo de la iglesia, como si pequeños ángeles fueran. Alguna, desde la cabeza del cristo le sacudió sus alas al aire.

«...Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de vuestros constituyentes: allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza: ellos suspiran por seguridad y reposo. Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pie sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto, llorando quinientos mil héroes muertos por ella; cuya sangre, sembrada en los campos, hacía nacer sus derechos».

Suspiros. Bocanadas. Turbaciones. Fosas nasales hinchadas. Intenso aleteo de golondrinas.

«...Sí, legisladores. Muertos y vivos, sepulcros y ruinas, os piden garantías. Y yo sentado ahora sobre el hogar de un simple ciudadano, y mezclado entre la multitud, recobro mi voz y mi derecho; yo que soy el último que reclamo el fin de la sociedad, yo que he consagrado un culto religioso a la patria y a la libertad, no debo callarme en momento tan solemne.

»Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre: un gobierno que impida la trasgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo».

Sobre los rostros de Santander, Soto, Azuero, Vargas Tejada, Ezequiel Rojas, Fernando Gómez, la palabra del Libertador por boca de Castillo, pausado él, solemne:

«...Considerad, legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvaguarda de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad. Considerad, que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos. Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la República. Mirad, en fin, que la anarquía destruye la libertad, y que la unidad conserva el orden. ¡Legisladores! A nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas, que nos deis a imagen de la Providencia que representáis, como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magistrado: ¡leyes inexorables!».

Castillo, puesto los oídos en el aguacero de aplausos, ubicó los pliegos sobre la mesa con el mismo recogimiento de su lectura. Un concierto sinfónico del Libertador al través suyo, pensó. La patria lo necesita.

En la sala es intensa la euforia. Mucho más la desazón.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Tarde del 17 de abril

—A moción de los señores Aranzazu y Joaquín Mosquera la asamblea resolvió «pasar el mensaje a la comisión que se nombrará para presentar las bases de reforma; a fin de que esta lo tuviera presente en sus trabajos».

A quienes les vendría bien someter a reformas sus almas son al vicepresidente y sus compinches —comentó Aranda, a las puertas de la iglesia, con el mejor timbre de su voz.

«Acto continuo el diputado por Caracas, Mariano Echezuría, sentó una proposición en el sentido de que las reformas acordadas unánimemente por la convención debían hacerse sobre la base de cambiar el sistema político unitario por la forma federal».

Ocaña. Casa de Santander. Noche del 17 de abril

Soto, parsimonioso, arregla una mesa que hace de escritorio: compagina unos pliegos, amontona unos libros y ordena dos botellas y copas. Azuero le ayuda: retira una bandeja con jarra y tazas de café y

la pone sobre el poyo de una ventana. Santander hojea los pliegos del mensaje del Libertador; pasa uno a Vargas Tejada, quien lo echa a volar por la habitación.

—El hombre pide leyes inexorables, diputado Azuero —dice Santander.

—Inexorables para él y sus libertadores venezolanos, como si las armas lo fueron todo. Azuero adopta una pose del Libertador y dice, simulando el timbre de su voz:

—Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria.

Vargas Tejada sigue el juego siniestro, y parodia al Libertador:

—Sí, legisladores, muertos y vivos, resucitados y necios, sepulcros y ruinas os piden garantías... para que yo siga gobernando.

—Cuidemos nuestras expresiones en público —dice, mentor, Santander.

—Tal recomiendo. ¿De acuerdo, general? —dice Soto.

Santander aprovecha la oportunidad para soltar su reconcomio:

—No puedo callarme ante la ofensa de que dejé un caos en la hacienda pública, y menos que dejé al país en la bancarrota.

—La gente de la calle y los bolivianos exageran, general —dice Soto, ocultando el sarcasmo.

—Basta por hoy. Terminó la reunión —dice Santander al tirar la copa contra el piso.

—No es para tanto, general —dice Soto, alarmado.

Santander corre a la mesa y sirve un trago, bebe y estrella la copa contra la mesa. Vargas Tejada salta a ver si el general Santander tiene herida la mano.

—¿Entonces no consideraremos las peticiones que nos llegan de toda Colombia? —pregunta Azuero con la bilis revuelta.

Santander recoge su iracundia y dice:

—¿Qué piensa usted, diputado Soto?

—Lo mismo que usted, general.

—Pienso que tales actas de las municipalidades, de los cuerpos del ejército permanente, las milicias, las universidades y cuanto Dios creó, bien pudieran cambiar el giro de la convención —dice Santander, enérgico.

—¿Y el mensaje que nos envió el Libertador presidente? —pregunta Soto, cáustico, aunque no lo quisiera.

—El mensaje es conmovedor... para los bolivianos serviles, y nada más —dice Vargas Tejada.

—La mayoría de los diputados no están de acuerdo con mantener la integridad nacional —interviene Azuero— y mucho menos a Bolívar en el mando supremo que es lo que piden las tales actas. Tampoco, general, la mayoría civil acepta las invectivas de las dichas actas contra su administración.

—¿Tú lo crees, Varguitas? —pregunta Santander al poeta.

—Así como lo dice el diputado Azuero, general.

—Además, tal asunto está fuera de orden —dice Soto.

—Los firmantes de las peticiones pertenecen a la clase de los serviles, y aquí nadie quiere saber de ellos —dice, enérgico, Azuero.

—Devolvámosle la pelota: enviemos las actas y representaciones al presidente de la República, pues a él —sonríe Soto, tal su beneplácito— le corresponde mantener el orden público y la disciplina militar.

—Que no falte la del general Páez —dice Azuero, por joder.

Un siseo pareciera cerrar la reunión, pero el chirrido de una mecedora escuece el ánimo de los contertulios. Cada uno cree ver la sombra de una mecedora cabeceando frente a la ventana. De la calle entran ruidos de pasos.

—Ahora sí. Nos agarró la madrugada.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana del 18 de abril

La mañana llega con trinos de pájaros, voces campesinas y rumores del viento. Saltan bastones y sombreros, desorden de sillas, agitados brazos. Una golondrina da vueltas y revueltas hasta encontrar un resquicio para mirar, lejana y ajena, cuanto pasa. Agitación, acomodos y desacomodos entre los congresarios reunidos en el recinto de la iglesia de Santa Bárbara. El diputado Aranda, de Venezuela, está en el uso de la palabra:

—El señor Santander ha solicitado un acto de justicia para los presos de los sucesos de Padilla. Y clama por su libertad. Yo exijo que esta convención igualmente considere la administración del señor vicepresidente Santander.

—Ese asunto no es de la incumbencia de esta convención —dice Soto desde la mesa de la presidencia, mesa que él ha adornado con blanco manto nuevo y dos jarras de flores rojas y ramitas del campo.

—Tampoco la libertad de los secuaces de Padilla —responde Aranda.

Protestas en la sala. Aranda impone su voz:

—Mientras el general Bolívar liberaba al Perú, el honorable señor Santander limpiaba las arcas en Santa Fe y malversaba los préstamos del exterior.

Protestas en la sala. Pita. Embarazados aplausos. Aferrada a la silla la indignación de Santander.

—¿Sí o no? —pregunta Aranda.

—¡No! ¡No!

—¡Pues, sí! —afirma Aranda—. ¿Cuándo conocerá la asamblea de este caso?

—Entienda, honorable diputado, que a esta convención no le corresponde decidir si el vicepresidente ha sido o no un malversador de los recursos de la República —dice Soto.

—¿Y entonces a quién? ¿A mi abuelita? —pregunta Aranda.

La risa es general. No así los aplausos. Aranda está orgulloso de sí.

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 19 de abril

Gritos. Brazos alzados. Soto hace esfuerzos por acallar el tumulto de voces. Suena una campanilla. Suena un mazo sobre la mesa.

—Tiene la palabra el señor Santander —dice Soto.

—Con su aquiescencia, señor presidente —ensortija sus mostachos para admiración de muchos—. Mi conducta en todo el negocio del empréstito podrá haber sido perjudicial a los intereses comunes, podrá haber sido desacertada, pero no ilegal.

—Entiende el vicepresidente que está investido de dignidad. Consagrado, además, por el porte de su cuerpo.

—¡Bien por el hombre de las leyes! —grita Aranda.

—¡Protectora de corruptos! —agrega Rodríguez.

—Exijo respeto, señores congresarios, o suspendo la sesión —interviene Soto con la autoridad conferida.

—¡Orden y respeto al vicepresidente de la República! —profiere Azuero.

—Como tal, como jefe del Estado en ausencia del Libertador, le exigimos que dé cuenta de sus malversaciones —dice Aranda.

—Este asunto no corresponde a la convención —dice Soto.

—Claro que corresponde —dice Rodríguez.

—Claro que no corresponde —dice Vargas Tejada.

Soto hace sonar la campanilla. Santander, desconcertado, toma asiento. Aranda sacude sus palabras con furor:

—Estoy persuadido que entre los fines siniestros del señor Santander, está el de forjar una revolución para salvar las cuentas del empréstito.

Protestas en la sala. Protestas en la sala.

—¡Que calle ese señor!

—¡Que hable!

—¡Que calle!

—¡Orden! ¡Orden en la sala! —exige Soto.

Con el silencio irrumpe Santander:

—Señores, definitivamente debo aceptar que el diputado Aranda es un enviado de Páez.

—¡Usted lo ha dicho, general! —dice Vargas Tejada.

—¡Protesto! —dice Rodríguez.

—Algún día este señor —dice Aranda y señala a Santander —responderá ante la justicia.

—No será mientras viva, diputado.

—¿Tampoco después de muerto?

—Usted no entiende la justicia.

—Por supuesto que no, señor, si es la misma que mató a Barreiro.

Soto mete la cabeza entre sus manos. Santander en su sombrero. Vargas Tejada en las rodillas. Azuero con la suya en su sitio, petrificada.

Bogotá. Casa de Nicolasa. Tarde de septiembre de 1819

En el patio una pequeña fuente de piedra rodeada de geranios rojos. Respiración de héroes. Todo es fulgor. El Libertador por el patio y los corredores. Tiene apremio.

—Debo regresar a Venezuela. Una vez más voy en busca de Morillo. Las provincias libres de la Nueva Granada quieren un gobierno provisional, mientras el Congreso resuelve la convocación de la representación nacional y la creación de la gran República. Triunfaremos.

—En consecuencia... —acierta a decir Santander.

—He resuelto crear la vicepresidencia de la Nueva Granada, y el día que me separe de esta capital entrará usted en el ejercicio de sus funciones como vicepresidente —agrega el Libertador.

Santander, conturbado, mira a Nicolasa, quien emerge sus negros ojos y dice con los nervios de punta:

—La mesa está servida, los bizcochos y un chocolate especial con cacao traído de Cúcuta.

El Libertador, afectuoso, pasa brazo, antebrazo y mano por los hombros de Santander.

—Celebremos y hagamos votos por el celo y los talentos políticos y militares de Francisco de Paula.

Santander abraza al Libertador, conmovido. Los ojos de Nicolasa encuentran a los de Santander, que no aciertan acomodo. El Libertador los mira, imprevisto el recelo, y dice:

—Francisco, no olvides el debido respeto a la vida de los prisioneros.

Bogotá. Plaza. Amanecer del 11 de octubre de 1819

Impertérrito, desde su caballo, habla Santander:

—Habiéndose denegado el Virrey a entrar en conversaciones con el gobierno, siendo continuos los clamores del pueblo contra los prisioneros y siendo justo tomar con ellos el partido que acostumbran tomar con los nuestros, prevengo a V.S. pasar por las armas todos los oficiales prisioneros del ejército del Rey.

Precedidos de redobles de tambor, oficiales realistas salen de la cárcel en grupo de cinco, acompañados por frailes franciscanos, que rezan en voz alta.

El pueblo, en la plaza, transpira aire de condena. Santander cabalga de una a otra esquina de la calle. Dispuesto el pelotón de fusilamiento para ejecutar al general Barreiro y oficiales españoles. Aparece

en la plaza un ciudadano español, «que vocifera desde el atrio de la Catedral»:

—¡Atrás viene quien les endereza!

—¡El general Morillo! —grita una mujer desde su negra mantilla.

Santander, indignado, pierde la paciencia y ordena:

—¡Fusilen a ese hombre!

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 20 de abril

La mirada de Aranda recorrió a los congresarios conturbados por la memoria, inclinó la cabeza, teatral; la alzó y dijo contra los ojos maltrechos de Santander:

—¿Entiende por qué dicen que el señor Casandro tiene un corazón de tigre?

El dedo índice de Aranda apuntó hacia el general Santander. Doblaron las campanas. Por las alturas del templo un largo clamor de golondrinas.

Bucaramanga. Jardín. Noche del 21 de abril

Puertas abiertas a la negra nube de la melancolía. Cuerpo vivo de lunaciones. La vida misma en su lecho fatal. Cita concertada por la gloria. Ven, Manuela, atácame por todos los flancos, aráñame el rostro y el pecho, muérdeme fieramente, mutílame. Ven, candorosa mujer, febril, amante. Suspiro por tu arrojo. Manuela, ¿dónde estás?

Bogotá. Habitación de Manuela. Noche del 21 de abril

En vísperas del rocío prendió un cigarro para ahuyentar las alimañas de la soledad. Entre bocanada y bocanada los juramentos y las promesas. No daría tregua al enemigo, si disponía, como daba por cierto, hundir sus puñales en el sagrado cuerpo del Libertador. Aplastó el cigarro con el pie izquierdo. Luego lo trituró con el pie derecho. Perdóname, mi Dios, los malos pensamientos.

Ocaña. Casa de Santander. Noche del 21 de abril

Cunde el regocijo. Soto cierra la ventana y busca acomodo en la almohadilla del alféizar de la ventana.

—La auténtica caja de Pandora es la reforma de la constitución de Cúcuta –dice Santander.

—Su existencia obligatoria es de diez años —advierte Soto.

—Tortas y pan pintado respecto a la serie ininterrumpida de actos inconstitucionales desde 1826. Ningún hombre de honor conciliaría con el supremo perturbador de la República.

—¿No exagera, general?

—¿Usted cree?

Soto deja caer una mirada cómplice a Santander, quien la agradece, y dice:

—Si hasta ayer éramos centralistas y defensores de nuestro código fundamental, hoy estoy por la federación como único recurso para salvar las libertades nacionales… Además, esta es la opinión reinante en Venezuela, en la Nueva Granada y en el Sur.

—Usted lo ha dicho, general —dice Vargas Tejada.

—No hay otro modo de salir de Bolívar y del caos que la federación —dice Azuero.

—Hay otro modo, doctor Azuero. Un nuevo código fundamental es por sí solo tan insignificante en las actuales circunstancias, como puede serlo la redacción de un tratado teórico de náutica en un bajel que estuviese naufragando —dice Vargas Tejada.

Soto aplaude. Vargas Tejada empuña una pistola que heredara de su abuelo. Santander corteja sus mostachos.

—No estamos al borde del Apocalipsis, poeta. Por favor, mediten el proyecto, nuestro proyecto de constitución —dice Azuero.

—Confiemos —dice Soto— en los recursos de la legalidad y...

—Y en la potestad de la convención —agrega Santander.

—Así sea —dice la condescendencia de Azuero.

—Amén —apunta Vargas Tejada, apretada la mano derecha a la empuñadura de la pistola heredada del abuelo.

—¿Y de las actas qué? —pregunta Soto.

—Nada, nada, nada —responde Santander.

—Flores en el desierto —agrega Vargas Tejada.

—Me gustó la imagen, poeta.
El humor sonríe, sonríe.

Ocaña. Casa de Castillo Rada. Habitación. Noche del 21 de abril

El doctor José María del Castillo Rada sirvió dos tazas, atento, parsimonioso.

—¿De Cúcuta? —preguntó O'Leary.

—Tan caliente como la convención —dijo Castillo.

O'Leary aspiró el aroma. Prefería el té.

—Ni el color ni el aroma del infierno —agregó Castillo.

—Ciertamente —confirmó O'Leary.

—Ayer fue Ocaña templo del amor...

—De Nicolasa y de Bernardina Ibáñez para con el Libertador —dijo O'Leary.

—Eran otros tiempos —dijo Castillo.

—Los de la guerra a muerte —agregó O'Leary.

—Esta guerra es peor que la muerte —dijo Castillo, sombrío.

—¿Y?

De la jarra cae el chocolate sobre la alfombra.

—Es de suerte, mi buen amigo —dijo Castillo.

Bucaramanga. Plaza. Tarde del 22 de abril

Salió a caminar por la plaza. Quería estar solo. Saludar a la gente de la calle. A prudente distancia lo seguía su guardia, comandada por el coronel Ferguson. Solo encontró un suciero por todas partes. Una pelea de perros en medio de la plaza. Vacíos los huacales de gallinas. Uno que otro campesino cargando burros. De pronto una aparición: la niña de Sátiva con un ramo de magnolias en sus manos.

—¿Y tú que haces aquí?

—Vine a verle, tío Simón, luego de visitar a la abuela que está malita —respondió la niña.

—Pues me gusta verte.

—Estas magnolias son para usted. Las traje de mi casa en Sátiva. Todavía están bonitas.

—Como tú, hija.

Ocaña. Habitación del diputado Aranda. Noche del 24 de abril

Luego de la elección de los nuevos dignatarios para presidir la convención, fueron leídos los mensajes que el Libertador dirigiera con fecha 10 de abril. Al día siguiente, Francisco Aranda escribió al Libertador informándole de los sucesos, pero obvió por prudencia el disgusto de Santander y sus juramentos dentro y fuera de la sala de la convención. Una vez más el empréstito, los tormentos del vicepresidente, el resentimiento, la oscurana del resentimiento. La federelapsia.

«Excmo. Señor Libertador, presidente de la República.

»Mi muy amado General:

»No hemos podido reeligir al señor Castillo. El señor Márquez es el actual Presidente de la Convención, y el señor Tovar el vicepresidente. Estas elecciones eran seguramente de mal agüero, especialmente después que se había conocido la astucia y el interés con que se ha pretendido recomendar el proyecto de formar tres secciones en que dividía el Poder Ejecutivo el señor Azuero, que es la misma federación sin nombre, odiosa ya a las cuatro quintas partes de la Convención. El señor Márquez, que había hablado muy bien, no solo contra su establecimiento en Colombia, sino aún contra el sistema mismo en general, estaba sin embargo decidido por este proyecto, y Tovar saben todos que es defensor hasta del nombre. Sin embargo, ayer mismo han empezado a ceder los federalistas, conviniendo en la comisión de bases constitucionales, que las reformas se hagan conservando la estructura actual del Gobierno, pero estableciendo en las administraciones locales autoridades subalternas de los supremos poderes: es decir, que quieren que haya las asambleas departamentales o provinciales que se han indicado generalmente como útiles, en lugar de las municipales.

»El señor Narvarte ha sido encargado de presentar a la comisión las atribuciones de estas Asambleas, y ha ocurrido a mí para que le

diese un extracto de un proyecto que yo le había consultado, y en que estábamos de acuerdo los antifederalistas.

»Ellas se reducen a las facultades de las municipalidades, con algún aumento que no perjudica y puede ser útil. Se les da el derecho de formar ternas para la provisión de las Judicaturas de primera instancia. Hay un deseo muy general de las autoridades superiores, políticas y de rentas, y temo mucho que se logre.

»Para este caso pensamos proponer que el Ejecutivo pueda remover a estos empleados libremente cuando lo juzgue necesario.

«El primer mensaje de V.E. ha hecho una impresión muy favorable. Él, sin duda, contiene rasgos sublimes, y ninguna pretensión: observaciones muy justas y sentimientos que hablan al corazón. Los que se refieren al asunto de Peña y del general Padilla, me parece que han producido también muy buen efecto, y yo quiero atribuirles la transformación o docilidad de los ánimos. El doctor Peña ha seguido para Cartagena, y se dice que muy enfermo: puede ser que no vuelva; y puede suceder también que se quiera entretener su admisión en la comisión que se ha nombrado, como han demorado también el negocio de las peticiones de Venezuela. Esto, sin embargo, no importa mucho, si es que el doctor Peña no puede venir, después que ha producido un resultado que no esperábamos tan pronto.

»El doctor Rodríguez manifiesta a V.E. su reconocimiento a las expresiones de afecto y bondad que V.E. le ha dirigido. Es un excelente amigo y sostenedor del orden, al mismo tiempo que su probidad y buen juicio lo hacen muy recomendable».

»Soy de V.E., con profundo respecto, muy obediente servidor».

Ocaña. Habitación. Casa de Castillo Rada. Mañana de abril

—Son multitudinarias las actas dirigidas a la convención y unánime la solicitud de una forma central en la organización política y la conservación del Libertador en el mando supremo de la República —dijo Castillo, complacido, a Briceño Méndez y Aranda:

—Los santanderistas no quieren saber nada de las actas y representaciones —comentó Briceño Méndez.

—Desconocen la opinión pública —agregó Castillo.

—Nada menos que el mandato de sus comitentes —dijo Aranda—. Esto es un relajo en las manos de Soto.

—La verdad está de nuestra parte —dijo Castillo.

—Y la mayoría convencionista de la otra —dijo Aranda con amargura.

—El general Páez también envió su mensaje —dijo Briceño Méndez.

—Protesta contra la anarquía y el espíritu de sedición. ¡Vaya ironía! —dijo Aranda.

—Usted lo ha dicho, diputado Aranda —dijo Castillo.

Aranda tomó el pliego de Páez. Leyó: «...y yo no responderé a la nación de las consecuencias funestas que se seguirán, si apartándose la vista de este lastimoso cuadro en que se funda la opinión de los pueblos, se aventura la salvación del Estado a los desastres de la anarquía».

Por la ventana, desde la calle, una voz apagada:

—¡Bendito sea Dios!

Cartagena. Comandancia general. Mañana de abril

—¿Cuándo sale el correo para Ocaña? —preguntó Montilla a un edecán, desde el segundo piso de la comandancia.

—Las mulas están cargadas. Cuando usted disponga, mi comandante.

Montilla le hizo señas instándole a subir, y le dijo:

—Venga para hacerle entrega de mi correspondencia privada.

—El oficial subió, ligero, la escalera y siguió a Montilla, quien entró a su despacho, organizó la correspondencia, la metió en una alforja y dijo:

—Insista con el coronel O'Leary. Dígale que *audaces fortuna juvat, tímidos que repellet*.

—¿Cómo dice usted? —preguntó el edecán, estupefacto.

—La fortuna ayuda a los audaces y rechaza a los pusilánimes —respondió Montilla.

—Entendido, mi general.

—Que desistan enhorabuena y que se vayan antes que Santander y los suyos acaben con Colombia.

Afectuoso, condujo al edecán hasta llegar al anteportón.

—Que no dejen de comentar el negocio sucio del empréstito y la malversación de Santander.

—Sí, mi general.

—Una última cosa para algún amigote del hombre de las leyes: ¿por qué me quieren tomar como el coco de Santander, cuando su propia conciencia es quien lo espanta?

—Deséeme suerte, general.

—Y mucho juicio.

Un fuerte abrazo reunió a Montilla y su edecán.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Noche del 29 de abril

«Al señor Dr. Miguel Peña.

»Mi querido doctor:

»Mucho siento que usted haya tomado la resolución de marcharse a Cartagena, como me lo anuncian sus cartas por duplicado que existen en mi poder, por el mal estado de su salud, contra lo cual nadie se puede resistir. Yo, como Vd. sabe, he pasado un mensaje a la convención sobre Vd., cuya copia se le ha mandado: aún hice más, mandé que se publicara en Bogotá para que llegue a oídos de todo el mundo para satisfacción suya.

»Me es verdaderamente sensible que Vd., quiera alejarse del país por el mal estado de su salud, porque nos priva de sus servicios, a Venezuela sobre todo. Yo no sé si después habrá Vd. cambiado de resolución una vez que se haya mejorado, mas si persiste en esta idea, creo que podemos nombrarlo cónsul general en los Estados Unidos. Espero que Vd. me contestará de Cartagena, o de donde Vd. se halle.

»Nada diré a Vd. de la convención porque todo lo sabrá al mismo tiempo que yo.

»Soy de Vd. siempre afectísimo amigo».

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Mediodía del 2 de mayo

Sentado en la hamaca, encajó unos papeles en la chaqueta, y dijo con aspereza:

—Negaron mi presencia en la convención. Un nuevo desastre de la esperanza y de mis buenos amigos en Ocaña.

—¿Y usted acariciaba tal oportunidad? —preguntó Perú.

—Nunca, pero dejé actuar a mis amigos con sus sueños.

Levantó una pierna y abandonó la hamaca. De camino por el corredor encontró a Santana y le tomó por un brazo para regresar hacia la hamaca. Hizo señas a Ferguson cuando este asomó por el patio, le esperó, le tomó por el antebrazo, y con Santana y Ferguson quedó plantado frente a Perú de Lacroix. La casaca azul esplendía, no así su rostro de nata espesa el color.

—Mi decisión de seguir para Venezuela continúa en pie. Marcharemos con lentitud y nos detendremos en Cúcuta, pues nada bueno saldrá de la convención, y quiero estar lejos del fracaso.

Soltó a Ferguson y Santana, buscó el mecate de la hamaca, la bamboleó —rostro de carbón encendido.

Cundió el desaliento en los oficiales. Un acceso de tos acongojó al Libertador. Sintió irritación en la garganta.

—El doctor Castillo Rada es optimista —dijo Santana para superar el embarazo.

—Y el coronel O'Leary también —dijo Ferguson.

El Libertador esperó un comentario de Perú de Lacroix, quien apenas acertó a tomar una copa.

—Mis amigos han obrado con poco tino y menos política. Vieron que había un partido santanderista y por eso han querido oponerle un partido boliviano, cuando lo que han debido hacer era una bancada neutral, sin partido, que pusiera en evidencia despreciable a la facción de Santander.

El Libertador fijó su mirada en Perú de Lacroix, quien preguntó:

—¿Por qué vuestra excelencia no insinuó tan alta y sobria idea a los congresistas amigos?

—Porque no he querido influir en los negocios de la convención. Mi mensaje y nada más. Sabrá usted cómo lo maltrataron los facciosos —aseguró el nudo del mecate—. De manera que el bien que salga de la convención será todo suyo, como igualmente el mal.

—El general Montilla prefiere verle en Bogotá, su excelencia —dijo Ferguson.

Sonrió a Ferguson. Puso sus manos sobre el pecho.

—No será al final de mi vida pública que haya de venir a mancharla.

Por el patio entró el ruido de los cascos de las bestias, de voces, de ladridos de perro, de parloteo de gansos.

Ocaña. Calle. Atardecer del 5 de mayo

Santander miró de soslayo a Vargas Tejada, echó un vistazo al sol —declinaba en el horizonte—, encontró al poeta igualmente encendido y colorado. Santander quisiera sonreír.

—Insisto, mi general, tales actas son producciones del servilismo y la abyección de los bolivianos.

—Cierto, poeta, muy cierto.

—Actas dirigidas contra el sistema federal y en favor del establecimiento de un poder absoluto irresponsable y vitalicio en la persona de Bolívar.

—Cierto, Varguitas, muy cierto.

—Todas están animadas de un mismo espíritu, fundadas en unas mismas razones y casi concebidas en unos mismos términos.

—Palomas mensajeras, poeta.

—¿No cree usted que una causa extrínseca e independiente de la voluntad pública produjo esta conformidad prodigiosa en esa multitud de actas?

—Bolívar, solo él.

—El talismán que obró tal portento político.

—Talismán de los serviles.

—¡Hasta cuándo Bolívar!

—¡Hasta cuándo!

—Hasta que hagamos, general, lo que debemos hacer.

—Archive, poeta, los malos pensamientos.

Bucaramanga. Campo. Mañana del 6 de mayo

Regocijado estaba: con el coronel Wilson por los cuentos y los mentideros de Ocaña confirmados por cartas de O'Leary, Castillo Rada y Perucho Briceño; con el coronel Santana porque le refirió las comidillas y chismes recogidos por Manuela; con el coronel Perú de Lacroix metido en su vida desde el 1º de abril, luego de los ruegos,

insistentes por demás. Los mortificaba cuanto quería a lo largo de la cabalgata. Fueteaba a su animal y echaba a correr por el pedazo de sabana, obligándolos a perseguirle. Saboreaba su buen ánimo, regocijado con la casaca azul llena de polvo y los calzones verdes de mucha hierba. Los esperó bajo un nogal.

—Mucho me han estado cuidando ustedes como si tuviesen sospecha de algún complot contra mi persona: díganme francamente si les han escrito algo de Ocaña.

Santana sacó una carta de su casaca y la entregó al Libertador.

—Es del coronel O'Leary —dijo.

El Libertador leyó la carta sin perturbación alguna. La sacudió como si la mostrara a cada uno de sus acompañantes.

—¿La trajo usted, coronel Wilson?

—Pues sí, su excelencia.

—Seguramente todos ustedes tenían conocimiento de esta carta.

—Nos comprometimos a guardar secreto para no importunarle —dijo Ferguson.

—Briceño me escribió con mayores pormenores. Un asistente de Santander oyó a este conversar con Azuero, Soto y Vargas Tejada. Hablaban de enviar un oficial para asesinarme.

—Nos comprometimos a no dejarle solo —dijo Ferguson.

—Conozco de la maldad de Santander y de sus compañeros, y no puedo creer que lleguen hasta formar tal proyecto —Miró la cerviz de su caballo, la palmoteó, revisó la copa del nogal, sacudió el foete y agrego: —Aunque fuera cierto, no le será fácil encontrar a quien encargar dicho proyecto... y, aún más difícil, quien lo ejecute. Por supuesto, hay ciertas reglas de prudencia que los insensatos apartan, y acaso también en que toda prudencia es inútil porque nuestra buena o mala suerte, o solo el acaso y no nuestra previsión nos salva o nos pierde. ¿No le parece, coronel Perú?

—Así es, su excelencia —contestó Perú.

—María Antonia, mi hermana, afirma que la providencia y San Simón me protegen —dijo melancólico.

El grupo de jinetes, acompañado por la bruma y los perros, seguido a prudente distancia por la guardia, distinguió las luces dispersas de Bucaramanga regadas en el horizonte.

—Las oraciones de María Antonia y la atmósfera de mi fortuna y mi tenacidad aquí me tienen, aunque no me escuchen en Ocaña.

Sintió el timbre de su voz clavado en la garganta, agudo y mortal.

Bucaramanga. Corredor. Noche del 7 de mayo

Anduvo todo el día de mal humor.

—Que mantenga el orden público y la disciplina militar en las provincias de su mando satisfaciendo con esto la excitación de la gran convención, es cuanto debo transmitirle al general Páez.

Sosiego en el pecho del Libertador. Estupor en el de Perú de Lacroix.

—Provocaciones, mi general. ¿Del doctor Soto, acaso?

—Usted ve que este negocio me ha ocupado demasiado, pero no he vuelto a pensar en él desde que lo consideré como una pelota que el general Páez había tirado sobre la convención, que esta me ha rebotado, y que yo devuelvo a Páez: allá quedará y no volverá a hablarse más del asunto.

—Pero todos los pueblos de Colombia reclaman la integridad de la República.

—Eso es otro asunto. Los sordos no escuchan la expresión de la voluntad nacional. Buenas noches, coronel.

—Descanse, su excelencia.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Noche del 8 de mayo

Levantó la cabeza para escuchar sus palabras, que meses después escribiría en carta a Manuela. Disposición contra el vértigo, porque ahora como después sufragaba su corazón por el héroe que el mismo día de su natalicio, a la vuelta de cuarenta años, barriera con el general realista Francisco Tomás Morales en el campo de batalla del Lago de Maracaibo. Recordó a «El posta español de Venezuela»: una acusación a los republicanos para guardar entre comillas: «genios regeneradores de la independencia e inmortal libertad». Una vez más le hizo gracia y sonrió. La tos le atacó sin misericordia, pero tuvo fuerza para alzar su voz y escucharla como un rumor fuera del tiempo:

«Está al llegar preso el general Padilla, te encargo que lo visites en su prisión; que lo consueles y lo sirvas en cuanto se le ofrezca».

Manuela cumpliría el encargo. Tal su humanidad. En su almohada los latidos de una edad perdida. Amargazo no tuvo hasta el amanecer.

Ocaña. Casa de Santander. Portón. Día de mayo

Azuero y Vargas Tejada buscaron refugio en un zaguán para dar paso a un remolino de polvo. Atisbaron a Santander asomado a la ventana. Retomaron sus pasos de gente importante. El general vicepresidente les esperaba en el portón, con un ligero temblor en la barbilla. La manzana de su cuello no encontraba acomodo.

—Malas noticias de Cartagena.

—¿Jodieron a Padilla? —preguntó Vargas Tejada.

—Usted lo ha dicho —respondió Santander.

—Me lo esperaba —dijo Azuero, con desconsuelo.

Vargas Tejada metió sus puños en los bolsillos. Apagó sus ojos. La rabia le sacudía el escozor.

—Preso, camino a Bogotá, y a las órdenes de Urdaneta —dijo Santander.

Azuero miró de paso el rostro de Santander. Vargas Tejada, sonámbulo, acertó a preguntar:

—¿Noticias de Florentino González?

—En lo suyo, con gente joven y de mucho afán —respondió Santander.

—Nada mal —murmuró Azuero, buscando aliento.

—Pues nosotros a lo nuestro —comentó Vargas Tejada.

—La reforma de la constitución —agregó Azuero.

—Exactamente —confirmó Santander.

—La reforma y lo otro —complementó Vargas Tejada, inspirado.

La mirada de Azuero interrogó a Vargas Tejada. Paternal, Santander hizo el quite:

—Poeta, mi querido poeta.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Tarde de mayo

Le dijeron que el sietecueros crecía violeta en esa tierra, y era falso. De un Darío, bebedor de ojos apagados, escuchó el desmentido, y como tal lo aceptó. No estaba para distinguir a las flores con su nombre. Hubiera querido hacerlo. Claro que hubiera querido. Prefería las rosas, cuanto más amarillas mejor. Las begonias de Santa Fe.

Bucaramanga. Plaza. Tarde de mayo

Bolívar, Perú de Lacroix y el cura Valenzuela observan a un grupo de campesinos arreando sus bestias. El Libertador responde a los tímidos saludos que un sombrero, una risa nerviosa de mujer, unos ojos ansiosos, una mirada incrédula acompañan.

—¿Qué hemos hecho por ellos? ¿Qué han hecho los políticos? —pregunta.

—Los políticos, nada —responde el cura.

—Tampoco en Ocaña harán nada. Acaso sumir al pueblo en el desconcierto.

—Su mensaje a la convención —dice Perú—, hará reflexionar a los peores, y contagiar de...

—De nada a los buenos —interrumpe el Libertador.

—¡Bendito sea Dios! —dice el cura, desesperanzado.

—Vamos a necesitar de él, mi querido Valenzuela, en medio de esta feria de pasiones y deseos de venganza.

Un asno rebuzna, harto de pulgas. El escándalo llama la atención del Libertador. Perú y el cura echan a reír ante las tribulaciones del campesino. El Libertador arranca, como un muchacho, detrás de la bestia, la alcanza, la contiene, la acaricia el pescuezo. Por los aires, como un aleteo, los compases de La Guaneña. ¿De qué violín desafinado?

Ocaña. Sala de la convención. Mañana de mayo

Vargas Tejada paseó su mirada por el recinto. Regocijado, aspiró y dijo:

—En consecuencia, el diputado Soto ha sido electo presidente de la convención.

Irrumpieron los aplausos santanderistas. Muchos vivas. Muchos sombreros por el aire. Muchos golpes de bastón sobre las maderas. Soto acarició su barbilla. Amainaron los aplausos.

—Ahora sí nos jodimos —comentó Aranda a Gori.

—¿Usted cree, diputado? —preguntó Gori.

—Tal cual, pero no les voy a dar cuartel —dijo Aranda, ya de pie y con el brazo alzado.

Silencio abrupto. Rechiflas. Trajín de voces.

—Ha terminado la sesión —dijo Vargas Tejada, sin autorización del aún presidente Castillo.

Abrazos. Palmadas. Más abrazos. Más aplausos. Abucheos y silbas en la calle, frente a la iglesia. Los perros con su alboroto.

Ocaña. Casa de Castillo Rada. Noche del 10 de mayo

Consideró necesario informar al doctor José Manuel Restrepo, presidente del Consejo de Gobierno en Bogotá, de los enredos tramados por la gente de Santander. Además, con la carta preparaba al amigo y al Consejo sobre el plan que comenzaba a fraguar si las intemperancias liberales ponían a pique el objeto de la convención. Que no le cayera de improviso, ni a él ni a los miembros del Consejo. Confiaba en el juicio avizor de Restrepo y en su temple cuando las circunstancias lo ameritaban, así como en el de los compañeros de gobierno.

«Mi querido amigo y compañero:

»Con justicia concibió usted temores por la suerte futura de la República al leer las actas de instalación y recibir algunas otras noticias relativas a la Convención. El discurso del Director Soto y las elecciones de Secretarios descubrían el espíritu de un partido fuerte que arrastraba tras sí una parte del vulgo que hay en todos los cuerpos colegiados; y si usted hubiese podido presenciar este acto, sus temores se hubieran aumentado.

»Soto se empeñó en sostener que la Convención quedaba instalada desde el momento en que existía la mayoría requerida por la ley para instalarse, y solo con enumerar los miembros presentes. Yo quise empeñarme en probar que la Convención no se entendía instalada sino

desde el momento en que se hallase expedita para comenzar a obrar y ejercer sus funciones, y que esto no podía verificarse sino cuando ya estuviese organizada con cabeza y miembros, cuando tuviese presidente y secretario, y cuando hubiesen prestado el juramento prevenido por la ley. Entonces y ahora esto es muy claro para mí; pero como si así se hubiese hecho debía yo, como presidente, haber declarado instalada la Convención y entonces no habría podido Soto pronunciar su bello discurso, se empeñó con su partido para que prevaleciese el medio de llevar a efecto su plan, y lo consiguió, porque el vulgo, que hace la mayoría en las cuestiones que no entiende, solo trata de salir del paso.

»Yo no sé cómo pude ser elegido presidente, y mucho menos cuando vi la elección de Secretarios. Vargas Tejada ha dejado corromper su espíritu y su corazón para convertirse en un digno discípulo del perverso sofista Soto. Muñoz había sido excluido de la representación, y era preciso darle una prueba de aprecio por lo que venía dispuesto a decir. Domínguez, que había firmado los manuscritos de *El Colibrí*, y era una víctima del despotismo, debía ser un digno fautor de toda iniquidad, y Escobar (mucho siento decirlo, y más que así sea), ganado recientemente por los perturbadores, ya que tampoco debía entrar en la Convención, debía servir a esas gentes en sus tramoyas.

»Sin embargo de todo, poco a poco se les ha ido arrancando la máscara, y vistos en su deformidad natural, comenzaron a ser bien conocidos de los hombres de buena fe.

»La cuestión de federación, presentada bajo mil aspectos, fue combatida victoriosamente y perdida al fin por ellos, teniendo contra sí una mayoría de dos tercios. Entonces se propuso por nuestra parte que la República continuara siendo una con una Constitución, un solo Poder Legislativo y un solo Ejecutivo, y así se decidió, bien que no por tan gran mayoría. En consecuencia se nombró una comisión de nueve diputados para trabajar y presentar el proyecto de Constitución. Esta se compone de los Sres. Márquez, Azuero, Soto, Real, Narvarte, Aranda, Rodríguez, Merino, Joaquín y Rafael Mosquera. Esta comisión, como las demás, se nombra por otra llamada de la Mesa, compuesta del Presidente y Vicepresidente y de tres miembros elegidos por la Convención, que fuimos Narvarte, Joaquín Mosquera y yo.

»Yo me resistí a ser miembro de la de Constitución, primero porque no he querido exponerme a andar a bofetones por lo menos con Soto, y

segundo porque me propuse reservarme para combatir el proyecto que se presentase en la Convención.

»Anoche ha pretendido que se tomase en consideración el primer trozo de su trabajo, que contiene cosas admirables. Yo me opuse sosteniendo que el proyecto debe presentarse íntegro para que sea examinado en general, primero porque así lo dispone el Reglamento y segundo por varias razones que no pudieron contestarme. Se puso a votación la materia, y se decidió que no se tomase en consideración sino el proyecto íntegro.

»Como el plan del partido contrario es que se adopte una Constitución en la cual con el nombre de garantías se multipliquen las resistencias contra el Ejecutivo y se constituya a este en la inacción y la debilidad; y como todo esto que suena a *garantías* es muy propio para embaucar a los tontos, hemos concebido últimamente la idea de proponer que la Convención llame al Presidente para acordar con él las reformas oportunas. Tratan de no hacer la proposición hasta que contemos con la mayoría posible: si logramos esto habremos dado la paz y la vida a la República; si no es así, será preciso dársela con el sacrificio, sacrificio que será necesario y justo, pero que por humanidad conviene evitar cuanto sea posible, y que solo se resuelva en el último extremo.

»Adiós mi amigo; haga usted mis memorias a todos los compañeros, y disponga de la sincera amistad de su afectísimo».

Leyó la carta cuidadosamente. Decía cuanto quería decir a la fecha. La cerró con igual cuidado.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Mañana de mayo

Reunión tumultuosa de los congresarios. Vargas Tejada levanta la silla consigo y grita:

—¡Abajo el despotismo y la tiranía!

—¡Abajo el servilismo y la abyección! —dice Gómez.

—¡Asumamos el sistema federativo! —dice Azuero con un puño alzado.

—Señores —intermedia Castillo—, oigamos al Libertador presidente. Que venga y ocupe la silla que le corresponde. Escuchemos su opinión.

Silencio en la sala. Murmurios aprobatorios y desaprobatorios.

—¡Me opongo! Señores, tal es la influencia y la fuerza secreta de su voluntad, que yo mismo, en infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza, y al solo verle y oírle me he desanimado y he salido lleno de admiración —dice Santander, aturdido.

Aplausos apagados. Silbidos. Aplausos. Silbidos. Chiflos.

—Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolívar. Y desgraciado del que lo intente. Un instante después habrá confesado su derrota —agrega Santander.

—Esa es su pena, pero no la mía —dice Aranda.

—Con el general Bolívar estamos todos. Contra él está la ley —dice Soto, irónico.

Una vez más los aplausos y los silbidos.

—¡No le queremos! —grita Vargas Tejada, desaforado.

—¡Señores! Nuestro asunto es otro: modificar la constitución de la República. Aquí hay un proyecto, como lo quisiera Francia y toda la Europa liberal. Alcancemos la República de Colombia, sin Quito y Venezuela —dice Azuero.

—Diputado Azuero, su República no es mi República —dice Aranda.

—Ni la de Bolívar es la mía —responde Azuero.

Gritos, golpes sobre las maderas. Arrugas en los ojos. Afuera relinchan las bestias. Aplausos y silbidos. Aranda pasea su linaje por el pasillo central. El barullo es total. Soto sacude una campanilla y grita:

—La ley no autoriza la presencia del general Bolívar en la convención.

Alguien, en el colmo del paroxismo, grita:

—¡Esta convención es una mierda!

Ahora sí vuelan sombreros por la iglesia. Ahora sí suenan bastones. Manos que son puños. Amenazas. Un perro ladra como si tuviera las tripas podridas.

—¡Saquen a ese perro de aquí!

—¡Y al otro también!

Una sola carcajada recorre los puntos cardinales de la iglesia.

Bucaramanga. Campo. Atardecer de mayo

La tarde cae con el sol apostado sobre un amplio jardín poblado de flores que rodea una choza de palmas. Por una ventana asoma una mujer que dice, cautivadora:

—El chocolate está hirviendo.

Bolívar, Andrés Ibarra y el cura Valenzuela detienen sus cabalgaduras para atender la voz de la mujer y mirar a un campesino emergiendo entre rosas y amapolas.

—¿Quién vive allí? —pregunta Ibarra.

—Simón José, un hombre que siembra flores —responde la mujer.

—No entiendo —dice el Libertador, consternado por la melodiosa voz de la mujer y las tristísimas luces de la tarde.

—Perdió un brazo en la batalla de Boyacá —dice la mujer—. Está sordo y sin remedio.

El hombre levanta su único brazo. En la mano un ramo de rosas. Pasan pájaros y crecen miradas del lado del amor. El Libertador susurra como si metiera su voz en el pecho encogido:

—La disolución de Colombia está consumada.

Ocaña. Iglesia de San Francisco. Tarde del 15 de mayo

Enorme desconcierto y algarabía. Congresarios y público agitan sus brazos, gritan, alzan bastones amenazantes. A sus anchas el desafuero.

—¡Orden en la sala! —dice Soto.

Briceño Méndez y Castillo, serenos, pero alarmados, comentan su preocupación al diputado Merino. Aranda busca aire para su aliento. Merino deja su silla, y, junto a sus pasos apresurados, grita:

—Este es un forum de calumnias y dicterios. Aquí no hay libertad sino tiranía.

Merino abandona la sala, urgido por la cólera.

Vargas Tejada da un salto y tumba su silla. Risas. Aplausos.

—Y usted un servil del general Bolívar, señor Merino —dice Vargas Tejada.

En su trayecto Merino levanta la cabeza y deja una amarga mirada sobre los ojos de su ofensor.

—¿Y por qué no de su progenitora, señor Vargas? —dice Aranda.

Vargas Tejada pierde el equilibrio. Risas. Suena la campanilla. Silencio.

—Usted es un impertinente, señor diputado —dice Soto.

—Y usted un manipulador, señor presidente —dice Aranda.

—Exijo respeto al recinto y a los señores congresistas —dice Soto.

—Si respetan aquellos —dice Aranda, y apunta a Vargas Tejada y Santander—, desde aquí haremos lo mismo —Un dedo muy suyo martilla sobre su pecho.

—Señores, está en discusión la proposición de invitar al general Bolívar —dice Soto, desentendido.

—Para la próxima, Libertador presidente —dice Aranda de mala leche.

—Al Libertador presidente —concilia Soto.

—Con su anuencia, señor presidente —dice Aranda con evidente sorna—, este asunto en este recinto no tiene vuelta de hoja: la gente de Santander votará por lo que dicho señor diga. Los débiles por indecisos, que no son pocos, y quieren de lo uno y de lo otro, alzarán sus manos según las circunstancias. Y nosotros...

—¿Quiénes somos nosotros? —interrumpe Azuero.

—Los que no somos facciosos como ustedes —responde Aranda.

—¡Protesto, señor presidente! —grita Santander.

—Diputado Aranda, termine de una vez —dice Soto.

—Y nosotros, señor presidente, votaremos por cuanto desee el Libertador para salvar la República —dice Aranda.

—¿Eso es todo? —le pregunta Vargas Tejada.

—Todo es Colombia única, soberana y en armas contra los enemigos de afuera y los de aquí —responde Aranda.

—¡Basta diputado! —dice Soto.

—Usted lo ha dicho: ¡basta! —responde Aranda.

El coronel O'Leary, inmutable en la barra, cruzadas las piernas, con una sonrisa de postín que celebra el arrojo de Aranda y el berrinche liberal.

Ocaña. Calle. Tarde de mayo

En una esquina, frente a la iglesia de San Francisco, la tarde pasea con José María del Castillo Rada, Pedro Briceño Méndez y O'Leary. Soto y Santander observan a Vargas Tejada detrás de aquellos como un sabueso. O'Leary voltea y sorprende el rostro ansioso de Vargas Tejada, entonces demudado, con un gesto de «perdonen la impertinencia». Castillo y Briceño Méndez, metidos dentro de sí, no perciben la situación. O'Leary golpea sus botas para ahuyentar a Vargas Tejada, quien da media vuelta y busca apoyo de Santander y de Soto. Uno y otro celebran la escaramuza.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Medianoche de mayo

De la lluvia solo quedaba el vaho errando entre los árboles, el sonido de los goterones, la noche que abría clara, los faroles serenamente lucientes. En la casa irrumpieron, perturbadores, unos gatos en celo, saltando por los techos, incomodando la abatida sombra del Libertador. Desde la sombra, con voz lamentable, la media noche le oyó decir:

—Me duele la vida, María Antonia, me duele.

Ocaña. Casa de Castillo Rada. Noche de mayo

Debajo del portal Castillo Rada, Briceño Méndez y O'Leary. El viento sacude las bufandas.

—La federalepsia nos persigue —dice O'Leary.

—Apoyado por las armas que le da el Libertador con sus repetidas protestas de salir del país el día que decreten la federación —dice Briceño.

Con el viento una polvareda. El zaguán los protege.

—Hagamos frente al proyecto de Azuero, propongamos una constitución que preserve la unidad del país —propone Castillo.

—No creo que tenga éxito —dice O'Leary.

—En ese caso nos retiraremos de la convención y la misma quedará sin quórum —dice Castillo con decisión.

—Y salivita, doctor Castillo —dice Briceño Méndez, de buen humor.

O'Leary suelta una risotada que acompaña con palmas sobre sus piernas. Briceño Méndez empina su porte. El doctor Castillo pregunta:

—¿Cómo dice, general Briceño?
—Vainas mías, doctor Castillo, vainas mías —responde Briceño.
—Umjú —dice Castillo.

Ocaña. Casa de Briceño Méndez. Mañana de mayo

Briceño Méndez abrió la puerta de su habitación para recibir el correo. Hojeó la correspondencia, buscó la luz que entraba por la claraboya, encontró asiento en el poyo de la ventana, miró al través de un postigo y vio pasar a una familia campesina con un burro cargado hasta el pescuezo. Leyó. Regresó la mirada a una pared de su habitación. Creyó ver la imagen del Libertador, y oír su voz que no era otra que la de su palabra escrita en el pliego: «... la virtud es modesta y el crimen violento. Ellos triunfarán, sin duda, después de habernos robado la gloria, la fortuna y la esperanza de Colombia, y después de habernos ultrajado de mil modos». Briceño, nublado, busca un pañuelo, lo pasa por su rostro, camina hasta la ventana, regresa sobre sus pasos, abre puertas: encuentra la calle desolada y el viento remolineando el polvo. Siente un enorme vacío en el pecho. Oye la voz del Libertador:

«¿...qué patria se puede salvar en medio de tantos monstruos que lo dominan todo, cuando la virtud se llama servil y el parricidio liberal y cuando el más atroz de los ladrones es el oráculo de la opinión y de los principios? No quiero alternar con tal canalla, no quiero servir con ellos ni un instante».

Briceño echa a caminar sin rumbo, inclinada la cabeza, con la voz del Libertador:

«Tenga usted la bondad de decirle mil cosas de mi parte al señor Castillo, y que no le escribo porque estoy de muy mal humor».

—¡Nos jodimos! —dijo.

Atrancó la ventana. Cerró la cortina. Tendió la cama con esmero.

—¡Nos jodimos! —rezongó.

Ocaña. Casa de O'Leary. Mañana de mayo

Un pliego en la mano, desnudo el torso, sentado sobre la cama, O'Leary terminó de leer. Su consternación colocó el pliego debajo de

la almohada, calzó sus pies, miró a un Cristo de madera colgado en la pared y dijo:

—¡Por Dios! No insista en decir que abandona el país, aún cuando sea su irrevocable resolución, porque anima y da armas a los enemigos, y surte un efecto contrario para sus amigos.

Tocaron a la puerta. O'Leary una vez en pie, dijo:

—Que entre quien sea.

Pedro Briceño Méndez abrió la puerta y preguntó, demudado:

—¿Recibió carta del Libertador?

—Sí. Me manda a llamar —respondió O'Leary con aparente sosiego.

—Marcha a Venezuela, coronel. Hay que pararlo.

—A menos que regrese a Bogotá —comentó la picardía de O'Leary.

Briceño Méndez miró el ceño de O'Leary, aspiró del coronel su aire placentero, adusto apenas un segundo atrás, y, por vainas de la complicidad, alzó los brazos, dejó correr sus manos por el cuello y, finalmente, soltó un puñetazo sobre la mesa.

Las miradas de ambos chispearon como en los días de la firma del armisticio en Trujillo, como las sienes del general Sucre al recibir la orden de marchar hacia el sur.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Medianoche de mayo

La luna, en el cénit, cae sobre el patio y los corredores. La tos del Libertador estremece los silencios. Agarrado a una columna levanta la cabeza, aspira lentamente el aroma de su pañuelo, exhala y suspira. Desde su sombra Soublette le observa, inquieto, que así lo dicen el pulgar y el índice de su mano derecha en movimiento sincopado sobre la nariz. Algún gallo protesta. Una nube apaga la luz de la luna. Una voz lejana deja oír una canción lastimera: «Dime que nunca es tarde para morir de amor». El Libertador pregunta:

—¿Salvaremos nuestra patria de una guerra civil?

La sombra de Soublette busca lugar en el corredor y dice:

—Aún hay tiempo.

—¿Qué será de nuestra América?

Soublette, como si meditara en voz de oración con la noche, responde:

—Si alguien ha de morir en este gran trastorno, que muera Colombia y renazcan Venezuela, Nueva Granada y Quito.

La pechuguera del Libertador silencia a Soublette, y acalla los maullidos de una gata en celo.

—Prosiga, general Soublette.

—Logremos la paz bajo los auspicios de su excelencia.

—Débil ante cualquier potencia, sujeta a los caprichos de los imperios. Internamente devorada por los partidos, los poderosos, los militares, los demagogos, la corrupción.

—General, evite cuanto pueda la guerra civil y hasta los morbosos intentos de parricidios.

El Libertador deja caer su cuerpo sobre una hamaca que luego balancea suavemente mientras lleva su pañuelo a la boca. Soublette insiste desde su hierático porte:

—Proceda como el padre, que al volver al seno de la naturaleza da sus últimos consejos a sus hijos queridos.

—Me anuncias una muerte temprana.

Soublette, como una sombra en sobresalto, responde:

—Nunca, su excelencia, usted es inmortal.

—Claro, después de muerto.

En la iglesia cercana doblan las campanas, melancólicas.

Ocaña. Calle. Amanecer de mayo

Briceño Méndez, Castillo Rada, Aranda y Merino despiden a O'Leary. Campea, solo, el desconcierto. Áspero y frío es el viento.

—Recuérdele al general que San Martín dejó el mando y nadie lo ha excusado. La enfermedad es grave, pero no incurable —dice Castillo.

—Paciencia, coronel, paciencia —dice Briceño Méndez.

—Voy a extrañarlo —dice Aranda, compungido. Agrega: —Cuide al Libertador, que los enemigos no tienen pudor alguno. Son capaces de todo.

—Ya me había hecho la idea de que regresaría con usted al término de la convención —dice el desaliento de Merino.

—Dígale al Libertador que le he escrito con la franqueza de la amistad —dice Castillo.

Ocaña. Casa. Calle. Amanecer de mayo

Castillo Rada saluda a Briceño Méndez, efusivo, palmoteando sus antebrazos. Enseña una carta y dice:

—Noticias, general, buenas noticias. Salgamos a respirar el aire de la mañana.

—Afuera solo hay polvo —responde el general, abatido.

—Son los vientos coléricos de la convención —comenta Castillo con humor. Luego de una pausa intencional, agrega con entusiasmo: —Recibí carta del Libertador, fechada el 15. Su corazón está encendido.

—¡¿Cómo dice?! ¿Encendido o sumergido? —pregunta la excitación imprevista de Briceño Méndez.

—Venga, acompáñeme, entremos al patio para recibir el sol —dice Castillo.

Briceño Méndez sacude su casaca, que pareciera recordarle el extraño humor de O'Leary pocos días atrás. Salen. Toman asiento en el brocal de la callada fuente. Castillo acomoda su corbata con la mano izquierda, alzando la derecha para leer: «Cuando me hablan de valor y audacia siento revivir todo mi ser, y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la patria y para la gloria. ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza! Entonces yo ofrecería hasta lo imposible: entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también».

El viento sacude arbustos y flores que la noche anterior parecieron mustias. Briceño Méndez tose de emoción. Castillo carraspea para aclarar su voz. Lee: «Que se unan, pues, todos nuestros amigos en estos sentimientos y se alejarán para siempre de mi boca esas indignas palabras de peligro y de temor; que me manden salvar la República, y salvo la América toda; que me manden desterrar la anarquía, y no queda ni su memoria».

Briceño Méndez abraza a Castillo, que lo alza en vilo, en medio del alborozo de los pájaros del amanecer.

—Sosiego, general, sosiego, que aun no he concluido. Oiga: «Cuando la ley me autoriza, no conozco imposibles. No son jactancias ni presunciones vanas estas ofertas de mi corazón y de mi patriotismo: no, amigo, quien ha podido presidir a tantos prodigios, tiene derecho para esperarlo todo».

Briceño Méndez limpia su rostro con un pañuelo y suelta la mirada entre los árboles como buscando el cielo. Siente la mano cariñosa de Castillo sobre su hombro.

—¡Qué vaina tan buena, doctor Castillo! —exclama eufórico Briceño Méndez.

—Vamos por el diputado Aranda —dice Castillo.

Desde el corredor la voz de Aranda, quien apresura el paso, atraído por la voz sonora del general.

—¿De qué vaina tan buena se trata?

Bucaramanga. Iglesia. Mañana de junio

El cura Valenzuela terminó de oficiar la misa. Bendijo al general y sus acompañantes: Perú de Lacroix y Ferguson. El Libertador abandonó el banco y avanzó hacia el altar. El cura levantó los brazos y le dijo:

—Su excelencia continuará haciendo de Jesucristo.

—¿Por qué yo?

—Secretos de la providencia.

—Jesucristo era hijo de Dios. Yo soy hijo de los hombres.

—Todos somos hijos del Señor.

El estrecho abrazo del Libertador y el cura permitió sus voces en uno y otro oído:

—Veo ya todo el infierno en abominaciones contra mí.

—Eres la gloria del martirio.

El monaguillo tocó la campanilla como en el acto de consagración. El Libertador intentó contener su tos.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Patio. Mediodía de mayo

—¡Jonatás! ¡Nathán! ¡José!
—Diga usted, señora.
—¡Voy! Ahora mismo termino de secar los peroles.
—¿Me llamaba usted, mi señora?
—Hay movimiento de todo tipo en Bucaramanga.
—¿Quién trae la noticia?
—Vainas mías.
—Pues sí le creo.
—Y yo también.
—Y yo.
—¿Qué esperas, José?
—¿Aguardiente o brandy?
—¡Aguardiente, carajo!

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Tarde del 29 de mayo

Cenan Soublette, O'Leary, Perú de Lacroix, Ferguson y Andrés Ibarra. Oyen los pasos del Libertador, quien entra animado por el apetito y los planes.

—No interrumpan su comida, que todo parece estar a pedir de boca. Vuelvan a sus asientos, por favor. ¿Me permiten acompañarles?

Soublette lo encuentra cansado, pero de buen semblante.

—Al parecer le hizo bien el paseo.

—No lo crea, general, me hizo bien regresar a Bucaramanga. Río Negro es insufrible a causa de la playa y el calor. ¿Alguna noticia de Ocaña?

—La convención discute el proyecto de reforma a la Constitución presentado por el doctor Azuero —dice Perú.

—Es decir —interrumpe El Libertador—, que discuten un disparate digno de su autor y un medio de trastorno general de toda la República.

—El doctor Soto fue electo presidente de la convención.

—Nos vendría bien una copa de vino —dice el Libertador.

De inmediato aparecen dos botellas en manos de Ferguson.

—Yo he solicitado prudencia. ¡Salud señores! (alza la copa y bebe un sorbo). Ahora debo pedir a mis amigos de Ocaña que la pasión no les domine.

—Su excelencia siempre ha elogiado la astucia del doctor Castillo Rada —dice O'Leary.

—También su astucia, la suya de usted, me preocupa coronel —escalda el Libertador, atento al sonrojo de O'Leary, y agrega: —Yo también tengo noticias que deben mantener con la mayor reserva: del diez al doce del entrante creo que me pondré en marcha.

Entra un edecán con una bandeja cargada de cartas.

—¿Y cuáles son las nuevas?

—Correspondencia de Bogotá, mi señor —dice Santana al extender la bandeja.

Ahora es el Libertador quien no puede impedir el calor en sus mejillas, y su mano, felina, sobre las cartas. Tose, tose.

Bucaramanga. Calle. Casa de Bolívar. Mañana del 2 de junio

Las primeras luces del amanecer descubren su figura en medio de la calle. Caminaba a grandes trancos. Severo el rostro; con un poncho liviano y sombrero de paja. Desde el portón de casa, Andrés Ibarra le vio llegar airoso, orgulloso de sí, como le describiera su hermano Diego la tarde que, después de fracasar dos intentos de saltar por encima de un caballo, lograra hacerlo en medio de las aclamaciones de sus compañeros de armas. Algunos de ellos, y no es de ocultar, llegaron a pensar que estaba loco, o mejor, que su cordura había perdido los estribos. Loco en Casacoima. Loco por atravesar el Orinoco con un solo brazo. Loco por llegar al Potosí.

—Buenos días, Andrés.

—Buenos días, mi general.

Tomó por el antebrazo a Ibarra y continuó su marcha por el zaguán. Le dijo, como si se tratara de un hermano menor:

—Andrés, regresarás a Venezuela. Prepara tu equipaje a fin de que salgas mañana mismo para Maracaibo. Llegó el momento de movilizarnos.

En su marcha encontró a Perú de Lacroix y Soublette saliendo de una sala.

—Buenos días, general. Buenos días, coronel.

Soltó el brazo de Andrés Ibarra y aferró el izquierdo de Soublette. Ibarra, con las manos en la cabeza, observó al Libertador y a Soublette de largo por el corredor.

—Acompáñame, general, a tomar algo caliente en la cocina. Luego, las cartas le impondrán de las noticias de Ocaña. Comprenderá por qué debo adelantar mi viaje. Nadie deberá saber adónde me dirijo.

En una esquina del corredor permanecieron Perú de Lacroix y Andrés Ibarra atentos a la voz del Libertador. A sus espaldas llegó la de O'Leary:

—Adiós Ocaña. Adiós Bucaramanga.

—¿Cuál es su destino, coronel? —preguntó Perú a O'Leary.

—Pronto lo sabré —respondió O'Leary.

—El mío es Maracaibo. Ahora mismo voy a preparar mis cosas —dijo Ibarra.

—Espera un poco, te queda el día por delante —le advirtió O'Leary.

—Le observo de muy buen humor, coronel —comentó Perú.

—Digamos que complacido —respondió O'Leary.

Los pasos del Libertador llamaron la atención de los oficiales. Llegaba cargado de órdenes:

—Andrés, el general Soublette le espera. Coronel O'Leary: prepare el correo para Ocaña. No deshaga las maletas que acaso tendrá que regresar a ese mentidero. Usted, de Lacroix, acompáñeme.

Afectuosos los gestos y las ordenes del Libertador, anhelante, decidida su respiración. Atravesaron el patio para alcanzar un corredor despejado. En el extremo, la hamaca ligeramente movida por el viento.

—Todavía no he dicho nada a usted sobre las noticias de Ocaña. Solo las conocen Soublette y O'Leary y voy a contarlas a usted, bajo la misma condición de reservarlas.

—Diga usted, su excelencia.

—Es diabólica la idea del señor Castillo y del proyecto que sobre ella ha formado para paralizar la mayoría de la convención, impedir que logre sus miras, y sancione la constitución presentada por la comisión.

—Que preside el señor Azuero.

—Así es —Exhaló una bocanada de aire—. Y disolver la convención sin haber legalizado los males que propone hacer al país.

Llegaron hasta la hamaca colocada en medio de la sala y toparon con José Palacios colocando una pequeña jarra y dos tazas sobre una mesa. Bolívar le hizo un guiño cariñoso y siguió por el corredor buscando el perfil de Perú de Lacroix, vigilante de cada una de sus palabras:

—Para que haya convención y pueda esta sancionar una ley es preciso, según el reglamento, que concurran las dos terceras partes de los diputados que existen en Ocaña.

—¡Monsieur! —exclamó Perú.

—Retirados, pues, unos 19 o 20, faltará el número necesario y no podrá haber deliberación alguna.

—¿Y el general Santander?

—El engañador será engañado (pausa para el regocijo interior). Solo cuando los veinte diputados estén lejos de Ocaña, Santander y los suyos llegarán a desengañarse.

Brillaban los ojos del Libertador, la mirada extendida por las vigas del techo. Perú cortejó sus mostachos. El Libertador deseó tener los suyos. Sonaba el agua en el aljibe. En el corral una algarabía de gallos. El Libertador enriscó el mecate de la hamaca, alzó una taza y aspiró el aroma caliente del chocolate.

—Es de Cúcuta, coronel, el mejor de Colombia.

Perú sorbió un trago y asintió. El Libertador sorbió uno mayor y dijo:

—Por lo demás, prefiero el escándalo de la disolución a cualquier otro escándalo —Tosió y agitó el mecate una vez más. Agregó: —Si no puedo impedir la resolución de Castillo, no debo tampoco aprobarla o improbarla, y por lo mismo no debo aguardar en esta Villa a los diputados que deben venir con el propio señor Castillo.

En el aljibe inclinó su cabeza. En el agua su cara, luminosa, navegando.

Ocaña. Casa de Castillo Rada. Noche del 2 de junio

—Señores, la exposición que hemos redactado y que leerá el doctor Castillo Rada para su consideración final, quedará en suspenso con la esperanza de lograr un avenimiento que permita cumplir el mandato del soberano —dijo Gori al nutrido grupo de congresarios reunidos en la casa de Castillo.

Mucho acomodo de piernas. Carraspeo innumerable.

—Con su venia, estimados amigos —dijo Castillo Rada—, voy a leer la exposición que nos hemos permitido redactar para vuestra consideración:

«Honorables miembros de la Gran Convención: Los infrascritos, representantes de la nación en esta Asamblea, hacemos presente a los demás señores miembros de ella las poderosas razones que nos obligan a retiramos a nuestras respectivas provincias, para devolver al pueblo los poderes con que hemos sido honrados, y que creemos que no nos es posible desempeñar.

»Este es, señores, para nosotros un día de dolor. Cuando salimos de nuestras casas abandonando nuestras familias e intereses; cuando sufrimos las incomodidades y nos exponíamos a los peligros de un viaje largo y penoso para la mayor parte de nosotros, nos acompañaban ciertamente temores muy fundados de la inutilidad de nuestros sacrificios; pero nuestro patriotismo nos reanimaba con una esperanza nacida del deseo de evitar los males de inmensa trascendencia a que nuestra querida Patria se hallaba expuesta por causas que la prudencia no nos permite mencionar.

»Llegamos a Ocaña, y desde el primer momento en que hemos podido conocer las opiniones hemos visto confirmados nuestros tristes presentimientos. Un hombre, señores, a quien nosotros tributamos toda la consideración que merezca por cuantos respectos sea acreedor a ella, desgraciadamente ha venido a ocupar un asiento en la Convención. Todos sus amigos y una porción de sus favorecidos le rodean. Este partido, como él mismo tantas veces se ha proclamado honrándose con el epíteto del *partido de la libertad*, ha querido por una consecuencia necesaria que todos los demás representantes de la Nación que no están alistados en sus banderas y que más o menos no se aproximen a él,

formen forzosamente otro partido que ellos denominan *de la tiranía*, imputándole miras ambiciosas y proyectos liberticidas».

Aranda, para calmar la impaciencia, sirvió agua de una jarra, y extendió el vaso a Castillo.

—Gracias, diputado —Bebió con pausas. Colocó el vaso en una mesa. Apropiado, digno su semblante.

—Prosigamos: «Nosotros no trataremos de justificarnos, porque son bien públicas nuestras opiniones, y porque hemos presentado ya nuestras ideas sobre la Constitución que conviene a Colombia en su actual estado. Nuestro objeto es solamente hacer sentir la imposibilidad en que nos hallamos unos y otros para deliberar y resolver en la calma de las pasiones, con la imparcialidad, libertad y acierto que son siempre necesarios, y que más que nunca demanda la Patria en sus actuales peligros.

»La Convención ha sido desde sus primeros días un campo de batalla en donde los enemigos se ven para combatirse, y donde ninguna arma, ningún ardid, ningún medio, por prohibido que fuese a los ojos de la razón y del patriotismo, ha dejado de usarse para obtener el triunfo. El candor y la bondad de algunos muy estimables miembros han sido muchas veces víctimas de la sorpresa o de la precipitación de las deliberaciones, del cansancio y el fastidio de las discusiones, que no diremos que intencionalmente se prolongaba de falsos rumores y de calumniosas imputaciones, y cuántas de las certezas de ser calificados con apodos injuriosos y confundidos con los que han sido llamados *serviles* a cuyo temor la honradez sola no ha podido serse superior. La calumnia ha producido también una parte de sus efectos. La desconfianza se ha apoderado de los ánimos de otros que no conocen la rectitud de nuestras intenciones. Y todos nuestros pasos son interpretados, y todas nuestras ideas y palabras recibidas con desagrado.

»Si fuese necesario citar los hechos que habéis presenciado y que comprueban nuestro relato, nosotros referiríamos el pormenor de la escandalosa resolución de la noche del 17 de marzo, en que la comisión preparatoria de calificación acordó una acción de gracias al general Padilla por la Revolución de Cartagena; los motivos y discursos que se interesaron en la decisión; las razones que se tuvieron presentes para revocarla al siguiente día, y quienes son los diputados que insistieron siempre en ella. Notaríamos que el acta del 18 de marzo, en que consta

aquella revocatoria, no se remitió para su publicación sino después de otras muchas posteriores e infinitamente menos importantes; la inexistencia en el archivo del oficio en que se comunicó al general Padilla la resolución de la Comisión y el no haberse comprendido en el acta respectiva sino en virtud de reiterados reclamos; la explicación con que se trató de satisfacer a la convención que aquel documento no contenía la aprobación de la conducta de dicho general, como él lo había asegurado oficialmente. Diríamos cómo habían sido excluidos algunos representantes que sin ninguna tacha legal, se habían presentado a desempeñar sus deberes; el empeño con que se pretendió sostener la elección de otros notoriamente incapaces por defectos de las calidades requeridas por la ley, y la astucia con que se logró que quedasen ciertos señores cuyo nombramiento no podía sostenerse, si eran suficientes las razones con que se reprobó el de aquellos que lo obtuvieron en una misma elección. Analizaríamos el discurso de inauguración que el Director de la junta de calificación pronunció el 9 de abril; la impresión funesta que él hizo en el ánimo de muchos y los fundamentos con que un señor Diputado pidió al día siguiente que no se insertase en el acta. Presentaríamos una por una las diversas ocurrencias que han tenido lugar en esta Asamblea para negarse hasta a considerar cuestiones de la más grave importancia, y para admitir, sin embargo, otras proposiciones y exposiciones absolutamente ajenas del objeto de la Convención, contra expresas reclamaciones de algunos diputados. Recordaríamos los argumentos que se han aducido repetidas veces con ofensa de la sana razón y los que produjeron el desorden con que terminó la sesión del 22 de abril, en que uno, bien notable por todas sus circunstancias, tuvo la insultante afectación de manifestar, a falta de razones, que no entendía las cosas, porque 'no le daba la gana entenderlas'. Citaríamos la exposición de otro señor Representante que, en consecuencia de este suceso, y pesando bien todo lo que tales expresiones permitirán esperar de nuestra reunión, solicitó desde entonces licencia para retirarse. Os presentaríamos la historia de la disolución de la primera comisión nombrada para formar el proyecto de Constitución; la de las representaciones de los pueblos y del ejército, que han sido recibidas no solo con indignación por la parte en que algunas de ellas se han reputado injuriosas a ciertas personas, sino con suma indiferencia, y aún con desprecio, por lo que respecta al objeto a que se dirigen todas en general. Y,

finalmente, la de todos aquellos actos en que un espíritu ciego de partido ha obtenido el triunfo sobre la justicia y la conveniencia pública.

»Este carácter tienen indudablemente, señores, los sucesos de los días 29 y 31 de mayo. Sería ocioso repetir aquí el pormenor de los que contiene la exposición de uno de nosotros que se halla pendiente en la Convención; pero lo que ha pasado en la última sesión del 31 merece mencionarse particularmente, porque es lo que nos ha decidido a dar este paso, que sentimos en nuestro corazón.

»Había pedido un diputado la corrección del acta del día 29, y la Convención tenía acordado que se hiciese con arreglo a sus indicaciones, porque los errores eran claros y constantes, y con la anuencia del otro honorable diputado interesado en la exactitud de aquella parte, en que principalmente se habían notado equivocaciones sustanciales. El diputado secretario Vargas Tejada, presentó el 31 una minuta o borrador en que por sí solo enmendó la referida acta, y pidió la aprobación de la Asamblea. Los señores diputados que debieron intervenir en la corrección sufrieron prudentemente este desaire, porque creyeron sin duda que la libertad que se había tomado el Secretario pudiera excusarse con la exactitud de su trabajo. Fue, sin embargo, todo lo contrario: el secretario no solo faltó a la exactitud, sino que puso adiciones que no se habían pedido, alterando lo que ya estaba aprobado por la Convención, y transformó las correcciones que se habían solicitado; de manera que, dejando lo mismo que se mandó reformar, añadió circunstancias que desfiguraron absolutamente los hechos con notoria injusticia y falsedad. Esto fue reclamado en el instante por el mismo a cuya solicitud se había determinado la corrección. El otro señor diputado que debió haber concurrido a practicarla observó también estos defectos, manifestando su deseo de que constase lo que había pasado, y que de nuevo refirió con la prolijidad que era de esperarse en estas circunstancias de su carácter ingenuo y veraz, y tratándose de sus propios hechos y palabras. Pero el señor Presidente contestó que no podía conformarse con que se extendiese así, porque resultaría él culpable de las faltas que se notaban, y un diputado tomó a su cargo entonces persuadir que los hechos no habían pasado según aseguraban sus autores, como podían testificarlo todos los que se acordasen bien de ellos, y como los había mandado consignar la Convención en su acta del día precedente, con pleno conocimiento de todas las circunstancias, y en virtud de una

justa y oportuna reclamación. Otro señor exclamó también contra los que hacían perder el tiempo en cuestiones de tan poca importancia, y con tales recomendaciones se exigió la votación, y quedó aprobado lo que había escrito el Secretario. Tal fue la precipitación, que muchos han manifestado después que no supieron lo que votaron, y que solo les ocupó el deseo de evitar una discusión más desagradable, y que se caracterizaba de fútil y metafísica.

»¡*Fútil y metafísica*!, no obstante que ella tenía relación con las violencias de que un diputado se había quejado protestando apelar al juicio de la opinión pública; violencias empleadas para eludir el que se tomase en consideración el proyecto de Constitución que más de veinte representantes habían presentado; y cuando nadie lo ignoraba tampoco que se procuraba desmentir y hallar criminal la exposición que el día anterior se introdujo en la Convención con objeto de que se certificasen dichas ocurrencias con la misma fidelidad con que en ella se referían, por haber sido forzoso caracterizar, aunque con suma moderación, la conducta del Presidente de la Asamblea y la de la Asamblea misma en aquel negocio!

»Muchas veces hemos tenido que sufrir estas mismas faltas; y cuando hemos podido lograr que se eviten, no se ha debido sino a una indecible y penosa resistencia, favorecida por casualidades, contra la más sofística tenacidad, contra aprensiones y preocupaciones que nos han condenado antes de oírnos, y que no pueden dejar que se nos oiga sin disgusto o comentando cada una de nuestras palabras. ¿Cuánto trabajo no fue, señores, necesario para que se nos diese el tiempo muy preciso para examinar el proyecto de Constitución que compuso la comisión, después que se nos había obligado a votar en la primera discusión solo con una rápida lectura hecha por el Secretario, sobre su conveniencia en general? ¿Cuántos esfuerzos y disgustos no nos costó el que para la segunda discusión se repitiese su lectura? ¿Qué obstáculos no encontramos en dos sesiones consecutivas, para que siquiera se leyese el otro proyecto que por vía de modificación se presentó después? Y luego ¿Todo el desorden que se ha seguido, no ha sido consecuencia del conato de sofocar nuestras opiniones sin examinarlas, privándosenos del derecho en que se funda nuestra misión? Los hechos lo comprueban, señores y es de nuestro deber someterlos

al juicio de la Nación, ya que nos es forzoso dimitir ante ella el honroso encargo de representantes suyos».

Castillo hizo una pausa para tomar agua. Ocasión que aprovechó Aranda para decir:

—¡Qué de humillaciones hemos soportado! ¡Cuánta miseria humana junta!

Rumores de asentimiento. Palabras sueltas inaudibles. Carraspeos.

—Por fortuna hemos contado con arrestos como los del diputado Aranda —dijo Gori.

—Y los suyos, señor Gori —respondió Aranda.

Aplausos, sostenidos aplausos.

—Prosigamos, señores diputados —dijo Castillo—. «Aquí llegábamos, cuando por las ocurrencias de la sesión de este mismo día, parece que se ha querido confirmarnos más en nuestro propósito. Nosotros nos abstenemos de expresar el concepto de muchos que la han presenciado. ¿Hasta donde señores nos conduce el delirio de la desconfianza? ¿Qué puede resultar de ese calor que altera los mejores sentimientos, y de esa agitación que no permite un día de tranquilidad? Nos declaramos, señores, cansados de luchar, e incapaces de continuar haciendo sacrificios infructuosos; incapaces de prostituir nuestra representación, autorizando la obra de las pasiones; incapaces de tomar sobre nuestras responsabilidad la disimulación de semejantes procedimientos, cuyo término no puede ser favorable a la Patria, que quiere en los funcionarios públicos, y principalmente en aquellos que tienen a su cargo sus más caros intereses, desprendimiento, candor y buena fe; incapaces de degradarnos nosotros mismos autorizando la conducta que nos oprime y el fraude que nos deshonra; incapaces, en fin, de callar lo que nos manda publicar el patriotismo.

«Señores: nosotros estamos persuadidos de que no tenemos la libertad necesaria para desempeñar nuestros poderes, y probaremos que en esta asamblea no existe ya la tranquilidad con que deben recibirse los preceptos de la sabiduría y los dictámenes de la prudencia.

»Al retirarnos, nosotros os protestamos, señores, que siempre hemos procurados daros, pruebas de toda la consideración y respeto que nos merecéis. Nunca hemos confundido los hombres con las opiniones y las circunstancias. Nuestros más sinceros votos se dirigen a ser reemplazados por ciudadanos que reuniendo a nuestros vehementes

deseos por el bien público las luces de que carecemos, tengan la dicha de que no se cubran sus intenciones con el velo de una prevención desfavorable, que la calumnia respete su augusto ministerio y que al discutir los intereses comunes, no se les obligue a formar partidos, ni se les califique con dominaciones que reprueba la conveniencia pública. Solo así los dignos representantes que quedan en esta honorable corporación lograrán aprovechar un tiempo precioso, y no se dirá de ellos que reunidos en la Gran Convención, convocada para salvar la Patria, han encendido el fuego devorador que consumirá a la desventurada Colombia».

«Ocaña, junio 2 de 1828-18º.»

«*Pedro Briceño Méndez - Francisco Aranda - José María del Castillo - Juan de Francisco Martín - J. J. Gori - J. Ucrós - Domingo Bruzual de Beaumont - Pedro Vicente Grimón - José Félix Valdivieso - J. Fermín Villavicencio - José Matías Orellana - Pablo Merino - Francisco Montúfar - Manuel Avilés - Martín Santiago de Icaza - Fermín Orejuela - José Moreno de Salas - Miguel María Pumar* - Aunque hoy he pedido permiso para retirarme por mis notorios males, firmo esta exposición, por estar conforme con ella. *Rafael Hermoso*».

Aplausos. Aprobación general. Comezón en muchos. Ansiedad. Zozobra. Satisfacción de todos.

Ocaña. Casa de Santander. Noche de junio

Pocillos y copas en la mesa. Humo y reflexión. La mirada de Vargas Tejada en uno y otro resquicio del techo. Acerbos los ojos de Soto. Desencajada la cara de Azuero, mucho más la de Santander.

—Aún es posible impedir que los diputados bolivianos abandonen la convención —dijo Soto.

—La exposición de los serviles, exagerada por demás, no tiene vuelta de hoja —dijo Vargas Tejada.

Azuero balanceó una mecedora a la espera de la opinión de Santander, que no se hizo esperar:

—El señor Joaquín Mosquera insiste en buscar normas de avenimiento.

—No puede haber —interrumpió Vargas Tejada.

—Podríamos evitar que la convención fenezca por falta de quórum si actuamos con fina inteligencia —dijo Soto, y agregó: ¿Qué piensa el doctor Azuero?

Azuero, enhiesto, casi tieso, opinó:

—Pienso como usted, doctor Soto, que nuestro proyecto de constitución no concilia con el del doctor Castillo Rada. Creo, sin embargo, que no hay inteligencia que valga para impedir que los serviles de Bolívar regresen a la convención. Pienso que…

Tres golpes a la puerta acallaron la voz de Azuero. Santander levantó los brazos y dijo como un rumor atribulado:

—El señor diputado Joaquín Mosquera.

Saludos de rigor. Expectación. Desasosiego, que así lo confirmaron las desparramadas toses.

—Usted tiene la palabra, general —susurró Vargas Tejada a Santander.

—La tengo yo —dijo Fernando Gómez, como un aparecido en la puerta y con un rastrillo alzándole las manos enfurruñadas.

Ocaña. Casa de Castillo. Noche de junio

Cursó la noche entre comentarios de los diputados firmantes del documento que pondrían en manos de la presidencia de la convención; cursó con las opiniones diversas sobre una última gestión del señor Mosquera. Aún permanecía humo de los cigarros consumidos. Por la ventana abierta de par en par entró la brisa a borbotones. Finalmente Castillo despidió a Briceño Méndez, Gori y Aranda.

—Aguardemos por la noticias del señor Mosquera, quien ha puesto empeño en lograr un acuerdo de las partes. Acaso influya su prestigio y el reconocimiento del cual goza entre los convencionistas —dijo Castillo.

—Conste que no confío en resultados positivos —dijo Aranda—. No espero nada de Santander y su sequito de leguleyos.

—No habrá acuerdo, doctor Castillo. Usted bien conoce de las mañas de Santander —agregó el desaliento de Briceño Méndez.

—En ese caso, mis amigos, procederemos como está dispuesto —respondió Castillo.

—Descanse usted, doctor Castillo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Vayamos preparando el equipaje, mis amigos —dijo Aranda.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Tarde de junio

Dormitaba en la hamaca. De pronto creyó oír a María Antonia, su hermana. Su voz era silbo de ala, higo puro: «He venido de San Mateo a prepararte la casa lo mejor posible, y creí verte ya muy pronto; y salimos ahora con la novedad de Cartagena».

Despertó sobresaltado, empapada la frente de sudor frío. Pasó la mano derecha, medio dormida, por su barbilla. Respondió, hecho un enredo en la hamaca, al fantasma de María Antonia:

—Cartagena pasó. ¿Dónde será la próxima insurrección?

En el patio gorjeó una lechuza. Del suelo recogió la carta de María Antonia. Aún permanecía el aroma del sándalo. Leyó: «Espero que para el día de la Santísima Trinidad estarás aquí. Le he ofrecido techar la iglesia, si te concede ver pacíficos y en orden, este año, todos los departamentos de Colombia».

Salió al patio. Pronto llegarán los pájaros, pensó. De un salto intentó coger un níspero. Cayeron varios, uno le dio en la cabeza como en los días de su infancia en San Mateo. Mordisqueó, saboreó la fruta.

—Hace rato que no oigo a un cristofué, pero como si lo oyera —dijo.

Regresó a la hamaca, pero prefirió el sillón de cuero que acostumbraba usar Perú de Lacroix en las tardes de recuerdos y confesiones. Retomó la carta de María Antonia. «Me parece que todo se compondrá, si en lugar de cataplasmas, se aplican vejigatorios, pues no está en el orden que por un miembro enfermo perezca todo el cuerpo».

Un aguacero de pájaros cayó sobre el frondoso árbol de níspero.

Ocaña. Casa de Castillo Rada. Noche de junio

Húmedos de sudor los pañuelos. Vacías las tazas. Gastadas las velas. Serenos los rostros. Santander, Azuero, Gómez Durán, Soto, Narvarte, Montoya, Hilario López, Arrubla, Aranzazu y Mosquera en la templada revista de ojos de Castillo Rada.

—Reuniones como la presente le hacen un gran servicio a la patria —dijo Mosquera.

—No defraudaremos a nuestros comitentes, general Mosquera —dijo Santander.

—Ha sido grande el esfuerzo —dijo Castillo Rada—. Hemos accedido en algunos puntos cardinales respecto a la nueva constitución en aras de superar las controversias.

—¿Qué opina el doctor Azuero? —preguntó Soto, insidioso.

—Que estamos por buen camino —respondió Azuero con aire de inocencia.

—General Santander, mañana por la noche podríamos convenir una solución definitiva, que satisfaga a todos —dijo Mosquera.

—Tengo las mejores esperanzas —respondió Santander.

—Gracias, señores. Gracias a usted, honorable diputado Mosquera por su oportuna intermediación —asentó Castillo Rada.

Bucaramanga. Despacho. Mañana del 3 de junio

No le fue fácil al general Soublette firmar la resolución del Libertador respecto a la carta de Santander del 17 de marzo. Era su deber. Órdenes son órdenes.

«Resolución del poder ejecutivo»

«Vista la presente solicitud del vicepresidente de Colombia diputado a la gran convención, y oído el informe del comandante general del Magdalena, se resuelve:

»1º. Que el demandante acuse a los autores del desorden ocurrido en el cuartel de artillería en Cartagena el 5 de marzo último para que sean juzgados.

»2º. Que si las garantías que concede la constitución a todos los colombianos no fueren suficientes para tranquilizar al interesado, que obtenga permiso de la gran convención para que se le envíe una guardia a Ocaña para que custodie su persona, y el gobierno se la concederá.

»3º. Que es sin fundamento la suposición de que el gobierno no tenga capacidad para asegurar los derechos del suplicante, cuando ningún ciudadano ha gozado más de sus garantías, y cuando el hecho en que apoya su queja solo prueba que tiene malquerientes.

»4º. Que no está en las facultades del gobierno conceder al suplicante pasaporte para fuera del territorio de la República, mientras obtenga el cargo de vicepresidente y no haya respondido a la nación por su conducta administrativa y por sus actos posteriores.

«5º. Que se imprima todo en la *Gaceta de Colombia*, como lo pide y para satisfacerlo.»

«Por su excelencia»

«*Soublette*»

Bogotá. Campo. Tarde de junio

Manuela y Jonatás cabalgan bajo el sol de la mañana. Entran en un bosquecillo. Manuela lleva en el pecho la carta: «Me voy para Bogotá. Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso pasar a Cartagena y probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta?» Manuela detiene el caballo con violencia y salta a tierra. Jonatás, que ha quedado atrás, hace lo mismo. Manuela murmura, recrimina, protesta:

—No me gusta la conspiración que te armaron en Ocaña ni la que vendrá después.

Jonatás toma las riendas de los caballos, atenta a los movimientos de su señora. Manuela: con su foete, golpea la hierba, los cueros de sus altas botas, un árbol que encuentra a su paso. Cree oír la voz de Bolívar:

—Pues, amiga, así soy yo que te ama de toda su alma.

Una sonrisa y una mueca. Voltea a buscar a Jonatás y le grita:

—¡No me ama, Jonatás, no me ama!

Jonatás ata los caballos, suspira abatida y camina al encuentro de Manuela:

—Por supuesto que sí, mi doña. Regresará pronto y entusiasmao.

—¡Acaso me ame, Jonatás, pero mucho más el martirio de su gloria! —responde Manuela a punto del llanto.

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Amanecer de junio

Amaneció jorungando en la cocina. Prendió los carbones de la noche anterior. Puso a calentar agua en un anafe. Coló el café. Lo sirvió en un pocillo. Abrió la despensa para mirarla no más. Salió a recorrer la caballeriza. Revisó uno a uno los cascos de los caballos. Esperó por el saludo de las guacamayas apureñas que bajaron del tejado con una algarabía por delante. Sacudió el cuero de las botas y regresó a su habitación para leer la correspondencia. La puso a un lado. Descalzó sus pies. Dobló el brazo derecho sobre la mesa para descansar su cabeza atormentada.

Despertó casi al mediodía, con el brazo encalambrado. Olor de frutas. Buscó el corral por el lado de la calle. Mi alma camina conmigo —pensó—, necesita de sol. Entró por el corral. Gallinas y puercos. Un pavo real cacareando. Parecido a Santander —pensó. Al fondo una jaula de conejos tristes. Como yo —dijo. Dos mujeres, los pies desnudos, colgaban sus camisas recién lavadas. Una con un cigarro encendido metido en la boca. Hacienda de San Mateo. La otra con la blusa mojada, adherida a sus pechos. Nunca es tarde para morir de amor, cantaba entre dientes. Dulces labios leves de mujer.

Ocaña. Casa de Santander. Noche del 4 de junio

Salieron a hurtadillas, abrigados hasta el cuello. Hasta las orejas los sombreros.

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 5 de junio

«Excelentísimo señor presidente y honorables diputados de la gran convención.

»Van a cumplirse cuatro meses de haber salido de mi casa por venir a esta ciudad a desempeñar el cargo que diferentes provincias pusieron a mi cuidado. He venido resuelto a hacer cualquier sacrificio a trueque de corresponder a la confianza de los pueblos, en orden a obtener

una Constitución liberal, donde se estableciesen las correspondientes garantías a los derechos de los colombianos y un gobierno capaz de mantener la seguridad y tranquilidad de la República, sin invadir las libertades públicas. Notorios son los medios con que he procurado contribuir al logro de este objeto al través de las persecuciones que todavía me hace la imprenta, monopolizada por mis enemigos, y de otros manejos que se habrán juzgado capaces de imponerme. Las ocurrencias que recientemente han tenido lugar en la convención, y el riesgo casi evidente de que no está lejos el término de su duración, me hacen temer que yo pueda servir de obstáculo a la conservación de esta augusta Asamblea, a su marcha tranquila y al desempeño de las altas funciones que le ha encargado la nación. Mi antiguo y muy leal amor a la patria me aconseja hacerle el sacrificio de alejarme de esta ciudad y no concurrir más a las sesiones de la convención; pero como no me es permitido calificar yo mismo esta causal, ni de hecho retirarme, ocurro a la gran convención suplicándole se sirva permitirme regresar a mi casa de Bogotá. Existe felizmente en Ocaña el señor Escobar, suplente por Bogotá, que bajo de todos títulos puede suplir mi lugar.

»Señor: yo he venido a la convención para firmar el decreto de salud para Colombia, que la mayoría de la asamblea dictase en los consejos de su sabiduría: no he tenido ánimo de concurrir a la agitación de los partidos, y creo que he procurado evitarlos todo lo posible: puedo estar equivocado en mis opiniones; más mi deber no pasa de presentarlas a discusión y someterme a la decisión de la mayoría. Pero debo declarar solemnemente que ni he estado ni estoy resuelto a transigir en puntos cardinales, que en alguna manera comprometan la libertad de la República y los derechos de los colombianos. Si esta resolución pudiera acarrearme la pérdida de mi fortuna, de los empleos que he adquirido en diez y ocho años de servicios al país, y aún de mi Patria, estoy resuelto a sufrirlo todo, antes que presentarme delante de Colombia o del mundo liberal como un hombre débil que ha engañado la confianza de sus conciudadanos.»

«Ocaña, junio 5 de 1828».

«El diputado por Bogotá Francisco de Paula Santander».

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 5 de junio

«Honorables representantes:

»El infrascrito diputado tiene el honor de poner en vuestra noticia que ha llegado hasta sus oídos el rumor de asegurarse que el aciago acontecimiento de no haber concurrido los días 2, 3 y 4 del presente cerca de un tercio de los señores diputados, por lo cual tanto se teme la disolución del Cuerpo, ha nacido de la odiosidad que se profesa a su persona o a sus opiniones políticas y de que se le juzga un obstáculo para la continuación de los trabajos de la Gran Convención. También ha llegado a comprender que su separación sería el medio infalible de que la minoría, que de hecho ha dejado de concurrir, volviese a continuar desempeñando sus funciones, según que así se lo han comunicado personas de mucho respeto. Por estas consideraciones dimite o renuncia el exponente la representación que obtuvo de sus comitentes, o pide licencia a lo menos para retirarse a su casa y rogar al cielo desde allí por la prosperidad de la Patria.

»Cuando el peticionario abandonó a su esposa enferma de gravedad, a tres de sus hijos también graves y habitualmente enfermos, y tuvo que contraer deudas para emprender su viaje; cuando aquí ha tenido que sufrir disgustos, denuestos y que sacrificar hasta ciertos puntos sus opiniones, todo por lograr el santo objeto de que a Colombia se diesen instituciones libres y suficientes, ha creído prestar un servicio a la República; pero una vez que tal sacrificio es infructuoso, os ruega, honorables diputados, les aceptéis el que ahora consagra de nuevo a la Patria, libertándole del martirio de concurrir a una Asamblea en que pueda ser obstáculo para la felicidad de Colombia.»

«Ocaña, 5 de junio de 1828».

«Francisco Soto».

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 5 de junio

«Honorables miembros de la gran convención.

»Cuando supe mi nombramiento de diputado, emprendí gustosísimo mi marcha a esta ciudad, lleno de un ardiente deseo de contribuir con mi voto al bien del país. He llegado a comprender que, lejos de ser

útil mi presencia, antes puede servir de estorbo al progreso de los trabajos de la Gran Convención.

»Ya pues, que no puedo servir a mi Patria de una manera positiva, me abstendré siquiera de dañarla; y por lo mismo ruego cordialmente que tengáis a bien concederme licencia para separarme del seno de la Convención».

»Dios os guarde».

«Ocaña, junio 5 de 1828.»
«Honorables diputados»
«Vicente Azuero».

Ocaña. Sala de la convención. Tarde del 5 de junio

Las solicitudes de Santander, Soto y Azuero «exacerbaron más a los bolivianos, tanto por el hecho de ser presentadas cuando aun estaba pendiente el resultado de las conferencias, como por las declaraciones que en ellas se hacían de considerarse sus autores como una rémora para los trabajos de la Convención, hallándose totalmente divorciados de sus divorciados, cuando todavía se esperaba algún avenimiento por intervención de los neutrales.» Alarma en el seno de la Convención. Para los compañeros de Bolívar había llegado la hora de presentar el documento redactado el 2 de junio, que había quedado en suspenso con la esperanza de lograr un avenimiento.

Bucaramanga. Calle. Casa del cura Valenzuela. Noche del 5 de junio

Día de Corpus. Procesión. Una lenta marcha de la pobreza, presidida por el cura Valenzuela y algunos pocos distinguidos ciudadanos, dobló a la izquierda en una esquina de la plaza y buscó las puertas de la iglesia. Música, rezos y velas encendidas. Desde la puerta de la casa cural, al través de la cortina de zaraza, el Libertador vio pasar el cortejo. Su tos acompañó tristemente los rezos vertidos en rumor.

¿Los ojos del martirio acaso no son los del general? Su voz amordazada ¿qué dice?

—Eloy, Eloy.

El cura Valenzuela creyó escucharle. Dijo como si rezará una oración:

—Eloy, su Dios, no le ha abandonado, general.

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 6 de junio

«Honorables representantes:

»La adjunta exposición que tenemos el honor de dirigiros debió haber llegado a vuestro conocimiento desde el día dos, que es el de su fecha. Se traslució esta resolución a que nos fuerza la más imperiosa necesidad, y algunos diputados, origen de la embarazosa y difícil situación en que se ha encontrado la convención, manifestaron explícitamente un deseo de entrar en explicaciones sobre algunos puntos del proyecto de Constitución que hemos presentado a fin de que pudieran convenirse en lo principal y se evitase nuestra separación. Era natural persuadirse de que esta determinación produjese un resultado favorable: ella había sido espontánea por su parte y acogida por la nuestra con toda buena fe, atribuyendo nosotros a falta de inteligencia, como parecía indicarlo esta medida, la desconfianza que pretextan e inspiran a otros sobre nuestras intenciones.

»Nosotros no pudimos variar de concepto ni con la extraña pretensión de no entenderse sino con uno solo de los que estábamos decididos a separarnos, ni con los rumores que, nacidos de su partido, ocupaban desde los diputados hasta la gente sencilla de la población, los cuales tendían a desacreditar el mismo paso que habían dado, a esparcir nuevas desconfianzas, a generalizarlas más y a destruir toda esperanza de una sincera reconciliación. Medidos siempre nosotros en nuestros juicios, no queriendo nunca juzgar sino por hechos claros y constantes y dispuestos a no omitir ningún sacrificio que produjese algún bien a la Patria, prescindimos de todo y suspendimos gustosamente nuestra resolución.

»En dos entrevistas consecutivas hicieron aquellos señores sus observaciones a varios artículos del proyecto de Constitución, y se instruyeron de las razones y fundamentos en que los apoyábamos: nada se decidió, nada se exigió por ninguna de las partes, nada ocurrió tampoco que pudiese ni aun sospecharse de principios exagerados por la nuestra, ni de pretensiones irregulares. Una tercera entrevista quedó

convenida para la noche última y aun se indicó por uno de aquellos señores que podría concurrir a ella otro de los que firmamos y que él designó. El testimonio de personas de conocida probidad que lo han presenciado todo responderá de la exactitud de nuestro relato. Nosotros lo exigimos de los señores Narvarte, Rafael Mosquera, Aranzazu, Montoya y Arrubla y lo exigimos también de todos los demás señores, por lo que hayan podido saber en contrario.

»Habíamos creído conveniente dejar de asistir a la Convención hasta resolver definitivamente si había motivos para desistir de nuestro propósito y esto se hizo entender a uno de dichos señores que en la entrevista del día 4 explicó su deseo de que continuásemos concurriendo a las sesiones: añadiéndosele últimamente en satisfacción a sus instancias, que en el estado del negocio no se creyeron oportunas, que pensaríamos sobre ello. En estas circunstancias, ¿quién había de prever el paso que se preparaba? Los señores Santander, Soto y Azuero han pedido el día de ayer el permiso de la Convención para retirarse porque dicen que sus principios liberales, de que no pueden separarse, eran un obstáculo para las reformas que se pretendían. Este hecho, señores, cuando todo estaba indeciso, y nosotros pendientes de explicaciones que no habíamos querido dejar de creer que fuesen francas, nos ha parecido una perfidia que envuelve una nueva calumnia, cuya atrocidad es tanto más criminal cuanto que las circunstancias la cubren con todas las apariencias más desfavorables para nosotros.

»Se ha pretendido así confirmar el concepto de que nuestros patrióticos esfuerzos han sido y son para entronizar la tiranía, que detestamos en nuestra querida y desgraciada patria. Así lo han repetido aquellos diputados que están unidos en este intento: se nos inculpa de tenacidad en imaginarios proyectos de opresión, y en las noticias que se han hecho circular se nos atribuyen ya con la evidencia, que hace presumir la conducta de aquellos señores, las ideas y esperanzas más absurdas. Los hombres justos están escandalizados y profundamente conmovidos hasta la consternación. Y nosotros, engañados, insultados, y sin esa dulce esperanza que había renacido en nuestro corazón, y que se ha podido arrancar de él sin despedazarle, no tenemos otro arbitrio que continuar con un nuevo dolor el camino que nos había indicado nuestra conciencia. El juicio de la imparcialidad no condenará

jamás nuestras intenciones. La Patria no puede ignorar que no somos capaces de hacerla verter una sola lágrima.»

«Ocaña, junio 6 de 1828–18º»

«*Pedro Briceño Méndez – Francisco Aranda – J. M. del Castillo – J. de Francisco Martín – J .J. Gori – J. Ucrós – Domingo Bruzual de Beaumont – Rafael Hermoso – P. Vicente Grimón – José Félix Valdivieso – José Matías Orellana – J. Fermín Villavicencio – Manuel Avilés – Fermín Orejuela – José Moreno de Salas – Francisco Montúfar – Miguel María Pumar – Martín Santiago de Icaza – Pablo Merino*».

Ocaña. Sala de la convención. Mañana del 6 de junio

«En el mismo día 6 se resolvió suspender indefinidamente la discusión de los dos proyectos de Constitución que se venían debatiendo, y dar principio al estudio de otro que en forma de acto adicional a la Constitución de 1821 presentó en esa fecha D. Diego Fernando Gómez, bajo su firma y la de otros varios diputados».

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Noche del 6 de junio

Esperaban por él unas partidas de tresillo. No era día de ocio alrededor de una mesa. Tal creyó al mirar sus ojos en el espejo. Prefiero a los poetas, dijo al espejo, y este le devolvió un libro de Homero sobre el gabinete. Sintió complacer su memoria para recitarle a las paredes algunos versos del poeta Olmedo. De algún jardín de Suiza le llegaban recuerdos. Don Samuel atendiéndole su pesadumbre de viudo sin consuelo. Creyó oír la sirena de un barco, rumor de muelles. Los pasos de Olmedo por la cubierta, y juntó sus manos sobre el pecho para decirle: «Yo he vuelto a entrar en mi antiguo oficio de pobre diablo: ya todos mis gestos son plebeyos, enemigos del poder y de la gloria. He vuelto, en fin, a mi ser antiguo que era lo que llaman los franceses un *vaurien*. Sí, amigo, me he convertido al camino del cielo: me estoy arrepintiendo de mi conducta profana, cansado de imitar a Alejandro ando en pos de Diógenes para robarle su tinaja, o su tonel o su casa... » Alzó las manos juntas para oponer la imagen de María Antonia a la imagen de la Santísima Trinidad, y respirar su aire de fastidio, como si estuviera

sentado en un banco de iglesia. «De todo se cansa uno en este mundo: esta es culpa de la naturaleza a quien no tengo derecho de improbar ni de reformar. Es tiempo, pues, de que entren otros héroes a representar sus papeles, que el mío he terminado, porque Vd. sabe muy bien que la fortuna como todas las hembras, gusta de mudanzas, y como mi señora se ha cansado de mí yo también me he fastidiado de ella».

Desnudó su cuerpo con un ritornelo: "y lleva el ojo en la mano y lleva el ojo en la mano y lleva el ojo en la mano y lleva el ojo en la mano". Sobre la hamaca cayó su cuerpo como un disparo.

Ocaña. Casa de Santander. Habitación. Mañana del 7 de junio

«Al señor Secretario general de su excelencia.

»El Libertador presidente de la República.

»Señor: Cuando el poder ejecutivo hizo publicar la ley orgánica del ejército, y expidió en consecuencia el decreto en que declaró los generales que debían quedar de cuartel fuera del número de servicio designado por dicha ley, quedé incluido en el número de los generales de cuartel; pero no obtuve las letras correspondientes. El estado de mi salud frecuentemente atacado de la peligrosa enfermedad de gastritis y cólico, y mis deseos de abstenerme de toda función pública en la presente situación de Colombia, me obligan a suplicar a vuestra señoría, como se lo suplico, se sirva expedirme las correspondientes letras de cuartel en virtud del anterior expresado decreto del poder ejecutivo, y de mi inutilidad actual para servir activamente en el ejército después que dejé de ser vicepresidente de la República.

»Espero con confianza que, poniendo vuestra señoría esta petición en conocimiento del excelentísimo señor Libertador presidente, se sirva despacharla en justicia y remitirme las letras a Bogotá para donde seguiré luego que termine la convención de sus funciones.

»Con sentimientos de muy distinguida consideración, soy de vuestra señoría, señor secretario, humilde, obediente servidor».

Ocaña. Habitación de Briceño Méndez. Amanecer del 7 de junio

Le despertaron para entregarle una carta del Libertador. Leyó:

«Bucaramanga, 4 de junio de 1828.

»Mi querido Briceño: La última carta que he recibido de Vd. me ha decidido a tomar un partido definitivo; me voy, pues, para Bogotá, ya que aquí no tenemos nada qué esperar de la gran convención. Puesto a la cabeza de la administración general y oyendo los consejos de los secretarios de estado, obraré del modo más conveniente para la República, que deberá ponerse en una gran conmoción luego que vean burladas las esperanzas de todos.

»Por lo mismo, es indispensable mantenernos con la mayor firmeza para que el estado no se disuelva. Vd. le dice a O'Leary que, ¿cómo es posible que yo no obre conforme a mi firmeza inexorable? ¿Y cree Vd. que yo pueda haberla abandonado? No, mi querido Briceño, soy el mismo de los años pasados, y no creo que mudaré nunca porque reside en la médula de mis huesos el fundamento de mi carácter. Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita de alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial. Si madama de Stäel me prestara su pluma, diría con ella, que soy el genio de la tempestad, como aplicó esta frase a Napoleón. En fin, Vds. me han vuelto a la actividad y, por consiguiente, no deben temer que yo los abandone como ha llegado Vd. a sospecharlo. Cumplan Vds., pues, con su deber, que yo haré el mío.

»Dentro de cuatro días parto de aquí para acercarme a Bogotá, y no perder tiempo: no espero por Vds. aquí porque dudo que puedan venir todos, por carencia de bagajes y otros accidentes, pero de todos modos esperaré el resultado de Ocaña en el Socorro, pues espero que Vds. vengan a verme allí o bien que me escriban. De aquí al Socorro no hay más que dos pequeñas jornadas, y es camino para la mayor parte de los diputados. Pero, si algunos tuvieren que hacer estas marchas más, siempre serán muy pocos. Los del Magdalena pierden poco camino y los de Venezuela mejoran su tránsito, porque no tienen que pasar por

ese abominable páramo de Vetas. Además, quien sabe si conviene convocar el congreso y entonces nada se ha perdido. Hablando más claro, yo no sé todavía lo que podremos resolver y espero para ello verme con los diputados de la gran convención y recibir noticias de los ministros que están en Bogotá, a quienes he consultado sobre esta horrible crisis; entonces determinaremos lo mejor.

»Al señor Castillo no le escribo, porque él no lo ha hecho en dos correos seguidos, pero Vd. tendrá la bondad de presentarle esta carta para que se imponga de ella.

»Es inútil decir a Vd. que deben informar de todo al general Montilla. Déle Vd. mil expresiones a los señores amigos, de la convención y reciba mi corazón».

Tan solo comentó hacia dentro: —Ánimo para el doctor Castillo.

Bogotá. Despacho de Urdaneta. Noche del 7 de junio

«General de división Mariano Montilla. Mi querido amigo: el martes hemos recibido aquí la noticia de la no admisión de la moción del señor Castillo para que el Libertador fuese a Ocaña; y como el público se había figurado inmensos bienes de la adopción de aquella proposición, la negativa fue recibida con indignación».

…«Creímos que era llegado el momento de obrar, y se dispuso todo para un pronunciamiento que no podía ser dudoso, si como todo creíamos, el Libertador se manifestaba afectado de aquella negativa, o resolvía irse a Venezuela. Por desgracia el Libertador se ha manifestado indiferente, y dice que permanecerá en Bucaramanga hasta que la Convención termine sus reformas; pero decidido a salvar la Patria.

»Yo sin embargo no quise perder la buena disposición de esta capital, y de acuerdo con todas las autoridades y algunas personas principales, hemos organizado el negocio y dispuéstolo todo de modo que no faltara. No tememos ser contrariados y contamos con la cooperación de todos los Departamentos. Al efecto de que U. esté instruido, y sin perjuicio de avisarle por extraordinario, le incluyo un extracto de lo que hemos de hacer. A mí me ha parecido que la capital debe ser la primera, por mil razones que a U. no se le ocultan, entre otras, la de que esta ciudad ha sido la más constitucional, el asiento de Santander y su facción, y donde más se ha influido contra el Libertador. El movimiento se hará en cualquiera

de los tres casos que marca el extracto, será decisivo, y se sostendrá, aunque sea a costa de algunos; así está acordado y han convenido en ello las personas más respetables de aquí. Puede ser que este plan tenga que sufrir alguna variación por otro que se me anuncia estarse arreglando, pero aunque lo sea en el modo, yo creo que nuestras bases son las que convienen. Déme U. su opinión por si hubiere tiempo de seguirla.

»Las noticias del Perú dejan conocer que allí se aumentan los partidos, y la política de Bolivia se presenta menos pasiva que antes. Flores toma medidas en el sur de Colombia, y si una guerra se declara entre el Perú y Bolivia, naturalmente Flores toma parte: para este caso deberíamos nosotros estar ya regenerados.

»Padilla sigue preso: por cuantos medios hay ha querido que yo le permita salir, pero lejos de eso, he mandado aumentar la seguridad sin que se note.

»No ha llegado el correo de esa; así pues, me limito a repetirme de U. invariable amigo y servidor. «Q.B.S.M.»

«Rafael Urdaneta».

Extracto incluso

«Un pronunciamiento tendrá lugar en Bogotá en cualquiera de los casos siguientes:

»1º Si desesperanzado el Libertador de que la convención haga el bien de la República resolviere ausentarse bien sea para Venezuela, o para fuera de Colombia.

»2º Si la convención se disolviere sin hacer nada bueno, como puede suceder, en fuerza de los partidos que la componen.

»3º Si las reformas que sucesivamente se fueren sancionando, dejaren conocer que no son las que convienen al país en su actual estado.

»En cualquiera de estos casos el Intendente oirá las excitaciones que se le harán por algunos padres de familia, etc. y convocará una Junta de Notables. Un gran gentío se acercará al lugar de la Junta. Algunos oradores presentarán el cuadro de la República, la necesidad de un cambio, la urgencia que tiene Colombia de los servicios del Libertador y se hará valer el caso (de los tres hacia arriba indicados) que sirva de motivo. En consecuencia se acordará:

»1º Desconocer los actos de la convención absolutamente.

»2º Se conferirá al Libertador presidente el mando supremo de la Nación con facultades absolutas y omnímodas para que sin sujeción a la ley ni autoridad alguna, la salve de su ruina, la arregle y organice, y que cuando a juicio del mismo Libertador crea que es tiempo de constituirla, lo haga etc., etc.

»El primer artículo se apoyará en la nulidad de las elecciones, en la preponderancia que esta misma nulidad ha proporcionado a una facción en la Convención; en lo poco o nada que esta haya hecho; en su disolución si es el caso; en no haber querido que el Libertador interviniese en las reformas, contra la expresa voluntad de la Nación, etc.

»El segundo, en el pronunciamiento general para que el Libertador sea quien mande; en los males a que la nación quedaría envuelta sin él, en otras mil razones que se presentan para ello, y que todos conocen.

»Hecho esto, se dará cuenta al Consejo de Gobierno, quien por su parte fortificará las razones expuestas, dará su aprobación, y mandará que todas las corporaciones presten obediencia. Las tropas habrán permanecido acuarteladas, y en su caso se someterán a la voluntad del pueblo y jurarán sostenerla, y de hecho la sostendrán.

«Se dará conocimiento a toda la República, para que según estamos convenidos el movimiento se esparza. Cada uno lo ejecutará como le parezca, pero conviene uniformidad en las bases.

»Esto es en compendio lo que se hará.»

Bucaramanga. Casa de Bolívar. Mañana del 8 de junio

Trinan los pájaros. Alboroto de perros y de mulas y caballos en los corrales. Ferguson, engalanado, rebosante, da indicaciones a la servidumbre. El Libertador, Soublette y Perú de Lacroix observan. De pronto la palabra del Libertador:

—Sin falta saldré mañana para Bogotá con el proyecto de ir despacio y detenerme algunos días en El Socorro, y desde allí despachar al general Soublette para Venezuela.

La sangre sube a la cara de Soublette.

—¿Conforme, general?

Soublette asiente: de un tiempo para acá ha puesto sus pensamientos en Venezuela. Nostalgia de Caracas. Prefiere el mar. El pedrero de La Guaira. Aburrido hasta la coronilla de las cortesías y artimañas neogranadinas. Prefiere estar metido en la candela venezolana: bien conoce de los trajines conspirativos de orientales y valencianos.

Bucaramanga. Habitación de Perú de Lacroix. Tarde del 8 de junio

«Por la mañana el Libertador me mandó a llamar y al llegar me dijo: 'Sin falta saldré mañana para Bogotá, con el proyecto de ir despacio y detenerme algunos días en El Socorro, y desde allí despacharé al general Soublette para Venezuela: usted, como antes se lo he indicado, se quedará en esta villa hasta la llegada del Sr. Castillo y de los demás diputados que con él se han retirado de la Convención; los recibirá y les proporcionará cuantos auxilios puedan necesitar; creo que no seguirán para Bogotá y que desde este punto cada uno de ellos irá tomando la dirección de su domicilio y usted me avisará de cuanto ocurra. Además le encargo de recoger mi correspondencia y la de la secretaría general y de dirigírmelas a El Socorro con extraordinario cuidado de que no se extravíe ningún pliego y de que nadie pueda interceptarlos: hecho esto, y luego que haya regresado de El Socorro el general Soublette y se haya puesto en camino para Venezuela, usted seguirá para Bogotá donde me encontrará'. Parte del día lo pasó El Libertador leyendo la Odisea de Homero traducida al francés. Por la tarde fue a despedirse del doctor Valenzuela: yo solo lo acompañé porque los demás estaban ocupados en sus preparativos de viaje. Aquella visita fue la única que hizo el Libertador. Al salir de donde el doctor, S.E. quiso continuar el paseo y se dirigió a las afueras del lugar. A poco rato y después de haber hablado S.E. algunas cosas del cura Valenzuela, a quien llama *el buen cura de Bucaramanga*, S.E. dijo que la disolución de la Convención iba a ponerle en un cruel embarazo; sin Constitución para gobernar, porque la de Cúcuta era una carta usada, despreciada y vilipendiada con la cual no podía regirse más la Nación colombiana; que gobernar la República sin código ninguno era lo peor no solo para el pueblo, sino para el que se halla a su cabeza: que él, aunque tenga predilección por la

Constitución Boliviana como es natural, siendo obra suya, no tendría la tiranía de darla a Colombia sin que los mismos pueblos la pidiesen y del modo como Luis XVIII dio su carta a los franceses: que su situación era difícil y crítica, pero que nada haría sin aconsejarse con todos los patriotas, los hombres de luces y de influjo en la capital; que este sería su primer paso al llegar a Bogotá y que seguiría la opinión de la mayoría aunque no fuera igual a la suya; pero que siempre pensaba convocar un congreso general de la Nación lo más pronto posible, aunque estaba seguro que para ello habría oposición por parte del general Páez, en Venezuela y quizás también en el Magdalena por parte del general Mariano Montilla. 'A este último —continuó El Libertador— lo convenceré con mis propios motivos porque los comprenderá; y al primero lo engañaré con algún pretexto calculado, pues más fácil es esto que convencerlo con las verdaderas razones; es un llanero tan tosco, tan artero, tan falso y tan desconfiado que es preciso conocerlo bien para poder dirigirlo. Montilla, al contrario, es una de nuestras mejores cabezas: genio, talento, luces, sagacidad, todo esto se encuentra en él: después de Sucre, es el más capaz para mandar la República: es lástima que sea tan chancero y que lleve esta costumbre hasta los negocios y asuntos más serios'. Volvió el Libertador sobre lo embarazoso de su situación y el flanco que presentaba a sus enemigos para sus tiros, sus suposiciones y calumnias. 'Me encuentro —dijo— en una posición quizá única en la historia. Magistrado superior de una República que se regía por una Constitución que no quieren los pueblos y han despedazado, que la Convención ha anulado al declarar su reforma y dicha Convención se ha disuelto sin hacer dicha reforma y sin dar el nuevo código con que debía regirse la Nación. Gobernar con la Constitución desacreditada lo rechazarán los pueblos y entrarán las conmociones civiles: dar yo mismo un código provisional, no tengo facultad para esto y al hacerlo, me llamarían con razón déspota: gobernar sin Constitución ninguna y según mi voluntad, me acusarían también con justicia de haber establecido un Poder absoluto. Declararme dictador no lo puedo, no lo debo ni quiero hacer. En fin, veremos lo que sobre todo esto digan los sabios de Bogotá'».

Ocaña. Tarde del 9 junio

De un solar, montados en mula, salieron Castillo Rada, Pedro Briceño Méndez, Merino y Aranda. Ladraron los perros. Chillaron grillos. Apenas murmuraba un río. Piedra, zarzales, lodo endurecido.

—Nos van a seguir los perros. Echemos adelante —advirtió el guía.

—Adelante, señores, antes que aparezcan los hombres de Santander —dijo Aranda en sorna.

Castillo comentó, parsimonioso y severo:

—El bien de la República, único principio motor de todas nuestras operaciones, lo ha sido también de la resolución que adoptamos de separamos de la gran convención, a que ocurrimos como representantes del pueblo, retirándonos de la ciudad de Ocaña.

Entraron los jinetes en la neblina con silencios, gorjeos y ligeras quejas del viento. Quiquiriquearon los gallos. Gimieron los perros por el lado del río.

Bucaramanga. Calle. Tarde del 9 de junio

Repicaron las campanas de la iglesia. Montó en su mula. Hombres, mujeres, niños, en grupos dispersos, ansiaban por una mirada del Libertador. Un niño preguntó a su madre:

—¿Para dónde se va el tío, ma...?

—¡Sabrá Dios, hijo! —respondió la madre, acongojada.

—¿Le volveremos a ver, ma...?

La madre bendijo al Libertador con la señal de la cruz. También el cura Valenzuela le echó su bendición, exagerando el movimiento del brazo derecho. Las campanas repicaban. Abrieron las alas de las ventanas. Batieron manos y pañuelos. Una bandada de loritos confundió su algarabía con los cascos de las bestias.

—Tenga cuidado, su excelencia, con los jinchos traviesos: gatos hambrientos que maúllan y arañan... y no tienen fe ni aún en sus propios hijos—. El cura Valenzuela, orgulloso de sí, acongojado, limpió sus lágrimas para luego entrelazar sus dedos sobre el pecho.

Por una ventana una mano temblorosa de mujer lanzó un ramo de violetas. La niña de Sátiva las recogió y alcanzó a entregarlas al

Libertador. Si ella lagrimeaba, también el Libertador. Si él le guiñó un ojo, ella también.

En la plaza la banda municipal. Día de retreta. Suenan flautas, clarinetes, violines: Suenan tristes las notas de *La Vencedora*.

Montaña. Tarde del 9 de junio

Un arreo de burros asciende por los vericuetos de la montaña. Es difícil el ascenso, reposada la voz de Castillo:

—La disolución de la convención no ha sido obra nuestra; lo ha sido de la desesperación de los contrarios; y cuando la hubiéramos causado, la miraríamos como un beneficio insigne. La convención ya no podía hacer sino males.

—Comienzo a respirar el aire puro de la montaña —celebró Briceño Méndez.

—En Ocaña amanecerán respirando odio, venganza y mala fe —comentó Castillo.

—¿Los facciosos? En Ocaña y en cualquier parte —dijo Aranda.

—Atrás quedó la tiranía, señores, atrás quedó. ¿Quién no aprobará nuestra conducta? —dijo Merino.

—Santander y los suyos —respondió Aranda, acerbo.

—Acaso el general Bolívar —dijo Merino, reflexivo.

—¿Usted cree? —en guasa preguntó Castillo.

Carcajadas y hurras. Tiene mucho de tristeza el buen humor.

Bucaramanga. Habitación de Perú de Lacroix. Tarde del 9 de junio

«El Libertador almorzó temprano y luego se puso en marcha con todos los de su cuartel general para ir a dormir a Pie de Cuesta, distante tres leguas de Bucaramanga. Yo estaba a caballo para acompañar a Su Excelencia, pero me dijo: 'Usted Coronel, puede ir a desmontarse y ver a su familia que acaba de llegar: no quiero que salga conmigo por este motivo y le encargo saludar en mi nombre a su señora, a quien no puedo ir a visitar porque estoy ya de marcha'. Efectivamente hacía apenas diez minutos que mi mujer y mis hijos habían venido de Pamplona: me quedé, pues, para pasar el día con ellos, bien resuelto a ir por la tarde a

Pie de Cuesta para despedirme de S.E., del general Soublette y de mis amigos. Así lo hice, salí a las seis y a las ocho de la noche llegué a casa del Libertador, que me recibió con cariño y agradeció mi visita. Hasta las diez hubo gente con S. E., que tenía pocas ganas de irse a descansar; me llevó para su cuarto cuando ya todos los de su casa se habían ido a dormir. Después de haberme pedido, con mucho interés noticias de mi familia, me dio una carta para el general Pedro Briceño Méndez a fin de que se la entregase a su llegada a Bucaramanga diciéndome que la había escrito antes de comer y que en ella informaba al dicho general Briceño de los motivos que había tenido para no aguardar en Bucaramanga la llegada de los diputados que se habían separado de la Convención. Luego el Libertador me dijo: 'Me acuerdo de que en agosto del año próximo pasado, en este mismo cuarto, tuve con usted y con el general Pedro Briceño Méndez una larga conversación sobre las circunstancias políticas de entonces; hago memoria igualmente de que di a usted el despacho o diploma del *Busto del Libertador*, pero que no pude darle la condecoración porque no la tenía entonces: en mi escritorio tengo una y voy a dársela'. Efectivamente, S.E. me dio una medalla de oro muy bien estampada y sobre la cual aparece por un lado el retrato o busto en relieve del Libertador y por el otro las armas del Perú. S.E. continuó la conversación diciéndome que proseguiría su marcha mañana al amanecer e iría a dormir a Los Santos, pequeño pueblo distante cinco o seis leguas de Pie de Cuesta, en la altura del Chicamocho o Sube, y sobre la ribera derecha de dicho río; que al día siguiente iría a San Gil y el otro a la ciudad de El Socorro de donde me escribiría. 'Si yo creyera en los presentimientos, me dijo S.E., no iría a Bogotá, porque algo me está diciendo que allí sucederá algún acontecimiento malo o fatal para mí, pero me estoy preguntando también: ¿qué es lo que llamamos presentimiento?, y mi razón contesta: un capricho o un extravío de nuestra imaginación; una idea, las más veces sin fundamento, y no una advertencia segura de lo que debe sucedernos: porque no doy a nuestra inteligencia, o si se quiere, al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en lo venidero para poder avisarnos de lo que debe ocurrir. Confieso, sin embargo, que en ciertos casos nuestra inteligencia puede juzgar que si hacemos tal o cual cosa, si damos este o aquel paso, nos resultará un bien o un mal; pero esto es un caso diferente, en nada parecido al otro, y por lo mismo repito que

no creo que ningún movimiento, ningún sentimiento interior pueda pronosticarnos con certeza los acontecimientos futuros; por ejemplo: que si voy a Bogotá allí hallaré la muerte, una enfermedad o cualquier otro accidente funesto. No hago, pues, caso de tales presentimientos, mi razón los rechaza, cuando sobre ellos no puede mi reflexión calcular las probabilidades o que estas están más bien en su contra. Sé que Sócrates, otros sabios y varios grandes hombres no despreciaron sus sentimientos, que los observaron y sobre ellos reflexionaron y que, más de una vez, dejaron de hacer lo que sin ellos habrían hecho; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía o, si se quiere, exceso de prudencia, y digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado.

(…) »Sócrates llamaba a sus pensamientos su *demonio*; yo no tengo tal demonio porque poco me preocupan: estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable y tengo por imbécil o por loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe y teme por su existencia porque ha tenido tal o cual sueño, porque un cierto impulso aventurero de voluntad, manifestado con ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro, porque, en su interior, algo le ha dicho que no haga tal o cual cosa, que no vaya más adelante y vuelva atrás, que no dé la batalla un viernes o en domingo, sino otro día, que no duerma sobre el lado izquierdo del campo sino sobre el derecho, y finalmente, otras bobadas de igual especie. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son fruto del acaso y por lo mismo no pueden convencerme: entre millones de presentimientos y sueños la casualidad solo ha hecho que unos muy pocos se hayan realizado y se citan estos últimos y no los primeros: centenares de millones han salido fallidos y no se habla de ellos, un ciento o dos han salido acertados y solo se citan estos. Tal es el espíritu humano, amigo y entusiasta de lo sobrenatural y de la mentira, indiferente sobre las cosas naturales y la verdad.

»Ya eran las doce de la noche, que sonaron en el reloj del Libertador, y entonces S.E. dijo: 'Bastante hemos filosofado, vamos a dormir'».

Ocaña. Casa. Noche del 9 de junio

—Llegó la hora de las decisiones heroicas —dijo Vargas Tejada—. La causa de Bolívar —agregó— es una causa perdida; él ha cavado la sepultura de la libertad.

—¿Qué hacer? —preguntó Hilario López.

—¡Salvar la República! —respondió Azuero, montado sobre el poyo de una ventana (a unos pocos les pareció grotesca la figura de Azuero con las manos alzadas).

—¡Cavar la sepultura del sepulturero! —agregó Vargas Tejada.

Desde la calle, alguien gritó, como un empujón sobre la espalda de Azuero, como un aullido a los oídos del grupo:

—¡La República de los ilícitos!

—¡Boliviano maldito! —respondió, histérico, Vargas Tejada.

Un silencio ominoso cubrió la sala. Alguien asomó sus ojos por la ventana, y encontró la calle desierta. El chillido de una mecedora provocó carraspeos y toses, muchos carraspeos y toses, vaya uno a saber. Vargas Tejada aspiró su aliento y dijo:

—La palabra de Bolívar ya no tiene audiencia. Hay que barrerlo como al polvo de la calle y echarlo a la basura como a un despojo.

Las palabras de Vargas Tejada levantaron el ánimo de los congresarios, aunque algunos de ellos lograron escurrir sus temores por la puerta que un gato había dejado entreabierta. Azuero. Tal como en conciliábulo, Vargas Tejada propuso:

—Hagamos una sociedad secreta.

Pocos diputados asintieron. El gato maulló. Un golpe de viento batió la puerta. Vargas Tejada, seguro de sí, decidido, inflexible, dijo:

—Ya existe. Requiere de auténticos liberales, hombres como ustedes.

—¿De acuerdo? —preguntó Azuero.

—De acuerdo, de acuerdo —respondieron algunos.

Vargas Tejada buscó anuencia en los ojos de Azuero, y la consiguió. Hizo una mueca al encontrar cerrados los de Soto, apoltronado y sin aliento. Rumió: «Al doctor le faltan cojones». Su oído percibió en la habitación el desagradable chillido de una mecedora.

Cartagena. Casa. habitación de Miguel Peña. Noche del 9 de junio

«A S.E. el Libertador, presidente de la república, etc., etc., etc.

»Mi muy estimado y respetado general: Mi venida a esta ciudad fue efecto de prudencia y de la más inevitable necesidad; después de una cuidadosa asistencia, mis males resisten a la acción de las medicinas, y el desentono de mi estómago continúa; por otra parte mi residencia en Ocaña a la vista de mis enemigos triunfantes era más dura que un suplicio; resentido yo, y procediendo ellos con su descarada osadía, me hubieran proporcionado comprometimientos desagradables, en que la justicia hubiera perdido su mérito dominada por la fuerza; yo estaba convencido que ellos habían determinado hacerme todo género de males, y principalmente no dejarme entrar en la convención, y como les conozco de antemano sabía y sé que son hombre a quienes todos los medios les son indiferentes para conseguir sus fines, y para quienes el desprecio de la justicia y de la razón es el menor de los crímenes; por sus principios preveía el desenlace de mi ocurrencia, y me parecía un sacrificio tan estéril como fuerte volver a Ocaña a presenciar la satisfacción de su orgullo con mengua de mi carácter.

»Santander y algunos de su partido trabajan por intereses muy queridos, por su propia tranquilidad y conservación; con muy profunda hipocresía disfrazan sus hostilidades bajo consideraciones de interés común; buscan todos los recursos que el engaño, la intriga, el disimulo, la perfidia y otros más abominables crímenes puedan suministrarles para conseguir el triunfo; ven que ha llegado el momento en que han de efectuarse algunos cambios, y redoblan sus esfuerzos para convertirlos todos en su favor. El partido opuesto no les quitará la presa; su mayor parte se compone de inciertos, tímidos y calculadores que se llaman todos moderados; buscan buenas razones para justificar su silencio, y no dicen la única verdadera, que es, por no comprometerse; así es que por falta de energía, concordia y firmeza quedan frustrados los más útiles proyectos en una revolución que tiene el consentimiento universal de la parte sana de Colombia, pero que en el seno de la convención se encuentra, por debilidad o pasiones de sus miembros, una minoría que forma un contraste chocante con los deseos de todos los pueblos,

y que convence hasta la evidencia, de la injusticia con que se la llama representación nacional.

»¿Sabe U. cuál es, en mi concepto, la verdadera cuestión que se discute en el día? Los efectos del odio y rivalidad que Santander profesa a U.; es a U. a quien él dirige ahora todos sus tiros para sacarle de la escena; después marchará con menos dificultad contra sus otros enemigos, y a mi parecer U. rechaza sus golpes con un desdén generoso que conviene poco con un enemigo ambicioso, cruel y cuyo bajo carácter lo forman la codicia y la venganza. Santander no perdona medio para desacreditar a U. dentro y fuera de Colombia; se ha valido de la calumnia porque no halla en la conducta de U. acciones que censurar; la corona que él atribuye, y que es obra exclusiva de su imaginación, es la misma que el senado romano y los enemigos del ilustre Tiberio Graco le atribuyeron cuando se puso las manos en la cabeza para pedir auxilio contra el inminente peligro que amenazaba su vida; le imputaron un crimen evidentemente contrario a sus principios y a su conducta, porque buscaban un medio de perderlo, no la salud del estado. Con la inicua impostura triunfaron.

»Y U., oyendo los gritos de la justicia, ha levantado su voz y sus manos contra la corrupción y los vicios que han degradado nuestra patria, y Santander que los había entronizado y protegido por su propio provecho, ha ocurrido a la corona de Tiberio para inflamar los pueblos contra U., pero en realidad para continuar su dominación con el título plausible de defensor de las libertades públicas. Espero que su calumnia no triunfe, porque las obras admirables de U. hacen muy desigual el combate, y la diferencia de los dos caracteres su más honrosa defensa.

»Con todo, permítame U. asegurarle que Santander es enemigo muy temible; todas las arterías de Maquiavelo están en su cabeza y todos los crímenes de la edad media están en su corazón. Consultado un pontífice por Carlos de Anjou qué haría con Conradino, le contestó: *Salus Caroli*, *mors Conradi*: *Salus Conradi, mors Caroli:* en esa oposición lo tiene a U. Santander, él ha jurado en su corazón destruirlo a U. o U. lo destruye a él. Santander lo haya todo justo para conseguir sus proyectos; él cree que el asesinato es un crimen para el pueblo; pero que entre los grandes es una astucia recomendable; él piensa que si el enemigo no puede destruirse por la fuerza, el veneno debe hacer oficio de verdugo; si no encuentra hombres buenos para sostener su causa, se

asociará a los malos para hacerlos participar del odio público y comprometerlos en la empresa; usará de la virtud o del crimen con tal que triunfe. Si U. cuenta con toda la fuerza armada él excitará conmociones en los pueblos desarmados, y si U. castiga la sedición, él proclamará que U. ha hecho millares de víctimas por contentar su ambición. Yo le suplico que U. no evite precaución contra un hombre que maquina por placer, y que no piense en ser generoso con quien forma de la ingratitud una parte muy considerable de su carácter.

»Dominada la convención por el influjo de Santander, nada he esperado ni espero de ella: me había alegrado bastante cuando supe que algunos buenos hombres estaban resueltos a abandonar ese cuerpo si no se adoptaba un proyecto provisorio que estaban redactando; y que pensaban bajar a Mompox a formar sus discusiones aparte, y dirigirse a los pueblos con una proclama. Yo había indicado al general Montilla que si tal cosa sucediera era el más precioso momento para intimarles la orden de que cesasen, y adelantar un escuadrón de caballería a dos días de Ocaña, cuyo objeto fuese ocupar la ciudad luego que se efectuase la disolución; suspender toda ulterior reunión, llamar al presidente y un secretario, hacer sellar todos los papeles a su presencia y remitirlos a U. con un secretario y un oficial de confianza, como documentos nacionales. Era mi objeto impedir que los pueblos, extraviados por opiniones distintas, se dividiesen en bandos que produjeran la guerra civil, por causa de dos constituciones arrojadas por corporaciones ilegítimas, a la vez que ninguna de ellas tenía el número legal que exige el reglamento de la materia. Me parecía que el comandante general estaba autorizado para ello en virtud del decreto del 26 de noviembre de 1826, y aun estaba obligado a hacerlo para mantener el orden en su departamento, y alejar los efectos de la discordia. Si ellos hubieran efectuado su resolución, o si la efectuaran, se encontrarían inesperadamente con una medida que ponía toda la revolución en las manos de U. Yo le he dicho al general que no indique nada a ningún representante, sino que les aconseje la separación, siempre que en Ocaña no quede número legal para que ellos puedan continuar trabajando.

»En lugar de aquella resolución que en mi concepto era saludable, han adoptado el partido medio de discutir dos proyectos a la vez, de que U. verá que no sale nada bueno. Entre tanto Santander aumenta sus proyectos, gana tiempo para realizarlos, y tal vez nos da un susto el

día menos pensado. No crea U. que él deje el campo sin haber tentado los medios de conservarse: él sabe que si baja no vuelve a subir, y tratará de sostenerse a todo trance: su ambición es inquieta, y él ha encontrado en el mando muchos modos de saciar su codicia.

»Yo hubiera deseado que los representantes no hubieran hecho la moción de que se llamase a U. a Ocaña, sin contar con un buen suceso seguro, y que U. no hubiera ido aunque se lo hubieran permitido; porque no debiendo U. esperar buena fe en el partido contrario, ellos hubieran calumniado sus mejores intenciones si U. sacaba de la ida algunas ventajas: y si no las sacaba habrían tenido motivos de jactarse de su firmeza.

»Me he extendido demasiado en materias políticas casi impensadamente y aún me he tomado la libertad de manifestar pensamientos a quien puede ser mi maestro, espero que U. me la dispense, mientras yo vuelvo a lo que tiene relación conmigo en particular. U. me dice en su muy apreciable del 29 de abril último que recibí ayer que siente que yo privé a Venezuela de mis servicios. Mañana sale la Independencia para allá y en ella tomo pasaje, dentro de pocos días estaré en aquellos lugares, siempre obediente a sus órdenes. Si me fuere mal, o si mis servicios allí no fueren más útiles o cuando haya pasado esta crisis, podré deliberar sobre el encargo del cónsul general en los Estados Unidos que U. tiene la bondad de ofrecerme, y por el cual le quedo muy agradecido.

»Considero a U. mortificado por la ingratitud de sus enemigos y por el estado de esta patria que U. ha sacado de la nada con tan heroicos esfuerzos; la incertidumbre de su suerte debe serle un vacío que le prive del contento de sus glorias; pero U. puede estar cierto que si el bien no puede hacerse sin escándalo, el número de sus amigos es igual a la razón pública y al de todos los hombres que toman interés por conservar la nación sin miras desnaturalizadas de intereses personales. Me alegraré que su espíritu se tranquilice. Si U. tiene la bondad de honrarme con otra correspondencia será a Venezuela. Mándeme U. dos documentos que fueron con una representación mía a esa secretaría, y disponga de la obediencia y fidelidad de *Miguel Peña*».

Ocaña. Casa de Santander. Mediodía del 10 de junio

Varios diputados, almidonados para viajar, leen un cartel adosado a la pared:

«Ci git la Convention du peuple colombien
Qui meurt avec honneur mais sans avoir fait rien.
Je vis percer son coeur d'un poignard assasin
Par le même ennemi quelle avait dans son sein.
Mais elle, renaîtra, je ne perd pas l´espérance,
Plus grand et plus illustré le jour de la vengeance

Luis Vargas Tejada»

Arrimado a una columna, Vargas Tejada intentó despejar algunos ceños:

—Es un poema de ocasión, aunque amargo.

Los congresarios abandonaron la sala: consternados, algunos; desalentados, otros. Entró Azuero. Observó el éxodo. Leyó el poema. Vargas Tejada a su espalda, ansioso. Azuero saltó con los brazos alzados para estrechar a Vargas Tejada.

—¡Amigo mío! ¡Eterno bardo! —dijo, eufórico.

Por encima del hombro de Azuero, con sus ojos en lágrimas, Vargas reparó en el corredor la esquiva figura de Soto. Para sí comentó: «El diputado no es de la partida».

—Desde mi terruño, Varguitas, haré cuanto pueda por el cumplimiento de sus designios —agregó Azuero.

—Así sea —le respondió el poeta.

Bogotá. Plaza de la catedral. Mañana del 12 de junio

Campesinos abrigados con ponchos escuchan a un alfabeto, quien lee, pegada a la pared, una proclama del intendente Alcántara Herrán: «Conciudadanos, grandes peligros nos rodean y es necesario para salvarnos que obremos ya por nosotros mismos. El Perú nos provoca e insulta; ha reunido un ejército en las fronteras, y no ha abandonado el proyecto de apoderarse de los tres departamentos del sur *(Doblan*

las campanas). La España hace grandes preparativos para invadirnos; acumula en La Habana fuerzas considerables de mar y tierra, y solo espera un momento favorable para atacarnos (Rumores). El Libertador se viene de Bucaramanga a esta capital, resuelto a consignar el mando y a retirarse; entonces la guerra civil es inevitable y el triunfo de los enemigos exteriores infalible. Las operaciones de la convención van a producir este efecto. Han desoído los clamores de los pueblos por el Libertador».

Bogotá. Iglesia de Santo Domingo. Calle. Mañana del 12 de junio

Un viejo lee la proclama a un grupo de serranos: ...«Contra los votos de los pueblos, quieren un gobierno federal. Nada hay que esperar de esa Convención en que los pueblos tenían puestos los ojos para que los salvase».

Una recua de burros apaga la voz del viejo.

—Más altito —dice un serrano.

—¿Quién será capaz de conservar y dar vida a esta República? —pregunta una mujer.

En medio de los murmullos respondió otra:

—El general Bolívar.

Palmas, gestos de anuencia, vivas al Libertador. Repican las campanas.

Bogotá. Plazuela de San Carlos. Mañana del 12 de junio

La vieron de pantalones negros y pelliza militar, a la Manuela, rodeada por vecinos y serranos, leyendo la proclama:

«Es preciso que nos hagamos cargo de nuestros destinos; que salvemos a Colombia, y para esto no hay otro arbitrio que el de uniformar nuestras opiniones; nuestros deseos y sentimientos a los de las otras partes de la República. Necesitamos un Gobierno fuerte y vigoroso y debemos establecerlo».

Jonatás, oculta a medias por una palma, vociferó:

—Así mismo es, mi señora.

Manuela, excitada por los brincos de Jonatás y la fiesta de voces, dijo, al entregar el pliego a un vecino:

—La junta popular es esta tarde. Bolívar nos necesita.

Bogotá. Casa. Noche del 12 de junio

Desde su gallardo porte, con voz tímida no exenta de firme decisión de ánimo, Florentino González inició su entrevista con Agustín Horment, José Duque Gómez y Wenceslao Zuláibar. El primero, francés, que no lo parece, los otros dos bien pudieran haber salido de una augusta casa de Santa Fe. Florentino ejerce función de líder del grupo:

—Para mañana el intendente Alcántara Herrán ha convocado una reunión de los principales empleados, yo soy uno de ellos, por cierto, y padres de familia, con el pretexto de que la convención no llenará su misión, cual es la de dar una nueva acta constitucional a la República.

En consecuencia, es necesario que los pueblos, digo, los militares consulten los medios de proveer a la existencia y conservación de Colombia —dijo Horment con marcado acento y evidente sorna.

—Tal como usted lo dice, monsieur Horment —asintió Florentino.

—Hagamos algo para impedir esa reunión —dijo Zuláibar.

—Es muy fácil, minemos el lugar —dijo Horment.

—No nos excedamos —advirtió Florentino—. Además, ya el general Urdaneta habrá organizado sus bayonetas. Simplemente intentemos disuadir a los posibles asistentes, o encontrar opositores que se unan a nosotros.

—Usted es joven, Florentino, y puede esperar. *Vous me comprenez?* Usted me conoce, *mon ami* —La mano de Horment en su pistola confirmaba la disposición.

—Somos pocos, y grande el temor de muchos —dijo Florentino—. Por mi parte, yo me alejaré de la ciudad para evitar comprometerme inútilmente.

—Al igual, mi doctor, que Soto y Azuero cuando el general llegó a esta ciudad el año pasado. En serio, en broma, con ironía y sin tal

—dijo Zuláibar, porque le salió de muy adentro.

Silencio, tal la sorpresa. Carraspeos, luego. Respiración profunda. Florentino hizo de tripas corazón.

—El camino está abierto para formar una junta revolucionaria secreta —dijo Horment.

—Ya era hora —agregó Zuláibar.

—Pues a trabajar con esmero y discreción —dijo Florentino.

Los cinco y medio pies de alto de Florentino González, la boca grande y labios algo vueltos, despidieron a los contertulios debajo de un farol:

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, amigos.

El mandado está hecho —pensó Florentino.

—El principio del fin, Florentino —le susurró Horment.

—Usted lo ha dicho.

Bogotá. Edificio de la aduana. Tarde del 13 de junio

El reloj de pared anuncia las tres de la tarde. El general Pedro Alcántara Herrán, intendente del departamento de Cundinamarca, discurre ante un numeroso grupo de ciudadanos. La ansiedad es colectiva. El general José María Córdova, sentado en el brazo de una silla, cruzadas las piernas, blande un foete mientras mira, altanero, el rostro adusto del general Urdaneta y la consternación dominante.

—Es evidente que la convención no llenará su misión. Es necesario, pues, que los pueblos consulten los medios de proveer a la existencia y conservación de Colombia. El procurador, doctor Álvarez Lozano, leerá un proyecto de acta para someterlo a consideración de todos.

Interviene el señor Rafael María Vásquez:

—Aún podemos esperar por los resultados de la convención, pues no ha terminado en el ejercicio de sus funciones. Señores, esta reunión es ilegal.

Rumores en la sala. Palmas dispersas. Córdova hace uso de la palabra, que suena hinchada, altanera:

—Este pueblo es sordo y es preciso hablarle recio para que oiga; la gran Convención, que era la esperanza de la República, se ha disuelto;

no han podido entenderse los partidos que la componían y Colombia está amenazada en esta gran crisis, si no se autoriza al Libertador para un acto extraordinario que la salve.

Aplausos en el recinto. Voces de protesta. Córdova prosigue envalentonado:

—...porque la constitución está desvirtuada y los medios que en ella se hallan no son suficientes en las actuales circunstancias».

Rueda una silla. Interviene Wenceslao Santamaría, conciliador:

—Señores, la convención ha reunido todos los requisitos legales, inclusive el mandato de convocatoria contenido en la ley del siete de agosto del año pasado.

La palabra es de Juan Nepomuceno Vargas, enfática:

—El general Bolívar es el causante de este estado de cosas y lo será de los males posteriores a la convención.

Salta Córdova indignado:

—No permito que en mi presencia impugnen al Libertador.

—La discusión es libre y cada quien puede expresar cuanto desee —advierte Alcántara Herrán.

Gracias, señor intendente —dice Juan Nepomuceno Vargas.

En la calle estallan petardos. Gritos del pueblo dan vivas al Libertador.

—La República no puede esperar nada de la división y la anarquía —dice el general Urdaneta.

—Demandemos al Libertador presidente que asuma el mando superior con plenitud de facultades para preservar la unidad de la República —propone Alcántara Herrán.

Aplausos. Rumores. Quejas. A la derecha del general Córdova el doctor Rafael María Vásquez alza la voz:

—¡Me opongo a cualquier acto que invoque la dictadura!

Rechiflas y aplausos dispersas. Córdova golpea el foete sobre un brazo de la silla y dice:

—¡Doctor Vásquez, bien sabe usted que solo el general Bolívar puede salvar este país!

—¿Usted cree? —le pregunta Vásquez.

Martillan las campanas. Gritos en la calle. Córdova esponja las ventanillas de la nariz.

—Por supuesto, doctor, por supuesto.

Aplausos. Silencio. Parsimoniosos, almidonados, los señores Santamaría, Vásquez y Nepomuceno Vargas abandonan la sala. A su paso, en medio del estupor, un viejo de buen talante comenta:

—La impaciencia delata.

—Si tan solo fuera la impaciencia —agrega otro.

Cuchicheos y risas. Urdaneta dice al oído de Alcántara Herrán:

—El general Córdova es un desmedido.

—Y tanto como Córdova, esos doctores, incondicionales de Santander.

Córdova, de pie, golpea sus botas una vez más mientras siente la mirada recriminatoria de Urdaneta. Toma lugar, atolondrado por un rumor opresivo, en la silla abandonada por el doctor Vásquez. Las campanas del reloj ocasionan la palabra de Alcántara Herrán:

—¡Señores! Oigamos al procurador.

Bogotá. Tarde del 13 de junio

Gente del pueblo con la inquietud a cuestas. Desde la esquina Manuela distinguió a Jonatás abriéndole camino al doctor Vásquez haciendo de bufón. Sonrió. También hubiera querido hacer de las suyas ante el bravío doctor. Optó por ocultar la sonrisa en la mantilla, mientras esperaba a Jonatás, liviana y presurosa.

—El general Córdova le dijo cuatro cosas al doctorcito ese —dijo Jonatás como si hablara su cintura.

—Córdova es un importuno, si ya no es traidor —le contestó Manuela.

—¡Pero señora! —protestó Jonatás.

—Como lo oyes —dijo Manuela.

—Hasta guarda parecido con el señor Santander —dijo Jonatás, graciosa, para reparar su comentario sobre Córdova.

—Es más joven.

—Y más bonito, mi doñita —agregó Jonatás.

—¡Vamos, cuéntame qué pasó! —dijo Manuela, impaciente.

—Ahora mismo el procurador lee el acta —respondió Jonatás.

—¿Y?

—Y después todos la firmarán.

—No todos, Jonatás. Ahora solo nos queda esperar por el general. ¿Con qué disposición vendrá, Dios mío?

—Con la del pueblo, señora.

—Ojalá, ojalá —dijo Manuela, melancólica.

Bogotá. Palacio de gobierno. Noche del 13 de junio

A las puertas de su despacho, el secretario del interior, doctor José Manuel Restrepo, entregó al coronel Wilson unos pliegos. Por el corredor le dio las últimas instrucciones:

—Cuide llegar a la mayor prontitud ante el Libertador presidente. Dígale, a su estilo tan querido del general, que el consejo de ministros no vaciló en tomar sobre sí la responsabilidad de aprobar el acta de esta capital.

Wilson asintió con aire de satisfacción.

—Nuestros motivos han sido los más puros. Tenemos el íntimo convencimiento de que no hay otra medida capaz de salvar la patria —reflexionó Restrepo en voz alta.

Nublados los azules, si no glaucos ojos de Wilson.

—Un gobierno fuerte y enérgico ejercido por su excelencia el Libertador presidente —dijo Restrepo.

Wilson pensó para sí: «Ni lo uno ni lo otro. ¡Qué desgracia!».

—Esta es una resolución de enorme trascendencia —dijo Restrepo.

A las puertas del Palacio, Restrepo tomó a Wilson por el brazo y le preguntó:

—¿La aprobará, coronel?

—A su pesar, doctor Restrepo.

Los guardias dejaron escapar su respiración en la neblina. El vaho es azul.

El Socorro. Madrugada del 14 de junio

Cigarras, alborear de gallos, saludos y cascos de burros por la calle. En la casa del general una luz azulenca dibujaba siluetas de aleros y de árboles. Bandadas de pájaros por el alto cielo. Un soldado contempló el cuerpo aletargado de Bolívar y exhaló su aire al escuchar la voz de aquel hombre a su cuidado:

—Deja elevado sobre mi tumba el remo con que remé en la vida cuando estaba junto a mis compañeros.

El guardia sintió un extraño rumor, como de oleadas. Volteó a mirar árboles y cielo. Le puso color a la mañana.

Bucaramanga. Casa de Perú de Lacroix. Noche del 14 de junio

«Por la tarde llegó a esta villa el comandante Montúfar, diputado por Quito a la Convención, viniendo de Ocaña de donde había salido el 9 del corriente. Habiendo preguntado por el Libertador, le informaron que S.E. se había ido para Bogotá desde el 9 pero que yo me hallaba todavía en esta y entonces el señor Montúfar vino a mi casa: llegaba estropeadísimo y se manifestó muy sorprendido y descontento de no encontrar al Libertador; me dijo que portaba pliegos interesantísimos para él y que estaba encargado de imponerlo de las ocurrencias de Ocaña; finalmente me expuso la necesidad en que se hallaba a pesar del estado de cansancio en que había llegado, de seguir inmediatamente para ver si podía alcanzar al Libertador en El Socorro. Al momento, le hice preparar un buen caballo y siguió su marcha la misma tarde. Por dicho señor supe que el día 7 de este mes, 19 o 20 diputados habían presentado una nota o protesta a la Convención relativa a su oposición; que él había salido de Ocaña el 9 por la tarde y que sus demás compañeros, con el señor Castillo, decían haber marchado para el pueblo de Las Cruces la misma noche o por la madrugada del día siguiente, y que lo habían despachado hacia el Libertador para instruirlo de aquel acontecimiento y para que S.E. los aguardase en esta villa, donde llegarían dentro de pocos días. Me informó también de que, con dicha separación, la Convención había quedado con un mínimo insuficiente de diputados para poder continuar legalmente sus trabajos y obligada, por consiguiente, a suspenderlos y a disolverse sin haber podido sancionar la nueva Constitución que quería la mayoría: que en Ocaña habían quedado todavía algunos otros diputados del partido del señor Castillo que igualmente se retirarían si fuera necesario; que todo estaba calculado y que el golpe confundiría al partido demagógico, quitándole todo el poder para hacer el mal que estaba preparando a la República: que

todos ellos quedarían violentos y desesperados, pero sin poder hacer nada de legítimo y legal.

»Esta relación del comandante Montúfar confirma que el señor Castillo ha puesto en ejecución su proyecto, que lo ha logrado y que el Libertador va a hallarse en tranquilidad pública y realizar el plan que se ha propuesto y del que me habló la víspera de su marcha, es decir, la noche del 8 del corriente. Puede ser también que al llegar a la capital de la República haga S.E. una convocatoria general del pueblo, y esta idea fue la que me permití darle, porque me acordé de la de Caracas del 2 enero del año 14».

Ocaña. Casa de Santander. Noche del 14 de junio

Despidió a Vargas Tejada con una palmotada, abrazó al doctor Soto, buscó la mano enguantada de Azuero, la sonrisa entrejunta y el ceño partido, preguntando a la última hora de la noche por el enorme vacío en la boca de su estómago, el impaciente temblor de sus párpados, que, él sabía muy bien, nada tenía que ver con sus incontrolables párpados en medio del sopor de los mediodía en el llano cuando la duermevela preguntaba por el día y la hora de conocer al general Bolívar, jodido como estaba por el catire Páez. Noche y corredor le aventaron un respingo que hizo voltear a sus compañeros de tarea en las innumerables horas de Ocaña, ácidas muchas veces, hasta amargas como las bilis del Bolívar y Palacios, aunque abiertas a las oscuras esperanzadas de otras horas, otros días, otros años sin el general por encima de él, reconocido mucho más allá de él, pues no solo el caraqueño era portador de la gloria. Cerró la puerta con tal envión que despertó a las cocineras y alarmó a los guardias escogidos por él para que en menguante cuidaran hasta de su respiración. Encontró la habitación llena de sombras, cual no menos parecida a la figura del Libertador, y las despejó sacudiendo los brazos. Creyó dibujar una sonrisa en sus labios con el índice de su mano derecha y confundió el sabor de la sangre con el carmín de Nicolasa. Oyó voces pronunciando su nombre:

—Francisco de Paula —Voz aguda.

—Francisco de Paula —Voz sombría.

—Es tu destino, Francisco —Voz de agua turbia.

Sintió su cuerpo, arrogante, inflamado por la sangre de un jefe militar que ordena ajusticiar en nombre de la República. Buscó lugar en su cama, desvencijado, boca arriba. Miró el techo, con una mano detrás de la nuca y un montón de imágenes por delante. Alcanzó a gritar:

—¡De que lo jodo, lo jodo!

Cerró sus ojos. Oyó debajo de su almohada la voz de Bolívar: «No para siempre, Francisco». Volteó la almohada, pero no dejó de escuchar su propia voz que la sintió lastimera:

—Su palabra no es palabra de Dios.

—Mía sí es, Francisco, mía sí es —creyó escuchar con el timbre de Bolívar.

Intentó responder, atolondrado, pero el sueño le reclamó un ronquido.

Ocaña. Habitación de Santander. Amanecer del 15 de junio

Cuando despertó, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios todavía estaba allí.

El Socorro. Casa. Habitación. Mediodia del 15 de junio

Abrió la puerta de par en par como si quisiera expulsar los desvelos. El coronel José Bolívar le observaba, lleno de admiración, mientras intentaba limpiar, discreto, su uniforme empolvado. Fue a la ventana y abrió los postigos. Entró el mediodía.

—Ahora sí tenemos ambiente para terminar de oír sus noticias de Bogotá. Continúe coronel.

—Pues que aún deben estar festejando el movimiento popular ocurrido el día trece, su excelencia. Han desconocido la convención, todo lo que haga o haya hecho.

—Veinte diputados abandonaron la gran convención, y esta ha quedado disuelta.

Imprudente, el coronel Bolívar dio dos palmadas.

—Es una disolución vergonzosa, provocada por la maldad, las falsas teorías y las miras personales. No hay por qué lisonjearse, coronel.

—En la capital de la República le esperan con ansiedad, su excelencia.

—¿Qué opina el Consejo de Gobierno?

—El coronel Wilson viene en camino con la resolución del Consejo.

—Espero por él. Descanse usted, pues deberá regresar hoy mismo con la noticia de que estoy en marcha para Bogotá.

Extendió su mano al coronel y, cuando este alargó la suya, le estrechó su afecto.

—Cuídate, José.

El Socorro. Habitación de Bolívar. Noche del 16 de junio

«Al señor Coronel Luis Perú de Lacroix:

...»Montúfar, a quien vio Vd. en esa, ha llegado hoy a las doce y media del día; me ha informado de lo ocurrido en Ocaña, que no comunico a Vd. porque me ha dicho haberlo hecho él mismo. ¡Pero cosa singular! Hacía apenas media hora que estaba con el comandante Montúfar, cuando entró en mi cuarto el coronel Bolívar trayéndome la noticia de un movimiento popular ocurrido en Bogotá el día 13 de este mismo mes, movimiento que produjo un acto por el cual se desconoce la convención, todo lo que haga o haya hecho y se me nombra dictador. Así es que en menos de media hora he recibido en esta ciudad dos grandísimas noticias: la de la separación de veinte diputados de la gran convención nacional, que ha debido ser causa de disolución y la de la revolución en la capital de la República contra la misma convención y los demagogos. Todo esto me obliga a marchar mañana 17 precipitadamente para Bogotá, donde pienso llegar el 20 o 21 del presente. Allí recibiré las ulteriores noticias de Ocaña, que me interesa conocer. No deje Vd. de informarme de cuanto llegue a su conocimiento y enviarme volando las cartas que reciba para mí. El general Soublette no sigue conmigo para Bogotá, y regresa a esa para de ahí seguir a Venezuela. Ya tenemos un desenlace, o más bien un resultado de las locuras de la

convención. Su vergonzosa disolución y los actos populares, porque el de Bogotá va a promover otros en toda Colombia, no es lo que deseaba, porque semejantes sucesos no afirman la República; son, al contrario, golpes que no solo conmueven sus cimientos sino que echan a perder la moral pública, la obediencia y el respeto de los pueblos, acostumbrándolos a las inconstancias políticas, a las sediciones y los excesos populares. Lo que yo anhelaba era una buena constitución análoga al país y a todas sus circunstancias, un código capaz de afianzar el gobierno y hacerlo respetar; capaz de dar estabilidad a las instituciones, garantías a todos los ciudadanos y toda la libertad e igualdad legales que el pueblo colombiano es susceptible de recibir en el actual estado de su civilización; finalmente, una constitución en que los derechos y los deberes del hombre fuesen sabiamente calculados, como igualmente los deberes y facultades de las autoridades. La convención no lo ha querido; la mayoría de sus diputados, alucinados, los unos por falsas teorías y los otros dirigidos por su maldad y por miras personales, han preferido el desorden al orden, la ilegalidad a la legalidad, más bien que ceder a la razón, a la voz de la patria y al interés general. Todo esto me confunde, me quita mi energía y me enfría hasta mi patriotismo; y, sin embargo, más que nunca necesito de ellos para sobrellevar la pesada carga que está sobre mis hombros».

Bogotá. Calle. Noche del 17 de junio

En medio de la niebla acuclillada dos hombres buscaron acomodo delante de una puerta: Pedro Carujo y Florentino González. Frotaron sus manos.

—El general Bolívar nos llega con poderes supremos —dijo Florentino.

—Es el rumor —dijo Carujo.

—En los cuarteles están de pláceme.

—También los pusilánimes.

—Ni lo crea.

—Su palabra escrita vaya por delante. Yo no creo mucho en esas vainas.

—Pues créalo.

Los pasos de dos ciudadanos apremiados por la noche fría obligó a una pausa. Las miradas de ambos atendieron las figuras que la niebla ocultaba.

—En Santa Fe las paredes oyen —comentó Florentino.

—Me importa un bledo —respondió Carujo.

—¿Cuándo abandonarás el acento español? —le preguntó Florentino, irónico.

Bizcuerno es Carujo, más no tanto como ahora. Respondió con rabia:

—Cuando acabe con el general.

—Paciencia, coronel Carujo, paciencia. Mañana nos reuniremos en el almacén de Wenceslao Zuláibar, a las tres de la tarde. Allí descargará su furia española.

—Estoy harto de reuniones. Muy harto.

—A partir de mañana iniciaremos el último acto. Vaya usted con Dios, coronel.

—Hasta ahora no lo he necesitado, Florentino.

Carujo saltó al medio de la calle. Un farol dibujó sus cinco pies de altura, el pelo ligeramente rubio, la tez marchita en una edad cercana a los treinta.

La pálida luz del farol cayó desplomada en los ojos desmesuradamente abiertos del coronel, casi como de gata en celo.

Bucaramanga. Casa de Perú de Lacroix. Noche del 17 de junio

Contempló el fragor de las llamas en el candelabro. No supo cuánto tiempo. Ciudadano de normas, seguro de sí, cualquiera fuese la responsabilidad que le asignaran como hombre de armas, como agente y cortesano de ocasión, y ahora, por reclamo personal, redactor de un diario de la residencia del Libertador en la villa de Bucaramanga y de la reunión, en la ciudad de Ocaña, de la gran convención nacional. En su pecho una carta, sumido el corazón. Aferrados sus pies bajo la hamaca para escuchar la voz del general, cuya palabra tenía metida en sus apuntes celosamente escritos para hacer conocer al Libertador, «presentándolo a la faz del mundo tal como es, tal como piensa, tal como obra y se maneja tanto en los negocios públicos como

en su vida privada». La circunstancia no le podía ser más propicia para escuchar mañanas, tardes o noches, según fuera la disposición y el ánimo del Libertador. También el tresillo le servía para escuchar anécdotas del Libertador. Recordó una imagen en la voz del general: «El tiempo de desengaño», para referirle de las campañas de los años 13 y 14, que ahora él, Luis Perú, sin el de Lacroix —que agregara a su apellido en los días de vigilar a Luis XVIII en su destierro, por encargo de Napoleón, después de la campaña de Rusia, para que le tuviesen por noble—, que ahora él calificaba como el tiempo del engaño.

Creyó escuchar la voz del general, delgada y triste. Tenía un perfume de madera vieja: ¿Bálsamo acaso? ¿Ceiba de Bogotá? ¿Samán? Sintió inundados sus ojos, pero ninguna lágrima dejó correr. Bajo la mecha crepitante de una vela, la palabra del Libertador. En la mesa encontró la copa que él mismo había servido de una damajuana con vino puesto a su antojo por querencia del general. Vació la copa y alzó la damajuana. Gustó del torrente por su mano adelgazado. Oyó sobre el piso una gotera. Buscó acomodo en la hamaca para espantar tribulaciones. Bambolear sintió su cuerpo como si de pie estuviera sobre la hamaca: ejercicio que en muchas ocasiones quiso hacer a la manera del Libertador.

Ubaté. Casa de campo. Mediodía de junio

Desperezó el cuerpo con los ajetreos de soldados y campesinos en el corral. Aspiró sin desperdicio el olor de salvia y sicómoro. La desesperanza hacía estragos, una melancolía de mierda clavada en su nervadura. Salió a caminar. En el pasillo encontró a Santana con los brazos cruzados y la vigilia en los ojos.

—Contra ellos no puede la perfidia ni la intriga.

Santana, por decir algo, soltó una frase de ocasión:

—Todos están de fiesta.

Suspiró. Pasó sus manos por el poco pelo echado hacia delante sobre las orejas.

—Escríbale al señor Castillo que sigo rápidamente a la capital donde me esperan —Ahora son las manos por la cabeza para despejar el frío—. Que allí le aguardo para que me ayude y completemos la obra

de regeneración, para que sentemos la patria sobre las bases tan sólidas como liberales; para que la pongamos al abrigo de las tempestades.

Interrumpió sus instrucciones para prestarle atención al alboroto en el corral. Un grupo de soldados desmontaba de sus bestias. Ladraban los perros. La calle como revuelta, convertida en un barullo. Ferguson no ocultaba su regocijo. El general Rafael Urdaneta había llegado, montado sobre una mula, rebosando energía. Salió a recibirlo, pero antes dijo a Santana:

—La carta para el doctor Castillo la escribiré de mi puño y letra. Termina la dirigida al general Soublette.

Por el corredor sus pasos apresurados: lleno de calor el semblante. Aplausos en el corral.

Urdaneta avanzó con la mano afervorada. Batiendo los brazos llegó el Libertador y juntó su frente a la de Urdaneta.

—¡Tamaña sorpresa, Rafael!

—¡Su excelencia!

Ubaté. Casa de campo. Noche de junio

Noche desplegada. Luna llena. Hogueras dispersas. Violines. Guitarras. Canciones. Pasean el Libertador y Urdaneta trajeados de uniforme militar, bajo la luz de los faroles.

—¿Desde cuándo no veías al Libertador con las charreteras puestas? –pregunta Ferguson a Santana.

—Pues ni recuerdo.

—¿Y desde cuándo no le veías centellear?

—Desde la carta del doctor Castillo con el anuncio de que los bolivianos abandonarían la convención para abortar el proyecto de Santander y su gente.

Ferguson tomó a Santana por el antebrazo. Bajo un portal de la casona lograron escuchar:

—Santa Fe es una fiesta.

—¿Como en los días después de Boyacá?

—Parecido, aunque ahora no hay tantos correlones.

—¿Y Manuela?

—Disparada.

—¿Quién le pone frenos?

—¿Para qué, Simón?
—¿Y los facciosos?
—De reunión en reunión.
—¿Y tú que dices?
—Que esperan por Santander para darle cuerpo a la conspiración.
—Nada halagüeño el futuro, Rafael.
—Todo depende de usted, general.

Vecinos de Ubaté irrumpieron con fanfarria a visitar a su padre Libertador. Aplausos y vivas y muchas velas y cohetes. También el cielo era una fiesta.

Bucaramanga. Casa de Perú de Lacroix. Noche del 21 de junio

«Hoy se aparecieron los señores diputados José María del Castillo, Juan de Francisco Martín, el Dr. Aranda y el general Pedro Briceño Méndez, los cuales me confirmaron los detalles que el comandante Montúfar me había dado; me mostraron igualmente el manifiesto que han redactado para presentarlo a la Nación en justificación de su conducta y exponiendo en él los motivos que los diputados han tenido para separarse y para protestar contra la mayoría de la gran Convención, cuyas miras y proyectos eran la ruina y la disolución de la República. El Sr. Castillo me habló de aquella separación como habiendo sido la ejecución del proyecto más sabiamente concebido y calculado y como una victoria completa y espléndida ganada por un pequeño ejército sobre uno muy numeroso, muy veterano y muy aguerrido en el arte de la intriga; pero que la estrategia y táctica del primero habían sido menores y hecho ganar la victoria aunque abandonando el terreno al enemigo. Todos ellos me hablaron mucho del Libertador y del sentimiento que tenían de no haberlo encontrado. Al general Briceño le entregué la carta de S.E., en que le dice los motivos privados que ha tenido para no aguardar su llegada a Bucaramanga. Briceño convino en que el Libertador había tenido razón y que efectivamente no debía aguardar la llegada a esta villa de los veinte diputados. Me dijo además que todos ellos pensaban separarse y seguir cada uno para su casa; que él aguardaría la llegada del general Soublette para seguir con él y el Dr. Aranda hasta Caracas. 'Los demagogos son muy osados, me dijo el general Briceño, y

nos están preparando un porvenir funesto. Solo la actitud de Venezuela podrá contener a los de la Nueva Granada, pero desgraciada la pobre Colombia si el fuego revolucionario vuelve a encenderse en Venezuela donde hay tantos materiales. No sé yo lo que hará el Libertador y no sabría tampoco qué consejo darle en las circunstancias. Santander es un gran malvado que tiene las peores intenciones, su ambición al mando es excesiva y la oculta aparentando su enemistad contra el Libertador, y esta es coloreada con motivos supuestos de liberalismo, de Libertad, de interés público; pero para Santander la sed del mando es todo; sus principios son el poder y la avaricia y para él todos los medios son buenos para subir al primero y satisfacer la segunda'».

Bogotá. Quinta de Bolívar. Patio. Noche de junio

—Y usted anda como de feria, mi señora.
—Pues sí, Jonatás, como de feria.
—Me contenta verla como de quince.
—A esa edad estaba encerrada en un convento.
—Haciendo travesuras, según dicen.
—Sus razones tendrán. ¿Conseguiste la canela?
—Y mucha.
—Pues ve a sahumar las sábanas, que muy pronto lo tendremos en Santa Fe.
—Como usted ordene, mi coronela.

Bucaramanga. Casa de Perú de Lacroix. Noche del 22 de junio

»Por la mañana llegó el general Soublette, por la tarde llegaron igualmente casi todos los demás diputados, compañeros del señor Castillo. El General fue inmediatamente conmigo a visitar a este último y a los demás diputados. Al acercarse a dicho señor Castillo le dijo: «Lo estoy viendo aquí y todavía no lo puedo creer». «¿Cómo? —le contestó el otro. ¿Usted, entonces, no me suponía capaz de una resolución fuerte y decisiva?». «No tanto como eso, repuso el General, pero no de una determinación igual a la que acaba usted de ejecutar». Entonces hablaron del movimiento popular de Bogotá y el general Soublette le

dio la noticia del ocurrido en la capital de la provincia de El Socorro el día 17, después de haberse puesto en marcha el Libertador; movimiento de igual naturaleza que el de la capital de la República. «Pues, dijo Castillo, la conmoción será general y ella es la universal y soberana sanción de nuestra separación; ahora el Libertador debe determinarse a constituir la Nación y darle una Carta tal como se desea». El mismo señor nos dijo que dentro de pocos días seguiría para Bogotá con los diputados del sur y que aconsejaría al Libertador la creación de un Consejo de Estado compuesto de individuos de todos los departamentos; consejo que tendría facultades legislativas además de las políticas, para asesorar al Libertador y presentar aún proyectos de decretos y reglamentos administrativos: todo eso hasta que las circunstancias del país permitieran la reunión de una nueva Convención Nacional. Entonces dije yo a dicho señor Castillo cuál era el proyecto del Libertador y me contestó que S.E. haría mal en no hacer lo que él le propondría, porque era el único medio en las actuales circunstancias, para salvar el país de la anarquía de que estaba amenazado y mantener el orden. «Colombia es un país perdido —continuó el señor Castillo—, si prontamente no se trabaja con la mayor actividad y firmeza en desarraigar el mal que está brotando por todas partes y un solo hombre lo puede hacer; no hay dos, solo, sí, solo el Libertador. Mas el miedo por su reputación, el temor de la posteridad lo hacen débil ahora y no quiere ver que sus glorias están más comprometidas en no perpetuar su obra, en dejarla bamboleando, que en consolidarla aunque sea por un gran golpe de Estado. Lo llamarán tirano, déspota, sea que retenga el poder o que deje le arranquen el bastón del mando: mejor cambiar el tal bastón en cetro: uno de hierro es el que más conviene para Colombia».

Bogotá. Plaza mayor. Mediodía del 24 de junio

Aclamado por el pueblo, salió de la Catedral, y fue conducido a un «elegante templo» construido en la plaza mayor. Le acariciaban los ojos de la multitud. Lloraron por él los de Jonatás, Nathán y Manuela. Gemidos, clamores, encantamientos, apogeos del corazón. El amor colectivo no es promesa, que lo dicen las manos alzadas, las inclinaciones, el deslumbramiento, oraciones y vértigos al paso del Libertador

hasta alcanzar la escalinata. Humilde silencio, desbordada angustia, suspenso el aire para escuchar su palabra:

—La voluntad nacional es la ley suprema de los gobernantes... Vosotros sois mis jueces: mi sangre y mi cabeza la sacrificaré por el pueblo, es todo lo que puedo ofreceros.

Caracas. Casa de Páez. Tarde de junio

Es la voz del general Páez cuando revisa su proclama y la recita delante de una silla de alto espaldar: «Un compatriota vuestro, el genio singular del siglo XIX, ha oído por fin el grito uniforme del pueblo de Colombia: el que por 18 años ha pasado de sacrificio en sacrificio por vuestra felicidad, ha hecho el mayor que podía exigirse a su corazón: el mando supremo que mil veces ha resignado, pero que en el estado de la República es obligado a ejercer».

Bogotá. Plaza mayor. Tarde del 24 de junio

Con el sufrimiento por dentro, como un ardor, como una comezón, con el pesar de la circunstancia que parecía negarle su amor por la libertad y el respeto sagrado a las instituciones de la Republica, abrumado por las angustias y los desprendimiento del pueblo, atendió todas las invitaciones y contestó con fervor los innumerables discursos de los representantes del poder civil y del poder militar:

«Al Presidente del Consejo de Ministros dijo:

»...La voluntad nacional es la ley suprema de los gobernantes: someterse a esa voluntad es el primer deber de todo ciudadano, y yo como tal me someto a ella. Siempre seré el defensor de las libertades públicas, y es la voluntad nacional la que ejerce la soberanía, y por tanto, el único soberano a quien yo sirvo como tal. Cada vez que el pueblo quiera retirarme sus poderes y separarme del mando, que lo diga, que yo me someteré gustoso y sacrificaré ante él mi espada, mi sangre y aun mi existencia: tal ese juramento sagrado que hago ante todos los magistrados principales, y lo que es más, ante todo el pueblo».

«Al presidente de la alta corte de justicia dijo:

»Señor Presidente: Los guardianes de nuestras leyes, los que mantienen el sagrario de nuestros derechos y de nuestros deberes, son los ministros del Poder Judicial. Como tales ningún homenaje, ningún aprecio es más sagrado para mi corazón; y vosotros al darme vuestro asentimiento me obligáis a conservar ese depósito de nuestros derechos y obligaciones. Yo ofrezco, señor, que la justicia será mi primer objeto en la administración de que voy a encargarme por la voluntad pública. La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la disposición de la justicia y en el cumplimiento estricto de las leyes, para que el justo y el débil no teman».

»Al intendente de Cundinamarca dijo:

»...Bogotá ha sido siempre y es el trono de la opinión nacional. Viéndose en el conflicto de perder su libertad o sus leyes, quiso perder más bien sus leyes que su libertad. El pueblo, que siempre es más sabio que todos los sabios, tomó sobre sí la carga que no podía llevar la nación misma, que era la de conservar su gloria; pero este pueblo generoso ha querido que un pobre ciudadano se encargase del peso más abrumador que pudiera confiarse apenas con justicia a un inmortal. Un hombre que se pone sobre los demás hombres; que debe juzgar de sus conciencias, de sus acciones, de sus bienes, de sus vidas, ¿quién puede ser este? No lo conozco sino en la sabiduría, y la sabiduría no puede existir entre los hombres. Sin embargo, la voluntad nacional será mi guía, y nada podrá retraerme de consagrar mi vida a su servicio y conducir a este pueblo adonde él quiera... El pueblo es la fuente de toda legitimidad y el que mejor conoce, con una luz verdadera, lo que es conveniente y lo que es justo. La voluntad nacional pidió reformas y se nombraron diputados para dictar leyes benéficas y sabias. Nuestros antiguos disturbios tuvieron bastante influjo y poder sobre el espíritu de nuestros diputados para no permitirles reunirse bajo un solo punto para bien de la República. La Gran Convención se ha disuelto, y casi al mismo tiempo el pueblo de Bogotá, como inspirado del cielo, se ha reunido para tratar del bien de todos: tenemos una voluntad, dijo; que esta se haga; tenemos un hijo: que este venga y eche sobre sus hombros el peso enorme del gobierno. Yo deseo, señor intendente, llenar los votos de mis conciudadanos y estoy dispuesto a sacrificarme por cumplir la voluntad de Colombia... Mi sangre y mi vida las sacrificaré por el pueblo».

«Al comandante general de los Ejércitos dijo:

»Sois el tributo de los ciudadanos armados, que no son más que los hijos de la Patria autorizados para defender sus derechos. El ejército de Colombia ha sido el modelo de las virtudes cívicas y militares... Este Ejército quería tomar sobre sí sus primitivos derechos y deliberar; pero no; el soldado no debe deliberar. ¡Desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera! Sin embargo el ejército no ha querido más que conservar la voluntad y los derechos del pueblo; por tanto, él se ha hecho acreedor a la gratitud de los demás ciudadanos: yo lo respeto. Ese ejército ha sido la base de nuestras garantías, y lo será en lo sucesivo: lo ofrezco a su nombre; séame permitida esta vanagloria como su primer soldado. Yo sé que el ejercito de Colombia no hará nunca más que la voluntad general; conozco sus sentimientos; él será el súbdito de las leyes, el apoyo de la justicia y de la libertad».

Le habían recibido con una alegría solo comparable a la del año 19. Le aclamaban como el salvador. Soñaba en establecer la patria sobre bases tan sólidas como liberales. Soñaba en ponerla al abrigo de las tempestades. Soñaba.

Casa de Santander. Habitación. Noche de junio

Despertó bañado en sudor. Con una enorme sobaquina. Tiró la cobija de un solo carajazo. Metió la cabeza debajo de la almohada. El frío le aguijoneaba los talones. ¡Ay! ¡Si estuviera Nicolasa para calentarle los pies! La mujer de turno en el otro cuarto, mordiendo las congojas y contando las Ave María. Pobre Francisco de Paula, ayúdalo, señor, alíviale sus tormentos, que son muchos, que es uno solo, el padre de la patria, como tú, padre nuestro. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, líbranos de todo mal, amén. Él escuchaba crepitar la vela, su chucheo con las ánimas benditas, su revolcadero en la cama sola, los golpes de pecho, las interminables letanías.

Encontró sus ojos en la claraboya, la voz chillona del caraqueño, su palabra una oración, una salmodia, coro celeste, consagración.

Por qué su palabra, dijo, por qué su palabra, por qué su palabra, por qué no la mía, por qué no la mía la mía la mía. ¡Ay! Rompió a gemir sin desconsuelo. Señor, ten piedad. Virgen prudentísima. Virgen

clemente. Consoladora de los afligidos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

Casa de Santander. Habitación. Noche de junio

Al despertar, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios todavía estaba allí.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Noche del 24 de junio

Dejó caer su cuerpo sobre la cama. Saltaron por el aire sus botas. Cruzó sus manos debajo del cuello. Cerró los párpados para escuchar el silencio. Dormitó. Oyó unos pasos: de húsar, pero de mujer. Apenas si sonrió. Sobre sus labios cayeron otros labios, calientes, apesadumbrados como él. Abrió los ojos para encontrar los de Manuela, húmedos. Escuchó sus manos desnudándole, su respiración de golondrina, el pecho viviente, serenamente contenido. Oyó su camisa crujir, sus pantalones bajar arrastrando sus piernas. Sintió su cuerpo desnudo arropado por otro cuerpo desnudo y unos dientes encaramados sobre su pecho de piel desvencijada. Respiró. Olor de lirios en las axilas. Exhaló. Intentó mover los brazos buscando la cintura conocida, pero un desmadejamiento le inundó las arterias. Ella le acarició el costillar, las arrugadas piernas, los malabares de sus pies. Tosió, tosió, tosió hasta que la boca de Manuela le recibió sus miserias.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Noche del 24 de junio

Dijo con un timbre de voz que él sabía no era suyo:

—Nos jodimos, Manuelita.

—Haré lo imposible por salvarte —susurró ella.

—Me colmas, Manuela.

—Haz lo que debes hacer.

—Lo intentaré, mujer —respondió, agónico.

—Mujer no, Manuela.

—Lo intentaré, Manuela, mi amada mujer.

—Di: lo intentaré, Manuela, mi amada.

—Lo intentaré, Manuela, mi amada libertadora.

—Ahora duerme, duerme, duerme.

—¿Y?

—Y nada.

Los pesados, inciertos, desmesurados ronquidos del general no encontraron acomodo en los oídos amantes de Manuela. ¡Qué livianas dulces afligidas delicadas protectoras las manos de Manuela en el arrugado pecho del amado!

Bucaramanga. Casa de Perú de Lacroix. Noche del 26 de junio

«Nada hemos sabido del Libertador desde su salida de El Socorro para Bogotá. Mañana marchan para Venezuela los señores generales Soublette, Pedro Briceño Méndez y el doctor Aranda, y yo seguiré con ellos hasta Pamplona. Hoy se han puesto en camino para Cartagena los diputados Juan de Francisco Martín, Villavicencio y otros: pasado mañana seguirán para Bogotá los señores Castillo, Valdivieso, Icaza, Merino y otros, de manera que en esta villa cada uno de los diputados venidos con el señor Castillo, de Ocaña, ha ido tomando el camino de su casa como lo había pensado el Libertador. Hoy han llegado a esta algunos diputados de la mayoría de la convención y por ellos hemos sabido que aquella asamblea, después de la separación de los veinte, había votado su disolución el 16 del corriente y que, efectivamente, se disolvió el mismo día. Entre los diputados de la mayoría había dos o tres pertenecientes secretamente al partido del Sr. Castillo, sin que los jefes santanderistas lo sospechasen, y por lo contrario, tenían en ellos la mayor confianza creyéndolos de los suyos: uno de ellos ha llegado hoy y ha asegurado que, antes de separarse de Ocaña los miembros de dicha mayoría, había habido en casa del general Santander unas reuniones secretas de los más exaltados partidarios de la facción demagógica y que en ellas se había formado el plan de una conspiración general en toda la República y resuelto su ejecución encargándose cada diputado del papel o parte que le correspondía; añadiendo que el principal punto del proyecto es el asesinato del Libertador: que los diputados: Santander, Vargas Tejada, Arrubla, Montoya, Merizalde y otros estaban encargados de ejecutarlo

en la capital de Bogotá; el diputado Coronel Hilario López en el Cauca y Popayán; Aranzazu en la provincia de Antioquia; el Dr. Márquez en la de Tunja; Azuero y Fernando Gómez en la de El Socorro; Soto y Toscano en la de Pamplona; Camacho en Casanare; Tobar, Narvarte, Echezuría, Iribarren y Romero en Venezuela; finalmente, que todos los nombrados y algunos más se habían comprometido para la ejecución de dicho plan y habían calculado que en el mes de octubre siguiente todas sus disposiciones estarían hechas y podrían dar el golpe. De todo esto se ha informado al Libertador para que tome las medidas que juzgare convenientes».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Noche del 26 de junio

Dispuso colgar su hamaca mientras recordaba el texto de la correspondencia dirigida al general Montilla, a quien suponía entre dicterios, amuñuñando pesares y viejas arrecheras, pues la mierda de Simón (tal acostumbraba nombrarle Mariano cuando las primeras peleas en los solares de San Jacinto), no le enviaba noticias ni le ordenaba vainas que él quería hacer para limpiar la ciudad de demagogos y chupa medias: «Yo no pude resistirme al torrente popular que en este terrible momento me aclamaba como el salvador, y, desde luego, me ha puesto en una situación ventajosa ciertamente para la República, porque me da los medios de reformarla en todo aquello que sea indispensable, pero difícil para mí, porque me abruman la responsabilidad y las dificultades. Sin embargo, contaba con el aura popular y cooperación de los amigos como usted, que ocupan puestos importantes, no dudo que dentro de poco lograremos mejorar la República en todo y por todo».

Regresó al pequeño escritorio de caoba que recién había mandado a colocar junto a la cama y buscó acomodo en la silla. Resuello profundo, fatigoso. Pasó las manos por detrás de la nuca, antes de mojar la pluma. Continuó escribiéndole a Mariano, a quien supuso echado en la cama, sucias las botas, los ojos clavados en el techo: «Usted, pues, debe redoblar sus esfuerzos a fin de poner ese departamento en el mejor estado posible con respecto a rentas, justicia y moral. Los malos empleados y los perversos deben ser removidos en sus destinos, sobre todo aquellos de quienes no se tenga confianza, sea por su inmoralidad,

mal manejo y opiniones». Sintió rubor. No era su estilo reprimir a los desafectos; de ser así —pensó— la mitad de los empleados públicos colocados por Santander en Bogotá estarían fuera de sus puestos. Un ataque de tos le hizo saltar de la hamaca. Contra el espejo su voz: «En fin, usted estará en libertad de obrar de un modo que sea conforme a los intereses de Colombia. Usted no tendrá que temer la censura de los demagogos ni se verá atadas las manos para hacer el bien».

Examinó sus palabras, complacido, porque eran muy del gusto de Mariano. Tenían la carga de su reorganizada energía. Salió al corredor. Por instantes caminó a ritmo de vals. Los guardias no entendían ni un ápice. Menos Santana. Después lo vieron por la cocina observando el alero de una pared arruinado por la lluvia. Disfrutaba su cuerpo encamisado a la intemperie. En su memoria, una vez más, la imagen solemne y recia de las murallas de Cartagena de Indias, pedestal inagotable, desván de sus tristezas, muro de contención a sus arrestos para salvar a la patria cuando todos la consideraban irremediablemente perdida. Entonces el otro Castillo casi lo puso de rodillas implorándole ayuda. Gesto inútil. Pero le sobraban cojones para liberar a Venezuela. Y así lo hizo en hora menguada con un puñado de valientes y la bendición de Camilo Torres.

—Salté la cordillera —dijo al crucifijo adosado a la pared— empuñando la guerra a muerte contra la muerte, y batí a los españoles y a mis propios compatriotas realistas, ay, soldados del Rey.

Regresó a su habitación con un alivio un alivio un alivio. Escuchó sus dientes mordisqueando apenas la negritud del sueño.

Bucaramanga. Habitación de Aranda. Noche del 27 de junio

«Excmo. Señor Libertador presidente, etc., etc., etc.,

»Mi muy amado general:

»Hasta el Socorro habíamos pensado seguir, solo con el objeto de ver a V.E. En El Carbón supimos que V.E. se había vuelto ya a Bogotá, y recibimos su muy apreciable carta del 16. En consecuencia, hemos resuelto el general Briceño y yo marchar para Caracas, y hoy dejaremos este pueblo: el general Soublette sigue también con nosotros.

»No pensé yo retirarme a mi casa tan tranquilo y satisfecho, como estoy desde que adoptamos la determinación de separarnos de la

convención; pero el suceso de Bogotá, que a la verdad yo no tenía motivos de esperar, ha llenado todos mis deseos. La Patria ha renacido, y su destino no depende ya sino de V.E. Este era el clamor de los pueblos, y el objeto de todos nuestros esfuerzos. Hemos conseguido cuanto apetecíamos; lo demás depende ahora de V.E. Tranquilidad, orden y medidas muy enérgicas que preparen a reformas útiles, es lo que tenemos derecho de esperar de la administración libre de V.E.

»El señor Rodríguez ha sido el primero que se separó de la convención después de nosotros; él no ha contribuido a ninguno de los actos posteriores, y se halla en Cartagena esperando el pasaporte que solicita de V.E. para pasar a Europa, como lo tenía resuelto mucho tiempo ha. Él ha mantenido siempre los mismos sentimientos, y es muy acreedor a la estimación de todos los buenos, no obstante el temor que manifestó para abrazar nuestra resolución, pues que esto mismo ha sido efecto de la bondad de su carácter y de su natural circunspección en un negocio tan grave y nuevo. Él hace también renuncia de la secretaría de la junta de manumisión de Caracas, para que no haya ningún obstáculo en su salida del país. Si V.E. se dignase enviarle una recomendación para los ministros o agentes de Colombia en Europa, él quedaría muy agradecido a la bondad de V.E. Él nos ha servido bastante, y promete ser mucho más útil después de este viaje, que emprende con este objeto.

»El señor Villavicencio, diputado de Cuenca, que nos ha acompañado en todo, y ha venido hasta aquí, desea también una recomendación de V.E. para su obispo, para que se le coloque en un curato mejor que el de Santa Rosa, en que se halla actualmente, y que después de ser enfermizo no le da para subsistir. Esta recomendación debería ser muy expresiva, porque parece que aquel prelado no le mira bien por sus ideas liberales, sin embargo de que su conducta como eclesiástico y como ciudadano no puede ser tachada en lo más leve, según lo que yo he observado y me han informado otros.

»Yo me atrevo a molestar la atención de V.E. a favor de estos amigos, porque no he podido excusarme de hacerles este servicio; y porque confío en que V.E. disimulará esta libertad en negocios en que no tengo ningún otro interés que el que conozcan, que en cuanto está de mi parte, estoy dispuesto a corresponder a la buena voluntad con que nos han auxiliado en nuestros trabajos convencionales.

»En Caracas, como en todas partes, me tendrá V.E. siempre dispuesto a desempeñar el trabajo que me toque en la tarea de organizar

este país, que por todos lados tiene mucho que hacer; y aunque sea en lo de menos importancia, siempre me será agradable contribuir al restablecimiento del orden, y manifestar a V.E. que pertenezco a sus más fieles amigos, y soy con toda sinceridad, su más humilde servidor.

«Q.B.S.M.»

«*F. Aranda*».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Amanecer del 28 de junio

Despertó con la imagen de Diego Ibarra montada en un cuadro de familia y la voz de María Antonia correteando por la casa detrás de Andresito y Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Tremendo este muchacho, por la mezcla, a lo mejor, amamantado por dos pares de pechos, blancos muy blancos unos, de sangre castellana; negros muy negros los otros, de pura sangre africana. ¡Cuándo ira a sentar cabeza, Dios mío! Ya verá usted que ese maestro don Samuel va a regenerar a ese muchacho. Pues no lo creo, juraba María Antonia.

—¿Adónde carajo andará don Samuel? Dice ser como el viento y no como los árboles que echan raíces. ¡Buena vaina me echaste, maestro! Además, no te voy a perdonar tu desentendimiento con Antoñito.

Hundió la quijada en el pecho para espantar los recuerdos. Solo encontró la imagen de don Samuel, en mula, con sus innovaciones a cuesta.

—Bastante que las regamos, viejo, en Trujillo y el Cuzco y el Alto Perú.

La congoja le cerró los ojos. Al rato, plantó los pies sobre la alfombra veneciana que, no sabía por qué, le cosquillaba los pies. En el escritorio topó con la correspondencia para Diego Ibarra. Leyó: «En fin, mi querido Diego, comenzamos una nueva época y como mis amigos cooperen conmigo, ahora que cuento con la voluntad de la República, espero que podremos restablecer sus pérdidas y regenerarla». ¿Será posible?

—¿Te lo crees, Simón? —preguntó al Cristo pegado a la pared.

—¿Será posible? —preguntó al espejo.

El espejo le devolvió su imagen.

—Demasiado para este hombre acabado —dijo, penumbroso, a la imagen.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Mediodía del 28 de junio

Ocupó la mañana en cartas a muchos de sus amigos. A su admirado y venerado Cristóbal Mendoza le escribió para tentar su opinión: «…todos me ruegan que ejerza mis facultades en el restablecimiento de aquellas leyes antiguas que sean compatibles con nuestras circunstancias, y el clero, a nombre del Cielo, me pide que afiance sus derechos. Este sentimiento aseguro a Vd. que es unánime y general, porque, aunque tiene enemigos en los monopolios de la opinión o de la fortuna de Colombia, creo que por ahora no se opondrán».

En el espejo creyó ver el rostro adusto de don Samuel.

¿Qué hacer, si apenas cuento con un último resto de vida para salvar la República, corregir la moral, fundar la patria y, sobre todo, aumentar la hacienda, madre del crédito público, único recurso, este último «que nos queda para restablecer la reputación de Colombia».

Demasiado para este hombre acabado, le dijo a sus manos antes de pasearlas desde la cabeza hasta la cintura y soltar un carajo a la pared.

En la ventana un jilguero con su ajetreo. Suspiró para recuperar el aliento y decir:

«...añádase que el Perú acaba de cometer el escandaloso acto de invadir a Bolivia» ...la guerra, coño, otra vez la guerra. ¿Cómo hacer cuando las pasiones dominan sobre los corazones?

Revolearon sus ojos hasta encontrar las imágenes de O'Leary y Antoñito Sucre, que le alisaron el ceño.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Tarde de junio

Cruzaron la plaza bajo la llovizna, surcando puestos de campesinos. A cada paso un saludo, una inclinación, una reverencia. Vainas del amor.

—¡¿Hasta cuándo esclavos en una República libre?! —exclamó.

—El decreto está para su firma, general —dijo Restrepo.

—¡Basta de relajo de la moral y de la disciplina del ejército! —exclamó.

—El decreto está para su firma, general —dijo Restrepo.

—Volvamos sobre los pasos del ejército libertador. Lo requerimos para que nos defienda de la España tozuda y de los godos y militares ingratos del Perú. Un ejército capaz de liberar a Cuba, como siempre lo ha querido Antoñito.

Alcanzaron las escalinatas del Palacio de Gobierno. Por detrás neblina y sombras.

—El mariscal Sucre aún convalece de su brazo herido por la insurrección en Bolivia —dijo Restrepo.

—¡Ingratos!... Nos persigue el demonio —respondió con amargura.

—El demonio de la anarquía, su excelencia —dijo Restrepo.

—Pues a Sucre le queda el otro brazo para salvar a Colombia de los generales peruanos —dijo, y dejó correr el tiempo y su brisa. Agregó: Yo mismo bajaré hacia el sur para estar a su lado.

—Grande idea, general —dijo Restrepo, conmovido—. En el departamento de Venezuela todo está tranquilo, según las noticias del general Páez.

—Hasta que me abjure por insinuación de otros —comentó.

—¿Y su juramento? —preguntó Restrepo.

—Lo va a pasar por el forro, secretario, por el forro.

Llegaron al corredor. Toses. Neblina. Zozobra en el corazón. María Antonia una vez más: «No te dejes manosear por los caraqueños, y mucho menos por Páez y los valencianos. El salvador de la Patria has sido tú, cuando el llanero quiso destruirla. Tu espada le queda muy grande, Simón».

Acomodó el cuello en su camisa. Vio a O'Leary saliendo de la penumbra.

—¡Gracias, amigo Restrepo! —dijo a manera de despedida al secretario.

—Con su permiso, su excelencia.

—¿Novedades? —preguntó a O'Leary.

—Ninguna, mi general.

—Novedades tengo yo para usted.

—Diga usted, presidente —dijo O'Leary.

—Le he designado mi comisionado ante el gobierno del Perú —dijo y calló para esperar alguna reacción de O´Leary. Ninguna. Agregó: —Hemos mandado levantar 40.000 hombres y preparar 20.000 milicianos para las reservas: tan inmenso esfuerzo nacional nos servirá para impedir una invasión de España y hacer valer nuestros derechos con el Perú.

—Gracias por su confianza, mi general.

—Las mías por sus servicios en Ocaña, coronel O'Leary, pero engavete el optimismo.

—Me persiguen los desengaños, mi general —acertó a decir O'Leary.

—También a mí, coronel.

Por una puerta lateral asomó el ministro Castillo Rada, quien descubrió el rostro pálido de O'Leary, también sus brazos alzados para saludarle.

—Me complace verle, su excelencia… Excúseme, su excelencia, que le debo un abrazo al coronel O'Leary.

—¡Coronel! Qué alegría, le suponía convaleciente aún.

O'Leary abrazó a Castillo, al tiempo de que Bolívar, de pronto, con el deleite en el rostro y mucha, mucha picardía, mucha gracia poco vista, dijo:

—Uno de sus cómplices en Ocaña.

—Inteligente y bien resuelto, el coronel O'Leary —dijo Castillo.

—El coronel tiene un nuevo y difícil destino.

—¿Cómo cuál, presidente?

—Negociar la paz con los generales del Perú.

—¡Dios lo quiera! —exclamó Castillo.

—Confíe en él, coronel, pues la divina providencia como que no quiere saber de nosotros.

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho. Mañana del 8 de julio

«SEÑOR DOCTOR MIGUEL PEÑA.

»Mi querido Peña:

»Extraño es ciertamente que Vd. no hubiese recibido mi carta de Bucaramanga, cuando yo la he dirigido por conducto de mi amigo Montilla. Contestaré, pues, a su última y larga en que Vd. habla de

nuestras cosas de un modo que me ha causado la impresión fuerte con que Vd. marca todo lo que dice, y en otras circunstancias me hubieran afligido en extremo. Yo llegué a esta capital el 24 del pasado después de la disolución de la gran convención, que Vd. debió saber en Cartagena, y después del acta del 13 en esa capital, que fue remitida inmediatamente a Caracas. Este pronunciamiento, el más espontáneo de cuantos ha producido la revolución, es imitado con entusiasmo por todos los pueblos de la Nueva Granada, y, por momentos, se esperan los del Magdalena, que no pueden tardar. En la circunstancias en que nos encontramos, ninguna resolución podía ser más útil a la República, que infaliblemente se hubiera sumido en la anarquía, por una parte, y devorada por los peruanos, que nos acosan por todas partes, nos provocan a una guerra que ya no podremos evitar, y para colmo de perfidia han invadido a Bolivia bajo el pretexto de proteger al general Sucre, que se hallaba herido de resulta de una conspiración tramada por los peruanos, pero que afortunadamente fue ahogada.

»Yo he pensado que Vd. debe volver a su destino en esta alta corte, con el objeto de que este paso le sirva de indemnización por el desaire que tan injustamente le hizo la gran convención, y reciba Vd. esta espléndida satisfacción, al mismo tiempo que compondrá Vd. el consejo que pienso nombrar para que digan sobre los decretos y leyes que daré durante esta época. Mi idea es que cada departamento tenga uno o más representantes en mi consejo.

»Tenga Vd. la bondad de saludar a los amigos, y créame Vd., doctor, su más afectísimo amigo de corazón».

Bogotá. Palacio de gobierno. Despacho. Mañana del 9 de julio

«A. S. E. El general J. A. Páez

»Mi querido general:

»Después de mi última carta del correo pasado, he recibido noticias muy interesantes del Perú y Bolivia, en tanto que me he visto obligado a dar la adjunta proclama. El Perú, que cada día se muestra más enemigo y más ingrato, ha tenido por fin el arrojo de invadir a Bolivia bajo el pérfido pretexto de auxiliar al general Sucre, que acababa

de ahogar una conspiración tramada por los agentes peruanos, y en la cual se hallaban comprometidas algunas personas de importancia que fueron fusiladas en el acto. Al mismo tiempo, se nos asegura del sur que el general La Mar venía a invadir aquellos departamentos y, desde luego, no hemos titubeado en creer que la guerra es necesaria a nuestra propia seguridad, a nuestro honor y a la venganza nacional.

»Bajo de estas consideraciones, he dado mis órdenes al general Flores para que aumente su ejército y esté en estado de marchar a campaña. Desde luego, estoy resuelto a llevar la guerra al Perú, antes que permitir que ellos sean los invasores, no tan solamente por ahorrarnos esta vergüenza, como porque aquellos departamentos están en tal estado de miseria y pobreza, que no podrían soportar el peso de una campaña, siéndonos al mismo tiempo, más útil y más glorioso atacar que defender. Yo estoy cierto que 4.000 colombianos recorrerían toda la extensión del Perú, particularmente ahora que aquel país se halla dividido en partidos, y tan débil por la naturaleza de sus habitantes como por su ineptitud. Otro de los motivos que me obligan a llevar la guerra al Perú cuanto antes, es la seguridad que tengo de que los españoles nos enviarían una expedición inmediatamente que nos viesen comprometidos con aquel estado; y ya Vd. ve que no debemos dar tiempo a que los españoles realicen este objeto, que estuvo al efectuarse cuando yo salí de Caracas ahora un año, pues que la escuadra de Laborde debió traer 3.000 hombres de desembarco para cooperar con Cisneros, que nada pudo hacer gracias a la actividad e interés de Vd. Esto lo sé por una autoridad muy fidedigna.

«Por acá todo marcha regularmente después del acta de esta capital; y todos los pueblos remiten las suyas a proporción de las distancias. Las de Magdalena no podrán dilatar. En el Sur ya lo habían hecho de antemano.

»La causa del general Padilla se sigue con todo rigor y justicia y muy pronto estará en estado de sentencia. El fiscal ha pedido ya el arresto del general Santander, que se hallaba complicado en esta conspiración y que, como siempre hemos creído, ha sido su promotor corrompiendo a Padilla; pero como aun no ha regresado de su comisión goza de la inmunidad correspondiente a ella. Más tan luego como venga, o antes si las circunstancias lo exigen, se cumplirá lo que el fiscal

pide y lo que la vindicta clama para su reposo. Por mi parte bien resuelto estoy a llenar la sentencia de los tribunales.

»Escribo al amigo Peña instándose porque venga a tomar su destino en la corte suprema de la república, y no debe excusarse cuanto que ésta es una satisfacción que él debe recibir por el agravio que le hizo la gran convención, y además que yo lo quiero tener a mi lado como uno de los representantes para el consejo que voy a formar, como dije a Vd. en mi anterior. Peña entrará por Venezuela.

»A Carabaño que me diga si quiere ir a Brasil.

»Yo sigo en el mismo proyecto que manifesté a Vd. en mi anterior.

Es preciso, mi querido general, que Vd. se empeñe en proteger al padre Blanco, que es la víctima de su celo por el gobierno y no es justo que lo dejemos sacrificar, para que no se burlen los pueblos. Yo le recomiendo este amigo.

»Pienso también nombrar a Mariño o Bermúdez para que venga al consejo de estado. Al primero para que vea que se le estima; y al último por mil razones. Si Mariño quiere venir, que se disponga, y si no que se lo indique a Bermúdez para que se apreste.

»Soy de Vd. mil veces amigo».

«P.D. Ya he mandado que se juzgue por consejos permanentes a los militares para que haya más respeto a los jefes».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Tarde del 16 de julio

«Señor general Diego Ibarra. Mi querido Diego: He recibido tus apreciables cartas por todos los conductos que me las has mandado, en la inteligencia de que no se ha perdido ninguna, según entiendo.

»Por acá marchando todo bien, pues ya sabrás el pronunciamiento de todos los pueblos de Cundinamarca, que al fin se han decidido a sostenerme de todo corazón, sin que un solo cantón ni una aldea haya resistido a tributarme sus sufragios. Todo está marchando muy bien, pero el Perú nos está inquietando por el Sur y, al fin, tendremos que hacerle la guerra. Lo peor es que al mismo tiempo nos amenaza una expedición de 12.000 hombres que ya debe haber llegado a las costas de América. Esta sola amenaza es un grave mal para nuestra industria, y nuestro comercio se acabará de aniquilar. Si por desgracia eligen a

Colombia para esta visita, no quedarán más que cenizas al cabo de seis u ocho años de lucha y no será extraño que así sea, sabiendo nuestras disensiones y la guerra con el Perú. En fin, Dios nos de paciencia y constancia para sobreponernos a tantos males».

Pensó en Sucre. Una vez más confiaba en él, medio baldado como estaba. «Hay esperanzas de que el general Sucre derrotará a los peruanos y entonces Flores marchará con gran facilidad hasta Lima, pero si Sucre sucumbe, la guerra con el Perú será difícil y costosa por la naturaleza del país y porque la opinión no nos ayudará nada. El estado del Sur es tal que no podemos dejar de hacer esta guerra».

«Mil cosas a la familia y dale un besito a la ahijadita.

»Soy tuyo de corazón».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho. Mañana del 16 de julio

«AL SEÑOR DOCTOR MIGUEL PEÑA.

»Mi querido doctor:

»Ansío por saber de Vd., de su llegada a Venezuela y más que todo recibir su contestación sobre las dos propuestas que le he hecho en mi carta anterior, es decir, si Vd. se determina a venir a esta capital, pues que ya se acerca el momento en que nos debe servir con sus mejores consejos en el destino que le indiqué.

»Mando a Vd. un manifiesto de los diputados que se separaron de la convención, para que Vd. lo vea como uno de los interesados particulares en este suceso y le sirva de satisfacción.

»Por acá no hay nada de nuevo, y soy de Vd. amigo de corazón».

Escueta carta —pensó. Tan solo lo estrictamente necesario.

—Le prefiero acá, doctor, con sus consejos, que no allá, en connivencia con Carabaño, exhortando al catire a Dios sabe qué de disparates contra la República —le salió de adentro.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho. Noche del 21 de julio

Amaneció decidido a tomar algunas medidas que le devolvieran la tranquilidad de ánimo. En la noche escribió a Mariano Montilla:

«He nombrado a Vd. jefe superior de los departamentos del Istmo, Magdalena y Zulia para que los defienda de todo mal, sea contra los españoles, que dicen nos van a atacar, o sea contra los facciosos que se pueden levantar en estas circunstancias. Autorizado Vd. con facultades extraordinarias y revestido del poder civil, militar y político, yo no tengo más que pensar en esos departamentos litorales. Vd. debe atender al Istmo en preferencia a todo para que no sea de nuevo el teatro de los escándalos. También debe Vd. atender con mucho cuidado a Maracaibo porque es el punto de predilección para los ataques de los españoles. Mire Vd. que no hay la menor duda de que vienen los tales españoles en un número crecido de tropas a La Habana. No se sabe si será para Colombia, Méjico o Guatemala, pero uno de los tres tendrá visita.

(…) «Sobre todo, ruego a Vd. arregle esa hacienda que puede dar tres veces más de lo que da, como sucede en los demás departamentos. Es una picardía que en Cartagena no dé más; pues dondequiera que se arregle la hacienda da para sus gastos superabundantemente. Empéñese Vd. en que se arrienden las alcabalas y los aguardientes o en que se administren bien por lo menos. Con esos dos ramos solos tiene el gobierno para todo, pero si se dejan perder no tendrá para nada».

Caracas. Casa de María Antonia. Tarde de junio

«Al Excmo. Señor Libertador Jefe Supremo de Colombia. Bogotá.

»Mi querido Simón: Me alegraré que estés bueno, por acá no hay novedad gracias a Dios todo se ha hecho con orden y alegría y han quedado contentos de que tú seas el que mande a excepción de aquellos hombres que por sus fines particulares no quieren el orden y aun estos se han mostrado muy moderados. A mí no me gusta esto porque es doble el trabajo que tienes, pero me conformo porque todos lo quieren así y no hay otro medio. Anoche hubo una gran función en la plaza con tu retrato y fue muy numeroso el concurso. El retrato fue y vino en procesión con música y todo el pueblo y militares, que repetían continuos vivas y aclamaciones y por la mañana Te deum con salva de artillería, en fin el día estuvo muy divertido, pues hasta aquellos antiguos gigantes salieron por las calles. Yo estoy algo mala y así no soy más larga. Pide a Dios que te dé acierto y fuerzas como se lo pide quien más

te quiere. Antonia. Toda mi familia te felicita y Camacho creo que te escribe».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche de julio

Del general es una vaga tristeza y el escozor metido hasta en la almohada. De él son las piernas recogidas y la mano derecha buscando acomodo un poco más abajo de sus genitales. De él los blandos ojos apagados por su párpados. De la calle son las voces que atropellan las notas de La Libertadora. Sintió calor en el corazón. Aliviado, concilió el sueño.

Bogotá. Quinta de Bolívar. Mañana del 24 de julio

«...Poblaron de tiendas de campaña las colinas adyacentes al recinto de la quinta y alojaron al renombrado batallón granaderos, que divirtió a los espectadores con brillantes evoluciones militares; al oriente de las casas colocaron tasajeras para asar novilla a la llanera, grandes barriles de chicha y enormes canastos de pan para festejar al pueblo. El interior de la quinta se adornó vistosamente con festones y banderas entrelazadas, y en los jardines, al aire libre, se colocaron mesas arregladas con elegancia, provistas de los mejores manjares y vinos» (…) «En cada colina se reunieron grupos de danzantes que bailaban al compás de la música del batallón; otros se bañaban en el río..., y todos comían y bebían sin tasa...».

En la cocina Jonatás y Nathán terminaron, entre risas y silencios, de acondicionar «un bulto de trapo» con las «canillas adornadas de seda negra más largas que las de un gigante».

—Negras como su alma —dijo Jonatás.

—Largas como sus malas intenciones —dijo Nathán.

Manuela entró y preguntó, graciosa, con un tricornio en la mano:

—¿Está listo?

—Como usted lo ve —dijo Jonatás, enseñándole el bulto.

—¡A semejanza! —dijo Manuela.

Detrás de Manuela, Jonatás y Nathán con el bulto en los brazos. Cerraba el desfile José Palacios, todo lujo, sacudiendo una campanilla. Los invitados, curiosos, rodearon y siguieron al cortejo. El

bulto fue puesto contra una pared, a la entrada de la quinta. Desde el campo asomó un grupo de ganaderos comandados por el coronel irlandés Richard Crofton. La música calló. Crecieron los murmullos. Manuela, delicadamente, como en un escenario, colocó un tricornio en la cabeza del muñeco de trapo. La acompañaba el presbítero Francisco Javier Guerra y de Mier, quien le administró los últimos ritos al muñeco cuya cara adquirió el parecido de Santander por el dibujo de Manuela. Jonatás colocó en su cuello un letrero que quedó colgando sobre el pecho del muñeco: «F. de P. S., muere por traidor». Risas. Aplausos. Manuela ordenó a Crofton con una mirada.

—Alférez Quevedo, ordene fusilar a ese espantajo —dijo Crofton a un ayudante.

—Me niego, mi coronel, a participar en esta indigna farsa —respondió el alférez.

El pelotón colocado a la derecha del coronel oyó su voz:

—¡Fuego!

Nathán ordenó a los músicos, pues sus manos saltaron enérgicas. Irrumpieron petardos y los sones de una cachucha.

Bogotá. Despacho del intendente. Mañana del 25 de julio

«Averiguar sumariamente la concurrencia y sus autores y cómplices para tomar las medidas que son del caso, y si resultase algo criminal y que deba ser juzgado pasar la causa al conocimiento del juez competente», tal es la orden —dijo el intendente Pedro Alcántara Herrán.

El jefe de la policía, Buenaventura Ahumada, averigua en los ojos del intendente.

—Como usted ordene, general.

Bogotá. Plazoleta de San Carlos. Mañana del 26 de julio

—Tal es la orden, Jonás —dijo un sargento de policía.

—Jonatás, amorcito, Jonatás —al oído del policía.

—Cuéntelo a doña Manuela, y deje las vainas, Jonás.

—Como usted mande, mi sargento —dijo Jonatás, metida en la información.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Mediodía del 26 de julio

Meditabundo, sombrío, tomó algunos libros de la biblioteca y los colocó sobre el escritorio, apilándolos en pequeñas columnas. Manuela abrió la puerta y desde ella preguntó:

—¿Me llamaba usted?

—Pasa —le respondió, incómodo.

Manuela observó el cuarto en penumbra, el rostro adusto y sombrío de Bolívar.

—¿Abro la ventana?

—Si así lo quieres.

Manuela caminó hasta la ventana y entreabrió sus alas. Bolívar, conteniendo el mal humor, le dijo:

—Para resarcir el ultraje al general Santander en ese acto miserable y torpe, he tomado algunas medidas. Suspendí a Crofton, el comandante de Granaderos, y al cura Guerra le di su buena enjabonada.

—¿En cuanto a mí? —preguntó Manuela, agresiva.

—Creo que deberás permanecer alejada del público o salir de la ciudad.

—De la ciudad no me voy, pero de aquí ahora mismo —respondió Manuela, al borde de las lágrimas. Dio media vuelta, girando como un húsar, que nunca como en ese momento lo era, y agregó: —Buenas tardes, señor presidente.

—¡Manuela! ¡Manuelita! —dijo él, desencajado.

—Yo monté una farsa, pero Santander no tendrá escrúpulos para intentar asesinarte —dijo ella, desde la puerta, sin voltear la cabeza.

Los mastines de José Palacios, uno bayo y el otro rubio, ladraron de pesar y terminaron por echar sus cuerpos palpitantes a los pies del mayordomo.

Bogotá. Casa. Habitación. Noche del 28 de julio

Urdaneta tenía dispuesto poner el coraje entre las piernas. «No me va a arredrar el grupito de leguleyos» —dijo al general París esa misma tarde. En cuanto al vicepresidente, pues le sigo los pasos. Informé a Montilla para que estuviera ojo de garza. Lea, general. París leyó:

»A mí también me puso en cuidados el viaje de Santander a Cúcuta, y oportunamente coloqué espías que me diesen cuenta de todo, pero ya sabemos que se ha venido por Pamplona a Bucaramanga, y es probable que en breve esté aquí. En Cúcuta le hicieron actas a su presencia, pero en Pamplona fue muy obsequiado, principalmente por el comandante general Fortoul, que como siempre ha sido militar de chanza, se liga poco con nosotros; allí van a vivir Soto y Toscano, y aquella provincia nunca será decididamente nuestra, si no se limpia de estos señores. Yo no sé qué hará el Libertador con Santander y sus amigos: Es imposible que él deje de ser un obstáculo a la verdadera organización de Colombia. Ahora vendrá aquí, estará quieto los primeros días, y si no se procede contra él, perderá el miedo y volverá a intrigar como lo hizo el año pasado. Hasta ahora no hay más contra él que la declaración de Muñoz, y si por sus actos en la convención o por su conducta anterior no se le juzga, yo veo que lo van a dejar aquí, porque varias veces he hablado al Libertador sobre él, y siempre me ha dicho que no sabe qué hacer, conformándose con esperar lo que resulte de la causa de Padilla».

—Magnífico, general.

—Pero mi mayor preocupación, mi amigo París, es el rumbo que puede tomar la seria divergencia de la canalla del gobierno peruano con el gobierno de Bolivia, y el destino mismo del Libertador y de Colombia.

—No parece oportuno ningún enfrentamiento —dijo París.

—Correcto, mi amigo. Permítame leer este párrafo de la carta que escribí a Mariano: «No sé como opinará U. sobre la guerra del Perú, yo no he podido decirle antes nada sobre esto, pero voy a hacerlo ahora. No estoy porque se haga la guerra: de hacerla es preciso que el Libertador se vaya, y si se va Colombia no se restablece. Nosotros nos hemos puesto en sus manos para que nos salve de la borrasca general que corre toda la América, y para que Colombia regenerada pueda

servir de antemural a la anarquía de este mundo de locos, y pueda si es necesario llamar a juicio a los vecinos. En una palabra, hemos querido reconcentrarnos en nosotros mismos, bajo la dirección del Libertador. Si él se va, ¿qué mejoras puede hacer a la administración?, ninguna, dará algunos decretos que vendrán a ejecutarse después que él se vaya, establecerá un Consejo de Estado que será un cuerpo acéfalo que no tendrá prestigio, y que no tardará mucho en ser desobedecido, dejará entre nosotros los gérmenes de los males pasados que no cesarán de obrar en contra, y la opinión se dividirá perdiendo el Libertador su prestigio, y vendríamos a caer en los mismos males que hemos tratado de evitar. Los pueblos que han esperado gozar por medio de este cambio de más estabilidad y reposo, van a ver que los primeros pasos del nuevo gobierno son reclutamientos, empréstitos para la guerra, exacciones y vejaciones y lo que es más que todo, jamás lograremos hacer nacional esta guerra, porque las razones en que se apoya no son las que alcanza el común de las gentes.

«Mi plan sería hacer un armisticio con el Perú y dejarlos allá que se matasen ellos y los bolivianos, y que un año por lo menos nos ocupásemos de restablecer a Colombia. Es menester convenir en que los peruanos se han puesto en armas contra nosotros porque temen mucho al Libertador: sabiendo ellos que no se les ataca, no se meterán con nosotros porque no está en su interés el hacernos la guerra. Nadie se persuade si la hacemos que los sentimientos personales del Libertador no tengan parte en ella. Contraídos nosotros a nosotros mismos, dentro de poco tiempo tendremos estabilidad, un sistema regular y nuestra propia marcha nos hará respetados».

—¡Coño, general París! Si el Libertador me escuchara, no cometería tantas pendejadas.

—De pronto te escucha, Rafael.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho del Libertador. Noche del 29 de julio

«Al señor J. Rafael Arboleda

»Mi querido señor:

»He recibido la apreciable carta de Vd. de 7 de junio dándome parte de las actas del Cauca y tomando parte Vd. mismo en la de Caloto, que, según me dice Mosquera, es la más brillante. Me dice Vd. que el

artículo de religión no ha sido puesto al acaso. Yo lo entiendo muy bien y estamos mucho más que de acuerdo con respecto a la religión: este es el grande entusiasmo que yo deseo encender para ponerlo contra todas las pasiones de la demagogia, pues el de la guerra no puede prender sino en los jóvenes ricos, pero no en el bajo pueblo; sin embargo, Vd. sabe que la gloria y la guerra son mis flaquezas y, por lo mismo, no dudará de que haré todos mis esfuerzos porque el amor a la patria y el deseo de las victorias ocupen el vacío que nos dejará la hermosa quimera de la perfección social. Esta quimera, como Vd. dice, es demasiado seductora, pero el doloroso cuadro de nuestros desengaños vale también más que una quimera y que mil esperanzas. La historia del mundo nos dice que las conmociones de los pueblos han venido todas a someterse a un orden fuerte y estable. Vd. vio esa revolución de Francia, la más grande cosa que ha tenido la vida humana, ese coloso de las más seductoras ilusiones, pues todo eso cayó en el término de ocho años de experiencias dolorosas. Observe Vd. que aquella revolución era indígena, era una propiedad de los franceses y, sin embargo, ocho años y un hombre le pusieron término y le dieron una dirección enteramente contraria. Y si nosotros hemos necesitado del doble y algo más de tiempo, es porque nuestro hombre es... infinitamente más pequeño que el de Francia y necesita de diez veces más tiempo que Napoleón para hacer mucho menos que él: pero creo que sí hará algo que se parezca a la felicidad de Colombia; pero no todo lo que ella necesita, porque tenemos un inmenso inconveniente, ¿sabe Vd. cuál es? ¿Lo ha adivinado Vd.? Creo, mi querido amigo, que Vd. lo sabe demasiado.

»Es, pues, la causa de nuestra prolongada revolución y de nuestra precaria existencia, la que menos se imaginan mis enemigos. Acuérdese Vd. lo que le digo: Colombia se va a perder por la falta de ambición de parte de su jefe; me parece que no tiene amor al mando y sí alguna inclinación a la gloria; y más aborrece el título de ambicioso que a la muerte y a la tiranía. Puede ser que parezca a Vd. muy cándida esta confesión y jactanciosa además, pero qué quiere Vd.; yo soy así y no me puedo contener con mis amigos y mucho menos con un poeta que canta bellezas y dice verdades como un historiador. A propósito, Vd. es el poeta más extraordinario que conozco, pues es Vd. el más amigo de la verdad, por cierto, no es de su oficio.

»De corazón».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho del Libertador. Noche del 29 de julio

«Al Excmo. Señor general J. A. Páez

»Mi querido general:

»He recibido la apreciable carta de Vd. del 24 de junio en que me dice que Venezuela está abiertamente declarada y que solo espera el resultado final de Ocaña, por lo que ya juzgo consumado el acto de que se dio ejemplo aquí y se ha continuado por todas partes sin excepción de una sola aldea, y aun aumentándose el entusiasmo en las últimas actas como ha sucedido en las de Antioquia, Río Hacha y el Sur, donde se han pronunciado discursos y puesto cosas estupendas.

»Tendré mucho gusto en que venga el secretario de Vd. a comunicarme, de parte de Vd., lo que tenga por conveniente, pues verbalmente se explica y se entiende todo mejor. Repito de nuevo que deseo con ansia mejorar la suerte del pueblo de Venezuela para que el pueblo esté más sumisamente gustoso con el gobierno y le cueste a Vd. menos trabajo dirigir su marcha. Además, el pueblo está tan miserable, que es preciso aliviarlo a todo trance, lo que dependerá de las medidas que Vd. proponga de acuerdo con sus habitantes.

»Mucha pena me causa repetir a Vd. que las noticias de la expedición se confirman más y más cada día, pues desde Londres nos escriben oficialmente que no hay duda de la expedición, y tanto los papeles extranjeros como los comerciantes, confirman esta detestable noticia. Mejore Vd., pues, el ejército de línea cuanto sea compatible con nuestros recursos; y será muy conveniente que los escuadrones de milicia se alisten lo mejor posible, pues no tenemos caballería de línea, pues Vd. tendrá que auxiliarnos con caballería si vinieran hacia esta parte, pues no hay modo de formarla en este país, y como he dicho antes, el centro de nuestras costas puede ser preferido por esta maldita expedición.

»He sabido también con sentimiento que no se le ha participado a Vd., como era debido, las órdenes sobre dinero que he dado a Barinas. El caso fue este: yo marchaba para Cartagena y no había con qué contentar aquella tropa, que perecía, y tampoco si habría una guerra civil que tendría yo que sostener a toda costa. Luego ocurrió que las tropas de Maracaibo morían de hambre y Lara tuvo que hacerlas mantener por el vecindario; yo las mandé dispersar imprudentemente

no teniendo que mandarles, y muy pronto me arrepentí y revoqué mi orden, pero llegó tarde, aunque mandé a Ibarra volando y el mismo Ibarrita llevó mis órdenes para Barinas para que socorriesen a Maracaibo, porque no había otro recurso qué tomar. Al mismo tiempo supe las miserias de Cumaná y que Venezuela no podía hacer más por aquel departamento; mandé también volando que Guayana auxiliase a Cumaná, porque no hay duda de que cada una de esas provincias debe auxiliar a la otra, para que puedan existir las costas defendidas, y yo le suplico a Vd. que no deje de hacerlo en cuanto sea posible y mucho más en las circunstancias actuales. Maracaibo está arruinado y Cumaná lo mismo, y los mayores peligros amenazan a esas dos provincias. Vd. vería por mi decreto cuando salí de aquí, que iba a mandar inmediatamente los departamentos de Venezuela, además si el gobierno tuviera que dirigirse a Vd. solo para el gobierno de esos departamentos en cada uno de sus ramos, necesitaría Vd. de un secretario de estado con conocimientos universales para despachar todas las materias, y sería necesario, además, tener mucho tiempo, el que no sobra a Vd., para atender a la defensa del país. Además sería necesario haber variado el régimen de los departamentos. En lo que no hay la menor duda es en que se le ha faltado a Vd. si no se le participaba lo que se mandaba ejecutar, y es regular que el general Soublette excuse y explique a Vd. esta omisión, pues yo verdaderamente no sé ni tenía noticia de ella, porque no hay la menor duda de que eso era de cajón, como dicen.

»Por otra parte Vd. no debe sentirse mal conmigo si alguna vez me dirijo directamente a los súbditos, pues hay casos en que no se puede perder tiempo, y el gobierno tiene que entenderse directamente con el que está más cerca, y Vd. mismo habrá hecho esto mismo no pudiéndolo evitar por las circunstancias, mucho más cuando está uno de prisa y poco acostumbrado a las etiquetas.

»En fin, mi querido general, Vd. no haga caso de esto, puesto que no hay falta de mi parte y todavía tengo menos idea de faltar a su autoridad y disminuir sus facultades.

»Diré a Vd. que he tenido que mandar suspender la guerra del Sur, por medio de un armisticio a causa de estos malditos españoles, para lo cual he mandado a O'Leary hasta Lima a concluir un tratado preliminar que pueda servir para la paz, o al menos para darnos espera. También sabrá Vd. que Bolivia se preparaba para la defensa y que la

guerra continuaba por aquella parte sin mucho riesgo de la nuestra. El general Sucre se viene indefectiblemente y ya estará en Colombia: todo por moderación y porque no digan que él hace la guerra por ambición. El ejército boliviano lo manda Urdaneta, hombre muy valeroso y de talento y se cree que la presidencia se la darán también a él.

»Tenga Vd. la bondad de hacerle muchos cumplimientos de mi parte al señor Peña, a su secretario y reciba Vd. el corazón de su amigo de corazón».

Bogotá. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

El general Córdova, el capitán Giraldo, su edecán y Marcelo Tenorio abandonaron el palco presidencial, después de saludar a una familia invitada por el Libertador a la fiesta de la municipalidad.

—Permítame retirarme por unos minutos, pues voy al Palacio por el presidente Libertador —dijo Córdova a Tenorio.

—Tendría sumo gusto en saludarle.

—Oportunidad habrá esta noche, mi buen amigo.

—Me encontrará en el patio, general.

Bogotá. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

De Carujo es la voz con especial acento español para su amigo Tenorio:

—Sabía yo que toparía con un amigo de la vieja patria que me convidaría a cenar.

—¡Comandante Carujo! El disfraz no le oculta su entonación.

—¡Recórcholis! ¿Me convidas o no?

—Ahora mismo vamos a por Nicolasa Guevara y un guiso único en su toldo de la plaza.

—Pues a por ella y su cocina.

Bogotá. Plaza mayor. Toldo de Nicolasa Quevara. Noche del 7 de agosto

Una y otra vez Carujo alzó el pocillo. Tenorio observaba el ir y venir en la plaza, los ajetreos de la Guevara, la taciturna ansiedad de Carujo. Comentó:

—Mi amigo, el disfraz le ha puesto más bebedor que en otras.

Carujo hace el gesto de un brindis y apura el trago.

—No es malo el chato, Marcelo.

—Prefiero el jerez.

—Y yo lo que me pongan, y más si es de gracia.

—Como usted lo dice, comandante, convida su amigo español y colombiano.

—Ojalá no sea la última vez —respondió, celado, Carujo.

Bogotá. Calle del Coliseo. Noche del 7 de agosto

Los faroles alumbran la calle empedrada y la delgada llovizna. Desde el portón del Palacio San Carlos, la guardia observa a hombres y mujeres entrar al Teatro: de su interior salen voces floreras y los compases de una contradanza. Uno de los guardias, de reojo, a su izquierda, ve a Manuela cuando despide a Jonatás, ya cerca del farol de la esquina.

—Puedes tener por cierto que esta noche no matan a su excelencia.

—Ni hoy ni nunca. La providencia lo protege.

—La providencia y yo.

—Así sea, mi señora, pero no tarde mucho.

—Ten servido el brandy. Nos va a hacer falta para sacudirnos la llovizna. Escaramuzas del amor, escaramuzas de la política. ¿Recuerdas?

Bogotá. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

La quemazón interior es de Carujo, sus manos sin acomodo. Tenorio saluda a diestra y siniestra: le sonríe la fiesta.

—Hasta la próxima, mi gran Tenorio, pues quizá no nos volveremos a ver esta noche —dice Carujo, impaciente.

—Hasta cuando usted disponga, mi comandante —responde la cortesía de Tenorio.

Bogotá. Calle del Coliseo. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

Manuela, vestida de húsar, llegó a la puerta del Teatro y logró entrar al interior pasando ligeramente oculta tras la distinguida figura de un hombre con vestimenta de conquistador español, en ese mismo instante abordado por un arlequín.

—Todo está dispuesto, a excepción del senador romano —dijo el arlequín.

—Antes de las doce estará a las espaldas del hombre.

Encarnadas boinas. El alcalde de la ciudad, vestido de alcalde, pero con antifaz, descubrió a Manuela buscando ocultamiento entre los disfraces.

—¿Y usted quién es?

—¿Acaso no me conoce? —respondió Manuela, altanera.

—Por supuesto que sí —dijo el alcalde.

—Yo también, zonzo —le espetó Manuela.

El murmullo y la barahúnda en el vestíbulo desviaron la atención del alcalde. Manuela logró escurrir su cuerpo hasta escapar de los ojos del alcalde.

Aplausos y vítores anunciaron la entrada del Libertador, acompañado por el general Córdova y el coronel Ferguson. Manuela topó con el general Urdaneta y le dijo:

—A las doce intentarán matar al Libertador.

—También yo lo sé —dijo Urdaneta.

—¿Y qué espera? —dijo Manuela.

—No son las doce —respondió Urdaneta, cordial y sereno.

Bogotá. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

Al encuentro de Tenorio un joven vigoroso, «vestido a la española antigua, haciendo el papel de viejo, con un enorme coto», palmoteándole los hombros.

—¿Quién sois? —preguntó Tenorio, encabronado

—¿Qué? ¿No me conocéis?

—Pues no, y dadme paso.

El disfrazado levantó la máscara y descubrió un rostro joven y decidido. Enderezó el cuerpo para que Tenorio le percibiera el porte y, con la misma, le dijo al oído.

—Dentro de media hora, morirá el tirano.

—¡¿Cómo dice?! —preguntó Tenorio, estupefacto.

El joven le mostró el interior de la solapa de la casaca: un sol pintado. En un bolsillo el cabo de un puñal, y dijo al otro oído de Tenorio:

—Somos doce los resueltos. ¡Chiss!

Tenorio le vio partir precipitadamente, con el coto abriendo paso. Pensó en el general Córdova. Fue por él en un solo temblor. Subió al piso superior y miró desde el pretil. Inútil. Decidió regresar al patio, atormentado.

Bogotá. Teatro del Coliseo. Noche del 7 de agosto

La orquesta —dos violines, una corneta, dos violonchelos y un arpa— irrumpe con La Libertadora. Entra el disfraz de senador romano y pasa al lado del Libertador, quien mira hacia la calle y distingue a Jonatás entre el grupo de asomados por las circunstancias de su arribo al Teatro. Bolívar arruga la frente, pero avanza en medio de saludos y aplausos. El alcalde avista a Manuela y la persigue. Manuela siente la mirada severa del Libertador, y echa a correr para llamar su atención.

—¿Y qué hace esa señora aquí?

—No sé, su excelencia —responde Ferguson.

Manuela pasa al lado del senador romano, al tiempo que le grita en su correteo:

—¡Enano asesino!

La corneta alza sus notas. El Libertador da media vuelta, enardecido. Córdova hace gesto de empuñar su espada, pero es detenido por la mano y el guiño de ojo de Ferguson. Sobre el rostro imperturbable de Urdaneta cae la voz del Libertador:

—Esto es insoportable. ¡Regresemos!

La mirada de la guardia, impaciente, ve retornar al presidente acompañado por Córdova y Ferguson. En el patio, agitando el foete entre las piernas de los disfraces, Manuela, húsar resplandeciente. El guardia que la vio venir al Teatro, ahora la ve regresar, saltar la calle a

zancadas, correr hasta su casa y empujar la puerta entrecerrada. Jonatás entra detrás de ella. La mirada de la guardia torna a los disfraces en el vestíbulo del Teatro. Desde el interior Urdaneta avanza hasta llegar al portal lujosamente iluminado y emprende sus pasos hacia la casa de Manuela. Una vez más la guardia mira de reojo hacia su izquierda. Oye atrancar una puerta. Mira al frente. En el Teatro suenan los compases de una cachucha. En el anteportón de la casa de Manuela una copa recibe al general Urdaneta.

—Esta vez quedaron con el puñal en su vaina.

En el aire un brazo de Manuela.

—¡A su salud! —dice Urdaneta.

Manuela le abraza, en un solo temblor. Los gatos y una mecedora confunden su alborozo. Son de Ferguson los toques de apremio. De los tres las copas levantadas. De Jonatás un grito despedazado.

—¡El Libertador vive!

Bogotá. Cárcel. Mañana del 8 de agosto

Arganil observó la calle a uno y otro lado. Respiró el aire frío de la mañana. Sacudió sus brazos, mientras vio pasar a un edecán de Alcántara Herrán con un pliego en la mano. Alisó sus cabellos y echó a caminar con premura. Delante de él la neblina. En la cerviz una punzada.

Bogotá. Cárcel. Mañana del 8 de agosto

El jefe de policía leyó el pliego que le entregó el edecán: «Sr. coronel P. A. Herrán. Mi querido Herrán: Tenga usted la bondad de suspender la orden de salida con respecto a Arganil, permitiéndole quedar indefinidamente hasta otra orden».

«Su afectísimo, Bolívar».

Con un puñetazo sobre la mesa y dejando caer el pliego, dijo:

—¡Por Dios! Si acabamos de soltarlo.

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Despacho del Libertador. Tarde del 8 de agosto.

«Mi querido O'Leary:

»Al otro día de haber salido Vd. se recibieron noticias de que Gamarra se había retirado de La Paz, y que los partidos seguían más encarnizados que nunca. Por lo mismo, debemos esperar mucho de este estado de cosas y de agitación; también hemos sabido por Cartagena noticias de La Habana y los españoles, pero sin aumentar ningún peligro ni alarma, y más bien todos escriben muy tranquilamente como si nada fuera y todo esto nos da esperanzas de que podemos detener las pretensiones de los españoles solo con que sepan las medidas que estamos tomando, que, a la verdad, son las más eficaces y enérgicas. Hemos mandado levantar 40.000 hombres y preparar 20.000 milicianos para las reservas; tan inmenso esfuerzo nacional nos servirá para impedir una invasión y hacer valer nuestros derechos con el Perú.

»También ha llegado ayer el señor Revenga trayéndonos el acta de Valencia y las seguridades más positivas y más satisfactorias de todo el pueblo de Venezuela. Tanto el general Páez como Revenga me aseguran que no hay peligros ni temores por aquella parte; todo esto reunido me da grandes esperanzas de que Vd. logrará el más brillante resultado por fruto de su comisión. Debemos, pues, esperarlo todo de Vd., y nada de la desgracia, y esto mismo debe animarlo a Vd. a pedirlo todo y a no ceder nada. Yo no dudo que para cuando Vd. se acerque a Lima se hayan mejorado mucho los negocios de parte del Perú y de Bolivia, para que nuestro éxito corresponda a los más lisonjeros deseos, y, a menos que Vd. no sepa otra cosa de lo que le llevo dicho, Vd. debe atenerse a nuestros derechos y a nuestras glorias.

»Dentro de seis u ocho días se instalará el nuevo gobierno, y se le dará a la República, un sistema más vigoroso y más bien entendido; esto mismo será una base que consolidará los triunfos de nuestra diplomacia o nuestros combates.

»No he podido ver a su señora esposa de Vd., aunque la he visitado y, mientras tanto, soy de Vd. afectísimo amigo».

Bogotá. Pulpería. Tarde del 9 de agosto

Horment y Arganil alzaron sus pocillos para brindar.

—Por su libertad, maestro —dijo Horment.

—*A votre santé, mon frére* —dijo, festivo, Arganil.

Bebieron. Carraspeó el viejo portugués. Sonrió el francés.

—No estamos para...

—*Allons, mon frére* —interrumpió Arganil.

—Conserve su espíritu, amigo Arganil.

—Mi espíritu belicoso, *monsieur.*

—Exactamente, belicoso, para nuestro gran proyecto de eliminar al viejo mulato.

—Prometido *mon frére. Santé...*

—*Salaup. A la votre.*

—*Le jour de gloire est arrive.*

Hacienda de Hato Grande. Amanecer del 10 de agosto

«Al honorable señor secretario de Estado y del despacho interior.

»Señor:

»Ayer tarde he llegado a esta hacienda, y seguiré a esa capital cuando restablezca mi salud y descanse. Creo de mi deber, como empleado público de la nación, ponerlo en noticia del gobierno supremo por el conducto de vuestra señoría, con cuyo motivo tengo el honor de participárselo, así como para los efectos que su excelencia el Libertador presidente estime conveniente y justos.

»Con sentimientos de distinguida consideración y respeto, soy de vuestra señoría, señor secretario, humilde, obediente servidor.

»Francisco de Paula Santander».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 11 de agosto

Humilde y obediente servidor, humilde y obediente servidor, humilde y obediente. ¿Siempre fuiste así, Francisco de Paula? ¿Quién te metió tanta caca en el alma? Te hemos amado, Francisco. Te dimos cuanto querías, la conducción de la República en tus manos, durante cinco años, Francisco, todo el poder, Francisco, todo el poder, ¿para

que embochincharas la República, para que la fracturaras? ¿Para que la negociaras con empréstitos de mal destino?, como tu bolsillo, Francisco, que así dicen, que así dije con pena y arrepentimiento. Confiábamos en ti, Francisco, en tu devoción por las leyes. Amigo y cómplice en las vainas del corazón ¿Tenía razón el catire Páez, que siempre te miró de reojo, como si artero fueras, a hurta cordel, conchabador, aleve, mala gente, tragavirotes? Como el propio catire, retratado en sus endilgamientos contra ti. ¿Qué pasó, Francisco de Paula? ¿Por qué envidias a Antoñito, que por amor a ti le puso tu nombre a un batallón en su campaña hacia el sur? ¿Te jodió Pichincha? ¿Te abatió Ayacucho? ¿Te puso en ascuas el corazón la patria peruana liberada de españoles, la República Bolivia porque era mucho llamarla Bolívar? ¿La constitución que tu amigo Libertador proporcionara a Bolivia para que la discutieran y discutieran, la cambiaran aquí y allá, la criticaran con ardor y sin contemplaciones con el héroe y fundador, como así lo hiciera el mariscal? ¿Te duele en la ingle que Antoñito sea mariscal? ¿Te duele, Francisco de Paula? ¿Te pone patas arriba el corazón? Por Dios, Francisco, así lo quería mi sentimiento de patria única en nuestra América, no la ambición, que la gloria me es suficiente; la gloria, Francisco, en el campo de batalla conquistada, por la patria libre, Francisco, por una Colombia desde el río grande hasta la Patagonia, que mucho falta, que es posible, que es urgente, que es justo y necesario, que lo queríamos en Panamá, que lo abortaron los americanos del norte, que lo abortaste tú, Francisco, cortejándolos, para regocijo del señor Monroe, que nos quiere atados, como súbditos de su destino imperial. ¡Ay!, de los inventarios y reclamos. Voy a callarme, Francisco, Francisco de Paula, general amigo, compañero, compatriota, quisiera ponerme un bozal en la jeta cuando de ti... cuando de ti... cuando de ti... porque lo sabe adentro tu espíritu, tu alma entera que yo te amo de corazón.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho del Libertador. Amanecer del 23 de agosto

«Al Excmo. Señor general J. A. Páez, etc.
»Mi querido general:

»El correo de esta semana aún no ha llegado, de suerte que nada sabemos de Venezuela después de las noticias que nos ha traído el señor Revenga, que, a la verdad, hizo un excelente viaje no siendo militar. Poco, pues, podré decir a Vd. en esta ocasión con respecto a las cosas de Venezuela, que considero marchando muy bien, atendiendo al interés que Vd. tiene por la conservación de ese país; y al nuevo orden de cosas que ha principiado y que ciertamente nos promete infinitas ventajas si todos trabajamos acordes y con acierto. Estos trabajos serán tanto mejor recibidos por la generalidad, cuanto que ellos no tienen otro objeto que servirla. Yo he dado ya algunos decretos importantes en varios ramos que han sido muy bien recibidos, particularmente aquellos que tiene por objeto aumentar nuestras rentas y sostener la religión como una de las más fuertes barreras que puede oponerse al torrente de las pasiones anárquicas; y esta persuasión me induce a recomendar a Vd. la mejor amistad y armonía con el señor Arzobispo, a quien he escrito ya instándole que me proponga aquellas reformas que él crea necesarias a la Iglesia, particularmente en el ramo de diezmos que, según tengo entendido, se halla muy atrasado y mal administrado. Otra de las cosas que llaman mi atención es la espantosa pobreza que reina en Venezuela, y el atraso del comercio y la agricultura de que todo el mundo se lamenta. Veamos, general, si de algún modo podemos remediar estos males y aliviar la suerte de nuestros compatriotas y de nuestra patria nativa. Yo le recomiendo este servicio, querido general, como el más importante y el más útil, el más digno de Vd.

»El correo del Sur nos ha traído las actas de aquellos departamentos, que han sido muy entusiastas y conformes con la voluntad pública; aquellos habitantes, que nada han perdido de su primitivo entusiasmo, se han vuelto locos al hacer este pronunciamiento. Guayaquil sobre todo. Sin embargo, para que nada sea completo, no puedo decir a Vd. que las noticias del Perú sean tan lisonjeras. Aquel pérfido gobierno persistía en sus preparativos de guerra contra nosotros, y amenazaba el Sur, que se halla en estado de completa alarma. Se asegura que la división de Gamarra, que había invadido a Bolivia tan inicuamente, tenía órdenes de embarcarse para venir al Norte a unirse a las tropas que tenían los peruanos en el departamento de Trujillo, donde venía el general La Mar en persona. Imagínese Vd., querido general, cuál será

la situación de Flores en el Sur y la mía en el gobierno. Por una parte, tenemos que hacer frente a una invasión peruana y, por otra, esperamos una expedición española. En tan difícil posición solo dos arbitrios me han ocurrido, y es que después de haberle declarado la guerra al Perú y al mismo tiempo que aumentamos y organizamos el ejército del Sur, negocie el coronel O'Leary un armisticio, o preliminar de paz con el Perú bajo condiciones bastante fuertes y honrosas. El otro es la publicación del decreto de que hablé a Vd. en mi anterior carta. Estoy persuadido que no podremos llenarlo en toda su extensión, porque nuestras fuerzas no alcanzan a tanto, pero aumentaremos el ejército, reanimaremos el espíritu nacional y haremos entender a los españoles que los esperamos. Por lo mismo, yo recomiendo a Vd. la ejecución de este decreto y la defensa de nuestras costas. A Montilla lo he nombrado jefe superior de los departamentos del Istmo, Magdalena y Zulia para que defienda sus costas.

»Estamos ya en aptitud de dar una acta fundamental que sirva de constitución provisoria y que conforme a la opinión de los ministros y consejeros debe dar estabilidad a la República simplificando y afianzando la base de su gobierno, más es preciso, general, que Vd. y todos los amigos del orden y de la estabilidad, se empeñen en hacerla sancionar espontáneamente por los pueblos, para que no se diga que es la obra de uno solo y que carece del consentimiento nacional.

»Por ahora es cuanto ocurre de nuevo y todo lo que tengo que decir a Vd. de quien soy amigo de corazón».

Bogotá. Despacho del general Urdaneta. Noche del 24 de agosto

«Señor general Mariano Montilla.

»Mi querido amigo: Sabrá U. que estábamos preparados para dar un gran golpe de política de estabilidad para la República, pero un espíritu demasiado cauto ha detenido el curso de este acontecimiento importante. Todos los consejeros del Libertador estábamos animados de un mismo sentimiento y abundábamos en ideas propias para hacerlo lograr. Ya habíamos formado y discutido el proyecto de dar a la Nación un código político semejante en parte a la Constitución Boliviana, en parte a la Constitución de Colombia y con un Cuerpo Legislativo

como el de Inglaterra, aunque sin Lores y sin nobleza. La cosa era lo más perfecto que pudiera ser en las circunstancias presentes; sin embargo, el Libertador no ha querido arriesgarse a tanto sin ser antes invitado por el pueblo para ello.

»Por lo mismo sería muy conveniente y aun indispensable que los pueblos se pronunciasen sobre esta materia, autorizando al Libertador para que nos dé una Constitución que esté en perfecta armonía con nuestro origen, historia, usos, costumbres, religión y sucesos posteriores. Quiero decir que él tenga presente nuestras inclinaciones y nuestros vicios, para presentarnos un Código que provea nuestras necesidades y detenga la ruina que amenaza a la Nación. Deberíamos hacer mención en las representaciones populares de los siguientes objetos: 1º. La guerra que sufrimos con España. 2º. Las amenazas de Perú. 3º. Las inquietudes populares. 4º. La extensión, variedades y antipatías naturales que caracterizan el territorio y población de la República. 5º. El estado militar de él, que exige un gobierno vigoroso. 6º. La detestable administración de justicia que se debe organizar y mantener con toda severidad, para la consagración de las garantías individuales. 7º La enorme deuda nacional, que pesa sobre nosotros, el descrédito en que nos hallamos y la urgente necesidad que tenemos de un gobierno respetable, económico y diligente, que sea capaz de llenar nuestros compromisos con el extranjero, y de restituirnos el crédito que hemos perdido. También se debe hacer relación exacta y verídica de la historia de nuestra legislación, de sus absurdos, y de la burla que ha sufrido la República con los trágicos resultados de la última gran Convención. Que ya la nación lo ha probado sin suceso, y que nada le puede prometer que otro cuerpo constituyente obre mejor que los anteriores. Que solo el Libertador es capaz de formar este cuerpo político y darle leyes sabias y provechosas. Que por todas estas consideraciones, y las de haber dado la nación mil pruebas repetidas de ilimitadas confianza en su capacidad, rectitud y energía, los pueblos todos y cada uno de los ciudadanos le autorizan por su parte para que no solamente organice la República, sin también dé una Constitución permanente cuyo principal objetivo sea asegurar los derechos individuales y la perpetuidad del Gobierno.

»Debemos hacer mención para fundar las peticiones de la instabilidad en que queda la República, por el nuevo acto dado por el Libertador, siendo como es provisorio y eminentemente transitorio;

pues la dictadura y todos sus actos son por su naturaleza de un carácter momentáneo, cuando por lo contrario es la eternidad posible la esperanza de las naciones. A las peticiones deben preceder escritos fulminantes capaces de provocar la grande medida que deseamos tomar. Los mejores escritores deben ensayar sus plumas en estos papeles.

»Necesitamos absolutamente de algunas docenas de representaciones con millares de firmas para poder autorizar al Libertador, a fin de que no nos tenga, como estamos ahora, pendientes de su preciosa, pero frágil vida.

»Diez y ocho años de sacrificios, de revoluciones y de guerra piden un término y solo un hombre grande puede ponérselo. Toda la historia prueba esta verdad. Este es un mundo de anarquía, que no puede reorganizarse en el tumulto de las asambleas, ni en el choque de los argumentos y de las pasiones de muchos individuos. Un legislador solo sería capaz de este feliz prodigio, pues equilibrar tantos contrapesos es una obra más que difícil, si no la llamamos imposible. Digámoslo de una vez, nuestra situación es un caos espantoso y no más que el dedo de la Providencia nos señalaría el camino de la salvación».

Bogotá. Casa de Santander. Biblioteca. Amanecer del 26 de agosto

«Al honorable señor secretario de Estado y del despacho del interior, etc.

»Señor:

»Tuve el honor de participar a vuestra señoría desde el 10 del corriente mi llegada a la hacienda de Hato Grande, y como no he tenido aviso del recibo de mi carta, temo que no haya llegado a su secretaría. Ahora tengo el honor de participarle, para inteligencia del supremo gobierno, que ayer he llegado a mi casa en esta capital.

»Ruego a vuestra señoría se sirva transmitir este aviso al excelentísimo señor Libertador, presidente de Colombia, y noticiarme si su excelencia exige que personalmente me le presente, para hacerlo cumplidamente en dicho caso.

»Acepte vuestra señoría las seguridades de mi distinguida consideración con que soy de vuestra señoría, señor Secretario, muy obediente servidor».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Cobertizo. Medianoche del 26 de agosto

No hay vuelta atrás, Francisco. Sigue tú, tu destino. También Páez seguirá el suyo. Ni tú, Francisco de Paula, ni el catire ni yo creemos en el destino como si fuera una fuerza superior. En nuestras manos ha estado el destino de Colombia. En nuestras manos, que no son las nuestras, son las de los otros, está el destino de la Patria. Así de verdadero. Haré cuanto pueda para conservarla como la Constitución manda, si no es que al catire y a ti, a los facciosos liberales, hacendados y mercantes, agentes de afuera, les ocurre la maldita idea, sí, la maldita idea de dividir a Colombia en pedazos para regocijo y regodeo de los enemigos de la Europa y de la América del norte, Francisco, del norte. Yo soy hijo de Colombia, ciudadano de Colombia, padre de la Patria colombiana. Cualquier otra República no es mi Patria. Yo soy, Francisco, su Libertador presidente.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Amanecer del 27 de agosto

«Simón Bolívar, Libertador presidente de la República de Colombia, etc.

»Considerando: que desde principio del año de 1826 se manifestó un deseo vivo de ver reformadas las instituciones políticas, el cual se hizo general y se mostró con igual eficacia en toda la República, hasta haber inducido al Congreso de 1827 a convocar la gran convención para el día 2 de marzo del presente año, anticipando el período indicado en el artículo 191 de la constitución del año 112;

»Considerando: que convocada la Convención, con el objeto de realizar las reformas deseadas, fue este un motivo de esperar que se restablecería la tranquilidad nacional;

»Considerando: que esta declaración solemne de la representación nacional, convocada y reunida para resolver previamente sobre la necesidad y urgencia de las reformas, justificó plenamente el clamor general que las había pedido, y por consiguiente, puso el sello al descrédito de la misma constitución;

»Considerando: que la convención no pudo ejecutar las reformas que ella misma había declarado necesarias y urgentes y que antes bien

se disolvió, por no haber podido convenir sus miembros en los puntos más graves y cardinales;

»Considerando: que el pueblo en esta situación, usando de los derechos esenciales que siempre se reserva para libertarse de los estragos de la anarquía, y proveer del modo posible a su conservación y futura prosperidad, me ha encargado de la suprema magistratura para que consolide la unidad del Estado, restablezca la paz interior, y haga las reformas que se consideren necesarias;

»Considerando: que no me es lícito abandonar la patria a los riesgos inminentes que corre, y que, como magistrado, como ciudadano y como soldado, es mi obligación servirla;

»Considerando: en fin, que el voto nacional se ha pronunciado unánime en todas las provincias, cuyas actas han llegado ya a esta capital, y que ellas componen la gran mayoría de la nación;

»Después de una detenida y madura deliberación, he resuelto encargarme, como desde hoy me encargo, del poder supremo de la República, que ejerceré con las denominaciones de Libertador presidente, que me han dado las leyes y los sufragios públicos, y expedir el siguiente decreto orgánico».

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Mañana del 27 de agosto

«SIMÓN BOLÍVAR
LIBERTADOR PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA DE COLOMBIA»

«*¡Colombianos!*

»Las voluntades públicas se habían expresados enérgicamente por las reformas políticas de la nación: el cuerpo legislativo cedió a vuestros votos, mandando convocar la gran convención, para que los representantes del pueblo cumplieran con sus deseos, constituyendo la República conforme a nuestras creencias, a nuestras inclinaciones y a nuestras necesidades: nada quería el pueblo que fuera ajeno de su propia esencia. Las esperanzas de todos se vieron, no obstante, burladas en la gran convención, que al fin tuvo que disolverse, porque dóciles

unos a las peticiones de la mayoría se empeñaban otros en dar las leyes que su conciencia o sus opiniones les dictaban. La constitución de la República ya no tenía fuerza de ley para los más; porque aún la misma convención la había anulado, decretando únicamente la urgencia de su reforma. Penetrado el pueblo entonces de la gravedad de los males que rodeaban su existencia, reasumió la parte de los derechos que había delegado, y usando desde luego de la plenitud de su soberanía, proveyó por sí mismo a su seguridad futura. El soberano quiso honrarme con el título de su ministro y me autorizó, además, para que ejecutara sus mandamientos. Mi carácter de primer magistrado me impuso la obligación de obedecerle y servirle aún más allá de lo que la posibilidad me permitiera. No he podido por manera alguna denegarme, en momento tan solemne, al cumplimiento de la confianza nacional; de esta confianza que me oprime con una gloria inmensa, aunque al mismo tiempo me anonada haciéndome aparecer cual soy.

»¡Colombianos! Me obligo a obedecer estrictamente vuestros legítimos deseos: protegeré vuestra sagrada religión como la fe de todos los colombianos y el código de los buenos: mandaré haceros justicia por ser la primera ley de la naturaleza y la garantía universal de los ciudadanos. Será la economía de las rentas nacionales el cuidado preferente de vuestros servidores; nos esmeraremos por desempeñar las obligaciones de Colombia con el extranjero generoso. Yo en fin, no retendré la autoridad suprema sino hasta el día que me mandéis devolverla, y si antes no disponéis otra cosa, convocaré dentro de un año la representación nacional.

»¡Colombianos! No os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres: seréis respetados; además bajo la dictadura, ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!»

»Bogotá, 27 de agosto de 1828»

«Bolívar».

Bogotá. Almacén de Wenceslao Zulaibar. Noche del 28 de agosto

Todos tienen consigo el pliego con el decreto de arreglo provisorio: Florentino González, Mariano Escobar, Juan Nepomuceno Vargas,

Wenceslao Zuláibar, Luis Vargas Tejada, Juan Francisco Arganil y el coronel Ramón Nonato Guerra. En el centro del cónclave una mesa dispuesta con jarras y vasos. Algunas sillas vacías. Entra Pedro Carujo: con una seña impide los saludos de ocasión. Florentino le encuentra atildado, solemne, vulgar.

—Buenas noches, caballeros —dice Carujo.

—Buenas noches, coronel —responde Florentino.

—Solo ahora mismo me entregaron este adefesio —espeta Carujo con una inclinación de cabeza, y blande un pliego.

—Que intenta legalizar la dictadura, mi teniente coronel —afirma Florentino.

—¿Acaso es una sorpresa? —pregunta Carujo, irónico.

—Ya lo previmos en Ocaña —dice Vargas Tejada.

—Mi querido Varguitas, leí su poema, y me complace...

—Pensé en usted en medio de mi inspiración —dice Vargas Tejada y sonríe, agradecido:

—¿De la conspiración? No faltaba más —responde Carujo, y suelta una risotada.

—Señores, el decreto de arreglo provisorio priva a Colombia del gobierno constitucional y de la libertad —interrumpe Florentino, medio harto de las lisonjas a Carujo y el agravio al poeta.

Carujo extiende una mano a Vargas Tejada, para remediar su ocurrencia.

—No fue mi intención la de fastidiar su corazón, poeta.

—La poesía no necesita del corazón —responde, herido, Vargas Tejada.

—Pero sí de hombres como usted —dice Carujo, y busca las manos de Vargas Tejada para estrecharlas con vehemencia.

Aplausos.

—Volvamos, señores —dice Florentino —a nuestro asunto, cual es el decreto de arreglo provisorio, que nos deja al arbitrio de una soldadesca inmoral y mercenaria.

El coronel Ramón Nonato Guerra en su interior: «Carujo es de temer. Tiene el estilo del general Córdova. Prefiero al antioqueño».

—Llegó la hora de acometer la empresa de destruir la dictadura del general Bolívar —arenga Carujo, puesta una mano sobre el hombro de Vargas Tejada.

—Y restablecer el gobierno constitucional —agrega Arganil, de pie.

—No hay otra solución —dice Zuláibar.

—¡Basta con la espera! —dice Vargas Tejada—. En Ocaña decidimos la suerte del general Bolívar, ¿no cree usted, amigo Escobar?, ¿no lo crees tú, Florentino? Procedamos a constituir una junta revolucionaria secreta y una junta directiva que sea el núcleo de los afiliados. ¿De acuerdo, mi coronel Carujo?

—De acuerdo, ahora y siempre —responde Carujo.

—Me satisfacen sus palabras, poeta, testigo de la desgraciada convención —dice Florentino.

—Testigo no, mártir redivivo —dice Vargas Tejada, exaltado.

—Una junta capaz de todo —dice Arganil.

Saltan los aplausos.

—¡Para eso basta un montón de cojones bien puestos! —exclama Carujo. Envalentonado, agrega: —Si ayer los tuve con Boves, el mejor de los realistas, hoy los tengo con lo más granado de Colombia.

—Usted lo ha dicho, coronel, con la elegancia que le caracteriza —dice Vargas Tejada, fuera de sí.

En medio de la risotada, Florentino golpea una mesa. Con el pliego en la mano dice, comedido:

—No olvidemos las fórmulas. El general Santander, vicepresidente, aunque declarado cesante por el dictador, debe ser el depositario del poder legal.

—Así mismo, doctor González —dice Zuláibar.

—En consecuencia, será el encargado del gobierno de Colombia.

—¿Cuál Colombia? —interrumpe Carujo.

—La nuestra, mi amigo. Usted resuelva por el de Venezuela —responde Vargas Tejada.

A todas estas, el coronel Guerra, entre abrazos y aplausos, pregunta a la pared: ¿En qué vaina me he metido? Carujo pesa los ojos extraviados de Guerra y le dice, mordaz:

—Hablamos de cojones, coronel.

Bogotá. Casa de Mariano Escobar. Noche del 28 de agosto

A hurtadillas Mariano Escobar abrió la puerta de su habitación. Oyó a su mujer:

—Mariano, deja de andar conspirando contra el Libertador.

—¿Qué dices, mujer?

—Él es más héroe que todos ustedes.

—Eso crees tú.

—Además, es el padre de la patria.

—¿Y qué?

La mujer escondió su sollozo en la almohada.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 28 de agosto

Buscó asiento en la poltrona de terciopelo encarnado, pero brincó de ella porque le calentaba las nalgas. Vestía camisón de dormir. Detuvo sus pasos para mirar el espejo de la cómoda: encontró su rostro desvencijado, en nada parecido al hombre con una lanza del tamaño de su brazo alzada sobre su hombro con la inscripción de «Libertad o Muerte». Viró sus ojos para mirar el reloj de pared y avistar su cara en el cristal: la encontró vuelta añicos. «¡Coño!», exclamó. «¡Quién carajo me mandó a mirarme!» Paseó la vista por las blancas paredes de la oscura habitación. Topó con un crucifijo, abrió los brazos en cruz y miró las palmas de sus manos. Doblaron las campanas de la iglesia. Encontró una hora que le apestaba, tal el rictus de sus labios: «la una». Arrojó un puñetazo al reloj, mas no logró romper el vidrio. Sorprendido de su gesto echó su cuerpo en la hamaca y gritó al reloj: ¡Me hartas con esa hora que me tienes un diecisiete señalado! Dejó caer los brazos para que guindaran al vaivén de la hamaca.

Con su terco timbre sonó la campana del reloj para atormentarle el sueño.

Bogotá. Calle. Noche del 29 de agosto

El farolero encendió un farol. Carujo, Horment y Arganil pasaron a un lado sacudiendo la neblina. Con la desparramada luz del farol Carujo comentó:

—Apagaremos un fanal para encender muchas linternas.

—Yo deseo tiernamente apagar el fanal —dijo festivo Arganil.

—Nadie como yo, Agustín Horment —dijo con acidez.

—Por español, por realista, por colombiano, por patriota esa tarea me corresponde a mí —respondió Carujo.

—Habrá tiempo para decidirlo —dijo Arganil, que lo tenía decidido.

—Yo le puse la vista a...

—No lo diga para que no le desgracien antes de tiempo —le interrumpió Carujo, exaltado.

El farolero carraspeó, pero fue silenciado por la mirada hostil de los conspiradores. En la esquina, atentos a las cuatro boca calles, continuó el diálogo.

—Esta es una revolución y hay que joder a quien sea —dijo Arganil.

—Los escogidos pueden aumentar —dijo Horment, acariciando sus pistolas.

—En París nos pasó lo mismo —dijo Arganil, como si hiciera memoria.

—¡Si hubieran conocido a José Tomás Boves! Ese sí que no tenía empacho comentó Carujo.

El estrépito de la caída de una escalera sobre los adoquines de la calle puso frente al farolero las miradas de los conspiradores. Carujo desenfundó la pistola y gritó a la noche:

—En mi tierra al juego de envite lo llaman farol, y en este juego o yo gano o gano yo.

La escalera embistió contra Carujo, quien, al verla, echó a correr con Arganil y Horment. Un portazo detuvo a Carujo. Dio media vuelta y gritó:

—¡El mundo es de los valientes!

—¡Y de los malucos también!

Detrás, embozadas, las figuras siniestras de Horment y Arganil.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho del secretario del interior. Mañana del 29 de agosto

«República de Colombia. Secretaría del Estado del interior. Sección 2t' Bogotá. A 29 de agosto de 1828, 189.

»Al señor general de división, Francisco de Paula Santander.

»Tengo el honor de recibir y dar cuenta al Libertador Presidente, de la comunicación de vuestra señoría fecha 10 del corriente en que participaba su llegada a la hacienda de Hato Grande y su próxima venida a la capital.

»También he tenido el honor de recibir y dar cuenta al Libertador de la comunicación que vuestra señoría me ha dirigido el 26 de este mes, participando al gobierno su arribo a la capital. Su excelencia queda impuesto y me ha ordenado decir a vuestra señoría que no exige que se le presente en persona.

»Con sentimientos de perfecto respeto y muy distinguida consideración, soy de vuestra señoría muy obediente servidor».

»José Manuel Restrepo».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Mañana del 30 de agosto

Asomado a la ventana de su habitación, puesta la mirada en la calle solo para escuchar sus rumores, escuchó a Urdaneta:

—No será posible, Simón, seguir juicio a Santander por la insurrección de Padilla.

Distendido oliscó el aire del amanecer. De espaldas respondió a Urdaneta:

—Tal es el ejercicio de la justicia en el país.

—El general Santander, vicepresidente de la República, ha sido el jefe del Estado durante muchos años —dijo, cáustico, Urdaneta. Agregó: —En este país el gobierno es la justicia.

—Al servicio de los poderosos y de los intrigantes —respondió con tono desabrido, perdida la mirada.

—El intrigante mayor no ceja en su oficio.

Sintió fría la piel y abandonó la ventana.

—Todos sus amigos tienen cargos en el gobierno. Aunque algunos ya no estén por voluntad propia.

—O porque quieren destinar mayor tiempo a la conspiración —dijo Urdaneta, incisivo.

—De eso hablaremos en otra ocasión —respondió, demudado, y calló para soltar sus brazos—. El decreto provisorio elimina el cargo de vicepresidente —añadió.

—¿Y?

—Acaso la República pierda por nuestro desentendimiento —respondió, concentrado. Regresó a la ventana. Relajó el semblante.

—¿Y usted llama desentendimiento la traición de Santander?

—¡Rafael! —dijo, como un reclamo.

—¡Simón! —erguido, respondió Urdaneta.

Cruzaron las miradas del desconcierto.

—Si la justicia no funciona, que funcione la política —dijo Urdaneta, luego de exhalar su aire.

—Pues me complace pensar que Francisco de Paula pueda representar a Colombia en los Estados Unidos del Norte —dijo, agradecido—. Consulta con los ministros —agregó.

Por delante el gesto militar de Urdaneta.

—Ahora mismo, general.

El Libertador buscó el abrazo de Urdaneta y casi al oído le dijo:

—También yo lo haré, Rafael.

—¡Qué buena vaina con los afectos! —exclamó Urdaneta, desalentado.

—¡Qué buena vaina con esta mierda de República que hemos hecho!

Bogotá. Casa de Santander. Biblioteca. Noche del 1 de septiembre

«Al honorable señor secretario de Estado y del despacho del interior.

»Señor: Tengo el honor de acusar a vuestra señoría el recibo de su carta del 29 último en la cual se sirvió incluirme de orden del Libertador presidente de la República el decreto orgánico expedido por su excelencia el 17 de agosto, y una proclama de igual fecha,

comunicándome al mismo tiempo haber sido nombrado presidente del consejo de ministros y del Estado el señor José María del Castillo y Rada. Imponiendo este decreto en su artículo 26 del precepto de que sea obedecido por todos como ley constitucional, me toca en las presentes circunstancias obedecerlo como ciudadano de Colombia y general del ejército, y desde luego lo obedezco, no obstante que no he concurrido con mi voto a los pronunciamientos en que está fundado. Mas, como dicha ley guarda silencio acerca de la constitución de 1821 por la cual he obtenido la segunda magistratura de la República, y no declara, si en parte, o en todo, queda en receso el código político, me es forzoso para satisfacer la deuda de honor que tengo para con la nación colombiana y para con el mundo, que no desconoce la representación que he tenido en mi patria, suplicar a vuestra señoría como respetuosamente lo suplico, se sirva declararme si la vicepresidencia de la República queda suprimida absoluta o temporalmente, o si he sido privado de ella por suspensión o por destitución. Al pedir a vuestra señoría como órgano del poder supremo esta declaración, estoy muy distante de reclamar un destino que no me conviene actualmente, y que por las amarguras que me ha hecho sufrir, celebro privarme de él; quiero solo saber en qué términos he dejado de ser vicepresidente de Colombia, y no dejar vacilante mi honor en el concepto público después de cerca de diez y ocho años de servicios a la patria sin un solo día de intervalo, tanto en sus prosperidades como en sus desgracias. Salvando mi honor como hombre público, y dejando bien puesto el concepto que he procurado granjearme por acciones decentes y legales, todo lo demás estoy dispuesto a sacrificarlo al bien de Colombia, a la tranquilidad y sosiego público.

»Ruego a vuestra señoría, señor secretario, se sirva aceptar los sentimientos de mi distinguida y respetuosa consideración con que soy de vuestra señoría, muy obediente, humilde servidor».

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Noche del 2 de septiembre

José le encontró en el patio, bajo el nogal, contemplando las begonias, recogido en una congoja inmóvil, acompañado por el perro bayo que le orillaba las botas con su hocico.

—¿Qué te sucede, José?

—Le traigo una chamarra para protegerlo del frío.

—Para el año de treinta contaremos con una edad entera de revoluciones, de crímenes y de sacrificios.

—Umjú.

—Tal le escribo a Perucho.

—El hermano del general Briceño Méndez anda con los nervios de punta —dijo José, abrigándole con cariño.

—Gracias, José. ¿Y qué le acontece?

—Pues que su mujer, Josefa, hermana del general Santander, está por parir.

—¿Y Francisco de Paula? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—En lo que todo el mundo sabe.

—Anda y búscame un brandy, majadero —dijo, en medio de la tos imprevista

Por la nariz el desaliento de José, doblada la nuca, sus ojos en la palma de cera, delicado el paso de sus pies, grande el esfuerzo para ocultar las ganas de regañarle al Simoncito, tal como la niña María Antonia en los días de San Jacinto. «Espera, José», le escuchó decir, apenado. Escuchó una voz de melaza tibia: «No me hagas caso, José». Enderezó la nuca, pues sintió la mirada de Simón como pegada a su espalda. Dijo, a manera de comentario, para cambiar la situación:

—Perucho Briceño Méndez y Soublette ya están en nuestra pobre tierra, como usted la llama.

—Estás mejor informado que Simón —le respondió, agradecido.

—José Antonio de la Trinidad Bolívar y Palacios —agregó José.

Ambos sonrieron con algunas lágrimas por las mejillas. También los mastines hicieron sentir su congoja.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Mediodía del 4 de septiembre

«República de Colombia. Secretaría de Estado del despacho del interior. Sección 2. Bogotá, 4 de septiembre de 1828.

»Al señor general de división, Francisco de Paula Santander.

»Presenté al Libertador el oficio que me dirigió vuestra señoría con fecha 1º de este mes, en que pide se declare si la vicepresidencia de

la República queda suprimida. Su excelencia me ha ordenado diga a vuestra señoría en contestación, que la vicepresidencia de la República ha sido suprimida por las disposiciones del decreto orgánico de 27 de agosto último y que, por lo tanto, ya no es usted vicepresidente de Colombia.

»Tengo la honra de ser de vuestra señoría con perfecto respeto y consideración, su obediente servidor».

«José María Restrepo».

Bogotá. Calle. Noche del 4 de septiembre

Esa misma noche José Palacios salió a buscar a Manuela. Tocó repetidas veces en el portón. La casa permaneció muda. De regreso, al llegar a la esquina, volteó a mirar hacia la ventana del piso superior. Creyó ver la débil luz de una vela. Continuó su marcha. Pasó por debajo de la ventana de la habitación del Libertador. Escuchó su tos. Ladraron los perros. Desabotonó el abrigo porque el calor lo sofocaba en medio del intenso frío.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Mediodía del 11 de septiembre

«República de Colombia. Secretaría de Estado en el despacho de relaciones exteriores.

«Al señor general de división, Francisco de Paula Santander.

»Señor:

»Tengo la honra de participar a vuestra señoría que su excelencia el Libertador presidente, con acuerdo del consejo de Estado, ha tenido a bien nombrar a vuestra señoría para que represente a Colombia en los Estados Unidos de América con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia cerca de aquella República, asignado a vuestra señoría de sueldo la suma de ocho mil pesos anuales. Su excelencia el Libertador se promete del patriotismo de vuestra señoría que aceptará este destino como también que vuestra señoría lo desempeñará a satisfacción del gobierno y que se preparará para seguir a los Estados Unidos lo más pronto posible, pues se ha recibido noticia

de estar nombrado un plenipotenciario de aquella República cerca de este gobierno y su excelencia desea que a un mismo tiempo sean reconocidos vuestra señoría y el ministro americano,

»Muy obediente servidor».

«Estanislao Vergara».

Bogotá. Casa de Manuela. Tarde del 14 de septiembre

—Ay, mi señora Manuela, José Palacios anda agitado con las hojas volantes.

—Y resulta que el Libertador no cree que el general Santander es quien las escribe o está detrás de las mismas. Lo mismo de siempre. ¿Tú qué crees, Jonatás?

—Que es el mismísimo Santander.

—También el Libertador, aunque él quisiera que no fuera el mismísimo, como lo es.

—¿Entonces?

—Que no hay nada qué hacer, que terminarán llevándoselo por los cachos.

—¿Y?

—Que antes tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—Pues que Dios nos agarre confesados.

—Pero con el coraje bien puesto.

—¡Ay, mi señora!

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Mañana del 16 de septiembre

De la habitación de Ferguson al salón de espera, de este a su despacho para mirar por la ventana hacia el balcón de la casa de Manuela, escuchar voces y violines, arrugar la frente, disponer de su ánimo y leer una vez más la carta de su amigo muy querido, Cristóbal Mendoza, atada de cabo a rabo a su memoria. Insistió en leerla para sentir la congoja de puño y letra:

«Mi respetable amigo: Solo Vd. me haría tomar la pluma en esta vez, porque solo Vd. podría obligarme tanto como ha hecho en su muy apreciable carta de 28 de junio y siento que el estado de mi salud no me

permita corresponder según mis deseos a las bondades y a la ilimitada confianza con que Vd. me honra en ella. El régimen a que me han sujetado los médicos es tan severo que me prohíbe hasta el habla. Así Vd. me dispensará que me limite por ahora a congratularme y felicitarlo por el inesperado desenlace que ha tenido la convención y por la nueva carrera de gloria que se le ha abierto, aunque sembrada de dificultades y peligros. Por fortuna la opinión pública está bien preparada y el pueblo generalmente se muestra dispuesto a recibir el bien que Vd. le quiere hacer. Cansado de ser el juguete de las pasiones y vicios de los que se han llamado sus conductores, al fin ha aprendido a desconfiar de todos, y no confiar ni esperar nada bueno sino de Vd., que es el que le ha servido con desinterés y con pureza y el que lo ha gobernado en justicia. Siguiendo Vd. esta senda acostumbrada no hay duda que conseguirá levantarnos de la miserable condición a que habíamos llegado por el desorden y desmoralización general. Con solo saberse que Vd. se ha prestado a cargar sobre sí el peso de la reforma de nuestra sociedad, han empezado a renacer las esperanzas y, yo el primero, espero no bajar al sepulcro con el desconsuelo de dejar a la patria en el caos en que la he visto sumida.

»La gravedad del mal que padezco me ha familiarizado de tal modo con la idea de que voy a morir, que no puedo concluir esta carta sin expresar a Vd. el temor de que sea la última, y sin hacerle más súplicas por la numerosa y desgraciada familia que dejo. Su único patrimonio es el recuerdo de los débiles servicios que he hecho a la República y de la amistad con que Vd. me ha favorecido. Yo sé bien que ni aquella agradece ni Vd. puede hacer nada que mejore su suerte, pero si Vd. ofrece continuarle su amistad y protección creeré no dejarla en el desamparo de la orfandad.

»Sea que viva o muera, mi voto más ardiente y sincero será siempre por el feliz éxito de sus empresas que están tan íntimamente ligadas con la felicidad y gloria de la República.

»Adiós, mi general, créame Vd. siempre su amigo, etc. Cristóbal Mendoza».

«P.D. Perucho entra mañana a servir esta intendencia interinamente, yo retengo el título y la paga, pues ni sería cordura una renuncia en mi actual estado, ni Vd. sería capaz de destituirme, echándome a perecer. Vd., mi querido amigo, me ha honrado con este dulce nombre

y su recuerdo me basta: una letra de Vd. produce mejor efecto para mi salud que toda la farmacia.

»Mi mujer y familia agradecen las memorias de Vd. y de Vd. lo esperan todo».

Tenía flojas las piernas, apagado el corazón. Dio vueltas por la habitación. En sus ojos la figura altiva y noble de Cristóbal Mendoza. Escribió:

«Vd. me ha escrito una carta, el 6 de agosto, que me ha llenado de amargura al mismo tiempo que me lisonjea de mil maneras con sus palabras. No puedo soportar la idea de lo que Vd. me dice sobre su vida y familia. Un sabio no muere nunca, pues no hace otra cosa que mejorar de carrera, pero su familia empeora de suerte. No sé como he de sufrir esta idea, y por más que hago no puedo acomodarme a considerarla fijamente. ¿Por qué nos ha de dejar Vd. cuando quedamos tantos que no merecemos la vida? Sea lo que fuere, yo haré cuanto me sea posible por su virtuosa familia, a lo menos mientras exista yo en Colombia. Muchos amigos deja Vd. y todos la serviremos y, sin duda, no habrá uno que no la respete y estime: consuelo muy grande ciertamente para quien sabe que la fortuna es nada delante de la virtud.

»Soy de Vd. siempre el mejor amigo y de todo corazón, en la firme confianza de que, bien sea delante del autor de la vida o en medio del torrente de los males, yo soy el hombre que más admira y estima a Vd. en el mundo, porque Vd. retiene o se lleva el modelo de la virtud y de la bondad útil. Soy Afmo. y tierno amigo».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Amanecer del 16 de septiembre

Despertó con la bilis en la garganta. Miró la bacinilla con un ojo, pues el otro permaneció cerrado por la legaña. En su lugar la palmatoria y el bracero de calentar la habitación. Unos pliegos sobre la alfombra. Limpió su ojo apelmazado. Metido en la cama, con la cabeza afuera, levantó los papeles. Cartas de Páez, con fechas del 7 y 8 de agosto. Reflexiones sobre el estado actual del país y propuestas de reformas. Le complació la entera coincidencia con su modo de pensar, pero decidió recomendarle que oyera a la opinión pública sobre los puntos que había mandado a consultar.

Le agobiaba la suerte de la agricultura, la deuda extranjera, los inmensos gastos para afrontar la defensa contra el Perú y la España, la desorganización de la República, sin renta y sin opinión. Escribió a Páez: «Aseguro a Vd. francamente que esta situación me desespera y llega a darme la idea de no poder mejorar la suerte de la República de ninguna manera; por esto, pues, necesitamos ahora más que nunca de la mayor economía posible en los gastos públicos y la mejorar la administración de las rentas internas, en cuanto sea dable. Desearía, por otra parte, que Vd. me mandara todos los meses un apunte de los gastos militares, para saber si podemos hacer alguna reforma de gastos inútiles en esta parte; y aun Vd. mismo debería ejecutar esta reforma tan pronto como sea posible. Examine Vd. bien las cuentas y verá que más se gasta en oficiales que en soldados, y no podrá Vd. negar que este es un perjuicio muy grande al estado y al ejército.

«Sí, mi querido general, hagamos ahorros, pues perecemos de otra manera, con tantos acreedores y tantas necesidades como nos rodean».

Dedicó unas líneas sobre Miguel Peña y sus males de salud. «Él es buen amigo nuestro y muy capaz de ayudarnos en cuanto quiera, porque tiene instrucción y talento. Dígale Vd. de mi parte que se mejore como lo deseo con toda sinceridad». Una manera de agradar a Páez, ligado como estaba a Peña.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Mañana del 16 de septiembre

A Perucho Briceño refirió parte de la correspondencia que al amanecer le escribiera a Páez, sus preocupaciones por la situación económica, acreedores extranjeros y necesidades propias.

De pronto halló estrecha la habitación. La acreditó a la imagen de Miguel Peña. Dijo al perchero: «El cerco crece». Dio zancadas de la puerta a la ventana mientras creía musitar el último párrafo de su carta a Perucho Briceño: «Háblele Vd. al general Páez sobre el doctor Peña, manifestándole de mi parte lo perjudicial que es tener ese señor a su lado, por causa que la opinión pública está contra él, aunque con mucha injusticia. Dígale Vd. que, por mi parte, yo no temo nada del doctor Peña, pues estoy seguro que él nunca aconsejará nada contra mí; pero que tendrá muchas dificultades con respecto a sus propios amigos, que

lo temen más o menos; y con respecto al público hay un grito universal desde aquí hasta Cumaná, suponiendo que el doctor Peña procurará dividir a Colombia por todos los medios que le dicte su influencia. Estoy seguro que esto es injusto, pero los hombres públicos deben darle gusto a la opinión y yo tengo prueba de ello, por las dificultades que he sufrido algunas veces por causas semejantes. El doctor Peña irá de cónsul dondequiera».

Soltó el pliego para lavar su cara y decirle a su toalla: —Ahora si estamos bien: Francisco de embajador, y Miguel de cónsul donde quiera—. Con la toalla en el cuello comentó: —Ni lo uno ni lo otro. Ambos harán de las suyas. Colombia les queda grande. Secó sus manos con parsimonia. Levantó la vista como si quisiera el cielo, pero encontró las vigas del techo, pulidas, brillantes —¡Bendito sea Dios y esta mierda de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad!

Bogotá. Hato Grande. Biblioteca. Mañana del 19 de septiembre

«Al señor Secretario de Estado en el despacho de relaciones exteriores.

»Señor:

»Hasta el día 16 tuve el honor de recibir el oficio de usted de 11 del corriente en que se sirve participarme que su excelencia el Libertador presidente, con acuerdo del consejo de Estado, ha tenido a bien nombrarme para que represente a Colombia en los Estados Unidos de América con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de aquella República. Estimo debidamente esta honra con que el Libertador presidente tiene a bien distinguirme, y tanto más cuanto que ella me hace creer que el gobierno piensa que todavía puedo prestar a mi patria algún servicio, aunque lejos de ella. Mi carácter constante desde que me alisté en mi larga carrera pública ha sido el de la obediencia, y durante mi larga carrera pública siempre he reservado a la patria la elección del modo con que debiera consagrarle mis servicios. El gobierno quiere que yo abandone los hogares patrios para servir a Colombia, y yo debo obedecer con el contento de un ciudadano, que en cerca de 19 años ha dado pruebas de que todo ha pertenecido a su país, a la causa de la independencia y de su libertad.

»Muy duro es, señor secretario, tener que ausentarme de mi familia y abandonar las propiedades que debidamente he adquirido, las relaciones de amistad, que aunque pocas, merecen este sagrado nombre, y todo lo demás que liga a un colombiano con Colombia, después de haber empleado la mitad entera de mi vida en el servicio nacional, y de haber obtenido el primero y principal puesto público, por cuya razón debiera esperar por última recompensa el descanso y sosiego en el retiro de mi casa; mas si Colombia puede reportar algún pequeño bien de mi traslación a la América del Norte con perjuicio de mi propio bienestar, ¿por qué he de dudar hacer este sacrificio a un país que tanto amo, y a quien todo lo debo? Yo me tomo la libertad de repetir aquí uno de los sentimientos sublimes que animaban al Libertador presidente en una de las desafortunadas épocas de su vida: 'Cuanto más dolor sufro por la República, tanto más placer interior recibe mi alma'.

»Al dar a usted esta respuesta, cuento con que el Libertador presidente ha de haber tenido en consideración, al enviarme cerca del gobierno americano, mis escasas luces en negocios diplomáticos, mi ignorancia en hablar y entender el idioma inglés, la crónica y peligrosa enfermedad que padezco, y mi actual posición política; circunstancias que de buena fe me hacen temer que yo no acierte a desempeñar satisfactoriamente la comisión que su excelencia me encarga, por más que mi patriotismo y mis deseos sean tales que nada dejasen que apetecer al gobierno.

«Debo advertirle a usted que el estado poco favorable de mi salud y la necesidad de dejar asegurados mis pocos bienes, de realizar en numerario el valor de algunos muebles y alhajas de mi uso, de no exponerme a ser presa de algún buque enemigo de la escuadra que amenaza nuestras costas en el Atlántico, con otras particularidades de que me tomaré la libertad de instruir a usted verbalmente, me impiden partir tan pronto como parece que lo desea el gobierno. Yo suplico a usted que presente a su excelencia el Libertador estas dificultades, para que puesto por un momento en mi caso, pueda decidir la razón con que pido algún tiempo para disponer la partida y verificarla luego.

»No parece justo que abandone a una pérdida segura los únicos medios de subsistencia que tengo para vivir, o solo, o asociado a una compañera, y menos ahora en que parece que se intenta hacer

reclamación contra ellos, la cual, aunque por los documentos que poseo, la creen injusta los profesores de derecho, mi ausencia inmediata puede hacer enturbiar mi justicia. Si a los 18 años de servir constantemente a mi patria tuviese que mendigar el pan diario, ni sería decoroso a Colombia tan triste situación, ni sé cómo podría sobrellevarla.

»He presentado a usted mi corazón en esta respuesta. Hablando con un respetable órgano del gobierno supremo he debido hablar la verdad, toca al gobierno estimarla en su justo valor, y yo espero que así lo hará su excelencia el Libertador, a quien usted se servirá darle cuenta.

»Con sentimientos de respeto y perfecta consideración soy de usted muy humilde, obediente servidor».

Bogotá. Hato Grande. Mañana del 20 de septiembre

La mañana asoleada acompañó a Santander y Florentino por el patio, con los ojos llenos de luz y las órbitas henchidas de calentura.

—Llegó el momento, general —dijo Florentino, afiebrado—. Hemos creado una junta revolucionaria para destruir a los pretorianos, pues nos asiste el derecho de insurrección contra el usurpador.

—Estoy admirado de la resolución que los anima en tan azarosa empresa.

—La legalidad está de nuestro lado —dijo Florentino.

—Reconozco que ha llegado el caso en que una insurrección es tanto, o más justa, que en 1810. El resultado de una lucha sangrienta nos puso en posesión de nuestra soberanía y usamos de ella para restablecer un gobierno constitucional republicano.

—La astucia y la violencia han destruido ese gobierno —dijo Florentino sin ocultar su arresto.

—Yo no podré desaprobar, Florentino, los esfuerzos que ustedes hagan por restablecer el orden que el pueblo de Colombia se dio y que el general Bolívar ha destruido.

Un edecán asomó por el zaguán y dijo:

—La señora Nicolasa.

—Dígale que me espere en la biblioteca —respondió Santander. Luego hizo una pausa para tomar aliento y decir a Florentino: —Solo tengo, leal amigo, que hacerle a usted una objeción relativa a mi persona.

—¿Diga cuál, general? —preguntó, ansioso, Florentino.

—Si una revolución tiene lugar hallándome yo en el país, va a decirse que yo la he promovido por ambición personal —Con una mano en el mostacho, agregó: —Y no por el deseo de restituir la libertad a mi patria.

Florentino no pudo impedir su mano por el cuello. Santander, atento a la inquietud del amigo, agregó afectuoso:

—Déjenme ustedes alejarme del país.

—¿Y entonces, general? —preguntó Florentino, descompuesto.

—Dispongan de su suerte sin mi intervención, de manera que no haya ningún pretexto para contrariar sus esfuerzos.

—General, el gobierno constitucional aparecerá en su persona en el momento que destruyamos el gobierno dictatorio —dijo Florentino, volcado el pecho, y agregó: —Si usted no está, la guerra civil será inevitable, y el resultado de la lucha tal vez podría ser adverso a la causa de la libertad.

—Desde mi cargo como plenipotenciario en los Estados Unidos haré mucho por ustedes, además de estar atento a sus esfuerzos.

—Su fuerza moral prevalecería contra la fuerza del dictador —arguyó Florentino sin evitar el resuello del desconsuelo.

Caminaron hacia el zaguán. Santander suspiró con aires de ingenuidad. Abrazó a Florentino y dijo como un susurro:

—Permítame guardar silencio, meditar, consultar la almohada.

Plantada en medio del zaguán la mucama dijo:

—Mi señor, la doña Nicolasa dejó dicho que le espera esta noche, a usted, y al doctor Florentino.

Bogotá. Casa de Nicolasa. Salón. Noche del 20 septiembre

Ambiente festivo. Respiración de conciliábulo. Bernardina ofrece bizcochos, aguardiente y chocolate a los invitados. Nicolasa dispensa requiebros a Santander, Florentino y Carujo. Una tosecita de ocasión anuncia al joven Pedro Celestino Azuero. Nicolasa acude presurosa a recibirle, y, detrás de ella, con los brazos extendidos, el general Santander. Las notas de un violonchelo acompañan las cortesías. Bernardina entrega la bandeja a una mucama y contempla a Florentino: «El cabello

y la barba negros y ligeramente rizados, la tez de un blanco mate casi pálido; los ojos grandes, hermosos y expresivos». Cuando recibe el saludo cortesano de Azuero es sorprendida por la nariz finamente perfilada y recta de Florentino. Él la mira de soslayo mientras esconde su sonrisa como de superioridad y desdén, y la expresión de confianza en sí mismo que a ella tantas veces la atrae como la de un desfile militar. Alcanzó a oír su voz:

—No creo necesario ultimar al César —Pausa—. ¿O acaso sí?

—La pluma es un acero —responde Pedro Azuero y agrega: —Vicente es del mismo criterio.

—Gusto más de mi escritura amartillada —comenta Carujo con una mano en la pistola—. Me gustaría ver un manantial de sangre en el pecho del tirano.

Bernardina recoge sus enaguas. Encuentra nublados sus ojos, también la mano de Florentino en su mano, oprimiéndola con amor.

—Bernardina, olvídate de él para siempre.

Santander guiña un ojo a Nicolasa. Irrumpe el violonchelo. En los brazos de Florentino desvanece Bernardina. Vargas Tejada, echado sobre una poltrona, dice para sí: «Mañana me cargo al ministro de la guerra, para comenzar».

—Búsquenme las sales de amoniaco para la Bernardina —alcanza a decir Nicolasa mientras coloca a su hermana en una poltrona, con la ayuda atribulada de Florentino.

Bogotá. Casa de Urdaneta. Sala. Tarde del 21 de septiembre

El edecán atraviesa el jardín florecido de astromelias bajo un cielo brumoso, aspira profundo, siente una mezcla del cálido aroma de las encendidas flores con el olor a cebollas y ajos en una sartén. Escucha los pasos marciales de Urdaneta, que vienen de la cocina donde suele el general preparar sus fritangas a escondida de la esposa. Ya frente a él dice, con el chocar de los tacones:

—Dos señorcitos le aguardan en la sala, mi general.

—¿De buen talante?

—Emperifollados y nerviosos, mi general.

—¡Amjá!

—¿Alguna orden?

—Ninguna. Gracias, coronel.

El general pareciera aguzar el oído para escuchar algún cuchicheo en la sala. Apenas oye los pasos del edecán contra las baldosas. También escucha los suyos hasta el momento de fijar su mirada en los ojos de Vargas Tejada, y atender el timbre de su voz:

—Buenas tardes, señores —Urdaneta los mira, severo— ¿En qué puedo servirles?

El desasosiego exhala entre los visitantes, tal el desconcierto ante el porte agigantado del general. Urdaneta los invita a tomar asiento con un gesto que es una orden, y él mismo arrellana el cuerpo en una mecedora.

—Me informaron que usted quería conocerme, general —dice Vargas Tejada, taimado pero sin mayor dominio de sí.

—Ya le conozco a usted, señor Vargas, por referencias, y sé en qué anda.

—¡¿Cómo?! —pregunta Vargas Tejada, verde y frío.

—Ciertamente, señor poeta. El Libertador ha sido muy generoso al aprobar su nombramiento, a solicitud del general Santander, como secretario del mismo en los Estados Unidos.

—Es un honor que me hace el presidente —responde la sorpresa de Vargas Tejada.

—¿Y a qué vienen esas pistolas? —pregunta Urdaneta, la vista en las cinturas de los visitantes—. ¿La de usted, joven, y la de usted, poeta?

—Pedro Celestino Azuero, señor.

—La ciudad está en ascuas —dice Vargas Tejada, el alma en vilo.

—¿Y no serán ustedes los de la candela? —pregunta Urdaneta, hundiéndoles los ojos.

—¡Jamás, mi general! —responde Azuero.

—Cuando uno encaja una pistola en la cintura, debe usarla, o corre el riesgo de que la meen —dice Urdaneta con el ceño, y agrega: —Dejen los malos pensamientos debajo de la almohada, pues la pluma y la pistola no son de la misma especie. Buenas tardes, caballeros.

Urdaneta les da la espalda. En el patio su mujer con un manojo de hortensias entre sus manos.

Bogotá. Palacio de gobierno. Plaza. Portal. Mañana del 22 de septiembre

Día de mercado. La plaza atiborrada de gente. Por todas partes toldos y puestos de frituras. En una esquina un alboroto de perros. En la otra, unos zagaletones provocan una trifulca. Alcántara Herrán, Restrepo y Urdaneta conversan bajo el portal de la puerta principal del Palacio de gobierno.

—El general Santander aún sigue sin preparar sus corotos —comenta Alcántara Herrán.

—¿Qué debemos hacer, coronel? —pregunta Restrepo, resquebrajado.

—Esperar, señor ministro.

Urdaneta, puesta una mano en el hombro de Alcántara, le dice al doctor Restrepo:

—Doctor, ese asunto lo arreglaremos el intendente y yo..., si podemos.

—Confiemos en sus disposiciones, mis amigos —responde Restrepo, y entra al Palacio cartera en mano.

Urdaneta permanece con Alcántara Herrán bajo el portal y la apagada neblina.

—Conspiran impunemente, Rafael. Tienen alzado el puñal.

—Vargas estuvo en mi casa.

—¿Para?

—Para hacer de las suyas, pero le faltó guáramo.

—Son pocos los conspiradores: Florentino González, Vargas Tejada, Wenceslao Zuláibar, Mariano Ospina, Arganil, el doctor portugués, el mismo a quien el Libertador condonó la pena por el atentado que cometió contra Mariano París. Agregue usted a Pedro Celestino Azuero, Mariano Escobar y unos cuantos belicosos más.

—Y Agustín Horment, intendente, óigalo bien, Agustín Horment.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho del Libertador. Tarde del 22 de septiembre

Terminó de dictar una carta. Pepe París acababa de hojear un libro frente a uno de los estantes. José Palacios entró cargando una

bandeja con una botella de oporto y dos copas. Sirvió a París y luego al Libertador.

—Buen provecho —dijo José.

—¡A tu salud, José! —dijo el Libertador y sorbió un trago.

—¡A su salud, José! —dijo París, y apuró un trago mayor.

—Bien, mi buen amigo Pepe, excuse usted que le haya hecho esperar, pero ahora mismo le escribía una carta a mi hermana María Antonia.

—¿Acaso prepara viaje? —preguntó París, sin ocultar la tribulación.

—Solo mi futuro próximo… Y dígame: ¿a qué debo su inesperada, pero siempre grata visita?

—Los rumores, general.

—Estoy harto de rumores y comidillas, coronel París, realmente harto. ¿Qué hacemos? —Alzó la copa, bebió un sorbo y agregó: —Estoy saneando la administración del Estado. El desastre de la administración de Santander no tiene nombre. Por cierto, recibió su nombramiento de ministro plenipotenciario de Colombia en Washington, y muy pronto saldrá de viaje. Aún más, escogió al joven Vargas Tejada como su secretario.

—Estuve en casa del general Santander. Aún no ha hecho preparativo alguno para salir, y menos el otro.

—Leí su carta al doctor Estanislao Vergara, de fecha 19. Pide algún tiempo para disponer la partida, y verificarla luego, según sus palabras —Respondió el Libertador, como despreocupado, pero no pudo impedir el acceso de tos.

—La conspiración contra su excelencia ya es un secreto a voces —comentó París, incomodo.

—¿Y usted también ha hecho eco, amigo París?

—¡Cómo desearía que usted tomara mayores precauciones!... General, muchos de sus amigos podríamos acompañarle en sus paseos diarios. Por favor, no salga sin escolta armada.

—¿Quiere decir que debo cambiar mis costumbres?

—Creo que sí, mi querido general.

—Venga, acompáñeme a la mesa.

Caminaron por el corredor, perdidas las miradas en los jardines. Pasos de fuertes tacones llamaron su atención: el general Rafael

Urdaneta, altivo y adusto, vestido de civil. El Libertador abrió los brazos para recibirle.

—¿Y qué trae a Rafael con tan mala cara?

—La muerte.

El Libertador volteó hacia Pepe París y le preguntó:

—¿Y usted acordó con Rafael?

—Las noticias son las mismas... al parecer.

—¿Y tu mujer, qué?

—Con el corazón como una pasa.

—El mío está cansado.

—¿Y qué me dice de sus oídos?

Asimiló la sorna y dijo, desentendido:

—Salgamos al jardín para escuchar la noche.

Confundidas la neblina y la noche. El diálogo hizo un alto. El silencio diciendo algo. Desde el segundo piso, acodado a la barandilla, meditabundo, José Palacios escucha:

—Siempre has sostenido —dijo Urdaneta— que el arte de la política es el de precaver y que esto consiste en saber juzgar bien a los hombres y las cosas...

—Ciertamente.

—...en el conocimiento profundo del corazón humano y de los móviles de sus acciones —continuó Urdaneta.

—También he dicho que no siempre he tenido libertad para decidir o actuar.

—Tan solo en la guerra se pierde la libertad de salvar la vida —dijo Urdaneta, estremecido.

—¿Tan graves son los rumores?

—¡Si tan solo fueran rumores!

—Bien, regresemos, miren a José haciendo guardia, esperando por nosotros.

—Los parricidas también esperan su oportunidad, si ya no han puesto fecha.

El Libertador pasó un brazo por la espalda de Urdaneta, y el otro por la de París, afectuoso, y dijo, a José Palacios:

—Nuestros amigos están impacientes. Ordena que sirvan la comida.

Bogotá. Almacén de Wenceslao Zulaibar.
Tarde del 22 de septiembre

Los semblantes de algunos miembros de la junta directiva y sus arruinados ojos cuentan de las encendidas horas de reunión. Florentino arenga:

—Si el coronel Guerra, jefe del estado mayor, nos da garantía de controlar sus fuerzas, si el batallón de artillería es comandado por jefes y oficiales unidos a nuestras ideas y dispuestos a arriesgarlo todo, si el parque está a su disposición y de los comprometidos a correr los trances de la lucha, si esta es necesaria, no habrá obstáculos para restablecer el gobierno constitucional.

—Queda por definir la participación de Padilla —comentó Zuláibar.

—Fácil, *mon cheri* —dijo Horment—. Ganemos para nuestra causa a los oficiales que lo custodian. Dinero hay —agregó.

—Tocará al almirante Padilla asumir el mando de las tropas y de los jóvenes estudiantes —dijo Arganil.

—No vacilará un instante, ni un instante —dijo Horment y preguntó: —¿Acaso no es un macho?

Arganil descubrió su vieja dentadura. Cundió el regocijo. Una tángana de perros en la calle puso fin a la reunión.

Bogotá. Casa de Manuela Sáenz.
Tarde del 22 de septiembre

—No son solo rumores, Jonatás.

—Es corrillo en el mercado —dijo Jonatás.

—La gente tiene el miedo metido en los calzones —agregó Nathán.

—José Palacios dice que el Libertador no quiere prestar oídos a las advertencias de sus amigos —dijo Manuela—. Estoy furiosa con ese señor.

—¿Cuál señor? —preguntó Jonatás.

—No te hagas la idiota, mujer. ¿Quién más, sino el Libertador?

—Dios lo protege, señora.
—¿Hasta cuándo me lo dices?

Bogotá. Casa de Florentino González. Noche del 22 de septiembre

Sillas de mimbre, tazas de café, humo de cigarros, un perchero atestado de sombreros, un florero con claveles marchitos en la holgada sala. Contra la pared amarilla la sombra de una vieja telaraña en un rincón del techo de cañabrava. Del patio los primeros grillos de la noche.

—Poseemos todos los medios para ordenar el momento decisivo —dijo Florentino al coronel Silva.

—¡El batallón de artillería es respetado y está bajo mis órdenes! —informó Silva.

—Esa noche será liberado Padilla, quien atraerá consigo a los oficiales y sargentos que le custodian —dijo Guerra.

—Muchos jóvenes de San Bartolomé están dispuestos a tomar las armas —afirmó Florentino.

—¿Y las sabrán usar? —preguntó Horment, con preocupación.

—Pues que aprendan a su momento —respondió Florentino.

—En el batallón Vargas hay oficiales comprometidos —dijo Silva, anuente.

—¡Gran noticia! —exclamó Florentino.

—Así mismo en los cuerpos de más confianza del viejo —agregó Silva.

—No podrá escapar, Rudesindo —le dijo Florentino.

—¿Cuándo será? —preguntó Horment a Florentino, descolorido por el tuteo al oficial.

—En el momento oportuno. Acaso el día de San Simón.

—El 28 de octubre está como lejos —comentó Horment.

—Puede ser antes —respondió Florentino como si hablara para sí.

—Así lo espero, *monsieur* González.

—Pues que lo sea —sopló Horment.

Aplaudió el coronel Rudesindo Silva, ya con el atentado entre sus manos.

Bogotá. Casa de la Comisión de Crédito Público. Tarde del 23 de septiembre

Carujo, plantado en medio de la calle, lee: «Comisión de Crédito Público». Sonríe, comenta para sí: «Muy de gusto del general Santander». Acomoda su cuello y entra en la casa para encontrar a Vargas Tejada, Pedro Celestino Azuero y Florentino González en una oficina, arrellanados en unas sillas de estera.

—¿Y en esta oficina no trabajaba el doctor Soto? —pregunta Carujo sin ocultar la mala intención.

—Trabajaba, pero decidió no regresar a Bogotá —responde, incómodo, Vargas Tejada.

—Falta que nos hace —comenta Florentino.

—No solo en la capital necesitamos gente de significación —intercede Pedro Celestino Azuero.

—¿Lo dice por Soto o por su primo Vicente? —le pregunta Carujo, mordaz.

—Por ambos —responde Azuero, sereno. Agrega: —Auténticos liberales.

Una mujer entrada en años busca acomodo a su oído en la ventana de la oficina.

—El 28 de octubre el encargado de negocios de México dará un baile al que Bolívar asistirá sin falta, pues es el día de San Simón —informa Florentino.

—Muchos de nosotros seremos convidados, a recomendación del general Santander —agrega Vargas Tejada.

—Esa noche el jefe del estado mayor mantendrá en su casa a los jefes de las fuerzas armadas leales al presidente.

—Entonces podremos llevar a cabo nuestro designio —agrega Vargas Tejada, frotándose las manos.

—Tomaremos los cuarteles y todos los puestos militares, incluso la guardia del palacio de gobierno —dice Florentino.

—Yo tengo otros planes —comenta Carujo.

—¡¿Cómo?! —pregunta Florentino, alarmado.

—Diga usted, comandante Carujo —dice Azuero con entusiasmo.

—Mañana el general Bolívar saldrá de paseo, acompañado por José Ignacio París, un ayudante de campo y algún otro servil —dice Carujo.

—El general Urdaneta, seguramente —interrumpe Vargas Tejada.

—El que sea —responde Carujo—. Además, como de costumbre, Bolívar irá desarmado.

—¿Entonces? —pregunta Azuero, con ansiedad.

—Oportunidad para que cuatro voluntarios bien armados y este servidor sacrifiquemos al dictador —afirma Carujo, y agrega para sí: «Esta vez será distinto».

Doblan, lejanas, las campanas de una iglesia. Un dependiente sale a la carrera, despavorido, haciendo cruces. Florentino busca la ventana y mira, al través del postigo de la celosía, el lado contrario de una curiosa mujer huyendo despavorida.

—Nadie —dice—. Por favor, coronel Carujo, consulte al general Santander —agrega, alarmado.

Cruzan miradas Azuero y Vargas Tejada, regocijados por las palabras de Carujo, quien no alcanza a captarlas, atento a la descompuesta cara de Florentino y su vanidad maltrecha.

Bogotá. Casa de Santander. Mañana del 23 de septiembre

El sol llegó por las ventanas de la biblioteca para acompañar a Santander cuando dijo a Carujo:

—Es una locura, señor.

Carujo, con el índice buscando acomodo a su pescuezo de res en el cuello de la camisa, respondió:

—Teniente coronel, comandante de la República.

Santander tomó aliento para ocultar su molestia, y dijo, alterado:

—Me niego a su designio, señor. Aún más, estoy pronto a dar parte a las autoridades, si usted no me promete desistir de tal propósito bajo palabra de honor.

Carujo, investido de dignidad, pero vacilante, respondió:

—Es una determinación personal, general.

—Usted, coronel, solo debe obedecer a su juramento de respetar las órdenes de la junta revolucionaria.

—Conste, general, que esta ocasión es superior a cualquiera otra.

—Y conste usted, que yo no apruebo ninguna decisión individual.

—Comprendido, general —Saludó a su superior y dio media vuelta. En el camino dijo para sí: «¡Quién carajo, Carujo, te mandó a pedir permiso!».

Soacha. Calle. Tarde del 23 de septiembre

Por la empedrada calle, el Libertador, José París y un ayudante de campo. Niños y perros juguetean a su paso. El color lánguido de la tarde apaga los abatidos ojos del general.

—¿Mando a llamar las mulas? —pregunta París.

—Ordene, coronel.

A una seña de París, el ayudante de campo vuelve la cabeza para que tres muchachos arreen las mulas.

—¿Usted cree que yo soy como César?

—Le imagino como Augusto.

Los niños rondan con una canción de por medio. Manos y gemidos, ojos luminosos, suspiros y bendiciones acompañan a los jinetes. El Libertador observa con pudor.

—¿Es verdad que usted es mi tío Libertador? —pregunta un niño.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La nona.

—No te ha mentido.

Algarabías detrás de los jinetes. Aplausos. El Libertador aspira las voces y las palmas.

—Apenas vivo a medias; más que a medias ya he muerto —desahoga el cuervo de su melancolía. Hinca sus espuelas, al igual que París, y las mulas echan a trotar.

En la boca calle aparece el viento como un presagio.

Bogotá. Casa de Ferguson. Tarde del 23 de septiembre

Carujo enciende un fogón, toma un vaso y bebe un trago. Mira el contenido de la cacerola y sonríe.

—¿Para qué quiero chocolate? Bebida de bolsas bogotanos —dice en su interior.

Ferguson anuncia su presencia con animado paso por el corredor. Carujo bebe una vez más y asoma su cabeza para decirle:

—Estoy aquí, William, preparándote un poco de chocolate.

—Prefiero un brandy o un escocés —responde Ferguson desde el corredor.

—Pues busca en la alacena, que lo mío es aguardiente puro. Bebida de hombre. Aquí te espera un chocolate recién hecho.

Una carcajada, fresca y sonora, responde a la voz de Carujo.

—Me tienes la casa tomada.

—No será por mucho tiempo.

En medio de la puerta de la cocina aparece Ferguson con una sonrisa franca, y afable anuencia:

—Bebe cuanto quieras.

La envidia de Carujo mira el cuerpo altivo y desenvuelto de Ferguson, quien pone en orden los leños del fogón, retira la cacerola, busca la taza y en el momento de servirla, Carujo le advierte:

—Nada de chocolate, quiero un trago, y que no sea el último.

Ferguson extiende un vaso al belicoso huésped.

—El del estribo —dice Carujo, en la mano izquierda una taza humeante, y en la derecha el vaso lleno de aguardiente.

Carcajadas, sonoras palmadas. Carujo abraza a Ferguson porque le llega de adentro, agradecido con el amigo que le da posada. Por el hombro de Ferguson los ojos inciertos de Carujo. Por encima del hombro de Carujo los ojos de Ferguson sobre los leños y el anafe.

—¡Qué pena! Solo sabes prender la candela —dice Ferguson, aturdido de improviso.

Casa de Ezequiel Rojas. Tarde del 23 de septiembre

Ezequiel Rojas prestó oídos al repique de campanas de la iglesia. Florentino no había parado de hablar en su empeño por conquistarle para la difícil empresa que a los ojos del fogoso abogado aparecía como fácil de realizar.

—Contamos con el cuerpo de artillería, con el jefe del estado mayor, con varios jefes y oficiales… Con jefes liberales y oficiales presos en los cuarteles.

—No será sencillo, mi buen amigo —dice Rojas, incrédulo.

Todo será sencillo y viable. El jefe del estado mayor tiene jefes y oficiales con quienes relevar todas las guardias. Acompáñenos, doctor Rojas, en esta decisión patriótica, al igual que en los combates de Ocaña.

—Incluya mi nombre en su listado.

—No esperaba menos de ti, Ezequiel.

Florentino estrecha las manos de Rojas. No cabía en su entusiasmo. Rojas, su colega, sagaz en la lid parlamentaria, ardía en deseos de meter su cabeza debajo de la almohada.

Bogotá. Palacio de gobierno. Mediodía del 24 de septiembre

Los guardias miran de reojo a Castillo Rada, Urdaneta y Restrepo, acompañados por la penumbra.

—No tiene descanso, quiere rehacer a Colombia a fuerza de proclamas, decretos e ilusiones —dice Restrepo.

—De plumazo en plumazo… Lo que deshizo Santander, no lo resolverá con tinta y papel —dice Urdaneta.

—Son medidas importantes, general —dice Castillo.

—Lo son y no lo son… Lo son porque quiere salvar a la República… Y no lo son porque son escasos los recursos y extremas las necesidades —interrumpe Restrepo.

—¿Y qué?, doctor Restrepo.

—Llevará tiempo restablecer a la República.

—Mientras los facciosos hacen de la libertad su emblema.

—Es difícil el diálogo —dice Castillo.

—Es posible —dice Restrepo.

—Los conspiradores solo creen en la muerte —dice Urdaneta.

Doblan las campanas. Aparece Alcántara Herrán, como saliendo de la neblina. Al avistarle, Urdaneta le pregunta:

—¿Alguna novedad, coronel?

Con el sombrero negro en la mano que saluda, Alcántara Herrán responde:

—Los bachilleres siguen conspirando.

—¿Y usted qué opina? —pregunta Urdaneta.

—Sigo instrucciones del doctor Restrepo —dice Alcántara Herrán.

—Son las de su excelencia —dice Restrepo.

—No solo conspiran los bachilleres. También hay sus viejitos —dice Alcántara Herrán.

—¡Que hagan y deshagan, que digan y desdigan, que armen pedos y negocien con los comerciantes antioqueños! —dice Urdaneta.

—¡Aún más! —dice Alcántara Herrán.

—¿Qué es lo más? —pregunta Castillo.

—Que cualquier día estallará una revolución.

—¡Que estalle de una vez esa mierda! —profiere Urdaneta.

Bogotá. Casa de Nicolasa. Noche del 23 de septiembre

Nicolasa tomó asiento en la cama y encendió una vela que luego colocó sobre la mesa de noche. Suspiró. De espaldas a Santander, le dijo:

—No permitas que le hagan daño.

—Nunca, mujer.

—La Bernardina está muy nerviosa, pues ha escuchado rumores de atentados contra el Libertador.

—¿Y tú qué crees? —Apoyó su cabeza en la almohada.

—Tengo miedo, Francisco.

—¿Acaso olvidas que me nombró ministro plenipotenciario en los Estados Unidos de América?

—Llévate al poeta.

—El presidente autorizó su nombramiento.

—¡Gracias a Dios!

—La revolución es inevitable, mujer.

—También el respeto a la vida del Libertador —dijo al aferrar los brazos de Santander.

—Dile a Bernardina que su partido es el de Florentino.

Santander besó el cuello de Nicolasa. En la calle la voz del sereno: «¡Ave María, Ave María! ¡Las doce y sin novedad!».

Por el corredor el llanto de Bernardina. En la sala el chirrido de una mecedora.

Bogotá. Iglesia de San Carlos. Tarde del 24 de septiembre

Multitud de truenos, viento y lluvia sobre la ciudad solitaria. Alguno que otro fanal encendido en el segundo piso de la casa de Manuela. Nathán prende velas al Santísimo. Un pordiosero, a las puertas de la iglesia, esconde su cuerpo en el poncho roído. Suenan las campanas de la Catedral. También las de San Carlos. Jonatás mira a una niña acurrucada bajo el portal de la iglesia de los jesuitas, puestos sus ojos en el cielo turbio.

Turbia es la noche.

Bogotá. Casa de Santander. Noche del 24 de septiembre

Santander sintió fría la piel. De la levita sacó un pañuelo blanco de encaje. Comentó a Ezequiel Rojas:

—Me han llegado noticias de que andan pensando en una contrarrevolución para restablecer el orden institucional.

—También a mí, general.

—Creo inoportuno el proyecto.

—La contrarrevolución será general porque en todas partes hay el mismo pensamiento.

El aire de la noche inundó la sala iluminada. Santander buscó lugar a sus manos en los bolsillos de la casaca. Ezequiel Rojas estornudó el frío en una maceta de geranios. Santander creyó oportuno un consejo:

—Es necesario esperar a que los diputados a la convención hayan tenido conocimiento de lo que ha pasado aquí, para que obren de acuerdo y para que lleven a efecto las resoluciones que tomaron en Ocaña —Sintió desabrido el aliento, convulsas las manos. Agregó: —Influya a mis amigos para que obren con juicio y desistan de hacer un movimiento aislado y precipitado.

—Todo será sencillo y fácil, general.

—No lo crea, amigo mío —dijo escéptico.

Palideció Rojas. Sopor en su cuerpo. Fríos los pies. Muy amarga la saliva.

Bogotá. Pulpería. Noche del 24 de septiembre

Como espantados, como si Triana fuese el mismo diablo, algunos parroquianos salieron de la pulpería. Borracho y eufórico, el capitán aplaudió la llegada de un paisano.

—Usted si es un valiente, mi camarita, no esos bolsas despavoridos.

—Diga usted, mi capitán Triana.

—Llámeme Benedicto —respondió, bravucón.

Desconcertado, el paisano tomó asiento al lado de Triana.

—Diga usted, Benedicto.

—Lo que digo (pausa para limpiar su boca). Beba el aguardientito, mi compañero, beba y oiga.

El paisano bebió del pocillo, atribulado.

—Así me gusta, paisano.

Triana echó una mano en el hombro del paisano y le acercó la cara para decirle al oído:

—¡Vamos a joder al viejo tirano!

El paisano quitó de su hombro el brazo de Triana.

—¡¿Qué coño dice, capitán?!

—Lo que digo. Vamos a quitar al viejo.

—¿A quién?

—Al mismísimo Bolívar.

—¡¿Cómo es la vaina?!

—Como lo oye.

—¡Usted está loco, capitán!

—¡Respeto, carajo! ¡Loco no, liberal!

Triana tumbó la mesa en el empellón de poner su cuerpo de pie. Trastabilló. Tomó asiento nuevamente, no si antes pifiar en el intento de poner las sillas en orden. El paisano contuvo su rabia.

—Ordene usted, mi capitán —dijo, sumiso.

—Así me gusta, paisano.

El paisano inclinó los ojos, avergonzado de su situación. Triana hizo una señal al pulpero para pedir dos tragos más. Dijo al oído del paisano:

—Lo suyo es oír y callar.

—Entendido, capitán —dijo el paisano, tolerante.

—Así me gusta, amigo mío —dijo Triana, pero en su euforia dio un tumbo y cayó de espaldas en el suelo, enredando sus pies con las patas de la mesa. El pulpero de vaina alcanzó a levantar los pocillos que llevaba en las manos y echar su cuerpo hacia atrás, para esquivar a Triana, quien acertó a mirarlo con los ojos entornados desde el piso regado de aguardiente.

Sin pagar la cuenta huyó el paisano como alma que lleva el diablo.

Bogotá. Cuartel de artillería. Medianoche del 24 de septiembre

El subteniente Francisco Salazar despertó sobresaltado por los tropezones de Benedicto Triana.

—¿Qué pasa?

—Soy yo —respondió Triana, balbuciente.

—Acuéstese, capitán.

—¡Primero óigame! —gritó Triana, furioso, y agregó con un nuevo aire: —Vengo de la logia donde me protegen todos y hemos de joder a ese viejo Bolívar, que ha dado en un tirano.

Salazar giró sobre el catre y puso los pies en el suelo.

—¡¿Cómo dice, capitán?!

—He adelantado mucho con los muchachos del Vargas, que son muy decentes. ¿Me entiendes?

—Duerma, capitán.

—¿No sabe usted que yo soy masón?

—Yo no sé nada de eso, capitán.

Triana fue por su catre, tambaleante y festivo. Rezongó. Regresó por Salazar y encontró unos ojos despabilados contra el techo.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Amanecer del 25 septiembre

Escrutó a Francisco Salazar, azorado y trémulo. El subteniente tenía la lengua vuelta un enredo.

—Como usted no se vaya pronto para el Cauca, verá usted..., así me dijo en su resaca.

—¿Algo más subteniente?

—Y si usted me llega a denunciar en esto le pegaré una puñalada en la cama. Así me dijo.

Bolívar abandonó el sofá y palmoteó a Salazar por los brazos, agradecido.

—Informe al jefe del Estado Mayor departamental.

—Ahora mismo, general.

—Después que tome un pocillo de chocolate en la cocina.

—Por Dios, su excelencia, proteja su vida —dijo, doliente, Salazar.

—Gracias, Salazar, y cuide también de la suya.

Bogotá. Casa de Santander. Mañana del 25 de septiembre

Pasó dos días en la escritura del documento. Aunque le bastaba con la revisión de sus archivos acudió a lo que consideraba el debido asesoramiento. A fin de cuentas era el asunto de su propiedad de Hato Grande, que debía preservar, y más en las circunstancias de un alzamiento contra el Libertador. Procedía curar la salud de sus bienes. Eran suyos, adquiridos legalmente. Preocupado por sus asuntos quién podría pensar que tuviera que ver de cuanto ocurriera con el gobierno y la misma vida de Bolívar —Allí le va esta, general —dijo a los pliegos.

«Al excelentísimo señor Libertador de la República. Señor:

»El infrascrito general de los ejércitos de Colombia a vuestra excelencia respetuosa y debidamente represento: que el señor Ignacio Morales en calidad de tutor de sus sobrinos, y nietos del señor Estanislao Gutiérrez, me ha manifestado tener reclamación que intentar contra la hacienda de Hato Grande, propiedad mía en la actualidad, y como yo he estado preparando mi viaje a los Estados Unidos del Norte, debo dejar arreglado este negocio y bien claros mis derechos a la mencionada hacienda, ocurro a vuestra excelencia en la forma a que haya lugar, y como a quien el señor Morales ha protestado ocurrir, implorando justicia.

»La acción del señor Morales por los nietos del señor Gutiérrez se reduce, según me ha manifestado, a que la venta de Hato Grande hecha por el expresado Gutiérrez al presbítero Pedro Bujanda, ha sido nula, en virtud de haber sido un contrato reprobado por las leyes 41, título 59, partida 55 y 12 del de venta futura, y título 13 de la misma

partida. Habiendo yo registrado dichas leyes y consultado a diferentes letrados sobre ellas y sobre el caso de enajenación de Hato Grande, que al señor Morales le parece nula, hemos hallado que las mismas leyes citadas justifican la propiedad de la hacienda en el presbítero Bujanda, y por consiguiente la legitimidad de la adjudicación que de ella me hizo vuestra excelencia conforme a las leyes que lo autorizaban plenamente.

»Para que vuestra excelencia forme su juicio exacto del negocio, me será permitido transcribir la ley 41 del título 52, partida 50, concordante en la 12, artículo 13 de la misma partida, y con la ley 25, artículo 16, libro 59 de la recapitulación de Castilla, y hacer uso de los documentos que presento en 19 fojas útiles, las cuales pido se me devuelvan a su tiempo.

»La ley dice así (aquí toda ella, es decir, la 41): A la foja 7 vuelta del legajo presentado, empieza la escritura de venta futura otorgada por Gutiérrez a Bujanda en 28 de enero de 1809, y en ella aparece que la hacienda de Hato Grande se hipotecó a Bujanda, por 16.118 pesos, que este dio prestados a Gutiérrez en moneda corriente, fijando por condición que si pasaba un año, es decir, si llegado el 28 de enero de 1810, Gutiérrez no había devuelto la cantidad mencionada, quedase Hato Grande en calidad de vendida perpetuamente por la cantidad de 29.400 pesos al presbítero Bujanda (foja 8 vuelta), y obligado este a reconocer los principales que se reconocían en la hacienda a las monjas de Santa Clara, a don Francisco Rodríguez de la Serna. Se llegó, en efecto, el plazo estipulado y la hacienda de Hato Grande pasó al poder de Bujanda por sentencia judicial, habiendo pagado en enero de 1810 el derecho de alcabala por la cantidad de 17.000 pesos, como consta a la foja 14 del legajo que presento, en cuya diligencia se expresa que de los 12.400 restantes para el completo de 29.000 pesos no se pagaba por ser reconocimientos de censo. Resulta, pues, de la escritura otorgada en 1809, que la hacienda de Hato Grande se vendió en mayor cantidad de aquella que Gutiérrez había tomado prestada del presbítero Bujanda, porque siendo solo 16.118 pesos los que este clérigo dio en préstamo a Gutiérrez, y 29.400 pesos en los que al plazo cumplido ha tomado en venta la hacienda, la finca se vendió legítimamente, pues la ley citada dispone que tal pleito o contrato debe valer cuando sobre aquello que se había dado cuando se

tomó la cosa a empeño, se dé tanto cuanto podría valer la cosa. Que la hacienda de Hato Grande en 1809 solo podía valer 29.000 pesos se deja percibir claramente de los mismos documentos que presento: A la foja 10 consta que en el año de 1804 fue arrendada la dicha hacienda a don Lorenzo Marroquín en 1.288 pesos anuales, que es un rédito que supone apenas el capital de menos de 26.000 pesos. A la misma foja vuelta, consta también que el vendedor Gutiérrez declara que aunque le había costado la hacienda 36.000 pesos en el año de 1802, fue con inclusión de los ganados, los cuales había ya él sacado de los potreros y dispuesto de ellos. De aquí es clara la consecuencia que el precio de 29.400 pesos en que quedó ajustado por la hacienda entre Gutiérrez y Bujanda, no es un precio ínfimo que causara lesión enorme o enormísima, en cuyo caso la ley reprobaba el contrato. Y si esta venta fuese nula a despecho de las leyes citadas, ¿se podría ya contar con la seguridad de propiedades adquiridas por medios tan legales? Obteniendo el señor Morales una resolución favorable a sus pretendidos derechos, estoy seguro de que millares de propietarios serían reducidos de la noche a la mañana al estado de indigencia».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Mediodía del 25 de septiembre

Estuvo leyendo a regañadientes la carta de Santander, como en los tiempos de la cartilla en San Jacinto, y, como entonces, abandonó la lectura sacudido por las náuseas. «El desvelo de la codicia» —dijo. «El desvelo de la codicia» —repitió. Lo atacó una fría palidez. Buscó el espejo: la piel cetrina, lívida. Creyó aspirar no solo el aire húmedo, sino la amenaza de una fatalidad inexorable. Pensó en Manuela. Sabía de ella por los dulces y los cestos de frutas que llegaban de manos de Jonatás. Con motivo de uno de esos religiosos envíos, José le comentó que la doña había ido a visitar al general Padilla.

—¿Le llevaría algún presente?

—La señora es muy generosa.

—¿Qué dijo Urdaneta?

—El almirante y la doña Manuela son amigos de verdad.

La memoria le regresó la sangre a la cara. Descorrió las cortinas de la ventana. Miró a su izquierda, hacia la casa de Manuela. Por escenario el aguacero mecido por el viento; la soledad, fría, pálida, solemne.

—La codicia despierta odios —dijo al crucifijo de madera. El odio no tiene frenos.

—Es artero —creyó oír por boca de Manuela.

Bogotá. Cuartel del batallón Vargas. Tarde del 25 de septiembre

En el patio cenaban oficiales y cabos. Un muchacho, escondido en un rincón, ensayaba con una corneta. En un solar cercano alguien tocaba una guitarra. Al pie de una escalera voces de soldados, nostálgicos por los sones que llegaban del otro lado de un muro despintado.

—¿Y que será del tío Libertador?

—Pos arreglando esta vaina, camarita.

—¡Dios lo quiera!

Bogotá. Oficina del Estado Mayor. Tarde del 25 de septiembre

Las manecillas de un reloj indicaban las cinco de la tarde. Frente al coronel Guerra el subteniente Francisco Salazar, dueño de sí, firme, satisfecho.

—Tal como lo escuché, tal lo he contado a su excelencia.

El coronel estaba lívido, sudando frío, con el miedo entre las piernas.

—Que ahora mismo vayan por Triana —ordenó al ayudante. Luego dijo a Salazar: —Mañana haremos las averiguaciones correspondientes. Gracias, subteniente, por su valiosa información.

—Solo he cumplido con mi deber, mi coronel, y la instrucción de su excelencia Libertador.

Guerra sintió en lo más hondo de la bragadura que su vida había cambiado. ¡Qué vaina con el destino! Embarcado estaba en un bajel que no era propiamente el suyo. Acaso estrellaría contra unas rocas que supuso desconocidas, a sabiendas que eran las del pueblo que creía en su Libertador, su padre, el tío de los llaneros del Apure y de Casanare.

¡Cómo eludirlas! Vaya usted a saber. Recordó. Estaría por comenzar la reunión en la casa del poeta Vargas Tejada. Una serpiente en puertas. No podía faltar. ¿Qué dirían de él Horment y Arganil y Carujo ¡Ay! Carujo y Florentino y pare de contar. Comprometido estaba por los favores de Santander.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada. Tarde del 25 de septiembre

Tenía puesta la mirada en los geranios del jardín. Armoniosas, sincopadas caían las gotas de las hojas dobladas por el aguacero de la tarde. Le mortificaba la opresión en el pecho.

—¿Y qué hizo con él?

—Está preso y bajo custodia —respondió, tembloroso, el coronel Guerra.

—¿Y el denunciante?

—Muy orgulloso de su delación. Acaso sea necesario actuar. Cuanto más pronto, mejor.

—Esta misma noche, coronel.

—¿Esta misma noche?

—Como lo oye, coronel. Su ayudante, el teniente coronel Carujo, redactará las órdenes para entregar todas las guardias a los oficiales comprometidos.

—Esperaré en mi casa, como está dispuesto.

—El destino ha señalado *le jour de la vengeance*. ¿No lo cree usted, coronel Guerra?

Bogotá. Palacio de San Carlos. Despacho de Bolívar. Tarde del 25 de septiembre

De pie, con las manos sobre el escritorio, dispuesto a dejar la cartilla en veremos, como en los tiempos de San Jacinto, terminó de leer la interminable carta de Santander:

«...Esta exposición documentada basta solo para decidir el ánimo del gobierno supremo a declarar la legitimidad del contrato en virtud del cual adquirió Bujanda la hacienda de Hato Grande. Si todavía fuese preciso corroborarla, yo alegaría que hace 18 años que está celebrado

este contrato y 15 que Bujanda y yo somos poseedores de la hacienda de Hato Grande, sin que nadie haya reclamado no obstante los deseos y providencias de vuestra excelencia para que contra todo bien confiscado se hicieran valer los derechos que se creyera tener. Ni se alegue por Morales que están interesados sus menores, porque cuando Gutiérrez enajenó a Hato Grande, no era menor, hijos y nietos no tenían derecho para reclamar contra lo que su padre o abuelo contratase; si así no fuera, nadie volvería a hacer ningún género de contrato con hombres casados, por miedo de que después de su muerte se aparezcan sus hijos o nietos reclamando de nulidad a título de menores.

»Por todo lo expuesto, si vuestra excelencia juzga que debo determinar en el negocio, pido debidamente que se declare legítimo y válido el contrato de venta por el cual la hacienda de Hato Grande perteneció al presbítero Pedro Bujanda, cura de Cajicá y por consiguiente válida y legítima la propiedad que yo he adquirido de ella, pues en ello hará vuestra excelencia justicia.» «Francisco de Paula Santander».

La guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y salió a buscar a José en la cocina. Una taza de té, le pidió el cuerpo. Ningún emético. Ningún doctor. La fiebre comenzaba a subir. En el camino lo atacó el escalofrío. Seguramente —pensó— José lo mandaría a guardar cama, bajo las cobijas.

Bogotá. Fonda de la amistad. Tarde del 25 de septiembre

José Ignacio López, Lopotez, tomó un trago para sacudir la sorpresa y decir a Horment y Carujo:

—Ahora mismo les acompaño, cuando baje el otro —señaló el vaso.

—Haz como yo —dijo Carujo, impaciente—. Deja el aguardiente para la celebración.

—¡Oiga! ¿Y no me ve que aún estoy emparamado?

—Pues a decir verdad, sí que lo estás, Lopotez.

—¿Adónde vamos, ala?

—Al cuartel de artillería, mi teniente —intervino Horment.

—A tomar una partida de tropa para joder al viejo —agregó Carujo.

—¡Carajo!... esto va en serio.

El banco que servía de asiento a Lopotez rodó por el suelo con un estrépito de vasos.

Bogotá. Casa del Estado Mayor. Tarde del 25 de septiembre

Un soldado preparó el camastro al capitán Triana, sentado este con la mirada en el ombligo. La resaca hacía estragos, mucho más la mala conciencia.

—El coronel está furioso con usted, por bocón —le dijo un oficial.

—Bocón es el subtenientito.

Por pura inocencia el soldado le guiñó un ojo a Triana.

—¿Y a usted qué le pasa, soldado?

Bogotá. Palacio de San Carlos. Tarde del 25 septiembre

José Palacios acarició a sus mastines, que gemían acicateados por el aguacero, los truenos y los relámpagos. Crujían los leños en el fogón. José secaba el bayo. El rubio esperaba. José escudriñó sus ojos, y los apreció quebrantados. Le revisó sus quijadas, tentó sus belfos con amor. El rubio echó las cuatro patas boca arriba. En el aire dejó la caricia porque escuchó una voz conocida de mujer.

—Mi señora le manda a llamar —dijo Nathán.

José alzó los mastines por sus cogotes, juntó sus cabezas, las separó, las golpeó entre ellas con afecto y dijo a Nathán:

—Déles de comer sin desperdicio, que el aguacero los puso hambrientos.

—Vaya y venga, pues no respondo por estos perros malcriados.

Bogotá. Cuartel del regimiento de Granaderos Montados. Noche del 25 de septiembre

Terminaba su tarea el soldado que hacía de farolero todas las tardes. Uno que otro observaba el cielo recién despejado. Sonidos

sueltos de trombones y cornetas en el interior del cuartel. Un cabo rezongón pasó con dos mulas rumbo a la caballeriza.

—¿Qué hay de la mula negra?

—Rebuznando como un asno pulgoso.

—Mal augurio.

—Miren pa' l cielo.

—Vamos a tener luna llena.

—¡A buena vaina!

Bogotá. Palacio de San Carlos. Tarde del 25 de septiembre

Al abrir la puerta de la habitación del Libertador oyó su voz:

—Gracias, coronel, por sus servicios.

—Buenas noches, su excelencia.

José esperó que saliera el coronel Guerra, zancadas cortas, vacilantes, para clavarle la mirada en el pescuezo.

—¡José! Vaya hasta la casa de la señora Manuela y dígale que la mando a llamar.

José metió su mano en el chaleco y extrajo un papel que extendió al Libertador, quien leyó, acelerado el corazón: «Sé que está usted enfadado conmigo, pero no es culpa mía. Con el dolor de este disgusto, apenas puedo dormir. Pero, como las cosas son así, no iré a su casa de usted hasta que me lo pida o quiera verme».

—Esta carta fue escrita hace días.

—La había extraviado mi señora Manuela. Ahora mismo vengo de su casa. Anda de mal humor, espantando alimañas.

—Espérate, José. Necesito de la malcriada señora Manuela.

Bolívar toma una pluma y escribió: «El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está espirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma».

La entregó a José. Fulgores en los ojos.

—No te demores.

—El tiempo de la señora Manuela, que no necesita de peinadora para atender su carta.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada. Noche del 25 de septiembre

Silencio de perros en la casa. Apagadas las lámparas de la sala. Todos con caras de circunstancias, sentados alrededor de la mesa del comedor, a excepción de Vargas Tejada, atribulado y enérgico.

—El coronel Guerra considera que debemos adelantar los acontecimientos para esta misma noche, pues el incidente con Triana ha puesto el golpe en peligro. Debemos actuar. Vacilar es perdernos.

—Coronel Carujo, redacte las órdenes como está dispuesto —dijo Florentino con similar carácter.

—¡Esta misma noche Guerra me firma las órdenes! —contestó, enardecido.

—Ahora mismo convoco a los míos —dijo Horment.

—Miren de reojo y miren la luna… Cada quien a lo suyo. En una hora todos deben de estar aquí… ¡Bendita sea la hora de la venganza! —dijo Vargas Tejada.

—Bienvenida la de mi general Santander —dijo Florentino, satisfecho.

Bogotá. Casa de Santander. Noche del 25 de septiembre

Santander abrió el portón para despedir al coronel Guerra. Escuchó sus tacones, la esperma caliente que resbalaba de las velas en los faroles.

—Vaya y visite a quien pueda dar fe cierta de usted —dijo Santander.

—¿A quién? —preguntó Guerra, con la angustia en la garganta.

—Al doctor Castillo Rada, por ejemplo.

—Puede ser —contestó Guerra, con aire de abatimiento.

—En todo caso, no porte por su casa, coronel.

El coronel solicitó lugar en su poncho. Contrito miró la espalda del general.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 25 de septiembre

Puso sus brazos sobre los macizos hombros de José Palacios.

—¿Cuál es su excusa?

—Que está muy mal de una muela.

Pues ve y dile que yo estoy peor.

—Ya pronto el agua estará caliente para que tome un baño. Le sentará bien.

—Dile, José, que deje las vainas porque va a haber una revolución —Pausa para observar alguna reacción de Palacios. Ninguna. Rostro inmutable —Ordena, José, que suban el agua y preparen la bañera.

Bogotá. Casa de Santander. Noche del 25 de septiembre

La criada, ya entrada en años, observaba a Santander en ajetreos de mirar su cuerpo, acomodar su casaca, atildar sus mostachos y peinar sus patillas. Barro en sus botas. Dijo para sí: «Qué obstinado anda el amo».

—¿Y dónde va su merced? —preguntó, temerosa.

—¿Y a usted qué le importa?

La criada, sumisa, echó sus rodillas en el suelo e intentó limpiar las botas de Santander, quien taconeó con furia.

—¡Basta! Ahora mismo vaya y meta el cuerpo en su catre.

Salió de su habitación seguido por la criada. En el zaguán oyó a la criada:

—Mis bendiciones a su señora hermana.

—Asegure la tranca y no le abra ni al Obispo.

Con la señal de la cruz despidió a su ceñudo amo.

Bogotá. Casa de Ezequiel Rojas. Noche del 25 de septiembre

Las campanadas de un reloj anunciaron las siete de la noche. Florentino tocó con urgencia a la puerta de la casa de Ezequiel Rojas.

—Doctor Rojas, doctor Rojas.

—Diga usted, Florentino —respondió Rojas conteniendo el sobresalto.

—A las once le espero en casa de Luis Vargas Tejada.

—Descuide usted, doctor González, allí estaré.

Desde el segundo piso, asomada a la baranda, una voz de mujer:

—Recuerda, Ezequiel, que le debemos una visita a la señora Josefa.

—Pues aquí abajo la espero. Y no dilate, si no quiere que la deje con la mantilla puesta.

—¿Qué cosas son esas, Ezequiel?

Bogotá. Casa de Manuela. Noche del 25 de septiembre

Luna de agua chapoteó en la calle con un amargor en la garganta, antes de subir al piso superior y oírla gruñendo al igual que el osillo tan querido de la doña Manuela.

—Es un ingrato, José.

—La necesita.

De espaldas, pues caminaba de regreso a su habitación, dijo:

—¡Si no fuera por esos malditos conspiradores!

Soberbia como la María Antonia —pensó José.

Desde la habitación, como si respondiera al pensamiento de José, la voz de Manuela:

—No soy mantuana, José. ¿Me entiendes? No lo soy.

De regreso, frente a José, agregó:

—Una mujer de coraje, sí, a toda prueba. Además, dígale a su excelencia que estoy con tabardillo.

—No me lo va a creer.

—Pues vaya y vuelva.

Bogotá. Casa de Castillo Rada. Noche del 25 de septiembre

Miró a la luna asomar por los resquicios de un tejado. Oyó la voz de Guerra, llamándole: «Doctor Castillo, doctor Castillo». Dejó caer los naipes sobre la mesa. Sirvió té en una taza. Aspiró el aroma.

Encendió las velas de una lámpara. Alisó la alfombra. Caminó con parsimonia hasta la puerta y la abrió lo suficiente para permitir el paso a una persona. Escuchó a Guerra, mientras este levantaba el sombrero, inclinaba la cabeza y con el cuerpo echado hacia delante pedía permiso para entrar.

—El presidente no quiere saber de conspiradores —dijo Castillo.

—Está sumido en el mayor desaliento —respondió Guerra.

—Le oprime esta situación calamitosa —dijo Castillo—, malhadada para todos.

Caminaron hacia la sala, empujados por la angustia de Guerra. Al llegar a la mesa y disponer las sillas, Castillo preguntó al rey de espadas: «¿Este hombre qué hace aquí?».

—¿Jugaba solitario, doctor?

—Solitario, saboreando el té, mientras esperaba por el sueño que esta noche, al parecer, no quiere nada conmigo.

—Hay poca gente en la calle.

—Recogida por la tormenta.

—Ni ladran los perros ni maúllan los gatos.

—Ya pronto pasará el sereno.

Castillo observó de reojo los nervios de punta del coronel, mientras barajaba los naipes. Meditó en voz alta, para que le escuchara Guerra:

—Creo que el presidente anda quejoso de muchos males, particularmente del alma. Algunos amigos le han llenado de ideas tristes. Confío en sus decisiones, como corresponde a las circunstancias.

—¿Y cuáles serán esas?

—No le extrañe que adelante la convocatoria a elecciones, coronel —dijo con sentimiento de culpa.

—¿Usted cree?

—¿Acaso no le conoce, comandante? Odia el gobierno —dijo por decir—. Siempre lo ha odiado —agregó, por decir—. Él es un guerrero, su descanso es el pelear y en campos de batalla —culminó, pensando en El Quijote.

El coronel sintió pena en su corazón. Atribulado alcanzó a decir:

—¿Y qué pasará con la República?

—Él es el Libertador —respondió, sentencioso. Recogió los naipes. En su hígado las tribulaciones del coronel. Por sus venas las marejadas de Ocaña: sal, vinagre y hiel.

—Me sobrecoge, doctor Castillo.

—Su pensamiento es superior a nosotros. ¿No lo cree usted, comandante?

—Claro que sí —escuchó decir a su mujer, plantada en la puerta de la sala—. Buenas noches, coronel.

—Mi señora esposa —dijo.

—Es un honor —escuchó decir al coronel.

Bogotá. Cuartel de la brigada de artillería. Noche del 25 de septiembre

Rudesindo Silva, impaciente, daba largos trancos por el corredor. No cabía en el uniforme. Soldados en el patio, en una y otra rutina. Por los lados del comedor, indios de raídos ponchos, resignados bajo el cielo. El capitán tropezó con uno de ellos, atolondrado como andaba.

—¿Qué pasa, mi amo?

—¡Un coño! ¡Vaya a espantar a otra parte!

—Como usted diga, mi amo.

—¡Su amo, no, carajo, su capitán!

—Como diga, mi amo.

El capitán siguió su marcha, golpeando su bota con un foete que ya hubiera querido descargar en el lomo del viejo indio. Un oficial le esperaba a la puerta de su oficina. Levantó el foete y señaló a los indios.

—Aliste esa mierda —gritó al oficial.

—Como usted ordene, capitán.

—Luego ponga ante el batallón Vargas dos piezas de artillería, que hay noticias de un alzamiento contra el Libertador.

—¿Cómo?

—Como lo oye. Busque la manera de soltar al general Padilla. Encuentre al venezolano Emigdio Briceño, y proceda.

—Briceño está en casa de Vargas Tejada. Pronto regresará.

—Vaya por Padilla, coño, que lo necesitamos aquí sin demora.

Bogotá. Casa de Josefa Santander. Noche del 25 de septiembre

El doctor Arganil salió de la habitación de Josefa, satisfecho de su tarea. Con él toparon Santander y el coronel Briceño, marido de Josefa.

—¿Parirá hoy, doctor? —preguntó Santander.

—Por favor, doctor —suplicó Briceño.

La sonrisa contenida de Arganil descubre sus arrugas. Respiración pesada. Guiño y dentadura, al responder:

—Sin complicaciones de ninguna clase.

—¡Qué bien! —exclamó Santander.

—¡Bendito sea el Señor! —prorrumpió Briceño.

—Y su nuevo Satán bendito —agregó Arganil.

De la alegría, Briceño sacudió los brazos de Santander. Arganil encendió un cigarro y comentó, satisfecho:

—Aún tienen tiempo para encarrillar a la señora antes del parto.

Ansiosos, los parientes cruzaron miradas agradecidas con Arganil, ante el obligado silencio que imponía la presencia del general.

—¿Hembra o varón? —preguntó Briceño.

—Varón —dijo Santander.

—Buen augurio, general —declaró Arganil con picardía. Una ráfaga de ansiedad le estremeció. Buscó un oído de Santander y dijo:
—Tengo compromisos de parto y de muerte, general. ¿Qué hago?

—Ya habrá tiempo, doctor Arganil. Cumpla con su obligación de partero. Es mi hermana, doctor.

Sonaron palmas. Corrieron susurros. Ladraron perros.

Bogotá. Despacho del Estado Mayor. Noche del 25 de septiembre

Carujo y dos ayudantes revisaron las órdenes.

—Ahora, señores, a la casa del coronel Guerra, que debe estar muy concurrida por la oficialidad servil.

—¿Y estarán todos? —preguntó uno de los ayudantes.

—Es lo convenido con el coronel —respondió Carujo.

—¿Después de nuestro triunfo volverán los serviles a los cuarteles?

—¡Presos y sin contemplaciones! —respondió Carujo. Jefe de policía, tal su sentimiento.

Aplausos y carcajadas. La luna levantaba a medio cielo, hacia el cenit de limpio azul.

Bogotá. Casa de Manuela. Noche del 25 de septiembre

Manuela recibió a José Palacios en el vestíbulo. Vestía de muselina azul. Lujosa, vencedora. El talle alto bajo los pechos.

—¿Qué pasa ahora, José?

—Dice que su enfermedad de usted es menos grave que la de él.

—Hay una enfermedad peor de la que él no quiere saber.

—De esa le manda a decir.

Sintió una extraña sensación en el cuerpo. Lo sacudió para tomar fuerza. Miró sus pies metidos en unas sandalias coloradas. Las tiró por el aire, sin recato.

—Espera a que me ponga mis zapatos dobles, porque la calle está mojada.

Por detrás de Manuela apareció Jonatás, con los zuecos dobles tremolando en sus manos.

—Aquí están, señora. —Jonatás guiñó un ojo a José, sonreído con holgura.

—¿Y el chal?

—¿Si me permite? —dijo Nathán por detrás de Manuela. En el gesto la intención de ponerlo sobre sus hombros. Manuela alargó las manos abiertas hacia atrás, impaciente, coqueta. Jonatás, de rodillas, intentó calzarle los pies.

—Déjate de mimos, Jonatás. Hoy sí te viene bien estar vestida de soldado. Y tú, Nathán, suelta ese chal.

Jonatás y Nathán la acompañaron hasta la puerta. José celebró por dentro las payasadas de las negras. Ya en la calle, Manuela acomodó su chal para embozar su cara. Comentó, severa:

—Cómo me gustaría tener un par de...

—¿De qué, señora? —preguntó Jonatás, con aire de ingenua.

—De pistolas, Jonatás, de pistolas.

Bogotá. Casa del coronel Guerra. Noche del 25 de septiembre

Carujo y sus dos ayudantes, exasperados, golpean puerta y ventanas.

—¡Maldito coronel! —injuria Carujo.

Ya muy alta la luna en el cielo de la noche enlucida, abarrotada de estrellas.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada. Noche del 25 de septiembre

Las agujas del reloj de pared marcan las 10 y 30 de la noche. Impaciencia. Tazas, café, mistela, chocolate. Levitas bien cortadas. Con ojos de rabia llegan Carujo y sus dos ayudantes. Vargas Tejada abre los brazos. Carujo dice, como una furia:

—¡Desapareció el coronel Guerra!

—Esfumado por el miedo —dice Vargas Tejada.

—Nos jodió el muy cabrón —agrega Carujo.

Silencio. Toses. Olor de miedos. Mandíbulas caídas. Desconcierto.

—¡Señores, la libertad nos aguarda! La dictadura ha llegado a su fin. ¡Restablezcamos el gobierno constitucional! —arenga Florentino.

—¡Acabemos con el César! —grita Vargas Tejada.

—A mí me corresponde hacer de Bruto —susurra Horment al oído de Carujo.

—Ese privilegio pareciera mío, *Monsieur* —le responde Carujo, una mano en la pistola y la otra descubriendo un puñal enfundado debajo del chaleco.

—Hemos llegado a un punto donde no podemos retroceder, sin perdernos, y perder con nosotros la causa de la libertad —dice Vargas Tejada.

Florentino tiene los ojos fuera de órbita. Dice, casi sin aliento, ahogado por la emoción:

—Tomemos a viva fuerza los cuarteles de Vargas y Granaderos.

—¡El palacio del dictador! —agrega Carujo, bien plantado.

—Será necesario apoderamos de su persona —exclama Vargas Tejada.

—¡Vivo o muerto! —jura Horment.

—¡Muerto! —grita Carujo.

Florentino cree haber logrado sofocar su ímpetu, en medio de las incontrolables vehemencias. Comenta, pausado y severo:

—No podemos lisonjearnos de triunfar sino con la impresión de terror que cause en los contrarios la noticia de la muerte de Bolívar.

—Que corra la sangre como ha corrido en todas las grandes insurrecciones. Como corrió en París para arrojar a los Borbones —manifiesta Horment, orgulloso de sí.

Carujo desenfunda su puñal y lo blande a izquierda y derecha como un espadachín. Dice, empalagado:

—¡El puñal es el arma con que la libertad castiga la tiranía!

—¡Bien por Carujo! ¡Bien por sus pistolas! ¡Bien por su puñal! —saluda Pedro Celestino Azuero, recién en escena.

Algunos ciudadanos, aprovechando los abrazos y las efusivas palmadas, salieron llenos de terror.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 25 de septiembre

Frente a la puerta de la habitación del Libertador, Manuela abrió el chal para ajustarlo a sus hombros. Con un gesto de íntimo placer preguntó a José:

—¿Cómo me ves?

—Libertadora.

Manuela tocó a la puerta. Desde el interior oyó una voz doliente:

—Entra.

Ella giró el picaporte. Paseó su mirada por la amplia habitación. Fijó sus ojos en la ventana. Escuchó la apagada voz de Bolívar, que venía del cuarto adyacente:

—Tomo un baño tibio. Pasa.

—No vengo por su carta, vengo por usted —dijo Manuela al asomar su cabeza.

—Va a haber una revolución.

«¿Qué diría él de cómo le veo echado en esa bañera? Menguada, desgarrada sombra.» —pensó Manuela.

—¿Me oíste? Va a haber una revolución.

—Puede haber —responde airada—, enhorabuena diez veces, pues usted da muy buena acogida a los avisos.

—No tengas cuidado. Ya no habrá nada. —Melodía agudísima la voz.

Manuela tomó un paño de una silla y arropó al Libertador cuando le alzó su cuerpo de crispada nervadura. ¿Cómo detener sus besos en el cuello del amado?

—Me remontas —dijo él.

—Calla —dijo ella.

—Me anudas —dijo él.

—Calla —dijo ella.

—Me embriagas —dijo él.

—Calla —dijo ella.

—Me cremas —dijo él.

—Calla —dijo ella.

—Me edenizas.

«¿Cómo detener sus dientes de entraña pura?» —pensó ella.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada. Noche del 25 de septiembre

Alrededor de un escritorio, en una sala biblioteca, entre pistolas, espadas, puñales y libros, Emigdio Briceño, Vargas Tejada, Zuláibar, el capitán Mendoza, Florentino, Horment, Pedro Celestino Azuero y dos oficiales.

—¿Dispuesto el cuartel de artillería, capitán Mendoza? —preguntó Vargas Tejada.

—Dispuesto —respondió el capitán.

—¿Qué dice el venezolano? —preguntó Azuero con insidia.

—El capitán Emigdio Briceño, *monsieur* —intervino Horment, lisonjero.

—¡A sus órdenes! —respondió Briceño.

—Conozco de su arrojo, capitán Briceño —dijo Carujo, sin creer en sus palabras—. Su objetivo es liberar al general Padilla para que asuma la cabeza del batallón de artillería.

—De la juventud armada —agregó Vargas Tejada, orgulloso de su trabajo entre los jóvenes del Colegio de San Bartolomé.

—De esa respondo yo —dijo Azuero para no perder su mérito.

—¿Qué pasa con los cojones de Arganil?

—Haciendo de partero con la hermana del vicepresidente —dijo Zuláibar.

—Parto es el nuestro —respondió Carujo.

—¡Ay con el vicepresidente! —exclamó, irónico, Horment.

—Ningún ay, el vicepresidente sabe lo que tiene que hacer —respondió, airado, Florentino.

—También yo —dijo Carujo, envalentonado como es.

Rumores. Salpullidos. Vértigos. Malos pensamientos a diestra y siniestra.

—¿Qué hay de la compañía de milicia nacional? —preguntó Vargas Tejada para despejar las tensiones.

—Tal como está dispuesto —respondió Briceño.

Briceño respiró con dificultad. Horment, atento a las emociones del capitán, buscó sus dos manos y las disfrutó por francesas. Briceño alargó la derecha. Del tormento el apretón.

—Señores, así se hará. Palabra de venezolano.

—*¡Allons le capitaine!* —dijo Horment.

En el patio, alguien oyó la voz de Horment y aplaudió.

—Horment está más feroz que en los tiempos de su rabia francesa —comentó Florentino.

—¿Y acaso qué, Florentino? —respondió Carujo.

—¡Que el palacio nos espera! —dijo Horment, divertido.

—No va a ser difícil. Apenas hay en palacio veinte hombres del regimiento de granaderos montados —dijo Vargas Tejada.

Horment soltó una carcajada —Es todo un coro.

—Armados de carabinas, sin bayonetas, y descargadas —agregó Vargas Tejada.

—*La nuit de gloire, monsieur* —dijo Horment.

—*La nuit de gloire* —repitió Azuero.

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Noche del 25 de septiembre

Ladran los perros. Manuela contempla al Libertador, acostado, en duermevela, abrigado hasta el cuello. Tocan a la puerta.

—¿Quién es? —pregunta Manuela, como un susurro.

Silencio. Nuevos golpes en la puerta. Manuela descalza sus pies. Observa los zapatos dobles junto a la silla donde están dispuestas dos pistolas y una espada. A hurtadillas abre la puerta.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Una señora desea hablar con su excelencia —dice Jonatás.

—¿A estas horas?

—Es de urgencia —dice Jonatás.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada.
Noche del 25 de septiembre

Pedro Celestino Azuero mete una pistola bajo el chaleco. Zuláibar entrega una al joven Juan Miguel Acevedo. Mariano Ospina sorbe chocolate de una taza. Lopotez acaricia un sable que le entrega Horment.

—Estoy lleno de coraje —comenta Acevedo.

—*C´est bien pour les enfants de la patrie* —dice Horment, quien sigue divertido.

—¡Estamos en Colombia, carajo! —prorrumpe Lopotez

—Calma, señores —tranquiliza Florentino.

—Nos queda poco tiempo —advierte Vargas Tejada.

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Noche del 25 de septiembre

En el vestíbulo, bajo la luz de una lámpara, con los perros a sus pies, Manuela oye a una señora metida en mantilla negra:

—Tal como lo digo. Hay una conspiración contra el Libertador. Los conjurados están reunidos en diferentes lugares muy cercanos a esta casa.

—El jefe encubierto es el general Santander —la interrumpe Manuela.

—Usted lo ha dicho.

—¿Y qué del general Córdova? —pregunta Manuela.

—El general Córdova sabe algo, pero se hace el desentendido.

—Nunca me ha gustado ese arrogante —dice Manuela—. Voy y vuelvo. Espéreme usted.

Bogotá. Iglesia de San Carlos. Casa de Manuela. Noche del 25 de septiembre

Nathán, asomada al balcón, observa a una niña buscando acomodo bajo el portal de la iglesia con un pedazo de ruana. Oye gente que pasa por la esquina opuesta a la del Palacio. Como para ser escuchada por la niña, pregunta alzando la voz:

—¿Y tú quién eres?

La niña oculta su cabeza bajo el retazo de lana. Nathán voltea a mirar hacia el palacio de San Carlos: distingue a dos centinelas. Despejada y abierta la noche.

Bogotá. Casa de Josefa Santander. Noche del 25 de septiembre

Los brazos alzados de Santander baten el aire. Ezequiel Rojas sale a su encuentro por el pasillo. Santander le dice, eufórico:

—¡Doctor Rojas! Josefa parirá esta noche.

—Buen augurio, general.

—El doctor Arganil ha dicho lo mismo.

—Un buen parto lo requiere, general.

—Todo saldrá bien, aunque esos dolores están atrasados —dice Arganil, inquieto por la hora.

—¿Qué significa todo, doctor? —pregunta Santander.

Arganil y Rojas hermanados, entendidos, impacientes... La noche en vela. Frío y sopor. Luna llena.

—Voy y vengo, general. Cuestión de una hora —dice Rojas—. Aquí le dejo a mi mujer para cualquier emergencia.

—Apure el paso, doctor Rojas.

—De pronto les regreso con el poeta para celebrar.

—¿Qué hay del poeta? —pregunta Santander, desentendido de la noche en ascuas.

—En lo suyo, general —responde Arganil—, como lo estaría yo si no fuera por esta urgencia inoportuna.

Chirría una mecedora. Pareciera el llanto de un niño. Chirría y chirría.

—Hasta cuándo ese chirlo de mierda —profiere Santander, molesto por el chillido y la impertinencia del doctor.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Habitación. Noche del 25 de septiembre

Tiró la chamarra contra el suelo al levantar su cuerpo de la cama.

—Dígale usted a esa mujer que no la quiero aquí. Dígale que es una infamia tomar el nombre de un general valiente como el general Córdova.

—¿Y el otro? —preguntó Manuela con la rabia en las venas.

El Libertador, de espaldas a Manuela, buscando la ventana como si quisiera tomar aire, dice, rabioso:

—¡Estoy harto de bocanadas y chismes!

—También yo me voy.

—¡Manuela! Por amor de Dios, Manuela.

Bogotá. Casa de Nicolasa Ibañez. Noche del 25 de septiembre

La incertidumbre de Nicolasa la puso a observar por la celosía el trajín de jóvenes en la calle, metidos en sus ruanas. Aburrida de mirar cerró las alas de la ventana, mientras la luna aproximaba el conticinio por el claro cielo que le pareció de tinte azul oscuro. Manuela Jacoba Ibáñez —¿era ella o su ánima?—, madre de Nicolasa, apagó la lámpara de la habitación. Dijo:

—Tu general ya no vendrá, Nicolasa.

—También yo me cansé de esperar.

—¿Quién sabe dónde estará conspirando?

—¡Por Dios, madre! Su hermana está de parto.

—Tu padre siempre me decía: Manuela Jacoba, nunca dejes de amar al Libertador.

—Francisco también lo es.

—¡Qué diferencia, hija mía!

La mecedora, la mecedora, la mecedora chirría, chirría, chirría.

Bogotá. Palacio de San Carlos.
Noche del 25 de septiembre

—Duerme. Pareciera no respirar. Manuela coloca sobre una mesa la espada del Libertador y dos pistolas. Pone el dorso de su mano sobre el cuello del amado. Quisiera acariciarle, entumecerle el mentón calenturiento. Si apenas ronca: pichón parece con las piernas recogidas entre las manos. Manuela oye, apenas oye sonar las campanas. En su pecho un sobresalto.

Bogotá. Casa de Vargas Tejada.
Noche del 25 de septiembre

—Murmullos al entrar Ezequiel Rojas en la casa de Vargas Tejada, limpiando el sudor de sus manos en los bolsillos. Ladeado el sombrero. Fuera de sitio el corbatín. Noche de estrellas por doquier y mucha luna en el patio. Poca gente, de comportamiento extraño, en la sala biblioteca que apenas alcanza a mirar el fisgoneo de los vecinos del frente, alarmados por el ir y venir en la casa del poeta.

—Ya todo está en marcha, doctor —dijo Vargas Tejada.

—¿Y don Florentino?

—Ya salió.

En el corredor Rojas distinguió a Pedro Celestino Azuero, Mariano Ospina y Acevedo.

—Ellos van conmigo al Palacio —dijo Vargas Tejada.

Manos cruzadas. Abrazos. Las armas de sus amigos llenan los ánimos de Rojas. Pedro Celestino Azuero le estrechó una mano con afán.

—¡Que Dios nos proteja! —dijo Rojas, conmovido.

—¿Y usted sigue creyendo en Dios? —le preguntó Azuero.

Ezequiel Rojas vaciló. Delicada vida. Puñetazo cruento. Pavor.

—Doctor Rojas, el coronel Whittle, comandante del batallón Vargas, vive cerca.

—Diga usted, poeta.

—Si está en su casa podemos impedirle que salga. Apure, que le doy esa comisión —le ordenó Vargas Tejada.

—Mande —dijo porque no tenía otra cosa que decir, tal la sorpresa. —Lo mío es el parlamento —pensó. Alcanzó a decir: —¿Y usted qué hace aquí, poeta?

—Lo que tengo que hacer. Organizar la muerte del viejo. Esta vez no lo salva ni bambarito, como dice el Carujo.

—¿Matar?

Bogotá. Palacio de San Carlos. Noche del 25 de septiembre

Buscó acomodo en la estrecha cama, pero terminó por abrir los ojos que encontró arrinconados en la nuca de su hombre amado. Cerró los párpados pues le vino en ganas para acariciarle el costillar. Creyó escuchar los violines de la villa de La Magdalena. Lo vio danzar con la mujer de Vidaurre, el bicho ese —como acostumbraba nombrarlo–, quien daba pesos oro por lamerle las botas al Libertador. El asco la puso de pie con la mirada puesta en los zuecos que le calzara Jonatás. Alzó la mirada. En el ropero su traje, su mantilla. Fue por ellas. Sintió deseos de vestir como una dama limeña, pues las ropas de las bogotanas le producían pavor. Al rato encontró su cuerpo de mujer bien puesta frente al espejo. Gustó de sí y miró a su hombre. Dormía. Por mera intuición fue a descorrer las cortinas de la ventana. Entró la noche, clara, de azul oscuro, como su vestido.

Bogotá. Calle del Coliseo. Medianoche del 25 de septiembre

En el cenit la luna. Las campanas de la Catedral y de la iglesia de San Carlos comienzan a dar las doce. Para el oído de Manuela un

lejano rumor de pasos. A la puerta del palacio, Agustín Horment ataca a un centinela y le hiere de muerte. Arranca el puñal del pecho de su víctima, lo limpia cuidadosamente en la manga del centinela, franquea la puerta y da señales a sus compañeros. Ladran los perros.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Medianoche del 25 de septiembre

Manuela giró su mirada alrededor de la habitación. Frente el espejo, dio toques a su cabellera y miró su cara: serena, entendida consigo. A lo lejos un disparo de cañón.

Bogotá. Cuartel de la brigada de artillería. Medianoche del 25 de septiembre

Dos oficiales, escoltados por soldados de artillería, saltan una tapia y caen a un patio, antes de llegar al cuarto del general Padilla.

—¿Qué pasa? —pregunta Padilla.

—Una revolución, general.

En la habitación contigua el coronel José Bolívar intenta tomar su espada, pero es hecho preso.

—Venga, mi general —dice Emigdio Briceño a Padilla—, que una partida de artillería le aguarda a la espera de sus órdenes. Y tú —grita a José Bolívar—, ¡date preso, llanero! ¡Llegó tu hora!

—Ayúdeme, general —dice Bolívar a Padilla.

—¡Suelten al llanero, carajo! —grita el general almirante.

En la calle, al fuego del cañón responde el fuego de fusiles, mientras los soldados recogen los heridos por detrás de la puerta destrozada. Rudesindo Silva ordena retirada a sus hombres. Avanzan los soldados del Vargas. El fuego es graneado.

—Vienen los del batallón Vargas.

—¡En qué vainón nos metimos!

—Asuma el mando, general Padilla —insiste Briceño.

—Ya me basta con el fracaso de Cartagena, coronel Briceño —responde Padilla.

—Ahora mismo debe estar muerto el caraqueño —dice Briceño.

—¡¿Cómo!? Yo regreso a mi celda. Estoy harto de esta mierda.
—¡No amilane ese coraje, mi general!
—¡No señor, yo me quedo aquí! —dice, enérgico, Padilla
Un oficial pregunta al desconcierto de Briceño:
—¿Y qué hacemos con el coronel Bolívar?
—Lo mismo que en el palacio hicieron con el viejo.
Un disparo de pistola acaba con el llanero. Padilla grita:
—¡Estoy asqueado, carajo!

Bogotá. Palacio de San Carlos. Medianoche del 25 de septiembre

Manuela oye ruidos de sables.Despierta al Libertador halándole por un brazo. El Libertador salta en ropa de dormir saliendo del sueño, toma una pistola y su espada. Plantado frente a Manuela, pregunta:

—¿Llegaron?

—Así no te ves muy bien —responde Manuela, contenida.

El Libertador encuentra su cuerpo en el espejo. Le sonríe a su triste figura. Toma su ropa, pantalón, camisa y chaqueta, sereno y pronto. En el patio un cabo de guardia asesta un sable sobre el hombro de Pedro Celestino Azuero. Horment responde con un disparo. La espada de Carujo cae sobre el perro bayo. La de Zuláibar sobre el rubio. Florentino sube la escalera, desarma al centinela del corredor. Juan Miguel Acevedo toma el farol de la escalera y alcanza el corredor, seguido por Horment, Lopotez, Ospina y unos pocos soldados. Pedro Celestino Azuero vocifera:

—¡Muera el tirano!

Truena un cañón del batallón de artillería contra las puertas del cuartel Vargas. Fuego vivo de fusilería en la calle.

—*¡Allons! ¡Allons!* —celebra Horment la acción de Carujo, cuando rinde al capitán de la guardia—.

¡Cojones! —agrega, enardecido.

—¡Los míos! —grita Carujo.

Bogotá. Calle. Madrugada del 26 de septiembre

Por el medio de la calle, Urdaneta, recriminando a su conciencia por pendejo desprevenido, espada en mano, escoltado por dos edecanes. Grita:

—¡Ahora sí los voy a joder!

Alguien abre una ventana, y otro, otra, y otro, otra, y otro, otra, y otro. Llanto de niños y voces de angustia y ¡Santo Dios! en una y otra casa.

Bogotá. Casa del doctor Castillo Rada. Madrugada del 26 de septiembre

El coronel Guerra y el doctor Castillo juegan a los naipes. La ventana cerrada, encortinada.

—Oigo disparos, coronel —dice Castillo, alarmado.

—Vienen de la sabana, doctor Castillo.

—¡Ojalá que no sean de San Bartolomé!

—Son unos muchachos, apenas.

—No lo digo por ellos.

—Descuide usted, que no pasan de los discursos afiebrados.

—Al Libertador presidente no le importan sus alborotos.

—Ni al ejército tampoco.

—Sepa usted, coronel, que yo no comulgo con las liberalidades del presidente. Quiera Dios que un día de estos no termine su vida en el puñal de algún bachiller atormentado.

—¿Usted lo cree?

—No lo quisiera para que no entierren la República junto con el sagrado cuerpo del Libertador.

—Sería nuestra perdición, y la de Colombia.

—Así es. Tire su carta, coronel, que la tiene toda arrugada.

Guerra deja caer su baraja sobre la mesa. Castillo comenta:

—No está de suerte, coronel.

Bogotá. Casa del coronel Whittle. Madrugada del 26 de septiembre

Vargas Tejada y Rojas tocan infructuosamente en el portón de la casa del coronel Whittle. Ladran los perros. Desde un balcón alguien manda a callar.

—¡Estas no son horas, carajo!

—Regresemos a mi casa para esperar las nuevas... o las malas —dice Vargas Tejada, con desaliento.

—Deje la vaina, poeta —dice Rojas, abatido.

Bogotá. Casa de Alcántara Herrán. Caballeriza. Madrugada del 26 de septiembre

Al montar en el caballo, apoyado un pie en las manos de un soldado, Alcántara Herrán dice a su mujer:

—Guárdate, y atranca todo hasta que yo regrese.

—¡Ven pronto, por Dios!

Bogotá. Casa de Córdova. Caballeriza. Madrugada del 26 de septiembre

Por un portón de campo sale Córdova, a caballo, regiamente vestido de general, acompañado por un oficial.

—Ya me lo había dicho el embajador mister Harrison —dice Córdova.

—Los diplomáticos saben más que nosotros, general —comenta el oficial.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

De una habitación irrumpe el teniente Andrés Ibarra y pregunta, desde la oscuridad:

—¿Quién anda?

Por respuesta, un conjurado le descarga un golpe de sable en el brazo derecho.

—¡Ay, carajo!

Florentino detiene al agresor cuando este levanta el sable para ultimar a Ibarra.

—¡Basta! es el teniente Ibarra. Nuestra víctima es otra.

Enardecidos, forzando las puertas, Zuláibar y Pedro Celestino Azuero gritan:

—¡Viva la libertad!

—¡Muera el tirano!

Ibarra en el piso, con un coño atravesado en su garganta, oye a los conjurados golpear en la puerta de la habitación del Libertador.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

—¡Bravo! Ya estoy vestido. ¿Y ahora qué, Manuela? ¿Hacernos fuertes?

—Usted dijo que esa ventana era muy buena para un lance de estos.

—Dices bien.

Manuela corre hasta la ventana. Ojea la calle. Golpes en la puerta de la habitación. Con su mirada Manuela detiene al Libertador, indicándole hacia la mesa. El Libertador toma su espada, una pistola y calza los zapatos dobles.

—Ahora, Simón.

Salta. Manuela observa la caída del Libertador. Con los golpes de los conjurados contra la puerta, un tironzazo violento la abre. Entran hombres armados de cuchillos y pistolas en el pecho. Manuela frente a ellos, espada en mano, «con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente»:

—¿Qué desean los señores?

—¿Dónde está Bolívar?

—En la sala del Consejo.

Vacilan. Florentino arrebata la espada a Manuela. Azuero y Horment registran las dos piezas.

—¡Muera el tirano! —le espetan a Manuela en la cara.

—¡No está! —dice Horment.

—¡Huyó! —dice Florentino.

—No señores, no ha huido, está en el Consejo.

Zuláibar indica la ventana con el pánico en la mano temblona.

—¿Y por qué está abierta?

—Yo la acabo de abrir, pues deseaba saber qué ruido había.

Disparos en la calle. Horment toca la cama una y otra vez. Dice:

—Aún está caliente.

—Era yo, que leía mientras esperaba a su excelencia salir del Consejo.

—¿Y dónde está el consejo? —pregunta Florentino.

—Creo que al fondo del corredor —responde Manuela.

Manuela es empujada por los conjurados. Enardecido, Lopotez la golpea.

—¡Viva la libertad, muera el tirano!

—Es una dama, Lopotez —dice Horment al agresor.

—¡Ningún tirano, Lopotez! Usurpador eres tú, que vistes un uniforme mancillado por ti —dice Manuela.

Bogotá. Calle. Madrugada del 26 de septiembre

Camina arrimado a la pared del Monasterio de las Carmelitas. Le sigue José María Antúnez: "Es el tío —dice para sí—, es el tío".

—Su excelencia —musita.

El Libertador apresura el paso. Antúnez también. Dice, como una plegaria, como un silbido: «Su excelencia, mi tío, es Antúnez». El Libertador vacila. Antúnez corre. El Libertador respira, alisa la frente muerta. Brillan sus ojos. Siente el calor de una mano de Antúnez.

—Asaltaron el palacio, José María —dice, melancólico, mientras desdobla el cuello de su levita.

La mano izquierda en el brazo derecho del tío. Por una ventana del Monasterio un candil.

—¿Y a dónde va, general?

—Al cuartel Vargas. Procuremos llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del río.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

Manuela inclinada ante Ibarra, rodeada por los conjurados, oye un hilo de voz:

—Conque han muerto al Libertador.

—No, Ibarra —mientras toma el pañuelo de su cabeza y comienza a vendarlo—, el Libertador vive.

Zuláibar grita y aferra a Manuela por la mano, con violencia.

—¡Vamos, mujer, habla, tú sabes dónde está Bolívar!

—¡Averígüenlo! —responde Manuela, altanera.

—¡Enciérrenlos! —ordena Zuláibar.

Antes de ser confinada en su habitación, Manuela es golpeada varias veces con las espadas de los conjurados. Sus ojos húmedos acompañan una sonrisa bajo el encumbrado ceño. Suena la fusilería. Horment comenta:

—*C´est la merde.* El viejo se salvó.

Bogotá. Calle. Puente del Carmen. Madrugada del 26 de septiembre

Una partida de artilleros en retirada, seguida por otra de Vargas. Tiroteo. Los artilleros buscan repliegue por la orilla del riachuelo San Agustín.

—¡Murió el tirano! ¡Viva la libertad! —Grita un oficial de los artilleros.

—¡Viva el Libertador! —Gritan los del Vargas.

—¡Viva el tío Bolívar! —pareciera gritar la noche.

Bolívar alza su brazo derecho, pistola en mano:

—¡Al carajo los demonios!

Antúnez sujeta la mano izquierda del Libertador para alcanzar el puente. Agradeció la sangre caliente del general. Su intención de subir a la calle:

—Deje la vaina, mi general, vamos, arrojémonos por aquí para ocultamos debajo del puente —le dice Antúnez, encorajinado.

Bajan entrando en la doble oscuridad de la noche y del puente. Bolívar y Antúnez con el agua hasta las rodillas.

—¿Y mi espada? —pregunta Bolívar.

—Ahora cuenta su vida, excelencia —responde Antúnez.

Gritos, fuego de fusiles, ¡carajos! encima del puente. Por debajo, el agua corre, fría, muy fría, bostezando, sin pedir permiso. «Mírenme —dice el Libertador hacia adentro, adentro, adentro– mírenme en el coño gris de Colombia».

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

La frustración asoma por los ojos de los conjurados. Florentino arranca a correr por el corredor para alcanzar la escalera, seguido por Azuero, Acevedo, Mariano Ospina, Horment y Zuláibar. Un jirón de terror cruza el rostro de Florentino, cuando este, desde la escalera, ve tendidos en el patio, los dos mastines del Libertador. Horment mete su pistola en la cintura. Manuela, asomada a la ventana, ve llegar a Ferguson en carrera.

—¡Coronel! —dice Manuela

—¿Y el general? —pregunta Ferguson.

—No sé, pero cuida de entrar, te matarán —dice Manuela.

—Moriré cumpliendo con mi deber —dice Ferguson.

Ella lo ve, apretado su pecho de mujer, cruzar la esquina

Bogotá. Plaza mayor. Madrugada del 26 de septiembre

Tiros aislados. Escaramuzas en las calles. Gritos. Carajos. En el centro de la plaza Alcántara Herrán ordena el desconcierto del pueblo reunido:

—Vamos a buscar al Libertador.

—¡Mande usted, mi comandante!

—¡Que aparezca vivo el Libertador para que puedan seguir viviendo los bachillercitos del San Bartolomé! —dice Alcántara Herrán.

—¡Que aparezca vivo para que puedan seguir viviendo los bachillercitos del San Bartolomé! Usted lo ha dicho, general —repite Urdaneta, enardecido, con la espada en el aire.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

Carujo, a las puertas del palacio, ve venir a Ferguson. Apunta, dispara. Ferguson cae. Sobre su caída recibe un balazo en el cráneo. Florentino llega a la puerta, arranca de una mano de Ferguson, tendido en el suelo, una pistola.

—¿Qué hacemos?

—¡Escapar, coño, escapar! —dice Azuero.

—¡Oigan! El batallón Vargas arrolla al de artillería hasta la plaza de la Catedral —dice Carujo.

—¡Oigan el fuego de fusilería! —dice Azuero en un solo temblor.

Los conjurados abandonan la puerta del palacio, cuando asoman soldados leales que toman posiciones en la plazoleta San Carlos, bajo el balcón de la casa de Manuela. Nathán avisa a un oficial, desde el balcón:

—Están apostados en la esquina. Algunos han huido despavoridos.

En la esquina un joven negro observa a los conjurados. Dice a Florentino, con secreta complacencia, fija la mirada en la ventana por donde saltara el Libertador:

—Desde allí saltó su excelencia.

—¡Maldición!

La mirada de Florentino, anonadado, incrimina a Carujo.

—¡Vamos, Florentino, huyamos! Pedro Celestino Azuero picó cabos por la otra calle —oye decir Florentino.

Ambos abandonan al grupo soltando la carrera, despavoridos por la calle del Coliseo. Carujo dirige su palabra a los soldados:

—¡Aquí nadie huye!

Carujo mira la plazoleta y en tres zancadas alcanza la esquina opuesta seguido por dos soldados. Horment, Zuláibar y Acevedo oyen chirriar los goznes de una ventana. Manuela asoma su cara. La luna ilumina su pecho sereno y altivo. Los ojos esplenden. Arrogante, solemne, cierra la ventana. Los trancos largos dicen de la premura del resto de los conjurados.

Bogotá. Cuartel de granaderos. Madrugada del 26 de septiembre

Urdaneta, acompañado por sus edecanes y soldados, toma el mando, en medio del fuego, y ordena a los granaderos:

—A la plaza, que el Vargas volvió mierda a los artilleros.

Los granaderos, impetuosos, salen del cuartel. En sus bocas la pólvora como si mordieran bayas de pimienta.

—¡Viva el general Bolívar! ¡Viva el Libertador!

Bogotá. Calle. Madrugada del 26 de septiembre

Córdova y sus edecanes encuentran a Carujo y ocho artilleros.

—¿Qué hay Carujo?

—Ha habido una insurrección del batallón Vargas contra el Libertador.

—¡Carajo!

—Nos replegamos porque los insurrectos ocuparon la plaza.

Por una bocacalle aparece una partida de Vargas.

—¿Quién vive?

Silencio de la gente de Carujo. Fuego de la gente del Vargas. Córdova grita:

—¡Viva el Libertador!

—¡Viva el Libertador! —le responden.

Córdova continúa su marcha hacia los soldados del Vargas. Carujo, quien tiene aire para soltar un carajo, y los suyos, algunos de ellos con los pantalones chorreados, toman el camino opuesto.

Bogotá. Plaza de la Catedral. Madrugada del 26 de septiembre

Alborozo en la plaza. Angustia. Urdaneta, Herrán y París imparten órdenes. Llega Córdova y desmonta. Urdaneta le mira de reojo.

—¿Qué hay del Libertador? —pregunta Córdova a París

—No sabemos de él. Estuve en el palacio —responde París—.

Solo hay desolación y sangre. Doña Manuela pone orden, y cura a los heridos.

—¿Y el Libertador, vive? —insiste Córdova.
—Nadie sabe de él, carajo —responde Urdaneta.
Gente del pueblo festeja en la plaza. Por el aire un aire de voces:
—¡El Libertador, el Libertador!
Soldados y pueblo armado por las calles aledañas.
—¡Viva el Libertador!
—¡Viva Bolívar!

Bogotá. Casa de Vargas Tejada. Madrugada del 26 de septiembre

Disparos. Vértigo. Silencio. Campanas. La madrugada en el patio resplandece. El sudor ata las manos de Vargas. Prende y desprende las de Rojas. En la pared la sombra de Francisco Torres Hinostroza.
—¡Solo he contado cuanto he oído! —dice.
—No olvide su manta —es la ocurrencia de Rojas.
—Gracias, doctor.
Desaparece la sombra de Torres. Baten las campanas de Santa Bárbara.
—Pensemos en el cadalso y familiaricémonos con él —dice Vargas Tejada.
—Yo también me largo —dice Rojas.
De uno a otro extremo del corredor el chirrido de una mecedora.

Bogotá. Puente del Carmen. Madrugada del 26 de septiembre

La luna esconde su cara en una negra nube. Disparos aislados. Gritos. Por la calle, voces del pueblo. Persisten las estrellas del otro lado de la nube. Abren las ventanas. Canta una mujer: «Nunca es tarde para morir de amor». Cercanos por el puente, soldados y gritos:
—¡Viva Bolívar! ¡Viva el Libertador!
Antúnez, aferradas sus manos a una pared, dice al Libertador:
—Los nuestros, mi general, los nuestros. ¡El Libertador vive! —grita.
—¡El Libertador vive! —responden otras voces.
Una mano callosa aferra la del Libertador y hala con violencia.

—¡Por poco me lo dejan tieso, camarita!

La frente del Libertador en el pecho del llanero, conmovido. El llanero le dice al oído, apretándole sin desperdicio:

—Mi general, está más que emparamado.

Una ruana cae sobre la cabeza del Libertador, manos que lo tocan con devoción para constatar que está vivo.

—Vivito y coleando, camarita —grita el apureño.

—¡Bendita sea la Santísima Trinidad! —exclaman unos y otros.

—¡Benditos sean ustedes! —dice el Libertador.

Un oficial desmonta de su caballo y le entrega las riendas al Libertador, quien da una palmada sobre el cuello del animal. Entre besos y lágrimas el Libertador es alzado por muchas manos hasta la montura.

—¡Vamos, María Antonia! —dice él con renovado coraje.

Un soldado observa que el Libertador solo calza un zueco. Lo arranca del pie y grita:

—¡Déme esa vaina, mi tío, que no le hace falta!

Los pies desnudos del Libertador buscan afanosos los estribos como en los tiempos de los llanos de Apure.

—¡También puedo morir de amor! —dice y palmotea las ancas.

Bogotá. Calle. Madrugada del 26 de septiembre

No es la luna sobre la ciudad. Es Santa Fe de Bogotá iluminada por las antorchas y faroles. No son los gallos. Es la algarabía del pueblo.

—¡El Libertador vive!

—¡Viva el Libertador!

Nadie duerme en la ciudad atormentada hasta hace rato no más.

Bogotá. Calle. Madrugada del 26 de septiembre

El Libertador, seguido por tropa y pueblo, llega hasta el cuartel Vargas. Un guardia le estrecha y grita:

—¡Mi tío general!

—¡Sí, es el tío! ¡Ahora es cuando, paisa! ¿Y la tropa?

—Ya pasó por aquí el general Urdaneta, su excelencia.

—Detrás de los bichos, excelencia.

—¡A la plaza! —dice el Libertador.
—¡A la plaza! —dicen voces alborozadas.

Bogotá. Palacio de San Carlos. Madrugada del 26 de septiembre

Manuela imparte órdenes, sable en mano:
—¡Que no quede un solo farol sin iluminar!
—Ni uno solo —agrega José Palacios.
Andrés Ibarra asoma por la baranda del corredor del segundo piso.
—¿Qué hay del Libertador?
—¿No escuchas el jolgorio en la plaza?
—Es su pueblo, Manuela.
—Es el pueblo, Andrés, es el pueblo.
—La Jonatás y la Nathán deben de estar dando brincos en la plaza —dice Palacios.

Bogotá. Plaza de la Catedral. Madrugada del 26 de septiembre

Inundado de lágrimas, el Libertador escucha el tumulto de voces. Jonatás levanta los brazos para saltar junto al pueblo y los soldados confundidos en una selva de puños armados por la ira y el contento. Una ola, una marea bramando.

—¡El Libertador vive!

La luna busca regazo detrás de la torre de la catedral. Acurrucada, iluminada por el llanto, la niña de Sátiva, llenos sus ojos de toda la tristeza del mundo, oculta un ramo bajo su retazo de ruana, vacila, y de un empellón alza su brazo estropeando las flores. Sus ojos son los del general Libertador. Agita, lenta, el ramo deshojado. La madrugada oye una voz como si bajara del cielo entumecido:

«¡Colombianos! ¡Contemplad la nube de horrores que ha amenazado vuestras cabezas, y esta amenaza y estos horrores me seguirán hasta el sepulcro, si persistís en continuarme vuestro favor. Sí, yo lo sé; vosotros todos pereceréis conmigo en las aras de la ambición y de la venganza!».

Bogotá. Plaza de la Catedral. Amanecer del 26 de septiembre

Desde la esquina Manuela y la niña de Sátiva contemplan el alborozo en la plaza. Santander, regiamente vestido de general, entra montado sobre un rubio caballo. Manuela bate su chal, enardecida, y da media vuelta para regresar a su casa.

—Una vez más el crimen quedará impune.

Un resto de luna cae sobre el rostro purificado y ardiente de Manuela. Abre y cierra las puertas. Por encima de la aldaba, con el chirrido de la llave en la cerradura, la voz de la niña de Sátiva. En la pared lee, inscripta por una mano talladora y urgida: *Biba el Libertador*, *Biba Bolívar*. Campanas repican a gloria. Campanas repican a muerto.

Índice

Edición digital
Octubre de 2017
Caracas - Venezuela



Bolívar, el martirio de la gloria

"Dos grandes sucesos históricos, ocurridos en apenas 16 meses de la vida de Colombia y de Bolívar, recogen este libro. Uno, la Convención de Ocaña (9 de abril a 11 de junio de 1828); el otro, el atentado contra el Libertador (Bogotá, 25 de septiembre de 1828). Los dos hechos están desarrollados dentro de un ambiente expectante, angustioso, donde el destino de una nación y el de un gran hombre dependen de la conducta de un puñado de personas, no precisamente orientadas hacia el bienestar político y social de sus compatriotas." José Rivas Rivas.

Edmundo Aray

Escritor, cineasta, economista e historiador. Formó parte de los grupos literarios Sardio (1956-62), El Techo de la Ballena (1962-68). Fundador de la revista Rocinante (1969-78). Es director de los largometrajes Simón Bolívar, ese soy yo (1994) y José Martí, ese soy yo (2005), entre otros. Ha publicado los siguientes poemarios y antologías poéticas: *Nadie quiere descansar* (1961), *Tierra roja, tierra negra* (1968), *Libro de héroes* (1971), *Crónicas de nuestro amor* (1973), *Cantata del Monte Sagrado* (1983), *Versos toscanos* (1987), *Una y otra edad, 1956-1990* (1997), *Laberinto de amor, 1991-2006* (2007), *Veinte poemas made in USA y una canción esperanzada* (2011), *José Martí. Versos epistolares* (2011), *La pena del cristofué* (2012), entre otros. Con el título *Alias el Rey* se publicó una antología de su obra narrativa (1997). Entre los galardones obtenidos destacan: Premio Nacional de Cine (1991), Premio Monseñor Pellín (1994) y Premio Municipal Román Chalbaud (2011).

9 789801 431718

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR